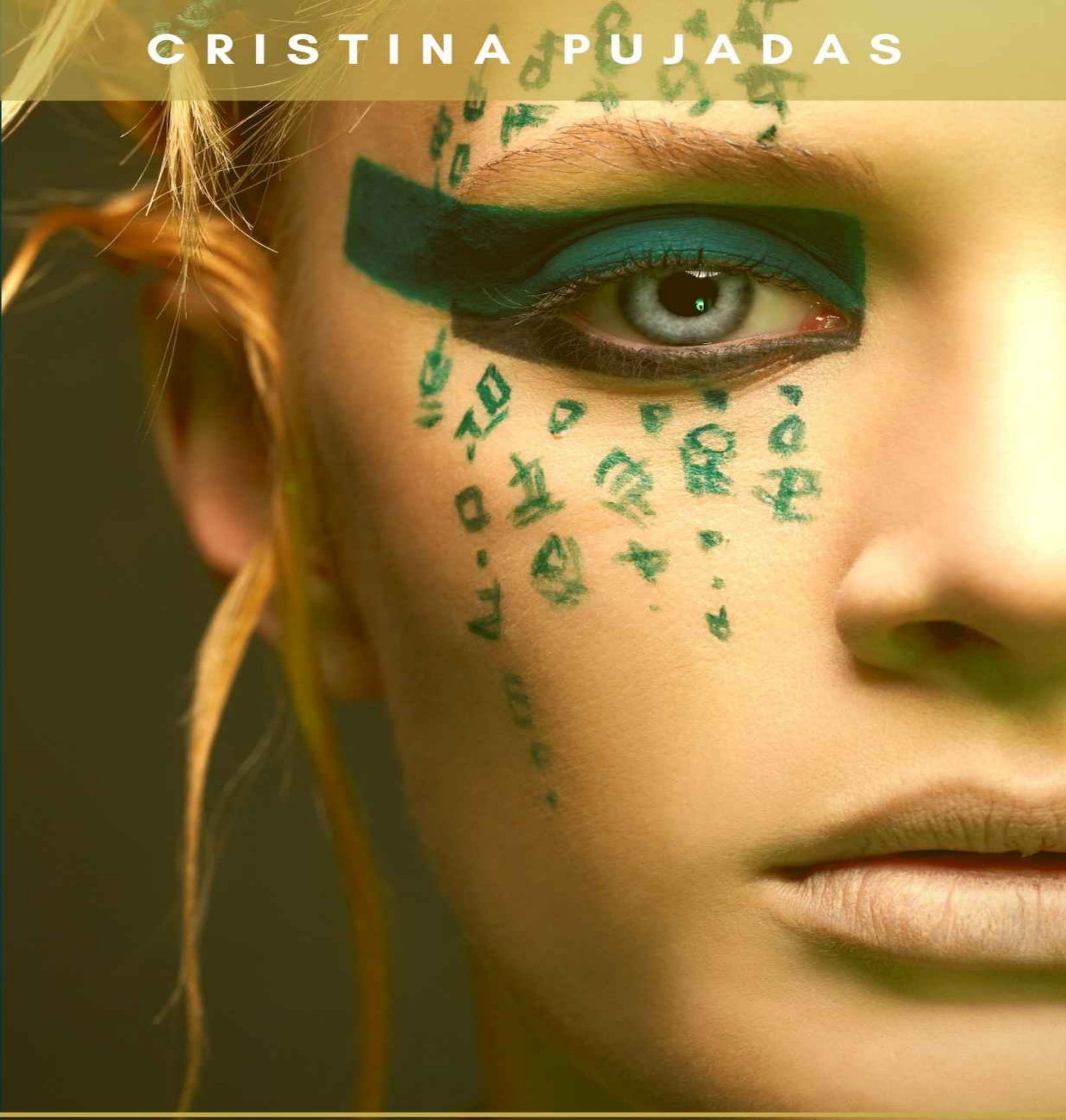


CRISTINA PUJADAS



LA
HIJA MALDITA

Para mi madre,

Porqué pese a que es una lectora voraz,
jamás había entrado
en la novela fantástica o paranormal
y sin embargo se ha leído
todos y cada uno de mis libros.
Porqué si de alguien me ha salido
esa vena artística, creativa,
es de ella.

Trilogía Pueblos Perdidos

Cristina Pujadas

La Hija Maldita.

Trilogía Pueblos Perdidos # 1

Cristina Pujadas

Versión 2018.11.14

Novela aventuras romántica fantástica

Nivel de erotismo: * Suave (sin escenas eróticas)

La muerte de un Rey

Desde lo alto de la torre norte, donde se encontraba el palomar, una sombra observaba en silencio el patio interior del oráculo. Las campanas del atardecer sonaban en la torre avisando a los visitantes de que era la hora de abandonar el recinto, mientras una mezcla de luz cálida hacía resaltar el brillo del mármol de las columnas que rodeaban el patio. Pequeños destellos podían verse desde la distancia en las bases de las barandillas y en los bancos de piedra, reflejos de las finas hebras de oro que dibujaban sinuosas cenefas y runas sobre su superficie. El jardín estaba perfectamente cuidado, cada una de las plantas que allí podían encontrarse se habían ganado su lugar por sus propiedades curativas o por su belleza. El interior contrastaba con la imagen que podía observarse desde el exterior: una pequeña fortaleza de piedra y arena con dos torres, sin apenas ventanas y con unas almenas claramente ofensivas que repelía a los curiosos. Desde el patio interior, sin embargo, podían verse una gran cantidad de ventanales que permitía que la luz del Gran Sol entrara en las salas y en las habitaciones de las Visionarias, mientras una gran fuente de agua cristalina brotaba con magia propia en el centro del patio, algo que parecía inaudito en un recinto localizado en medio del desierto. Era una construcción regia pero llena de miles de detalles que mostraban la riqueza y la belleza de su pueblo, quizás por eso era uno de los puntos de peregrinaje más frecuentados por los hijos de Aurum, la Diosa del Gran Sol. Los visitantes únicamente podían acceder al patio; las salas y las habitaciones estaban reservadas para las Visionarias, los miembros de la Guardia que aseguraban la seguridad de éstas y los Ayudantes, mayoritariamente mestizos. En contadas ocasiones se aceptaba alojar algún miembro de la corte o algún consejero del Imperio, aunque ni tan solo ellos podían acceder a la sala de Oración a la que solo las Visionarias, siervas de la Diosa, tenían derecho. Pese a solo poder acceder al patio central, cada día llegaban hombres y mujeres de piel dorada, hijos de Aurum, que acudían para contemplar la belleza del lugar o buscar consejo en ese lugar perdido en medio del desierto. Solo podían estar allí unas horas, las puertas se abrían cuando el Gran Sol estaba alzado en su punto álgido y se cerraban cuando empezaba a ocultarse, perezoso, sobre el horizonte. El ritual siempre era el mismo, el ruido de las campanas del atardecer era la invitación a alejarse de allí, una forma políticamente correcta de despedir a todos aquellos que habían acudido a lo largo del día, cerrando el monasterio al mundo y permitiendo que la vida en él se retomara. Justo al cerrarse las puertas las Visionarias acudían al patio, como si finalmente, una vez aisladas de nuevo del mundo que las rodeaba y al que ignoraban como si no formaran parte realmente de él, volvieran a sentirse a gusto en su propia casa. Sus vestidos de gasa dorada ondulaban con su suave movimiento y desde la altura la piel dorada de sus cabezas rapadas resplandecía con los últimos rayos del Gran Sol. Los guardianes del recinto aseguraban las antiguas y regias puertas de madera y hierro forjado, separando a las Visionarias que acudían al patio del resto de humildes habitantes del reino. Cuando finalmente la oscuridad empezara a rodear el entorno las campanas volverían a repiquetear, esta vez alegremente, desafiando a la oscuridad a la que los hijos de Aurum temían de forma instintiva. Ese era el sonido de la reagrupación, de las últimas oraciones del día, de una cena en silencio controlada por las Maestras, el preludio de una noche sin pesadillas, si la Diosa lo permitía. Las puertas del oráculo estarían cerradas hasta que el Gran Sol volviera a estar en lo alto del cielo, poco después de la hora en la que las visionarias solían comer y se retiraban a descansar a sus habitaciones, en parte para evitar el contacto con el resto de los hijos de Aurum

por los que no solían tener interés en relacionarse. Pero hasta ese momento, para la joven escondida entre las sombras del palomar, las campanas del atardecer eran el inicio de unas largas y felices horas de libertad. Había revisado dos veces que todas las palomas mensajeras estuvieran aseadas, con comida y agua fresca, para darse un festín si así lo deseaban. Miró el patio con ojos calculadores hasta encontrar un rostro conocido dando órdenes cerca de las puertas del recinto. Dudó durante apenas un segundo y se decantó en salir por una de las ventanas, descendiendo por uno de los laterales de piedra de la torre hasta llegar a las almenas y desde allí saltó sobre el tejado del edificio, por el que correteó en silencio hasta llegar a uno de los pequeños salientes cerca de la puerta. Se dejó caer desde el borde del tejado, dejando primero su peso colgando de las manos en el mismo borde del tejado, y soltándose en un suspiro para aterrizar en el suelo, a poco más de cuatro metros de distancia, sin perder el equilibrio. Desde luego, no era el camino habitual para bajar al patio desde la Torre Norte, pero así había evitado las escaleras centrales y el ala norte del templo, dónde alguna Visionaria quizás habría reclamado sus servicios para cualquier recado o satisfacer algún capricho, y no hubiera podido encontrar a Sir Anthony luego. Miró a su alrededor y supo que nadie se había dado cuenta de su hazaña, como era habitual. Invisible. Eso era lo que había permitido que pudiera seguir en el templo durante todos esos años, sana y salva, con comida en la mesa y un techo sobre la cabeza. La Maestra Maira le advirtió, siendo muy joven, que si quería seguir allí, tenía que ser invisible. Y se había convertido en invisible, así de sencillo. Se acercó hacia los guardias y dejó que sus pasos se volvieran algo más ruidosos para que notaran su presencia poco antes de saltar a la espalda de uno de ellos, aunque éste se giró a tiempo de cazarla al vuelo y en un familiar abrazo, la volteó en el aire hasta dejarla en el suelo con una sonrisa cariñosa. Sus movimientos eran ágiles pese a que su aspecto claramente mostraba que era un hombre ya entrado en años. Las Visionarias eran mujeres, pero la seguridad del templo tras los ataques de los salvajes hacía algunos siglos, se dejó en manos de la Guardia del Reino, que respondía únicamente al Consejo y estaba compuesta prácticamente en su totalidad por hombres. Su maestría en las armas era algo conocido en todas las tierras de poniente y aunque solía haber menos de diez guardias en el templo, las regias paredes del recinto, la presencia de hombres altamente entrenados en el combate y el temor a la furia de la Diosa Aurum habían hecho desaparecer los pequeños ataques que los salvajes habían realizado para robar los tesoros de los templos, violando y matando a alguna Visionaria, años atrás. Eran historias de un pasado casi lejano, aunque las más ancianas aún recordaban a sus Maestras explicando las desventuras que habían sufrido siendo apenas unas niñas.

—Casi, Aina —le dijo el hombre mientras la depositaba en el suelo y le frotaba la cabeza con cariño. —¿Acabaste con tus tareas?

—Si Sir. —contestó ella con una sonrisa esperanzada, si tenía un poco de suerte, Sir Anthony tendría tiempo para sentarse a tomar algo y explicarle algunas de las historias de sus aventuras como Guardia o en el mejor de los casos, se vería con energía suficiente como para cruzar un rato las espadas.

—Acompañame a los establos, quiero revisar las monturas de los caballos y dos manos me vendrán fenomenal.

—Por supuesto Sir —dijo ella con una sonrisa mientras se colocaba a su lado y se despedía de los otros dos guardias que se dirigían a los puestos de vigilancia, con un movimiento de cabeza.

Los establos contenían únicamente cinco caballos que habían sido rápidos y hermosos hacía algo más de una década, pero que pese a su edad seguían siendo útiles para guiar carros o hacer viajes no demasiado largos, ni demasiado rápidos. Por ese motivo, se habían adaptado parte de

los establos para otros visitantes de menor tamaño: un pequeño corral en un extremo en el que siempre cacareando había un buen número de gallinas, además de espacio para un pequeño rebaño de ovejas y cinco vacas que proporcionaban una buena cantidad de alimento al templo. Fuera del recinto, a poco menos de una hora a pie, el templo tenía una zona de cultivo cerca de un pequeño oasis, que los ayudantes del templo, como ella, cultivaban y cuidaban con esmero para proporcionar patatas y verduras, aun estando prácticamente en medio del desierto. La mayoría de los ayudantes eran mestizos, hijos del abuso de los salvajes a algún poblado de dorados, aunque había hijos de Aurum que habían encontrado en el servir su destino... o que habían renunciado a su antigua vida ocultándose bajo la piedad de la Diosa y sirviéndola como humildes Ayudantes, bien fuera por decisión propia o par la del propio Consejo. Su madre había sido uno de ellos y al nacer allí, entre aquellas paredes, parecía lógico que ella siguiera con su misión. Con un poco de suerte, la Diosa estaría contenta con su trabajo y se apiadaría del alma de su madre, fuera cual fuera el pecado por el que había acudido a allí. La mayor parte de Ayudantes no estaban marcados, las marcas en los mestizos podían herirles la mente, pero siempre que salían del recinto vestían una pequeña capa, que apenas les cubría la cintura, con la inscripción de las runas de la Diosa y las del propio Oráculo del Desierto, de forma que los identificaba, para cualquiera que los viera, cómo sus protegidos. Aina a veces pensaba que la capa los marcaba como si fueran una posesión del templo, una posesión de la Diosa, más que no como sus protegidos, aunque si era sincera la capa les proporcionaba algo de protección frente a los salvajes, que en algunos casos sentían la debilidad de acercarse donde los ayudantes trabajaban, bien fuera para robar comida o simplemente para crear el caos. Las capas, que los identificaba como siervos del templo, avisaba a los salvajes de que tenían el respaldo del oráculo y que si les dañaban, no solo podrían ofender a una de las Diosas (cosa que por lo visto en los tiempos antiguos no les preocupaba demasiado), sino también a los hombres de la Guardia del Reino de Aurum que protegían el templo y eso sí que era definitivamente una amenaza física a la que no parecían dispuestos a tentar. Aina revisó los bebederos de los animales, mientras Sir Anthony Jobs, miembro de la Guardia del Reino desde hacía más de tres siglos y Caballero por sus méritos dentro de la guardia desde hacía algo más de un siglo, empezaba a revisar las monturas. Aina se unió a él al poco tiempo, aunque suponía que la tarea no sería más que una excusa para poder evadirse un rato de las obligaciones que él tenía como miembro de más alto rango de la guardia en el templo. Pese a su rango de Caballero del Reino, Sir Anthony siempre había sido una persona humilde y justa, una persona con un buen corazón pese a que sabía hacerse respetar así como impartir justicia si era necesario. Aunque en el Oráculo del Desierto no solía requerirse de mano dura, motivo por el que Aina sospechaba Sir Anthony había decidido instalarse allí desde hacía algún tiempo. Sentados sobre un buen montón de paja, él parecía mantener un debate consigo mismo, que ella respetó hasta que finalmente él empezó a hablar.

—Aina, hoy han llegado dos mensajes del Consejo —dijo finalmente sin apartar la mirada de sus propias manos, que trenzaban el cuero del lateral de una de las sillas, con gran habilidad. — ¿Alguna vez te hablé de mi viejo amigo Gregory San Pietro?

—No Sir —dijo ella sin dejar de trabajar el cuero.

—Nos conocimos a los quince años, cuando ambos fuimos elegidos para formar parte de la guardia. —empezó él con una sonrisa que reflejaba el cariño con el que recordaba aquella época. En los Pueblos Dorados, como los habitantes solían llamar al Reino de los Hijos de Aurum, cuando un niño o una niña cumplía quince años, se convertía en adulto y debía decidir la profesión que querían desarrollar el resto de su vida. Era difícil tomar una decisión de ese tipo a tan tierna

edad, especialmente teniendo en cuenta que su raza vivía con facilidad tres o cuatro siglos. Sin embargo, solo la perfecta formación podía crear a los mejores artesanos, los más sabios sanadores, los más hábiles herreros, los más fieros guerreros, los más brillantes magos o los más sensacionales juglares. Y esa elección era para los afortunados a los que la Diosa no marcaba con dones especiales que los vinculaba a uno u otro gremio sin dejar al individuo decidir. Era el caso de las Videntes, a las que marcaba con el don de la Visión permitiéndoles ver destellos del futuro y escuchar profecías, quedando vinculadas para toda la vida a la protección de un Oráculo. Aunque si Aina tenía que de ser justa, la mayoría de las Videntes parecían felices con la vida que llevaban. Una vida cómoda y organizada. Una vida fácil. Aina sabía que la mayoría de los niños recorrían los Pueblos Dorados acudiendo a los gremios para ser entrevistados y puestos a prueba para determinar las posibles habilidades del niño. Al acabar el año, un grupo de miembros del Consejo acudían a las cinco principales poblaciones de dorados donde los jóvenes esperaban a ser seleccionados, según las recomendaciones de los diferentes gremios y sus propias preferencias. Tras esas valoraciones, se decidía su futuro y se les marcaba con la runa correspondiente a su nueva profesión. Se suponía que era un proceso increíblemente emocionante, la búsqueda de tu destino. Una búsqueda que ella jamás había gozado. Ni gozaría. Pensó en qué pruebas habría vivido Sir Anthony para conseguir ser elegido en la guardia. ¿Sería ella capaz de superarlas también? En silencio, siempre había envidiado la coraza negra con las runas grabadas en oro puro que lucía la guardia.

—Era un miembro de la guardia, por lo tanto, Sir —dijo ella pensando en su amigo.

—Lo fue durante treinta años —dijo él con una mirada triste —Nos formamos juntos en la guardia y nos convertimos en hermanos. Cuando cumplimos los cuarenta y cinco el rey del pueblo de Do-Urh murió de anciano. Había sido un rey amado y respetado —dijo recuperando algo enterrado en sus recuerdos, ¿cuántos siglos habían pasado? —Ya sabes que la ley obliga a todos los adultos jóvenes, entre quince y cien años, a participar en los Juegos de Honor que organizan sus Manos en honor del rey fallecido.

—¿Las Manos son los dos consejeros del rey verdad Sir Anthony? —preguntó ella que nunca había tenido demasiado interés en los juegos políticos de su pueblo.

—Sí pequeña —dijo él mirándole a los ojos —Greg y yo no teníamos ningún interés en la corona. Queríamos ver mundo, vivir aventuras. Eso era lo que nos había llevado a apostar por ser miembros de la Guardia, aun sabiendo que, a diferencia del resto de hermanos dorados, la vida como miembro de la guardia suele ser más corta que en cualquier otra profesión. Pero los deseos de la Diosa Aurum a veces son caprichosos y los Juegos de Honor marcaron a Greg como el siguiente rey de Do-Urh.

—¿Con solo cuarenta y cinco años? —Aina estaba sorprendida, a esa edad era poco más que un adulto joven empezando a formarse como guardia, por lo que ella sabía no era hasta celebrar el primer centenario que un guardia no hacía su juramento y empezaba a trabajar sin la supervisión de algún veterano. Además, generalmente los que más se acercaban al siglo de edad eran los que tenían más posibilidades de ganar los Juegos de Honor y convertirse en el nuevo Rey. La experiencia era importante, al fin y al cabo, para reinar un pueblo.

—No es tan raro, aunque no sea lo habitual —le contestó él con una sonrisa. —Greg, como futuro rey, podía elegir sus futuros consejeros y me ofreció ser su Mano Derecha.

—La Mano que imparte la Justicia. —recitó ella.

—Pero yo no deseaba entrar en ese mundo y atarme a un pueblo, a una gente que me era desconocida y sacrificar todos mis sueños e ilusiones.

—Creo que me hubiera enamorado de vos si os hubiera conocido en aquella época, Sir —dijo ella con una sonrisa alegre mientras él reía su ocurrencia.

—Yo también fui joven, pequeña —le contestó él. —Y aunque llegando ya a la vejez cada vez parece más lejos aquella época, recuerdo la necesidad de libertad. Quizás por eso siempre has sido mi protegida, mi pequeña revoltosa —le dijo él usando el mote que le había puesto al poco de empezar a caminar. —Greg me amaba como a un hermano, y aunque acepté su oferta, él sabía que mi corazón se negaba a convertirme en aquello. Finalmente, con la misma sabiduría que ha mostrado durante todos estos años como Rey, eligió a un cazador que había sido el favorito en los Juegos como Mano Derecha y a un joven mago nacido en Do-Urh que conocía las tierras y la gente de allí, como Mano Izquierda.

—La Mano de la Sabiduría —dijo ella.

—Greg me liberó. Me permitió vivir la vida que deseaba, la vida que yo mismo había elegido.

—Fue un acto generoso —dijo ella.

—Y político —dijo él. —Su mayor rival y el más valioso de los hijos de Do-Urh, se convirtieron en sus consejeros. Con eso aseguró la paz en las tierras, así como el respeto del pueblo.

—Ciertamente no se ve un mago cada día y tener uno como Mano es una gran elección —dijo ella tras pensar brevemente en sus palabras. Ella solo había visto un mago una vez, un hombre vestido con negras túnicas y con las orejas perforadas con miles de anillos de oro, del mismo color que su piel. Las marcas recorrían sus manos y sus ojos dorados tenían pequeños destellos brillantes cada vez que usaba su poder: la forma en que una cuchara removía metódicamente su infusión mientras sus manos reposaban sobre un libro que leía con avidez, como las hojas de una palmera se ladeaban para que la sombra lo cubriera o la extraña forma en que la capa ondulaba cuando no existía corriente alguna a su alrededor. Los magos eran respetados, pero también temidos.

—Pero incluso los reyes envejecen —dijo él mirando sus manos en las que las arrugas habían hecho acto de presencia durante los últimos cincuenta años, progresivamente. —Y mueren.

—¿Ha muerto el rey Gregory San Pietro? —preguntó ella y enlazando la información añadió con un susurro —La carta, le han avisado de que su amigo ha muerto. Lo siento mucho Sir.

—Murió hace una semana, su Mano Derecha murió hace algunos años y su Mano Izquierda, el mago, va a organizar sus Juegos de Honor en busca de su sucesor —dijo él finalmente. —El Consejo ha convocado los Juegos para el próximo mes.

—Y el nuevo rey elegirá entre sus jóvenes rivales sus nuevos consejeros, que le acompañaran toda la vida: un hombre fuerte y leal que será su Mano Derecha, para impartir la justicia, y un hombre inteligente pero bondadoso que será su Mano Izquierda, para mantener la prosperidad y la riqueza del pueblo —dijo ella pensando en voz alta y recordando palabras cazadas en el viento, en algún momento de su vida. Tras quedarse completamente quieta durante unos segundos, Aina añadió en voz baja —¿Sir no es peligroso que todos los jóvenes se reúnan en un mismo lugar?

—¿Por qué dices eso pequeña? —preguntó él sorprendido.

—Es una tontería, supongo. Sé que los salvajes no son rivales para nosotros y que tenemos tratados de paz con los Pueblos de Plata y de Cobre... pero si decidieran atacar durante los Juegos y perdiéramos a un buen número de adultos jóvenes, el futuro del reino se vería seriamente dañado.

—A veces me sorprende los giros que dan tus pensamientos, pequeña —dijo Sir Anthony con una pequeña mueca. —Los tratados de paz nos amparan, no debes preocuparte por eso. Además,

Do-Urh es nuestra ciudad fronteriza con el reino de Argentum, es la mayor de nuestras fortificaciones, si excluimos la Ciudad de Oro.

Aina había aprendido a escuchar a hurtadillas con tan solo cinco años. Por lo visto, cuando la gente cree que una niña pequeña o una mera Ayudante no está escuchando, aparece de la nada la información más variada, interesante y no censurada que alguien fuese capaz de imaginar. Supo así que su madre se había refugiado allí embarazada y que había muerto al dar a luz. Afortunadamente, no todo lo que había escuchado durante su vida habían sido cosas desgraciadas. Sabía que los cinco pueblos dorados estaban dirigidos y protegidos por sus respectivos Reyes, aunque estos respondían a las leyes del Consejo, localizado en la Ciudad de Oro, de la misma forma que los Oráculos del Desierto y de las Cumbres tenían su propia autonomía, bajo la supervisión de las Maestras y la protección de los Guardias. Era curioso que las Visionarias, que eran las que más cerca estaban de la Diosa, con sus visiones, sus profecías y esas cosas místicas que las rodeaban estuvieran sometidas a un organismo meramente político, o al menos eso era la opinión de algunas de las Maestras más codiciosas. El consejo estaba oculto en la Ciudad de Oro, un lugar escondido en las montañas del Norte. Nadie sabía exactamente cuántos miembros formaban parte del Consejo y la forma de entrar a formar parte de él era a veces confusa. Había rumores que decía que las Manos de los Reyes muertos eran la base del consejo, aunque otros decían que eran un par de familias ricas y poderosas que habían tenido el favor de la Diosa siglos atrás. Aina suponía que la verdad sería, posiblemente, parte de ambas suposiciones. Lo que no se decía en voz alta, ni siquiera en conversaciones en las que se suponía que nadie escuchaba, era una realidad de la que Aina era consciente. Su reino se moría. No era una muerte rápida y dolorosa, era una muerte lenta y silenciosa causada según algunos por una antigua maldición, aunque no había libros que hablaran de ello ni antiguas leyendas susurradas al pie de una hoguera. Su pueblo moría porque envejecía, generación tras generación, sin engendrar a duras penas niños. Aina sabía por los libros antiguos que en el pasado las familias abundaban y los hijos eran frecuentes, el pueblo de los dorados crecía generación tras generación con los descendientes de los descendientes de los que fueron bendecidos por la Diosa y se expandieron hasta conseguir la mayor parte del territorio. Pero en algún momento de la historia, un punto de inflexión al que las visionarias llamaban la Transición, los hijos de Aurum empezaron a tener serias dificultades para concebir. El Consejo tardó varios siglos en comprender lo que podía llegar a significar esa esterilidad latente, la muerte de su pueblo. Primero formaron tratados con los hijos de Argentum, fronterizos con nuestras tierras por el Este y después se aseguraron de fomentar también la paz con los hijos cobrizos de Aeris, para evitar sus incursiones marítimas. Solo los salvajes suponían un riesgo a la vida de los dorados por lo que se aconsejó agruparse en áreas protegidas bajo la Guardia, para evitar que el número de la población descendiera radicalmente. Los hijos de Argentum y de Aeris pese a su longevidad también se habían vuelto parcialmente estériles y solo los salvajes, cuya esperanza de vida raramente sobrepasaba el primer siglo, seguían concibiendo hijos con asombrosa facilidad. Quizás por eso seguían llegando mestizos al Oráculo, hijos o nietos ya, de aquellos primeros abusos de los salvajes. Pero pese a todos esos esfuerzos, la gente seguía muriendo por senectud y los nacimientos eran celebrados ya casi como un milagro. El Consejo se volvió radical para fomentar la natalidad y empezó la etapa conocida como la Disgregación, hacía ya varios siglos. Desacreditaron los pilares de la familia, intentando que las mujeres pudieran aparejarse con el mayor número de hombres posibles, en un intento desesperado de mejorar las tasas de natalidad. Las parejas no eran mal vistas como tal, pero se animaba a que fueran temporales o que varios varones compartieran una mujer, si ella así lo deseaba. En la etapa

más fértil de las doradas, entre los quince y los doscientos años, las llamaban reproductoras y tenían ciertas ventajas dentro de su propia sociedad. Si una mujer quedaba embarazada, su estatus subía como la espuma. Muchos varones deseaban tener un linaje así que se desvivían con las mujeres que habían demostrado ser fértiles y eso les aseguraba una vida cómoda y llena de los lujos que pudieran desear. Podían criar a sus hijos, dejarlos a cargo del padre o incluso el propio Consejo asumía su cuidado si ninguno de los progenitores tenía interés en él. La reproductora siempre podía tomar la decisión, el Consejo quería que una mujer capaz de dar a luz siguiera su vida lo más rápidamente posible con la esperanza de que diera al menos otra criatura para engrosar a su pueblo. Desde el Consejo, se animaba a las reproductoras a tener una vida promiscua y su seguridad era una prioridad para la población al completo. Y lo cierto era que con la Disgregación las tasas de nacimientos registradas se habían doblado, aunque la proporción entre fallecimientos y nacimientos seguía siendo desalentadora.

—Por supuesto Sir —dijo ella sin evitar pensar que los salvajes no habían firmado ningún tratado y pese a la ausencia de magia en ellos, podían ser grandes luchadores. Aunque jamás lo diría en voz alta, los hijos de Aurum eran orgullosos y considerar que los salvajes pudieran ser un peligro podía ser casi un insulto a su raza.

—Aina, cumpliste los veinte años. —empezó él sin saber cómo dirigir la conversación hasta que finalmente la miró con ojos firmes y serios —Tienes la edad adecuada, tu obligación para con tu pueblo es participar en los Juegos de Honor.

—Eso es imposible —dijo Aina abriendo los ojos completamente, mirando fijamente los ojos dorados de su confidente y añadió como si fuera algo obvio. —Estoy maldita. No pueden querer que participe. No estoy en ningún gremio ni tengo profesión. No soy nadie. Realmente, dudo que el Consejo sepa siquiera que existo. ¿Jugar unos juegos para ser Rey? Es ridículo.

—Mírate al espejo, Aina —dijo él con una mirada cargada de paciencia. —Maldita o no, eres una hija de la Diosa Aurum. No puedes negarte a ir, y menos ahora que hay tan pocos jóvenes en nuestras tierras. La Maestra Maira te ha conseguido mantener aquí parcialmente escondida durante todos estos años por tu maldición. No has tenido que hacer la elección, es cierto, pero eso no significa que no poseas múltiples habilidades. Quizás no las has potenciado de la forma habitual, dentro de un gremio o con un maestro que vele por tus progresos propiamente, pero no eres una enferma postrada en la cama y el Consejo, siento decirte, sabe perfectamente que existes. El Consejo no va a permitir que Maira te proteja también de los Juegos.

—No quiero ir —dijo ella con los ojos brillantes, llenos de una mezcla de orgullo y miedo.

—Lo sé. Yo tampoco quería ir cuando se me convocó, pequeña —dijo él suavizando el tono. —Pero es un deber, no un deseo, lo que te ha de llevar hasta allí. No temas, seguro que hay grandes aspirantes, guerreros, cazadores, sanadores y seguramente algún mago. Además, la Diosa no querrá que su maldita sea Reina, así que aunque el Consejo te obligue a participar, no dudes que podrás volver a casa de aquí poco.

—No voy a ir —dijo ella con voz desafiante.

—Aina, no tienes voz ni voto en esta decisión. Ni siquiera Maira podrá mantenerte al margen. —Sacó un pergamino arrugado de uno de los bolsillos de los pantalones en el que Aina pudo ver desde la distancia el sello del consejo y se sorprendió cuando Sir Anthony se lo tendió para que lo leyera mientras confirmaba sus temores. —Tengo órdenes de que si las hermanas no acceden a tu traslado, la guardia deberá trasladarte a sus espaldas.

—Esto es una pesadilla —dijo ella tras devolverle la carta, como si quemara en sus manos.

—La guardia solo responde ante el Consejo —dijo él y añadió tras un suspiro. —Aina, jamás

haría algo que pudiera lastimarte. Míralo de otra forma. Has vivido encerrada entre estas paredes veinte años, pero tu alma es inquieta. Aquí gozas de seguridad, pero quizás ha llegado el momento de que conozcas el resto del reino, que vivas tu propia aventura en vez de escuchar las aventuras de un viejo Guardia. Serán unos meses tan solo, y una vez acaben podrás volver aquí. Estoy seguro de que el Oráculo seguirá abierto para ti. Pero es una oportunidad de conocer gente, hacer amigos. Las Visionarias no son las criaturas más sociables del reino, precisamente.

—Lo pensaré —dijo ella y sin esperar su autorización, salió corriendo del establo.

Maldita

Maira estaba sentada en su pequeño despacho en el ala oeste del templo, donde las mujeres más antiguas dirigían con la máxima sabiduría posible las responsabilidades del templo. Su mirada se fijó en la carta del Consejo que tenía delante, mientras esperaba que Aina llegara al despacho. Tarde o temprano la encontrarían perdida en algún lugar del Oráculo, aunque a veces podían pasar horas hasta que apareciera. Maira había recibido el Don de la Visión a los seis años y desde entonces, supo que jamás podría decidir su futuro. Al principio se sentía honrada por la Diosa y eso la había hecho feliz. Su hermana mayor Nora tenía poco más de cien años en aquella época y había solicitado criarla bajo la autorización del Consejo, dado que su madre no tenía demasiado interés en los niños, sino más bien en cómo fabricarlos. Había sido una gran reproductora, con dos hijas sanas que la habían convertido en el objeto de atenciones por parte de una infinidad de hombres y miradas de envidia de la mayor parte de mujeres, estériles, de su mismo pueblo. Nora lo había sido todo para ella hasta que entró en el Oráculo a los quince años, aunque ya era consciente de que tenía el Don y ese sería su futuro. En algunas ocasiones, cuando era niña, había deseado ser sanadora igual que Nora, para gozar de la libertad de ir allí donde le llevaran sus pasos y de conocer gente de todas las tierras doradas. Pero la Diosa había decidido por ella, aislándola en el Oráculo y solo pudiendo ver a su hermana en aquellas ocasiones que, de camino entre uno u otro pueblo, se acercaba al templo para verla, aunque fueran apenas unas horas. Su mirada se nubló en los recuerdos mientras miraba la carta, cuando un suave golpe en la puerta le avisó de la entrada de alguien. Con la mirada baja y los movimientos lentos, Aina entró en la estancia.

—¿Me ha llamado Maestra? —dijo de forma educada.

—Siéntate Aina —dijo ella intentando alejar los tristes pensamientos que estaban acechándola mientras la joven se sentaba en la silla que había delante de su escritorio y permanecía callada. — Aina, he hablado con las otras Maestras y estamos satisfechas de la forma en que estás ayudando al buen funcionamiento del templo.

—Gracias Maestra —dijo Aina levantando los ojos mientras una pequeña sonrisa curvaba sus labios.

—Espero que consideres el templo tu casa, Aina. Sé que algunas Visionarias a veces no te ponen las cosas fáciles, pero espero que nadie te haya faltado el respeto y dentro de tus circunstancias, creo que tu vida aquí es bastante agradable. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí Maestra, aquí nací y estoy feliz de considerar el templo mi casa —dijo ella sin dudarlo. Era cierto que algunas Visionarias la miraban de forma despectiva y en algunas ocasiones la saturaban de misiones estúpidas y banales, solo para dejar constancia de su superioridad respecto a ella. Tenía la obligación de cuidar de los animales y de atender las necesidades de las Visionarias como cualquier ayudante del templo. Sus circunstancias, como Maira habían dicho suavemente, séase su maldición, hacía que su lugar en el mundo fuera complicado. Era una hija de Aurum, su piel dorada, sus ojos y su cabello eran los correctos. Pero su maldición hacía que, al mismo tiempo, no lo fuera. Tan solo algunos dorados del Oráculo la trataban realmente como a una dorada. Y luego estaban los mestizos. La mayoría de ellos la veían como a una hija de Aurum y tampoco deseaban mantener una relación estrecha con ella. Solo Marta y Natalia, dos mestizas de su misma edad, habían conseguido ver más allá del color de su piel y la trataban como a una más. Hacía los mismos trabajos que ellas y no tenía privilegios en ese aspecto. Aunque no era una

mestiza y la Maestra Maira había decidido, siendo ella una niña, que una hija de Aurum no podía ser una completa analfabeta, por lo que se le enseñó a leer y escribir. Su facilidad en los estudios impulsó a Maira a que fuera instruida por la Sanadora Greta, que vivía en el templo y atendía a las Visionarias más ancianas, para poder sanar en caso de necesidad a los animales o incluso ayudarla a buscar plantas que escasearan en sus reservas antes del invierno. Afortunadamente, al verse obligada a salir del templo, le encargaron a Sir Anthony inculcarle unos mínimos conocimientos de equitación y la instruyeron en el arte del tiro con arco y la doble espada corta, por lo que la habían convertido en una cazadora aceptable y ocasionalmente se le permitía salir a cazar para el templo. La Maestra Maira había observado su fino oído, capaz de diferenciar a las personas según la forma de caminar, y había decidido enseñarle a tocar el arpa, enseñándole no solo la música a la que adoraba, sino también la importancia de la perseverancia para lograr el equilibrio entre las notas. Muchas tardes las Visionarias reclamaban su atención para que les tocara el arpa mientras ellas descansaban. Maira sabía que esa niña nacida en el templo, a la que la Diosa había maldito al no marcar como Hija, jamás recibiría formación en ningún gremio por su condición y había decidido tomar esa responsabilidad con la pequeña antes de que la propia Selección pasara a su alrededor sin llegar a reclamarla con la fuerza necesaria como para que una Maestra no pudiera controlar la situación. Pero esta vez su autoridad no era suficiente y era consciente de ello.

—Me alegra oír eso —dijo Maira con una sonrisa tierna. —Porqué deberás marchar durante unos meses, pero tengo la esperanza de que una vez acabadas tus obligaciones para el Reino, vuelvas con nosotras.

—Los Juegos de Honor —dijo ella perdiendo la sonrisa y Maira sonrió mientras inclinaba la cabeza de forma interrogante, intentando saber dónde había conseguido esa información, pero sin estar del todo sorprendida. Aina tenía sus propios recursos.

—Las noticias vuelan —dijo con una sonrisa. —No tenemos el poder de desafiar al Consejo así que deberás participar.

—Lo entiendo Maestra, pero la Diosa jamás dejaría que una maldita fuera Reina —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Bueno, hasta cierto punto, ser Rey puede ser una maldición —le dijo ella con una sonrisa cómplice y Aina no pudo evitar sonreír. —Partirás mañana junto a Sir Anthony y uno de sus muchachos.

—Si Maestra —dijo ella bajando la mirada al suelo, esperando que le diera la orden para marchar a preparar sus cosas para el viaje. Maira la miró con intensidad, sin saber qué más debía decirle, qué debía explicarle y qué sería más seguro ocultarle, por su propio bien. Se acercó al arpa que tenía en una de las esquinas de la habitación y sentándose en el pequeño taburete, empezó a tocar unas suaves notas mientras ponía en orden sus pensamientos. Finalmente, con los ojos cerrados y la atención fija en los sonidos de las cuerdas, retomó la palabra.

—Aina, sabes que fuera del templo el mundo es diferente. —empezó mientras las notas sonaban en el aire. —Habrá quien te odiará y quien te temerá, sin ni siquiera conocerte. Vigila por donde caminas para evitar caer. Escucha a tu alrededor para evitar decir la palabra equivocada. Quizás no formas parte de ningún gremio, pero posees conocimientos variados que pueden serte útiles fuera, aunque si puedes, evita que la gente a tu alrededor sea consciente de ello.

La Maestra Maira continuó tocando durante unos segundos, antes de abrir los ojos y mirarla de forma directa, pudiendo ver como sus palabras impactaban adecuadamente a la joven.

—Cuando naciste, el Consejo quería que fueras sacrificada por tu maldición, pero las

Maestras defendimos que se trataba de un efecto del eclipse y que la Diosa nunca había dado señal alguna de desear que fueras dañada.

—¿El eclipse? —preguntó Aina, incapaz de retener las palabras ante esa información que desconocía sobre su propio nacimiento y sobre la causa de su maldición. Maira cerró los ojos y los recuerdos llegaron.

La mujer chillaba, por el amargo dolor del parto. Dos visionarias la asistían y se miraban en silencio, en parte por la dureza de observar el dolor de la mujer y en parte por el extraño conocimiento que compartían: el bebé debería haber salido hacía ya varias horas y su tardanza solo podía reflejar que la naturaleza no estaba siguiendo el camino correcto. Maira le susurraba palabras alentadoras a la mujer, su amada hermana, pero ésta apenas podía escucharlas entre sus propios gritos. Normalmente habría habido más mujeres atendiéndola, pero el destino había querido que empezara los trabajos del parto el día antes de la celebración del Eclipse, un extraño suceso que acontecía cada ciento de años en los que la luz del Gran Sol, el Sol de Plata y los Tres Astros se fundían sobre la tierra al encontrarse en la misma trayectoria, anulando sus luces. Era un momento mágico al que ninguna de las Visionarias quería faltar y solo la más fiel amiga de Maira había decidido acompañarla durante ese momento. Pero no fue hasta que las campanas empezaron a repiquetear ansiosas y la luz cálida que entraba por los enormes ventanales desaparecía, cuando su perezosa sobrina decidió nacer. Fue el momento más intenso que había experimentado en toda su vida, la piel dorada de la niña acabada de nacer, resplandeciendo en la oscuridad del Eclipse de una forma hermosa y absolutamente mágica. Esa niña era especial, el poder de las Tres Diosas unidas había guiado su nacimiento y la magia que su piel desprendía en la oscuridad de la habitación era la más pura que jamás hubieran presenciado, como si esa niña nacida en la oscuridad del eclipse no dependiera de la luz del Gran Sol como el resto de los hijos de Aurum. Cuando lavaron a la niña observaron incrédulas que la Diosa no la había marcado. Era imposible y sin embargo su cuello algo rechoncho y corto, que resplandecía como el oro acabado de pulir no tenía en su lado derecho las marcas negras de la runa de la Diosa. No estaba marcada. La Diosa no la reclamaba como suya y por tanto, estaría maldita toda su vida. Dejó durante unos instantes a la niña sobre su madre, mientras perdía sangre con demasiada rapidez, escapándose su vida. Moriría, Maira era consciente que su amada Nora moriría ese día. La mirada llena de amor con la que Nora miró a su hija maldita fue el último recuerdo que guardaba de ella. Maira velaría por la niña.

—Naciste en el momento en que el Gran Sol y el Sol de Plata se sobreponían en el infinito, rodeados por los Tres Astros. Ese tipo de Eclipse se da cada cuatro o cinco siglos y el poder de las Diosas se convierte en uno solo, durante unos minutos. Recuerdo que la luz desapareció, el día se volvió más oscuro que la propia noche y durante esos escasos minutos, tú naciste. Le dijimos al Consejo que, al haber nacido en ese punto, tal vez la Diosa no había podido marcarte —dijo ella intentando ordenar los recuerdos que la atormentaban en su pensamiento. —El consejo tenía cosas más importantes que atender, así que permitió que te quedaras con nosotras al morir tu madre. Cuando cumpliste los quince años, te reclamaron.

—¿Es eso cierto? —dijo ella poniendo la espalda rígida sobre la silla. ¿Era posible que hubiera tenido la posibilidad de especializarse y las Maestras se lo hubieran negado?

—Sí, pero no tenían interés en que te especializaras... lo único que querían era una reproductora.

—Ningún hombre se fijaría en una maldita —dijo ella como si esa idea fuera absolutamente

absurda.

—Ningún hombre con sentido común amaría a una maldita —dijo ella con un tono levemente irritado —Pero no creo que quisieran que un hombre te amara, sino que te usaran una buena multitud de hombres de todas las edades y posiciones, tantas veces como les viniera en gana, con tal de verificar si eras fértil. Si tus hijos hubieran nacido malditos supongo que te habrían enviado de vuelta aquí con todos tus retoños y si hubieran nacido sanos se los cederían a los hombres que te hubieran frecuentado o los habría criado el propio Consejo, ten claro que no dejarían que una maldita los criara.

—Como a una prostituta mestiza —dijo ella bajando la mirada mientras el rubor teñía sus mejillas, la madre de Marta era una de ellas. Su vida había sido complicada, demasiado bonita y demasiado cerca de un grupo de dorados solitarios. Si bien existían ciertas leyes que protegían a las mestizas, era fácil que algunas acabaran como prostitutas con más o menos comodidades, pero siempre a la disposición de los hombres. No eran reproductoras. No eran hijas de la Diosa. Ellas no tenían la capacidad de elegir, en muchas ocasiones. La violación estaba sancionada, pero era un delito menor si se trataba de una mestiza. Podías ser mal visto por la sociedad, degradado parcialmente dentro de un gremio, pero solo el asesinato de un mestizo, sin justificación para el mismo, suponía un riesgo real para la vida de un dorado.

—Algo así —le confirmó la Maestra Maira mientras las notas, algo más rápidas, se sucedían en el arpa y descendían poco a poco de intensidad mientras añadía. —Las Maestras del Oráculo del Desierto se unieron en tu defensa y el Consejo desestimó su petición.

—Gracias —dijo ella en un susurro y la música cesó de forma violenta.

—Mentimos al Consejo —dijo la Maestra Maira mirándola con una sonrisa y luego cerró los ojos y volvió a iniciar la melodía ante la atónita mirada de Aina.

—¿Le mentisteis? —preguntó ella tras unos segundos, sin acabar de entender sus palabras. Eso era traición.

—Sí —dijo la Maestra Maira con los ojos cerrados pero una sonrisa en los labios —le dijimos que no poseías talento alguno, ni habilidad, ni poder. Aseguramos que una hija de Aurum tan poco dotada, no podría transmitir nada bueno a un descendiente y que, si ese era el futuro de la raza, mejor era que muriéramos con orgullo siendo la más poderosa y hermosa raza sobre la tierra.

—Entiendo —dijo Aina frunciendo el ceño, Maira podía ser algunas veces fría, pero nunca había sido tan cruel con sus palabras.

—Les mentimos —dijo ella abriendo los ojos, como si los pensamientos de la más joven hubieran sido captados por ella. —Eres extraordinariamente hábil, ese es el motivo por el que nunca te hemos instruido de una forma reglada. Todos los que te hemos enseñado parte de nuestros conocimientos somos conscientes de que aprendes a una velocidad extraordinaria, hay algo en ti que sobresale pese a que no dispongas del favor o de la magia de la Diosa. Cuanto más destaques, más interés pondrá en ti el Consejo.

—Pasar desapercibida. Seguir siendo invisible —dijo ella como si de repente varias líneas de su pensamiento que vagaban inconexas se unieran por arte de magia.

—Exactamente —dijo Maira cerrando los ojos. —Aunque deberás ir con cuidado. Hay magia en ti, no puede sentirse, pero sé que está allí. La magia es algo demasiado poderoso, y más en estos tiempos, no es bueno que el Consejo tenga interés en ti, pero aún sería más peligroso que sintiera miedo.

—¿Magia Maestra? —dijo ella con una mirada sorprendida- No tengo el Don de la Diosa. No

puedo reflejar la luz sobre mi piel o crear destellos en la oscuridad como hacen los Guardias. No soy capaz de hacer crecer las plantas como hace la Maestra Greta. No hay magia en mí, podéis estar tranquila.

—No toda la magia es igual para todas las personas —dijo Maira con expresión triste. —Se que hay magia en ti. Yo la he visto. Yo atendí tu nacimiento y cuando naciste, la forma en que tu piel brillaba era magia en estado puro. Durante todos estos años he estado temiendo que la magia se revelara y aunque latente u oculta, no tengo duda alguna que posees magia en tu interior y debes seguir bloqueándola.

Las notas del arpa invadieron la habitación mientras Maira recordaba y Aina asimilaba esa extraña información. Si cualquiera de las otras Visionarias le hubieran dicho eso, no las hubiera creído. Pero había algo en la Maestra Maira que le decía que jamás le mentiría. Lo había sentido desde bien pequeña, algo a su alrededor que hacía que se sintiera protegida al estar cerca de ella, aunque a veces sus palabras fueran frías y escasas. ¿Esas sensaciones que a veces tenía con la gente podían tener relación a esa supuesta magia que habitaba en ella? Su nacimiento. Nuevas preguntas empezaron a acosarla.

—¿Conoció a mi madre? —preguntó finalmente.

—Sí —dijo la Maestra Maira sin abrir los ojos y tras unos segundos en los que pareció insegura añadió. —Era mi hermana mayor, acudió aquí para estar conmigo al saberse embarazada.

Aina no pudo evitar abrir la boca en completo estado de shock. Hermanas. Si las familias no hubieran sido afectadas por la Disgregación, la Maestra Maira sería su tía. Eso era realmente extraño. La Maestra continuó tocando unos segundos, hasta que continuó hablando de nuevo.

—Tu madre era una gran sanadora —dijo ella con palabras cargadas de emoción. —Cuando acudió aquí, estaba terriblemente asustada.

—¿El Oráculo había fijado su muerte con mi nacimiento? —preguntó ella, que sabía que en algunos casos el Oráculo predecía la muerte de algunos individuos.

—No, eso no era lo que temía —dijo ella mientras las notas se volvían tristes y algo más frías, una hermosa melodía que parecía hablar de antiguos y ocultos secretos. —Me confesó que no había estado con ningún varón desde hacía años.

—Eso es imposible —dijo Aina con el ceño fruncido, quizás había vivido encerrada en un templo pero no era tonta.

—Eso mismo pensaba yo y ella me confesó que temía haber sido drogada y violada por algún salvaje —dijo Maira sin dejar de tocar el arpa con suavidad.

—¿Soy una mestiza? —preguntó Aina abriendo los ojos con sorpresa, había vivido toda su vida rodeada de ellos y no se sentía del todo insultada por lo que eso significaba, pero siempre se había sentido una hija de Aurum, maldita, de acuerdo, pero hija de la Diosa al fin y al cabo. Su piel dorada relucía con la luz del Gran Sol y su cabello dorado tenía los mismos tonos que el oro puro; incluso sus ojos eran del color de la miel, entre dorados y castaños, propios de su raza. Jamás hubiera pensado que era una mestiza. Nunca había conocido ninguna que tuviera la piel del color del oro. Los salvajes tenían la piel morena, tostada por los Soles y sus descendientes, mestizos o puros, tenían su mismo color de piel. Los ojos de los mestizos solían tener tonos dorados sobre una base oscura y el cabello podía ser desde castaño hasta el negro oscuro característico de los salvajes. Analizó el recuerdo de su propio aspecto, el reflejo de su imagen sobre el espejo del comedor: no había nada en ella que le hiciera pensar que era una mestiza y sin embargo, ¿no había sido criada en parte como una de ellas?

—No, es prácticamente imposible que una mestiza tenga tu aspecto —dijo Maira y siguió

hablando con los ojos cerrados. —Pero entonces... ¿Algún hijo de Aurum acosó a mi hermana durante las noches? He estado pensando en ello durante todos estos años, Nora murió y desconozco si alguien estaba cortejándola o si ella había sospechado de alguien.

—El Consejo castiga la violación —dijo Aina en un susurro.

—De momento —dijo Maira con una expresión fría sin añadir nada más sobre eso en concreto mientras volvía al tema central que estaban tratando. —Con lo que llegamos a porqué estás maldita.

—El eclipse —dijo Aina.

—No, nunca he creído que el Eclipse tuviera nada que ver —dijo Maira abriendo los ojos y mirándola con una sonrisa tierna, añadiendo con un suspiro —Aunque, sin embargo, estoy segura de que era una señal que no he sido capaz de interpretar.

—No entiendo nada —dijo Aina mirándola con el ceño fruncido de nuevo. ¿No acababa de decirle que estaba maldita por haber nacido justo en el peor momento posible a lo largo de unos quinientos años?

—El Eclipse era algo real y palpable con lo que conformar al Consejo —dijo Maira con una sonrisa mientras las notas se volvían más alegres, más rápidas. —El tiempo vuela Aina, te has convertido en una mujer y supongo que yo sigo tratándote como a una niña. Deseo protegerte del mundo, aunque sé que las respuestas están allí, esperándote. La Maestra Helena entró en trance cuando tu madre murió. No existen registros de la profecía dado que estábamos aisladas y no había escribanos ni otros testigos que un pequeño bebé y yo misma.

—¿Una profecía? —preguntó Aina.

—Por llamarlo de alguna forma —dijo Maira con una sonrisa mientras las notas se aceleraban al ritmo de su corazón. —Fue extraño, incluso para una Visionaria con ya de más de doscientos años.

—¿Sobre mi maldición? —preguntó Aina con el corazón desbocado por lo que la Maestra Maira, su tía, estaba revelando. Maira siguió tocando durante unos segundos y de forma brusca interrumpió la canción. Se separó del arpa y se dirigió a la silla de su escritorio de nuevo. Adoptó su aspecto más formal mientras le decía a su inquieta sobrina.

—Has de jurar que jamás dirás nada a nadie de lo que voy a contarte.

—Lo juro por la Diosa, Maestra Maira —dijo ella.

—No, será mejor que dejes a la Diosa al margen. —la contradijo con una sonrisa. —Júralo por tu madre, mi amada hermana, por nuestra sangre, pequeña.

—Lo juro por mi madre y por la sangre de ésta, que me une a vos, Maestra Maira, como vuestra humilde sobrina —dijo ella fijando su mirada en la de Maira con determinación.

—Eso está mejor —dijo ella con una sonrisa y tras suspirar profundamente, su rostro se volvió serio. —Lo recuerdo como si estuviera pasando en este mismo momento. Tu pequeño cuerpo reposaba tranquilo sobre el pecho de tu madre, tu piel brillaba resaltando el sudor de su cara y las lágrimas de felicidad de verte a salvo tras un parto realmente difícil. Helena y yo sabíamos que mi hermana moriría. Había visto destellos de tu infancia aquí, con nosotras, pero Nora no estaba en ellos. Ella jamás se hubiera alejado de ti y durante el parto, supimos que no sobreviviría. Helena había atendido muchos partos y aseguraba que parecía que alguien deseara que no llegaras a nacer, que murieras dentro de tu madre y ella contigo. Pero entonces llegó el eclipse y el parto se aceleró como por arte de magia. Nacistes sana y fuerte, brillando en la oscuridad. Cuando tu madre murió, empezaste a llorar desconsolada, como si de alguna forma fueras consciente de lo que estaba pasando aún sin tener consciencia. Helena empezó a hablar con una voz dulce y grave,

cargada de amor. *“No llores hija. Tuyo es el poder y tuya será la tierra. Sueña, ríe, vive y ama, mi pequeña, porque el mundo no tendrá fronteras para ti. Del amor engendrarás hijos que en el amor engendrarán hijos, el poder y la tierra serán suyos también.”* Las palabras parecían susurros tranquilizadores que parecieron calmar tus miedos y tu llanto se calmó. Te quedaste quieta, dormida sobre el pecho de tu madre muerta mientras Helena recobraba la consciencia como si despertara de un sueño. La calma duró apenas unos segundos, hasta que la luz entró de nuevo en la habitación, tras finalizar el eclipse.

Aina se quedó mirando como el rostro de Maira cambiaba de la ternura y la calidez de un recuerdo a una expresión dura. Oscura. Su boca se había convertido en una línea fría y el tono en el que había pronunciado la última frase había sido seco. La miró con expresión sombría, antes de continuar.

—Helena empezó a convulsionar y se derrumbó sobre el suelo temblando, mientras mantenía los ojos cerrados con fuerza, su expresión mostraba un dolor intenso y se apretaba las manos contra las orejas, como intentando detener una voz que la acosaba dentro de su cabeza. Entre gritos su voz se volvió aguda y nuevas palabras surgieron de su boca. *“Maldita. Maldita. Maldita. Te maldigo como a tu padre, a perder cuando ames. La muerte encontrará a tu ser amado, entre tus brazos, cuando en ti engendre. Si amas de verdad, su vida no arriesgarás. Si no amas de verdad, jamás engendrarás. Nunca de tu pueblo la tierra será.”* Una risa demente que helaba la sangre empezó a salir de su boca, entre los gemidos agonizantes de Helena.

—Eso no tiene sentido —dijo Aina mirando a su tía como si fuera la primera vez que la veía.

—Al principio tampoco tenía sentido para mí —dijo Maira suspirando. —Mi hermana había muerto, mi sobrina estaba maldita y mi Maestra había tenido extrañas profecías al poco de su nacimiento. Tenía tentaciones de explicar al resto de Maestras lo que había oído, como dicta la Ley, pero había algo en ti diferente. Quizás fue la forma de tu nacimiento. Las amenazas. No lo sé, pero no fui capaz de compartirlo con nadie. Hasta hoy.

—¿La Maestra Helena no recordaba ninguna de las dos profecías? —preguntó Aina sorprendida. Ella jamás había tenido el Don, pero sabía que generalmente las visionarias veían imágenes o escuchaban conversaciones y ellas eran las que reproducían éstas a los escribanos. Solo en contadas ocasiones, la Diosa hablaba en boca de una visionaria y siempre dentro de la sala de la Diosa, donde las videntes oraban envueltas en extraños perfumes y oro puro que facilitaba el contacto con ella.

—La Maestra murió a los dos días —dijo Maira sin desviar la mirada de la de su sobrina. —La Diosa Aurum no solo no te marcó, Aina. Te maldijo. Pero creo que no contenta con eso, se llevó la vida de mi hermana, a una de sus fervientes siervas y creo que anuló mi Don. La marca no ha desaparecido, pero creo que ni siquiera ella puede cortar un lazo ya creado. Desde ese día no he vuelto a tener ninguna visión, no he oído ningún susurro de la Diosa ni he sentido su presencia. Quizás se debe a que tampoco lo deseo.

—Podrían matarte por decir eso —dijo Aina con las pupilas dilatadas en un susurro apenas.

—Ciertamente —dijo ella con una sonrisa. —Pero confío en mi sobrina, y jamás lo diría delante de ninguna otra persona. No soy tan tonta. Además, ¿cómo podría protegerte si estuviera muerta?

—Eso es cierto —dijo Aina con una sonrisa. Siempre había sentido cierto recelo por la Diosa, por lo de haberla maldecido y tal, aunque jamás había tenido un mal pensamiento sobre ella, en parte por miedo y en parte porqué cuando te enseñan desde pequeña que has de amar a una Diosa, pues la amas y punto. Aunque ella la amara solo a medias y desde alguna distancia. Pero era una

hija de Aurum y jamás se había planteado no amarla. Eso sería raro.

—Tras veinte años buscando información, poco puedo darte —dijo Maira tras mirarla con una sonrisa tierna. —La verdad, que es lo más importante y algo que nadie te podrá quitar nunca. Creo que la Diosa no te odia a ti como tal, sino a tu padre. *Te maldigo como a tu padre, a perder cuando ames.* Lo que nos llega al punto de origen, de quien es realmente tu padre. Ha de ser alguien muy poderoso, como para retar a una Diosa y nublar la mente de tu madre para que no fuera consciente de haber tenido relaciones con él.

—*No llores hija...* -dijo Aina en un susurro, recordando las palabras que su tía le acababa de transmitir que parecían haberse grabado en su cabeza con un hierro candente.

—Exactamente —dijo ella moviendo la cabeza en un gesto aprobatorio. —*Mi pequeña.* Estoy casi convencida de que esas serían las palabras que un padre le diría a su hija. El único problema es que solo un brujo realmente poderoso podría haber hecho una proeza similar. Se me ponen los pelos de punta al pensar que fue capaz de usar a una Visionaria para transmitir un mensaje de aquella forma.

—Un brujo podría haber realizado un conjuro de aturdimiento a mi madre o incluso borrarle la memoria —dijo Aina parcialmente horrorizada. —Y si es cierto que tengo magia, podría venir en parte de él.

—Hasta aquí han llegado mis propios pensamientos durante todos estos años —dijo Maira y sacando un pergamino doblado cuidadosamente del cajón de su escritorio y añadió entregandoselo. —Por eso, he estado investigando para localizar a los magos más poderosos del Reino y en esta carta tienes cinco nombres. Uno de ellos era la Mano del difunto rey de Do-Urh.

—Al que supongo conoceré durante mi estancia —dijo Aina inclinando la cabeza y mirando a su tía con ojos llenos de inteligencia y de orgullo.

—Es más que posible —le contestó Maira. —Pero, sobre todo, recuerda...

—Tienes que ser invisible —le corto Aina por primera vez en todos aquellos años y Maira sonrió ampliamente haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Esperaré con ansias que regreses —dijo ella con una sonrisa mientras se levantaba y la abrazaba con cariño. —Pero recuerda que nunca hemos hablado de todo esto y fuera de esta habitación, mi pequeña, sigo siendo únicamente la Maestra Maira.

—Por supuesto Maestra —dijo Aina mientras seguía abrazada a ella.

—Ahora ves a prepararte para el viaje.

Aina se separó de su tía con los ojos brillantes, la Maestra Maira le había regalado su confianza y una familia. Un sueño. Bajó las escaleras corriendo para dirigirse a las cuadras. Necesitaba aire y espacio, pero las puertas permanecerían cerradas hasta el día siguiente. El día que saldría por ellas para dirigirse a un pueblo desconocido, lejos del desierto que era su casa y de la seguridad de las paredes del templo.

Caminando se hace camino

Disponer de tres de los caballos del templo era un lujo que no esperaba recibir. Sir Anthony caminaba delante, con su pelo rubio ceniza recogido con una cinta sobre su nuca, creando una hermosa cola de caballo del mismo color prácticamente que la del propio animal blanco sobre el que cabalgaba a un paso relajado. Aina lo seguía montada sobre el viejo Morgan, un negro caballo con algo de sangre salvaje por las venas que había prácticamente desaparecido de su carácter con el paso de los años. El joven Edward, que había celebrado hacía unas escasas semanas sus ciento trece años, cerraba la marcha montado sobre una yegua castaña que aún conservaba cierta juventud. Edward había sido destinado a los pocos años de acabar su entrenamiento al templo, al servicio de Sir Anthony. Era un chico algo reservado, un poco demasiado delgado en comparación con el resto de la guardia, pero era un gran tirador con arco y suplía con su destreza la falta de músculo en el combate cuerpo a cuerpo. Por lo que había oído a otros guardias, había estado en combate con varios grupos de salvajes y sus rivales no tenían tiempo de llegar hasta él. Aina había tratado poco con él. Cuando entrenaba con Sir Anthony solía hacerlo en solitario y las obligaciones de ambos eran completamente diferentes, pero pese a todo, siempre se habían llevado relativamente bien. Edward parecía siempre un poco preocupado cuando salía de la seguridad del perímetro de la fortaleza, la miraba alzando una ceja y ella siempre le sonreía y se encogía de hombros, cargada con el viejo arco de madera con el que cazaba de tanto en tanto. Suponía que se moría de ganas de poder escaquearse él también para poder ir a cazar. Aunque tampoco él le había ofrecido nunca acompañarla en su tiempo libre. Estaba acostumbrada a que la mayoría de la gente mantuviera una distancia prudencial a su alrededor. Era de esperar, al fin y al cabo, estaba maldita y aunque a ella a veces se le olvidaba ese pequeño detalle, al resto, por lo visto, no. Habían conducido los caballos a través del desierto, alejándose del templo y de sus áridos campos de cultivo situados alrededor de un plácido oasis repleto de palmeras y vida vegetal, para adentrarse en la zona más cálida y seca. La arena cubría todo cuanto se podía ver y el Gran Sol lucía en todo su esplendor sobre sus cabezas. Su piel dorada resplandecía con su luz y se sintió afortunada de no tener la piel de las mestizas o los salvajes, que sufría serias quemaduras con su calor abrasador, pudiendo llegar a enfermar y caer presas del delirio. El paisaje era hermoso, al menos los primeros cinco minutos. Pero después de varias horas de no ver nada más que arena, más arena y un poco más de arena, podía volverse en algo increíblemente cansino.

Llegarían al pueblo de Nain, la población más cercana al templo, antes del anochecer. Las pausas habían sido cortas, lo justo para dar de beber a los animales y dejarles descansar un poco a la sombra de algún árbol. El paso era lento porque los animales no podían ser forzados. Cuando el aburrimiento amenazaba con agriarle el carácter, Aina vio en la distancia pequeños destellos brillantes. Se incorporó sobre la silla y tras hacer un suave ruido con la boca, acompañado de un movimiento ligero en los talones, su bien querido Morgan montó un suave trote durante unos pasos para ponerse al lado del caballo de Sir Anthony.

—¿Nain? —preguntó ella esperanzada.

—Ya faltará poco para ver el brillo de sus casas —dijo él mirando el infinito, pero sin ser capaz de afinar con sus ancianos ojos el reluciente brillo que Aina ya había podido divisar. Edward se situó al lado de Aina en silencio.

—Nunca he estado en uno de los Pueblos —dijo Aina en un suspiro emocionado.

—Mi madre nació en Nain —dijo finalmente Edward tras unos segundos de silencio.

—¿Has estado alguna vez allí? ¿Es hermosa? —le preguntó ella emocionada de hablar finalmente de algo después de aquel aburrido día en medio del desierto.

—Crecí en Rotta-Dam, pero pasé unos cuantos años en Nain durante la formación como guardia —dijo él sin dar más información.

—Es hermosa —dijo finalmente Sir Anthony. —Las casas tienen las paredes hechas con la misma arena que están pisando nuestros caballos. Se endurece con unas mezclas que hacen los alquimistas pero mantiene su aspecto y color. Los marcos de las puertas son de madera, pintados en oro en las grandes casas señoriales y con finos detalles en las más humildes. Las casas tradicionales tienen las paredes interiores de color blanco, para permitir que el sol se refleje sobre ellas. Las calles son de arena, no encontrarás un empedrado ni mármol en casi ningún lugar, a diferencia de lo que estás acostumbrada. Te gustará.

Aina podía empezar a ver pequeños detalles en la distancia. Había una muralla rodeando al pueblo, que parecía estar construido sobre una duna de gran tamaño. Construir en lo alto era una medida defensiva: el aceite hirviendo cae, las piedras caen, las flechas recorren más metros, los dorados eran chicos listos.

—¿Ha habido ataques de salvajes en esta zona? —preguntó ella al ver como Edward miraba por décima vez en el último minuto a su alrededor con el ceño fruncido.

—Nada importante. —contestó Anthony sin darle importancia. —Alguna escaramuza a viajantes para sacarles provisiones y los caballos.

—Viajantes como nosotros —dijo ella con una sonrisa en los labios mientras miraba las dos espadas cortas con las que de pequeña había entrenado y el viejo arco de madera que Anthony le había aconsejado coger para el viaje.

—Algo así —le contestó el con una sonrisa traviesa. —Aunque siento decirte, jovencita, que no es habitual que un grupo de salvajes se acerque a dos Guardias del Reino, aunque uno de ellos sea ya algo viejo.

—Y yo que pensaba que el viaje podía volverse divertido —dijo ella haciendo una mueca.

—Los salvajes no deben ser tomados a broma —dijo Edward con un tono frío —Sus filos pueden atravesar un corazón de la misma manera que los nuestros.

—Por eso la importancia radica en clavar nuestro acero antes de que ellos claven el suyo —le contestó Sir Anthony con una sonrisa gentil, no malintencionada.

—Lo tendré en cuenta, Sir. —contestó él, sin sonreírle.

Aina se escondió bajo la capucha negra de su capa, poco antes de llegar al pueblo de Nain. Dos Guardias vigilaban la puerta abierta de entrada y no deseaba ser interrogada tan pronto sobre la ausencia de su marca. No todo el mundo sabía que existía una maldita correteando libremente en las tierras de los pueblos dorados, y no estaba segura de que a todo el mundo le gustara esa idea. Sir Anthony la había tranquilizado, aunque se había mostrado de acuerdo en ocultar su cuello poniéndose la capucha de la capa y ajustándola un poco en la parte inferior, lo suficiente para que las sombras pudieran disimular la ausencia de los grabados que la Diosa, si hubiera tenido un poco de sentido común, le habría estampado sobre el hombro derecho y el lateral de su cuello mientras estaba en el vientre de su madre o durante el parto. Sir Anthony no le había permitido llevar la media capa dorada con las marcas del Oráculo: ella no había hecho los votos de servicio y aunque hubiera nacido allí y viviera allí, por lo visto no era realmente digna de llevarla. Ni tan solo tenía el rango de Ayudante. Enterarse de algo así después de veinte años, no dejaba de ser curioso. Aunque vistos los descubrimientos de la semana, ese era el que menos le importaba. Las

capas oscuras eran habituales en viajeros, eso al menos no podía negarse. Tras una capa negra podía descubrirse un comerciante, un sanador o incluso un brujo. No es que los brujos fueran habituales, pero como la mayoría tras formarse como tal vivían ajenos a los gremios, no solían llevar capas con grabados que los identificara como miembros de una u otra cofradía. Por desgracia para Aina, los presos a veces también eran trasladados bajo oscuras capas, como se paró a pensar al ver como algunos habitantes de la ciudad la miraban con curiosidad y la expresión solemne. Ir acompañada por dos Guardias del Reino no era para nada habitual, podía ser una asesina o una ladrona, un personaje ilustre o incluso un miembro del Consejo. Pero no la hacía parecer para nada una mera joven de visita. Atravesaron las murallas sin dificultades tras un saludo formal entre los guardias, que parecían conocer a Sir Anthony. Nain era la ciudad más próxima al Oráculo y Sir Anthony acudía un par de veces al mes para hacer las gestiones necesarias de la guardia. Las casas y las calles eran exactamente cómo se las habían descrito, únicamente hubiera destacado las pendientes, todo parecía subir y bajar. Pararon frente a un edificio de ventanas cuadradas situado en una plaza que sería del tamaño del patio interior del templo. Allí un mestizo con las manos llenas de cicatrices tomó las riendas de los caballos y los llevó a las cuadras tras recibir unas monedas que Edward le tendió tras indicarle el tipo de atenciones que los animales necesitaban. Entraron en el edificio, que para el asombro de Aina parecía ser una especie de cantina. Al fondo, una gran barra escondía a una mujer pequeña con la piel dorada y el pelo largo trenzado en dos enormes trenzas que caían sobre sus hombros y se perdían de la vista a la altura de la barra. Detrás de ella, botellas de una gran variedad de colores, reflejaban la luz de los rayos del Gran Sol, creando motas de multitud de colores sobre las blancas paredes. Las mesas eran de madera antigua, a juego con las sillas que pese a ser hermosas, eran sospechosamente incómodas. Solo dos de las seis mesas estaban ocupadas. En una, dos ancianos parecían jugar a algo con unas piezas redondas de color negro y en la otra, tres hombres bebían alegremente de unas jarras repletas de un líquido amarillo que Aina supuso tendría una buena concentración de alcohol por la cara de felicidad de los hombres. Sir Anthony se acercó a la mujer que pareció reconocerlo por la enorme sonrisa que le ofrecía mientras le hablaba. Tardó a penas uno o dos minutos, pero Aina, a pocos metros de la entrada, sentía la necesidad de salir corriendo de allí y volver a la cómoda y plácida seguridad del templo. Sir Anthony se acercó a ellos y les indicó que lo acompañaran a una de las mesas más aisladas del comedor.

—Nos traerán algo para comer y un poco de bebida fresca mientras nos preparan las habitaciones. Pasaremos un par de noches aquí. Mañana es día de mercado y nos iría bien comprar provisiones. Edward, si mañana quieres ir a ver a amigos o parientes, podrías tomarte la mañana libre mientras Aina y yo vamos al mercado.

—Muchas gracias Sir —dijo Edward con una sonrisa. —No me importaría acercarme a casa de mi madre y a la academia, para ver a antiguos compañeros.

—Perfecto —dijo él con un gesto afirmativo, mientras sonreía a los platos soperos que repartía un niño mestizo mientras la mujer de la barra vertía desde una jarra de barro un líquido blanco en ellos, alejándose después hacia una puerta lateral del comedor mientras el niño se sentaba detrás de la barra. Sir Anthony empezó a saborear con una cuchara el líquido blanco antes de añadir. —Sopa de melón: nutritiva y refrescante.

Aina disfrutó del dulce gusto de la fruta, desconocida hasta entonces para ella, mientras poco a poco el atardecer llegó. El mestizo encendió varios candelabros que descansaban sobre las paredes de la sala para mantener iluminada la habitación, al desaparecer la luz del Gran Sol.

El resto de los clientes del local empezaron a recoger para ir a sus respectivas casas. Subieron al primer piso, donde les dieron dos habitaciones contiguas, separadas por una puerta interior. Las habitaciones eran sencillas pero amplias y lo que era más importante, estaban limpias. Aina se aseó con las alforjas llenas de agua fresca y se estiró en la cama con un camisón ocre que le llegaba hasta las rodillas. Un suave golpe en la puerta interior le advirtió que no estaba realmente sola.

—Adelante —dijo ella sentándose sobre la cama y encogiendo las piernas desnudas debajo del camisón. Edward entró, una pequeña y tierna sonrisa se dibujó en sus labios al verla con el sencillo pijama.

—Disculpa las molestias —dijo mientras se acercaba a la puerta exterior de la habitación y con una llave la cerraba. —Así nos aseguramos de que no haya visitas nocturnas, en estos sitios siempre puede haber un despistado que tras alguna copa de más se confunda de habitación.

—Gracias —dijo ella tras un pequeño escalofrío. —Nunca había tenido la necesidad de cerrar la puerta de mi habitación, así que ni siquiera se me había ocurrido.

—Veinte años únicamente y encerrada en el templo todo este tiempo —dijo él alzando una ceja. —Si se te hubiera ocurrido, me habría sorprendido enormemente. Buenas noches Aina.

—Buenas noches, Edward. Espero que puedas dormir con Sir Anthony en la misma habitación —dijo ella y bajando un poco el volumen añadió. —Dicen que ronca.

Edward soltó una pequeña carcajada mientras le guiñaba un ojo y volvía a su habitación a través de la puerta de comunicación interna, mostrando una familiaridad con ella de la que no estaba del todo acostumbrada, pero que se sentía bien. Aina miró la puerta que había sido cerrada con llave y sintió un extraño calor en su pecho. Cerrada. Encerrada. Había tan poca diferencia entre una y otra palabra. Se levantó de la cama y se dirigió a la ventana para respirar un poco de aire y sentirse un poco más libre. La noche era oscura pero en el firmamento miles de pequeñas estrellas lucían hermosas en la distancia. Ninguno de los hijos de las tres Diosas amaba la noche. El color de sus pieles se volvía confuso y sus sentidos se volvían más lentos. Ni los Soles ni los Astros lucían en el cielo y el poder que sus hijos podían extraer de ellos, desaparecía en su ausencia. Incluso los magos se volvían casi débiles, su magia disminuía considerablemente. Era el momento favorito de los salvajes para atacar, intentando evitar la ventaja que las otras razas tenían con sus aptitudes especiales durante el día, aunque aún y así no eran rivales para un dorado entrenado en el combate. Aina no temía a la noche. Había algo mágico en la oscuridad que la envolvía y que ocultaba su piel y la ausencia de la marca de la Diosa en ella, en el silencio que permitía que su fino oído sintiera el aletear de los murciélagos, el crepitar de los fuegos y los ronquidos de Sir Anthony en la habitación de al lado. Aunque no se necesitaba un oído especialmente fino, para oír precisamente *eso*. Dejó que su mirada vagara por los oscuros tejados de los edificios mientras su oído analizaba los ruidos. Escuchó el sonido de unas notas perdidas en algún lugar. Una hermosa melodía, llena de melancolía y de esperanza, como solo la música podía transmitir. La plaza estaba vacía y los pocos noctámbulos que caminaban por las calles, alzada la noche, eran fácilmente reconocibles por las antorchas que lucían como faros en movimiento en la serenidad de la oscuridad de la noche. Se acercó a la puerta que comunicaba su habitación con la de sus compañeros y escuchó amortiguada por los ronquidos de su compañero, la respiración lenta y rítmica de Edward. Ambos estaban dormidos. Dudó apenas unos segundos mientras las notas le llegaban cada vez más claras a sus oídos, que parecían ignorar el resto de los ruidos de su alrededor. Cogió los pantalones más oscuros que tenía de su maleta y un chaleco negro de cuero que colocó sobre una camisola dorada apretándola contra su torso mediante unas

cinchas que había en su lateral. La camisola le cubría el hombro pero el cuello estaba completamente expuesto. La capa negra era demasiado larga para que permitiera que sus movimientos fueran lo suficientemente cómodos. Podía esconderse entre las sombras y asegurarse que su lado derecho siempre quedara en la penumbra pero era un riesgo innecesario. Rasgó el trozo de la parte inferior de la capa negra y la tela sobrante se la anudó en el cuello como si fuera un pañuelo. Se colocó la capa, que ahora le llegaba hasta las rodillas, ocultando su cabeza bajo la capucha. Se alzó al marco de la ventana y desde allí trepó sin dificultad hasta llegar al margen del techo. Caminó agachada durante todo el tramo sobre la posada y desde allí saltó al tejado del edificio vecino sin hacer apenas ruido. Se dejó guiar por las tristes notas a través de los tejados de la ciudad que dormía en silencio. Le sorprendió que no hubiera guardias patrullando las calles, aunque suponía que el peligro estaba fuera, así que quizás no era necesario que vigilaran dentro, realmente. Sonrió al darse cuenta de que durante la noche, las casas nobles y las pobres eran prácticamente iguales. Con dificultad, se podían ver los gravados o el suave relucir del oro sobre la madera, pero desde la distancia, todos pertenecían a una misma clase. La oscuridad no hacía diferencias entre riquezas, entre edades o entre profesiones. Posiblemente tampoco entre razas. Ni entra marcados y no marcados. Se quedó quieta, en silencio, oculta al lado de una pequeña chimenea que rompía la armonía de uno de los tejados cerca de una pequeña plaza que rodeaba la boca de un pozo. Sobre la repisa del pozo había un chico sentado con un extraño instrumento de cuerda del que salían las hermosas notas. La melodía se volvió más alegre, más ilusionada, más esperanzadora. Los sentimientos que las notas transmitían eran hermosos y Aina no pudo evitar sentir que el vello de la piel se le erizara por la profundidad que escondían aquellos acordes. Un trovador. Se sentó allí y disfrutó de la música, con los ojos cerrados, dejándose invadir por los sonidos. Hasta que la música cesó. Aina abrió los ojos y vio como el hombre se levantaba de su improvisada silla y dejaba durante unos segundos el instrumento sobre la repisa del pozo, mientras se sacudía parte de la arena de los pantalones. Cogió luego el instrumento y lo introdujo en una funda negra que se colgó a la espalda. Aina no pudo evitar su curiosidad y en silencio se deslizó hasta el suelo y se dirigió hacia él, asegurando que sus pasos fueran lo suficientemente fuertes como para que pudiera escucharlos y no se sobresaltara con su presencia. Era de noche. Y no llevaba antorcha. No quería que pensarán que era una salvaje o algo así. Antes de que el hombre se marchara del lugar, Aina llegó hasta él.

—Perdona —dijo Aina sin alzar demasiado la voz —Nunca había oído ese instrumento, su sonido es muy hermoso.

El hombre se había alejado un par de metros del pozo, pero no pareció sobresaltarse al oír su voz. Se giró lentamente, sin hacer movimientos bruscos, para quedar encarado a ella. Aina no pudo evitar observar su amplia espalda y sus musculosos brazos, que caían en reposo a ambos costados de su cuerpo. Tenía un cuchillo sujeto al muslo izquierdo con dos cintos y posiblemente algún otro oculto debajo de la amplia camisa oscura que cubría su abdomen y sus musculosos hombros. Su rostro mostraba calma pero su mirada estaba repleta de una intensidad que jamás había visto. Era joven. Y hermoso. Peligroso. Quizás, después de todo, no fuera un trovador, pese a su habilidad con el instrumento. Era extraño pensar algo así, pero su instinto rara vez se equivocaba. No retiró su mirada de la de él, que parecía evaluarla en silencio. Tardó unos segundos en relajarse y con movimiento suaves, empezó a acercarse hacia el pozo mientras se descolgaba de nuevo la bolsa de la espalda en la que había guardado el instrumento. Ella se acercó, dejando un espacio entre ellos y asegurándose una vía de escape segura, tras una mirada rápida a su alrededor.

—Es una guitarra —dijo él mientras le mostraba el instrumento de madera con las cuerdas fijas sobre un mástil. —Se lo compré a unos gitanos hace unos diez años.

—¿Gitanos? —dijo ella mientras él se colocaba la guitarra sobre su muslo y deslizaba su mano sobre el mástil de la guitarra, mientras con su mano derecha movía los dedos sobre la caja, tocando delicadamente las cuerdas, que emitían suaves notas con la vibración.

—Nómadas, mestizos, llámalos como quieras —dijo él encogiéndose de hombros mientras dejaba que las notas los envolvieran y tras unos instantes, dejó de tocar las cuerdas y le acercó la guitarra a ella —¿Quieres probar?

Aina se quedó unos instantes quieta y finalmente decidió rechazar su oferta, en parte por educación y en parte por qué no se atrevía a acercarse más al chico que la miraba ahora de forma indiferente, pero en el que había visto una chispa de algo desconocido en su mirada, apenas unos segundos atrás. Había algo en él que la instaba a acercarse, y eso la aterrizzaba.

—Creo que no, pero gracias —dijo intentando mostrarse educada.

—¿Tienes miedo? —dijo él usando un tono desafiante en su voz, con una entonación que sugería cierta burla. Aina lo miró a los ojos y algo en su mirada le hizo aceptar el reto. Con mano decidida tomó el mástil de la guitarra, procurando alejar su mano de la de él al hacerlo, y se sentó en el borde del pozo junto a él, pero dejando espacio suficiente entre ellos como para que se sentara una persona. Se bajó la capucha de la capa, dejando que su brillante melena dorada se inclinara sobre su costado derecho de forma casi inconsciente para ocultar su cuello, pese a que estaba perfectamente oculto bajo el pañuelo. Deslizó la mano izquierda por el mástil y con delicadeza, dejó que los dedos de la mano toquetearan tentativamente las cuerdas de la guitarra sobre la caja. Las notas salieron limpias. Empezó a jugar con las cuerdas, localizando las notas para conseguir una suave melodía.

—Tienes un buen oído —dijo él con una sonrisa que parecía claramente satisfecha. —Si presionas las cuerdas con la mano izquierda, a diferentes distancias de la caja, verás que los sonidos cambian.

Ella tanteó y presionó una de las cuerdas en el extremo mientras con el dedo anular movía la cuerda sobre la caja obteniendo un sonido diferente al que había emitido la cuerda previamente. Aina empezó a experimentar con los dedos, escuchando las diferencias en los sonidos según modificaba la posición de las manos durante un rato, mientras él la miraba en silencio, atento a cada uno de los gestos que aparecían en su cara mientras concentrada, jugueteaba con las cuerdas. Tenía unos labios generosos y unas pestañas largas que enmarcaban unos preciosos ojos. Su piel, aún en la oscuridad, se apreciaba suave y lisa y su expresión inocente mostraba que era prácticamente una niña. Era hermosa, demasiado como para andar sola a esas horas de la noche o para encontrarse con un desconocido, aunque sonrió feliz de que él hubiera sido ese desconocido.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó él y sin quererlo, rompió la concentración en la que ella se había sumergido. Aina giró la cabeza y lo miró con expresión extraña, como si hubiera olvidado que él estaba allí, a su lado, y que eso que tocaba era su guitarra. Las lentas pero suaves notas la habían transportado a la seguridad del templo y tardó unos segundos en colocar sus barreras, estaba frente a un desconocido. Finalmente, respondió con voz firme.

—Veinte —dijo ella alejando la guitarra de su cuerpo y devolviéndosela. Él no dudó en rozar sus dedos con los de ella al coger el instrumento y sus miradas, que en aquellos momentos estaban prendidas la una en la otra, se iluminaron ante la extraña y cálida sensación que les recorrió donde sus dedos habían contactado. Aina sintió cómo se ruborizaba y se alegró de que la oscuridad pudiera evitar que él se diera cuenta de ello.

—Supongo que también estás de camino a Do-Urh —dijo él entonces y con una mirada intensa, cargada de emociones que Aina no fue capaz de identificar, pero que le dieron una extraña sensación de calidez y un pequeño escalofrío en la columna vertebral, el chico añadió —Si quieres podríamos ir juntos, algunos caminos no son seguros y creo que podríamos disfrutar de nuestra mutua compañía.

—¿Do-Urh? —dijo ella perdida en su mirada y en las extrañas sensaciones que estaban envolviéndola.

—Por los Juegos de Honor, todos los jóvenes estamos convocados y no te aconsejaría desafiar al Consejo —dijo él con una sonrisa mirándola con una pizca de burla mientras guardaba el instrumento en la funda negra.

—Sí, nosotros nos dirigimos allí —dijo ella finalmente intentando decir algo coherente mientras su corazón se aceleraba.

—¿Vosotros? —dijo él mientras se acercaba a ella tentativamente y se colocaba lo suficientemente cerca de ella como para que sus cuerpos se rozaran levemente. —Entiendo, era de suponer que una reproductora joven, hermosa y con una sensibilidad exquisita para la música, no viajaría sin compañía. Sin embargo, las compañías pueden cambiarse, ya lo sabes.

Sus palabras quedaron perdidas entre ellos, mientras la miraba con intensidad y se acercaba a ella lentamente. Aina se quedó quieta, hipnotizada por su mirada, hasta que sintió que la boca del chico se posaba sobre la suya y la besaba de forma suave, casi como una caricia. Sensaciones completamente desconocidas para ella. El chico había capturado uno de sus labios entre sus dientes y una oleada de algo indescriptible se había plantado en su interior. Sintió la mano de él sobre su nuca y se sorprendió de no rechazar de forma instintiva ese contacto sino de desear que la apretara más contra su cuerpo. Una extraña calidez le acarició el labio superior y abrió los ojos que en algún momento había cerrado sin ser consciente, horrorizada ante el conocimiento de que él acababa de usar su lengua sobre su boca. El chico tenía los ojos cerrados y parecía completamente entregado en ese beso. Dejó que su boca se abriera ligeramente, dándole la bienvenida a su interior y sus lenguas se encontraron al poco tiempo en un apasionado beso. Aina abrió los ojos de nuevo y su mirada se quedó prendida en la mirada de deseo del chico. No tenía ninguna duda de aquello, porque en su piel y en su corazón se había instalado el mismo deseo. Unas crueles palabras acudieron a su cabeza haciendo que su mirada, vidriosa del deseo, se oscureciera. *Te maldigo como a tu padre, a perder cuando ames. La muerte encontrará a tu ser amado, entre tus brazos, cuando en ti engendre.* Era imposible que ella amara a ese desconocido. Tampoco tenía interés alguno en tener un hijo al menos en los próximos cincuenta años y, sin embargo, sentía una presión en el pecho, la necesidad de apretarse contra su torso, que rozaba suavemente su cuerpo. De perderse en sus besos. Eso era pasión, nada tenía que ver con el amor del que hablaban los libros antiguos. Solo era pasión. Pero cuando él la abrazó y empezó a morderle de forma suave y sensual el lóbulo de la oreja izquierda, los sentimientos y las dudas se mezclaron en ella. Su música le había llevado allí, algo en ella había llegado a su corazón. ¿Podía enamorarse por la música que era capaz de crear? ¿Por los sentimientos que en sus notas ella había visto? ¿Qué era exactamente el amor? *Maldita. Maldita. Maldita.* Recuperó la consciencia en el momento en que la boca del chico había vuelto a la suya y sus lenguas, de la que por lo visto ella había perdido cualquier tipo de control racional, estaban mezclándose como si hacerlo fuera una necesidad tan básica como respirar o beber agua. Puso las manos sobre el pecho de él y le empujó con suficiente fuerza como para alejarlo de ella. Los ojos del chico se abrieron bruscamente, pudo ver la sorpresa en ellos y un destello de algo que en seguida se convirtió en

una mirada furiosa. No estaba acostumbrado a que lo rechazaran. Aina se tragó sus miedos, su tristeza y su realidad: estaba maldita y nunca se arriesgaría a dañar a alguien por su maldición. Quizás no era amor, pero la música de aquel chico la había cautivado y no se arriesgaría a que muriera esa noche. La mirada de Aina se volvió dura y salió corriendo en dirección a uno de los edificios. Supo que el chico le seguía de cerca, con un ágil movimiento había colocado el instrumento guardado en su funda sobre su espalda y sus pasos rápidos y firmes la seguían a escasa distancia. Su respiración no se había agitado en la carrera, pero un pequeño gruñido le advirtió que él no esperaba que ella empezara a escalar con esa asombrosa facilidad por la pared. Debía de pensar que la tenía acorralada, pensó Aina con una sonrisa maliciosa. El chico era ágil pese a su corpulento cuerpo, observó mientras se alzaba sobre el tejado y veía como él ascendía también por la pared siguiendo sus movimientos, con una facilidad que la dejó sorprendida, especialmente siendo de noche y habiendo tan escasa luz. Aina no perdió el tiempo, sabía que le había herido de alguna manera y no tenía claro cómo iba a responder el chico, incluso suponiendo que ella no fuera una maldita. Para ella era más fácil desaparecer, hacerse invisible. Esa era su especialidad y la noche, la amparaba. Empezó a correr sobre el tejado, dejando que sus pasos se volvieran completamente silencioso a medida que se alejaba del chico. Él la perseguía, saltando sobre los tejados y corriendo por ellos sin demasiada dificultad. Sintió un extraño sentimiento de felicidad, como si de repente la persecución se hubiera convertido en un juego. Aunque Aina sabía que el chico no tenía posibilidad de alcanzarla, no de noche. Los sentidos del chico estaban atenuados y los de ella, tenía que ser sincera consigo misma... la noche no le afectaba lo más mínimo, estaba maldita y no disponía de ningún Don de la Diosa ni de día ni de noche. Tardó unos minutos en conseguir despistarle y oculta en la distancia, observó como él la buscaba y gruñía furioso por su huida. Le observó en silencio, fascinada por sus movimientos mientras buscaba sobre el suelo de los tejados marcas que le permitieran seguir su pista, sin lograrlo, durante poco más de una hora. Quizás en la arena hubiera podido seguirle el rastro, pero no sobre los tejados. Finalmente desistió y se dejó caer sobre la arena de las calles. Se alejó caminando, y se cruzó con un par de hombres que caminaban acompañados de la luz de las antorchas. Se sintió orgullosa, de una extraña forma, por el hecho de que él no usara una al caminar por aquellas calles y por la forma en que había sido capaz de moverse en completa oscuridad. Aina amaba a su manera la noche. Su oscuridad y el tenue brillo de miles de relucientes estrellas que iluminaban el firmamento. Empezó a caminar hacia el hostel en silencio, ocultándose en las sombras de los tejados, sorprendida por sus propios pensamientos.

Multitud

Había pasado tan solo un par de horas en la habitación, cuando el Gran Sol despuntó en el horizonte, perezoso, anunciando un nuevo día. Los golpes en la puerta interior de su habitación y la voz de Sir Anthony instándola a arreglarse para bajar a desayunar la sacaron de sus extraños sueños. Dando pequeños saltitos para no perder el equilibrio, se enfundó unos ajustados pantalones de color chocolate mientras cubría su cuerpo con un sencillo vestido dorado que le cubría hasta las rodillas. Se ajustó la cintura del vestido con un cinturón de cuero de color chocolate, por lo visto aquella pieza dorada había pertenecido con anterioridad a una propietaria con una o dos tallas más que ella. El vestido tenía unas anchas mangas hasta la altura del codo, lo que ocultaba por completo su hombro derecho. Se ajustó un pañuelo de color chocolate en el cuello anudándolo en el costado derecho y con un pequeño espejo de mano que le había regalado una de sus amigas mestizas antes de que iniciara su alocado viaje, revisó que cada centímetro de su piel quedara correctamente cubierto. Se cepilló el pelo con esmero y tras lavarse la cara y las manos frotando con firmeza con una vieja toalla, abrió la puerta de comunicación tras llamar educadamente. Al otro lado Edward le esperaba sentado sobre una esquina de una de las tres camas que llenaban la habitación. Vestía una túnica negra sencilla, atada con un cinto negro sobre su cintura, del que colgaba una hermosa espada. Tenía el pelo largo anudado en la nuca y su rostro, que normalmente se ocultaba detrás de los rebeldes y ondulados mechones, se veía fresco y alegre. Juvenil. Aina no pudo evitar comparar esa mirada tranquila con la del misterioso músico que había conocido la noche anterior, que estaba cargada de emociones y cuya intensidad sería capaz de mover montañas si se lo propusiera.

—Estás muy hermosa —le dijo él con una sonrisa mientras se levantaba y se dirigía a la puerta exterior y esperaba galantemente a que ella saliera por la abertura, para seguirla a continuación.

—Muchas gracias —dijo ella confusa por el elogio, mientras se acercaba a la mesa en la que Sir Anthony tomaba un generoso cuenco de cereales acompañado por un hombre de la Guardia del Reino al que ella no conocía.

—Pequeña, siéntate aquí —dijo Sir Anthony haciendo un espacio a su lado y añadiendo una vez que ella se sentó a su lado. —Aina, te presento a Sir Elliot Grant, uno de los coordinadores de la Guardia de Nain.

Aina lo saludó educadamente mientras Edward que se había acercado a la barra a recoger dos tazones llenos de cereales abrazaba amistosamente a Sir Elliot Grant.

—Sir Anthony me ha hablado muy bien de ti, Edward —dijo Sir Elliot tras darle un par de palmadas afectuosas en la espalda y volver a sentarse en la mesa mientras Edward se acomodaba a su lado. —¿Pasarás por los cuartos esta mañana?

—Sí Sir —dijo Edward que parecía más relajado de lo habitual. A Aina empezaba a gustarle ese nuevo Edward.

—Eso está bien, los chicos se alegrarán de verte —le contestó él alegremente. —El joven James se unirá a vosotros para llegar a Do-Urh, tenemos pocos hombres y últimamente los caminos han estado algo movidos, me quedaré más tranquilo si viaja acompañado.

—No lo había pensado, pero James no ha cumplido aún su primer centenario —dijo Edward sorprendido y añadió más para sí mismo que para el resto de la mesa —Él también participará en los Juegos.

—Por supuesto —dijo Sir Elliot Grant con una sonrisa mientras añadía orgulloso —Y tenemos

muchas esperanzas puestas en él. Gregory San Pietro tenía madera de Guardia, si la Diosa nos sonríe, daremos un nuevo Rey a Do-Urh de nuestras canteras.

—James ser a un buen rey —dijo Edward con un gesto afirmativo, conocía a James desde que entró en la guardia veinte años después de él y dado que eran los más jóvenes de todo el cuartel de Nain, se convirtieron en buenos amigos. James era fuerte, rápido e inteligente. Tres buenas cualidades para un guardia. Sin embargo, tenía un corazón noble, generoso, la bondad solía acompañarlo en sus decisiones. Ser a un Rey justo aunque necesitar a unas Manos fuertes, que evitaran que su bondadoso corazón perdonara a los pecadores y perdiera autoridad con el paso del tiempo. Su formación como guarda estaba a punto de acabar, tenía experiencia más que suficiente como para ser un buen Rey.

—Mañana a primera hora se unir a a nosotros para emprender el camino —dijo Sir Anthony informando a Aina de los planes que tenía. —No conozco al muchacho personalmente, pero sus referencias son intachables, ser a un placer compartir el viaje con él y poder conocerlo un poco mejor.

—No debéis temer por él —dijo Sir Elliot mirando a Aina que tenía la mirada perdida en su cuenco vacío y parecía intranquila de que alguien al que no conocía se uniera a su marcha. —Es un muchacho honrado y de mente abierta.

Aina no pudo evitar mirar a Sir Elliot a los ojos, asombrada por sus palabras. Su mirada era tranquila y había una silenciosa inteligencia en ellos. Su instinto le dijo que él conocía su secreto y ante sus sorpresa, no parecía mínimamente afectado por la magnitud de éste. Sir Anthony colocó una mano de forma protectora sobre su hombro y en su mirada había un gesto que inspiraba tranquilidad. De alguna manera supo que Sir Anthony y Sir Elliot, amigos posiblemente durante cientos de años por el aspecto de ambos, habían compartido más de una conversación sobre ella, y por extraño que fuera Sir Elliot, sin conocerla, no la había marginado como hubiera sido esperable. Sir Anthony y Sir Elliot empezaron a hablar animadamente sobre antiguos amigos en común, explicándose las últimas novedades en las vidas de éstos y recordando anécdotas de momentos que habían compartido a lo largo de sus vidas. Edward fue el primero en disculparse y alejarse de la mesa, ansioso por ver a sus conocidos durante aquella mañana, a los que no veía desde que había sido destinado al Oráculo del Desierto. Aina se sorprendió de la relación relajada que había entre los dos hombres sentados en la mesa y no se sorprendió cuando Sir Elliot decidió acompañarlos al mercado. Era fácil disfrutar de la compa a de ese hombre de palabras conciliadoras y miradas amables. Caminar sin capa hacía que sintiera el cálido aire rozar su espalda de forma demasiado íntima. El fino tejido de hilo del vestido tampoco le era habitual a su piel, acostumbrada a llevar ropa más áspera y rígida, más resistente y de menos categoría. Sus botas de cuero gastadas eran lo único que hacía que se sintiera cómoda, mientras caminaba al lado de Sir Anthony que hablaba alegremente y de forma despreocupada con su compañero de aventuras. Aina miraba a su alrededor intentando apresar cada detalle que captaba sus ojos. El culto a la Diosa aquí no era tan solemne y, al igual que en la posada la gama de colores era la más variada que jams hubiera visto, podía ver en las ropas de la gente destellos de colores esmeraldas y rojos, que se mezclaban con el dorado, el blanco y el chocolate, los colores a los que ella estaba habituada. Flores blancas asomaban en multitud de balcones y en los terrados, sábanas y manteles de color blanco y de suave color crema brillaban bajo la luz del Gran Sol. Oculta la prueba de su maldición y acompañada por dos Guardias del Reino que hablaban relajadamente, nadie parecía prestar demasiada atención a su persona y por una vez, se relajó un poco caminando entre desconocidos. Tras girar en una esquina, llegaron a una gran plaza, parecida

a la que se abría delante de su posada, pero que a diferencia de la tranquilidad que se respiraba en esta última, la que se descubría ante sus ojos estaba repleta de gente, de ruidos y de vida. Aina se quedó quieta, observando en silencio todo a su alrededor. Nunca sus sentidos se habían visto acosados por tantos estímulos de forma simultánea y su cerebro parecía tener dificultades en asimilarlos en el orden correcto. Había más de treinta puestos diferentes, en los que los comerciantes regateaban con los clientes para conseguir una venta, al mejor precio. Los colores se mezclaban y saturaban sus sentidos, verdes, amarillos, rojos y azules. Los puestos de carne lucían los colores pardos de las pieles de los animales, así como tonos rojizos de la carne fresca contrastando con las paradas en los que las escamas azules de varias piezas de pescado brillaban bajo la luz del Gran Sol, iluminando el hielo sobre el que descansaban los pequeños animales acuáticos como si fueran brillantes sin pulir. Había puestos también en el que el color verde predominaba por las hojas de múltiples plantas comestibles, así como por las hierbas secas, posiblemente con propiedades medicinales, que colgaban de múltiples hilos negros del toldo que cubría del sol la mercancía. Jamás había visto variedad tan extraordinaria de frutas y reconoció algunas de ellas por las ilustraciones de libros, aunque desconocía por completo el gusto de aquellos manjares. Las diferentes paradas de comida se combinaban sin orden con tiendas de alhajas en el que el oro era el mayor protagonista, tiendas de telas exóticas llenas de colorido escondidas entre los colores neutros habituales en el reino, algunas de ellas con hermosos grabados en su superficie. Enfrentadas, podían verse puestos de venta de exquisitas armas y piezas sueltas de armaduras del gremio de los herreros de Nain. Hombres y mujeres recorrían las tiendas sin prisa alguna, muchos de ellos parecían conocer a los vendedores de largos años de intercambiar coronas por sus mercancías aunque algunos parecían de paso al igual que ellos. Entre las tiendas, varios trovadores cantaban alegres canciones de antiguas leyendas alabando la raza de los hijos de Aurum. No pudo evitar buscar al músico entre la multitud, pero las notas que sonaban de los humildes violines nada tenía que ver con la pasión y profundidad de las notas que había escuchado la noche anterior. Aina no supo cuánto tiempo tardó en analizar todo aquello hasta que un suave carraspeo de Sir Anthony hizo que su atención se volviera hacia su propio cuerpo. Los dos guardias la miraban con una sonrisa generosa en su cara que hizo que se sintiera pequeña y tímida, intimidada por la magnitud de lo que le rodeaba y por las sensaciones que crecían dentro de ella al ver a toda aquella gente allí. Habría por lo menos un centenar de personas reunidas en la plaza, más que toda la gente que vivía en el Oráculo incluyendo mestizos y a la propia Guardia. Ver tantos hermanos juntos, sus pieles chocando sin reparo como si el contacto entre ellas no tuviera ningún tipo de importancia, era una experiencia sumamente extraña.

—Sabía que te asombrarías —dijo Sir Anthony acercándose a ella con una sonrisa, tendiéndole galantemente el brazo para que lo tomara con la intención de que su proximidad y su contacto le proporcionaran un poco de calma. Aina se acercó a él y posó su mano izquierda sobre el brazo que le tendía, mientras sin mediar palabra, Sir Elliot se colocaba a su derecha, dejándola completamente protegida del gentío que se arremolinaba en la plaza.

—Os acompañaré a la mejor pescadería de Nain, para que esta noche disfrutéis de una cena digna del Consejo —les dijo Sir Elliot mientras los dirigía entre las diferentes paradas hasta un hombre joven que lo saludó amablemente al reconocerle. —Hug, te presento a mi viejo amigo Sir Anthony y a mí no tan vieja amiga, Aina.

El comerciante los saludó con una sonrisa y una pequeña reverencia mientras Sir Elliot continuaba hablando de forma autoritaria pero amable.

—Esta noche queríamos cenar alguna cosa especial, separa alguna pieza hermosa para cuatro

personas y envíala a la Posada de Júlia para que nos la preparen.

Tras seleccionar una hermosa pieza a la que Sir Elliot dio su consentimiento con un gesto afirmativo, Sir Elliot le tendió unas coronas al comerciante y se alejó de la parada mientras otros hombres hacían sus pedidos a Hug del mismo modo. Se acercaron a un puesto de carne en la que Sir Anthony encargó un par de piezas adobadas para el camino y una docena de huevos. Tardarían más o menos una semana en llegar a Do-Urh, aunque el paisaje empezaría a volverse menos árido y los bosques aparecerían a mitad del trayecto, por lo que conseguir comida sería sencillo. Cargarían la máxima cantidad posible de agua, para asegurarse que los caballos se hidrataran adecuadamente hasta llegar a los bosques, que los refugiarían del abrasador Gran Sol, necesario para su raza, pero duro y despiadado con los animales. Había encargado al mozo de cuadra un caballo de carga para que los acompañara durante el resto del viaje para intentar no cargar a los viejos caballos del templo más de lo necesario. Se acercaron a uno de los puestos de verduras, frutas y plantas secas y Sir Anthony empezó a encargar una generosa cantidad de patatas y legumbres que aguantarían en perfectas condiciones durante el viaje. Mientras el comerciante empezaba a guardar cuidadosamente las piezas en una vieja caja de madera en la que había colocado papeles viejos en su base, Sir Anthony se acercó a ella y en voz suave, intentando que el resto de los hombres y mujeres cercanos no lo escucharan empezó a hablarle.

—Aina, quizás valdría la pena que lleváramos un pequeño botiquín durante el trayecto. No podemos descartar que los salvajes quieran saludarnos durante el viaje y algún animal resulte herido. —Aina miró a Sir Elliot, que parecía entretenido con una hermosa mujer con el cabello recogido en un alto moño que parecía conocer al guardia y bromeaba sobre algo de forma coqueta. Sir Anthony se había alejado un poco de ella y miraba con fingido interés los manojos de plantas expuestas mientras Aina los miró con ojo crítico. Lo cierto es que tenía una buena variedad en la exposición que podría usar para facilitar la cicatrización de una herida y tratar una infección además de algunas plantas que podrían ser usadas para purgar a un animal en caso de que comiera algún producto en mal estado, o incluso alguna planta venenosa cuyo veneno fuera poco potente o de absorción lenta. Aina se acercó a las plantas y con ese lenguaje mudo que a veces habían utilizado incluso dentro del templo, le indicó las plantas que consideró más adecuadas para comprar. Sentir que Sir Anthony confiaba en su criterio, era grato. Tras esa parada se dirigieron, aconsejados por Sir Elliot, a uno de los comerciantes que exponía armas y ambos guardias quedaron absortos mientras discutían sobre las diferentes piezas con el comerciante y disfrutaban de la delicadeza de las piezas. Aina se quedó a un par de metro de ellos, mirándolos con una sonrisa, en una fracción de segundo, ambos habían rejuvenecido más de doscientos años. Mientras los observaba sintió que el vello de su nuca se erizaba y sus sentidos se volvieron alertas. El ruido a su alrededor quedó en un segundo plano y todo a su alrededor parecía moverse a cámara lenta mientras su cerebro buscaba y analizaba todo lo que su oído captaba: las voces, la caída del cuchillo que partía la carne sobre una base de madera, las monedas sobre un cuenco dorado en la pescadería, el tejido que una mujer sostenía sobre su piel mientras se contemplaba en un enorme espejo, pero entre todos ellos, destacaba con claridad un ruido, casi imperceptible, de unos pasos que se balanceaban de forma decidida dirigiéndose hacia ella, mientras esquivaban a la gente que se interponía entre ellos, como si se tratara de una extraña danza para alcanzarla. Los pies de un bailarín. O de un trovador. O los de un cazador que había localizado a su presa. Aina dejó de respirar cuando sintió como se detenía detrás suyo, demasiado próximo a su cuerpo como para que fuera a actuar como un desconocido. Sus finos sentidos parecían captar su olor y el calor que emanaba su cuerpo mientras ella mantenía su posición sin delatar su profundo estado de

alarma, con la mirada fija en las armas que se mostraban en la parada. Había perdido la sonrisa, nada más delataba que ella era consciente de su presencia.

—Una mujer hermosa debería mirar telas y no armas —dijo él en un susurro y viendo que ella no respondía a sus palabras ni parecía asustada de su inesperada llegada, añadió con el mismo tono burlón con el que la retó a tocar la guitarra, tras su negativa. —Aunque sabiendo lo apasionada que sois, no niego que podría ser un placer enseñaros el arte del combate cuerpo a cuerpo.

Aina se giró para enfrentar al muchacho mientras llenaba sus pulmones de aire, pero su visión a la luz del día hizo que las mordaces palabras que tenía planeado lanzarle como dagas, se quedaran heladas en su garganta. Tenía el cabello dorado corto, unas sutiles ondulaciones se insinuaban en su flequillo, que no alcanzaba a ocultar sus ojos, dorados como todos los hijos de Aurum, pero con un brillo intenso que por un segundo le recordaron los ojos de un mago. Su piel dorada tenía un tono tostado, lo que sugería, de forma inequívoca, que pasaba largas horas al día bajo el Gran Sol. Vestía de cuero oscuro, aunque no llegaba a ser negro, sin capa ni accesorios que permitieran identificarlo en uno u otro gremio y tenía los antebrazos ocultos tras unos brazaletes de metal con lo que era imposible saber quién era. La daga de la pierna seguía sujeta en su sitio, pero a su espalda la guitarra había sido substituida por una espada larga y en su cinturón pudo ver varios puntos brillantes que pudo identificar como los extremos de pequeños dardos parcialmente escondidos, que pasarían desapercibidos para la mayor parte de ojos, menos sensibles que los suyos. Sintió que el rubor cubría sus doradas mejillas en el momento en que los ojos de él se quedaron prendidos en los de ella y pudo sentir la admiración y la ansiedad que se entrelazaba entre ellos. La deseaba. Incluso después de lo de la noche anterior. ¿Habría estado buscándola durante esa mañana? Una extraña oleada de satisfacción la llenó mientras ese pensamiento la abordaba. Sus sentidos debían de haberse anulado porque notó un fuerte tirón del brazo que la sorprendió por primera vez en años y el chico quedó bloqueado de su vista, oculta por una amplia y bien conocida espalda cubierta con una coraza negra con runas doradas grabadas sobre su superficie. Pudo ver como al lado de Sir Anthony, que emanaba una extraña esencia de poder que no había observado nunca anteriormente, se colocaba de forma perezosa y mucho menos amenazadoramente, Sir Elliot. La voz del chico mantenía su tono burlón, aunque había un punto de insolencia en él, mientras empezaba a hablar.

—No sabía que la Guardia ahora velara por las reproductoras —dijo él mientras su cuerpo parecía mantenerse relajado y su voz no dejaba asomar ningún signo de tensión o miedo pese a estar en clara desventaja ante dos Guardias. Aina pensó que tal vez fuera tan estúpido como para menospreciarlos por su aspecto anciano. Ese sería un error que podría llevarle a la muerte y su corazón sintió una pequeña descarga de miedo cuando Sir Anthony se alzó de forma amenazante ante él mientras su grave voz, pronunciada en apenas un susurro llegaba clara y amenazante.

—Búscate a otra reproductora, la dama está bajo mi protección. —había destellos de poder en sus palabras.

—Bueno, lo cierto es que, si no recuerdo mal la Ley, las reproductoras tienen el derecho de elegir a sus acompañantes y si con lo de que está bajo vuestra protección hacéis referencia a la protección de la Guardia, no veo que poder tiene la guardia respecto a las parejas que ella elija. ¿Cierto, Sir? —dijo él dirigiéndose a Sir Elliot como si se conocieran, pero sin mostrar signos de familiaridad ante él.

—Ciertamente joven Dexter —le contestó Elliot con una sonrisa conciliadora, pero sin relajar la postura que indicaba que apoyaría a su compañero de armas si se desarrollaba cualquier tipo

de incidente. —De la misma forma que no seguir las órdenes de la Guardia supone tener que responder ante el Consejo.

—Hace tiempo que no veo a mi madre —dijo él con una sonrisa mordaz sin dejar su posición relajada y tras un breve instante añadió. —Aunque ya sabe que la curiosidad siempre ha sido mi perdición, Sir, y créame que se encuentra sumamente interesada en comprender como dos peces gordos de la Guardia velan por una reproductora que no lleva la marca del Consejo.

Sin decir más palabras hizo una formal referencia sin dejar de mirarlos al hacerlo, de forma desafiante, a modo de despedida. Se giró y tras dar varios pasos, suficientes como para que ambos guardias se relajaran, se giró en redondo y con una sonrisa traviesa añadió mirando a Sir Anthony, que había fruncido el ceño ante su movimiento.

—Pero no se preocupe, Sir, tendré tiempo de sobra por satisfacer mi curiosidad durante los Juegos. —y tras volver a girarse, se alejó de ellos con paso rápido, esquivando hombres y mujeres sin la menor dificultad.

—Dime que ese crío no participará en los Juegos —dijo Sir Anthony con su voz habitual, menos grave y amenazadora y Aina percibió cierto cansancio en ella, como si hubiera envejecido tras aquel enfrentamiento.

—Lo cierto es que es bastante posible —dijo Sir Elliot mientras se frotaba la barbilla con la mano, como si eso le ayudara a meditar sobre lo sucedido. —Desconozco su edad, llegó a Nain hace unas cuantas semanas y tiene una autorización del Consejo para entrenar con la guardia y los cazadores. Nadie tiene claro a qué gremio pertenece y no tiene un tutor que sepamos, pero yo apostaría que no llega a los cincuenta. Aparece y desaparece. Él disfruta con los rumores y su secretismo. Dicen que su madre es una trovadora que pertenece al Consejo, que él nació en la Ciudad de Oro y parte de su entrenamiento ha sido viajar por el mundo. Pero si te soy sincero, no tengo claro que nada de todo esto sea cierto.

Aina se acercó a ellos en silencio, escuchando los murmullos que ambos hombres se dirigían, ajenos a que ella era capaz de oírlos. Necesitaba saber quién era el chico y su amenaza latente, la de satisfacer su curiosidad, helaba su piel pero estimulaba su corazón. Eso no podía ser bueno, definitivamente.

—Un chico inquieto —dijo Sir Anthony mientras miraba a la multitud entre la que el chico había desaparecido.

—Ciertamente —dijo Sir Elliot y con una sonrisa añadió —Hubiera sido un buen Guardia, un poco de disciplina le hubiera permitido potenciar sus aptitudes y hubiera limado su genio.

—Algunos gremios de cazadores los dejan volar demasiado rápido y la disciplina es mínima si saben usar el arco con suficiente destreza. —contestó Sir Anthony entendiendo lo que su amigo quería decir. El chico mostraba valor, pero le faltaba cabeza.

—Anthony —le dijo su amigo en un susurro, acercándose a él mientras Aina se mantenía un poco más alejada, haciendo ver que su interés se posaba sobre unas dagas expuestas mientras escuchaba con atención. —No podrás protegerla eternamente durante los Juegos. Dudo que el Consejo la proteja con las mismas leyes que al resto de reproductoras y maldita o no, es una joven muy hermosa. Tienes que hacerte a la idea y lo mejor para la pequeña es que la prepares mentalmente para lo que puede sucederle allí. Es demasiado inocente y vulnerable.

—Haré lo que sea por protegerla —dijo con voz firme pero cargada de tristeza Sir Anthony. —Es el hijo que siempre deseé y jamás nació. Con la edad, los valores cambian, viejo amigo.

—Lo sé —dijo Elliot con un suspiro. —Espero que la Diosa se apiade de ella.

Aina intentó permanecer tranquila mientras escuchaba las palabras de los dos ancianos, que no

prometían nada bueno. ¿De verdad debería temer al resto de participantes? Recordó las palabras de su tía advirtiéndole que vigilara dónde pisaba para no caer. Ella, de forma más suave, ya le había advertido que podía correr peligro. Pensó en el chico que quería descubrir sus secretos y pensó que quizás él sería uno de los que querrían violarla, matarla o dañarla de cualquier otra horrible forma por estar maldita. Aunque de alguna manera, sabía que, pese a la ira, él no le haría daño. En el templo la menospreciaban, la ignoraban, pero jamás nadie había levantado una mano en contra suya. Estaba perdida en sus pensamientos cuando la voz de Sir Anthony la despertó del trance.

—Aina, ¿qué te parecen estas espadas cortas? —le preguntó tendiéndoselas. Aina las tomó con mano firme por la empuñadora y las sostuvo en posición defensiva durante unos segundos. Dejó que las sensaciones la rodearan y sintió el peso de las espadas como prolongaciones de sus brazos, su dureza y su equilibrio. Eran unas armas increíbles.

—Son estupendas —dijo finalmente tras unos segundos, devolviéndoselas.

—¿Sabes usarlas? —le preguntó con curiosidad Sir Elliot y Aina supo que él no esperaba que ella fuera capaz de una proeza así. Casi no había mujeres guardias. Ni cazadoras. Sir Anthony había hablado de ella con él, pero no le había hablado sobre las horas de entrenamiento que habían pasado a lo largo de los años y supuso que quizás censuraran el hecho de que un Caballero de la Guardia instruyera a alguien que no había sido seleccionado, especialmente siendo mujer. Esperó a que Sir Anthony respondiera, pero no había oído la pregunta, absorto como estaba hablando con el mercader. Decidió responder de forma ambigua, si Sir Anthony no se lo había explicado, ella no era quien para revelarlo.

—No ha de ser tan difícil, ¿no? —dijo ella encogiéndose de hombros mientras añadía con una sonrisa inocente —Se trata de moverlas apuntando al adversario, básicamente, ¿no?

Sir Elliot empezó a reír a carcajadas ante su contestación. Sir Anthony se acercó a ella y le tendió un cinturón de cuero negro sobre el que el comerciante había preparado dos fundas negras en sus laterales, para que no le molestaran al caminar. Pusieron las espadas en las fundas ante la sorpresa de Aina y Sir Anthony la hizo caminar para asegurar el balanceo de las espadas apoyadas en su cadera y con una sonrisa cómplice le dijo en voz alta, para que Sir Elliot pudiera escucharle.

—Durante los Juegos, recuerda que la defensa más segura es no necesitar defenderse, así que no dudes en salir corriendo. Pero si tienes la necesidad, alza las espaldas con seguridad y mira a tu adversario a los ojos, con un poco de suerte, decidirá salir corriendo él —dijo él con una amplia sonrisa mientras Sir Elliot reía alegremente de nuevo tras oír el consejo de su amigo.

Sir Anthony le compró también un pequeño arco y diez ligeras flechas que cabían dentro de un pequeño carcaj que se acomodaba a la perfección al tamaño de su espalda; Aina lo adoró prácticamente al instante porque tenía una pequeña tapa que evitaría que su contenido se derramara por el suelo si realizaba algún movimiento extraño mientras lo llevaba puesto, algo que ella solía hacer oculta en las sombras. Sir Anthony la conocía. Pararon a continuación en una de las tiendas de ropa confeccionada y le encargaron varias camisas amplias con generosas solapas, evitando los escotes y los cuellos amplios. Escogieron dos pares de pantalones ajustados de un tejido que parecía bastante resistente y unas botas negras de cuero, completamente nuevas. Aina estaba aturdida por los gastos que Sir Anthony estaba realizando en su persona, pero sabía por su mirada que no tenía ningún sentido intentar rechazar los presentes; él estaba disfrutando tanto o más que ella. Sir Elliot encontró unos guantes de cuero negro con aberturas para los dedos que cubrían la palma de la mano y ascendían hasta la altura del codo que tenían la particularidad de

disponer de unas finas láminas de acero ocultas entre dos capas del tejido, lo que los convertía en unos discretos brazaletes defensivos y a la vez permitía ocultar la piel de sus brazos, donde los guardias y los magos solían lucir sus marcas identificativas entre otros muchos gremios. Ocultando su piel, la gente podría preguntarse quién era ella y a que grupo pertenecía, igual que el propio Dexter, pero esa curiosidad sería menor que saber que no pertenecía a ninguno. Las runas que marcaban la piel de los hijos de Aurum era la historia de sus vidas y de sus elecciones, la mayoría elegían mostrarlas al mundo de forma orgullosa, pero otros cuyas vidas habían sido menos notorias o su carácter humilde les volvía más recatados, no las mostraban abiertamente y las ocultaban de la misma forma que Aina supuestamente hacía, al cubrir su cuerpo. Por su joven edad, nadie esperaba nada asombroso de ella lo que le permitiría, esperaba, pasar desapercibida. Cuando parecía que ya habían acabado de vaciar las exposiciones de una buena variedad de tiendas, Sir Anthony se quedó parado delante de una tienda de joyas. Aina contuvo la respiración al observar la pieza en la que los ojos de Sir Anthony se habían fijado. Era un collar de cuero negro de poco más de diez centímetros de amplitud que podía anudarse como un cinturón sobre la nuca, ajustándose al diámetro del cuello de quien lo portara. El cuero estaba cubierto por finas vetas doradas, suturadas como si se tratara de una fina telaraña, de forma sencilla, pero elegante. Sir Anthony la miró con ojos curiosos y al ver el brillo que asomaba en la mirada llena de anhelo de Aina, no dudó en comprarlo sin regatear si quiera el precio.

Nunca sabes quién es realmente tu enemigo

Aina despertó al oír los golpes sobre la puerta interior de la habitación. La cena, exquisita, se había alargado bastante y la falta de horas de sueño de la noche anterior parecía recuperada solo parcialmente después de dormir poco más de cinco horas. Aina gruñó ante el insistente golpeteo sobre la puerta y la carcajada de Edward al otro lado hizo que finalmente decidiera salir de la cama antes de que él decidiera entrar en su habitación y obligarla de alguna forma menos afortunada. Todas las compras habían llegado al hostel durante la tarde, por lo que había llenado una bolsa de viaje con la ropa nueva y las piezas menos desastadas de su antiguo equipaje. Se vistió con uno de los pantalones nuevos de color negro junto con una camisola que le cubría hasta la mitad del muslo, del mismo color. El tejido era suave para la piel y suspiró feliz al tener, por primera vez, ropa nueva. Se colocó el cinturón sobre las caderas, con las dos espadas correctamente enfundadas a cada lado. Mirándose en el pequeño espejo de mano, se ató el collar de cuero y sonrió a su reflejo. Entre la camisa y el collar, prácticamente era imposible ver su piel, incluso a plena luz del día. Tomó los guantes de cuero y se los puso, sorprendiéndose una vez más de lo bien que se adaptaban a la forma de sus brazos. Se colocó el carcaj cerrado sobre la espalda y decidió recogerse el pelo en un pequeño moño en el que su cabello ondulado salía en todas direcciones de forma desordenada y juvenil. Finalmente, se puso la vieja capa negra que había recortado la noche anterior. Aunque se intuía la presencia del bulto del carcaj sobre su espalda, las ondulaciones de la capa ocultaban parcialmente su presencia. Cargó el peso de la bolsa de viaje con el resto de sus cosas sobre el hombro izquierdo, para evitar que si la ropa se desplazaba por el peso pudiera verse parte de su piel intacta en la parte derecha del nacimiento del cuello. Revisando con su espejo de mano que el cuello quedara suficientemente cubierto una última vez, decidió por una vez no ponerse la capucha. En la habitación de los guardias, Edward la esperaba como el día anterior. La miró con una sonrisa fraternal mientras movía la cabeza afirmativamente.

—Sir Anthony me comentó que te había llevado de compras —dijo él con una sonrisa. —Debo decir que el collar y los guantes son una elección muy acertada, no solo evitan que la gente se obsesione con buscar tus inexistentes marcas, sino que te hacen parecer más mayor y te favorecen considerablemente.

—¿Es eso un halago? —dijo ella con una sonrisa coqueta.

—Por supuesto —dijo él levantándose de la cama y acercándose a ella con una mirada algo más intensa, aunque trató de ocultarla con palabras banales —Más valdrá que bajemos a desayunar antes de que solo nos queden unas pocas migajas.

Sir Anthony estaba acompañado de Sir Elliot y un joven hombre con el pelo rizado, cortado a la altura de la mandíbula en una pequeña melena. Dos preciosos rizos rubios le enmarcaban la mandíbula cuando su mirada se cruzó con la suya y la sonrisa amable que aparecía en su boca se reflejaba en su mirada, llena de curiosidad e interés. Tenía una pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda que aunque deformaba levemente su aspecto, le daba un toque de peligrosidad que lo hacía francamente atractivo. Aina se sonrojó ligeramente ante su mirada y no pudo evitar sentir un punto de enojo cuando Edward se sentó junto a Sir Anthony, obligándola a sentarse en el cabezal de la mesa, entre Edward y el joven, que supuso sería James. Apenas se hubo sentado, James le tendió una mano que ella estrechó formalmente.

—Soy James —dijo él con voz dulce y alegre. —Si Edward te ha hablado de mí, sea lo que sea que te haya explicado, tengo que decirte que es mentira.

—No te creas tan importante como para que la gente vaya hablando de ti —dijo Edward con una mueca mientras se servía una porción generosa de crema de queso sobre un trozo de pan, mientras Aina sonreía al ver la familiaridad que había entre ambos.

—Soy Aina —dijo ella sin alzar a penas la voz.

—He oído hablar mucho de ti —dijo James con una sonrisa pícara. —Sir Elliot dice que eres para Sir Anthony como una hija y eso sin duda implica que tienes un corazón generoso, una cabeza bien amueblada y sangre valiente en las venas.

—Siento que conocerme te decepcionará si me tienes en tan alta consideración —dijo ella tras una pequeña y femenina carcajada.

—Además, Edward siempre ha alabado tu sencillez y tu belleza. —continuó James mientras Aina supo que Edward se había quedado helado durante una fracción de segundo antes de propinarle una patada por debajo de la mesa que James encajó sin apenas inmutarse. —Y puedo asegurar que no se equivoca en su opinión.

—Aina —dijo Edward captando su atención. —Debo advertirte que mi querido hermano de armas es conocido por su tendencia a nublar el juicio de las damas.

—No negaré que me gustan las damas —dijo James con una sonrisa pícara. —Aunque creo recordar que a cierto santurrón también le gustaban las juergas nocturnas de tanto en tanto hasta que acabó de monje en el Oráculo.

—Maduré. —dijo Edward con una sonrisa. —Igual que harás tú cuando finalmente te gradúes en la Guardia.

—Espero no madurar hasta el punto de perder el juicio y no saber valorar a una mujer. —Contrató James y ambos se enlazaron en una amistosa discusión que permitió que Aina dejara de ser el centro de atención y pudiera desayunar en un cierto estado de paz.

Empezaron el viaje a la hora prevista, con las monturas descansadas y el estómago repleto. Sir Anthony dirigía la marcha seguido de Aina, que tenía la espalda cubierta por los dos jóvenes guardias que cabalgaban uno al lado del otro detrás del caballo de carga atado a la montura de Aina. Las horas se sucedían y excepto por la posición del Gran Sol sobre sus cabezas, nada parecía cambiar en su entorno. Finalmente, tras horas de avanzar sin apenas descanso, divisaron en el horizonte las copas de algunos árboles y palmeras. Se acercaron al pequeño oasis, dejando que los caballos bebieran de él y alimentándolos tras el trabajo realizado. Comieron carne adobada sin hablar apenas, cansados por el viaje. Montaron el campamento bajo las palmeras, atando los caballos a las mismas. Organizaron los turnos de vigilancia entre los tres guardias, dejando que Aina se acomodara en la parte más interna de la tienda para evitar despertarla en los cambios, aunque Aina a duras penas consiguió dormir algo, con la proximidad de los hombres y los profundos ronquidos de Sir Anthony. Levantaron el campamento con los primeros rayos de luz y empezaron de nuevo el camino por el desierto. Aina tardó unas horas en darse cuenta de que el paisaje empezaba a cambiar ligeramente. Lo primero que notó era que la arena era más gruesa. Al poco tiempo empezó a ver algún pequeño matorral reseco que crecía sobre la arena, desafiando la sequía y el sol. Poco a poco la vegetación empezó a aumentar a medida que la arena se volvía más densa, hasta convertirse en un suelo seco y árido, pero compacto. Matorrales, árboles secos, algún lagarto y pájaros sobrevolando el terreno. Al tercer día empezaron a circular alrededor de pequeñas montañas de bordes angulosos que se elevaban sobre el árido terreno, protegida bajo sus sombras crecía una variedad de vegetación cada vez más abundante. Cabalgaron a través de un pequeño desfiladero durante lo que quedó del día, a la sombra de las paredes de piedra que se alzaban entre ellos, hasta que decidieron acampar en una esplanada cercana. Había algunos

árboles con escaso follaje que habían sobrevivido a la sequía y esqueletos arbóreos, que no habían sido tan afortunados. Matorrales de hoja verde y algunos con bayas que Aina sabía eran venenosas, de las que se aseguró mantener a distancia a los caballos. Colocaron la tienda protegida contra una de las paredes e hicieron una pequeña hoguera con restos de madera. En aquella zona, las noches eran frías y los días calurosos, un contraste escandaloso de temperatura en escasas horas. Los tres guardias se quedaron alrededor del fuego mientras Aina se dirigía a la tienda con intención de tener un sueño reparador después de tantas noches seguidas de trasnochar. Si no conseguía dormir antes de que Sir Anthony empezara con sus ronquidos, volvería a pasar la noche en vela. Acomodada en la tienda, dejó que su mente se relajara mientras escuchaba los susurros en la hoguera en la que los tres hombres compartían historias bajo la mirada atenta de las estrellas. Aina sintió que su mente vagaba tranquila, intentando entrar en su sueño dulce y familiar cuando sus sentidos se tensaron por unos ruidos amortiguados. Los hombres hablaban en la hoguera, ajenos a la presencia. Se tensó dentro de la tienda, intentando hacer el mínimo ruido posible, se puso de cuclillas sobre su saco de dormir, sacando de sus fundas las dos espadas cortas y preparándose para una visita sorpresa. Siguió los ruidos en silencio mientras analizaba que no hubiera más intrusos acercándose a la hoguera. Las voces de los hombres y el crepitar de las llamas dificultaban su rastreo, pero no le pareció oír otros sonidos alarmantes. El visitante había descendido por la pared de piedra hasta situarse en la parte posterior de la tienda y pareció quedarse allí durante unos segundos, que parecieron horas, hasta que sus pasos, parcialmente amortiguados, se acercaron a ella. La piel de Aina se erizó al oír el ruido del tejido rasgarse y ante su asombro, pudo observar como en la parte posterior de la tienda aparecía una abertura mostrando el cuerpo musculoso de un hombre con el torso desnudo, armado únicamente con el pequeño puñal con el que había rasgado la tela. Aina se tensó preparada para atacar, pero el hombre, que no parecía sorprendido de su posición ofensiva ni del hecho que estuviera armada, la miró alzando una ceja y una pequeña sonrisa apareció en su cara, divertido, al verla. Con maestría giró el cuchillo, apuntando con el filo a su propia persona, ofreciéndole el arma a Aina quien lo miró sorprendida. El salvaje, que no tendría más de treinta años, dejó caer el puñal sobre un montón de ropa, asegurándose que su caída fuera silenciosa y colocando las manos a cada lado de su cuerpo mostrando las palmas, en señal de buena voluntad, mientras le decía con voz ronca y profunda:

—Es un placer conoceros, hija maldita. Soy Greg, hijo de Ruma, del Clan de las Siete Lunas. Mi hermano desea hablar con vos.

—¿Y si yo no deseo hablar con él? —dijo Aina sin bajar las espadas ni su posición de alerta.

—¿De verdad no tenéis curiosidad en saber por qué un salvaje se ha acercado hasta vuestra tienda? —dijo él con una sonrisa mientras sus negros ojos relucían divertidos. —Nadie de mi clan va a haceros daño, tenemos una amiga común.

—¿Una amiga? —preguntó Aina mirándolo con desconfianza. Por las historias que había oído de los salvajes, lo último que esperaba es que fueran capaces de mantener una conversación decente y menos aún tener sentimientos tales como la amistad.

—Natalia —dijo él con una sonrisa mientras ella le miraba sorprendida. Natalia era una de las jóvenes mestizas con las que ella se había criado prácticamente. Era una chica hermosa, de oscuro cabello y rosada piel que siempre tenía una sonrisa y unas palabras alegres cuando los días se volvían grises. Había llegado al templo cuando tenía doce años, con la ropa desgastada pero la mirada llena de determinación y al ser las únicas ayudantes jóvenes enseguida se habían hecho amigas. Habían crecido prácticamente juntas y Aina la apreciaba de verdad. Aunque siempre

había habido ciertas diferencias entre ambas y Aina había tenido una serie de privilegios que Natalia jamás había disfrutado, ninguna de las dos había dado demasiada importancia a eso y se podría acercar a lo más próximo a una amiga que Aina conocía. También estaba Marta, la otra mestiza con la que generalmente compartía las tareas, pero no era tan dulce ni tan agradable como Natalia. Marta siempre parecía mirarla con cierta desconfianza, como si su piel dorada la convirtiera en alguien diferente a ella, algo que en el fondo, era verdad.

—¿Qué sabes de Natalia? —dijo ella en un susurro, sin perder de su atención las voces tranquilas de los hombres en la hoguera que se mantenían ajenos a lo que estaba sucediendo en la tienda. —¿Está bien?

—Está perfectamente, mi lady —dijo él otorgándole el título de dama que normalmente se reservaba para las mujeres con cierto poder dentro de un gremio. —Pero ella teme por vos y por eso nos ha pedido que os buscáramos.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo ella mirándolo con desconfianza.

—Los caballeros no tardaran en acercarse a la tienda y no podremos hablar con calma en los pocos minutos de los que disponemos. Os juraría que no sufriréis ningún daño, pero dudo que depositarais vuestra confianza en la palabra de un salvaje —dijo él con una sonrisa alegre, sin perder la picardía de sus ojos mientras mostraba delicadeza al añadir- Por favor, acompañadme y os traeré de vuelta antes de que salga la luz del alba.

—Nadie les hará daño —dijo ella mirándolo a los ojos, refiriéndose al grupo de guardias que aún seguían rememorando batallitas disfrutando del calor del fuego.

—Os aseguré que nadie desea hacer daño a ninguno de ellos —dijo él con sus negras pupilas fijas sobre las de ella. Ella le observó durante unos segundos y finalmente cedió ante la petición del salvaje. Había verdad en él, de alguna manera, podía sentirlo. Guardó las espadas en sus fundas, sobre los costados de sus caderas mientras se preguntaba cómo podía ser que su instinto confiara en él. Él salvaje hizo un gesto con el dedo, pidiéndole que permaneciera en silencio y se giró mostrándole su amplia y musculada espalda antes de susurrarle. —Subiremos por la rocosa, suba sobre mi espalda y no se deje ir, yo me ocupo del resto del trabajo.

Aina miró la espalda del desconocido y con un suspiro de impotencia saltó sin hacer ruido sobre su espalda, abrazándolo de forma totalmente inapropiada y notando el cuerpo de él debajo de su fina ropa. Se ancló con los brazos sobre sus hombros y con las piernas sobre su cadera mientras él empezaba a subir con determinación y destreza por la pared del acantilado. Aina era consciente de que su peso podría hacerle perder el equilibrio pero por lo visto era un buen escalador y excepto por el sudor de su cuerpo, que empezaba a notar contra su pecho, nada demostraba el esfuerzo que estaba haciendo. Prácticamente habían llegado a la cima cuando los gritos de alarma en el campamento empezaron. Sintió que el corazón se le hacía pequeño al oír la voz rota de Sir Anthony al notar su desaparición y el odio en la voz de Edward al encontrar el puñal del salvaje sobre las ropas dentro de la tienda. Buscaban algún rastro para seguir, pero no buscaron sobre la escarpada pared que se alzaba detrás de la tienda, realmente solo a un loco se le ocurriría escapar con una mujer a costas escalando por allí. Bueno, a un loco o a un salvaje, visto lo visto. Aina intentó no escuchar los ruidos del campamento, anulándolos de su fino oído cuando llegaron a la cima. El salvaje le rodeó las piernas con los brazos, finalmente libres, y empezó a correr hacia la cima de otra colina próxima. Aina hubiera deseado que la dejara en el suelo y que no la llevara de esa humillante forma, pero supuso que él no quería que ella escapara o quizás que con su torpeza, pudiera desvelar su situación. Tenía que admitir que se desplazaba de forma bastante silenciosa, teniendo en cuenta que cada pisada soportaba el peso de dos personas.

No tardó demasiado tiempo en llegar a un pequeño saliente detrás del cual apareció la entrada a una gruta que hubiera sido imposible de localizar sin saber exactamente donde buscarla. La dejó finalmente en el suelo y se giró hacia ella, ofreciéndole una mano para guiarla por el camino. Aina la tomó y sintió una extraña calidez que la hizo sonrojarse y el salvaje, que parecía ser consciente de su incomodidad, le sonrió provocativamente mientras con un suave tirón la obligó a seguirle dentro de la cueva. Los ojos de Aina se habían habituado a la ausencia de luz con facilidad, así que se sorprendió cuando pudo ver tres siluetas sentadas sobre varias rocas en medio de un espacio circular al que llegaron al poco tiempo. Greg la guio con cuidado, advirtiéndole sobre los desniveles del suelo como si fuera una absoluta inepta, pero ella se dejó guiar como si su ayuda le fuera absolutamente necesaria. Confiaba en él, pero si necesitaba salir de allí, al menos contaría con el factor sorpresa. Los tres hombres de la sala se acercaron a ella caminando poco a poco, no querían asustarla.

—Bienvenida —dijo el que llegó hasta ella en primer lugar y le tendió una mano que Aina estrechó con cierto recelo. —Soy Ethan, hijo de Ruma, hermano de vuestro acompañante.

—Greg me ha dicho que queríais hablar conmigo —dijo ella de forma algo cortante, pero sin poder evitar ponerse a la defensiva. Vio como los dos hombres que acompañaban a Greg se habían tensado y supo que Ethan debía de ser alguien importante y esos dos sin duda eran sus escuderos, guardianes, o lo que fuera que tenían los salvajes poderosos para velar por su seguridad.

—Si no me equivoco vais en dirección a Do-Urh —dijo él como si meditara sus palabras. Aina observó que sus compinches se habían alejado un poco, como si quisieran controlar las entradas a la cueva mientras su jefe y el hermano de éste hablaban con la chica incompetente que no era capaz ni de andar sola. Desde luego, era un poco humillantes que no pensaran que podía ser una amenaza ni llevando armas.

—Así es —dijo ella encogiéndose de hombros, todo el reino estaba pendiente de los Juegos de Honor del difunto rey de Do-Urh, así que no tenía sentido negar lo contrario.

—No tenéis necesidad de ir si no queréis —dijo Ethan con voz suave, casi preocupada. Aina miró al hombre que se hallaba frente a ella con interés, después de haber estado centrada revisando todo lo que la rodeaba buscando los mejores caminos para una escapada efectiva. Su voz era más suave que la de su hermano y su cuerpo era atlético, pero menos musculoso. No podía ver con detalle sus rasgos, pero tendría unos cuarenta o cincuenta años. Pudo ver su piel, que reflejaba tenuemente las sombras a su alrededor y sus ojos oscuros... pero había algo en él diferente a su hermano, sentado a poco más de un metro de Aina sobre una piedra oscura con el musculoso torso desnudo, sobre el que el sudor y el polvo habían creado extraños dibujos y lo habían convertido en un mapa de sombras. Al menos Ethan estaba vestido como una persona normal.

—Sois un mestizo —dijo ella de repente, como si la verdad hubiera estado delante de ella todo ese tiempo.

—¿Cómo dice? —dijo Ethan sin poder evitar que su voz se sorprendiera por su afirmación.

—Si queréis que confíe en vos, quizás deberíais también confiar en mí —dijo Aina a la defensiva. —Si vais a negar que sois un mestizo, ¿Qué sentido tiene que yo os pregunte porque puedo no ir a Do-Urh o qué favores tendría que deberos a cambio de esa información?

El silencio de Ethan se rompió por las carcajadas de Greg que se levantó perezosamente de la piedra en la que estaba y se acercó hacia ella, mirándola de forma descarada mientras pasaba por su espalda y se colocaba al lado de su hermano dándole unos golpecitos sobre su hombro.

—Querías salvar a una gatita y parece que hemos rescatado a una leona —le dijo con voz bromista. —Mi lady, ¿puedo preguntaros cómo habéis descubierto que la madre de mi hermano era una hija de Aurum?

—Me he criado con mestizos —dijo ella sin querer dar importancia a su descubrimiento, pero sin poder evitar la sorpresa en cómo ese salvaje llamaba hermano al mestizo con un tono de admiración y de cariño que no era habitual en su mundo, donde los lazos familiares cada vez eran más raros desde la política de Disgregación del Consejo.

—De acuerdo —dijo Ethan con una sonrisa. —Empecemos por el principio. Aina si me permites voy a tutearte, no se me dan demasiado bien las formalidades.

Aina hizo un gesto afirmativo con la cabeza. No estaba acostumbrada a que la trataran como a una dama, teniendo en cuenta que no tenía ese estatus y jamás se había planteado llegar a tenerlo. Los dos hombres que acompañaban a Ethan se habían sentado a cierta distancia y parecían escucharle con atención y cierta curiosidad.

—Verás. —empezó él. —Supongamos que lo que has oído sobre los salvajes es solo cierto en parte. Supongo que pese a lo joven que eres, ya sabes que siempre existen dos versiones cuando dos personas se pelean. De la misma forma, los hijos de las Diosas siempre se han asegurado de que los salvajes fuéramos vistos únicamente por nuestras atrocidades, nuestros robos y nuestras apasionadas violaciones. Para ellos, somos poco más que nómadas sin organización alguna, más parecidos a manadas de depredadores animales que no propiamente a grupos de personas. No puedo decirte que eso sea completamente falso, es cierto que algunos grupos de los nuestros viven la vida al límite y la piedad no es una de las características por las que los definiría, pero no por ello se puede decir que todos nosotros vivimos de la misma forma.

—Os consideráis un salvaje, pese a ser un mestizo —dijo Aina inclinando levemente la cabeza y Ethan hizo un gesto afirmativo con la cabeza que hubiera pasado desapercibido si ella no hubiera puesto suficiente atención. Ethan se alejó un poco de ella y se sentó al lado de su hermano y con la mano le señaló una piedra delante de ellos para que se sentara. Sus movimientos fueron lentos, no quería cometer el error de que pensaran que no tenía las dificultades que se suponía debía tener por la ausencia de luz. Aina se rodeó las rodillas con los brazos, quedando encogida sobre la piedra, mientras Ethan volvía a hablar.

—Las tribus son más abiertas de lo que posiblemente nunca han sido los hijos de las Diosas. No se hacen diferencias entre salvajes y mestizos, todo el mundo tiene los mismos derechos y los mismos deberes para la tribu.

—¿Leyes? —preguntó ella sorprendida, jamás hubiera pensado que las tribus salvajes vivieran bajo algo que no fuera la ley del más fuerte.

—No escritas, pero transmitidas oralmente de madres a hijos —dijo él con una sonrisa. —O de padres a hijos, en casos de mestizos abandonados por sus madres, como yo. Nuestras leyes son tan antiguas como los oráculos y para nosotros, vivir en una tribu implica aceptar esas leyes. Los que no quieren hacerlo o las quiebran, son llamados forajidos y son expulsados, esos son los salvajes que viven al margen de todas las leyes y que nos han creado una fama de malvados peligrosos que hasta cierto punto no nos va mal del todo, especialmente desde la Transición.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aina viendo cómo se mezclaban de forma extraña conceptos diferentes. Para su sorpresa, no fue Ethan quien habló sino su hermano.

—Antes de la Transición nuestras tribus eran perseguidas sin piedad por los hijos de las Diosas. Incluso formaba parte de la formación de guardias y cazadores dar muerte a un número determinado de salvajes, siendo indiferente que estos fueran guerreros, mujeres o niños. —sus

palabras estaban cargadas de ácido y Aina no pudo evitar sentir que su cuerpo se estremecía al sentir que había verdad en ellas. Extrañado de que Aina no le contradijera, alabando la bondad de los hijos de Aurum con los que había crecido, Greg añadió tras unos segundos. —La mayoría de los mestizos eran nacidos de las violaciones de los hijos de las Diosas a nuestras mujeres, pero a diferencia de lo que las mujeres de las Diosas hacen con estos niños, nosotros los criábamos y educábamos como a verdaderos hijos, sabiendo de la inocencia de los niños respecto a los pecados de los padres.

—Pero con la Transición el Consejo prohibió esas prácticas brutales por miedo a que los jóvenes que se estaban formando pudieran morir —dijo Aina siguiendo finalmente el hilo de la conversación. Pudo ver como Greg sonreía ante su comentario y escuchó como el corazón de él latía con algo más de intensidad, como si alguna emoción extraña empezara a golpearle desde dentro.

—Exactamente —dijo Ethan en un tono más neutro y menos apasionado que el de su hermano. —Eso nos permitió crecer y crear nuestros propios poblados, ocultos de los hijos de las Diosas, en los que poco a poco hemos ido prosperando.

Aina se quedó en silencio pensando en la posibilidad que existieran sitios como Nain, pero repletos de salvajes. No se imaginaba a esos hombres conversando tranquilamente o regateando el precio de un pescado. Miles de preguntas se alzaban sobre ella pero ninguna parecía la correcta.

—Cuando las poblaciones se volvieron estables, fuimos conscientes que nuestra seguridad dependía de los caprichos de las Diosas y sus hijos. Somos fuertes y rápidos, nuestro instinto de supervivencia no tiene iguales, pero no disponemos de magia. Un mago podría convertir en cenizas uno de nuestros poblados antes de que nuestras flechas pudieran alcanzarlo y ante esa realidad, decidimos que era el momento de vigilar lo que decidía el Consejo y las Diosas.

—Natalia —dijo Aina en un suspiro. —Espía para vosotros.

—Muy bien gatita —dijo Greg con un tono que parecía estar cargado de orgullo.

—No se trata de hacer daño a nadie, ni tratamos de destronar al Consejo o enfurecer a las Diosas —dijo Ethan con voz serena. —Simplemente queremos asegurarnos de que si se decide atacarnos tengamos el tiempo suficiente para esconder a los niños, a los ancianos y a las mujeres.

—Creo que lo entiendo —dijo Aina tras su silencio.

—Natalia nos explicó que en el templo existía una hija no marcada y lo cierto es que con los años, ella te ha tomado en estima —dijo Ethan con una sonrisa tierna. —No eres demasiado diferente a nosotros, los mestizos o incluso a los salvajes puros. Al margen del color de tu piel o tus ojos, ninguna Diosa te ha dado su bendición, igual que a nosotros. Ella nos pidió que te diéramos una oportunidad en la tribu.

—Una oportunidad, en la tribu —dijo Aina abriendo los ojos, con la espalda rígida en estado de alarma. ¿Quería decir eso lo que ella pensaba que quería decir?

—Los Juegos de Honor son una experiencia dura —dijo Ethan cerrando los ojos, meditando en silencio. —Antiguamente varios de los participantes podían morir durante esos meses y aunque el Consejo ahora vigilará por la salud y la integridad de todos los jóvenes participantes, al estar maldita es posible que no te traten de igual forma.

—El Consejo solo me quiere como posible reproductora, creo que tiene la esperanza de que engendre hijos que la Diosa sí que apruebe —dijo ella amargamente, siendo consciente de que su presencia en los Juegos era seguramente un truco para que varios de los jóvenes la utilizaran durante esos meses y poder así revisar si era o no fértil y si sus hijos serían sanos o por el contrario estarían malditos igual que ella.

—Si tienes hijos malditos, los marginaran como a ti —dijo Ethan con palabras suaves, intentaba no herir sus sentimientos, aunque Aina había preparado sus escudos desde que la tía Maira le explicó las intenciones del consejo de usarla como a una prostituta más que como a una reproductora, cuando había llegado a la edad de la selección.

—Nadie deseará acostarse con una maldita —dijo ella intentando mostrarse segura. Las risas de Greg le demostraron que no había conseguido convencerlo lo más mínimo. Ethan le dio un pequeño codazo y Greg ahogó las carcajadas.

—Lo siento —dijo Greg, como si tuviera serios problemas en contenerse. —Siento no estar conforme, Aina. Los hombres, salvajes, hijos de una Diosa o mestizos no buscan en una mujer la marca de una Diosa y créeme que para lo que los hombres buscan, eres un succulento premio. Intenta convencerte a ti misma de que los hombres no te buscaran, pero tarde o temprano tendrás que afrontar que eso no es cierto.

—Si tuvieras razón —dijo Ethan en un tono suave cortando a su hermano —Jamás habrían existido los mestizos.

Aina se quedó en silencio. No podía evitar pensar en cómo la había besado Dexter y en sus amenazas. ¿La desearía con la misma intensidad si supiera que estaba maldita? Una chispa de esperanza nació dentro de ella, pero se obligó a apagarla de forma brusca, al margen de lo que él deseara, ella jamás podría estar con él. Ni con ningún otro hombre. Natalia era una buena amiga. Sabía que corría peligro al alejarse del oráculo y había pedido a los suyos que velaran por ella. Que fueran una tribu de salvajes no era un punto a su favor, pero no podía evitar sentirse cómoda entre los dos hermanos y sus instintos no solían equivocarse al juzgar a las personas. ¿Vivir en una tribu? ¿Podría adaptarse a aquello? Las dudas asomaron a sus ojos pero finalmente sus pupilas se apagaron en una mezcla de miedo, desilusión y hasta tristeza.

—No soy una mestiza ni una salvaje. La tribu jamás me aceptaría —dijo ella con voz fría.

—Eso no es problema —dijo Greg con un tono alegre. —Nuestras leyes son diferentes, no hablan del color de la piel o de la raza. Mientras la Diosa no te marque, serás bienvenida, como cualquier mestizo.

—No tengo claro que vivir en la tribu pudiera ser muy diferente a lo que me espera en Do-Urh —dijo ella pensando en la fama de brutalidad de los salvajes, estaba segura de que jamás respetarían su deseo de celibato.

—Bueno, en eso estás muy equivocada —dijo Greg con una sonrisa mientras su cuerpo parecía relajado. —Al margen de los forajidos, en las tribus creemos en las familias y la mayor parte de los hombres buscan esposa y no una amante. Aunque es cierto que algunos jóvenes quieren experimentar antes de atarse para toda la vida con una persona, nunca se trata de relaciones no consentidas; la violación es castigada por la ley con la expulsión de la tribu y créeme que nadie se arriesgaría jamás a tocarte en contra de tu voluntad seas mestiza, pura o una hija no marcada.

Aina estaba sorprendida. ¿Existían las familias entre los salvajes? Siempre había pensado que era hermoso: un hombre y una mujer que se amaban, creando un hogar lleno de hijos. Jamás había aspirado a algo así, las familias habían desaparecido prácticamente y ella estaba maldita. Sin embargo, algo que para ella era un sueño, una mera ilusión, era algo posible para las mujeres nacidas en las tribus de salvajes. Era un completo absurdo. Parecía que el mundo en el que ella había vivido se estaba rompiendo en mil pedazos al descubrir que lo que daba por sentado era falso. Los salvajes, al final, no eran tan salvajes como parecía.

—¿Y si no deseara estar con nadie, ni casarme? —preguntó ella mordiendo el labio inferior mientras intentaba poner sus pensamientos y sus sentimientos en orden. Greg se levantó lentamente

y se desperezó mientras su hermano lo miraba con una ceja levantada, con muestra de franca curiosidad. Se acercó a ella, dejando un espacio entre ellos, aunque Aina no mostró ninguna señal de miedo por su proximidad, había estado sobre su espalda más de dos horas, no tenía sentido hacer ver que tenerlo a medio metro era intimidante, después de eso.

—Eso no sería un problema —dijo él con una suavidad que era más propia de Ethan que no de Greg. —Seguirías siendo acogida por nuestra gente. ¿Aunque no es el sueño de toda mujer tener hijos y esas cosas? ¿O es acaso que el concepto de matrimonio te asusta?

—Obviamente no es el sueño de toda mujer —dijo Aina mirándolo con el ceño fruncido de forma desafiante. ¿Por qué todos los hombres que conocía querían sacarla de sus casillas? —Y desde luego no es el mío. Y lo del matrimonio, creo que es hermoso el concepto de un hombre y una mujer amándose para toda la vida, no es cuestión de miedo sino de principios. No deseo estar con ningún hombre por lo que no tiene sentido plantearse si quiera el concepto de matrimonio.

—Quizás podrías encontrar un salvaje lo suficientemente paciente como hacerte cambiar de idea con el tiempo. —su voz era suave y melosa, recordaba el ronroneo de un puma acechando sobre su presa.

—¿Un salvaje estúpido, quieres decir? —le contestó ella mordazmente haciendo que Ethan, que los observaba en silencio, empezara a reír con unas carcajadas suaves y rítmicas.

—No creo que el tema tenga que centrarse en el matrimonio —dijo Ethan con tono alegre. —Aina, si lo deseas puedes volver con nosotros y conocer la tribu. Ver con tus propios ojos la realidad de la que hablamos y decidir entonces que quieres hacer con tu vida. Nosotros podemos mantenerte escondida del Consejo.

Aina miró a Ethan mientras Greg, sentado a su lado parecía ponerse cómodo sobre la piedra.

—Desearía ir con vosotros, al menos para conocer las tribus —dijo ella sintiendo que la alegría envolvía a los dos hombres. —Pero no puedo. No deseo participar en los juegos ni ser el juguete del Consejo, pero hay algo que debo hacer en Do-Urh.

—¿Algo que no tiene que ver con los Juegos, puedo entender? —dijo Ethan.

—Sí —dijo ella mientras Greg se tensaba a su lado.

—¿Un amante quizás? —preguntó Greg intentando mostrarse indiferente mientras Aina se ponía rígida ¿Qué manía tenían todos con casarla, convertirla en prostituta o en buscarle amantes?

—Algo sobre mi difunta madre —dijo ella con voz cortante, no podía darles información sobre la búsqueda de su padre sin hablar de su maldición o de su extraño nacimiento, pero aquella contestación fue suficiente como para que los dos hombres la miraran con atención, intentando descubrir sus secretos, pero respetándolos.

—¿Respuestas? —preguntó Greg con voz suave, no hacía falta ser muy inteligente como para comprender que su búsqueda tenía relación con su maldición.

—Ojalá —dijo ella con un suspiro triste.

—De acuerdo —dijo Ethan tras unos segundos. —Cuando acabes lo que tienes que hacer allí, recuerda nuestra oferta. Eres una buena persona y te mereces ser feliz. Supongo que no es necesario que te diga que el contenido de esta conversación es algo así como un secreto.

Aina sonrió ante sus palabras. No le vendría de un secreto más, se dijo encogiéndose de hombros. Jamás se había planteado su propia felicidad y en apenas unos días tanto Maira como Ethan parecían interesados en que ella lograra ese estado. No podía quejarse por la vida que había llevado, con bastantes comodidades y sin grandes obligaciones. Una vida tranquila, rodeada de animales. Encerrada en un oráculo. Con cuatro paredes y dos torreones. Invisible. Quizás era cierto que deseaba más en la vida, pero no sabía si sería suficientemente valiente como para

buscarlo. La seguridad del templo, rodeada de mujeres, era una apuesta segura para su corazón, que parecía haberse desbocado en los besos de un desconocido y no se mostraba indiferente ante el cuerpo semidesnudo de aquel salvaje. Aunque no podía evitar sentir cierta rabia al pensar en la Diosa que la había maldito y le había negado la posibilidad de amar. Caminaron en silencio los tres salvajes, el mestizo y la mujer, a través de la cima de las montañas hasta llegar al acantilado por el que Greg la había subido a cuestras. Su proximidad era extraña, una mezcla de ansiedad irradiaba en su cuerpo. Durante el trayecto la había guiado por los pasos más difíciles mientras sujetaba su mano firmemente. Pese a las duricias, había algo cálido en ella que hizo que se sintiera extraña, sola, cuando finalmente él la soltó al llegar allí. Greg le colocó cuerdas alrededor de sus piernas y de su cintura. Ante la mirada horrorizada de Aina, empezaron a bajarla a pulso entre los cuatro hombres, de forma lenta y delicada. Tras unos minutos de bajarla en silencio, el fino oído de Aina pudo escuchar la voz de Ethan hablando en susurros.

—¿Se puede saber porque provocabas a la chica todo el rato? —dijo Ethan con un tono divertido.

—Es una mujer interesante —dijo Greg con una voz suave pero peligrosa. —Y creo que ya va siendo hora de tomar esposa.

Una mezcla de ruidos que parecían carcajadas contenidas de varios de los hombres a su alrededor, sonaron tras sus palabras.

—No parecía que ella estuviera muy dispuesta —le dijo Ethan en un tono alegre.

—No conoce todos mis encantos, ni lo persuasivo que puedo llegar a ser, hermano. Puedo conseguir que se enamore de mí y me acepte como marido, con un poco de tiempo. No es una gatita tan indefensa como parece, estoy seguro de que puede ser un reto muy interesante.

—Te deseo la máxima suerte posible, hermano —dijo Ethan con voz llena de ternura. —Sabes que puede no ser fértil, ¿verdad?

—Soy consciente de ello —dijo él con una voz un poco más fría. —En el peor de los casos tendré que conformarme malcriando a mis seis sobrinos.

—Seis de momento —dijo Ethan con un tono orgulloso. —Moveré contactos, no la dejaremos sola y desprotegida en Do-Urh, aunque no te aseguro que podamos protegerla de todo.

—Lo sé —dijo Greg en un susurro y las voces desaparecieron de nuevo.

James se había quedado a cargo del campamento y pudo ver con sorpresa como el cuerpo de Aina descendía por el acantilado sujeto por las cuerdas, cuando ya había realizado la mitad del recorrido, aproximadamente. Los hombres estaban ocultos por las propias rocas y era imposible alcanzarlos a esa altura con una flecha. No estaba seguro de si estaba viva o no, a excepción del propio balanceo causado por el descenso apenas se movía. Esperó con una flecha sobre el arco, vigilando las alturas de forma desafiante hasta que Aina estuvo lo suficientemente cerca del suelo como para que él la alcanzara. Cortó la cuerda con un ágil movimiento de un cuchillo y la tomó entre sus brazos, protegiendo su cuerpo de las alturas donde sabía los salvajes habían de estar, por si decidían atacar con piedras o flechas mientras se alejaba de allí con pisadas rápidas y firmes. Aina se dejó abrazar en silencio, humillada por la forma en que la había bajado y sin saber cómo explicar todo lo que había sucedido. Se sentía cansada y se dejó llevar, como si fuera una inválida. James se escondió detrás de una roca y la dejó en el suelo con sumo cuidado. Revisó el entorno y finalmente la miró a la cara, con expresión preocupada.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz suave mientras su mano se posaba en su mejilla con sumo cuidado, como si fuera algo muy delicado que con un movimiento brusco pudiera romperse

en mil pedazos. Aina lo miró sorprendida por su suavidad y su dulzura. Una mezcla de sentimientos, tristeza por su maldición, culpabilidad por su escapada y cansancio del propio viaje, se mezclaron en ella. Su pulso se aceleró y James lo notó, aumentando la preocupación en su rostro y dejando ver destellos de ternura en su mirada.

—Creo que estoy bien —dijo ella con voz serena. Él la miró con una sonrisa orgullosa. Si esperaba encontrarla llorando y en estado de completa histeria, verla así supondría una grata sorpresa.

James cerró los ojos durante unos segundos mientras dirigía la mirada hacia el cielo. Cuando los abrió, un pequeño destello de luz amarilla salió de sus ojos y la luz resplandeció sobre la oscuridad de la noche durante una breve fracción de tiempo, pero lo suficiente como para que alguien atento pudiera verla. Aina no había visto usar el reflejo de la luz de esa forma y desde luego nunca dentro de la oscuridad.

—Ha sido espectacular —dijo Aina.

—Los reflejos de luz durante el día no se ven apenas, aunque entonces su intensidad sea mucho más fuerte; sin embargo de la noche, aunque sean tenues, destacan como un rayo en medio de una tormenta —dijo él con una voz suave, intentando recuperar la respiración y normalizando sus pulsaciones que se habían desbocado por el esfuerzo. Se quedaron quietos, en silencio, el tiempo en que Edward y Sir Anthony tardaron en aparecer junto a ellos. Sir Anthony la abrazó tras saltar apresuradamente del caballo y Edward la miró con una expresión llena de tristeza y algo oscuro en su corazón. Nadie le preguntó nada sobre lo que había pasado, por extraño que fuera. Aina supuso que todos daban por sentado lo que quería un salvaje de una mujer joven, aunque ahora sabía que había mucho más que las aberrantes historias que solían explicarse en las hogueras. No les sacó de su error, tampoco podía explicarles la realidad, así que era más fácil hacerles creer en sus propias mentiras. Cabalgaron a buen ritmo durante toda la noche, alejándose de las rocosas paredes de piedra y entrando en un cada vez más frondoso bosque. Aina dejó que su mente vagara perdida entre todos los descubrimientos que en una semana habían cambiado su vida de arriba a abajo y se preguntó si podría volver a ser la misma persona que había sido antes de saber que su realidad y su mundo eran diferentes de lo que siempre había pensado.

Do-Urh

Llegaron a Do-Urh antes de lo previsto. Sir Anthony había marcado un ritmo más rápido después del incidente en las rocosas y para desgracia de Aina, mantenía siempre a alguien a menos de un metro de ella, lo que se estaba volviendo bastante cansino. Aunque intentaron no hablar del incidente, había algo en la cuidadosa forma en que la trataban o en los largos silencios que se producían mientras se adentraban en los bosques del este que mostraban una tensión contenida que ansiaba salir, pero a la que nadie osaba dar vía libre. Aina estaba absorta memorizando todo lo que veía, jamás había estado fuera del desierto y encontrarse allí, en medio de un frondoso bosque en el que pequeños riachuelos se cruzaban constantemente en su camino, era una extraña sensación. Las murallas de piedra de Do-Urh se alzaban solemnes en medio de un punto elevado en un gran claro que tenía a sus espaldas unas grandes montañas con los picos cubiertos de blanca nieve. Por todo el claro podían verse pequeñas cabañas de madera, establos repletos de animales y tierra cultivada con gran variedad de plantas y de coloridos frutos. Aina supo que aquella tierra era fértil de forma que el desierto que había sido su casa jamás sería. Se enamoró de los árboles de intenso olor y denso follaje, de los ríos que sinuosamente bajaban por las montañas, del lago que reflejaba las montañas bajo las que reposaba, de las piedras cubiertas de verde musgo y de las flores salvajes que crecían entre ellas. Las piedras de la muralla habían sido grises en otra época, pero ahora estaban prácticamente cubiertas por ese fino tapiz verde que parecía invadirlo todo y convertía el recinto en parte del propio paisaje. Con un paso más lento que el del resto del viaje, caminaron entre los campos, donde los mestizos que labraban las tierras y cuidaban los animales los miraban con escasa curiosidad. En las puertas de la fortaleza, tres guardias los miraron de reojo, pero no les prestaron más atención que esa. Sin embargo, la mayor sorpresa llegó cuando observó entre la multitud de comerciantes apostados junto a la parte interior de las murallas, el pelo casi blanco y la piel plateada reluciendo bajo la luz a dos o tres hijos de Argentum. Saber que existían otras razas no significaba que uno pudiera evitar que se le dilataran las pupilas por la sorpresa al encontrar a uno de ellos a pocos metros. James parecía también sorprendido por su presencia allí, aunque su cara se volvió neutra en pocos segundos, a diferencia de la de Aina que no podía evitar mirarlos fijamente, con la boca levemente abierta, hasta que Sir Anthony se cruzó en la trayectoria de su mirada tras refrenar levemente su caballo, obligándola a mirarlo.

—No es de buena educación quedarse mirando a una persona con la boca abierta —le dijo alegremente con una sonrisa, por primera vez desde el incidente.

—Lo siento —dijo ella sin poder añadir más palabras.

—Do-Urh es fronterizo —le explicó él. —El territorio donde se inicia el hielo es el límite de nuestra tierra, a partir de allí es tierra de los hijos de Argentum y sobre las cumbres, tienen un pueblo llamado Una. Aunque para nosotros el viaje es peligroso por el frío, ellos pueden bajar con relativa facilidad para traer algunos de sus productos y conseguir fruta fresca que en sus heladas montañas no puede ser cultivada.

—No sabía que comerciáramos con ellos —dijo ella en un susurro.

—Bueno, técnicamente no lo hacemos —le contestó él con una sonrisa. —El Consejo no aceptaría un comercio abierto, pero eso no quiere decir que no se permita a algún comerciante enseñar sus mercancías o gastar su dinero. Por ese motivo es el único pueblo dorado que tiene una doble muralla.

Aina miró en la dirección que Sir Anthony le indicaba y observó cómo, anulada por la sorpresa de ver a una piel de plata allí, había dejado de ver el resto del mundo que la rodeaba. Los puestos de comercio se distribuían en dos filas dejando un generoso paso entre las dos hileras por el que carros, caballos y compradores circulaban de forma desorganizada y aleatoria. La muralla interior era tan impresionante como la externa y observó con curiosidad que no había ninguna abertura en ella.

—¿Dónde está la entrada? —preguntó ella sorprendida mientras Sir Anthony dirigía a los caballos entre los comercios y avanzaban lentamente seguidos de Edward y James.

—En el otro extremo —dijo Sir Anthony. —De esta forma si alguien entrara a la fuerza, tendría que recorrer todo este trayecto bajo una lluvia de flechas antes de poder acceder a la entrada a la ciudad.

—Entiendo —dijo ella con gesto afirmativo. —¿Los hijos de Argentum tienen acceso a la zona interna?

—En contadas ocasiones —le contestó él. —Aquí están más habituados a verlos de lo que estamos nosotros, aunque eso no quiere decir que se les dé la bienvenida en nuestras casas, aunque algunos comerciantes que han tratado con Do-Urh durante siglos, tienen ciertos privilegios.

No tardaron en llegar al extremo opuesto de la muralla, donde una gruesa reja de metal dorado que relucía bajo el sol bloqueaba la entrada al recinto interior. Dos guardianes la protegían. Sir Anthony desmontó del caballo y se acercó a ellos. Hablaron durante un rato de forma cordial y finalmente Sir Anthony les ordenó desmontar y acercarse a ellos. Aina observó como dos nuevos guardias aparecían con varios pergaminos en el lado interno de la reja y hablaban con Sir Anthony y los otros guardias a través de los barrotes de oro. Se sorprendió al darse cuenta de que aquellos barrotes era el primer signo que había visto en la fortaleza sobre su raza. Uno de ellos parecía buscar algo en los pergaminos y con una voz cargada de alegría anunció.

—James hijo de la Guardia de Nain, los Juegos de Honor te dan la bienvenida a Do-Urh. — tras decirlo, anotaba algo en el pergamino, al lado de donde Aina supuso que estaría escrito su nombre. Buscó por las hojas hasta que con una nueva sonrisa leía en silencio su nombre y al hacerlo una mirada extraña, entre temerosa y sorprendida, cruzaba su cara. Finalmente, con voz más suave, menos alegre y fijando la mirada en la única mujer del grupo, añadió. —Aina hija Maldita del Desierto, los Juegos de Honor te dan la bienvenida a Do-Urh.

Todos los guardias se quedaron en silencio mirando a la joven que se encontraba entre ellos, sorprendidos por el nombre completo de ella. Era habitual que, tras la selección, todos fueran nombrados hijos del Pueblo al que pertenecían a modo de apellido. Si con los años alcanzaban el rango de señor, podían usar sus apellidos, el de su madre o el de su padre si eran hijos reconocidos o incluso los dos si era un linaje digno de ser llevado. Sin embargo, la alusión a la maldición de Aina era algo que no esperaba que la marcara hasta el punto de que ese fuera su apellido. Hija Maldita del Desierto. Ni siquiera hacía mención del Oráculo. Dicho así parecía que la hubieran encontrado en un cesto, perdida en medio del desierto. Maldita y abandonada. Ese sí que era un apellido que no pasaría desapercibido. Aina mantuvo la barbilla alta y no bajó la mirada pese a que por dentro una oleada de tristeza y rabia la estaba recorriendo. Había tenido tanto cuidado en mantener oculta bajo su ropa y su nuevo collar la maldición, que se sentía estúpida por haber pensado que podría pasar inadvertida entre aquella gente. Se recordó que esa era su gente, su pueblo, pero la oleada de repulsión era tan grande que no pudo evitar escuchar el recuerdo de las palabras amables y dulces de los salvajes, ofreciéndole ser uno más de ellos y explicándole algunos de sus secretos sin conocerla apenas. El otro guardia tras la reja apuntó los

nombres de Sir Anthony Jobs y de Edward, hijo de la Guardia de Nain, en un registro separado y Aina supo que en Do-Urh, nadie entraba o salía sin que constara en esos registros. La seguridad, después de todo, seguía siendo una de sus prioridades. Las rejas de oro empezaron a elevarse cuando tras mover varios símbolos en una rueda de madera, dos bueyes empezaron a caminar en círculos. Aina observó como un tercer guardia volvía a manipular los símbolos y al hacerlo, algo cambiaba en el mecanismo interno de la rueda de forma que, al volver a caminar los animales, la reja bajaba en vez de subir. Un joven mestizo se acercó a ellos y se hizo cargo de los caballos tras asegurarles que todas sus posesiones, así como lo que transportaba el caballo de carga, sería llevada hasta su posada en el mínimo tiempo posible. Aina no pudo evitar mirar al joven preguntándose si éste conocería la existencia de los mestizos que vivían con los salvajes o si jamás habría oído hablar de ellos. Nada en su comportamiento le permitió salir de sus dudas, mientras James se situaba a su izquierda y colocaba su brazo sobre la mitad de su espalda para acompañarla en el camino. Aina se dejó acompañar por James mientras Sir Anthony y Edward caminaban delante de ellos. La proximidad del joven era agradable y se sintió extraña al sentir que se sentía cómoda junto a él. Dejó que su vista y sus oídos se fijaran en los detalles que la rodeaban mientras James en silencio la acompañaba sin dejar de mantener el contacto de su brazo sobre ella, como si de alguna forma quisiera reconfortarla. Las casas de piedra estaban pintadas con fino polvo de oro que resplandecía en mil direcciones. Las puertas y las ventanas eran de madera oscura y sobre ellas había runas de oro puro delicadamente trabajado. Las calles estaban empedradas pero aquí y allí había pequeños brotes de plantas salvajes entre los adoquines. La gente los miraba con cierta curiosidad, especialmente a ella y a James. Era normal, se dijo Aina. Ver a dos jóvenes caminando medio abrazados en medio de la calle era algo poco habitual. James debía de saberlo también, así que no acaba de entender por qué se estaba comportando de esa manera y se preguntó si Sir Anthony le había pedido que hiciera algo así por algún extraño motivo, al darse cuenta de que ni Sir Anthony ni Edward parecían completamente sorprendidos por su comportamiento. Llegaron al hostel siguiendo las indicaciones del mestizo sin dificultad. Una vez dentro, Sir Anthony habló con un barrigudo posadero mientras el resto se sentaban en la única mesa libre. Aina no podía evitar sentir los ojos de una multitud de jóvenes sentados en las mesas de su alrededor mirándolos con curiosidad. Habría por los menos una veintena de personas y Aina pudo ver como todos ellos lucían una cinta dorada en el pelo del que colgaba una pequeña runa que Aina pudo ver con detalle pese a la distancia, en un solo vistazo, la Runa de los Juegos de Honor. Todos ellos eran candidatos, maldita sea. Sir Anthony se sentó a la mesa tras dejar sobre ella cuatro jarras de barro repletas de un líquido de color dorado del que salía un fino humo. Aina tomó la jarra entre las manos y notó el calor a través del barro. Con la mirada fija en su jarra, escuchaba a los tres guardias hablar entre ellos mientras las conversaciones alrededor de ellos circulaban fluidas. Aina no se sorprendió de que los rumores hubieran llegado ya hasta allí. Ajenos a que podían ser escuchados, los jóvenes de la plaza ya habían traído dentro del comedor el extraño nombre de Aina, que había sido escuchado en la muralla y había circulado entre las calles de Do-Urh como si fuera una bomba expansiva. Sentía los ojos de la gente fijos sobre su espalda mientras las palabras se repetían en las diferentes mesas. *Maldita. Hija Maldita. Del Desierto.* Las palabras la golpeaban pese a ser tan solo susurros. Aina intentó no parecer afectada por ello y contestó con las mínimas palabras posibles las preguntas de Sir Anthony, intentando no parecer grosera. Lo que estuvo a punto de hacerle caer y dejar que las lágrimas llegaran a sus ojos fue la mirada de Edward, que mostraba una infinita pena. Había empezado a apreciar sus bromas y le había sorprendido su frialdad tras el incidente de los salvajes, pero no esperaba que la mirara

como a un cachorro a punto de morir de una forma violenta y salvaje.

Por lo visto Edward y Sir Anthony debían alojarse en la Guardia, ya que las posadas estaban reservadas solo para los participantes. La ciudad había aumentado considerablemente su población habitual y aún quedaban más de dos semanas para que los Juegos comenzaran, con la llegada de más participantes, así como de visitantes de todo el reino. Sir Anthony la acompañó a la habitación tras cenar todos juntos en medio de todos aquellos ojos curiosos y susurros cínicos. Su mirada parecía preocupada pero se mostraba tranquilo. Aina cerró con llave la puerta una vez Sir Anthony se fue, tal y como él le había aconsejado, y se sentó en la sencilla cama. James la pasaría a buscar a primera hora para desayunar juntos y luego descubrirían juntos la ciudad. Aina se lavó la cara intentando sacar todos los restos de suciedad del camino. Estuvo a punto de meterse en la cama, tal y como le había dicho a Sir Anthony que haría cuando acabara de asearse, pero estaba demasiado nerviosa como para conseguir dormir en esos momentos. Fuera la noche era estrellada y el cielo estaba despejado. Desde su privilegiada vista en el tercer piso del edificio podía ver como la luz de las estrellas reflejaba el blanco de la nieve de las cumbres montañosas y se sintió aturdida por la sensación de calma que llegó a ella ante el caos de sensaciones y sentimientos que la estaban arrastrando. Se colocó la capa y el cinto con las espadas y salió de la habitación, cerrando con llave después. Caminó medio escondida entre las sombras por los pasillos hasta llegar a la habitación de James. Escuchó su respiración pausada dentro y supuso que estaría durmiendo. Tardó un poco en oír el toc-toc de la puerta, pero finalmente se levantó de la cama y tras coger algo se acercó a la puerta. Aina escuchó el ruido de la llave en la cerradura en el mismo momento que escuchaba como el aire se cortaba por el filo de una daga. Cuando James abrió la puerta, con la daga sujeta en la mano izquierda, la reconoció al instante pese a estar completamente cubierta con la capa y bajando el arma se hizo a un lado para dejarla pasar a la habitación. Aina tardó un par de segundos en entrar. No es que tuviera miedo de estar con él a solas en la habitación, pero él se alejó un poco de ella, interpretando su duda de esa manera. Aina tardó un segundo en recordar lo que se suponía que le había pasado con los salvajes. En realidad estaba sorprendida por la sensación de que había sido capaz de escuchar como la daga cortaba el aire, mientras él preparaba la daga por si detrás de la puerta había algún tipo de amenaza. Era imposible que hubiera oído *eso*. Sabía que a veces escuchaba cosas que el resto de las personas no llegaban a oír, pero había supuesto que se trataba de que su oído era fino o que el del resto estaba un poco envejecido. Pero oír como el filo de un arma cortaba el aire, eso no era del todo normal, incluso para ella. Alejó esos pensamientos y entró en la habitación, sentándose en una esquina de la cama mientras James se acercaba al tocador y llenaba dos vasos de un líquido transparente que Aina deseó fuera agua y no un licor. Le tendió un vaso y se alejó de ella, quedándose apoyado en la pared de forma tranquila.

—Y esta visita se debe... —empezó él con una sonrisa tranquila.

—Quiero saber qué está pasando —dijo ella. —Y no me vengas con excusas, estoy maldita pero no soy tonta.

James la miró y suspiró profundamente. Se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo, por debajo del nivel de sus ojos y tomó un trago de la bebida, que no sabía para nada a algo parecido al agua.

—Sir Anthony está preocupado por tu seguridad —dijo él finalmente.

—Dime algo que no sepa —dijo ella haciendo una mueca.

—De acuerdo —dijo él. —No deseo ofenderte, pero no sé cómo explicártelo sin que sea un poco violento.

—Dilo sin más, no puede ser peor que otras cosas que he escuchado ya —dijo ella encogiéndose de hombros y tras dar un largo trago del licor, se deslizó por la esquina de la cama para sentarse en el suelo, al mismo nivel que él, de forma que sus pies prácticamente se tocaban.

—Después de lo que pasó durante el viaje —dijo él sin entrar en detalles. —Edward y yo hablamos con Sir Anthony para hacerle entender que algo parecido podía sucederte en Do-Urh.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aina.

—Sir Anthony te tiene mucho cariño y te estima como a una hija y quizás por eso no es completamente consciente de cómo te ves para hombres algo más jóvenes —dijo él con una sonrisa seductora.

—No sé si quiero oírlo, después de todo —dijo Aina poniendo una mueca.

—Te guste o no, eres una mujer guapa, joven y con un punto de inocencia que te hace bastante deseable —dijo él con una pequeña carcajada. —Que conste que yo soy inmune a tu aura, pero estoy seguro de que más de uno deseará estar contigo y no teniendo el respaldo de un gremio y encima con eso de estar maldita, es posible que más de un hombre joven y poco sensato, pueda dejarse llevar por sus instintos más burdos y primarios, pasando a convertirse en poco más que un salvaje.

—Entiendo —dijo ella y se quedó en silencio, mientras pensaba que no tenía sentido que pensarán una cosa así, quitándole importancia añadió con una sonrisa coqueta, quizás por la buena dosis de licor que ya se había tomado —Suerte que tú eres inmune.

—Bueno, no lo soy del todo —dijo él tras una amigable y espontánea risa. —No es que no te considere interesante ni que el tema de la maldición fuera realmente un problema si me lo planteara, pero creo que te he cogido cariño de verdad y no creo que lo que necesitas sea un libertino como yo. La verdad, me gusta demasiado este tipo de vida como para renunciar a ella tan pronto. Entiéndeme, si tengo que elegir entre estar a tu lado o entre los brazos de decenas de mujeres...

—Pensaba que no existían exclusividades en las relaciones entre hombres y mujeres —dijo Aina sorprendida por sus palabras.

—Bueno, las reglas las pautan los propios hombres y mujeres, así que todo es relativo —dijo él encogiéndose de hombros mientras apuraba el último trago de su vaso. —No creo que a ti te fuera lo de tener varios amantes de forma simultánea, o de compartir el tuyo.

—Vale, dejemos el tema de los amantes —dijo ella frotándose la frente incómoda por el giro de la conversación. —Y ahora explícame que se supone que está pasando.

—De acuerdo. La idea fue de Edward. Aunque a veces puede ser un poco estirado, creo que él te aprecia bastante y no entraré en detalles del tipo de afecto que te tiene para no incomodarte más de lo que ya estás —dijo él con una sonrisa maliciosa y Aina le hacía una mueca mientras sentía el efecto del alcohol sobre sus sentidos. —La mayoría de las mujeres toman un único amante hasta que deciden cambiarlo, así que si la gente piensa que tienes un amante lo suficientemente fuerte como para defenderte en caso de que fuera necesario, los hombres débiles no te molestarán y con un poco de suerte los no tan débiles centrarán su atención en otras mujeres.

—¿Y cuándo se suponía que me avisarías de que somos amantes? —le dijo ella con una mirada asesina.

—¿Ahora? —le contestó él con una sonrisa inocente.

—Genial —le contestó ella y tras acabar de vaciar el vaso lo dejó en el suelo. —¿Y eso no te va a cortar a ti las alas?

—No te preocupes, nadie dice que yo tenga que limitarme a una sola mujer —dijo él con una

sonrisa pícara mientras ella hacía un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Qué era eso que me has dado? —le preguntó ella con la mirada perdida en el vaso mientras notaba que el sueño la envolvía y que sus sentidos se apagaban poco a poco.

—Un licor de la casa —le contestó él mientras la miraba con una sonrisa. —Aunque quizás te tendría que haber avisado de que me han dicho que era bastante fuerte y por lo que veo, no estas acostumbrada a beber.

—¿Me has emborrachado? —preguntó ella mirándolo con curiosidad.

—Solo un poquito —le contestó él con una sonrisa. —¿Aun puedes hablar y caminar, no?

—Supongo. —contestó ella mientras empezaba a reír con suavidad y escondía sus risas detrás de sus manos.

—Mi primer consejo Aina, es que nunca bebas nada que te ofrezca un hombre. —le contestó él mientras se acercaba a ella y la cogía en brazos para estirarla sobre la cama. —Lo ideal es que lo tires disimuladamente, así puedes fingir estar ebria, ahora que ya lo has experimentado una vez, y animarlos a hablar sobre sus intenciones para saber si tienes que salir corriendo o no es necesario.

—O acabaré en la cama de un hombre —le contestó ella con ironía mientras se acurrucaba de lado en la cama y ponía la cabeza sobre la almohada.

—Exactamente —dijo él mirándola con una sonrisa. —Y la segunda cosa que quiero que sepas es que en las ciudades los rumores se mueven a la velocidad del viento.

—Lo sé, los he oído —le contestó ella con los ojos cerrados mientras él la cubría con una manta.

—Dormirás aquí esta noche y mañana nos aseguraremos de que un par de personas te vean salir de la habitación —le dijo él mientras le separaba un mechón rebelde que había caído sobre su mejilla. —Todos pensarán que estamos juntos por el momento, al haber llegado juntos y compartido esta noche. No podré estar junto a ti en las pruebas, pero prometo protegerte al menos fuera de ellas.

Aina no respondió y James dudaba de si habría oído sus últimas palabras o ya estaba completamente dormida. Cogió una manta grande y la tendió en el suelo. Puso una de las mochilas de ropa para usar de almohada y se estiró en ella, abrazándose la manta alrededor de su cuerpo y empezando a dormir casi en el mismo momento en que cerró los ojos.

Aina notó la cabeza un poco pesada y recordó poco a poco la noche anterior. James dormía a su lado y parecía relajado, casi en paz consigo mismo, incluso en el suelo. Aina se quedó en la cama hasta que James finalmente despertó. Sus ojos dorados brillaban con la luz del amanecer y su sonrisa se amplió de forma amistosa. Aina se puso de pie y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse del suelo. Las voces en el pasillo les advertían de la presencia de alguien. Aina le sonrió y con un movimiento de la cabeza señaló la puerta. No estaba preocupada de haber dormido en la habitación de James, después de compartir una pequeña tienda con los tres guardias durante todo el viaje, casi le era más extraño dormir sola que junto a él. James se acercó a la puerta y le dejó pasar, cuando Aina tenía intención de desaparecer por el pasillo ante la atenta mirada de tres jóvenes varones que estaban parados frente una puerta a pocos metros de allí, James con un ágil movimiento le tomó de la mano y tiró de ella hacia sí, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera en sus brazos. A tan solo unos milímetros de él y con su cuerpo enterrado en su abrazo, le acarició la mejilla con la mano que tenía libre y luego acercó los dedos de la mano que había capturado para besárselos con ternura. Se acercó a ella para susurrarle al oído de forma

confidencial, como seguramente harían dos amantes, se dijo Aina.

—Te paso a buscar por tu habitación en diez minutos y pon cara de felicidad o mi reputación con las mujeres puede verse afectada. —Aina no pudo evitar sonreír ante su comentario y sintió como James soltaba finalmente su mano, liberándola. Aina puso la mano sobre el pecho de él como si ese contacto fuera una cosa habitual entre ellos y él la miró arqueando las cejas con gesto de sorpresa, justo en el momento en que se alejaba de él y de los hombres que los miraban sorprendidos.

Estaban desayunando tranquilamente cuando dos chicos jóvenes, con una cinta en la frente de la que colgaba la runa de los Juegos, se acercaron a ellos con dos tazones llenos de cereales.

—¿Podemos sentarnos con vosotros? —preguntó el más alto de los dos. Aina los miró de refilón y no pudo evitar sentir que ese par parecían bastante agradables, instintivamente supo que ellos no eran peligrosos. El que había hablado era más alto y un poco demasiado delgado, en su cara destacaba una ridícula perilla rubia que sobresalía de su barbilla. Su compinche era más bajo y regordete, tenía las mejillas algo sonrosadas, por un esfuerzo o por timidez, Aina no estaba segura.

—Por supuesto —dijo James con una sonrisa amistosa. —Mi nombre es James Hijo de la Guardia de Nain y ella es Aina Hija Maldita del Desierto.

Aina observó cómo se estrechaban la mano y como el delgado le alargaba el brazo para estrechar también su mano. Probablemente ya sabían quiénes eran ellos, pero se sorprendía que le tendieran la mano sin dudarle como si fuera una más, al margen de su extraño nombre.

—Mi nombre es Thor Hijo de los Herreros de Nain y este es Feren Hijo de los Escribas de Nain, no hemos coincidido nunca en casa contigo, pero no podíamos evitar venir a saludar a un Hijo de Nain en tierras inhóspitas —dijo él con una sonrisa.

—Es un placer conoceros, chicos —dijo James alegremente mientras le explicaba a Aina- Los miembros de la Guardia no solemos salir mucho del cuartel, entre el entrenamiento y las obligaciones.

—¿Vosotros dos sois pareja? —preguntó Feren mientras se llenaba la boca con una cuchara de la que sobresalían algunas gachas reblandecidas. Aina intentó no mostrarse sorprendida por ese comentario tan directo y James, que parecía estar esperando algo así, respondió tras coger un trozo de pan y untarlo con manteca, como si contestar a eso fuera algo que hacía constantemente.

—Algo así —dijo con una voz tranquila mientras le lanzaba una mirada alegre y su sonrisa parecía hasta cierto punto bobalicona mientras la miraba como si se tratara de una comida sabrosa, detalle que no pasó desapercibido por los otros dos. —Nos conocimos por casualidad, uno de sus protectores era un Guardian del Reino amigo de uno de mis tutores. Nos arreglaron para viajar juntos, y una cosa llevó a la otra. Esperemos que no se canse de mí demasiado pronto. —añadió después, acercándose a los chicos y bajando un poco la voz, como si les quisiera decir un secreto aunque obviamente Aina había sido capaz de escucharlo.

—No de momento, tenlo por seguro —le contestó ella con una sonrisa coqueta, interpretando a la perfección su papel pese a sentirse una auténtica estúpida al hacerlo. James le pasó el brazo por la cintura y con un movimiento la acercó hacia él, haciendo que sus cuerpos se rozaran.

—Has tenido suerte —le dijo Thor con una sonrisa maliciosa a James. —Si me permites el comentario, eres preciosa.

—¿Maldita y todo? —le contestó ella con cierta ironía pero sin maldad en sus palabras. Thor y Feren no eran malos, simplemente decían lo que pensaban sin darse cuenta de que quizás sus

palabras no eran apropiadas.

—Bueno, supongo que tampoco ha de ser tan grave, ¿no? —dijo Thor intentando justificarse.
—Quiero decir que si fuera una maldición peligrosa para las personas o para nuestro pueblo el Consejo no te habría permitido venir a participar a los Juegos.

—Cuando ayer escuchamos que había llegado una participante con ese apellido al principio nos preocupamos un poco. —admitió Feren. —Como escriba, sé que ha habido otros malditos en la historia. Aquellos que eran peligrosos se les mataba al nacer, pero a veces la Diosa maldecía una familia con un hijo castigado con el silencio, la sordera o la torpeza y el Consejo permitía que vivieran bajo supervisión.

—Así que supusimos que tu maldición no sería tampoco nada del otro mundo. Nos da igual que estés o no maldita. —acabó Thor mientras se encogía de hombros. —Y si a un miembro de la Guardia no le importa, seguramente es porque estamos en el bando correcto.

—Así que ya existen bandos —dijo James con una carcajada, como si saber aquello no le sorprendiera lo más mínimo y tampoco le intimidara.

—Bueno, algunos no están muy conformes en que participe —dijo Feren y añadía bajando la voz como si les explicara algo importante —Pero las escrituras no dicen nada sobre los menores malditos, así que en realidad tiene el mismo derecho que todo el mundo a participar.

—No quiero abusar de vuestra confianza —dijo James con una sonrisa, pero mostrando una confianza en sí mismo que a Aina le sorprendió porque le hizo parecer increíblemente adulto. —Pero espero que no haya nadie del que tenga que preocuparme en nombre de mi pareja, ella quizás no puede defenderse sola, pero eso no quiere decir que no haya nadie dispuesto a asumir ese reto si es necesario.

—No hemos oído nada de lo que tengas que preocuparte —dijo Thor con gesto conciliador. —Aunque no creo que te ayuden mucho, Aina, durante los Juegos.

—Bueno, es una suerte que no me interese lo más mínimo lo de ser Reina —dijo ella con una sonrisa amigable mientras tomaba los restos de leche de cabra que le quedaba en el tazón.

—Tendríais que ir al registro a buscar vuestras runas —dijo Feren mientras señalaba su cinta.

—¿Quizás podríais acompañarnos? —les dijo James con una sonrisa mientras se levantaba de la mesa y ayudaba a Aina a hacer lo mismo.

—Sí, por supuesto —dijo Thor mientras los dos chicos se levantaban y los seguían fuera de la posada. Thor resultó ser un buen guía; llevaba poco más de una semana instalado pero ya conocía los diferentes locales y tiendas. No tenía reparos en explicarles todos los detalles que había descubierto, entre ellos la presencia de algunos plateados dentro de las propias murallas de la ciudad, comerciantes mayoritariamente. Hablaron de conocidos comunes de Nain y como siempre, se dieron cuenta de que aunque ellos jamás habían llegado a cruzarse, todos al final estaban relacionados por amigos, familiares o compañeros. Cuando el ambiente era bastante relajado, poco antes de llegar al registro, James cambió el tema de conversación hacia los Juegos.

—¿Quiénes son los favoritos? —dijo como si quisiera que le explicaran un secreto. Feren, que caminaba al otro lado de Aina, fue el que empezó a hablar con entusiasmo.

—Hay un Hijo de la Guardia de aquí que es uno de los favoritos, Vladimir. Hemos oído que ha realizado grandes proezas y prácticamente ha acabado su entrenamiento, además, conoce la zona.

—Pero.. —dijo Aina que tras hablar con Feren durante el camino había aprendido a entender que sus silencios generalmente venían condicionados por ideas que no se atrevía a decir en voz alta, Feren la miró con una sonrisa tímida mientras se sonrojaba un poco y finalmente añadía.

—Pero nos hemos cruzado un par de veces con él y parece un poco demasiado prepotente —

dijo él. —Aunque puede que sea un buen Rey, no quiero decir que no lo fuera.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo James intentando hacer que se sintiera cómodo entre ellos. —¿Y no hay otras posibles opciones? ¿Un mago tal vez?

—De momento no ha llegado ningún mago, pero aún falta gente por llegar. —dijo Thor mientras añadía con un tono entre triste y preocupado. —No somos muchos.

—¿Cuántos participantes han llegado? —preguntó Aina

—Seremos poco más de cincuenta —dijo Thor. —Aunque puede que aumenten en el tiempo que falta, pero dudo que vengan muchos a última hora.

—¿Por qué? —preguntó Aina.

—Para estudiar el terreno —dijo James con voz suave. —La mayoría de las pruebas suelen hacerse en el exterior y poder conseguir ropa o utensilios adecuados puede condicionar los resultados.

—La mayoría de los participantes venimos de gremios no ofensivos —dijo Feren. —Hay varios escribas, algún sastre, trovadores, varios herreros y sanadores, buenas manos izquierdas, pero poco tenemos realmente que hacer en pruebas de característica físicas como para aspirar a ser Rey.

—Han llegado algunos cazadores y guardias de pueblos del oeste —dijo Thor mientras llegaban al registro.

—Tardaréis un buen rato en hacer todos los trámites, nosotros nos iremos a ver los comercios del exterior. ¿Queréis que esta noche cenemos juntos? Conocemos una pequeña plaza en la que ponen mesas al anochecer y se puede tomar una carne de jabalí deliciosa a un buen precio —les dijo alegremente Feren.

—Es una idea excelente —dijo James con una sonrisa cordial. —¿Quedamos en el comedor de la posada al anochecer y vamos juntos?

—Por supuesto —dijo Feren mientras se despedían y se alejaban de ellos hablando entre susurros. Aina sonrió, estaban hablando de lo contentos que estaban de haberse acercado a desayunar a su mesa y la buena impresión que ambos, ella incluida, les había causado. Maldita y todo.

Al salir del registro Sir Anthony les esperaba. James se excusó y Aina pasó el día entero con su amigo, que la acompañó a los campos y a los bosques de alrededor junto con un mestizo entrado en años que les explicaba a ambos curiosidades sobre el terreno que los rodeaba. Aina escuchaba con atención todos y cada uno de los consejos que le daban sorprendida por la información que estaba recibiendo. Determinadas maderas podían arder, otras no. Se podía encontrar una fuente de agua siguiendo el crecimiento del musgo. Le mostraron bayas comestibles de la zona y las diferencias con las que no lo eran. Le hablaron sobre los animales peligrosos de la zona y sobre los más fáciles de cazar. Poco antes del atardecer, Sir Anthony la acompañó hasta el hostel y Aina le preguntó tras asegurarse de que disponían de cierta intimidad.

—Sir Anthony, ¿me está preparando para los juegos?

—Puede ser —dijo él con una sonrisa tierna mientras le ponía la mano sobre el hombro —La mayor parte de las pruebas serán fuera y al menos podemos intentar que no mueras congelada o envenenada. La ley dice que solo se puede ayudar a miembros del mismo gremio, pero los mestizos no tienen gremio y es su conocimiento el que te está instruyendo.

—¿Cómo encontraste al mestizo? —preguntó ella sospechando que aquel anciano encerraba más secretos de los que se suponía.

—Una afortunada coincidencia —dijo él con una sonrisa mientras las sospechas de Aina crecían. —Me confundió con un comerciante que buscaba un guía para ir hasta la ciudad de Una, en la tierra de los plateados.

—¿Te confundió con un hijo de Argentum? —preguntó ella sorprendida, Sir Anthony no podía haberse creído una mentira tan poco elaborada, ¿no?

—Era de noche y el hombre es anciano —dijo él sin darle más importancia —le pregunté por sus habilidades y la idea surgió sola. Está dispuesto a enseñarte todo lo que sabe sobre el entorno, incluso de la zona montañosa donde habitualmente los dorados no se acercan. No creo que necesites ese tipo de conocimiento, pero el saber no ocupa lugar.

Aina se quedó en silencio y sonrió sorprendida de que no sospechara nada. Pensó en Ethan y en su hermano Greg. Tendría que agradecerles que velaran por su supervivencia, si los volvía a ver. Y sobrevivía, claro está.

—James me ha explicado vuestro plan —dijo ella intentando mostrarse enfadada, pero sin poder evitar que una sonrisa se le escapara.

—No es un mal plan —dijo él. —Puedes confiar en él y los rumores pueden protegerte.

—Lo sé —dijo ella. —Los rumores ya están corriendo por las calles.

—Así ha de ser —dijo él finalmente. —Mañana vendré a buscarte cuando el Gran Sol esté en lo alto, descansa por la mañana que esta noche no creo que os acostéis pronto.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa mientras se giraba para entrar en la posada, parándose en el último momento y añadiendo. —Por cierto, tengo mucha curiosidad por conocer a la mano que resta, dijiste que era un mago.

—¿Así que quieres conocer al mago? —le preguntó él sorprendido.

—Bueno, no es algo habitual y supuse que quizás sois conocidos o algo, al fin y al cabo, vivisteis juntos los Juegos hace años.

—No puede decirse que seamos realmente conocidos, pero intentaré pedir una audiencia —dijo él con una sonrisa. —Aunque no te aseguro que tenga tiempo para recibirnos con todo lo de los Juegos a punto de explotarle en las manos.

—Me haría ilusión, si fuera posible —dijo ella con una mirada inocente mientras su corazón empezaba a latir desbocado. Durante unas horas, con la emoción que había a su alrededor, había olvidado cuál era el único motivo por el que realmente deseaba estar allí. Entró en la posada y se dirigió directamente a la habitación de James, deseando en silencio que él estuviera ya allí. Estuvo de suerte, James le abrió la puerta tras escuchar su voz y se encontró con su cuerpo cubierto únicamente con unos pantalones. Su torso desnudo estaba musculado, aunque no de forma tan marcada como el de Greg y su vello era mucho más fino y de un color dorado que apenas destacaba con su piel. Era un cuerpo perfecto, pero no pudo evitar sentir que el cuerpo de Greg desprendía algo más, quizás fuera la sensación de peligro o su aspecto más maduro, aunque fuera más joven. No supo precisarlo y se horrorizó casi al instante de los pensamientos que estaba teniendo cuando James, de pie delante de ella, la miraba con una sonrisa divertida en la cara. Aina entró en la habitación en el momento en que una joven participante pasaba por el pasillo y los miraba con curiosidad, fijándose en el cuerpo casi desnudo de James más tiempo del necesario. Aina pudo oír el susurro de decepción de la chica cuando vio como ella entraba dentro y la puerta se cerraba detrás de ella. Desde luego, no habría quien parara los rumores. Se estiró en la cama mirando al techo mientras James se acababa de vestir. James le explicó que había conocido al favorito, Vladimir, que por lo visto era un gran luchador en el combate con espada, así como con los puños, pero no le acababa de dar buena espina. Aina empezó a explicarle todo lo que el

mestizo le había enseñado sobre su entorno y él la escuchó sorprendido. Si no estaba conforme en que Sir Anthony se hubiera preocupado por su formación o su supervivencia, en ningún momento lo mostró y, por el contrario, parecía extrañamente agradecido de que ella compartiera esa información. Pasaron más de una hora hablando hasta que Aina se fue a su habitación para asearse y ponerse ropa limpia. Cuando bajó al comedor, encontró a los tres participantes esperándola. Lucían sus cintas como diademas mientras ella había optado por anudarse la cinta en la muñeca izquierda, lo suficientemente a la vista de todos, pero sin llevar un símbolo de esos sobre la piel, sino sobre el cuero de sus guanteletes de cuero. Hablaron animadamente hasta llegar a una plaza con seis mesas redondas iluminadas por las tenues luces de las velas. Se sentaron en una situada en una esquina y una mujer se acercó a ellos para pedirles nota de lo que deseaban tomar, desapareciendo por el portal de una casa que daba a la plaza con la nota. Aina sintió que el vello de la nuca se le erizaba y se sintió torpe al no escuchar los pasos del hombre que se acercaba hasta que estaba prácticamente sobre ella. Rezó en silencio para que se fuera, era demasiado pronto para volver a enfrentarse a él, pero sus oraciones no fueron escuchadas, al fin y al cabo estaba maldita, se hubiera tenido que extrañar de lo contrario. Se tensó en la silla de forma instintiva, aunque sus acompañantes no parecieron darse cuenta, cuando su voz le sobresaltó.

—Por fin te encuentro —dijo su voz grave y masculina mientras con asombrosa agilidad arrancaba una silla vacía de una mesa cercana y la situaba a su lado, separándola de Thor con el que segundos antes estaba hablando —¿No me presentas a tus amigos?

Aina se giró para mirarle a los ojos y el brillo travieso que pudo ver en ellos le asombró. Bajo el reflejo de la luz de la vela, su piel dorada relucía hermosa y su pelo corto parecía ir acorde con la barba mal afeitada que había aparecido en su rostro, haciéndole parecer rebelde. Su sonrisa era generosa y sus labios, esos labios que ella había probado, no, mejor no pensar en ellos. Aina intentó comportarse como si su llegada no la hubiera sobresaltado y la situación fuera cómoda, cosa que desde luego, no era.

—Dexter —dijo ella finalmente, había estado tentada en hacer ver que no recordaba su nombre, pero no quería provocarle antes de tiempo. —Te presento a mis amigos, hijos de Nain; Thor del gremio herrero, Feren del gremio escribano y James de la guardia.

—Es un placer conocerlos —dijo Dexter mientras con una sonrisa añadía. —Supongo que no os importará que os acompañe durante la cena.

—No, por supuesto que no —dijo James con una sonrisa pacificadora y voz suave, sentado al otro lado de Aina. —Por cierto, ¿Puedo preguntarte de que conoces a mi pareja?

Aina sintió que la sangre se le helaba en las venas al escuchar esas palabras y oír como el corazón de Dexter parecía acelerarse por momentos, ¿o era acaso su imaginación? Le miró y no había nada llamativo en su expresión: ni sorpresa, ni alegría, ni desilusión. Una máscara bloqueaba cualquier posible sentimiento. Se asustó por un momento de que traicionara su excursión nocturna si explicaba su primer encuentro y se ruborizó levemente al pensar en lo que había pasado esa primera vez. Las palabras de Dexter la sacaron de sus vergonzosos pensamientos.

—Nos conocimos en el mercado —dijo él con una media sonrisa. —Aunque no pudimos hablar mucho porque dos viejos Guardias acudieron para protegerla como si fueran sus perros.

—Sir Anthony y Sir Elliot —dijo James y luego añadió con una sonrisa, pero una mirada que no dejaba dudas de que tras sus palabras había una advertencia. —La aprecian considerablemente y no dudarían en acudir en su ayuda.

—Por supuesto —dijo él sin perder el brillo divertido de su mirada.

—¿Hace mucho que llegaste? —preguntó Thor con educación, pero con mirada calculadora, intentando recordar algo sobre él. Su aspecto despreocupado y poco arreglado era algo poco usual en los hijos de Aurum, así que seguro que los otros participantes se deberían de haber fijado en él.

—Hace apenas una hora —dijo él con una sonrisa.

—Ya habría anochecido —dijo Feren con un pequeño escalofrío, nadie dudaría que era un chico poco dado a la aventura y como la mayoría de los hijos de las Diosas, temía a la oscuridad. Dexter se encogió de hombros, como si aquello no le preocupara lo más mínimo y Aina, que había visto cómo se movía en la oscuridad, supo que a él la noche no le atemorizaba como al resto de sus hermanos. No pudo evitar preguntarse porqué él era diferente. James lo miraba en silencio, con una sonrisa agradable pero la mirada atenta y Aina supo que estaba intentando valorar si era o no una amenaza.

—¿De qué gremio eres? —le preguntó Thor lleno de curiosidad.

—Soy explorador —dijo él mientras todos se quedaban en silencio y le miraban atónitos, a lo que él se encogió de hombros como si estuviera habituado a ese tipo de reacciones. —Una especie de cazador especializado, solo existe gremio en la Ciudad de Oro y como no son muchos los que van allí de visita, solemos ser un grupo poco conocido, digamos.

—Explorador —dijo Feren con interés. —Algo he leído sobre vosotros.

—Cuéntame —dijo él con una mirada alegre y una enorme sonrisa mientras se estiraba sobre la silla de forma que su espalda se apoyaba sobre el respaldo y sus piernas cruzadas la una sobre la otra, tocaban las de Aina. Por lo visto los exploradores habían sido en tiempos antiguos los encargados de rastrear poblados de salvajes o pueblos no hermanos, así como vigilar el perímetro externo de los pueblos dorados para advertirles de posibles ataques de sus enemigos. Eran la primera línea de ataque y de protección, por lo que su vida no solía ser muy longeva, cómo la de los guardias. Con los Transición y los tratados de paz, su presencia había ido disminuyendo hasta quedar un único gremio en la Ciudad de Oro. James sin embargo parecía sorprendido de su existencia, él nunca había oído hablar de ellos y le parecía extraño que un no nacido en la Ciudad de Oro no pudiera solicitar entrar en ese gremio al desconocer su mera existencia. Dexter se encogió de hombros cuando él lo sugirió y no le dio más importancia. Aina sabía que James no confiaba completamente en él. Chico listo. Después de una deliciosa cena en un ambiente bastante agradable, Dexter los acompañó hasta su posada. Thor le dio su antorcha al ver que tenía intención de alejarse sin llevar luz alguna y él se lo agradeció educadamente, aunque Aina sabía que le era absolutamente igual llevarla o no consigo. Ni Feren ni Thor se asombraron cuando James se ofreció a acompañar a Aina hasta su habitación y una sonrisa pícaro iluminó sus rostros como si pensarán que lo que sucedería a continuación entre ellos era algo muy divertido. Hombres, pensó Aina que empezaba a entender la forma en que sus pensamientos fluían, después de estar toda su vida entre mujeres. James entró en su habitación y se dirigió a la ventana para cerrar la fina cortina dorada antes de sentarse en la cama. Aina se acabó de sacar las botas negras y se sentó a su lado.

—¿Quién es él? —preguntó James y Aina se quedó en silencio pensando qué debía confesarle y qué no debía. La mirada de James no mostraba enojo sino preocupación. Estaba preocupado por ella. Aina sintió el deseo de reconfortarlo y de repente fue consciente de algo que hasta entonces no se había parado a pensar. Confiaba en James. Le había explicado todo lo que el mestizo le había explicado porque deseaba que él viviera también. Estaba preocupada por él, de la misma forma que él estaba preocupado por ella. Miles de instantes en los que James había estado a su lado, la mayoría de las veces en silencio reconfortándola, vinieron a su cabeza. Recordó sus

brazos rodeándola de forma protectora después de lo de los salvajes, poniendo su cuerpo como barrera entre ella y las posibles flechas que él esperaba vinieran. Aquel día, él habría dado su vida por ella, aunque ella jamás había corrido peligro. Pero él eso no lo sabía. ¿Lucharía ella por la vida de él si estuviera en peligro? La respuesta vino sin titubeos. Si. No se había parado a pensar que era lo que les unía pero la palabra llegó como un destello a su cabeza y a su corazón. Supo que James jamás la traicionaría y esa realidad hizo que se sintiera libre.

—¿Somos amigos, verdad? —preguntó ella, dejándolo aturdido durante unos segundos. En su mundo, existía la amistad, cuando dos personas habían vivido durante un tiempo juntas experiencias importantes, ese compartir de alguna forma hacía que se consideraran amigos. Pero antiguamente la palabra amigos implicaba unos lazos fuertes y firmes como los que compartían las familias. Un amigo era como un hermano, pero con el que no se compartían lazos de sangre. James supo de forma instintiva que Aina hablaba de ese tipo de amistad y se quedó quieto, mirándola indeciso, como si admitir aquello implicara algo que no estaba seguro de poder permitirse.

—Supongo que sí —dijo finalmente él sin apartar la mirada de la de ella y tras decirlo suspiró de forma pesadosa, como si admitirlo en voz alta no le gustara lo más mínimo. —Pero a los miembros de la guardia no se nos permite tener familia y supongo que este tipo de amistad tampoco estaría demasiado bien vista.

—Aún no eres un guardia —dijo ella y la mirada de él se volvió dura pero una media sonrisa se escapó por su comisura.

—En ese caso, puedo ofrecerte los años que me quedan hasta que acabe mi formación, como amigo —dijo él con voz alegre. —Pero una vez llegue eso, no puedo mantener lazos con nadie, podrían convertirse en una debilidad.

—Acepto esos años, entonces —dijo ella con una sonrisa mientras le tendía la mano y él la apretaba, sellando un acuerdo entre ellos. —Conocí a Dexter la noche que llegamos a Nain, Edward y Sir Anthony dormían y él estaba en la plaza tocando una guitarra. En el Oráculo me enseñaron algo de música y solía tocar el arpa para las Videntes. Su música era hermosa y yo no podía dormir, así que bajé a escucharle y luego me enseñó cómo funcionaba el instrumento.

—¿Eso es todo? —preguntó James con una sonrisa en la cara y una mirada directa, con una ceja elevada interrogante.

—Me besó —dijo ella sonrojándose, había decidido obviar que salió del hostel por la ventana y que la plaza en realidad estaba en la otra punta de la ciudad, tampoco tenía que alarmarle más de la cuenta con sus rarezas, tan pronto —Pero volví a mi habitación antes de que pasara nada más, te lo prometo. Él no sabía quién era yo ni lo de mi maldición.

—No tienes que justificarte —le dijo él con una sonrisa, mientras le acariciaba la mejilla sonrojada y la miraba con ternura. —Eso es lo que pasa normalmente entre hombres y mujeres, especialmente en los jóvenes, supongo que con los años uno pierde un poco el interés. Si tenemos suerte ahora que sabe que estás emparejada no volverá a acercarse, aunque si te soy sincero tengo mis dudas.

—Pronto sabrá lo de la maldición —dijo ella, como si deseara que él no llegara a saberlo nunca y él pudo sentir la tristeza de sus palabras.

—No creo que eso le impida intentar cortejarte —le dijo para intentar animarla y luego añadió. —Y si a ti te interesara, no tengo problema en que te relaciones con él, mi orgullo no sufrirá ningún tipo de trauma por ello, aunque lo ideal sería que se supusiera que estás emparejada con ambos, él no deja de ser un nómada y el hecho de que estés emparejada con un miembro de la guardia te escuda más ante posibles amenazas.

—No quiero estar con ningún hombre —dijo ella abriendo los ojos en señal de alarma y su corazón empezó a latir alocado, pensando en su maldición.

—No tienes por qué estar con ninguno, te prometo que no dejaré que nadie más te toque si eso es lo que deseas —le dijo él con una voz solemne mientras la abrazaba, intentando no pensar en la traumática experiencia que habría vivido en manos de los salvajes, a los que deseaba matar de forma lenta y dolorosa.

—Gracias —dijo ella en un susurro. Se quedaron abrazados durante un breve tiempo y finalmente, cuando James notó que la respiración de ella se normalizaba, se separó de ella, le dio un suave beso sobre la coronilla y se fue a su habitación. Aina suspiró en silencio, contenta por tener un amigo como James y triste por su extraña maldición. Apagó la luz de la vela y se acercó a oscuras a la ventana para fantasear con los picos montañosos y las pequeñas estrellas que iluminaban el bosque oculto tras las murallas. El aire era más fresco que el cálido aliento del desierto pero su cuerpo, y sus pulmones, empezaban a acostumbrarse. Su respiración se paró en seco cuando escuchó las notas de un violín en algún lugar cercano. La melodía era triste, desgarradora. Aina no pudo evitar sentir que las notas cargaban sentimientos intensos. Supo de forma instintiva quien estaba tocando el violín y cerró los ojos para concentrarse en los sonidos, buscando ansiosa el lugar de donde venían. No tardó mucho en aislar el sonido en el terrado de los edificios del otro lado de la plaza, desierta ya a esas horas. Suponía que si alguien pasaba por allí daría por supuesto que la música venía de la casa sobre la que el muy atrevido, había decidido instalar su escenario. Dudó unos segundos antes de calzarse de nuevo las botas. No tenía intención de meterse en problemas, se dijo. Solo quería dejarle las cosas claras a Dexter antes de que le explicara a alguien que ella se había escapado por la ventana y había estado correteando de madrugada por los tejados de Nain. Estaba segura de que nadie vería con buenos ojos ese tipo de comportamiento en una mujer, y menos en una mujer maldita. Cogió la capa, ya no para ocultar su ausencia de marcas, ocultas bajo el grueso collar de cuero negro, sino para no coger frío en el exterior. Se encaramó a la ventana y revisó los salientes. Silenciosa y ligera como un gato, trepó hasta el techo y empezó a caminar con paso firme escondiéndose entre las sombras, notando la calidez del peso de las espadas a ambos lados. Dejó que sus pasos se volvieran más firmes y sólidos poco antes de llegar al tejado donde él tocaba el violín y supo que él había notado su presencia pese a que la música siguió su paso hasta acabar la melodía. Aina lo miraba entusiasmada, observando cómo sus dedos acariciaban las cuerdas y movían el arco de la forma precisa. Por un momento, supo que sería un buen espadachín. Siempre había pensado que la música y el uso de determinadas armas requerían una concentración y sincronización similares. Cuando acabó la canción, él separó el violín de su mejilla, aún sin afeitarse y se giró un poco para poder ver su silueta parcialmente oculta entre las sombras.

—¿Quieres probar? —le preguntó él de forma tentativa, ella caminó hacia adelante y negó con la cabeza mientras se sentaba a su lado en la repisa. Esperaba que él volviera a tocar, pero por lo visto no parecía ansioso por hacerlo.

—Así que tu nombre es Aina —dijo él finalmente, dejando el violín a un lado y estirándose sobre el tejado. Aina lo observó, todo su cuerpo bien formado parecía relajado y tenía las manos tras la cabeza, a modo de almohada. Sus ojos dorados miraban el cielo y había un brillo dorado en ellos visible pese a la oscuridad.

—Así es. —contestó ella, quedándose sentada pero abrazándose las piernas con los brazos mientras su mirada se perdía en las vistas de los tejados de las casas de alrededor.

—Aina la hija Maldita del Desierto —dijo él como si recitara un título. —Supongo que ha de

haber una buena historia detrás de ese nombre.

—No es asunto tuyo —le contestó ella de forma seca, mientras se preguntaba por qué había decidido salir de la seguridad y tranquilidad de su habitación, después de todo.

—Eso depende —dijo él sin hacer caso al tono agresivo con el que ella le había contestado. —Al musculitos no parece importarle mucho, en cualquier caso.

—Supongo que te refieres a James —dijo ella al escuchar el mote que le había puesto a su amigo.

—Sí, el posesivo ese —dijo él sin dejar de mirar el cielo, y ella no contestó. Se sentía incómoda mintiéndole sobre su relación con James, pero por otro lado esa falsa relación era precisamente su escudo ante el mundo y su barrera para sus propios sentimientos. Ante él. Mejor dejarlo así. —Puedes estirarte si quieres, el cielo está despejado y la noche es preciosa. No suelo morder.

Aina se giró para mirarle y vio en sus ojos un reflejo de una emoción que no identificó pero que era cálida y hermosa. Sentía que se perdía en ellos y se obligó a cortar esa conexión que había nacido entre ellos, mirando hacia las estrellas. Era, realmente, una noche hermosa. Se movió con suavidad y se estiró en el tejado, con las manos sobre el ombligo dejando un espacio generoso entre ambos. Se quedó mirando el cielo y finalmente rompió el silencio, cómplice, que había entre ellos.

—Realmente es una noche hermosa. —admitió Aina.

—Es extraño que seas capaz de apreciarlo —le contestó él con una sonrisa, pero sin dejar de mirar el cielo. —Normalmente la gente evita la noche y la oscuridad, casi como si fuera un instinto. El gremio me eligió siendo apenas un niño, así que desde pequeño me han expuesto a la noche para anular esos miedos. Los salvajes atacan de noche y es uno de los momentos en los que los exploradores cumplen con su deber de rastreo para proteger las ciudades. ¿Cuál es tu excusa?

—Supongo que no tengo tantos prejuicios —dijo ella tras pensarlo durante unos segundos. —Como ayudante he estado en contacto con muchos mestizos y ellos no temen a la noche como los hijos de la Diosa.

—¿Eres una Ayudante? —preguntó él sin alterar su voz. Aina se sorprendió del tacto que había en esas palabras. Ser Ayudante era algo un poco humillante, después de todo. No era una profesión especialmente digna, si bien al menos no era decadente como ser prostituta. Solo acababan como ayudantes los que necesitaban huir de su pasado o aquellos a los que ningún gremio solicitaba durante el periodo de selección. Actualmente, con la escasez de jóvenes, todos los gremios estaban ávidos de nuevos aprendices y era prácticamente impensable que un hijo de Aurum se desaprovechara de esa forma.

—Más o menos —dijo ella. —Quiero decir que no tengo marcas del gremio, pero es lo que he hecho toda mi vida y no está tan mal. Nací en el Oráculo del Desierto y he servido allí, junto a las mestizas, toda mi vida. No hice la Selección.

—¿Es eso posible? —dijo él que esta vez sí parecía sorprendido. —Una hija de Aurum que no pertenece a nadie, es interesante. ¿Cómo se siente ser libre?

—¿Libre? —la pregunta la pilló un poco desprevenida. ¿Era ella realmente libre? No estaba vinculada a un gremio, eso era cierto. No tenía que dar justificación de sus acciones a ningún jefe o líder, aunque tenía un deber moral con Sir Anthony y con la Maestra Maura. Pero no era una obligación para con ellos, más bien una decisión propia. Para ella eran como parte de una familia, lo más parecido a un padre y a una madre de lo que para muchos serían sus propios progenitores, hubiera o no lazos de sangre con ellos. —Supongo que nunca se es completamente libre.

—Eso es cierto —dijo él y se quedó pensativo durante unos segundos antes de añadir. —¿Por qué estás maldita?

—Esa es una buena pregunta —le contestó ella mirando a las estrellas que parecían brillar con mayor intensidad en el oscuro infinito. —Yo también me lo pregunto, pero mi madre murió al darme a luz, así que jamás lo sabré con certeza.

—¿Cuál es tu maldición? —preguntó él tras escuchar sus palabras.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella.

—¿Conoces la fecha de tu muerte? ¿Los animales te atacan si te acercas a ellos? ¿No puedes mentir? ¿Con qué te ha castigado la Diosa?

—No existe ningún registro de mi maldición en el oráculo —dijo ella de forma prudente, no deseaba mentirle, tenía la sensación de que, de alguna manera, él sería capaz de sentir sus mentiras.

—¿Con que runa te maldijo? —preguntó él sorprendido, girando la cabeza para mirarla mientras ella seguía mirando al cielo.

—Con ninguna —dijo Aina girando la cabeza para enfrentar su mirada con la de él. —Ese es el problema.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él y se quedó quieto, callado, como si analizara las palabras de ella con detalle mientras en sus ojos la chispa de la comprensión nacía y se iluminaba mientras la mirada de Aina se oscurecía por la tristeza y la vergüenza. —Eso no es posible.

—Créeme que sí que lo es —dijo ella con voz suave y él se quedó mirándola sorprendido, sin añadir nada más.

—¿Él lo sabe? —preguntó finalmente Dexter de nuevo.

—¿Quién? —dijo ella sin entender a quien se refería.

—James —dijo él y ella notó que había cierta acidez en el momento en que pronunciaba aquel nombre.

—Sí —dijo ella y con un suspiro triste añadió —Creo que lo encuentra curioso.

Aina no supo cómo pasó aquello, pero de repente sintió un brazo de Dexter rodeándola mientras su otra mano le sujetaba la nuca, mientras sus cuerpos, presionados uno contra el otro, parecían estar ardiendo de forma simultánea. La boca de Dexter buscó la suya de forma ansiosa y Aina no pudo evitar dejarse llevar. Estuvieron allí, estirados sobre el tejado, besándose apasionadamente durante unos minutos, perdidos el uno en el otro cuando Dexter se separó levemente de ella. Los dos respiraban de forma rápida y profunda, ansiosos y excitados. Tan solo se habían perdido en unos besos adolescentes y, sin embargo, había algo que estaba anclándose alrededor de ellos y Aina podía sentir como si miles de finos hilos unieran sus pieles y sus almas justo en ese momento. Se quedaron quietos, mirándose con intensidad. Aina sintió que Dexter la deseaba con una intensidad y un anhelo que hacía que su corazón latiera como un loco. Su mirada se relajó un poco y finalmente Dexter le dijo con suavidad pero la voz parcialmente rota por la emoción:

—No quiero compartírte.

Aina recuperó el control de su cuerpo y de su mente, perdido por los sentimientos y las sensaciones que él le hacía sentir. Intentó separarse de él empujándolo con las manos en el pecho, pero él la tenía abrazada con fuerza y no cedió a su presión, esta vez. Sintió como el cuerpo de él se tensaba ante su rechazo, su intento de escapar de él.

—Suéltame —dijo ella aumentando la presión sobre su pecho y finalmente él cedió a su petición aunque en su mirada había algo oscuro, casi peligroso, ante su petición.

—¿Volverás a salir corriendo? —le preguntó él con un tono burlón pero cargado con un punto de rabia mientras añadía. —Recuerda que ahora sé dónde te alojas.

—No te acerques a mí —le dijo ella mientras se ponía de cuclillas de forma brusca, como un felino a punto de saltar sobre una presa.

—Has sido tú la que te has acercado a mí, hija maldita —le contestó él y aquel nombre, dicho de aquella manera, después de lo que acababan de compartir, de lo que ella acababa de sentir entre sus brazos, fue el golpe más duro que jamás había recibido. Las lágrimas acudieron a sus ojos y se volvieron brillantes. Él debió de sentirlo porque su gesto pareció volverse más suave, como si lamentara haber dicho aquellas palabras de esa forma.

—No te preocupes por eso, jamás volveré a acercarme a ti —le contestó ella, llena de un sentimiento de rabia que jamás había experimentado con tanta intensidad y dejándose llevar por esa rabia añadió antes de salir corriendo —Asegúrate de mantenerte tú también a distancia, a James tampoco le gusta compartir.

Dexter recibió las palabras como si hubiera recibido un puñetazo. Quizás se las había merecido, quizás no. ¿Qué había pasado exactamente? No intentó seguirla, tenía dudas de ser capaz de seguirla en medio de la noche después de lo de la otra vez, especialmente ahora que la veía moverse a gran velocidad sobre los tejados hasta desaparecer por completo entre las sombras, como si fuera invisible. ¿Quién era realmente esa chica? Ni siquiera un explorador sería capaz de moverse a la noche de esa forma. Guardó el violín y se alejó de allí sin prisa, en dirección a la posada, mientras en su cabeza mil pensamientos, confusos y sin respuestas, se entrelazaban.

Aina despertó a la mañana siguiente sintiendo un extraño peso debajo del esternón. Se vistió y se cepilló el pelo. Sacó su pequeño espejo para revisar su aspecto y se quedó quieta, horrorizada, al observar sus pupilas negras dilatadas y repletas de un brillo blanco, como pequeñas estrellas dentro de la oscuridad. Eso no era normal. Respiró intentando calmarse y tras unos minutos volvió a mirarse en el espejo, el brillo seguía allí. Mierda. Magia. No podía ser otra cosa, pensó recordando las palabras de la Maestra Maira. Y ese era un mal momento para hacer su debut a escena. ¿Qué sabía sobre la magia y los magos? Nada realmente. Bueno, había oído que la magia era una energía, que como tal disminuía si se usaba, igual que los músculos se fatigan tras una carrera. Si conseguía usar la magia, el brillo posiblemente desaparecería. Miró alrededor de la habitación. Desde luego, plantearse hacer magia sin un mago que le enseñara era una auténtica locura, pero era imposible explicarle a alguien toda su historia, excepto que encontrara a su padre. Quizás él se responsabilizaría y le enseñaría a canalizar la magia, aunque ella no formara parte del gremio de los magos. Pero no podría encontrarlo si la descubrían en ese estado. Estaba atrapada. ¿Qué diría Sir Anthony o James si la encontraban así? ¿Se asustarían? ¿La ayudarían? Suspiró. ¿Qué podía hacer un mago? Bueno, quizás lo más correcto sería que *no* podía hacer. Hizo una mueca. Quizás podría esconderse en la habitación diciendo que estaba enferma. Eso al menos le daría un poco de tiempo. Era una pésima idea, si era sincera. Se sentó en el suelo de la habitación con las piernas cruzadas y las manos con las palmas hacia arriba, descansando sobre sus rodillas. Intentó relajarse. Dejó que su mente vagara por los ruidos de las habitaciones cercanas, sin escuchar las palabras, simplemente sintiendo la mezcla de sonidos agudos y graves. Escuchó el ruido de las cucharas y de los platos en el comedor, las risas en una de las mesas, dejó que su mente escuchara todo aquello y sintió que el peso debajo de su esternón empezaba a relajarse. Dejó que su oído buscara los ruidos de la plaza a través de la ventana abierta y escuchó

con facilidad conversaciones en la plaza y el caminar pausado de multitud de gente. Se concentró en unos pasos equilibrados, no demasiado rápidos, acompañados de unos pies que casi parecían arrastrarse sobre la tierra. Identificó sin dificultad alguna la forma de caminar de Sir Anthony y supuso que le acompañaba el anciano mestizo. Su corazón volvía a latir alegre cuando abrió los ojos. Se miró en el espejo y asombrada, pero feliz ante el descubrimiento, vio sus ojos dorados de nuevo. Se preguntó si había sido una mera ilusión el mágico brillo que había visto poco antes tras sus pupilas y decidió no darle más vueltas, aunque a partir de ahora tomaría la costumbre de mirarse cada mañana en el espejo.

Caminaron entre los campos labrados mientras el mestizo les explicaba sobre las plantas que se cultivaban allí. De tanto en tanto, le hacía preguntas sobre cosas que le había explicado el día anterior y Aina las contestaba lo mejor que podía. Si estaba satisfecho con sus respuestas, una pequeña sonrisa curvaba sus ancianos labios y añadía más información sobre aquello en concreto. Si se equivocaba, negaba vigorosamente con la cabeza y le advertía que, con esa confusión, podría morir en segundos, minutos u horas, en función de si consideraba el error más o menos grave. Sir Anthony sonreía contento cuando él la reprendía, quizás por no tener que ser él mismo quien la reñía, quizás porque el anciano mestizo, pese a sus palabras, tenía un interés franco en que ella memorizara todo aquello y eso a Sir Anthony, le ponía de buen humor. En el fondo los dos ancianos deseaban que ella sobreviviera y eso los convertía en aliados. Aina sintió un escalofrío cuando caminaban de camino hacia los campos, casi en el límite del bosque. Intentó no cambiar su paso ni aumentar la rigidez en su cuerpo, pero su fino oído empezó a buscar el posible peligro entre los árboles. Le costó distinguir un ruido sospechoso hasta que sintió el rítmico respirar de un hombre, sobre la copa de uno de los árboles en el límite del bosque. Cada paso los acercaba más hacia él y de forma instintiva supo, como si pudiera acceder a su olor desde esa distancia, que se trataba de Dexter. Caminó escuchando al anciano y respondiendo a sus preguntas, mientras pasaban por debajo del árbol de Dexter, evitando la tentación de levantar la cabeza. Supo que él estaba descendiendo del árbol, con una agilidad sorprendente, al poco de pasar por debajo de su posición. Les siguió a una distancia prudente hasta que salieron del bosque, donde él quedó oculto tras la vegetación. Aina se sorprendió de su sigilo, Sir Anthony podía ser casi un anciano, pero ella había probado miles de veces su capacidad de detectarla y sabía que era el mejor guardia que había habido durante todos esos años en el Oráculo. Y no había sido capaz de detectarlo en ningún momento.

Los días pasaron sin grandes cambios. Durante el día paseaba con los ancianos por los alrededores, adentrándose cada vez en la zona más frondosa y acercándose a las montañas. Antes del anochecer llegaba al hostel, donde se reunía con James y se ponían al día sobre sus avances. A James cada vez le costaba más fingir que le gustaba el favorito de la Guardia de Do-Urh, Vladimir, pero intentaba mantener una relación lo más cordial posible con él. Había un total de siete candidatos en el gremio de la guardia y tres de ellos parecían dar por sentado que Vladimir sería el escogido, por lo que se habían convertido en su corte, compitiendo por convertirse en su mano. Por desgracia con Vladimir, o estabas en su bando o contra él, así que tanto James como los otros dos guardias que no habían caído intimidados bajo sus pies, no eran muy bien vistos por el grupo. James le había explicado que Vladimir era fuerte, posiblemente el más fuerte de todos ellos, pero le faltaba un poco de cerebro y un poco de disciplina, por lo que parte de esa fuerza se desperdiciaba en el camino. Aina le explicaba los detalles de las cosas que había aprendido durante el día con los ancianos y guardaba los dibujos que ella le hacía sobre las plantas venenosas y las que no lo eran, para poderlos comparar si algún día tenía la necesidad. Cenaban

junto a Thor y Feren, explicándose anécdotas los unos a los otros. Thor siempre tenía información sobre los últimos participantes que acababan de llegar y Feren siempre aportaba algo de sabiduría con sus conocimientos de los antiguos libros y de las leyes. No volvieron a ver a Dexter y James no le preguntó por él. Sin embargo, Aina sabía que Dexter solía aparecer en algún momento, durante su paseo diario con los ancianos, por el bosque, oculto entre los árboles, siguiendo sus pasos. Suponía que él también quería beneficiarse de los conocimientos del anciano mestizo, aunque no podía evitar soñar que tal vez, solo tal vez, él también quisiera notarla cerca, aunque fuera en la distancia. Aina ignoraba su presencia, pero el simple hecho de saber que estaba allí hacía que sus sentimientos se mezclaran sin que fuera capaz de explicar exactamente qué es lo que deseaba. Aunque quizás sí que sabía lo que deseaba. Pero se negaba a decirlo en voz alta, o incluso en voz baja.

Sir Anthony había pedido una audiencia con la Mano, pero se había negado a atender visitas hasta que acabaran los Juegos, aconsejándoles que volvieran a solicitar una audiencia una vez hubieran acabado. Maldito autista. Todos los magos huían del mundo, no estaba segura de por qué había pensado que aceptaría que ellos le visitaran. Pero era su única esperanza de descubrir algo sobre su padre. No tenía esperanzas de que él lo fuera realmente. No quería hacerse unas falsas expectativas antes de tiempo. Y dudaba que su búsqueda fuera a ser tan sencilla. Algo dentro de ella le advertía de que el camino sería largo. Su magia al menos no había vuelto a dar señales de vida. Aina se sorprendió por lo rápido que habían pasado los días cuando se encontró cenando junto a sus compañeros y hablando de la Inauguración de los Juegos que se celebraría al día siguiente. Sería un día festivo que se cerraría en un baile de máscaras, tras el discurso de inauguración de los Juegos. Sir Anthony le había regalado un bonito vestido negro de corte sencillo pero elegante, que dejaba al descubierto el hombro izquierdo mientras un grueso tirante del que caía ondulada una pieza de gasa negra con finos detalles dorados ocultaba a la perfección la mitad derecha de su cuerpo, incluyendo su hombro. La máscara de cuero negro tenía sujetas escamas de oro puro y dibujaban con precisión la imagen de la cabeza de un dragón en la que dos agujeros permitían que pudiera ver a través de ella aun llevándola fijada con la tira de cuero a la nuca. Aina sabía que había elegido ese vestido y la máscara con la intención de que pudiera llevar su collar de cuero negro y protegerse de miradas indiscretas. Todos sabían que era la maldita, pero nadie, excepto James y Dexter, conocían exactamente las características de su maldición. No pudo evitar sentir la emoción que la rodeaba, aunque en el fondo, Aina se decía que lo único que la emocionaba era tener finalmente la oportunidad de ver cara a cara a la Mano. Por mucho que se ocultara del mundo, no podría evitar acudir a la Inauguración.

La Inauguración

James pasó a buscarla a primera hora, pero ninguno de los dos tenía apetito y tras coger una pieza de fruta para el camino, marcharon directamente hacia el registro. Las pruebas no empezarían como mínimo hasta el día siguiente, pero nadie podía estar seguro del todo y había un cierto estado de nerviosismo entre los jóvenes participantes. Justo antes de llegar a la fortificación central donde se les había convocado, las campanas repiquetearon una extraña melodía que nunca habían oído ninguno anteriormente. Los Juegos de Honor. Finalmente, todo aquello iba a volverse real. Cuando llegaron, tras revisar sus Runas y anotar sus nombres, los separaron por géneros. Los varones eran enviados al primer piso y las mujeres se fueron agrupando en una pequeña habitación llena de sillas dispuestas en filas, como si se tratara de un aula. Aina se sentó en una esquina al final de ésta y observó cómo poco a poco el resto de las mujeres tomaban asiento. Eran solo veinte. ¿Era eso posible? Se preguntó, si además de ser prácticamente estériles, su raza estaba condenada a engendrar hombres. Una mujer con una gran túnica dorada con sus brazos repletos de runas entró en la sala y se hizo un silencio que parecía poderse cortar. Había algo en esa mujer que no era del todo limpio. Las miró una a una y cuanto su mirada se posó en la de Aina, hubiera deseado poder convertirse en parte del mobiliario y conseguir pasar del todo desapercibida. ¿Podría saber quién era la maldita entre todos aquellos rostros?

—Estimadas participantes. —empezó. —Soy Lady Arcada, miembro del Consejo.

Había un aura de ansiedad entre todas aquellas mujeres, de miedo, de respeto. Esa era la reacción que acostumbraba a dar y no parecía para nada sorprendida. Dejó que ese sentimiento fuera madurando durante unos segundos, mirándolas con intensidad para conseguir el máximo de atención. Era una maestra en la oratoria, de alguna manera sabía el efecto que estaba teniendo su presencia allí, con aquel pequeño grupo de mujeres.

—Es un honor para todas vosotras poder participar en un evento como éste, no todos los dorados van a tener la posibilidad de participar en los Juegos de Honor de uno de nuestros amados pueblos y aspirar a convertirse en Rey o en una de sus Manos —dijo intentando parecer entusiasmada pero pese a su tono reconfortante, había cierta frialdad en sus palabras que no acababa de respaldarlas. —Es una gran responsabilidad vuestra demostrar al mundo entero el poder y la belleza que poseen todas y cada una de las Hijas de la Diosa Aurum, vuestro valor y vuestra sabiduría. Estoy segura de que cada una de vosotras podría llegar a ser una gran Reina o una gran Mano.

Un susurro casi imperceptible, los suspiros anhelantes de algunas y la impresión de la responsabilidad de representar a la Diosa se mezclaba en la forma de respirar y en las miradas de las participantes. Lady Arcada era capaz de percibirlo. Dejó que se empaparan de aquellas emociones antes de continuar.

—La elección de un Rey es una de nuestras tradiciones más antiguas. El Consejo no puede alterar las pruebas que la Mano elija, pero intentaremos velar por vuestra seguridad como reproductoras, aunque aún no tenemos registro de que se hayan realizado unos Juegos de Honor en los que no haya muerto, desgraciadamente, algún participante. Y debo añadir, por si no os han advertido en vuestros respectivos gremios, que si alguien intentar eludir o desertar durante los Juegos, será expulsado de su gremio y las penas pueden oscilar al ser mujeres entre ser degradada

a prostituta, ayudante o incluso la misma muerte.

Susurros en medio de la sala, algún pequeño gemido. Miedo. En estado puro. Aina miró entrecerrando levemente los ojos a lady Arcada, había algo más. Podía sentirlo. Lady Arcada observó la sala con gesto severo, pero había un destello alegre en sus ojos, Aina supo que su intención había sido asustarlas. Aunque desconocía el motivo. Una mano se alzó en la segunda fila y una chica muy menuda, de liso cabello dorado perfectamente peinado pidió la palabra. Lady Arcada le autorizó a hablar con un gesto de cabeza.

—Lady Arcada, nosotras somos mujeres —dijo ella mirando al resto de la sala, como dando a entender algo que Aina no llegó a comprender inicialmente. —Sanadoras, alquimistas, comerciantes y poca cosa más. No podemos hacer frente a las pruebas de la misma forma que los hombres.

Así que eso era. Como eran mujeres, no podían competir. Aina sintió ganas de sacudir el fino cuerpo de porcelana de la chica, así como desordenar su pelo perfectamente peinado y decirle que tenía dos brazos y dos piernas, igual que cualquier otra persona. Intentó calmar su rabia, ella había sido educada como un Ayudante, donde no existían diferencias tan marcadas entre hombres y mujeres. Había trabajado duro, había aprendido a cazar y a defenderse, pero supuso que la educación que habían recibido el resto de las mujeres, potenciada por los intereses del Consejo, había obligado al resto de doradas a pensar que eran frágiles flores en el desierto incapaces de ser autosuficientes, igual que las Visionarias. Era una realidad triste. Sabía qué hacía varios siglos que raramente había mujeres en la Guardia o en gremios de riesgo, por el intento desesperado de mantener a las reproductoras protegidas. Entendía, viendo las pocas que eran, que el Consejo hubiera estimulado ese tipo de educación en el que se suponía que las mujeres eran frágiles. Hasta el punto de que ellas mismas se lo habían creído, se dijo con cierta lástima mientras veía que todas parecían apoyar las palabras de la joven.

—Lo sé, querida —dijo Lady Arcada como si eso mismo pensara ella y lamentara realmente que aquellas mujeres se encontraran en esa situación y añadía con voz dubitativa demasiado prefabricada para el gusto de Aina. —Las leyes son de antes de la Transición, antes de que las mujeres fuéramos protegidas por el precioso valor que tenemos, y el Consejo no puede cambiar las palabras que fueron dictadas por la misma Diosa en el inicio de los tiempos a través de nuestras Visionarias.

Un murmullo de decepción se apoderó de la sala. Lady Arcada dejó que las chicas hablaran entre ellas durante unos minutos, el miedo y la ansiedad in crescendo, hasta que finalmente carraspeó para conseguir su atención, cuando el ambiente empezaba a ser lo suficientemente denso para su gusto.

—Existe una ley posterior, sin embargo, que creo que es conveniente que tengáis presente. Toda mujer embarazada está exenta de participar en los Juegos, si ese es su deseo, sin sufrir ningún tipo de degradación ni perder su poder dentro de su gremio. Van a ser días de fiesta, no es mala idea buscar algunos amantes entre los jóvenes participantes y con un poco de suerte, salir de los Juegos con la cabeza alta sin necesidad de sufrir toda la dureza y las penurias que os esperan durante las diferentes pruebas durante estas próximas semanas.

Bingo. Finalmente Lady Arcada había llegado al punto que deseaba llevar su discurso, se dijo Aina. Lo de fomentar la natalidad no era algo descabellado después de todo, especialmente teniendo en cuenta que solo había en todo el reino veinte mujeres jóvenes en su etapa más fértil. Tía Maira había estado completamente acertada en la obsesión del Consejo sobre la promiscuidad femenina, con o sin justificación. Aina sintió un escalofrío, pensando qué podría haberla pasado si

a los quince años la hubieran enviado a hacer la selección. ¿Habría tenido realmente alguna opción de escapar de ser degradada y usada por los hombres para ver si podía traer al mundo a niños sanos que la Diosa marcara? Visto el tipo de mujeres que subían, lo esperable es que ella, como el resto de la sala, se decidiera por abandonarse a la lujuria en un intento desesperado de salvarse de los Juegos. Aunque ella obviamente, no tenía esa opción, si se acostaba con alguien que le importara un pimiento jamás quedaría embarazada y si se acostaba con alguien que le importase de verdad, existía la posibilidad de dejar al chico cadáver por el camino. Los salvajes, ellos eran su única vía real de escape. Nada que ver con las noches de lujuria que ansiaba Lady Arcada. Pero de momento tenía que esperar a la noche, aquel discurso podía no ser tan malo después de todo. Tenía una idea. Se tendría que tragar su orgullo de maldita, pero lo haría por una buena causa. Y si no conseguía lo que quería, tendría que mentalizarse y participar sí o sí en los malditos juegos, al menos de momento. Aunque esperaba que no fueran tan horribles como Lady Arcada estaba anunciando, recordaba historias que le había explicado Sir Anthony y temía que, por desgracia, la mujer no estaba exagerando. Aina estaba sumida en sus pensamientos cuando la mujer acabó su discurso, sobre el valor, la justicia y la sabiduría, poco antes de animarlas a disfrutar de la noche mágica de las máscaras con una sonrisa llena de promesas. Solo faltaba que las animara a no llevar nada debajo del vestido para facilitarles el trabajo. Escuchó las últimas palabras de la mujer, informándoles que, aunque se les convocaría al atardecer, la primera prueba no se iniciaría hasta el lunes. Tendrían dos días libres para reponerse de la resaca y la orgía, supuso Aina con sarcasmo. Salió de la sala junto a la chica que se había sentado delante suyo y una tímida sonrisa le obligó a regresar a la conciencia y saludarla formalmente alargando la mano cuando vio suspendida la de la chica frente a ella, con una mirada tranquila y firme.

—Soy Aina —dijo. —Estaba despistada, perdóname. ¿Podrías repetirme tu nombre?

—Iris —dijo ella estrechándole la mano con fuerza. —¿No se te han puesto los pelos de punta?

—Un poco —dijo Aina con una sonrisa haciendo una mueca. —No sé si esta noche voy a una fiesta o a una orgía.

Iris empezó a reír divertida por su comentario burdo y la apartó a un lado cuando una chica que bajaba corriendo estuvo a punto de colisionar con ella. Iris era corpulenta, pero era fuerza lo que había en ella, su mirada era despierta y había inteligencia en sus ojos. Aina sospechó que la estaba evaluando y que ella no estaba hecha del mismo patrón que el resto de las mujeres de la sala.

—Gracias. ¿De qué gremio eres? No te veo haciendo un trabajo de sanadora, comerciante o alquimista —dijo Aina tras asegurarse que no tenían nadie alrededor, poniendo una voz lo más fina y delicada posible, haciendo que Iris empezara a reír con carcajadas generosas que eran todo menos femeninas.

—No —dijo ella cuando calmó sus risas. —Soy herrera del gremio de aquí y créeme que usar el martillo y animar el fuelle es todo menos delicado. ¿Qué hay de ti?

—Yo soy la Maldita —dijo ella con una sonrisa, no tenía sentido hacer ver que ella no sabía de su existencia, era uno de los rumores más jugosos que circulaban por las calles los tres primeros días tras su llegada. —He trabajado como Ayudante, pero no tengo la marca del gremio como tal. Por mi condición, no hice la Selección.

—Menuda carta de presentación. —le contestó Iris con una sonrisa generosa y Aina no pudo evitar contagiarse de ella. Iris era alegría en estado puro, tenía una energía propia que irradiaba. Algo maravilloso teniendo en cuenta todo el estrés que estaba viviendo a lo largo de las últimas semanas. Iris empezó a hablarle de Do-Urh y de su gremio, la acompañó hasta el hostel y la animó

a pasar por la Plaza de la Estrella, donde los herreros habían puesto fuelles y yunques para enseñar en directo la forma de trabajar el metal y conseguir finas armas, durante todo el día. Aina le aseguró que se acercaría. La mayoría de los participantes durante aquel día estaría junto a sus gremios, promocionando a sus candidatos. James le había explicado que la Guardia estaría en el perímetro entre las murallas, donde entrenarían públicamente. Era uno de los espectáculos más visitado generalmente. Feren era el que estaba menos interesado en esa exhibición pública, como si se avergonzara de que la gente pudiera mirar su trabajo o se sintiera incómodo siendo observado mientras intentaba concentrarse en sus runas y sus pergaminos en medio de la calle. Solo los participantes tenían la obligación de quedarse en sus gremios durante la exhibición y muchos Maestros solían ir recorriendo el resto de los gremios para observar los rivales de sus participantes, así como la mayor parte de habitantes de Do-Urh, y aquellos que se habían desplazado hasta allí para ver el inicio de los Juegos de Honor. Esa era la primera de las muchas diferencias que la hacían diferente, se dijo Aina mientras caminaba entre la gente en dirección al lugar donde James estaría con sus compañeros entrenando, o más bien exhibiéndose, después de ponerse ropa más cómoda en el hostel. Lo encontró en un extremo de la improvisada pista de entrenamiento, pero para su sorpresa, estaba cruzando espadas con Dexter, mientras hablaban de forma amistosa. Se quedó quieta observándolos, la piel dorada de ambos brillaba bajo el Gran Sol mientras se movían con agilidad compartiendo estocadas en una complicada danza. Se quedó apoyada sobre la valla de madera sin ser consciente del tiempo que pasaba observando la belleza que había en sus movimientos, hasta que sintió la presencia de un hombre a su lado y sintió una sensación de desagrado al instante, incluso antes de que empezara a hablar.

—El joven James no es un mal espadachín, pero le falta la fuerza de un auténtico hombre —le dijo con voz grave. Aina se giró para mirarle a la cara y se encontró a otro participante dentro del recinto, pero descansando en su misma valla de madera, bastante cerca de ella. La runa de los Juegos caía sobre el peto de su coraza de la guardia, tenía un espadón a dos manos y lo rotaba como si se tratara de un juguete, mostrándolo orgulloso.

—Fuerza que supongo vos tenéis —dijo ella formalmente, sin poder evitar que un punto de ironía se insinuara en sus palabras, aunque él no pareció darse cuenta de ello.

—Por supuesto —dijo él de forma orgullosa. —Puedes tutearme, me llamo Vladimir, no tienen sentido las formalidades cuando posiblemente acabaremos siendo buenos amigos.

Aina sintió náuseas ante ese comentario y estaba a punto de contestarle cuando sintió la presencia de James y Dexter acercándose a ellos. Levantó la vista justo para encontrar a James a pocos pasos de ella mirándole con una silenciosa advertencia. No hacía falta que le advirtieran sobre Vladimir, no había nada alrededor de él que fuera de confianza.

—Aina, veo que has conocido a Vladimir, el favorito para la corona —dijo James con palabras bien elegidas que parecieron reconfortar el ego de Vladimir. —Dexter quería ir a ver a los herreros, quizás podríais ir juntos.

—Por supuesto —dijo Aina con una sonrisa que intentaba ser dócil, sintiendo que James le ofrecía una vía de escape, mientras Dexter le acercaba la empuñadura de la espada a James para que la tomara, antes de saltar la valla con agilidad, pasando en el pequeño espacio entre Vladimir y ella. Se colocó al lado de Aina y le tendió un brazo de forma formal, al que ella se sujetó sin ningún reparo.

—Siempre es un placer James. Si me disculpas Vladi —dijo Dexter y con un suave estirón, la alejó de allí. Aina sintió la cólera de Vladimir rugir detrás de ella y se alegró de escaparse. Esperaba que James no pagara la osadía de Dexter. Al menos era bueno saber que disfrutaba

haciendo enojar a todo el mundo y no solo a ella. Caminaron cogidos del brazo, sintiendo el calor de la proximidad de sus respectivos cuerpos. Todos aquellos días evitándose para acabar caminando juntos, cerca, muy cerca. Tras unos minutos en silencio, Aina empezó a hablar.

—¿Por qué quieres ir a ver a los herreros? —le preguntó.

—No tengo ningún interés en verlos, realmente —dijo él y se encogió de hombros mientras una pícaro sonrisa aparecía. —Pero tampoco soy tonto y soy capaz de pillar una indirecta al vuelo.

—Así que me estas acompañando porque James te lo ha sugerido —dijo ella finalmente.

—Algo así —dijo él encogiéndose de hombros.

—¿Puedo preguntarte desde cuando se supone que sois *algo así* como amigos? —dijo ella algo enfadada de que James no le hubiera explicado que había visto a Dexter aquellas semanas, estaba segura de que lo de aquella tarde no era una casualidad.

—Yo no diría tanto —dijo él con una sonrisa torcida. —Tengo una especie de pase del consejo, así que puedo entrenar con la guardia o con los cazadores cuando me apetece. Creo que él quiso saber el tipo de persona que era yo, así que aceptó entrenar conmigo. Son un número impar, tener una persona extra les va estupendo. Tengo que admitir que James será un buen guardia, es equilibrado y tiene cerebro dentro de la cabeza, que ya es más que la mayoría. Aunque animarte a estar conmigo a solas no es la idea más brillante que le he escuchado, excepto que sea de los que no les importa compartir.

Aina se sonrojó levemente ante su comentario, pero no pudo contestarle porque Iris la llamaba a gritos desde el puesto de los herreros al que justo acababan de llegar. Pasaron varias horas allí, junto a Thor e Iris, que les presentaron a otros participantes de su gremio con los que en seguida hicieron buenas migas. Dexter dejó de lado su cinismo y se convirtió en el acompañante ideal, siempre atento a lo que la gente decía, haciendo las preguntas adecuadas y mostrando un interés, lo tuviera o no, sobre el trabajo que el gremio desarrollaba. Aina se sintió rodeada por el entusiasmo de los herreros y dejó que Iris le explicara con la voz llena de emoción, cada uno de los detalles de su trabajo. Fugazmente, las miradas de Dexter y Aina se cruzaban y sentía algo en el pecho hermoso, brillante y sencillo. Se sentía feliz. Completa. Cuando se acercaba la hora de la comida, Aina y Dexter se despidieron de los herreros para acercarse a ver a Feren, con la esperanza de comer con él, sin tener que contemplar como hacía caligrafía durante una hora para incomodidad de todos. Dexter le ofreció de nuevo el brazo mientras caminaban entre las calles, repletas de turistas que habían decidido ir a ver a los participantes durante la inauguración. Aina se dejó guiar. Parecía que su proximidad nublaba sus sentidos y la hacía sentir ligera, casi incorpórea. Dexter le explicaba anécdotas sobre algunas de las personas que se cruzaban, así como rumores que había oído aquí y allí, algunos exagerados, que la hacían reír. Todo en él era intenso y sin embargo aquel día, por primera vez, estaba mostrando una cara más social, incluso divertida. Podía sentir la pasión contenida en él, el brillo en sus ojos que asomaba cuando sus miradas se cruzaban más tiempo del necesario, pero se comportó como un caballero. Su compañía le hacía olvidar por momentos porque estaba allí y porque era diferente a todos los que la rodeaban. Feren pareció sorprendido al verlos llegar, como si esperara que en realidad, no se acercaran a su puesto. Junto a él, había tres mujeres participantes que miraron con demasiado interés a Dexter, para el gusto de Aina. Feren les presentó a sus compañeras, que en seguida quisieron mostrarle a Dexter sus trabajos, dejando a Aina sola con Feren. Intentó ignorar las risas tontas alrededor de Dexter, así como las conversaciones y las insinuaciones que las tres escribanas le estaban haciendo, concentrándose en los suaves movimientos que Feren hacía con la estilográfica sobre el papel mientras le explicaba la importancia de la posición de la mano y la

inclinación de la pluma para variar el grosor de los trazos y la cantidad de tinta que se depositaba. Aina sintió que la sangre empezaba a hervirle cuando escuchó el susurro de una de las escribanas. Algo sobre su habitación y sobre su disfraz en el baile de máscaras. Lady Arcada había logrado, sin lugar a duda, que las participantes estuvieran más que receptivas. Eso era acoso y derribo. Sentía rabia creciendo dentro de ella. No quería aceptar que aquello fueran celos. Había oído hablar de ellos, pero ella jamás los había sentido en su propia persona. No envidiaba a las Visionarias. No deseaba ser como las mestizas. Quizás había sentido rabia en más de una ocasión, por lo de estar maldita y todo lo que le había estado privado por ese motivo. Pero no era aquello. Quemaba por dentro. Cerró los ojos intentando bloquear las emociones negativas que estaban naciendo dentro de ella. Se concentró en el ruido de la pluma sobre el papel, un ruido armonioso y equilibrado. Le recordó al ruido rítmico de una canción, de los movimientos suaves de una danza o de la forma en que un filo cortaba el aire. Cuando abrió los ojos, la tinta parecía cobrar vida ante ella.

—¿Puedo probar? —preguntó Aina a Feren en un impulso. Feren la miró con sorpresa, nunca nadie había tenido interés en su trabajo excepto las personas de su propio gremio y la intensidad de la mirada de Aina mostraba que su ilusión era auténtica.

—Por supuesto —dijo él y buscó un pergamino que había desechado por su baja calidad, para la transcripción que estaba haciendo, pero que sería perfectamente válido para que Aina trazara unas cuantas líneas. —Sabes escribir, ¿verdad?

—Sí —dijo ella tomando la estilográfica que Feren le cedía, sintiéndose vergonzosa de repente.

—No te apures —dijo él viendo como su pulso temblaba un poco y la guio tomando su mano con suavidad y delicadeza, de la misma forma que trataba a las plumas con las que trabajaba, acompañándola en los primeros trazos como un padre ayudaría a su hijo. —Empezaremos con tu nombre, deja que te guíe y luego si quieres puedes intentarlo tu sola.

Aina dejó que Feren guiara su mano sobre el papel, notando como aumentaba y disminuía la presión sobre la pluma, como rotaba e inclinaba la misma para conseguir diferentes efectos con la tinta. Cuando acabó, su nombre completo, escrito con una belleza como jamás había visto, estaba plasmado en el papel. Aina hija Maldita del Desierto. Una buena caligrafía para un mal nombre. Feren parecía muy satisfecho con el resultado y la animó a escribirlo de nuevo, pero esta vez sola. Aina sintió la presencia de Dexter cerca, pero no se dejó intimidar. Los ruidos estaban bloqueados a su alrededor, de alguna manera sentía que tenía una extraña conexión con el papel, con la tinta y con la propia pluma. Una espada. Un arco. Un arpa. Una pluma. No había tanta diferencia entre una cosa u otro. Era la misma sensación de equilibrio. Luz en la oscuridad. Repitió los movimientos que había hecho con Feren y las palabras se sucedieron una tras otra, en una caligrafía excelente.

—Es increíble —dijo él contemplándola con admiración y respeto, añadiendo con voz cargada de orgullo en un susurro suave tras una pausa. —La mayoría de los escribas tardamos meses en tener esa precisión. Estoy seguro de que, si hubieras sido seleccionada, serías escribana. Una de las mejores, posiblemente.

—Es hermoso como se desliza la pluma sobre el papel —dijo ella con un extraño hormigueo por la mano que era increíblemente dulce, había algo dentro de ella que ansiaba salir, cerró los ojos y aspiró aire profundamente posando la pluma sobre el papel y empezó a hacer movimientos suaves como si la pluma y el papel estuvieran compartiendo un extraño baile, hasta sentir que su corazón se liberaba y levantó la pluma del papel, abriendo los ojos. Dexter estaba al otro lado de

la mesa, mirándola con atención, en su rostro una mezcla de vivas emociones se mezclaba justo antes de que su mirada se cruzara con la de Aina, tras lo que las bloqueó tras su máscara de calma consciente de su debilidad frente a ella. Feren miraba el garabato de Aina con atención, como si estuviera estudiándolo.

—¿Qué runa es? —le preguntó finalmente, sin conseguir recordarla. Aina le miró con ojos sorprendidos y le negó con la cabeza mientras reía de forma suave.

—No es ninguna runa —le contestó. —Solo quería sentir la forma en que la pluma se desliza por el papel, es una sensación hermosa. Tienes suerte de ser escribano.

Feren sonrió e hinchó el pecho con orgullo por sus palabras. Él era feliz siendo lo que era, pero estaba acostumbrado a que se menospreciara su trabajo. Tras sonrojarse un poco, cogió el papel que Aina había garabateado y lo miró con atención, buscando en sus recuerdos. Finalmente, lo enrolló con sumo cuidado y se lo guardó en la parte interior de su chaleco.

—Me siento muy afortunado siendo escribano —dijo él con una sonrisa. —Si no te importa, me quedaré tu boceto, estoy casi convencido que esta runa la he visto alguna vez, a veces podemos quedarnos con imágenes sin ser conscientes si quiera. Quizás es una runa del Oráculo del Desierto.

—Quizás —dijo ella encogiéndose de hombros. —¿Comemos algo?

Dexter consiguió eludir a todo su cortejo y se sentó con ellos a comer, algo alejados de las mesas de trabajo. Aina y Dexter le explicaron a Feren todo lo que habían visto de las paradas de alrededor y éste les preguntaba sobre la gente y el resto de los participantes, con sana curiosidad. Acabaron el día paseando por las calles y visitando el resto de los puestos envueltos en un ambiente festivo y alegre. Poco antes de que llegara el atardecer, Dexter la acompañó hasta la puerta de su habitación, en el hostel. Aina sintió que el corazón le latía con fuerza cuando él la acompañó hasta la puerta de su habitación. Estar allí, con él, no era lo adecuado. Las palabras de su maldición resonaban en su cabeza mientras su corazón latía acelerado. Dexter sintió su nerviosismo, pero no la forzó. Le acarició la mejilla con delicadeza, clavando sus ojos en los de ella y se acercó suavemente a ella, dándole tiempo a escapar o a apartarlo si así lo deseaba, cosa que ella no hizo. La besó con suavidad. Nada que ver con los apasionados besos que habían compartido en el amparo de la oscuridad de forma fugaz. Se separó de ella con la misma suavidad con la que se había acercado.

—Ha sido un día muy agradable —dijo él finalmente. —¿Os paso a buscar para ir al baile?

—No —le contestó ella con cierto nerviosismo. —Nos vemos allí. Si ves a James dile que lo buscaré en el baile también.

Dexter hizo un gesto afirmativo y tras mirar su boca unos segundos más de los necesarios, se volvió y se alejó de allí. Aina entró en la habitación, cerrando con llave una vez dentro. Descansó su espalda sobre la puerta y se dejó caer, poco a poco, hasta sentarse en el suelo. Escondió la cabeza entre las manos, lamentándose de su destino y de su deseo. Tenía que encontrar al mago, cambiar su destino y si eso no era posible, tenía que alejarse de Dexter. Había mucho más que una simple atracción entre ellos. Podía sentirlo.

Aina se aseó y se arregló el pelo revuelto con esmero. El vestido cubría su cuerpo hasta las rodillas y encontró a faltar sus pantalones, tanto por su calidez, como por el hecho de que se sentía extraña con una prenda así, enseñando parte de la piel de sus piernas. Cambió sus botas negras por unos delicados zapatos de tacón negros que Sir Anthony había conseguido para la ocasión. Se ajustó la máscara y se observó en el espejo. Misma piel, mismos ojos, mismo color de pelo.

¿Sería fácil diferenciarse unos a otros únicamente por su apariencia? Una noche mágica. Una noche sin nombres, sin preguntas. Lady Arcada había creado la ambientación perfecta para sus planes. ¿Ascendería en su puesto dentro del consejo si conseguía que alguna participante se embarazaba durante aquellos próximos días? Salió de la habitación y se encontró el pasillo vacío. Todo el mundo estaba ansioso en llegar al discurso de la Mano, así que no le extrañó que hasta las calles estuvieran prácticamente desiertas. Caminó escuchando el repiquetear de sus talones sobre los adoquines hasta que el murmullo de la masa llegó a sus oídos. Siguió los ruidos hasta encontrar la plaza completamente llena. Respiró con algo de dificultad. Había demasiada gente. Todo Do-Urh debía de estar allí. Desde un pequeño rincón, observó la multitud que la rodeaba, rostros parcialmente ocultos entre ropa de gala. Algunos hombres sonaban ebrios, aun cuando la fiesta no había empezado siquiera. El ruido de unas trompetas y unos tambores resonó en el balcón del registro y apareció finalmente un hombre claramente anciano con una dorada túnica que brillaba bajo los últimos rayos del Gran Sol. Aina sintió una mezcla de miedo y curiosidad. ¿Sería ese su padre? El mago hizo unos movimientos con las manos y empezó a hablar. Aina se sorprendió al escuchar de forma clara su voz y supo que había usado algún tipo de conjuro para que su voz se escuchara en todo el recinto. Cerró los ojos para escuchar la voz, intentando buscar en su entonación algo que le resultara familiar. Las palabras del hombre eran tristes. Había perdido a sus dos mejores amigos, el Rey y la Mano Derecha, nunca había deseado sobrevivirles. Contento porqué un nuevo ciclo empezaría. Animó a los participantes a sacar lo mejor de ellos mismos, hablando sobre lo maravilloso que era Do-Urh y lo gratificante que había sido servir de Mano durante todos aquellos años a su gente. Los habitantes le aplaudían constantemente y Aina supo que había sido una buena Mano. El había nacido en Do-Urh, recordó Aina. Y deseaba lo mejor para su pueblo. Tras unas últimas palabras, se declaró inaugurados los Juegos del Honor y la música empezó a sonar en una gran plataforma de madera donde un grupo de trovadores hacían sonar de forma delicada las notas de una antigua canción de su pueblo. Aina cogió aire antes de dirigirse hacia el registro. Ahora o nunca. Esquivó a las personas con facilidad y se encontró a dos guardias en la puerta de entrada, sin máscaras, que la miraron de forma interrogante.

—Discúlpenme —dijo ella levantando su mano izquierda, sobre la que tenía anudada la runa de los Juegos. —Soy una participante y desearía hablar con la Mano.

—Eso no es el procedimiento habitual —le explicó el Guardia que no parecía demasiado disgustado por su presencia. —La Mano solo recibe visitas con cita previa.

—Lo supongo —dijo Aina, pero decidió jugar su única carta. —No quisiera molestarle, pero en el reino hay pocos magos, y hoy nos dio una charla Lady Arcada, del Consejo, sobre las obligaciones de las reproductoras y había pensado que quizás la Mano...

Se sintió humillada por sus propias palabras, pero supo que la duda había aparecido en el rostro de ambos Guardias al oírlas, especialmente ante su mención de la dama del consejo. El que había hablado, pareció tomar una decisión finalmente.

—Acompáñame, pero no te aseguro que la Mano esté interesada —dijo él. —No suele tener este tipo de visitas, no te sientas rechazada si él no se muestra dispuesto.

Aina lo siguió sintiendo que se sonrojaba intensamente, intentando morderse la lengua para no soltar un comentario que la comprometiera. Subieron al primer piso y el guardia la acompañó por unos pasillos hasta llegar a unas puertas de madera que estaban cerradas. Golpeó con suavidad y las puertas se abrieron lentamente, dejándolos expuestos ante el anciano de la túnica dorada que estaba sentado tras un viejo escritorio. Aina supo que aquel lugar no podía ser otro que la biblioteca y la Mano parecía sentirse cómodo allí, como si ese fuera su refugio. Su mirada fue de

uno a otro con sorpresa, estaba claro que no esperaba que nadie lo molestara, y menos una joven participante. Aina aguantó el peso de su mirada, que más que enojada parecía llena de curiosidad. Cuando el guardia intentó explicarle la situación a la Mano, este levantó la mano izquierda haciendo que el guardia quedara en silencio de forma brusca.

—Puedes retirarte Kas —le dijo con voz tranquila. —Jovencita, puedes acercarte, mis ojos no son los que fueron en otra época.

Aina sintió que el guardia se alejaba con una sonrisa en la cara. Las puertas se cerraron por la magia que el mago irradiaba de forma inconsciente a su alrededor. Estaba encerrada en una biblioteca con un mago. Debería tener miedo. Podía sentir la magia a su alrededor, sin embargo, había algo cálido en él. Si esperaba un reconocimiento cósmico, éste no sucedió. Pero no sintió miedo de él, aunque su seguridad empezó a disminuir con cada paso que daba hasta llegar al escritorio. Una silla se desplazó a su lado y con un movimiento de cabeza la Mano le invitó a sentarse en ella, a un par de metros del mago.

—Tengo que confesar que estoy francamente sorprendido —dijo él con una sonrisa, mientras bajaba un poco sus anteojos y la miraba por encima de ellos. —Con los años, he desarrollado la habilidad de poder leer los pensamientos intensos de la gente que me rodea y por los visto mi querido Kas piensa que tienes extrañas intenciones para con mi persona.

Aina sintió que se ruborizaba ante esas palabras y agradeció el escudo que le proporcionaba la máscara. Había llegado hasta allí, ahora tenía que ver como salía de aquella situación, con la información que necesitaba. Bloqueó parte de sus pensamientos. Alejó los recuerdos de su maldición y de los secretos que nadie debería saber. Si el mago era capaz de leer la mente, no debía poder encontrar ese tipo de información. Lo último que esperaba era tener que hablar con él sin pensar a la vez. Eso podía complicar mucho las cosas. El mago la miró con interés. Viendo que ella no parecía tener intención de decir nada, continuó.

—Aunque al margen de que obviamente una joven hermosa no buscaría en una noche como ésta la compañía de un viejo y decrepito mago, lo que más me sorprende es que a diferencia del resto de mentes que suelen rodearme, la tuya no transmite nada de nada. Solo hay silencio en ella y es casi agradable. Aunque eso me lleva a pensar que quizás sufras de alguna extraña enfermedad mental, lo que en parte justificaría que vinieras aquí a buscar la compañía de alguien viejo y gruñón como yo. —su mirada era interrogante y Aina no pudo evitar sonreír. Su instinto no solía fallarle y aquel anciano, la Mano de Do-Urh, era un buen hombre. Con una sensación de calma al sentir que sus pensamientos seguían siendo propios, empezó a hablar.

—Creo que no sufro ninguna enfermedad mental, Sir —dijo ella y en silencio se desabrochó el collar de cuero para mostrarle su cuello dorado desnudo, sin ninguna marca. El mago se quedó quieto observándola y finalmente se levantó de su silla para acercarse a ella. La miró interrogante, como pidiendo permiso y ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza. La Mano posó sus dedos sobre el lado derecho de su cuello, como buscando las líneas que debería haber allí y que obviamente, nunca habían estado. Cuando separó los dedos, el sillón sobre el que había estado sentado poco antes se desplazó hasta allí y él se dejó caer sobre él, al lado de Aina.

—Sabía que había una participante maldita que venía del Oráculo del Desierto, pero no me imaginé algo así —dijo él al fin mientras Aina volvía a cubrirse el cuello con el collar de cuero. —Jamás lo hubiera creído si no lo hubiera visto. Sin marcas. ¿Qué significa eso exactamente?

—Las Maestras que atendieron mi alumbramiento creen que se debe a que nací durante el eclipse que se produjo hace veinte años, entre el Gran Sol, el Sol de Plata y los tres Astros —dijo ella intentando sonar sincera, aunque sabía que su pregunta había sido lanzada al aire, como si se

lo preguntara a sí mismo.

—Lo recuerdo. El poder de la Diosa desapareció durante unos minutos, pude sentirlo. Curioso, ciertamente curioso —dijo él perdido en sus propios pensamientos y tras unos instantes en silencio añadió. —¿Cuál es el motivo real de tu visita?

—Es complicado —dijo ella sin saber exactamente qué decir o por dónde empezar. —Jamás he conocido a un mago y dada mi condición, no participé en la selección.

—Entiendo —dijo él mientras la miraba por encima de sus anteojos con curiosidad. —¿Has dado signos de poseer el Don alguna vez? ¿Movido objetos? ¿Quemado algo?

—No —dijo ella que parecía aliviada por poder contestar con sinceridad sus preguntas. — Pero hay veces que siento algo dentro que ansía salir y no sé cómo se siente la magia o como puede dirigirse o controlarla.

—¿Crees que posees el Don? —le preguntó él inclinando la cabeza con curiosidad.

—Nunca he hecho nada que pudiera considerarse magia —dijo ella siendo sincera. —Pero a veces creo que la magia está dentro de mí, pero al no haber sido marcada no es capaz de salir.

—Eres una chica lista y valiente —dijo él mientras la miraba. —Hay algo especial en ti. Puedo sentirlo. Pero no tiene nada que ver con la magia de la Diosa. Nuestra magia no es propia, todos los dorados somos solo un canal, capaz de usarla y dirigirla en mayor o menor medida, pero no nace en nosotros ni forma parte de nuestro cuerpo físico. Lo que sientes, no es el Don de la Magia. No dejes de buscar y cuando encuentres las respuestas, siempre puedes volver a ver a este viejo anciano para explicárselo. Te aconsejo que vuelvas a la fiesta, hija Maldita del Desierto. No dudes que los ojos del Consejo estarán por todas partes.

Aina se levantó, entendiendo la sutil advertencia de la Mano. Le hizo una formal reverencia y con mirada triste se dirigió hacia la puerta, que se había abierto con suavidad, invitándole a salir.

—Hija Maldita —le dijo el anciano antes de que ella saliera de la sala, obligándola a girarse hacia él. —Este libro lo leí siendo un niño, poco después de que el Don se revelara en mí. Lo guardaba con ilusión, a la espera de que apareciera un niño con el Don en Do-Urh, pero nunca llegó. Supongo que no tiene sentido que lo guarde por más tiempo, así que quizás te ayude a entender las palabras compartidas, en una noche mágica como ésta, con un viejo mago.

Aina tomó el tomo que flotaba delante de ella con delicadeza y sus ojos se iluminaron de alegría por ese regalo. El anciano le hizo un gesto con la mano para que se marchara y Aina salió casi corriendo de la biblioteca. Caminó a paso rápido, apretando el libro contra el pecho y salió por la puerta principal, escondiendo el libro con la capa que la cubría parcialmente sobre el vestido. Sin hacer caso a las miradas divertidas de los dos guardias, se alejó de la plaza todo lo rápido que pudo, intentando no llamar la atención hasta esconderse entre las sombras para llegar hasta el hostal. Entró en su habitación y sin encender ninguna luz, dejó con sumo cuidado el libro sobre la cama. "Fundamentos de la magia", leyó sobre el tomo de cuero. Lo palpó con cariño. Era un libro antiguo que había sido leído en múltiples ocasiones por jóvenes con el Don y sintió que algo crecía en ella. Era un gran regalo. Pese a querer abrirlo y empezar a devorar las páginas, se obligó a frenarse. Lo guardó con sumo cuidado dentro de una de sus maletas, escondido en el armario y respiró profundamente. Sabía que debía volver a la plaza, al maldito baile. Muy a su pesar, deshizo el camino andado en silencio, desplazando su peso únicamente sobre las puntas de sus pies para evitar que los tacones repiquetearan sobre los adoquines. Escondida entre las sombras, observó una pareja joven en un callejón y se quedó helada al ver sus cuerpos prácticamente desnudos chocando el uno contra el otro de forma desenfrenada. No pudo evitar oír el ruido de sus gemidos, sus corazones latiendo desbocados. Intentó bloquear la imagen pero el

calor estaba creciendo en su cuerpo mientras los ruidos resonaban en su cabeza mientras se alejaba de ellos. Llegó a la plaza y pese a que hacía poco tiempo que se había ido, fue consciente que bastante gente había desaparecido tras las palabras de la Mano. No pudo evitar pensar en la pareja del callejón. Cerró los ojos y escuchó la música, los cuerpos de los bailarines en la pista, las risas, los susurros. Escuchó finalmente la voz conocida de James y se acercó hacia el lugar en el que estaba, junto a Dexter, en uno de los laterales de la plaza, apoyados ambos sobre una columna mientras bebían de unas hermosas copas doradas. James la reconoció casi al instante en que la vio a lo lejos pese a las máscaras y una expresión de calma apareció en su rostro. Supo que había estado preocupado por ella y se sintió mal por no haberle avisado de alguna manera de sus planes, o al menos de que llegaría, con un poco de suerte, algo tarde al baile. No pudo evitar escuchar su conversación mientras se acercaba a ellos, esquivando varias parejas de bailarines.

—Apareció al fin —dijo de forma censuradora Dexter.

—¿Noto cierta preocupación en tu voz? —le contestó James con una sonrisa cordial.

—Más bien enojo. —contestó él. —Llevamos más de una hora dando vueltas como buitres buscando a tu maldita pareja.

—Estoy dispuesto a que intentes cortejarla —le contestó James de golpe y Dexter tosió levemente al atragantarse con la bebida, mientras lo miraba con intensidad. Aina agradeció que no la miraran en ese momento y no pudieran haber notado como había estado a punto de tropezar al oír las palabras de James. Palabras que obviamente no se suponía que pudieran haber sido escuchadas desde la otra punta de la plaza, en medio de la música y los gritos alegres de los bailarines que la separaban de ellos.

—¿Quieres que la compartamos? —le preguntó Dexter sin dejar de mirar a James, que le miraba con expresión divertida, quizás por el enfado que estaba apareciendo en su amigo, ante su proposición.

—He dicho que no me importe que la cortejes, ella es la que decidirá si quiere que la compartamos o no —le dijo James con una sonrisa mientras se encogía de hombros. —Pero solo con una condición.

—Estás dispuesto a que, si ella acepta, la compartamos con una condición —dijo Dexter desviando la mirada de sus ojos y fijándola en la de Aina, que se acercaba más lentamente, como si estuviera haciendo un esfuerzo en llegar hasta ellos. —¿De qué condición se trata?

—Nadie más puede tocarla —dijo James con una voz afilada y seria de repente. —Si alguien lo intenta, deberá responder ante ambos.

—Acepto —dijo él tras unos segundos. —¿Qué pasa si se cansa de ti?

—Por el momento, es mi pareja —dijo James con una sonrisa prepotente. —Y créeme que no tiene intención de dejarlo de ser por el momento, pero si ella lo desea, tienes mi autorización para estar con ella.

—¿Porque yo tengo tu autorización pero estás dispuesto a castigar a cualquier otra persona que se acerque a ella? —le preguntó Dexter mirándole de nuevo, con una ceja alzada, intrigado.

—A veces las cosas son más complejas de lo que parecen —dijo James encogiéndose de hombros. —¿Te acercas tú o me acerco yo?

Dexter no le respondió y empezó a caminar hacia Aina con decisión, tras dejar su copa sobre una bandeja de un mestizo que se cruzó en su camino. El corazón de Aina latía desbocado mientras los ojos de Dexter se clavaban en los suyos mientras se acercaba hacia ella, como un cazador frente a su presa. Sintió ganas de correr, pero se quedó quieta, completamente inmóvil, sobre el suelo que la sostenía, mientras sentía que sus piernas parecían volverse inestables a cada paso que

Dexter daba, acercándose hacia ella. Él la tomó entre sus brazos con delicadeza, pero irradiando fuerza. Sus ojos brillaban bajo su máscara negra, que simulaba la cabeza de una pantera. No le preguntó, simplemente empezó a moverse al compás de la música y ella siguió sus movimientos, dejándose llevar por él. Bailaron en silencio, cogidos de las manos, sin poder evitar mantener sus miradas fijas, mientras giraban alrededor de la plaza, ignorando al resto de bailarines, como si solo ellos dos existieran en el mundo. Poco a poco Dexter la dirigió hacia un extremo de la plaza y cogiéndole de la mano la sacó de la masa de hombres y mujeres que bailaban al compás de la música y entraron en la oscuridad de las calles, caminando de la mano. Dexter la llevó hasta un callejón y Aina sintió una mezcla de pánico y deseo en ese momento. Sintió como sus pupilas se dilataban por la antelación y el calor aumentó en su cuerpo. Dexter la miró con una sonrisa pícaro y se acercó a ella. Aina no pudo evitar cerrar los ojos, pero su contacto no llegó. Cuando abrió los ojos, Dexter ya no estaba a su lado. Escuchó su respiración encima de ella y miró hacia el techo del edificio, donde Dexter estaba sentado, con las piernas colgando y expresión divertida. Aina hizo una mueca y estuvo tentada de marcharse por donde había venido. Eso hubiera sido lo más sensato, sin lugar a duda. Pero se encontró escalando sin demasiada dificultad, pese a los ridículos zapatos, hasta llegar al tejado. Dexter le tendió una mano y ella la cogió. Caminaron por el tejado hasta llegar a una zona plana sobre la que sobresalía una pequeña chimenea. Dexter se sentó, apoyando la espalda en la pared de la chimenea y animó a Aina a acompañarle. Se quedaron allí quietos, contemplando el cielo estrellado con el ruido de la música y de la fiesta a sus espaldas, cogidos de la mano, durante un buen rato.

—¿Sabes que dicen que si una pareja se compenetra bailando significa que pueden ser una buena pareja en la cama? —le dijo Dexter sin dejar de mirar las estrellas. Las palabras llegaron como una ducha de agua fría para Aina. ¿Se suponía que debía seducirla con algo así?

—No voy a acostarme contigo —le contestó ella intentando separar su mano de la de él, pero Dexter no se lo permitió. Giró su cabeza para mirarla con atención y le sonrió.

—Bueno, no digo que nos tengamos que acostar hoy. Pero no puedes negar que nos sentimos atraídos el uno por el otro.

—A veces eso puede no ser suficiente —le contestó Aina mientras lo miraba y sentía que, pese a sus palabras, ambos sabían que había algo mucho más profundo de lo que quizás estaban dispuestos a aceptar. Aina sabía que no podía argumentar nada hablando de su supuesta relación con James, después de haber escuchado como el traidor le daba carta blanca.

—Te deseo —le dijo él y su mirada era una mezcla de fuerza y debilidad al mismo tiempo.

—Lo siento Dexter, no puedo —dijo ella sintiendo que algo se rompía dentro de él. No le diría que le deseaba. No admitiría que aquello que sentía al verle, al escuchar su voz, al sentir su boca sobre la suya, era solo la punta del iceberg. No podía. Estaba maldita. Sintió las lágrimas que acudían a sus ojos y no pudo evitar sentir un extraño escozor cuando las primeras lágrimas empezaron a salir sin que ella pudiera hacer nada para impedirselo. La mirada fría de Dexter se suavizó al ver sus lágrimas. La abrazó, sin entender que estaba pasando dentro de su cabeza y su corazón, pero con la necesidad de calmar su tristeza. Aina sollozaba entre sus brazos y él se sentía perdido, sin saber que hacer o que decir ante la angustia que de repente había acudido a ella. Ella era diferente. Y él solo deseaba besarla y poder protegerla del mundo entero. Que fuera suya. Y que jamás el sufrimiento pudiera acosarla de la forma en que lo hacía en aquellos momentos. Aina dejó que las lágrimas acudieran sin recordar la última vez que había llorado. Se sentía comfortable allí, entre sus brazos, con su calidez rodeándola. Protegida. Estar allí, entre los brazos de Dexter, era lo más parecido a sentirse en su propio hogar, su destino. Poco a poco el llanto empezó a

calmarse, su respiración se normalizó y quedó allí, enterrada entre los brazos de Dexter, mientras recuperaba su fortaleza. Se separó ligeramente de él y se miraron con algo que podría recordar a la timidez. Dexter inclinó levemente la cabeza, como intentando leer dentro de ella. No era un mago, se dijo para intentar calmarse mientras una pequeña sonrisa asomaba a sus labios. Aina cerró los ojos y reposó su frente sobre la frente de Dexter, inhalando aire con fuerza. Las estrellas brillaban sobre ellos. La música en la distancia seguía imperturbable. Aina tardó unos segundos en darse cuenta de que algo estaba pasando a su alrededor. Levantó la cabeza de forma brusca, escuchando a su alrededor y observando con el ceño fruncido su entorno. Dexter la miró sobresaltado, con la mirada transparente, reflejo de su alma. Aina cerró los ojos y escuchó a través del ruido de la música, de los gritos y las carcajadas, hasta encontrar lo que había llamado la atención de su sexto sentido. Los pasos eran silenciosos pero firmes. Cuatro personas. Abrió los ojos de forma violenta cuando reconoció la forma de caminar del que estaba más próximo a ellos. No era posible. ¿Qué se suponía que hacía allí? ¿Acaso estaba loco? Se intentó separar de Dexter, pero éste no se lo permitió. Su mirada se había vuelto dura y su expresión de advertencia le confirmó que de alguna manera él también era consciente de que, a un par de tejados de distancia, alguien se acercaba sigilosamente. Dexter acercó sus labios a su oreja y sin poder evitarlo aspiró su aroma, antes de decirle en un susurro:

—Supongo que no hace falta que te diga que se acerca un hombre.

—Tenemos que salir de aquí. Hay tres hombres más, en frente y en los laterales, estamos parcialmente acorralados. Hemos de escapar por las calles.

Él la miró alzando una ceja, sorprendido porque hubiera detectado unos hombres de los que él desconocía la existencia. Algún día tenía que conseguir hablar con ella de todo aquello. Maldita o no, alguien tenía que haberla entrenado a conciencia para moverse de aquella manera. Algún día. Sin decir nada más, Dexter le sacó los zapatos y los dejó sobre el tejado, sin hacer ruido. Le miró interrogante y Aina hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Dexter salió corriendo de su escondite cogiendo de la mano a Aina, que le seguía el paso sin demasiadas dificultades. Saltó al vacío y se giró a tiempo de cogerla en el aire y dejarla caer en el suelo con cuidado, arrastrándola después de la mano a gran velocidad entre las oscuras calles. Dexter corrió alejándose de los ruidos que se podían escuchar en los tejados, que identificaban el paso de varios hombres, siguiendo su carrera. Tardaron un buen rato en despistarlos. Tras asegurarse de que nadie estaba alrededor, Dexter ayudó a salir a Aina de su improvisado escondite, bajo unas escaleras de madera de un viejo edificio. Tras escuchar un ruido apretó su cuerpo contra el de ella, para que quedaran ocultos entre las sombras. Cuando la posible amenaza había desaparecido, se giró hacia ella y sintió la proximidad de sus cuerpos. Se quedó prendido en su mirada, en el tenue rubor de sus mejillas. Se apretó contra ella y la besó con urgencia y necesidad. Aina le respondió con la misma intensidad y eso calmó su alma herida. Esta vez fue él el que, con dificultad, suavizó el contacto sobre ella, alejándose de ella tras un suspiro resignado. Tenía que ir a rastrear los tejados, ver si podía localizar a los intrusos. Ningún dorado se movía así por los tejados, a excepción de Aina, pero ella era un caso aparte. Tenía un mal presentimiento. No había más exploradores que él en Do-Urh. Y eso solo dejaba dos opciones, exploradores plateados o salvajes. Ninguna de las dos opciones era especialmente alentadora.

—Tengo que ir a revisar el perímetro —le dijo él mientras la acompañaba hacia su hostel. — Pero no quiero que duermas sola. Tengo un mal presentimiento.

—Iré a la habitación de James —dijo ella y sus palabras se clavaron en el alma de él como puñales.

—Te acompaño, quiero asegurarme de que él está allí —le contestó con cierta frialdad. Aina dejó que le acompañara hasta la habitación de James, que apareció con el pecho desnudo y el cabello alborotado. Le miró con sorpresa, mientras se le escapaba un bostezo, aunque pareció despertarse al ver a Dexter apoyado en la pared de enfrente, con una mirada fría y enojada que intimidaba bastante. Se alejó de allí cuando Aina entró en la habitación sin decir palabra, pudiendo sentir la mirada preocupada de James sobre su espalda.

Dexter caminó hasta llegar a un acceso fácil a los tejados y trepó sin dificultad. Caminó en silencio bajo las estrellas hasta llegar al lugar en el que había estado con Aina, sintiendo que el corazón se le encogía al sentir su miedo y su tristeza de nuevo, al tenerla llorando entre sus brazos. Alejó esos sentimientos y buscó en los instintos de explorador que anidaban dentro de él y dejó que su mirada siguiera los tejados. Se acercó a la posición del hombre que se había acercado a ellos. Palpó el suelo, buscando señales y registró alrededor con sumo cuidado. Dos horas más tarde, estaba seguro de que se trataba de cuatro hombres, situados a su alrededor como las puntas de una cruz, preparados para cortarles el paso y encerrarlos en su perímetro como Aina había predicho. Se trataba de hombres corpulentos, había algunas tejas rotas por su peso en algunos lugares, los fragmentos no se habían desprendido aún y quedarían allí hasta que una lluvia los arrastrara. Caminó preocupado en dirección al hostel sin saber qué hacer con esa información. Era consciente de que debería avisar al Consejo, pero había algo aún más extraño en todo aquello. No había sido un asalto cualquiera. Sentía que se le erizaba la piel solo de pensarlo, pero estaba casi seguro de que tenían un objetivo. Podía ser él. Pero podía ser Aina. Y eso le inquietaba especialmente. Picó con suavidad en la puerta de la habitación de James tras escuchar con atención que no hubiera ruidos comprometedores dentro de ella. James abrió la puerta tras unos segundos y lo encontró con el mismo aspecto que unas horas antes. Su pecho estaba desnudo pero al menos, los pantalones seguían en su sitio. Dexter no pudo evitar mirar hacia el interior de la habitación y observó cómo Aina dormía cómodamente en la cama, cubierta por una manta. Sintió una punzada de deseo y de celos. Algo llamó su atención. Estaba acostumbrado a observar los detalles y supo que había algo extraño allí. En apenas unos segundos, fue consciente de que Aina llevaba puesto el vestido de la fiesta y que en el suelo había mantas. Miró a James sin decir palabra y la cara de paciencia que él puso casi hizo que se pusiera a reír pese a las circunstancias. James salió al pasillo, empujándole en el camino, entornando la puerta para no despertar a Aina.

—¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas? —le preguntó con suavidad tras asegurarse de que el pasillo estuviera vacío.

—¿Se puede saber por qué duermes en el suelo? —le contraatacó Dexter con la misma suavidad.

Ambos se quedaron mirándose durante unos segundos, meditando sus respuestas y manteniendo la mirada firme uno sobre el otro. Como si fuera un entrenamiento de los que habían compartido a lo largo de los últimos días. James suspiró y tras un bostezo, le contestó.

—No tengo ningún tipo de relación carnal con Aina —dijo él finalmente, mientras Dexter lo miraba con genuina sorpresa.

—¿No serás de esos a los que les gustan los hombres? —preguntó Dexter con suavidad.

—¿Supondría eso algún problema? —le contestó James con una sonrisa coqueta.

—No, siempre y cuando tengas claro que a mí lo que me interesa es lo que está durmiendo en tu cama —le contestó encogiéndose de hombros.

—Eso está bien, pero no, de momento me interesan las mujeres —le contestó él con una sonrisa, divertido por la incomodidad que había generado en él.

—¿Entonces? —le preguntó Dexter con la mirada inquieta.

—Ella está maldita, no tiene gremio y es un caramelo al que cualquier buitre le gustaría hincar el diente. —dejó que el impacto de sus palabras, con toda su fuerza, llegaran hasta él. Los ojos dorados de Dexter parecían empezar a brillar con pequeñas motas de oro puro, como los de un mago.

—Finges ser su pareja para protegerla —dijo él de repente, como si el rompecabezas empezara a cuadrar en su cabeza. —Más que eso, serías capaz de retar a quien le hiciera daño y siendo tu pareja, nadie podría negarte ese derecho.

—Exacto. Incluso si ese fueras tú, no lo olvides —le contestó James con un nuevo bostezo. —Y si eso es todo, me gustaría ir a mi suelo a seguir durmiendo.

—Podrías haber empezado por aquí, en vez de hacer ver que no te importaba compartirla —le contestó Dexter con la voz ronca. —En ese momento hubiera deseado matarte.

—Creo recordar que estabas conforme con el acuerdo —dijo él sin intimidarse lo más mínimo. —Y te recuerdo que lo de compartir una mujer es una conducta bastante habitual, lo que no es habitual son los sentimientos de posesión que tienes respecto a ella. Total, por un par de besos robados.

—¿Qué sabes tú de eso? —le preguntó Dexter a la defensiva.

—Algo me ha contado y tampoco soy tonto —le contestó él bostezando de nuevo. —Si no creyera que a ella le interesas, jamás te habría dejado acercarte a ella.

Dexter se quedó quieto, en silencio, mientras su mente y su corazón analizaban sus palabras. No solo Aina no estaba aparejada, sino que además James le acababa de confirmar que estaba interesada en él. Aunque en el fondo lo sabía, sus extrañas reacciones le tenían desconcertado.

—Si tan listo eres, ¿Quizás podrías contarme porqué había cuatro salvajes correteando por los tejados dentro la ciudad persiguiéndonos? —las palabras habían golpeado de forma violenta a James, que miró de forma instintiva el lugar en el que dormía Aina, a través de una rendija de la puerta. Cuando se giró hacia él, cualquier rastro de sueño o de diversión había desaparecido por completo.

—¿Lo sabe ella? —le preguntó con la mirada fría como el hielo.

—Sabe que nos perseguían, fue una auténtica fuga de esas en las que corres por donde puedes hasta encontrar un lugar seguro, en el que, por cierto, nos besamos —dijo Dexter con un tono jactancioso que suavizó al ver la preocupación de James, mientras añadía. —Aunque no creo que piense que sean salvajes, si no fuera que yo mismo he revisado los tejados, tampoco lo creería.

—Mierda —dijo James mientras se pasaba la mano por los rizados mechones de pelo. —No puedo creer que hayan entrado dentro de la ciudad.

—No es tan difícil si eres un buen escalador —dijo Dexter de forma crítica. —Especialmente hoy que con los disfraces y las máscaras podrían incluso plantarse en el baile y quizás hasta pasarían desapercibidos. El problema es que estoy casi seguro de que Aina o yo éramos su objetivo. Y eso sí que me preocupa especialmente.

—Anímate más —le contestó James con una mueca y tras un breve silencio añadió. —Durante el viaje, cuando pasamos por la zona de las rocosas, la secuestraron.

Dexter se quedó quieto, sin respirar, mirando los ojos de James, que estaban cargados de emociones contenidas. James continuó hablando.

—La retuvieron durante toda la noche. La bajaron con cuerdas por el acantilado, como si se tratara de un animal. Cuando llegué hasta ella, no sabía siquiera si estaba viva o nos hacían llegar su cuerpo, como una salvaje burla. Estaba bien. No tenía heridas físicas, creo que fue lo

suficientemente lista como para no resistirse. Se encerró en sí misma durante un par de días y luego, poco a poco, volvió a recuperar su vida como si aquello no hubiera pasado. Creo que confía en mí, pero jamás me ha explicado nada de lo que sufrió allí. Tampoco he sido capaz de preguntarle.

Dexter sintió que la bilis le subía por la garganta. La última pieza del rompecabezas. Recordó a Aina llorando en sus brazos con desesperación, el dolor y la tristeza de sus lágrimas. Los salvajes la habían marcado con su violencia, quizás para toda la vida. No sería la primera mujer que sufría aquello y, sin embargo, que fuera ella era desgarrador. Jamás podría evitar recordar lo que había sufrido, al estar de nuevo con un hombre. Con él, si la Diosa era clemente. Aina necesitaba tiempo. Confiar en él. Tenía que conseguir que ella sintiera que tenía el control de todo aquello. Y él necesitaba matar a esos salvajes. Uno a uno.

—Joder —dijo finalmente, sin poder expresar todo lo que sentía de ninguna forma racional. — ¿Crees que pueden ser los mismo tipos?

—No lo sé, pero no pinta bien —le contestó James dejándole un espacio para que asimilara todo aquello.

—Voy a buscarlos, puedo rastrearlos. Me han sacado unas horas de ventaja pero puedo recortarlos —dijo Dexter con determinación.

—Los Juegos empiezan el lunes —le dijo James, poniendo una mano sobre su hombro y obligándole a mirarle. —No puedes desaparecer en estos momentos. Ni se te ocurra rastrearlos. Lo único que podemos hacer es intentar que no esté sola, si intentan acercarse de nuevo a ella, tendrán que pasar por encima nuestro primero.

—Quiero que duermas con ella todas las noches —le contestó Dexter con autoridad.

—Cuenta con ello —le contestó él y se acercó hacia la puerta, pero antes de desaparecer dentro de la habitación, añadió. —Aunque si consigues no meter la pata una vez detrás de otra y duermes tú con ella alguna vez, te lo agradeceré. El suelo no es muy cómodo, ¿sabes?

La puerta se cerró y Dexter se quedó quieto mirándola durante unos segundos. Sonrió ante la propuesta de James. Ojalá consiguiera que ella aceptara dormir con él, solo eso. Tenerla abrazada toda la noche, sentir su aroma impregnado en su piel y ser lo primero que viera tras el amanecer. Eso estaría bien. Se alejó de la habitación y del hostel. En su cabeza el rompecabezas empezaba a encajar, pieza a pieza. Aina estaba rota. Aunque había una fuerza en ella que la haría salir adelante de todo aquello. Estaba convencido. La dureza de la realidad hacía que su sangre se helara, pero era mucho más fácil luchar contra algo real que contra el propio viento. Quizás no esa noche, pero si los salvajes que la habían secuestrado estaban rondándola, los encontraría. Y tenía muy claro que haría en ese preciso momento.

Aina se encerró en su habitación tras desayunar con James. Lo único que Aina deseaba era leer con tranquilidad el libro que la Mano le había dado. No estaba muy segura de que estaban haciendo Greg y sus hombres dentro de la ciudad, era una locura por su parte, pero afortunadamente no los habían descubierto. No podía evitar pensar en que Greg había sido implacable en su persecución, pero Dexter tenía su propia intuición muy desarrollada. Debía alejar a Greg de allí, por el bien de todos. Supuso que había perdido su última oportunidad de dar la espalda a los dorados y de escapar de ellos, de los Juegos de Honor y de su propia maldición. Deseaba poder advertirle de que estaba bien, quizás a través del anciano mestizo, pero no podía estar segura de que aquel fuera realmente otro de sus espías. Era consciente que no obtendría más respuestas de la Mano de Do-Urh que las que pudiera encontrar en ese libro y estaba segura de que aquel hombre, no era su padre. ¿Qué la retenía allí? Dexter. Sacó con cuidado el pergamino de

la Maestra y revisó el nombre de los cuatro magos que quedaban en la lista. Si acababa los Juegos de Honor, podría tener la libertad de buscarlos. Si escapaba, sería una proscrita y jamás podría volver. Ese también era un buen motivo. Más o menos. Aparcó sus pensamientos y empezó a leer con avidez. Habían pasado un par de horas cuando sonaron unos suaves golpes en la puerta. Guardó el libro debajo de la cama y lo tapó con una camisa usada. Se acercó a la puerta y la abrió de golpe.

—James te he dicho... —sus palabras se perdieron al encontrarse frente a su puerta a Dexter. Parecía tranquilo, aunque sus ojeras le advirtieron de que no había dormido demasiado.

—¿Puedo pasar? —le preguntó él con voz inocente.

—Creo que no es buena idea —le contestó ella inquieta, no quería que descubriera el libro.

—En tal caso, quizás te apetecería ir a dar una vuelta conmigo, es casi la hora de comer. —su voz era amable y no pudo evitar recordar cómo había disfrutado de su compañía el día anterior. Hizo una mueca, deseaba seguir leyendo el libro, pero sabía que él podía ser realmente tozudo, si se lo proponía.

—Una comida rápida, tengo dolor de cabeza y quiero descansar —dijo ella con una mueca, saliendo finalmente al pasillo y cerrando la puerta con llave.

Dexter no la cogió de la mano, pero se mantuvo cerca de ella mientras salían a la calle, su proximidad tenía un efecto relajante sobre ella, de alguna manera. ¿Desde cuándo? Esa también era una buena pregunta. Se sentaron en un pequeño restaurante al que ya había acudido con Feren y Thor hacía unos días. Pidieron un plato y comieron mientras hablaban de banalidades. Ya mientras tomaban el postre, Dexter empezó a preguntarle sobre su infancia y su vida en el Oráculo. Aina recordó con nostalgia todo aquello. Le habló de las manías de las Visionarias y de cómo era un día cualquiera allí. Le habló de Natalia y Marta, las mestizas, y él no pareció escandalizarse por el tono cariñoso que teñía sus palabras al hablar de ellas. Caminaron hasta el exterior de Do-Urh y se sentaron fuera de la fortaleza, de las miradas indiscretas y de la propia seguridad que se suponía debía ofrecerles y que, en esos momentos, sabían no era real. No hablaron de la fuga. Simplemente disfrutaron de su compañía a veces llena de un silencio cómodo, cómplice, que parecía acercarlos más que no distanciarlos. Volvieron al atardecer hacia la posada. En la puerta de ésta, estaba el anciano mestizo, esperándola. Miró con cierto recelo a Dexter. Aina sintió un escalofrío, si había tenido duda alguna respecto al anciano, desaparecieron justo en ese momento. Dexter le saludó con un movimiento de cabeza, más de lo que harían muchos dorados ante alguien como él. El mestizo fijó su atención en Aina. Su mirada era sabia. Y Aina sabía leer en ella. Greg.

—Mi lady —le dijo el viejo mestizo acercándose a ella, en un título de respeto que no había usado anteriormente con ella y que solo hacía que recordarle las bromas del salvaje en medio de las grutas. —El señor deseaba saber que estaba usted bien, antes de que empezaran los Juegos de Honor.

—Estoy bien —dijo Aina con voz calmada. —Tal y como dijo Sir Anthony, la noche estuvo llena de sorpresas.

—Espero que fueran gratas —dijo el mestizo, enseñando los pocos dientes que aún conservaba.

—Extrañas, más bien —dijo ella con una sonrisa, convencida que Greg estaba detrás de aquello mientras Dexter se tensaba levemente a su lado y le pasaba un brazo por la cintura de forma protectora, pero posesiva a la vez, de forma casi instintiva, sin importarle lo más mínimo lo que pudiera pensar el anciano o la gente que estaba a su alrededor.

—El señor deseaba entregaros este pequeño obsequio —le dijo el mestizo haciendo una

pequeña reverencia mientras sacaba un pequeño paquete envuelto y se lo daba. Aina se quedó mirando el paquete y lo tomó con algo de recelo. ¿Qué se la habría ocurrido a Greg enviarle? ¿Era por eso que había entrado en el pueblo? ¿Para darle un regalo? Realmente estaba como una cabra.

—Dile al señor que su generosidad es excesiva. La verdad es que no debe preocuparse tanto por mí, soy yo la que se preocupa por su salud, Sir Anthony empieza a estar algo mayor y a veces puede tomar decisiones que quizás ya no son las más adecuadas.

—Hay personas que siguen sus instintos, sin preocuparse mucho de las consecuencias —le contestó el anciano con una sonrisa tímida, mientras la miraba y le hacía una pequeña reverencia, después de haber estado riéndola durante las últimas semanas como si fuera una niña pequeña. —Espero que su pareja sepa valorarla adecuadamente.

Dexter no corrigió al anciano en su confusión y Aina estaba demasiado absorta pensando en aquella extraña conversación, así como mirando el pequeño paquete que tenía en su mano. Se quedó quieta allí, mirando al mestizo como se alejaba, con el brazo de Dexter sobre su espalda, reconfortándola.

—¿No lo vas a abrir? —le preguntó Dexter extrañado, intentando leer las emociones de Aina, pero sin conseguirlo del todo.

—Lo abriré luego, en la habitación —dijo ella encogiéndose de hombros mientras entraba en el hostel seguida de Dexter, que la siguió hasta su habitación.

—Sir Anthony debe apreciarte mucho —dijo Dexter mientras la tenía parcialmente abrazada junto a su puerta, ignorando las miradas curiosas de otros participantes que se encontraban en ese momento en el pasillo.

—Sí. —admitió ella con una sonrisa, mientras abría la puerta de su habitación. —Él ha sido para mí como un padre.

No insistió en entrar, pero a ninguno de los dos les fue fácil separarse. Una vez dentro de la habitación, Aina se sentó sobre la cama, para abrir el paquete. Encontró una vieja brújula de color negro junto a una nota.

"*Gatita,*

Esta brújula marca el norte durante el día y el camino a casa durante la noche, sea cual sea tu casa a lo largo del camino. Está hecha con una antigua piedra que mis antepasados decían que eran restos de fragmentos de estrellas. Desconozco si la leyenda es cierta, pero hay magia en ella. Magia salvaje. De los primeros tiempos, de los que ya no hablan los libros ni las leyendas. Hace años la heredé de mi padre, que la heredó de su padre y aunque ha estado durante generaciones en mi familia, el destino ha querido que ahora te corresponda a ti tenerla. No me preguntes porqué, porque no lo sé, pero ha de ser así. No dudo que te ayudará a encontrar tu destino. Con nosotros".

Miró la brújula durante unos segundos y la tocó con cuidado y respeto. Había algo en ella. ¿Magia? Tal vez. Pasó una cinta oscura por el pequeño agujero y se la anudó al cuello, dejando que la brújula quedara escondida entre sus pechos, debajo de la camisa. Estudió la carta una y otra vez y finalmente encendió una cerilla y le prendió fuego. Observó como el fuego devoraba vorazmente el papel, y luego fue en busca del libro que había dejado medio escondido, debajo de la cama. Empezó a leer de nuevo, justo en el punto en el que lo había dejado. No se separó de él hasta que James la pasó a buscar para cenar. Tomaron algo ligero en el comedor del hostel, junto a Thor, Iris y Feren. Todos estaban nerviosos y nadie se extrañó en que se fuera pronto a la habitación, pero su lectura se interrumpió por la llegada de James poco después, con clara intención de pasar la noche con ella. Intentó resistirse pero no le sirvió de nada: antes de poder

argumentar de nuevo, él ya estaba estirado fingiendo que dormía haciendo extraños ruidos que simulaban ronquidos. Le lanzó un cojín a la cara acertando de lleno, y él empezó a reír como un niño pequeño. Tras una fugaz batalla de cojines, Aina se metió en la cama y cerró los ojos, dejándose llevar por el sueño.

Los Juegos de Honor de un Mago

Se reunieron todos en la sala inferior del registro, a primera hora de la mañana. Era una sala grande, con varias filas de sillas, rígidamente ordenadas, pintadas en oro y con la tapicería en color chocolate, los colores del Reino de Aurum. Sabía que eran poco más de cien candidatos, la mayoría hombres, pero la sala se veía vacía, de lo grande que era. James y ella habían acabado en el extremo izquierdo de la quinta fila y Aina no pudo evitar sentir cierto nerviosismo hasta que algo más tarde Dexter apareció y tras mirarla desde la distancia, se quedó sentado algo más lejos del estrado. Los dos miembros del consejo que se habían desplazado hasta allí, Lady Arcada y un hombre con el que Aina no había coincidido, estaban hablando sobre los valores de su raza y la importancia del rey y sus manos para su pueblo, una vez más. Aina estaba dejando volar su pensamiento, tomando únicamente algunas de las palabras que pronunciaban, cuando sintió una mirada fría, cargada de una emoción que era todo menos agradable. Intentó mirar de forma disimulada y pudo ver que un par de filas más atrás, situado en el centro de la sala y rodeado por miembros de la guardia, estaba Vladimir. Un pequeño escalofrío le recorrió y James, consciente o no, le pasó uno de sus musculosos brazos sobre los hombros, acercándola levemente hacia él. Estos gestos de afecto en público no eran habituales entre los dorados, pero después de las semanas que llevaban viviendo allí, el resto de los participantes ya no parecían sorprenderse con ellos. Incluso la propia Aina empezaba a sentirlos como algo normal. Aina pudo sentir que la furia de Vladimir se incrementaba, pero que se obligaba a reprimirla y encerrarla en su interior. Había algo en él oscuro. Y aunque la oscuridad a ella no le daba miedo, ese tipo de oscuridad en concreto, le creaba mal estar. Por primera vez desde la extraña idea que habían tenido sus amigos guardas de que James se hiciera pasar por su pareja, lo agradeció fervientemente. Sin gremio, sin amigos, sin nadie que velara por ella, Vladimir usaría su poder, su autoridad, sobre ella. Y eso no podía ser bueno.

—Los Juegos de Honor de Do-Urh constaran de cuatro retos de Selección. Todos aquellos participantes que consigan puntuar en ellos pasaran a la fase Eliminatoria, en la que cada participante deberá enfrentarse a otro en un reto concreto, sorteados aleatoriamente bajo la gracia de Aurum. En caso de que algún participante consiga varios puntos, recibirá bonificaciones para afrontar los retos de la fase Eliminatoria. En caso de que el número de seleccionados sea impar, el participante con más puntuación pasará la primera ronda de la eliminatoria de forma automática. — las palabras de Lady Arcada, se escuchaban bajo la atenta mirada de la mayor parte de la sala. Aina sintió la presencia de la Mano antes de que apareciera por la pequeña puerta que daba al escenario. Parecía más anciano incluso que el día de la Inauguración, y se sorprendió al pensar que aquel hombre era más joven que Sir Anthony, si no recordaba mal. Quizás por ser mago, quizás por la responsabilidad de ser la Mano, se le veía más anciano. Cansado. Se situó detrás del atril que dejaron libre los dos miembros del Consejo tras una reverencia, mientras ellos se sentaban de cara al público en la mesa presidencial colocada en el centro del escenario. El mago empezó a pasear su mirada entre sus rostros, complacido. Aina vio como sus anteojos colgaban sobre su pecho, sujetos por unas finas cadenas doradas que llevaba colgadas al cuello. Su túnica era solemne, de un dorado oscuro sobre la que varias runas bordadas en oro puro resplandecían. Para muchos de los participantes, aquella era la primera vez que estaban tan próximos a un mago. Igual que con las Visionarias, los magos debían mostrar el Don durante su infancia, para que el gremio los aceptara. Y eso cada vez era más extraño. Muchos hijos dorados tenían un grado de

sensibilidad mágica más o menos desarrollada, algunos podían hacer efectos de luz dorada, otros eran capaces de prender pequeñas llamas o hacer levitar algún objeto, pero solo aquellos capaces de contactar con la Fuente, podían convertirse en magos. Aina lo había descubierto en el libro. Empezaba a entender las palabras del mago, susurradas aquella noche. La Fuente era la magia en estado puro, una forma de conectar con la propia energía de la Diosa. Los magos eran capaces de acceder con su voluntad a esa energía viva, que como él le había dicho, no les pertenecía, pero podían canalizarla y usarla para sus propios intereses. Y los de la Diosa, obviamente. La Mano empezó a hablar.

—Bienvenidos a los Juegos del Honor —dijo él con voz solemne. —Es extraño veros aquí, en la misma sala en la que estuve sentado hace ya varios siglos, con el mismo nerviosismo que vosotros podéis sentir en estos momentos. En aquella época, yo era un joven mago al que los conjuros elementales no se le daban especialmente bien. Había en la sala, repleta en aquel entonces, tres magos más mucho más talentosos, más hábiles que yo. Sin embargo, para ser Rey o para ser Mano, no es únicamente el talento lo que se necesita, sino la capacidad de dirigir, pero también de delegar y saber valorar los recursos que cada uno de nuestros hermanos puede aportar para crear un reino más fuerte y unido. Me siento triste al pensar que no hay ningún mago aquí sentado, entre nosotros. Sin embargo, todos y cada uno de vosotros, posee una porción de magia en su interior, por pequeña que sea. Y es mi deseo que seáis capaces de encontrarla, en este primer reto, porqué un reino sin magia, puede convertirse en un reino débil.

La Mano dejó de hablar y un pequeño murmullo recorrió la sala con sorpresa. Todos eran conscientes de que no había llegado ningún mago, pero no esperaban que la Mano hiciera referencia a aquello y menos aún, que el primer reto se basara en buscar la propia magia interior. *Un reino sin magia puede convertirse en un reino débil.* Las palabras no podían ser menos claras. Aina sintió como los corazones se aceleraban a su alrededor, algunos con ilusión y otros con rabia. Había magia a su alrededor, podía sentirla. Muchos sanadores usaban parte de su magia en sus curaciones. Los músicos también solían usar algo de magia, consciente o no, cuando creaban música. También lo había sentido en Feren cuando usaba la estilográfica. No era una magia visible, ostentosa o reconocida. Pero era magia. Quizás había magia dentro de ella, una magia ligeramente diferente. Pero de alguna manera, podía sentirla en muchas de las personas que la rodeaban en la sala. Para ella, el mensaje de la Mano era claro, tenían que dejarse guiar por la magia que habitaba en cada uno de ellos, aunque su magia en vez de mostrarse mediante conjuros se expresara en aquellas actividades que solían hacer de forma casi cotidiana. Sonrió. Había algo en el mago, en la mano de Do-Urh, que era luminoso. Bueno. Había amor en él, creía en su pueblo. Los murmullos cesaron cuando la Mano volvió a tomar la palabra.

—El primer reto empezará hoy, en el límite del bosque del Norte. Escondidas en el bosque, hay veinte piedras como ésta —dijo él mostrando una piedra ovalada con bordes lisos. —Al tacto, podréis sentir una suave vibración de la magia que contiene, si sois capaces de usar la magia que hay en vuestro interior para sentirla. Su magia hará que, durante la noche, os proporcione una pequeña fuente de luz dorada.

Las luces de la sala se apagaron de forma brusca y algún gemido de sorpresa se escuchó en la sala mientras en el estrado la piedra que sujetaba la Mano desprendía un suave brillo dorado, lo suficiente como para hacer que resaltara en la oscuridad. Tras un suave chasquido de dedos, la luz de la sala volvió a la normalidad. Lady Arcada se levantó de su silla y se dirigió al atril para dar las últimas instrucciones, mientras la Mano, tras una pequeña inclinación de cabeza, empezaba a mirar alrededor de la sala a los participantes, con curiosidad. Aina tenía la sensación de que se

estaba esforzando por no sonreír, mientras los miraba. ¿Estaría escuchando el pensamiento de los participantes? ¿Cómo debía de ser saber lo que la gente pensaba? Su mirada se cruzó con la de él durante una fracción de segundo, pero apenas le prestó atención y pareció más interesado en los pensamientos de James.

—La búsqueda empezará cuando el Gran Sol esté en su ecuador, escucharéis el sonido de las campanas entonar la melodía de los Juegos de Honor, y acabará mañana a la misma hora, con la misma melodía. Durante la prueba, podréis encontrar tres hogueras en el perímetro exterior donde tendréis que registrar vuestro regreso, y en caso de que halléis alguna de las piedras que la Mano ha dispuesto, entregarla. Encontraréis un mapa de la zona en la plaza, con los lugares de entrega marcados, así como los límites respecto a la tierra de los Argentum, donde los miembros del Consejo os aconsejamos evitar entrar, al margen de los tratados de paz que existen entre ambos pueblos. Sabemos de la existencia de algún pequeño grupo de salvajes en la zona, pero no han dado muestras de actividad durante los últimos meses, por lo que os aconsejamos extremar la prudencia, especialmente a las reproductoras. En la zona más al norte, podéis también encontrar grandes animales salvajes, especialmente osos y lobos. Desde el Consejo, os animamos a evitar hacer este primero reto de forma individual, para minimizar la posibilidad de que algún participante pueda resultar herido, aunque la Mano ha dictado que solo la persona que entregue la piedra será la que puntuará durante el reto. En caso de que algún participante entregara más de una piedra, se le contabilizaría un punto de honor por cada una de ellas.

Lady Arcada miraba la sala con atención, posando su mirada especialmente a las mujeres, una advertencia sutil de que intentaran tener la espalda cubierta. Sin embargo, la máxima atención de Aina estaba en la Mano y en la forma en que leía los pensamientos de los participantes, mientras su rostro mostraba pequeñas expresiones al hacerlo. Pese a su magia, no sería un buen jugador de cartas. Cuando Lady Arcada dejó de hablar, Aina le susurró a James al oído, llena de curiosidad:

—¿En que estabas pensando hace unos segundos? —él la miró sorprendida y la acercó hacia él, para susurrarle en el oído, usando el brazo con el que aún la rodeaba.

—¿En lo buena pareja que hacemos? —le contestó él con una voz sensual, con clara intención de provocarla, y hacerla enfadar. Aina no se dejó llevar por su comentario y mirándole como si fuera un niño pequeño al que has de reprender, insistió.

—James, la Mano puede escuchar pensamientos y creo que estaba muy interesado en los tuyos. —Aina sintió que el cuerpo de él se tensaba levemente.

—Eso es imposible —dijo él con voz tranquila.

—Me lo dijo él mismo —le contestó ella con una mirada severa, un poco enojada de que no la tomara en serio. —¿En qué estabas pensando?

—¿Cuándo has hablado tú con la Mano? —le preguntó él arqueando la ceja. Parecía que ninguno de los dos quisiera dar su brazo a torcer y responder a las preguntas del otro, aunque alguien que los observara podía pensar que no eran más que un par de amantes coqueteando, sin más. Lady Arcada estaría de lo más contenta, si se fijaba en ellos.

—La noche de la Inauguración. —cedió finalmente ella. —Es una larga historia, prometo que te la contaré cuando estemos en un lugar más tranquilo.

—Pensaba en que la Mano quiere que trabajemos en equipo, pero no por gremios. Quiere que los fuertes protejan a los más débiles, que posiblemente sean a su vez los más sensibles para poder localizar las piedras. Al menos a mí personalmente me parece más difícil encontrar una de esas que combatir con una manada de lobos hambrientos. Aunque sospecho que algunos de los gremios más fuertes van a querer trabajar de forma conjunta, y no necesariamente jugando limpio

—dijo él con voz suave sobre su oreja, como si fuera la caricia de un amante tras hacer un gesto afirmativo.

—Estás pensando en la Guardia. —contestó ella haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, por lo que creo que voy a tener que posicionarme contra el resto de los guardias ya desde el principio —dijo él al fin con un suspiro cansado. —Esperaba que esto no pasara hasta el final de los Juegos.

—No tienes por qué hacerlo, puedes ir con ellos. —James se separó un poco de ella y cogiéndola de la mano la guio hacia el exterior de la sala sin contestar inicialmente, quizás por si alguno de los participantes que salían de la sala en esos momentos estaba escuchando su conversación. Salieron con relativa rapidez, evitando a Vladimir y a su séquito. Ya fuera, mientras empezaban a caminar a paso más tranquilo hacia su hostel, James continuó hablando

—No me ha gustado la forma en la que se ha hablado de *entregar* la piedra, no de *encontrarla*. Estoy casi seguro de que Vladimir asegurará uno o dos de los puestos de entrega según el número de participantes que consiga involucrar en su grupo, para quedarse con las piedras que encuentren otros participantes. Ojalá me equivoque y no sea así. Pero no voy a arriesgarme. No debería ser así. La Guardia está creada para proteger al pueblo, especialmente a los débiles —dijo él mientras se paraba a un par de puertas del hostel. —Y está claro que más débil que tú, pocos hay.

Aina le golpeó ligeramente el brazo, mientras hacía una mueca y ponía los ojos en blanco, clamando paciencia a los cielos.

—Aunque no te lo parezca —le dijo Aina haciendo un pequeño puchero. —Se usar el arco y las espadas mínimamente. Además, mi cabeza está sembrada con toda la información que han ido volcando en ella estas últimas semanas sobre estos bosques. Hay otras personas que me preocupan más.

—Lo sé —dijo James con un gesto afirmativo. —Tenemos unas tres horas antes de que empiece el reto. Ponte ropa a ser posible oscura y un calzado cómodo, coge tus armas, aunque espero que no las necesitemos. Valdría la pena llevar también los remedios y plantas que llevabas para los animales durante el viaje. Y una pieza de abrigo cómoda, durante la noche es cuando más posibilidades tendremos de encontrar una de las piedras. Del resto me ocupo yo. Te paso a buscar en un par de horas.

Aina entró en su habitación y preparó una pequeña mochila con algunas de las plantas medicinales. Tenía espacio para poner un buen jersey de lana de color negro ya bastante desgastado. Se colocó el cinturón con sus dos espadas y se cruzó la cuerda del carcaj en el pecho, enlazando en él el arco para que quedara más o menos fijo, a su espalda. Sentía que una excitación desconocida crecía en ella ante el inminente inicio del Reto. Nunca había pasado una noche al raso, en medio del bosque y eso, en vez de miedo, le producía una cierta sensación de emoción y alegría. No temía a los salvajes. Y si bien nunca se había enfrentado a un lobo, o a un oso, saber que James estaría a su lado en caso de que se encontrara en tal situación, le hacía ganar confianza. Con cierta ansiedad, empezó a ojear las páginas del libro del mago, intentando buscar si podía encontrar alguna forma de como contactar con la magia propia dentro de cada hijo de la Diosa. Una forma de poder sentir las piedras. De llegar hasta ellas, de la forma que el mago les había explicado. No fue James el que vino a buscarla. Unos golpes firmes en la puerta, decididos, y claramente nerviosos, la obligaron a parar su lectura. Guardó el libro entre sus cosas en el armario y fue decidida a abrir. Iris la miraba con una sonrisa nerviosa en la cara y los ojos brillantes de emoción.

—Estamos todos abajo —le dijo ella con muestras de excitación. —James nos ha venido a

buscar a Thor y a mí al Gremio, nos ha ofrecido caminar con vosotros. Estamos emocionados. Déjame que lleve yo la mochila.

Aina le sonrió con aprecio, mientras Iris se cargaba la pequeña mochila a la espalda con una sonrisa orgullosa. Iris estaba vestida con ropa oscura, tenía un cinturón con una pequeña dañita y una honda fijada en ella. Bajaron casi corriendo hasta la entrada del hostel, donde Thor y Feren también les esperaban, con una mirada brillante y llena de emociones encontradas.

—Gracias —le dijo Feren cuando Aina llegó, dándole un abrazo fraternal y sonrojándose casi al instante.

—Todo esto es idea de James —dijo Aina con una sonrisa, encogiéndose de hombros mientras miraba a los dos hombres. Feren parecía casi incómodo con la daga que llevaba en el cinturón, como si la sola idea de que quizás tendría que usarla le creara pánico. Thor llevaba a su espalda un martillo que recordaba a los que usaba en la forja, pero que no dejaba de ser un arma contundente, a tener presente, en caso de que fuera necesario.

—¿Sabes usar el arco y las espadas? —le preguntó Thor con gesto analítico.

—Me defendiendo —le contestó ella haciendo una pequeña mueca. —En el Oráculo a veces ayudaba con la caza y he pasado muchas horas viendo entrenar a la guardia. No puedo prometer más que eso.

James tardó apenas unos minutos en reunirse con ellos. Había cambiado su ropa por el color negro y había cubierto su torso y sus antebrazos con una armadura de cuero endurecida teñida en colores oscuros. Llevaba una espada larga en su cinto, como si fuera una prolongación de su propio ser que se adaptaba perfectamente a sus movimientos y a su forma de caminar. Cargaba con una mochila oscura de cuero a su espalda, pero no parecía incomodarle su peso. Con una mirada llena de determinación, el grupo siguió a James por las calles y salieron juntos del castillo, ante la mirada atenta de los guardias que anotaron sus nombres al pasar por las puertas de seguridad. Nadie entraba o salía de la ciudad sin que constara en el registro. O eso pensaban ellos, pensó con sarcasmo Aina. Caminaron entre los campos de cultivo en silencio, hasta llegar a una zona tranquila al inicio del bosque donde James se giró hacia el grupo. Aina pudo sentir a Dexter acercarse, aunque le costó escuchar el sonido de sus pasos. James miró al grupo con determinación. Aina acababa de ser consciente de que era un líder nato. Ante su sorpresa, acababa de darse cuenta de que James, sería un buen Rey.

—Antes de que lleguemos al primer registro y empiece la prueba, hemos de estar seguros de lo que vamos a hacer. Vamos a intentar trabajar como un equipo, y eso significa que cada uno ha de intentar aportar según sus propios conocimientos. Se que no es un gran plan, pero nuestro primer objetivo es la supervivencia de todos y cada uno de nosotros.

—Supongo que, a este simpático plan tuyo, no le irá mal una espada extra. —contestó Dexter mientras se acercaba a ellos, ante la sorprendida mirada de la mayor parte del grupo de qué hubiera aparecido de la nada. Le reconocieron por la voz, por la forma de moverse, porque su piel estaba oculta en una fina capa de color oscuro, que lo volvía prácticamente en una sombra oscura caminando por el bosque. Su ropa oscura se veía flexible, pero resistente, Aina no pudo identificar de que material estaba hecha. Tenía varios cinturones cruzados de forma desordenada y una daga sujeta al muslo izquierdo. De uno de los cinturones colgaba una extraña espada con la punta curva y en otro de ellos Aina pudo ver parcialmente escondidas, las finas puntas redondeadas de algún tipo de dardo.

—Lo cierto es que ya contaba con la tuya —le contestó James con una sonrisa, mientras le tendía la mano de forma amistosa que él estrechó chocando posteriormente sus antebrazos en un

gesto fraternal y James añadió con una sonrisa traviesa. —Pero me ha sido imposible encontrarte, supongo que estabas demasiado entretenido dándote un baño en la mierda esa que llevas encima.

Dexter ignoró el comentario de James y se colocó al otro lado de Aina, mirando con atención su aspecto, armada con sus espadas y el arco, con gesto claramente satisfecho.

—¿Y si encontramos una piedra? —preguntó Thor.

—Cada uno votará quien considera que ha sido más relevante para encontrarla, no pudiendo nadie votarse a sí mismo. —contestó James que estaba esperando esa pregunta. Todos hicieron un gesto afirmativo. James tendió el brazo hacia adelante y Dexter puso su mano sobre la de él. Feren fue el siguiente en poner su mano sobre la de los chicos y luego fueron los herreros, tras mirarse un segundo con una sonrisa emocionada. Aina puso su mano sobre la de ellos, cerrando ese pacto. Habían creado un grupo. Totalmente atípico, pero eso daba igual. Aina nunca había tenido algo así y casi se sentía emocionada con todo aquello, como si estuvieran a punto de vivir una gran aventura.

Dexter los guio por el bosque hasta llegar a uno de los puntos del registro, donde varios participantes esperaban también. Una vez el Gran Sol alcanzó su posición, la música de los Juegos de Honor, cantada por las campanas de todo el pueblo de Do-Urh, vibró en el aire, hasta llegar hasta ellos. Se miraron con incertidumbre, mientras empezaron el camino. Caminaron durante unas tres horas, adentrándose en el perímetro marcado por la Mano. Pararon en un pequeño claro a descansar y James les tendió un par de cantimploras llenas de agua, que llevaba en su mochila. Dexter se alejó de ellos para adentrarse en el bosque y revisar el perímetro, mientras ellos descansaban un poco. No había señales de cansancio en el explorador.

—Quizás sería mejor intentar descansar unas horas y esperar a que anochezca —dijo James sentándose enfrente de ella y de Feren, mientras Iris y Thor estaban sentados un poco más alejados, a su derecha.

—Al menos así tendríamos alguna posibilidad de detectar las piedras —dijo Thor haciendo una mueca. —Así creo que podríamos estar pisándolas y ni nos daríamos cuenta.

—¿Qué se podía esperar de un mago? —dijo Iris con una sonrisa. —Creo que se ha apiadado de nosotros y por eso las ha hecho brillar durante la noche, porque sería un poco patético que en el primer reto nadie presentara una piedra.

—Sería una situación absurda —dijo Feren sonriendo. —Menudo papel.

—¿Ha pasado alguna vez? —le preguntó Iris interesada. —Quiero decir, ¿has leído si en algún reto alguna vez nadie puntuó?

—No que yo sepa —dijo Feren mientras en sus ojos podía verse un destello de concentración, como si buscara la respuesta entre sus recuerdos.

Aina estaba concentrada pensando en las palabras del libro. Se suponía que toda la magia venía de la misma Diosa y estaba conectada de alguna forma. Según el libro, la magia de las piedras tenía que estar conectada a la propia magia que tenían de forma innata los hijos de la Diosa, ya que su origen no era otro que la Fuente, a la que describían como un núcleo de magia en esencia pura que la Diosa había creado para sus hijos. ¿Cómo se sentiría conectarse con esa Fuente? Se suponía que era algo intuitivo que hacían los que poseían el Don, algo que hacían de forma inconsciente desde la infancia, motivo por el que era bastante fácil localizar a los magos, incluso antes de la selección, como pasaba con las Visionarias.

—Feren —dijo ella tras meditar unos minutos. —¿Alguna vez has intentado escribir algo por el mero placer de hacerlo?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó él sorprendido por su pregunta.

—No sé cómo explicarlo —dijo ella mientras se mordía el labio. —Como hice yo el otro día, simplemente dejando que las líneas se sucedan, sin tener especial interés o intención en hacer nada en concreto.

—Supongo que de pequeño —dijo él encogiéndose de hombros. Aina cogió una pequeña rama y se la tendió con una sonrisa. Feren la miró sin acabar de comprender y finalmente la cogió con una sonrisa. —No creo que sea una mala manera de pasar el rato. De acuerdo, vamos a intentar jugar.

Feren cerró los ojos y dejó que su mano empezara a garabatear líneas sobre el suelo, sin ningún tipo de sentido. Aina pudo sentir como a poco empezaba a relajarse, pese a la mirada crítica de James enfrente de ellos y los susurros de los dos herreros. Feren abrió los ojos y la miró con una sonrisa tímida. Su timidez le bloqueaba, podía sentirlo. Cogió el palo de Feren y cerró los ojos, dejando que las sensaciones la envolvieran y empezó a garabatear sobre la tierra. Cuando abrió los ojos, Feren la miraba con curiosidad.

—La noche —dijo Feren mirando las líneas que había trazado y viendo que ella se encogía de hombros, como si no fuera plenamente consciente de lo que aquello significaba, añadió con gesto seguro y mirada penetrante, ganando seguridad en sí mismo, como siempre le sucedía cuando hablaba de runas o escritos antiguos. —Es la runa de la noche y de la oscuridad. Estoy seguro de que tienes una memoria visual magnífica, tienen que ser runas que has visto en el Oráculo. Aunque aún no estoy del todo seguro del significado de la otra que dibujaste.

Aina se encogió de hombros y le sonrió. Realmente, había algo hermoso, casi mágico, cuando dejaba que las líneas se trazaran, como si ansiaran salir y ella solo fuera el canal de aquello. Magia. No perdía nada en intentarlo.

—Feren, intenta pensar en las piedras mágicas esta vez —le dijo ella mientras le volvía a pasar la rama. Feren la cogió y cerró los ojos. Aina pudo sentir como algo en él se abría y su respiración se regularizaba. Feren empezó a trazar líneas lentamente, con timidez, mientras su cabeza empezaba a ladearse un poco, como si estuviera concentrado en algo, pero le costara llegar a definirlo, mientras unas finas arrugas aparecían en su frente. Cuando la mano se quedó finalmente quieta y abrió los ojos, miró sorprendido el dibujo que había en el suelo.

—¿Significa algo? —le preguntó Aina mirando las líneas, solo los escribas conocían el lenguaje de las runas con precisión, ella podía reconocer la runa del Oráculo, la de la Guardia, pero pocas más.

—Es la runa del agua que fluye —le contestó él mirándola sorprendido. —Hace años que no la uso, no sé por qué me ha venido a la cabeza.

Aina miró el dibujo y con gesto afirmativo, casi orgulloso, le sonrió.

—Creo que Feren puede conectar con la magia de las piedras mediante sus runas —dijo ella con una sonrisa traviesa y repitió. —El agua que fluye.

—Un río —dijo Iris inmediatamente y Aina movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Tampoco tenemos ninguna opción más buena —dijo James encogiéndose de hombros mientras Feren parecía de repente tímido por la importancia que estaban dando a un dibujo hecho al azar que recordaba a una runa antigua. —¿Alguien conoce la zona? Porque si hemos de esperar a nuestro explorador, lo tenemos claro...

—Siempre dando las cosas por supuestas —dijo Dexter, apareciendo entre los matorrales mientras bostezaba perezosamente. —¿Un río?

—¿Por qué no? —le contestó con una mirada decidida Aina y Dexter hizo un gesto afirmativo, mostrando una pequeña sonrisa al mirar su determinación. —Hay varios afluentes en esta zona,

pero podemos encontrar el cauce principal a unas tres horas si mantenemos el mismo ritmo. Llegaremos al atardecer, pero aún nos quedaran un par de horas para descansar antes de que sea negra noche.

—Parece un buen plan —dijo Iris con una sonrisa, mientras se ajustaba las cintas de la mochila.

Dexter se movía con facilidad por el bosque y caminaron a buen ritmo, con la ilusión de llegar al río. Al menos ahora se sentían que caminaban con un destino y eso les había devuelto parte de la energía consumida. Caminaban en silencio, escuchando como el viento mecía el follaje de los árboles mientras el ruido de las hojas secas crujía bajo sus pies. Dexter abría el camino mientras James cerraba la comitiva, ambos pendientes no solo del propio camino, sino de todo lo que les rodeaba. Nadie tenía especial interés de encontrar otros participantes. Especialmente al grupo de Vladimir y sus guardias. Dexter se mantenía alerta, Aina podía sentir la tensión en su cuerpo, por cada uno de sus poros, pese a su forma relajada de caminar. James tampoco estaba muy tranquilo, precisamente. Miraba con cautela a su alrededor y su mente estaba atenta a cualquier movimiento o a un ruido que no pudiera justificar. Aina rastreaba la zona con precisión, asegurándose que ningún salvaje fuera tan estúpido como para acercarse al grupo en medio de los juegos. Esperaba que Greg y los suyos hubieran vuelto a casa, allí donde estuviera, dijo pensando en ellos con cierto cariño, sintiendo el peso de la brújula sobre su pecho. Aunque tenía serias dudas al respecto. En ese estado, pasaron las horas y llegaron al margen del río. No era muy profundo, con seguridad podrían pasar hasta el otro lado sin que les cubriera más allá del pecho. El suelo del río y los márgenes estaban repletos de piedras redondeadas parecidas a las que la Mano les había mostrado. Iris no pudo evitar tomar un par de ellas y tirarlas al río después al no sentir ningún tipo de vibración en ellas. Feren no tardó en sentarse en un rincón y beber una buena cantidad de agua. Acostumbrado a estar todo el día delante de una mesa, las horas de caminar le había dejado bastante agotado y no hacía falta ser muy hábil para darse cuenta de ello. Sin embargo, no se había quejado en ningún momento del camino y había intentado adaptarse al paso del resto del grupo y de alguna forma, sus amigos eran conscientes de su esfuerzo.

—Si vamos contra corriente, llegaremos en dos o tres horas a una cascada. Ascender por ella es complicado, especialmente sin luz. Podemos intentar rodearla, pero perderemos una o dos horas al hacerlo. A partir de allí, el camino es bastante más duro, va ascendiendo por la montaña hasta adentrarse en territorio de los plateados y llegar a las cumbres —dijo Dexter señalando la dirección que les acercaría al origen del río y tras esperar unos segundos a que sus compañeros observaran en la distancia las grandes cumbres nevadas, territorio de los plateados, añadía señalando la dirección contraria. —Si lo seguimos a favor de corriente, el camino es bastante bueno hasta llegar a un pequeño lago, pero una vez lleguemos a allí, el agua se pierde por túneles subterráneos. Fin del trayecto. El único problema es que a la noche muchos animales se acercan al lago a beber, y sus depredadores también.

—Quizás lo mejor sería que nos dividiéramos en dos grupos —dijo James tras escuchar a Dexter. —Uno podría llegar hasta el lago y el otro hasta la cascada, no creo que tenga sentido ascender más, una vez llegados a ese punto.

—Deberíamos descansar un par de horas, seguramente la luz de las piedras destacará lo suficiente como para detectarlas cuando empiece a oscurecer —dijo Thor con un gesto afirmativo.

—Si hay alguna piedra en el río —dijo Feren mirando al suelo, tenía miedo de que si no encontraban ninguna piedra, pudieran culparle de alguna manera del fracaso. No quería decepcionarles.

—Al menos no moriremos deshidratados —le contestó Iris dándole un pequeño golpe en el hombro con intención de animarlo mientras una generosa sonrisa se dibujaba en su redondeada cara.

—¿Cómo nos dividimos? —preguntó Thor. James y Dexter se miraron, como estudiándose el uno al otro durante unos segundos. Finalmente, Dexter fue el que habló.

—Yo iré con el grupo de las cascadas y James con el del lago. —tras meditar levemente añadió mirando a James. —Llévate a tu pareja, si hubiera algún animal, un arco puede seros útil.

—Iris, tú y Thor, id con Dexter —dijo James tras unos segundos. —Feren tu vendrás con nosotros. Cada grupo avanzará hasta llegar a su destino o en el mejor de los casos, encontrar la piedra; luego volveremos por el mismo camino, para encontrarnos aquí.

Aina miró el entorno, intentando fijar todos y cada uno de los detalles de él para no pasar de largo cuando volvieran y supo que cuando la oscuridad lo cubriera todo, no sería tan fácil de reconocerlo, después de todo. Dexter parecía leerle los pensamientos, justo antes de que ella hiciera algún comentario al respecto, el explorador intervino.

—Es difícil que nos equivoquemos con el punto de encuentro, de noche todo nos va a parecer igual, incluso las distancias nos pueden parecer más largas —dijo Dexter. —Quizás sería mejor que siguiéramos el camino del río hasta encontrarnos los unos con los otros.

—Perfecto, así sea —dijo James, liberándose del cinto de la espalda y sacándose la mochila mientras se sentaba en el suelo junto a Feren. Los herreros se sentaron junto a ellos con aspecto cansado. Dexter miró a Aina y le tendió una mano, que ella tomó, alejándose del resto del grupo. Aina supo que los herreros los miraban con el ceño fruncido, pero no hicieron ningún comentario, algo que agradeció. James parecía ignorar el hecho de que ambos se alejaran de allí juntos, y su estado de humor era igual de bueno que siempre, así que, si para él aquello no era un problema, para ellos tampoco. Aina no tenía claro si era buena idea buscar, justo en ese momento, la compañía de Dexter, pero algo en su mirada tranquila y serena hizo que le fuera imposible negarse. Caminaron de la mano en silencio unos escasos minutos, hasta llegar a un pequeño claro, algo más elevado, que daba sobre el río. Desde allí, podían ver sin dificultad a sus compañeros, pero estaban bastante resguardados por los árboles que había a su alrededor. Se sentaron allí, con la espalda sobre un árbol, en silencio. Poco a poco el cielo azul empezó a tomar tonalidades violetas, las nubes empezaron a convertirse en esponjas de algodón rosado y los colores del bosque empezaron a apagarse poco a poco. En algún momento, Dexter le pasó el brazo alrededor de los hombros y Aina apoyó su cabeza sobre su pecho. Se quedaron así, ligeramente abrazados, compartiendo la belleza de la puesta del Gran Sol. Dexter se levantó y le tendió la mano. Aina la cogió y con una sonrisa pícaro, Dexter la estiró con fuerza, para que ella se levantara y quedara aprisionada contra su cuerpo. La mirada de Aina era más divertida que no enfadada, así que, con delicadeza, sin dejar de mirarla, la besó con suavidad. Se separó de ella con la misma suavidad, con expresión tierna.

—Ten cuidado —le dijo en un susurro, a la oreja, tras aspirar su olor y sentirse reconfortado con su proximidad. —¿James sabe que sueles escaparte de noche?

—No exactamente —le dijo ella haciendo una pequeña mueca, y Dexter sonrió, como si él compartiera ese pequeño secreto, fuera importante para él.

—El camino es fácil, pero estate alerta —le dijo él mirándole a los ojos, había preocupación en ellos, pero también respeto. Aina le sonrió. Dexter sabía que ella podía moverse en la oscuridad sin dificultad y de alguna manera, no tenía reparos en valorar cómo había podido detectar la presencia de los hombres salvajes sobre los terrados. Sabía que ella podía volver a

hacer una hazaña similar si era necesario. Aina sabía que tenía que ser invisible. Nadie debía saber que ella no era tan inútil como la describieron en el templo cuando el Consejo reclamó su presencia a los quince años. Pero estaba tranquila. Sabía que podía confiar en Dexter. Llegaron junto al resto, cuando empezaban a levantar el improvisado campamento. Se separaron y empezaron a caminar en direcciones contrarias, buscando cualquier tipo de reflejo en las aguas del río o en sus márgenes. Feren caminaba con dificultad en la oscuridad de la noche. James y Dexter habían decidido evitar el uso de las antorchas excepto que fuera imprescindible, podía ayudarles a repeler animales, pero podía ser una forma para que otros participantes, o incluso salvajes, los localizaran con facilidad. Esa oscuridad en la que Aina se encontraba relajada, casi en paz consigo misma, era un tormento para Feren, que caminaba con inseguridad paso tras paso. Cuando la oscuridad había alcanzado ya su máximo esplendor, Aina acudió a su lado y cogiéndole de la mano, empezó a guiarle. Feren se sonrojó al verse ayudado por una mujer, pero no le había pasado desapercibido como Aina se movía con comodidad pese a la oscuridad, y aceptó que le guiara, agradecido, mientras James abría la marcha y observaba su entorno con recelo. Poco a poco Feren ganó seguridad caminando con la compañía de Aina y empezaron a recuperar un buen ritmo. De forma intuitiva, Aina localizaba los pasos más sencillos, evitando las piedras y los pequeños desniveles que se cruzaban a su paso. No podía evitar sentir la incomodidad de James y de Feren, siguiendo el curso del río, en plena noche. Bueno, eso era lo normal en su raza, al fin y al cabo. Nadie esperaba que los hijos de Aurum caminaran en la oscuridad de la noche, sin el amparo de la luz del Gran Sol y el poder que de él podían extraer sus hijos. Aina no sabía exactamente cómo funcionaba, pero de alguna manera todos ellos eran capaces de extraer poder del Gran Sol, como si fuera la mismísima Fuente de la Magia, lo que hacía que se volvieran más veloces, fuertes y poderosos ante su protección. Los guerreros se cansaban menos, los eruditos se iluminaban con facilidad y los artistas encontraban la inspiración en la misma luz. Sin embargo de noche su fuente de poder desaparecía y tanto sus cuerpos como sus mentes se volvían más débiles. El reflejo de luz que James había creado tras el supuesto secuestro había sido una muestra clara de que el poder de James era fuerte, pero parte de ese poder se desvanecía durante la noche y debía de sentirse más vulnerable. No pudo evitar pensar en Dexter, una vez más, corriendo junto a ella por los tejados en medio de la noche, envueltos en una persecución frenética al sentir que corrían peligro y la facilidad con la que se movía. Jamás habría pensado que era un hijo de Aurum, viéndolo correr y saltar en plena oscuridad con la seguridad de alguien acostumbrado a moverse en aquellas condiciones. Dexter no había querido entrar en detalles, pero sabía que a los exploradores se les entrenaba de alguna forma a ser capaces de hacer aquello, exponiéndolos a la noche desde niños. Habían caminado poco más de tres horas cuando Aina pudo sentir un suave destello de luz a lo lejos. Entornó los párpados y miró con atención mientras paso a paso se acercaban a él. No había duda, era una de las piedras de la Mano. Sonrió en silencio y continuó caminando, esperando con ilusión a que James o Feren dieran con ella. Pocos minutos después, James se paró en seco y señaló en dirección a la piedra con una sonrisa. Pese al cansancio, los tres llegaron hasta el margen del río llenos de una nueva energía. James se sacó las botas y la camisa, dejando las armas a Feren, mientras entraba en la fría agua del río y llegaba hasta la piedra, enterrada bajo sus aguas. La cogió sin miedo y sintió el calor que desprendía y una suave pero hermosa vibración se hizo evidente al sostenerla. Se acercó a tierra y se la tendió a Feren para que la tomara, y éste la cogió con un respeto casi reverencial. Tras unos segundos observándola con fascinación, Feren se la tendió a Aina que la tomó con curiosidad. La magia latía dentro de ella.

—Guárdala tú —le dijo James a Feren mientras acababa de vestirse, y viendo que Feren no parecía muy conforme con la idea, añadió. —Si nos encontramos con alguien que quisiera robarla, es más fácil que yo los afronte y vosotros intentéis escapar.

Feren guardó la piedra en un bolsillo interno de su camisa, debajo del chaleco de cuero que le protegía el pecho y la sutil luz desapareció por completo. De nuevo a oscuras, empezaron a deshacer el camino que habían recorrido, pero Feren caminaba más animado, como si la responsabilidad de llevar la piedra le hubiera dado una energía extra que ni siquiera él era consciente de poseer.

Iris, Thor y Dexter no tuvieron tanta suerte, inicialmente. Caminaron durante horas ascendiendo entre piedras, con dificultad. Dexter les ayudó en los tramos más difíciles, cuando pequeñas paredes se interponían entre ellos y el curso del río. Iris y Thor le siguieron con la máxima dignidad posible, pese a las dificultades que les suponía seguir un camino de esas características, sin luz. Su trabajo requería fuerza, pero no estaban acostumbrados a esfuerzos como aquel. Sin embargo, pese al esfuerzo, no encontraron más recompensa que el rugido severo del agua al caer por la pared de piedra formando una preciosa cascada. Se sentaron a descansar y refrescarse, desanimados. Iris y Thor se sacaron las botas y se empezaron a masajear los cansados pies mientras Dexter miraba fascinado la cascada y empezaba a saltar entre algunas piedras que sobresalían del río, para acceder a la otra ladera del río, sin mojarse apenas. Cuando volvió junto a ellos, que estaban calzándose ya las botas para volver a empezar a caminar, les sonrió con aspecto fresco y alegre.

—¿No te cansas nunca? —le preguntó Thor con un punto de agotamiento en la voz.

—A veces —le dijo él inclinando la cabeza y encogiéndose de hombros. —Supongo que tiene que ver con mi entrenamiento, como todo. Pero me alegro de que hayamos llegado hasta aquí.

—¿Por qué? —le preguntó Iris.

—La noche, la cascada iluminada por miles de estrellas —les dijo él con una sonrisa. —Es un paisaje precioso, ¿no creéis?

—Más bien escalofriante —le contestó Thor mientras Iris se abrazaba a sí misma, como si le asustara estar allí en medio de la oscuridad.

—Mira hacia allí —le dijo Dexter con sonrisa pícara, señalando hacia la cascada. —Mirad atentamente, quizás entonces encontraréis el paisaje mucho más interesante.

Iris y Thor miraron hacia la cascada, sin demasiado interés. Nada parecía llamarles la atención pero la insistencia de Dexter les obligó a mirar hacia allí de forma insistente hasta que Iris aspiró aire y señaló con el dedo un punto en el acantilado. Thor tardó unos segundos en ver un suave resplandor detrás de la cascada. Oculto en medio de la nada, a mitad del ascenso de la gran pared que se levantaba delante de ellos y que creaba miles de pequeños saltos de agua blanquecinos que con la escasa luz de la noche apenas podían apreciarse. O apreciar lo que ocultaban.

—¿Es una piedra? —dijo Thor con la respiración cortada por la emoción, aunque después añadió con la voz teñida de tristeza. —Es imposible que lleguemos hasta ella a oscuras. Quizás mañana con luz, a primera hora.

—Alguien debería deshacer el camino para ir a buscar a los otros y decirles lo que hemos encontrado. Mañana nos dará tiempo de intentar subir hasta allí y llevarla al registro —dijo Iris ilusionada, con la mirada brillante.

—La verdad es que a mí no me apetece mucho quedarme aquí hasta mañana —les dijo Dexter con una sonrisa y tras darle una palmada amistosa a Iris en el hombro, añadió. —Descansad un rato. Si aparece alguien no me delatéis, pero hacedme saber que no estamos solos. Con el ruido

del agua estaré parcialmente aislado del resto del mundo.

Dexter se acercó hacia el pie de la cascada y la observó durante unos largos segundos, mirando como el agua caía y valorando que zonas estarían menos humedecidas. Tendría que ascender un buen tramo y una caída a esa altura, podría ser mortal. De uno de los cinturones, sacó unos pequeños guantes de piel de foca que dejaban al descubierto las yemas de sus dedos y le ayudarían a evitar que resbalara en ese tipo de superficie. Empezó a ascender con seguridad por la pared, escalando con habilidad. Iris y Thor le observaban desde abajo, con fascinación. Dexter no cedió ante el frío que quemaba la punta de sus dedos, mientras ascendía por las rocas, ignorando la fatiga que sufrían sus brazos y sus piernas o la ropa empapada que se adhería a su cuerpo limitándole parte de la movilidad.

Tardó más de una hora en alcanzar la piedra, pero su calor le reconfortó al tomarla. La guardó con cuidado en uno de sus cinturones y empezó a descender lentamente. Dos veces el pie le resbaló, quedando sujeto de forma peligrosa únicamente por sus manos, pero encontrando el equilibrio adecuado en el momento justo para retomar el descenso de forma segura. Una vez abajo, sacó la piedra y se la mostró a los dos herreros, cuyo rostro, iluminado por la suave luz de la piedra, mostraba los destellos dorados de la luz sobre su piel.

—Podrías haberte matado —le dijo Iris mientras sujetaba la piedra con adoración. —No puedo entender cómo has podido llegar hasta ella. La Diosa tiene que estar sonriéndote.

—Lo más posible es que ahora esté durmiendo —le dijo Dexter con una sonrisa alegre. —Guárdala mejor tú, sería irónico que la perdiera en el camino de vuelta saltando o haciendo el loco en algún descenso.

—¿Por hacer el loco te refieres a escalar un acantilado mojado en medio de la noche? —le preguntó Thor con sarcasmo.

—Algo así —le contestó Dexter encogiéndose de hombros. —Vamos a buscar al resto y darles la buena noticia.

Se encontraron más tarde y asombrados, se mostraron los uno a los otros sus respectivos premios. James elogió sorprendido el temerario ascenso de Dexter por la pared de piedra, pero Dexter no parecía demasiado interesado en que reconocieran su audacia. Iris y Feren guardaron con cuidado las dos piedras, evitando que cualquier destello de su luz pudiera advertir de su presencia a otros candidatos. El cansancio cubría sus rostros, pero había una emoción contenida de felicidad, que era más fuerte incluso que éste.

—Esto es más de lo que jamás imaginé —dijo James con un pequeño gesto admirativo, mirando a nadie en concreto. —Creo que valdría la pena descansar hasta que amanezca, podemos hacer dos turnos de guardia para asegurar que no tengamos ninguna sorpresa nocturna.

—Un trozo más arriba siguiendo el curso del río, hay una zona recogida a pie de montaña —dijo Dexter frunciendo el ceño. —Media hora más o menos, pero nos permitiría poder acampar con la espalda a cubierto.

—Es perfecto —dijo James mirando al resto, que hicieron un gesto afirmativo.

—¿Quién entregará las piedras? —preguntó Iris mientras se acomodaba la mochila de nuevo a su espalda. Su cara estaba llena de marcas de barro, pero en la oscuridad nadie, excepto Aina, parecía ser capaz de notarlo.

—Creo que una la debería entregar Feren —dijo Aina y todos la miraron. —Él nos ha guiado hasta el río y está haciendo un esfuerzo inhumano para seguir el ritmo que estamos marcándole.

Feren se sonrojó completamente, alegrándose de que la oscuridad ocultara su vergüenza, al

menos para la mayoría, pensó Aina mirándole con afecto. El resto del grupo estuvo de acuerdo y aprobaron su propuesta con un gesto afirmativo. Thor le dio un par de palmadas a Feren en el hombro, con cariño y orgullo. Ambos habían sido amigos desde la infancia y pese a ser de gremios muy dispares, tenían mucho más en común de lo que mucha gente podría pensar.

—La segunda piedra creo que la debería entregar Dexter —dijo Thor después. —Lo que ha hecho para llegar hasta ella era muy peligroso, y se la ha ganado a pulso.

—Yo creo que debería entregarla James —dijo Dexter antes de que el resto pudieran aceptar su propuesta. —Él es el que nos ha unido como grupo y sin eso, no habiéramos encontrado ninguna piedra. Conseguir que trabajemos como equipo, teniendo en cuenta nuestras diferencias, que evidentemente, son muchas, creo que se merece ese reconocimiento.

—Pero no he arriesgado mi cuello al hacerlo —le dijo James quitando importancia a las palabras de Dexter. —La piedra es tuya.

—Dexter, te la has ganado —dijo Iris con voz neutra. —Aunque si habiéramos encontrado una tercera piedra, estaría feliz porque la entregaras tú, James. Lo que dice Dexter también es verdad.

—Aún quedan muchas horas por delante —dijo Aina sonando claramente optimista. —Puede ser que encontremos una tercera piedra en el camino de vuelta.

—Quizás deberíamos seguir buscando antes de que salga el sol —dijo Feren que, pese al agotamiento, estaba dispuesto a intentar seguir adelante para que James consiguiera su merecido premio. —Las posibilidades de encontrar una piedra con luz, son muy bajas.

—No —dijo James de forma autoritaria. —Necesitamos descansar y hay varias horas de camino hasta un punto de entrega. No hemos de olvidar que hay otros participantes que pueden querer nuestras piedras, por no hablar de animales salvajes y otros peligros. Es mejor que descansemos un poco, aunque sean tan solo unas horas. Hemos conseguido mucho, no creo que sea buena idea en convertirnos a estas alturas en avariciosos.

Nadie discutió a James. Caminaron en silencio siguiendo a Dexter hasta un lugar recogido en el que había una pequeña cueva, donde montaron su campamento. James sacó una manta de su mochila y la extendió en el suelo, donde se apretujaron unos contra otros, quedando sumidos en un reparador sueño casi de inmediato mientras Dexter y Aina hacían el primer turno de guardia. Aina se sentó junto a Dexter a la entrada, observando en silencio la oscuridad que les envolvía. Aquí, en medio del bosque, no existía como tal el silencio. El ruido de las hojas mecidas por el viento, los sonidos de las aves nocturnas y el aullido de algún lobo en la distancia los acompañaba. Se quedaron allí quietos, uno junto al otro, en completo silencio. Tras unos minutos, Dexter le pasó el brazo por encima de los hombros y la empujó suavemente contra él, haciendo que Aina recostara su cabeza contra su pecho.

—Duerme un poco —le dijo dándole un suave beso en la frente. —Me bastan dos ojos, si hay cualquier cosa te avisaré.

Aina pensó en negarse, también era su obligación prestar guardia, pero sabía que Dexter no era un dorado cualquiera. Quizás sería mejor que descansara un poco y que se quedara a hacer la guardia con James, cuyos ojos no estaban tan habituados a la oscuridad. Así Thor podría dormir un poco más de tiempo. Cerró los ojos y se durmió al poco rato, parcialmente estirada, hecha un ovillo, con la cabeza reposando sobre la pierna de Dexter. Dexter sonrió ante lo frágil que se veía de repente contra su cuerpo, y sin poder evitar, empezó a acariciar suavemente su pelo mientras miraba al infinito revisando cualquier señal de alarma. No podía evitar pensar en que su calor y su respiración pausada, era la mejor compañía que había tenido en toda la vida mientras hacía una guardia. Aina despertó con los primeros rayos del Gran Sol sobre su piel. Sintió el calor de

Dexter a su alrededor, su olor y su cuerpo junto a ella, mientras los labios de él se posaban perezosamente sobre su frente en un suave beso de buenos días.

—Buenos días perezosa —le dijo él con una voz tierna, casi con un susurro mientras Aina se separaba de él y empezaba a desperezarse poco a poco.

—James tenía que relevarte, ¿te has dormido o has pasado la noche totalmente en vela? —le preguntó ella con sorpresa.

—Mujer de poca fe —le contestó él con una sonrisa, mientras la luz del Gran Sol empezaba a bañar su piel y Dexter parecía gozoso al sentir ese contacto. —James no hubiera estado al cien por cien durmiendo solo un par de horas y nos queda una mañana bastante larga aún. Estoy acostumbrado a pasar dos o tres días sin pegar ojo cuando rastreo algo, descansaré cuando acabe la prueba.

Aina no le discutió sus argumentos, pero James estaba bastante enfadado de no haber hecho su parte de la guardia durante la noche por la tozudez de Dexter, aunque éste parecía ignorar sus comentarios o sus amenazas, como de costumbre. Compartieron unas cortezas saladas y agua fresca, con un aspecto mucho más descansado. Aina era consciente de que realmente, necesitaban descansar después de pasar todas aquellas horas caminando. Al acabar de desayunar, Aina le tendió con una sonrisa un palo a Feren, que lo miró dubitativo. Todos le animaron a repetir la experiencia con la escritura abstracta y finalmente, algo sonrojado, tomó la rama y cerró los ojos. Garabateó en el aire varias líneas, intentando concentrarse en las piedras hasta que dejó que la punta del palo se posara sobre la tierra y empezó a hacer líneas al azar, intentando relajarse y dejando que el palo se moviera libremente, sin pensar en los propios trazos propiamente. Tras unos movimientos dubitativos, la punta se quedó quieta y Feren levantó la rama, mirando al suelo con incertidumbre.

—Es una runa compleja —dijo Feren, sorprendido, mientras con el dedo reseguía las líneas en el aire, intentando desglosarla. —Esto de aquí representa el color rojo y esto creo que es algo así como un gran espacio abierto, un campo quizás.

—Los campos están fuera del área que marcaron —dijo Iris recordando el mapa que les habían dejado mirar antes de empezar con el reto.

—Tiene que estar dentro del bosque, en el perímetro de la Mano —dijo James.

—Rojo —dijo Thor —¿Que hay rojo en el bosque?

—Espero que no signifique sangre —dijo Iris poniendo una mueca de disgusto.

—¿Fuego? —dijo James haciendo una mueca.

—El fuego tiene una runa propia —dijo Feren.

—No hay señales de fuego en el bosque —dijo Dexter tras mirar hacia el cielo de forma instintiva.

—¿Flores? —dijo Aina mordiéndose el labio inferior.

—¡Flores! —dijo Thor —¡Es época de amapolas y pocas cosas son tan rojas como ellas!

—Son flores salvajes, es posible que podamos encontrar un prado lleno de ellas —dijo James con gesto afirmativo. —Tenemos que intentar buscar un punto lo suficientemente alto para ver si podemos localizar algo así.

—Y si está cerca —dijo Iris con un suspiro mientras se mordía el labio inferior, pese a las horas de sueño, empezaba a sentir pequeños calambres en las piernas.

—Voy a ver si veo algo —dijo Dexter con expresión tranquila. —Recoged las cosas y preparaos, os vengo a buscar de aquí un rato.

—Ya voy yo —dijo James que se sentía culpable de haber dormido toda la noche, mientras

Dexter hacía la guardia completa.

—No, quédate aquí y protege al grupo, como un buen guardia que eres, y déjame a mí lo de rastrear que, al fin y al cabo, es lo mío —le contestó él poniendo su mano sobre el hombro de James de forma fraternal, hasta que James con un pequeño gesto con la cabeza, daba su consentimiento —No salgáis de la cueva, ahora es cuando los buitres estarán buscando presas.

La sutil advertencia de que podía haber otros participantes de gremios fuertes esperando para robar las piedras que otros hubieran podido conseguir durante la noche, era clara. Se miraron con gesto preocupado, pero James los miró inspirando ánimos. Si alguien los encontraba, James no se lo pondría fácil. Aunque estaba claro que no podría hacer frente a un grupo de cuatro o cinco guardias, esperaban tener la suficiente suerte como para no encontrarse precisamente con ellos. Dexter tardó poco más de una hora en volver. Todos empezaban a estar ansiosos y le rodearon animados, esperando las noticias del explorador que, pese a no haber dormido, parecía bastante descansado. O al menos, no mucho peor que ellos.

—¿Qué queréis, la buena o la mala noticia? —les preguntó él con una sonrisa mientras aceptaba un trago de agua que James le ofrecía.

—La mala primero. —contestó Thor con un suspiro exageradamente grande.

—Bueno, las malas noticias... —empezó Dexter, pero Iris le interrumpió.

—Habías dicho *la* mala, no *las* malas.

—Bueno, era para no desanimaros antes de tiempo —le contestó él con una sonrisa torcida, encogiéndose de hombros antes de continuar. —*Las* malas noticias son en primer lugar que la mayor parte de los participantes del gremio de la Guardia se han dividido en dos grupos que están sospechosamente cerca de los dos puestos de entrega más cercanos. No creo que tengan intención de dejar pasar a nadie sin registrarlos primero. En segundo lugar, varios grupos de tres o cuatro cazadores están haciendo una redada por el bosque, en dirección hacia los puestos de entrega, buscando participantes.

—Hay dos puestos bloqueados por la Guardia y tenemos a los cazadores detrás intentando localizar participantes antes de que lleguen a los puntos de entrega —dijo James para asegurarse de que hubiera entendido correctamente las palabras de Dexter, que hizo un gesto afirmativo y James añadió con una sonrisa. —Somos el queso del bocadillo, podría decirse.

—¿Y la buena noticia? —le preguntó Feren, que parecía desinflado con la información que Dexter les traía.

—Que he encontrado lo que podría ser un campo de amapolas hacia el norte —les dijo con una sonrisa, mientras se ponía de cuclillas en el suelo y tras coger una rama, empezaba a dibujar en el suelo. —Esto sería el cauce del río, aquí estaría el lago y la cascada de esta noche. Nosotros estamos más o menos a esta altura. Los puestos de entrega que están vigilados son estos dos de aquí, pero afortunadamente no son suficientes guardas como para cubrir también el tercer puesto de entrega, que está más o menos, por aquí. No por casualidad es el más alejado de todos.

—¿Cuánto podemos tardar en llegar hasta allí? —preguntó James señalando el tercer puesto de entrega, que no estaba vigilado por sus compañeros.

—Unas cuatro horas, al ritmo de ayer —le contestó Dexter tras pensarlo unos segundos.

—¿Y dónde está el campo de amapolas? —preguntó Iris con interés.

—A esta altura —dijo Dexter marcando hacia el norte un área algo más alejada. —Queda más al norte del puesto libre, a unas seis o siete horas según como sea el ascenso en esta zona más montañosa, pero al menos de allí al puesto de entrega en un par de horas podríamos llegar, creo.

—Quedan unas seis horas para que el Gran Sol esté en lo alto —dijo Aina mirando como el

Gran Sol empezaba a ascender perezoso por el horizonte, acompañado del Sol de Plata y los Tres Astros. —No tenemos tiempo de llegar hasta allí, buscar la piedra a plena luz del día y llegar a tiempo al puesto de entrega.

—Y no olvidemos que los cazadores están avanzando en dirección a la zona de entrega y estoy casi seguro de que ellos sí que cubrirán la zona del norte, son un buen número de participantes —dijo Dexter marcando varias zonas del mapa, recordándoles que el problema del tiempo no era, ni de lejos, el único de sus problemas.

—Podrías haber dicho directamente que todo eran malas noticias —dijo Iris haciendo una mueca.

—Podría —le contestó él, sin perder un punto de humor en su tono de voz. —Pero creo que podemos hacerlo.

—¿Conseguir la piedra, pasar a través de los cazadores y llegar a tiempo para las entregas? —preguntó James con una sonrisa amplia, lleno de ilusión ante el que seguro, sería un plan absolutamente disparatado. Y, sin embargo, parecía ansioso de escucharlo. Habían compartido ya muchas vivencias, a lo largo de las últimas semanas, como para no tomárselo en serio.

—Si para cuando lleguemos no hay nadie protegiendo este lugar de entrega, al paso de ayer tendríamos tiempo de sobra para entregar las dos piedras que tenemos sin mayor dificultad. —empezó Dexter —Pero no hace falta que vayamos seis personas a entregar dos piedras, especialmente si queremos conseguir una tercera.

—¿Qué has pensado? —le preguntó Thor mientras todos contemplaban el mapa dibujado en el suelo.

—De acuerdo. —empezó Dexter trazando una línea sobre el suelo. —Tenemos que intentar acelerar el paso todo lo posible, hasta llegar a este punto de aquí. Una vez en esta zona, nos dividiremos en dos grupos. Feren y James irán directamente hasta el punto de entrega con las dos piedras que tenemos. Los cazadores no habrán llegado a esta área si nos marcamos un buen ritmo, por lo que la entrega tendría que ser tranquila. Si hubiera algún pequeño grupo vigilando el puesto, James puede disuadirlos gentilmente, o al menos entretenerlos mientras Feren asegura una entrega.

—Quedamos que la segunda piedra era tuya —dijo James levantando una ceja, dispuesto a volver a empezar con la discusión si era necesario.

—Bueno, tengo intención de encontrar la tercera piedra, así que seguimos en el mismo punto de la discusión de ayer —dijo Dexter mientras se giraba hacia Iris y Thor. —Aunque para ello necesitaré de vuestra ayuda.

—¿Nuestra ayuda? —preguntó Iris sorprendida.

—James y Feren irán desde aquí al punto de entrega, pero el resto nos adentraremos por aquí hacia el bosque.

—¿No venían por aquí los cazadores? —preguntó Thor —Aunque si los encontramos ya no hay un peligro real porque no tendremos nada de valor.

—Cierto —dijo Dexter. —Pero si nos cruzamos con ellos hay la posibilidad de que nos sigan o incluso que esperen nuestra vuelta, no creo que les parezca habitual que nos alejemos de los puntos de entrega en vez de intentar acceder a ellos, a esta altura del reto.

—¿Entonces? —le preguntó Iris sin acabar de comprender.

—Mi idea era acercarnos a ellos y usaros de cebo, para que os sigan en dirección sur de manera que Aina y yo tengamos vía libre hasta el prado de las amapolas, tanto de ida como de vuelta.

—Es difícil que podáis esconderos de los cazadores —dijo James.

—Difícil sí, pero no imposible. —repuso Dexter. —No creo que nos crucemos con una patrulla demasiado grande, tres o cuatro miembros a lo más. Yo estoy dispuesto a intentarlo.

—No tendréis tiempo —dijo Thor. —Es imposible.

—Nada es imposible —le dijo Dexter con voz solemne —Somos nosotros los que nos marcamos nuestras propias limitaciones. Entretén a los cazadores y entregaremos la tercera piedra antes de que suenen las campanas.

—¿A qué estamos esperando? —dijo Thor con una amplia sonrisa mientras se ponía de pie y le tendía la mano, que Dexter no dudó en estrechar con firmeza mientras el herrero le ayudaba a levantarse del suelo sin demasiada dificultad.

—Más te vale conseguirla —le dijo James con una mirada alegre. —Si no, no escucharé ninguno de tus alocados planes, nunca más.

—Amenaza recibida —le dijo Dexter con gesto solemne y un gesto afirmativo.

Caminaron a buen paso, guiados por Dexter a través del bosque. Era un ritmo exigente y el terreno se volvía por momentos más difícil. El camino de tierra se alternaba con grandes piedras romas, mientras se acercaban al nacimiento de las montañas. Nadie se quejó del ritmo que se les exigía y cada uno, a su manera, encontraba la fuerza necesaria para seguir paso tras paso. Cuando llevaban poco más de dos horas caminando, Dexter les hizo parar a descansar, mientras él desaparecía de nuevo. Aina sabía que estaba trepando por un viejo árbol a poca distancia de allí y contemplando desde la copa el lugar en el que se encontraban en esos momentos. No tardó en regresar junto a ellos con aspecto tranquilo.

—Hora de separarse, siguiendo esta dirección encontraréis el puesto en un par de horas largas —dijo con tranquilidad. Le enseñó a James la dirección que debía de tomar y le explicó como localizar la hoguera del puesto, aconsejándole avanzar a través del limbo del bosque y no exponerse hasta estar lo más cerca posible del lugar de entrega si disponían de tiempo suficiente. Se abrazaron y cada grupo siguió su camino en direcciones diferentes. Ajenos a los avances de James y Feren, deseando que todo les fuera bien, los cuatro chicos restantes siguieron a un paso exigente el camino hacia el claro. No había pasado demasiado tiempo, cuando Dexter les hizo quedarse quietos, en silencio. Aina dejó que su fino oído barriera su entorno y pudo escuchar las pisadas amortiguadas de tres personas. Por la forma en que caminaban, apenas pisando el suelo, supo que se trataba de los cazadores. Era curioso como repartían el peso de forma diferente a como lo hacían los salvajes, consiguiendo ambos unas pisadas prácticamente indetectables. Dexter los había localizado también y con una sonrisa alegre en la cara, les señaló a Iris y a Thor el camino que tenían que seguir hacia el sur, para alejar a los cazadores todo lo posible de la ruta, sin mediar palabra. Thor empezó a hablar con Iris sobre la suerte que habían tenido de encontrar una de las piedras mientras empezaban a caminar en la dirección que Dexter les había señalado. Iris le siguió el juego y Aina sonrió al escucharla, mientras se alejaban de ellos. Eran un buen cebo, después de todo. Podía sentir como la respiración de los dos herreros se aceleraba ligeramente a medida que aceleraban el ritmo, intentando que los cazadores tuvieran que esforzarse un poco para llegar hasta ellos. Nadie dudaba que al final los alcanzarían, lo importante era alejarlos de esa zona y dar tiempo a Dexter y Aina. Nada más.

—Súbete a mi espalda —le dijo Dexter a Aina en voz baja al acercarse a un viejo árbol con un grueso tronco. Aina tuvo una sensación de dejá vu al escuchar su orden. ¿Sobre la espalda de cuantos hombres se suponía que tenía que acabar alzada?

—Puedo subir sola —le contestó con orgullo en un susurro.

—Lo sé —le dijo él con una sonrisa tierna, hablándole justo sobre la oreja. —¿Pero podrás hacerlo en completo silencio? Están bastante cerca y si nos descubren ahora, se acabó.

—Puedo —le contestó ella mirándole desafiante y tras cerrar los ojos durante unos segundos, empezó a trepar a gran velocidad. Dexter la miró durante unos segundos y tras contener una fugaz carcajada, empezó a trepar detrás de ella hasta llegar a la parte más alta del árbol.

Se quedaron allí, en silencio, protegidos por las ramas bajas de la visión de los cazadores hasta que la expedición pasó debajo de ellos, siguiendo el rastro de Iris y Thor. No había duda de que habían picado el anzuelo. Esperaron unos cuantos minutos y después bajaron sin demasiada dificultad. Una vez en el suelo, Dexter empezó a correr seguido por Aina, sin preguntarle siquiera. La sensación de correr en medio del bosque era agradable. Las ramas de los árboles les golpeaban de tanto en tanto un brazo o una pierna, pero el ritmo era cada vez más intenso, perdidos sus latidos entre sus pasos. Llegaron hasta el nacimiento de la montaña y empezaron a ascender por ella entre rocas y matorrales bajos, exponiéndose a la luz directa del Gran Sol. Llegaron al prado de amapolas poco tiempo después y Aina no pudo evitar que su belleza calara dentro de ella, mientras se sentaba en el suelo, cansada del ascenso, para descansar unos minutos. Dexter le tendió una pequeña cantimplora con agua, mientras miraba la gran extensión del campo de amapolas, frente a ellos.

—Tenemos unas dos horas para encontrar la piedra y llegar al puesto de entrega —le dijo Dexter mientras se sentaba junto a ella y observaba como respiraba agitadamente. —¿Podrás aguantar el mismo ritmo que hemos seguido hasta aquí a la vuelta? Al menos ya será todo cuesta abajo.

—Creo que sí —dijo Aina que sentía su corazón palpar deprisa, pero sus piernas parecían responder bastante bien aún, aunque el cansancio empezaba a hacer mella en ella.

—Cuanto más rápido la encontremos, más tiempo tendremos para volver —dijo él mirando con recelo el prado y ella siguió su mirada.

—Es hermoso —dijo Aina contemplándolo.

—En estos momentos me gustaría tener una hoz o una guadaña para pelarlo de arriba a abajo —dijo Dexter con sarcasmo. —Aunque supongo que en otras circunstancias sí que podría considerarlo hermoso, especialmente si tú y yo estuviéramos rodando el uno sobre el otro, sobre él.

Aina lo miró con gesto severo, sin poder evitar que una pequeña sonrisa se le escapara por la comisura de los labios mientras ponía los ojos en blanco. Dexter se encogió de hombros y se levantó del suelo. Empezó a mover las flores, registrando el suelo bajo ellas. Las dos piedras que habían localizado eran del tamaño de un puño, con forma ovalada y de un color gris pálido. Si había una piedra allí con un aspecto parecido, la encontrarían. Si además vibraba al tacto, tendrían la confirmación de haber encontrado lo que buscaban. Aina lo observó con una sonrisa. Pese al camino y no haber dormido, se movía sin mostrar signos de fatiga. Se veía hermosa la forma en que el Gran Sol resplandecía sobre su piel, que empezaba a asomar entre restos de carbón, tras su improvisada ducha en las cascadas. Sintió como el viento lo rodeaba, como la piel de sus manos movía con suavidad las flores y se extrañó en la suavidad y fuerza que combinaba.

—Si ayudas un poco, quizás la encontremos antes de mañana —le dijo él sin alzar demasiado la voz, pero mirándola con gesto severo, como si quisiera regañarla un poco antes de que una sonrisa pícara asomara en su cara cuando añadió —¿O acaso estás pensando en un cambio de planes y optar por revolcarte por aquí conmigo un ratito? Porque si así es el caso, puedo adaptarme a los cambios, ¿sabes?

—Es imposible que la encontremos buscándola así —le dijo Aina haciendo oídos sordos a su provocación, sabía que lo único que quería era hacerla enfadar un poco, empezaba a conocerle. —Esto es demasiado grande.

—No me parecías de las que tira la toalla tan rápido. —la picó él, mientras ella se acercaba hasta donde él estaba y sentía que había algo en él, una energía, que aumentaba poco a poco.

—¿Cómo hacer para estar dos o tres días sin dormir cuando rastreas? —le preguntó Aina con una extraña idea en la cabeza y viendo que él se encogía de hombros y seguía moviendo las amapolas a medida que caminaba, insistió. —Creo que usas la energía de la Fuente, no sé cómo explicarlo, pero siento que ahora mismo tu energía está aumentando.

Dexter se quedó quieto y se giró lentamente hacia ella, con expresión sorprendida. La miró alzando una ceja, sorprendido, y puso los brazos sobre su pecho, sin decir nada. Aina se animó a seguir.

—Quizás es algún secreto de vuestro gremio, pero siento como la energía te va llenando. Creo que de alguna forma eres capaz de usarla para recuperar parte de tus fuerzas, no sé si de forma consciente o no. Pero si tienes acceso a la Fuente, igual que Feren, tienes que ser capaz de sentir la piedra.

—¿Qué sabes de la Fuente? —le preguntó Dexter sorprendido, acercándose a ella.

—¿La verdad? —le preguntó ella haciendo una mueca, como si la hubieran pillado haciendo algo que no debía.

—Estaría bien —dijo él con una sonrisa divertida, mientras daba los últimos pasos hasta quedar frente a ella y con suavidad, la cogía de las caderas y la acercaba ligeramente hacia su cuerpo, sin dejar de mirarla.

—Tengo un libro de fundamentos de Magia —dijo Aina con un susurro. —Aún no me lo he leído todo, pero más o menos he entendido los conceptos básicos.

—El libro de un mago —dijo Dexter inclinando levemente la cabeza. —¿La Mano?

—Podría ser —le contestó Aina haciendo una mueca y Dexter la miró intentando leer algo en sus ojos, pero no le hizo más preguntas al respecto.

—Teóricamente solo los magos pueden acceder a la Fuente de forma voluntaria —le contestó Dexter, mientras la miraba, como intentando analizar sus reacciones a medida que la información llegaba a ella. —Nosotros aprendemos a conectar con ella durante nuestro aprendizaje de forma voluntaria, pero no podemos extraer energía sin límite de ella, como haría un mago. Nuestra conexión nos permite que la Fuente llene nuestros depósitos vacíos, tantas veces como sea necesario, a través de la luz del Gran Sol. Si estamos descansados no nos aporta demasiado, pero en situaciones como ésta, puede ayudar bastante.

—Eso significa que habéis de tener un nivel de magia bastante alto —dijo Aina mirándolo a los ojos.

—Eres demasiado lista —le dijo Dexter mirando como Aina se mordía el labio concentrada, con mucho interés. —Te mueves bajo las sombras, corres como un cazador y tienes una mente despierta. Estoy seguro de que estabas destinada a ser una exploradora. Mí exploradora.

Aina no supo en qué momento su boca quedó presa en la de Dexter, pero su sabor y el calor de su cuerpo la rodeó. Se besaron con intensidad, después de pasar tantas horas juntos era como si aquello era justo lo que necesitaban, el contacto que sus cuerpos anhelaban. Dexter suavizó el beso, a su pesar, sabiendo que no era el momento, ni el lugar adecuado para lo que empezaba a dibujarse en su imaginación. Le sería difícil, realmente difícil, darle tiempo a Aina para que se acostumbrara a su presencia, a sus besos, a su tacto. Sabía que ella lo necesitaba. La única vía

posible para que no huyera de él, cuando todo aquello siguiera su curso natural. Cuando ella fuera suya. Sintió un estremecimiento en su espalda ante el pensamiento. Aunque fuera solo en su pensamiento. Sonaba maravillosamente bien.

—La piedra —dijo Aina con la mirada vidriosa, sintiendo que todo su cuerpo se estremecía con el contacto de Dexter, con su pasión y con su suavidad. Y ella cada vez era menos capaz de alejarse de él.

—Sigo pensando que me gusta más la opción del revolcón —dijo él con mirada traviesa y Aina le golpeó suavemente las costillas, mientras él empezaba a reír alegremente. Era una risa melódica. Dulce.

—Creo que, de alguna manera, has de ser capaz de sentirla. —insistió Aina. —Ven, siéntate.

Aina se sentó en el suelo y tras una mirada divertida, Dexter se sentó enfrente de ella. Aina cerró los ojos. Dejó que los sonidos la rodearan, el suave viento fregándose sobre su piel, el calor del Gran Sol sobre ellos, el movimiento de las propias flores. Dejó que los olores llegaran a ella, sintiendo de alguna manera todo lo que le rodeaba.

—Intenta relajarte, poner la mente en blanco. Sentir todo lo que te rodea, pero sin buscarlo, simplemente deja que llegue a ti. Y cuando sientas eso, intenta centrarte en tu propia magia y luego busca a tu alrededor una fuente que desprenda la misma esencia.

—Lo más probable es que te detecte a ti —le dijo Dexter con los ojos cerrados, dejando que su mente vagara a su alrededor sin demasiada dificultad, ese tipo de ejercicios eran bastante habituales para los exploradores.

—No creo, estoy maldita, ¿recuerdas? —le contestó Aina con una sonrisa. Dexter no le contestó y empezó a buscar a su alrededor. Tardó unos minutos en notar una pequeña vibración, como un suave palpitar, perdido a pocos metros. Sin abrir los ojos, se levantó. Pudo sentir como Aina se levantaba también, pero intentó no centrarse en ella. Siguió, con los ojos cerrados, la señal del pequeño palpitar hasta agacharse y sentir como su mano accedía a una superficie pulida que vibraba suavemente. Abrió los ojos y miró la piedra, en su mano, con cierta sorpresa.

—Tenías razón —le dijo Dexter con una generosa sonrisa mientras se giraba hacia ella y tras un pequeño gemido de alegría, Aina se tiraba a sus brazos. Dexter la cazó al vuelo y tras voltearla en el aire mirándola con curiosidad, empezó a besarla apasionadamente. Cuando sintió que Aina empezaba a apretarse contra su cuerpo sin ser consciente de ello, y su propia voluntad parecía cada vez más débil, se separó de ella.

—Lo siento —dijo Aina sonrojándose.

—Yo no, créeme. ¿Puedo preguntarte porqué la Mano te dio un libro de magia? —le contestó Dexter con una mirada penetrante mientras la mantenía firmemente sujeta contra él y viendo que ella no contestaba, añadió. —¿Tiene algo que ver con el hecho de que tus pupilas parezcan dos noches estrelladas desde hace un rato? El brillo de la magia de un mago en ellas, pero su fondo es negro y no dorado.

Lo que le faltaba, pensó Aina y tras un suspiro cerró los ojos, sintiendo como los brazos de Dexter la apretaban contra su cuerpo, sin señal alguna de rechazo. Tenía que ir con mucho cuidado. ¿Qué podía explicarle y que no? La realidad de su maldición la golpeó, mientras él la tenía firmemente sujeta, con mirada intensa pero llena de algo. Amor. Podía sentirlo y casi se le erizó la piel ante su conocimiento. ¿Podía ser que Dexter realmente sintiera algo por ella de ese tipo? Deseo. Eso era algo obvio. Ella también lo sentía. Demasiado. ¿Pero amor? Era un sentimiento parcialmente olvidado, de los tiempos antiguos. De las familias, los hermanos. Un sentimiento aún presente entre salvajes, por extraño que fuera. No tenía sentido pensar en aquello.

Lo que había entre ellos no podía ser más que una ilusión, fuera lo que fuera. No podía arriesgarse a analizar qué sentía exactamente por él. Tenía hasta miedo de lo que podría descubrir si se paraba a intentar analizarlo. Y desde luego, ese no era el momento.

—Es posible que mi padre fuera un mago —dijo ella finalmente, sin mirarle.

—No es nada de lo que avergonzarse —dijo Dexter con una sonrisa. —Mi padre también era mago.

—Pero yo estoy maldita —le dijo Aina finalmente tras la sorpresa, mirándole a los ojos. —Alguien importante para mi madre me protegió durante la infancia del Consejo, consiguiendo tenerme recluida en el Oráculo. Pero me advirtió que fuera invisible. Mientras el Consejo o el pueblo de Aurum considerara que la Hija Maldita del Desierto no era nadie digno de tener en consideración, no tendrían interés en usarme para sus intereses o en verme como una amenaza. Aunque ella sospechaba que mi padre era un mago y que había magia en mí. Nunca he hecho nada extraordinario. Pero normal, lo que se dice normal, no soy, seamos realistas.

Dexter la miró, ella parecía sentirse vulnerable al explicarle todo aquello, instintivamente volvió a buscar su boca, de forma suave, casi tentativa. Aina intentó resistirse, pero no pudo. Ternura. Paciencia. Dexter no tenía miedo de ella, al menos. Aun habiendo visto *eso*. Tras unos minutos quietos allí, en medio del prado con suaves e inocentes besos, Aina se separó de él con una sonrisa y pudo sentir en la mirada de Dexter infinitas emociones de forma simultánea.

—Tenemos que llegar hasta el punto de entrega, ¿recuerdas? —le dijo Aina poniendo los ojos en blanco.

—Creo que en estos momentos tengo el cerebro frito o algo así —dijo él con una sonrisa. —No puedo pensar en otra cosa que en seguir besándote.

Aina se separó un paso de él y le puso la mano sobre el pecho.

—Ni lo sueñes muchacho —le dijo con voz firme. —Mi pareja espera que llegemos a tiempo, y a tiempo llegaremos.

—Tu pareja —dijo él con voz melosa mientras su mirada se volvía turbia y sugerente, como si esa palabra únicamente le diera cuerda a seguir insistiendo en estar con ella. Por unos minutos Aina había olvidado que James le había confesado todo lo de la falsa, malditos fueran ambos.

—Dexter, por favor —le dijo ella mientras él con un ágil movimiento había vuelto a atraparla entre sus brazos y su boca había empezado a besarle debajo de la oreja, la única zona del cuello que exponía piel bajo el collar de cuero.

—Está bien —dijo él finalmente, recuperando de nuevo el control y separándose de ella. —Vamos.

Dexter empezó a correr a paso suave, con la mano de Aina retenida sobre la suya, hasta llegar a la zona de descenso con mayor pendiente, donde le soltó la mano y dejó que ella le siguiera. Se adentraron después en la espesura del bosque. Con esa extraña energía mágica dentro de ella, Aina sentía que podía mantener el ritmo que Dexter marcaba sin demasiada dificultad. No le hubiera importado ser una exploradora, después de todo, si no fuera por lo de su maldición, claro. Parecía incluso más interesante que ser guardia, correr libre por todos lados, esconderse en las sombras de la noche y tener una resistencia casi ilimitada con la ayuda del poder de la Fuente y de la Diosa. Si no hubiera estado maldita. Tenía tantas ganas de encontrar a su padre y entender por qué la Diosa la había castigado de aquella cruel manera. Cada cosa a su tiempo. Ya le había explicado a Dexter más cosas quizás de las que debía. Pero el hecho de que su padre fuera un mago, podía ser de ayuda. Quizás. Tenía que aprender todo lo posible de la magia antes de seguir buscándole. Y quizás, solo quizás, Dexter podría acompañarla en su búsqueda. Aunque primero

tenían que acabar los Juegos, no podía convertirse en una forajida o algo así. Ya tenía suficientes problemas siendo una maldita como para añadir más líneas a su currículum. Intentaría aprender todo lo posible sobre la magia y la Fuente mientras estuviera en Do-Urh. El tiempo pasaba rápidamente y Aina no era consciente de la distancia que habían recorrido, cuando Dexter aflojó el paso. En silencio, empezó a trepar un viejo árbol y Aina le siguió con facilidad. Ya sobre las ramas más altas, observó fascinada el contorno del bosque, el nacimiento de la montaña, los campos de cultivo y la majestuosidad de las murallas de Do-Urh. Dexter sacó un objeto dorado, escondido en uno de sus cinturones, y con precisión empezó a darle vueltas haciendo que se volviera más largo. Tras guiñar un ojo, se colocó el tubo sobre el ojo abierto y empezó a registrar el horizonte. Aina lo miró fascinada hasta que su expresión concentrada le obligó a mirar también hacia el horizonte. No tardó en localizar el puesto de entrega del norte y como ya había varias personas junto a éste. No estaba segura, pero casi hubiera podido jurar que las dos personas sentadas a la sombra de un viejo árbol eran Feren y James. Ojalá hubieran podido llevar las piedras a tiempo. Dexter le tendió el extraño tubo con una sonrisa mientras le explicaba.

—Es un catalejo, permite ver en la distancia. Creo que el camino está libre hasta allí. Aina, quizás deberías ser tú quién entregara la piedra —dijo finalmente con voz suave.

—Ni loca —le contestó ella. —Lo último que quiero es llamar la atención del Consejo.

Dexter la miró con intensidad, pero no discutió con ella, mientras Aina empezaba a mirar a través del catalejo y se sorprendió en observar el detalle con el que de repente podía ver un trocito de terreno en la distancia. Tardó un poco en encontrar el puesto, el campo de visión del catalejo era pequeño y esa limitación era extraña. Efectivamente, Feren y James estaban sentados a la sombra de un viejo árbol, bastante cerca del mismo puesto y parecían hablar animadamente. En el puesto había únicamente dos guardias y un hombre con una larga túnica que no podía ser otra cosa que un escribano. Un grupo de tres chicos estaba no muy lejos de allí y aunque por un momento temió que pudieran intentar interponerse en su camino hasta el puesto de entrega, no reconoció en ellos a ningún miembro de la guardia y por su aspecto, sería extraño que fueran cazadores. Revisó con el catalejo los límites del bosque, acostumbándose a ver con un solo ojo un espacio pequeño a gran aumento. Le devolvió el tubo de metal a Dexter con una sonrisa.

—Esta cosa es muy interesante —le dijo mientras él rotaba las diferentes partes haciendo que el instrumento se acortara hasta poco más del tamaño de un puño y lo volvía a ocultar de nuevo.

—Es bastante útil —le contestó él con una sonrisa mientras empezaba a bajar y ella le seguía sin demasiada dificultad. —Juguetes de exploradores, ya sabes.

—¿Tenéis más cosas como esa? —le preguntó llena de curiosidad Aina.

—Por supuesto —le contestó él acelerando el ritmo y empezando a correr al llegar al suelo, mientras ella le seguía con algo más de dificultad. —Pero no pretenderás que te los muestre todos de golpe, ¿no?

Aina le siguió con dificultad a través del último trozo del bosque, siguiendo un ritmo casi frenético que Dexter marcaba de forma impasible. Sentía que las piernas volvían a quejarse al saltar por encima de un tronco caído que se había cruzado en su camino. Cuando consiguió ponerse a su altura, después de unos minutos, él dijo en voz suave, sin apenas romper sus palabras por la agitada carrera.

—Por cierto, tus ojos hace un rato ya se normalizaron. Supongo que la energía que estás consumiendo ayuda a quemar ese exceso delator.

—¿Por eso estás intentando matarme con esta carrera? —le preguntó ella en un tono un poco desdeñoso, sintiendo como el aire le faltaba al intentar hablar mientras se seguía moviendo a gran

velocidad.

—Por eso y por el placer de ponerte a prueba —le contestó él con una sonrisa mientras aceleraba de nuevo y ella tras un suave gemido se esforzaba por alcanzarlo.

Pararon un par de minutos en el limbo del bosque, justo antes de entrar en el campo que les dejaría expuestos durante los dos o tres kilómetros que les quedarían hasta llegar al puesto de entrega. Cuando Aina sintió que el corazón volvía a latirle con normalidad y su respiración se volvía más regular, Dexter la miró con gesto interrogativo.

—No voy a correr a este ritmo hasta el puesto, si es lo que pretendes —le dijo en voz suave, casi en un susurro, mientras ambos, parcialmente ocultos tras unas piedras, miraban hacia su ya cercano destino.

—¿Cansada? —le preguntó él con una sonrisa traviesa.

—Qué va, hago esto todos los días —le dijo ella con voz irónica y finalmente añadió. —No quiero que me tomen por un bicho raro si llegamos corriendo como si fuéramos caballos y no dorados.

—Quieres decir como un bicho *más* raro, ¿no? —le contestó él con una sonrisa.

—Gracias por matizarlo —le contestó ella arrugando la nariz.

—No quieres que vean lo rápida que eres —le contestó él con la mirada seria, entendiendo como funcionaba su mente, demasiado bien.

—Chico listo —le contestó ella mientras se encogía de hombros. —Cuanto menos destaque, mejor que mejor. Cuanto más indefensa e inútil sea la hija maldita, más tranquilo el pueblo y el Congreso, y más tranquila yo.

—De acuerdo —dijo él. —Correremos, pero el ritmo será suave. Cuando lleguemos, haz ver que te cuesta coger aire, como si estuvieras muy cansada.

—Estoy muy cansada —le dijo ella exagerando la mueca.

—Pues asegúrate de parecerlo —le contestó él mientras empezaba a correr y ella empezaba a seguirle a los pocos segundos.

Aina se extrañó que todo fuera tan fácil. Nadie salió a su encuentro mientras, expuestos en los campos, se acercaban al puesto. James y Feren empezaron a animarlos al verlos, pero no había señal de alarma en sus voces. El grupo de participantes de los campos tan solo levantaron la vista y les siguieron con la mirada. Cuando llegaron hasta el puesto, James y Feren se habían acercado pero los guardias los mantenían fuera del perímetro de entrega. Ambos los miraban esperanzados, con el rostro lleno de ilusión. El escriba le preguntó sus nombres a su llegada y ambos respondieron, Dexter con voz clara mientras mostraba la piedra mágica que habían encontrado y Aina entre exageradas inspiraciones. Feren y Dexter empezaron a gritar de júbilo cuando vieron como el escriba tomaba la piedra de Dexter, para verificar que hubiera la magia de la Mano en ella, haciendo un gesto afirmativo a continuación y anotando en el registro una runa al lado del nombre de Dexter. Cansados, aceptaron la oferta de un comerciante de llevarlos a Do-Urh en un viejo carromato, tirado por cuatro caballos. Iris y Thor si no habían perdido el camino, acabarían en uno de los registros más al sur, así que los encontrarían en Do-Urh más tarde. Durante el camino, Feren les explicó emocionado como habían llegado hasta el punto de entrega, siendo los únicos que habían encontrado una piedra mágica hasta ese momento en ese puesto. James les preguntó por su camino y Dexter con gesto indiferente les dijo que todo había salido como habían planeado. Aina sonrió al mirarlo, ese aspecto relajado, sin apenas atisbo de emociones, contrastaba por completo con otras de sus facetas más íntimas. Se sonrojó levemente y miró al suelo del carro. El calor le estaba afectando al cerebro. Ya en Do-Urh, Dexter los acompañó hasta

el hostel. Aina sintió un extraño titubeo en él, pero finalmente James se puso a su lado y le pasó un brazo por la cintura. Dexter hizo un sutil gesto afirmativo antes de despedirse y alejarse de allí. Ya en su habitación, ignoró la presencia de James y tras asearse mínimamente, se dejó caer sobre la cama, cansada y dolorida. No tardó ni dos minutos en dormirse profundamente. Incluso con James roncando en el suelo de su habitación.

Amigos y enemigos

Los resultados del primer reto fueron colgados en la parte exterior del registro, bajo un grueso cristal, de forma que cualquiera que lo deseara podía leer el nombre de los doce afortunados que habían entregado una de las mágicas piedras. Las apuestas empezaban a correr por las calles y las tabernas, confirmando los ya conocidos favoritos, mientras el nombre de algunos desconocidos empezaba a sobresalir poco a poco. Aina se despertó ajena al ambiente alegre y festivo que corría por las calles. Notó los músculos algo doloridos, pero se sentía bien. Tras darle los buenos días, James se marchó a su habitación a asearse y ponerse ropa limpia. Aina se arregló la ropa, feliz por disfrutar de un día libre antes de que el siguiente reto fuera revelado y pudiera aparecer la angustia con ello. No tenía intención de esperar a James para bajar a desayunar, pero unos suaves golpes en la puerta cuando estaba acabando de ponerse el cinturón con las espadas, le advirtieron de su presencia. Abrió la puerta con una sonrisa y James se la devolvió de forma espontánea y con un movimiento ágil la tomó de la cintura y la alzó por los aires como si fuera una niña pequeña. Aina no pudo evitar ponerse a reír por su entusiasmo. Ahora, una vez descansados dignamente, volvía a ser James en todo su esplendor. Cuando la dejó en el suelo, pudo ver de reojo a tres participantes al final del pasillo que los miraban con curiosidad y casi podría jurar, algo de envidia. Empezaba a acostumbrarse a que la gente los mirara de forma extraña, de la misma forma que ya empezaba a habituarse ante las muestras públicas de afecto de James, sintiéndolas como algo normal entre ellos. Aunque había algo nuevo. James ya no era solo un apuesto participante de la Guardia. Era uno de los doce participantes que habían entregado una piedra y su nombre se oía en boca de muchos, ella lo sabía. Lo había podido oír mientras se duchaba y se arreglaba. Si hasta ahora era un personaje público, ahora era un personaje de interés. Y Aina no sabía si eso sería bueno o no. Pero ya nada podía hacer para evitar que los rumores sobre ellos dejaran de circular. Bajaron al comedor cogidos de la mano, mientras James le explicaba entre risas como le habían explicado que el resto de los escribanos habían vitoreado a Feren durante toda la tarde y cómo varias participantes de su gremio habían mostrado especial interés en él, y como Feren estaba muerto de vergüenza con todo aquello. Las mesas en el comedor estaban prácticamente llenas, pero en un extremo Iris, Thor y Feren les habían guardado sitio en una mesa algo apartada. Aina no pudo evitar buscar a Dexter con la mirada, sin encontrarlo. Cuando llegaron a la mesa, James y Aina sintieron de forma simultánea un sentimiento de rabia que ascendía por su pecho y teñía su dorado rostro. Thor los miró alzando las cejas y se encogió de hombros mientras Iris les susurraba de forma autoritaria, intentando que el resto del comedor no pudiera escucharla.

—Sentaros como si nada. —la seguridad en las palabras de Iris les obligó a hacerle caso, como si el aspecto de Thor, con un labio partido y un ojo completamente morado y edematoso, no les sorprendiera en absoluto. —Los cazadores que nos alcanzaron no se lo tomaron muy bien.

—¿Quiénes fueron? —dijo James con voz fría, mientras cogía un trozo de pan para untar con queso fresco, intentando que el odio contenido en sus palabras no se pudiera reflejar en sus movimientos.

—Eran tres —dijo Thor sin mover demasiado los labios. —Uno se llama Rohan y a los otros dos no los conocemos. Primero nos amenazaron con que les diéramos la piedra y cuando les dijimos que hacíamos ver que teníamos una para animarnos en la búsqueda pero que en realidad no habíamos encontrado nada de nada, no se lo creyeron.

—Nos registraron de malas formas —dijo Iris poniendo una expresión de asco en su redondeado y normalmente alegre rostro.

—Intentaron pasarse con Iris —dijo Thor. —Pero Rohan desvió su atención hacia mí. No es un mal tipo, los otros dos necesitaban cebarse con alguien por haber caído en la trampa y quizás se les podría haber ido de las manos, no estaban muy en su juicio en esos momentos.

—Si no estaba conforme con eso, Rohan podría haberse enfrentado a ellos —dijo Aina mientras cogía la mano de Iris, a su lado, por debajo de la mesa para intentar confortarla.

—No sin ofender a su gremio y sin ellos, puede dar por perdidos los Juegos —dijo Feren. —Incluso buscarse problemas a largo plazo si uno de sus compañeros acaba en el trono, él es de aquí.

—Rohan protegió a su manera a Iris —dijo Thor. —Y tampoco dejó que se cebaran demasiado conmigo. La sanadora me revisó ayer y no tengo nada roto, solo son contusiones que en unos días habrán desaparecido.

—El gremio de cazadores sospecha que fuimos una maniobra de distracción de Dexter, se enfadaron considerablemente cuando supieron que él había entregado una piedra en el puesto del Norte, que había quedado parcialmente desprotegido por culpa nuestra —dijo Iris. —Uno de los viejos herreros los escuchó, y nos vino a preguntar si eso era cierto. Temíamos que se enojara al admitir que habíamos apoyado a alguien que no era de los nuestros, pero por lo visto nos equivocamos. Estaba orgulloso de que gracias a nuestra actuación tres compañeros de nuestro grupo hayan conseguido puntuar en las pruebas y nos dijo que eso era mucho más de lo que ningún otro herrero participante había hecho.

—¿Dónde está Dexter? —dijo James, robándole las palabras de la boca a Aina.

—No lo hemos visto desde ayer —dijo Feren con el ceño fruncido y bajando la voz añadió. —No habrán ido a por él, ¿verdad?

—Creo que a los cazadores no les gusta mucho saber que existe un pequeño y selecto gremio de exploradores del que muchos desconocían incluso la existencia y que se sobrepone en muchas cosas a sus propias habilidades —dijo Thor.

—Y menos después de tenderles una trampa, no son tontos. —añadió Iris.

—Puede que no tenga un gremio detrás que le proteja, pero nos tiene a nosotros —dijo James. —Aunque lo cierto es que no creo que nos necesite, sabe cuidarse solo.

—Eso es cierto —dijo Thor con gesto afirmativo. —Tengo hora con la sanadora, más vale que me ponga en marcha o llegaré tarde.

—Te acompaño —dijo Feren levantándose.

—Bueno chicas, ¿Qué os apetece hacer este maravilloso día libre que tenemos por delante? —les preguntó James, sentado frente a ellas. Aina sabía lo que quería hacer, pero no podía decirlo en voz alta. Además, si una cosa tenía clara era que no conseguiría encontrar una excusa suficientemente digna como para esconderse en su habitación con el libro de la Mano. Suspiró, tarde o temprano tendría tiempo para prestarle la atención que merecía.

—Quiero ir a ver el registro —dijo Iris tras meditarlo unos segundos. —He oído que se han encontrado en total doce piedras y tengo mucha curiosidad por saber quién ha encontrado las otras.

—Vladimir, su amiguito Joseph y un par más de su grupo de la guardia puntuaron —dijo James. —Aunque no las encontraron ellos, las cogieron de otros participantes antes de que pudieran entregarles, como se veía venir.

—No tenían nada que hacer contra la guardia —dijo Aina pensando en lo injusto que era que

aquellos participantes hubieran encontrado una piedra y no pudieran beneficiarse de ello por el abuso del gremio más fuerte.

—Los del gremio de cazadores creo que han entregado tres o cuatro también. —añadió Iris.

—Creo que hay casi veinte participantes de su gremio —dijo James. —Si se organizan bien y tienen un líder claro, es bastante posible que sea el futuro Rey.

Se levantaron y caminaron hablando animadamente hasta llegar al registro. Las listas estaban bloqueadas de su vista por una gran cantidad de personas, que se apilaban entorno a ellas. Esperaron y poco a poco, pudieron avanzar entre la multitud y llegar hasta primera fila. En lo alto de las listas destacaban doce nombres y tras un pequeño espacio en blanco, seguían el nombre del resto de participantes ordenados alfabéticamente. Al leer los nombres uno podía saber de forma sencilla el gremio y la ciudad de origen de cada participante, así que Aina no se sorprendió al ver que de entre los doce nombres destacados había efectivamente cuatro cazadores y cinco guardias, entre los que estaba James. Si añadía a Dexter, diez de las doce piedras habían sido entregadas por los gremios más fuertes. Solo Feren y una sanadora llamada Mia, habían entregado una piedra. La elección de un Rey era todo menos justa. Tras ver los registros y pasear un rato por las calles, decidieron salir un rato al exterior. Mientras caminaban entre las murallas, pasearon mirando las tiendas de los artesanos expuestas a ambos lados del camino. Iris no pudo evitar quedar fascinada con las piezas de joyería expuestas en una tienda. Estaban cuidadosamente talladas y había algo en ellas que era arte en estado puro. Un hombre sentado detrás, se levantó y se acercó a ella lentamente.

—El artesano es un joven de mi pueblo —dijo el hombre, bajando su negra capucha y mostrando su plateada piel bajo la luz del día. Aina no pudo evitar la descortesía al mirarlo fijamente, observando sus rasgos tan parecidos a los de su propia raza con la diferencia del brillo entre azul y gris de sus ojos y el plateado color de su piel. Pese a la sorpresa, Iris y James mantuvieron la atención sobre las joyas y el hombre no pudo evitar reír alegremente al ver la expresión sorprendida de Aina que seguía mirándolo con curiosidad. —¿No estáis acostumbrada a ver a gente de mi pueblo, verdad señorita?

—Discúlpeme —dijo Aina saliendo de su asombro. —No quería ser grosera.

—No pasa nada pequeña —dijo el hombre cuyo rostro mostraba cierta ternura en su ya entrada edad. —Nuestros jóvenes también se sorprenden al ver a los hijos de Aurum por primera vez, no hay nada de lo que avergonzarse.

—Estas joyas son preciosas —dijo Aina tras la sorpresa y en parte desconfianza inicial. ¿Eran realmente personas como aquellas los supuestos enemigos de su raza, hasta la época de la transición? Al menos aquel plateado parecía tranquilo, sereno. Y Aina sabía que era un buen hombre.

—Lo cierto es que lo son —dijo él con una sonrisa orgullosa, acercándole alguna pieza para que la contemplara con detalle. —Nuestro artesano posee un increíble talento.

Iris empezó a hablar con el hijo de Argentum sobre las piezas y sobre cómo las trabajaban. El hombre le contestó amablemente y le sugirió que se volvieran a pasar en una o dos semanas, dado que el artesano vendría para traer algunas joyas más y podría hablar con él directamente. Iris parecía entusiasmada con la posible entrevista y Aina supo que pese a lo habilidosa que era Iris con la forja y el martillo, en el fondo de su alma, deseaba forjar pequeñas obras de arte y no objetos domésticos o armas. La alegría contagiosa de Iris se vio aplacada por la aparición de Vladimir y tres participantes de la guardia, poco tiempo después. James se colocó ligeramente delante de las dos chicas pero su aspecto siguió manteniéndose relajado, como siempre. Aina

sintió la mirada aireada de Vladimir sobre ella y un escalofrío le recorrió la espina vertebral. Había algo *malo* en ese chico.

—Vladimir. —empezó James con voz casual, casi alegre, mientras añadía casi con admiración. —Me alegro mucho de que encontraras esa piedra, nadie se la merecía más que tú.

—Pero al parecer no soy el único que ha encontrado una —le contestó él de forma seca y cargada de rabia.

—Bueno, cinco entregas de la guardia es signo de que la Diosa nos sonrío, los cazadores nos doblan en número y solo han presentado cuatro —dijo James, intentando dirigir de forma hábil la rabia del chico hacia algo diferente a su persona.

—Nos sorprendió un poco que no te unieras al grupo —dijo Vladimir con un tono de voz más neutro.

—Ya sabes que no soy demasiado bueno para trabajar en equipo —dijo James encogiéndose de hombros. —Así que no quise entorpecer al resto. Nos juntamos por el camino y la Diosa nos sonrío, sin más.

—Tú y tus perdedores —dijo Vladimir empezando a ponerse rojo. —Entregasteis tres piedras si contamos al explorador ese con el que sueles entrenar y al que parece tener más confianza que a tus propios hermanos de armas. Tres. Esas piedras deberían haber sido entregadas por guardias. Un erudito. ¿A quién se le ocurre dejar que un erudito entregue una piedra?

—A nosotros, por lo visto —dijo James con una expresión calmada pero sin dejar de observar a cada uno de los chicos delante de él y revisar a su alrededor buscando posibles amenazas. Aina se tensó. Sus espadas sobre las caderas parecían arder, ansiosas por salir a combatir contra aquellos impertinentes. Estaban en desventaja, Iris no estaba entrenada y ni tan solo llevaba un arma encima. ¿Tendrían alguna opción de plantarles cara dignamente?

—Quizás es hora de que te replantees lo que estás haciendo —le dijo Vladimir en tono bajo, casi amenazador. —No se puede jugar a dos bandos.

—Yo no juego a dos bandos —dijo James levantando el pecho y mostrando su corpulencia por primera vez de forma amenazadora. —Soy un futuro guardia, eso no quiere decir que tenga que asumir el liderazgo de otro participante de mi gremio o que mi juramento me obligue a trabajar única y exclusivamente con el resto de los participantes de la guardia. Voy a pasar el rato con mi pareja y mi grupo de perdedores, puedes estar tranquilo que no aspiramos a ser reyes, sino a pasarlo bien por el camino. No tienes que temer por tu futuro reino. Puedes quedártelo, a ninguno de nosotros nos interesa.

—Si os metéis en medio.. —dijo con una voz suave pero cargada de odio. —Os arrollaremos. Quedas advertido.

Vladimir le miró con intensidad, con una mirada cargada de odio. Se giró y el resto le siguieron. Iris cogió aire después de no respirar durante casi cinco minutos. Aina se acercó a James y le tomó de la mano, observando como su mirada seguía a los guardias con cierta tristeza.

—No tenías por qué hacer esto —dijo Aina al fin. —No tenías por qué elegirnos a nosotros. Van a hacerte la vida imposible.

—Vladimir no acepta ninguna otra opción que no sea la suya, por eso en el fondo dudo mucho que sea algún día un buen líder —dijo James encogiéndose de hombros. —Sabía que algo así podía pasar en algún momento, aunque no pensaba que fuera tan pronto.

—Podías haber jugado con ellos, como un buen soldadito. —insistió Aina.

—Si no te hubiera conocido seguramente hubiera sido así —dijo James mirándola con cariño y la acercó hacia él para pasarle un brazo sobre los hombros en un medio abrazo. —Pero gracias a

eso, puedo hacer las cosas como siento que deben hacerse, no abusando de los débiles. No hay honor en ello. Además, alguien tiene que cuidar de ti.

—Yo no necesito que me cuiden. —se quejó Aina intentando salir del opresivo abrazo de James mientras Iris los miraba divertida.

—Por supuesto que no, cielo —le contestó James con una sonrisa burlesca. —Pero si no fuera por ti, posiblemente no habría llegado a tener la confianza que tengo en el resto, y eso hubiera sido una lástima. Desde luego, estoy seguro de que por separado no hubiéramos conseguido tres piedras, al menos jugando limpio. Me espera toda una vida de acatar órdenes en la guardia, así que por unos meses de libre albedrío y de disfrutar de la compañía y de las risas de unos cuantos compañeros de camino, no creo que tengamos que dar explicaciones.

—¿Puedes soltarla? —le preguntó Iris con una sonrisa. —Todo el mundo nos está mirando.

James plantó un sonoro beso en la frente de Aina antes de soltarla, sin poder evitar reír al notar como ella enrojecía al ser consciente de que varios comerciantes los miraban con curiosidad por la muestra de afecto que estaban expresando públicamente. James no pudo evitar sonreír por dentro. Empezaba a encontrar cierta diversión con escandalizar un poco a la gente de su alrededor y a la incomodidad de Aina, que trataba de esconderse bajo sus ropas y su collar, y pasar lo más inadvertida posible.

Encontraron una nota de Sir Anthony al llegar al hostel donde se alojaban. Aina la leyó con desconfianza un par de veces, la última vez que teóricamente Sir Anthony le había dejado un paquete, había sido en realidad un obsequio del alocado y salvaje Greg. Aina no conocía la caligrafía de Sir Anthony pero suponía que si los citaba a ella y a James a cenar en un pequeño restaurante de la ciudad, sería realmente él. ¿O sería Greg capaz de organizarles una emboscada de ese tipo? James no pareció extrañado y Aina intentó que su calma calara también en ella. Dexter no había dado señales de vida en todo el día y se sintió incómoda por la ansiedad que le creaba no saber nada de él. De alguna manera, sabía que él estaba bien, aunque los cazadores le hubieran puesto en el punto de mira, no tenía sentido que le hicieran daño. Una amenaza y un par de golpes a lo más. Nada de lo que preocuparse realmente. Y sin embargo, encontraba a faltar su ceño fruncido, su mirada seria ocultando el brillo de su risa, su mera presencia observándola en la distancia sin ser consciente de que ella sabía perfectamente que él estaba allí, junto a ella. Tenía ganas de estar con él.

James y ella comieron algo ligero, después de que Iris se despidiera de ellos para ir a comer con algunos de los de su gremio. James acompañó a Aina a su habitación después de comer y en contra de las previsiones de ella, entró en la habitación de ella como si fuera la suya y se sentó cómodamente en la cama, apoyando la espalda sobre el cabezal de la misma.

—Bueno, ¿Y ahora me explicarás cómo sabes que la Mano puede leer los pensamientos? —le preguntó con una mirada burlona. Aina lo miró sorprendida y recordó la conversación que habían tenido cuando se les asignó la primera prueba. Parecía que hubiera sido hacia mil años y ya había olvidado por completo que le había explicado a James que había conocido a la Mano. ¿Debía explicarle todo? ¿Lo de su padre? ¿Lo del libro? Se mordió el labio inferior mientras meditaba y se acercó hasta la cama, sentándose sobre ella con las piernas cruzadas.

—Le conocí el día de la fiesta. —admitió Aina.

—¿No tendrá nada que ver con una participante que quiso intentar engendrar un mago? —le preguntó él alzando una ceja mientras Aina le miraba con los ojos abiertos como platos, ruborizándose inmediatamente.

—No fue exactamente así —le contestó ella poniendo una mueca. —¿De dónde has sacado tu

eso?

—Los guardias no tenemos secreto de confesión —le dijo él con una sonrisa. —Había oído que una participante pasó un rato con la Mano, pero no me había imaginado que fueras tú, la verdad, pero cuando me dijiste que lo habías conocido el día de la fiesta, sume uno más uno.

—Quería hablar con él, solo eso —dijo Aina excusándose.

—No tienes que justificarte —dijo James con calma. —Puedes estar con quien quieras, ya lo sabes, pero no deja de sorprenderme que fueras a ver a la Mano, un mago nada más ni nada menos.

—De verdad James, tenía curiosidad por conocer a un mago, sin más —dijo Aina. —Jamás había salido del oráculo y no había tenido acceso a alguien así. No viví el proceso de selección y jamás he viajado ni he podido hablar con gente diferente a las Videntes y a los pocos guardias que protegen el templo. Quería hablar con él. Aunque puede que cuando los guardas me dijeron que no aceptaba visitas dejara ir algún comentario sobre lo de engendrar un mago para conseguir tener una audiencia.

—Te podrías haber visto en un buen lío —le dijo James con una sonrisa divertida, mientras Aina se mordía el labio avergonzada, finalmente añadió. —Así que pudiste ver a la Mano. ¿De qué hablaste? ¿Qué te dijo?

—No es especialmente hablador, pero se sorprendió por qué no podía leer mis pensamientos y me dejó entrar en la biblioteca —dijo Aina mientras intentaba recordar la conversación —le expliqué que estaba maldita y aunque sabía que existía y que participaba en los juegos, supongo que no sabía hasta donde abarcaba mi maldición. Creo que de alguna forma su magia depende de la Diosa y al no estar yo marcada, su poder no ejerce el mismo efecto sobre mí.

—Sería mejor que eso no lo supiera demasiada gente —dijo James mirándola con una expresión seria. —Si el consejo piensa que eres inmune al poder de un mago no sé qué podría hacer.

—No creo que sea inmune, lo único que pasa es que no puede leerme la mente. —Aina se quedó en silencio, entendiendo la preocupación de James, cuanto más rara fuera, más destacaría y eso, era malo. —No creo que la Mano hable con el Consejo. De hecho, antes de irme me dio esto.

Aina se agachó y sacó el grueso volumen de debajo la cama, tras sacar la ropa con la que lo mantenía cubierto. James observó con prudencia el libro, sin atreverse a tocarlo.

—Los libros de los magos deberían ser leídos solo por magos, Aina —dijo él con cierto temor. —Hay quien dice que el conocimiento puede ser por sí mismo dañino si llega a la persona equivocada.

—Supongo que él consideró que no debería hacerme daño, sino no me lo hubiera dado —dijo Aina acariciando la tapa del libro con sumo cariño.

—O puede que te lo diera con la intención de hacer desaparecer tu curiosidad —le contestó James con gesto preocupado.

—Me he leído la primera parte y no me ha hecho ningún daño —dijo Aina desafiante. —Fue así como se me ocurrió lo de que Feren podía conectar con la Fuente al usar sus habilidades de escriba.

—¿La Fuente? —preguntó James alzando una ceja.

—Sí, es como el origen de magia de la Diosa que de alguna forma comparte con nosotros. Los magos pueden acceder a ella por voluntad, casi de forma instintiva, solo aquellos que son capaces de hacerlo pueden llegar a ser magos, en realidad. El resto podemos conectar, pero sin ser casi conscientes, cuando realizamos algo usando nuestros instintos. Bueno, yo no tengo claro que tenga

acceso a ella. —Aina se quedó quieta, pensando en Dexter y en como la energía había llegado a él con la luz del Gran Sol, como él también era capaz de tomar magia de esa Fuente de forma voluntaria y fortalecer así su cuerpo.

—De acuerdo —dijo James. —Supongamos que la Mano por un extraño motivo decide darle un libro sobre magia a la hija maldita que participa en sus juegos, pero ¿por qué?

—¿Por qué no? —le contraatacó Aina

—Porque no se intenta beneficiar a un jugador y se supone que, estando maldita, menos aún —le contestó James soltando un suspiro intentando hacerle ver su forma de ver la situación.

—¿Y si sentía curiosidad por no poder escuchar mis pensamientos? —dijo Aina y tras meditar durante unos segundos, añadió mirando a James con timidez. —¿Y si resultara que si no hubiera estado maldita hubiera sido una bruja? Con la escasez de magos que hay, ¿no podría ser que hubiera hecho una excepción en ese caso?

—Aina, eso es una locura —le dijo él cogiéndole las manos y añadió con preocupación: —¿Crees de verdad que tienes el don?

—No lo sé —dijo Aina finalmente, sin poder mentirle al tener sus ojos fijos sobre ella. —Los magos jóvenes suelen hacer magia espontánea hasta que aprenden a controlarla y jamás ha pasado nada asombroso a mi alrededor.

—Pero.. —le animó James a seguir.

—Creo que mi padre era un mago —dijo ella. No tenía sentido explicarle que había magia en sus ojos, unos ojos que se volvían negros en vez de dorados, como una noche estrellada, los había descrito Dexter.

—Aina, si tuvieras el don, se habría manifestado cuando eras más joven —dijo James. —Sir Anthony está convencido de que si hubieras sido seleccionada, hubieras sido guardia pese a ser mujer. —añadió él con una sonrisa y ella sintió como compartía el orgullo de lo que eso significaba.

—Hubiéramos sido compañeros —dijo Aina golpeándole con suavidad sobre el hombro, casi alegremente. —Aunque Feren está convencido de que hubiera sido escribana. Quizás os hubierais tenido que pelear por mí, después de todo.

—No te veo sentada todo el día garabateando sobre un papel —le dijo él con burla y poco tiempo después habían empezado una lucha de cojines y se perseguían por toda la habitación. James acabó encogido sobre la cama mientras pedía piedad ante los golpes que recibía con el cojín, parcialmente ahogado entre las risas. Orgullosa por su victoria, Aina se sentó en el suelo y empezó a leer el libro de la Mano mientras James se estiraba en su cama y empezaba a dormitar. Poco antes de la hora en la que habían quedado con Sir Anthony, unos suaves golpes en su puerta interrumpieron su lectura. Dexter no esperó a ser invitado a entrar en la habitación, al ver a James durmiendo plácidamente sobre la cama. Aina lo observó mientras miraba alzando una ceja inquisitoria, a las plumas dispersas por el suelo de uno de los cojines que se había roto durante la batalla. Se sentó en el margen de la cama y miró a James, mirándola luego a ella con mirada divertida.

—No está bien que lo agotes tanto —le dijo Dexter con una sonrisa maliciosa. Aina levantó el mentón y se dirigió a su armario sin hacer caso a su mordaz comentario para guardar el libro de la Mano, que Dexter parecía haber reconocido, pero no dijo nada al respecto. Aina había estado todo el día pendiente de él, de alguna forma ansiaba saber que la complicidad que habían compartido en el bosque no había cambiado. Sin embargo, al tenerlo allí, frente a ella, perfectamente arreglado, con el cabello mojado y la piel limpia y reluciente, no podía evitar

sentirse nerviosa, insegura.

—Ver tu cara no es la cosa más maravillosa del mundo al despertar —dijo James mientras se desperezaba tras la sacudida que había recibido de Dexter segundos antes. —De hecho, creo que siento deseos de golpearla a conciencia.

—Puedes intentarlo —le contestó Dexter con una sonrisa prepotente. —Aunque en estos momentos puedo asegurarte de que tenemos a los dos gremios más poderosos en nuestra contra, así que, puestos a golpear, golpéalos a ellos, si no te importa.

—Cazadores y guardias —dijo James sentándose en la cama mientras se frotaba los ojos como un niño pequeño. —Algo he oído.

—Y yo que pensaba que los juegos serían un aburrimiento —dijo Aina mientras se sentaba en el suelo, en frente de ellos.

—Son cosas que pasan —dijo James encogiéndose de hombros. —¿Alguna noticia más con la que justifiques el mal despertar que me has causado?

—No —dijo Dexter con una sonrisa. —Pero ha sido un placer, realmente. ¿Vamos a cenar?

—Sir Anthony nos ha invitado a tomar algo —dijo James. —No sé si la invitación es extensible.

—Casi que paso —dijo Dexter con una sonrisa encantadora mientras Aina los miraba con el ceño fruncido. ¿En algún momento se plantearían que ella también estaba allí? Desde luego, esta vez no, pensó mientras Dexter añadía. —Creo que el viejo no me tiene demasiada estima.

—¿Realmente piensas que alguien te tiene estima? —le atacó James con una sonrisa de lado a lado.

—Supongo que no —dijo Dexter sin inmutarse mientras le contestaba con una sonrisa. —Pero teniendo en cuenta que yo tampoco tengo estima por nadie, supongo que es lo esperable.

Aina meneó la cabeza consciente de que, pese a las palabras de uno y otro, ambos se apreciaban en realidad, más de lo que posiblemente serían capaces de admitir. Aina no podía evitar recordar el incómodo encuentro en Nain de Dexter con Sir Anthony, aunque supuso que, dadas las circunstancias, todo aquello era agua pasada.

—Voy a arreglarme para la cena —dijo James levantándose perezosamente de la cama. —¿Te paso a buscar en media hora?

—Que sea una hora —dijo Dexter con gesto desafiante y James puso los ojos en blanco mientras se alejaba de allí, ignorando su comentario. Cuando la puerta se cerró, Dexter cambió su expresión desdeñosa por una pequeña sonrisa. —¿Qué tal el día?

—Bastante bien —dijo Aina con cierta timidez, mientras se sentaba con las piernas cruzadas sobre su cama, a escasa distancia de Dexter. —Aunque a Thor los cazadores le dieron una paliza ayer, por si no lo sabías.

—Lo sé —dijo Dexter con expresión un poco más dura. —Me enteré ayer, le vi cuando lo llevaban con la sanadora.

—No es nada serio —dijo Aina después. —Pero parece mentira. Bueno, para gente cabreada, hoy nos hemos encontrado con Vladimir y varios guardias que han amenazado a James. Los ha llevado bastante bien. Aunque supongo que ya lo sabes.

—Se que no ha acabado a espadas, así que supongo que ha sabido gestionar la crisis —dijo Dexter con una sonrisa. —¿James sabe lo tuyo?

—¿A qué te referes? —le preguntó Aina sin acabar de entenderlo y Dexter señaló con la cabeza el armario donde había guardado el libro de magia.

—Sabe que hablé con la Mano, no está muy contento de que me diera este libro, precisamente.

Y sabe que sospecho que mi padre era mago —le contestó Aina. —Nada más.

—Solo tengo una última pregunta —dijo Dexter con gesto afirmativo. —¿Puedo besarte?

—Creo que esta es la primera vez que me lo preguntas —dijo Aina mirándolo divertida.

—Y será la última si no accedes rápido, mi paciencia tiene sus límites y es más rápido abordarte directamente —le dijo él con una mirada maliciosa.

—Muy gentil por tu parte, desde luego —dijo Aina entre risas, mientras Dexter con un movimiento felino la estiró sobre la cama, estirando su cuerpo sobre el de ella y besándola con suavidad.

—No puedo —dijo Aina tras un largo y apasionado beso en el que sus cuerpos parecían buscarse con cierta desesperación. Dexter se movió ligeramente, para colocarse a su lado y sin dejar de abrazarla, continuó besándola, pero con mayor suavidad.

—Sé que lo de James es una tapadera —le susurró Dexter finalmente. —No tiene sentido que intentemos negar lo que hay entre nosotros. La atracción, pero también la complicidad. Llegados a este punto, no puedo negar que ansío tenerte, pero solo tu compañía, tu olor, el tacto de tu piel, tus besos. Es más que suficiente. Solo te pido eso. Confía en mí.

—No quiero hacerte daño —le contestó Aina, sintiendo que sus propias emociones latían en sus dorados ojos.

—Lo peor fue cuando pensaba que estabas con James —le dijo Dexter con una mueca. —Jamás lo hubiera pensado, pero resulta que soy bastante posesivo. Tendrás que vivir con ello. Si tu aceptas eso, yo acepto el resto.

Aina le besó con suavidad, sellando un silencioso pacto.

James y ella caminaron por las calles mientras el Gran Sol empezaba a ponerse sobre el horizonte. Sir Anthony les esperaba en un pequeño reservado, en el primer piso de un viejo pero carismático restaurante. A Aina la decoración le sorprendió porque parecía evocar el desierto que había sido su casa. Las paredes interiores estaban barnizadas con una capa de arena de color ocre y las lámparas que colgaban del techo eran de oro puro, con lágrimas de cristal que brillaban con los cálidos colores del fuego de sus velas. Las mesas eran de madera oscura y tenían antiguas runas marcadas sobre su superficie de las que Aina no tenía conocimiento alguno. Cuando se identificaron una hermosa mujer, con su dorado pelo trenzado en miles de pequeñas trenzas que caían como una cascada a ambos lados de su cabeza, los acompañó al reservado donde Sir Anthony les esperaba en un pequeño sofá con una copa de vidrio transparente en la que quedaban aun restos de un licor de color rojizo. Se sentaron junto a él, alrededor de la chimenea, mientras la camarera les pedía nota. Acostumbrada al calor del desierto, Aina no pudo evitar sentir que la calidez que desprendían las llamas era extrañamente familiar y se sentó lo más próximo posible a ellas, para dejar que su calor la envolviera, mientras Sir Anthony felicitaba a James por su éxito en la primera prueba. James no dudó en explicarle todas las aventuras vividas durante la prueba, así como el papel de Aina en su éxito, sin mencionar el libro de magia que ocultaba en el armario, afortunadamente. Amigos. Suponía que en eso se basaba su confianza. La comida llegó justo antes de que James acabara su historia en el momento en que el grupo se dividió. Aina agradeció que les interrumpieran porque la mirada de Sir Anthony se había focalizado en ella, y sabía que le esperaba un interrogatorio.

—¿Cómo conseguisteis encontrar la tercera piedra? —preguntó Sir Anthony, tras sentarse en el cabezal de la mesa, con un chico a cada lado, y tomar un primer trozo de la extraña pieza de caza cocinada con pequeñas patatas y una buena cantidad de hierbas aromáticas.

—Dexter tiene trucos para orientarse en el bosque. —empezó ella, intentando parecer lo más neutra posible. —Está acostumbrado a moverse por él y es un escalador formidable.

—Por supuesto —dijo Sir Anthony con un movimiento afirmativo animándola a continuar.

—Llegamos al prado lleno de amapolas bastante pronto y empezamos a buscar una piedra con un aspecto similar al de las otras dos que ya habíamos encontrado —dijo Aina intentando parecer convincente. —Si no hubiéramos encontrado las otras antes, hubiera sido buscar una aguja en un pajar, pero supusimos que, si las otras dos eran tan similares, ésta también lo sería. Descartamos unas cuantas hasta que encontramos una que se notaba viva, vibrante, igual que las otras.

—Ha sido una proeza lo que habéis conseguido junto a los otros chicos —les dijo orgulloso Sir Anthony. —Sé que los otros participantes de la guardia no están contentos con vuestra actuación, pero creo que los resultados hablan por sí solo de que vuestra elección ha sido la correcta.

—De los participantes de la guardia, los que me preocupan son Vladimir y sus secuaces. —admitió James. —Didac y Marvin son buena gente.

—Soy consciente de ello —le contestó Sir Anthony con el gesto fruncido. —El problema es que hay miembros mayores de la guardia que creen que Vladimir sería una buena opción como Rey y lo apoyan. No quieren perder la influencia que hasta ahora la guardia había tenido en Do-Urh.

—¿Influencia? —preguntó Aina sin acabar de entenderlo.

—Aunque al convertirse en Rey el participante deja de formar parte de su gremio, los amigos y los favores siguen allí, no deja de ser la misma persona que fue y eso hace que siempre exista un cierto favoritismo para el gremio del elegido. La guardia tiene mucho interés en mantener el control sobre Do-Urh, no deja de ser nuestra ciudad fronteriza más importante.

—¿No se supone que el Consejo es la máxima autoridad tanto para la guardia como para el propio Rey? —preguntó Aina.

—Sí, eso es cierto. Pero el Consejo vive aislado entre sus murallas y muchas veces las decisiones se toman antes de que llegue hasta ellos que existe un problema, y no hemos de olvidar que dentro de las murallas de cada ciudad, la máxima autoridad es el Rey y sus Manos. Aunque tengan que justificar sus acciones frente al Consejo, tienen la autoridad para decidir.

—¿El Consejo podría destituir a un Rey o a una Mano? —preguntó Aina a Sir Anthony con curiosidad.

—A veces tienes unos pensamientos extraños, pequeña —dijo Sir Anthony con una pequeña carcajada. —Tanto los Reyes como el Consejo velan por nuestro pueblo y aunque sus opiniones a veces no sean exactamente las mismas, ambos buscan un mismo objetivo y jamás se ha dado un choque frontal que pudiera suponer un enfrentamiento tal. Aunque si se diera, supongo que el Consejo tendría serios problemas para destituirlo, la elección de un Rey y de sus Manos es una de nuestras tradiciones más antiguas, anterior incluso al Consejo, y el Pueblo respeta las tradiciones que las Diosas nos transmitieron. Aunque la Guardia responde en último lugar ante el Consejo, no ante los Reyes.

—El ejército es del Consejo —dijo Aina. —Si el Consejo obligara a la guardia a arrestar o matar a un Rey, no tendría más remedio que hacer lo que se le ordenara.

—Forma parte de nuestro Juramento —dijo Sir Anthony con voz cauta.

—¿Y a quien deben su fidelidad los magos? —preguntó Aina.

—No sabría decirte —dijo Sir Anthony sorprendido por su pregunta. —Antiguamente su gremio era fuerte y se debían en lealtad a él, pero ahora la Torre del Mago está desierta y la mayor

parte de magos se forman como aprendices de un único mago, así que supongo que su lealtad está con su Maestro y la de éste con el suyo propio.

Aina no insistió en el tema, consciente de que Sir Anthony no podría darle más información. Quizás tendría que intentar conseguir más información de la Mano, más adelante.

—El chico ese, el explorador, ¿es de fiar? —le preguntó Sir Anthony a James.

—Más que otros —le contestó encogiéndose de hombros y Aina supo que no estaba siendo completamente sincero. —No está acostumbrado a trabajar en grupo, pero aun así se está adaptando muy bien y sabe usar las armas como cualquier miembro de la guardia.

—Los cazadores lo tienen en el punto de mira —dijo Sir Anthony.

—No más de lo que Vladimir y los suyos me tienen a mí. —repuso James, intentando quitarle importancia.

—Vosotros sois parte del mismo gremio, James. Vladimir es consciente de que si levantara la mano contra ti los mayores le castigarían por ello.

—Pero eso no protege a Aina o al resto del grupo —dijo James con mirada audaz. —Y si la toman con ellos, la toman conmigo.

—Uno de vuestros amigos recibió una paliza de los cazadores —dijo Sir Anthony tras acabar el último trozo de carne.

—Algo así —dijo James frunciendo el gesto.

—Sabes que no puedes enfrentarte a ellos, expondrías a tu propio gremio si hicieras algo así, ¿verdad? —le dijo Sir Anthony con mirada severa.

—Lo sé —dijo James y añadió con una expresión tranquila pero una mirada desafiante. — Aunque si por lo visto todo está permitido dentro de los Juegos y en la próxima prueba sufren un accidente, nadie podrá recriminarme, ¿no?

—Supongo que no. —admitió Sir Anthony. — Aunque no creo que sea necesario porque alguien ya ha tomado cartas en el asunto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aina al ver que los dos hombres se miraban y silenciosas palabras se cruzaban en sus miradas.

—Varios cazadores han necesitado atenciones de los sanadores a lo largo del día de hoy — dijo Sir Anthony con voz profunda. — Nada grave, pero lo suficiente como para que llamara la atención de más de una persona. Solo quería asegurarme que vosotros dos no estuvierais detrás de eso.

—No, aunque no me hubiera importado participar si soy sincero. —aunque James añadió tras la mirada severa de Sir Anthony. — Pero conozco las obligaciones para con mi gremio, Sir.

—Eso está bien, joven James —dijo Sir Anthony con expresión más tranquila. — Sabes que estoy en deuda contigo por escudar a Aina, pero ni siquiera yo podría protegerte si desobedeces de forma abierta las leyes.

—Soy afortunado de poder escudarla —dijo James mirando a Aina con una sonrisa, viendo cómo ella se sentía incómoda en su silla, sin atreverse a intervenir y ofender a uno de sus mentores pero que con dificultad mantenía su genio controlado. — Aunque ella es más que capaz de velar por su propia seguridad. Lo cierto es que he encontrado más de lo que esperaba en todo esto. Hasta la compañía del erudito es extrañamente agradable. Pasar tantas horas con personas diferentes a uno, nos obliga a ver las cosas desde otras perspectivas y la experiencia está resultando muy valiosa.

—Me alegra oír eso —dijo Sir Anthony con expresión afectuosa. — Aina, ¿estás disfrutando tú también de los Juegos? Sé que no deseabas salir del oráculo pero no había otra opción. Siento

todo lo que ha pasado y temo por lo que aún queda por pasar, pero sé que eres lo suficientemente fuerte como para mirar adelante y no hacia atrás. ¿Puedes verdad?

—Sí, Sir Anthony —le contestó ella, parcialmente emocionada por la preocupación que teñía sus palabras. —A veces creo que despertaré y estaré en mi cama, en el oráculo, y que todo esto no es más que un sueño. Pero estoy contenta, James, Dexter, Iris, Thor y Feren, sin los juegos jamás los habría conocido.

—Y eso sería una gran pérdida —dijo James con una sonrisa pícaro y Aina no pudo evitar sonrojarse levemente.

James y Aina caminaron bajo la luz de una antorcha por las calles de la ciudad en dirección al hostel. De noche, todo estaba tranquilo, como si la misma ciudad se apagara con la llegada de la oscuridad y las estrellas. Aina no se quejó cuando James entró en su habitación y empezó a prepararse un jergón en el suelo. Empezaba a estar acostumbrada a su presencia a todas horas. Despertaron con las campanadas y al poco de instalarse en el comedor, Feren y Thor se les añadieron. Desayunaron entre bromas y fueron juntos al registro. Por la calle, Aina no pudo evitar oír comentarios de la gente a su alrededor hablando de ellos y sobre su extraño grupo. Muchos con admiración, pero otros con tono de burla. Un grupo de herreros que acompañaba a Iris se les unieron en la plaza del registro y entraron juntos a la gran sala donde los mejores sitios ya habían sido ocupados por los participantes más puntuales y madrugadores. Ante la sorpresa de Aina, Dexter ya estaba allí, sentado en un lateral al final de la sala. Se acercaron a él y se sentaron a su alrededor. Poco a poco el auditorio se fue llenando. En el estrado, los dos miembros del consejo se sentaron tras una pequeña mesa, de cara a los participantes y la Mano no tardó en hacer su aparición. Se colocó frente al atril y empezó a recorrer con la mirada la sala, mientras el silencio aparecía tras su inspección. Tardó tiempo en llegar hasta ellos, como si estuviera escuchando los pensamientos de cada uno de los participantes. No le prestó la más mínima atención a ella. Aina no supo si interpretarlo como un gesto hostil o si simplemente no tenía intención de perder el tiempo en intentar escuchar unos pensamientos a los que sabía no tenía acceso. La Mano posó su mirada sobre James y una pequeña sonrisa curvó su boca, antes de pasar su atención en dirección a Feren, sentado entre James y Dexter. Finalmente, llegó hasta Dexter y sus miradas se enlazaron. La mirada firme y el gesto desafiante de Dexter no pasó inadvertido para Aina, pero la Mano no pareció molestarse lo más mínimo.

—Bienvenidos. —empezó la Mano. —Antes de hablar de la siguiente prueba, lady Arcada quería hablaros sobre unas nuevas medidas de seguridad.

Aina desconectó en el mismo momento en que la miembro del consejo se puso de pie y empezó a hablar, acercándose hacia James y susurrándole al oído.

—¿En que estabas pensando?

—Estaba cantando mentalmente una canción un poco subida de tono —dijo James con una sonrisa angelical y Aina hizo un esfuerzo por no empezar a reír al entender la sorpresa de la Mano al escuchar sus pensamientos. Seguro que no se esperaba eso. Meneó la cabeza de forma reprobatoria, cuando algo en las palabras de la consejera captaron su atención.

—No hemos de temer de ellos, pero no podemos descartar que sean conscientes de la presencia de los juegos y por consiguiente consideren que los jóvenes, menos preparados y con menor entrenamiento, puedan ser víctimas más fáciles en su indefinida y perpetua guerra con nuestro pueblo. Ningún participante saldrá del recinto sin la supervisión de un miembro de la guardia y siempre bajo la autorización de uno de los Maestros o Ancianos de su propio gremio. Estas medidas de seguridad...

—¿De qué está hablando? —Aina le susurró a Iris, sentada a su derecha y que parecía atenta a la conversación.

—Han encontrado signos de salvajes en el bosque en el que se desarrolló la primera prueba. Es posible que estuvieran allí mientras pasábamos la noche. —la piel de Iris se había erizado levemente y Aina sintió como se encogía levemente, como si la mera idea le ocasionara miedo. — Van a tomar medidas extras de seguridad con nosotros, no todos podemos defendernos si un grupo nos ataca. Creen que pueden tener especial interés por las mujeres.

Aina se quedó en silencio, meditando sus palabras. Greg y sus amigos se meterían en problemas si seguían tan de cerca sus movimientos. Sintió la calidez del brazo de James sobre sus hombros y cuando se giró en su dirección, lo primero que vio fue la mirada de Dexter sobre ella, intensa y profunda. Supo que su miedo había sido malinterpretado, una vez más. Por lo visto él también daba por supuesto que la habían sodomizado y maltratado durante su secuestro y la mera idea de tenerlos cerca la convertía en una criatura débil y asustadiza, cuando en realidad temía por la supervivencia de unas personas que, aunque apenas conocía, le habían abierto las puertas de sus secretos, de sus pueblos y de sus corazones. Bajó la vista de la mirada de Dexter, que parecía inquisidora, como si intentara leer sus pensamientos, avergonzada por lo que habría dicho de haberlo escuchado. Su expresión mostró preocupación cuando ella se intentó esconder de él. Las palabras de la Mano rompieron la tensión que empezaba a acumularse entre ellos.

—A petición del consejo, el siguiente reto se realizará dentro del recinto de seguridad. — empezó la Mano. —Se tratará de una prueba sencilla en la que cada uno mostrará en público alguna de sus habilidades o sus obras. Cada participante puede hacer la presentación de forma individual o en grupo. Mañana a primera hora, la plaza del registro estará preparada para convertirse en el escenario de todos y cada uno de ustedes. El pueblo de Do-Urh votará a sus favoritos, los cinco participantes con más votos puntuarán y los tres participantes que más me impresionen a mí, particularmente, también recibirán un punto. La presentación empezará cuando el Gran Sol esté en su punto álgido y las campanas anunciaran su inicio como sucedió en el primer reto.

Varios murmullos empezaron a sonar por la sala cuando la Mano salió de forma solemne. Nadie sabía cómo se puntuarían sus actuaciones y todos parecían dispuestos a esforzarse al máximo en esta prueba que por lo menos, no parecía poner sus vidas en peligro. Aina no podía evitar pensar si habría gato encerrado en todo aquello, parecía demasiado sencillo después de lo que habían vivido en el primer reto. Salieron de forma ordenada del registro y el grupo al completo se dirigió a una pequeña cantina. Aina se sentó entre Dexter y James, con Iris justo enfrente, sentada entre Feren y Thor.

—No sé si sería mejor que entregáramos un arma de nuestro repertorio y nos olvidemos de la prueba —le decía Thor a Iris. —Lo que sea, al fin y al cabo, no tiene sentido pasarnos la noche entera para fabricar alguna ridícula pieza cuando obviamente, no tenemos opciones de conseguir nada.

—No seáis tan negativos —les dijo Feren. —Siempre podéis trabajar juntos en una pieza, con eso ganaríais unas cuantas horas de tiempo.

—No es tan mala idea —dijo Iris mirando a Thor con una expresión interrogante.

—¿Y que se supone que debemos hacer? —dijo Thor que seguía sin estar convencido con la idea. —¿Un arma, un escudo, una joya? Permítele que te diga que no es la cosa más original que se nos ha ocurrido hasta el momento. Creo que somos algo así como dieciséis herreros participando, dudo que destaquemos especialmente.

—Podrías forjar un arma para el futuro Rey —dijo James con una sonrisa y la mirada iluminada. —Como un regalo. Vuestra obra podría pasar a la historia.

—No es mala idea —dijo Dexter. —Un arma bien calibrada y de calidad, seguro que vuestro gremio os facilita los materiales si lo planteáis bien.

—Iris podría grabar la hoja, como las joyas que vimos del mercader de Argentum. —añadió Aina emocionada, contenta al ver la expresión sorprendida y soñadora de su amiga.

—Yo podría buscaros runas poderosas que hablaran de la historia de nuestro pueblo y del futuro de un buen Rey —dijo Feren emocionado también con la empresa.

—¿Pero qué tipo de arma? —dijo Thor que empezaba a ver el proyecto como algo más serio.

—Una espada, por supuesto —dijo James.

—Pero no me decantaría por una gran espada —dijo Dexter un instante después. —Tiene que ser un arma que pueda adaptarse al nuevo Rey, sea un herrero, un erudito, un comerciante o un cazador.

—Una aguja —dijo Aina y sacó de su funda una de sus espadas, dejándola sobre la mesa, mientras seguía hablando. —Nunca he visto una de ellas, pero he leído alguna cosa sobre ellas. Son más finas y delgadas que una espada habitual, su filo es plano pero la punta acaba como la de una flecha, haciendo que sea mucho más fácil pese a su delgadez, penetrar un tejido.

—Al ser más estrecha disminuye su peso —dijo Thor. —Puede usarla alguien con poca fuerza sin perder su capacidad letal. Pero ¿sería del agrado de un rey poderoso?

—Creo que un cazador apreciaría su ligereza —dijo Dexter con un gesto afirmativo. —Además, siempre que fuera corta, podría usarse como una segunda espada en el combate.

—Tú podrías combinarla con tu cimitarra, pero no creo que un guardia que use un mandoble le diera uso —dijo James.

—Bueno, confío plenamente de que un guardia que no sabe usar otra cosa que un mandoble, no sea el idóneo para convertirse en Rey —dijo Dexter alzando una ceja de forma significativa. —Y en el peor de los casos, si acabara sentado en el trono, me alegraré de que no sea capaz de beneficiarse de esta arma en concreto.

James no pudo evitar reír ante su comentario; Vladimir ostentaba siempre su mandoble en los entrenamientos, un arma letal que usaba hábilmente y presentaba un aspecto intimidatorio.

—Creo que es una buena idea —dijo Thor finalmente —Y vosotros, ¿qué haréis?

—Ni idea —dijo James sin mostrarse lo más mínimo inquieto.

—Yo tengo una idea, pero no quiero adelantar nada —dijo Dexter con una sonrisa torcida y añadió —Nada espectacular, pero creo que os sorprenderá. ¿Por qué no cruzáis cuatro golpes con la espada para mostrar su equilibrio antes de entregarla vosotros dos?

Aina y James se miraron sorprendidos por su idea. Aina sacudió la cabeza antes de que Thor y el resto se hicieran ilusiones al respeto.

—No creo que sea buena idea que presente el arma del futuro Rey una hija Maldita, seamos realistas —dijo ella con voz neutra. Todos la miraron unos segundos antes de recordar que ella estaba maldita en realidad, como si lo hubieran olvidado.

—Quizás tengas razón, no lo había pensado desde esa perspectiva —dijo Dexter frunciendo el ceño, consciente de su error al no haberlo tenido en cuenta, y sentir la humillación de ella al recordarles su posición en su mundo.

—Pero James sí que podría hacer algo así —dijo ella sin darle más importancia al asunto. —Una entrada triunfal, mucho más llamativa que dejar el arma en manos de la Mano, sin más.

—¿Qué harás tú? —dijo Iris dejando la ilusión por su proyecto a un lado y observando a su

amiga y a la soledad que de repente la rodeaba. Aina la miró con una sonrisa triste, cansada. No había sido consciente hasta ese momento de que ella misma empezaba a olvidar que estaba maldita. Su collar de cuero la protegía de las miradas curiosas y quizás el hecho de no tener que preocuparse a cada segundo de ser expuesta por completo, le había permitido relajarse y casi olvidarse de su condición. Además, el hecho de que todos supieran que estaba Maldita, hacía que no sintiera la necesidad de ocultarse de forma inconsciente. Cuando un secreto, o al menos parte de él, deja de ser un secreto, es mucho más fácil vivir con ello.

—Siempre puedo optar por llevar unas cuantas bandejas cargadas de bebidas alrededor del público —dijo ella intentando que su voz sonara burlesca, pese a la tristeza que experimentaba en esos momentos. —Tengo gran equilibrio y siempre he sido una buena Ayudante. No tengo por qué avergonzarme de ello.

—Por supuesto que no —dijo Iris de forma enérgica. —Pero la idea de la aguja es tuya y mereces pertenecer al proyecto tanto como el resto.

—Pero no es así como ha de ser, Iris —dijo Aina con voz calmada. —Un Rey no deseará algo forjado, diseñado o entregado por una Maldita. Está bien para mí, no te preocupes.

—¿Hay algo que se te dé bien? —preguntó Feren. —¿Algo en lo que hayas sido entrenada, aunque sea solo un poco?

—No tengo gremio. —contestó Aina de forma neutral. No podía explicarle que tenía algunas habilidades sin delatar el interés en ella de su tía. —Pero he aprendido alguna cosa de la gente que me rodeaba. Puedo usar un arco para cazar y soy capaz de defenderme con una espada. Conozco alguna cosa de plantas medicinales, porque cuidaba a los animales y la sanadora del oráculo consideró interesante que pudiera cuidarlos dignamente. Aprendí algo de música de una Maestra porque a las Videntes les entretenía escuchar el arpa. Nada sobresaliente, en cualquier caso.

—Podrías preparar algunas pócimas —dijo Feren ilusionado.

—¿Y alguien se arriesgaría a tomarlas? —dijo Aina con una sonrisa al notar su ilusión. —Una cosa son animales, otra cosa son personas.

—Estás siendo muy negativa —le dijo James mientras golpeaba su hombro contra el de ella. —Es tu falta de entrenamiento lo que hace que tus habilidades no sean las esperables, no tu falta de habilidades. Eso no lo olvides nunca.

—Al efecto es lo mismo —le contestó ella sin poder evitar que una sonrisa por su amabilidad acudiera a su cara. —Pero no os preocupéis por mí. Creo que me limitaré a cruzar la plaza y llegar hasta la Mano.

—Eso muestra sin lugar a duda, la posesión de una gran cantidad de habilidades —dijo Dexter con voz seria pero la burla plagada en cada una de sus palabras.

—Bueno, ríete lo que quieras —le dijo Aina sacándole la lengua y haciéndole una mueca. —Pero teniendo en cuenta que estoy maldita, simplemente el hecho de estar viva y participar en los juegos, creo que ya es hazaña suficiente.

—Me gustan tus agallas —dijo Iris con una sonrisa aplaudiéndola. —Di que sí. Estoy segura de que, si algún gremio te hubiera tomado bajo su tutela, estarían orgullosos de ti. Demuestra al Consejo y al resto de participantes que ocupas tu lugar en el mundo y patéales el culo.

—Lo de patearles el culo creo que ya es un poco demasiado —dijo Aina riendo ante su impulsividad. No tardaron en separarse. Feren se dirigió a la biblioteca a estudiar qué runas usarían para grabar la espada mientras Iris y Thor fueron a buscar al Maestro de Iris para explicarle su proyecto. Dexter desapareció envuelto en un aura de misterio sobre su presentación

al día siguiente. Estaban a punto de llegar al hostel, cuando James le preguntó de forma brusca a Aina:

—Aina, ¿seguro que quieres hacer eso mañana?

—No tengo tampoco muchas más opciones —le contestó ella encogiéndose de hombros. — Además, nadie espera que yo haga nada, realmente.

—Está bien, no insistiré —le dijo él, dándose por vencido y luego su mirada se iluminó. — Pero podrías ayudarme a prepararme para la exhibición de la espada, al menos.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella mirándole con expresión intrigada.

—Bueno, podríamos cruzar un rato esas mini espadas que siempre llevas colgadas y así me enseñarías que se puede hacer con ellas.

—Se supone que tú eres el guardia y por tanto el que debería enseñarme a mí a usarlas —le dijo ella con voz desafiante.

—Yo solo soy un humilde aprendiz —dijo él con una sonrisa. —Ven, conozco un sitio en el que nos dejaran una sala en la que poder entrenar tranquilos sin miradas impertinentes.

Aina le siguió sin dudarle ni un solo segundo. Hacía tiempo que deseaba probar el equilibrio de sus espadas pero no había tenido ni un solo momento. Llegaron a una vieja casa en la que un hombre anciano sentado en un balancín vigilaba recelosamente la puerta abierta de la entrada. James le saludó y la presentó como su pareja, a lo que el hombre le sonrió con delicadeza. Subieron al piso de arriba por una vieja escalera de madera y ante los ojos sorprendidos de Aina, llegaron a una gran sala con el techo alto, sostenido por unas hermosas vigas de madera vistas. Las ventanas estaban cerradas y en una pared había multitud de armas sobre varios escaparates. Un par de dianas en el otro extremo de la habitación llamaron su atención, así como varios sacos que colgaban de las vigas en una de las esquinas.

—Este sitio es uno de los lugares de entrenamiento de Dexter —le dijo James mientras se sacaba la capa y tomaba una coraza de protección y le tendía a ella otra similar. Tras sujetarse las protecciones, James rodeó la punta de las espadas con una cinta de color negro que parecía adherirse a ellas sin dificultad. —No sé como la encontró, o si es un puesto usado por los cazadores o los exploradores, pero hace tiempo que venimos aquí. Le tendió una espada a Aina y él tomó la pareja, colocándose a cierta distancia de ella. Empezó a moverse con pasos pequeños alrededor de Aina, acercándose a ella y alejándose. Ella le seguía con habilidad, manteniendo siempre la misma distancia entre ellos. James la animó a intentar golpearle y Aina ejecutó un movimiento suave pero bien dirigido que James paró sin demasiada dificultad. Después de aquello, Aina se animó y empezó a realizar nuevos ataques, intentando concentrarse en el movimiento de sus pasos y en los de James, manteniendo la posición y el equilibrio. Tras una hora, James la felicitó y Aina sintió que la alegría llegaba a cada esquina de su cuerpo. Aceptó las críticas de él, escuchando sus comentarios y admitiendo que James era un gran observador. Y un gran espadachín. No tardó en lamentarse de haberle pedido que atacara él. No usó la fuerza, de la misma forma que ella no la había usado, ni tampoco buscó una velocidad agobiante. Ninguno de los dos estaba esforzándose al límite y sin embargo, eso le permitía a Aina la serenidad de concentrarse en cada movimiento, en cada paso, en cada cambio de dirección, en los cambios de peso entre sus pies así como en la forma de mover el cuerpo tanto para mantener la estabilidad como para evitar un golpe. No fue hasta que James dio por acabado el entrenamiento y salieron a la oscuridad de la calle, que fueron conscientes de la cantidad de horas que habían pasado metidos allí. Aina se sintió viva de nuevo al revivir sus entrenamientos de la infancia y no pudo evitar sentirse más ligera mientras caminaban por las calles, iluminados por una pequeña antorcha

que el anciano les había ofrecido al irse. Se dirigieron hacia la herrería y pese a la hora que era, la luz que se veía dentro de la casa los animó a llamar a la puerta. Un hombre con una generosa barriga y aspecto cansado les abrió al poco rato y los miró con gesto alegre. Aina podía oler en la distancia el olor del café y el alcohol a partes iguales en él.

—Vosotros debéis ser los que faltan —dijo con voz alegre, como si su presencia en su puerta a aquellas horas fuera lo más normal del mundo. —Estamos tan emocionados como si estuviera dando a luz una de nuestras mujeres.

Sin más presentaciones, les hizo un gesto para que le siguieran y pasaron por varios pasillos hasta llegar a una sala en la que por lo menos había siete personas con petos de herrero y las mangas de las camisas remangadas hasta los codos, sudados y manchados de hollín. Dos de ellos eran Thor e Iris, al menos habían ido al lugar adecuado. El bonachón barrigudo, así lo había apodado Aina al no conocer su nombre, les acercó hasta una mesa donde ante su sorpresa encontraron a Dexter y Feren, junto a algunos herreros.

—¿Esto es una fiesta privada y no nos habías avisado? —dijo James sentándose junto a Dexter con una sonrisa.

—Por vuestro aspecto —dijo uno de los herreros sentados allí, con aspecto algo desaliñado. —No somos los únicos que han tenido hoy una fiesta privada.

Aina sintió que se sonrojaba. Era cierto que la ropa estaba arrugada por la presión de las protecciones y que su cuerpo sudado podía llevar a aquellos hombros a conclusiones equivocadas. Era más probable que se los imaginaran retozando toda la tarde que no compartiendo golpes de espada, no podía culparlos. Se mordió el labio para que alguna palabra mordaz no se escapara y no pudo evitar poner los ojos en blancos al oír el comentario bromista de James.

—No os podéis imaginar lo deprisa que pasan las horas con una buena compañía. —Los herreros sentados en la mesa empezaron a reír a carcajadas, achispados por el alcohol, y Aina tubo que clavarse las uñas en la palma de la mano para evitar saltar en ese mismo momento. Dexter la miró cauto y no pudo evitar una pequeña sonrisa al notar su incomodidad, aunque parecía inquieto por no saber dónde había estado en realidad.

—Estos compañeros de Iris y Thor han estado ayudando a mantener el fuego —les explicó Feren. —Han fundido acero y una daga de mithrill, por lo que el arma tendrá una dureza sorprendente, pese a su delgadez.

—¿De dónde han sacado la daga? —preguntó James sorprendido, no era habitual encontrar ese material, que únicamente podía extraerse en algunas minas en las cumbres heladas de los reinos de Plata.

—Uno de los Maestros de Iris se la ha regalado, cuando le han explicado la idea de forjar un arma para el futuro Rey —dijo Feren y añadiendo al poco tiempo, cuando los herreros se levantaron de la mesa para volver a avivar el fuego, añadió. —Por lo visto en el gremio tienen algunos fans por la forma en que Iris y Thor actuaron en el primer reto.

—Ni que lo digas —dijo James mirando como los cinco hombres se movían por la habitación acercando cubos, poniendo carbón y revisando el fuego mientras Iris y Thor golpeaban en una perfecta sincronización la futura espada, la enfriaban, calentaban y volvían a golpear en un ritmo casi hipnótico. Pasaron un par de horas más hasta que dieron por concluida la primera parte de la obra y la mayor parte de los herreros dieron por terminada su colaboración. Solo el barrigudo, que resultó ser el mentón de Iris y el antiguo propietario de la daga de mithrill, se quedó con ellos durante toda la noche, tragando esa mezcla de café y licor como si se tratara de agua. Tras alisar

la superficie en diversas pulidoras, Iris y Thor alzaron el filo de la espada orgullosos. Todos se acercaron a ella y observaron la belleza de su filo. La luz del fuego brillaba ligeramente sobre su hoja y Aina observó la fina pero mortal punta con admiración.

—Iris, tú eres más diestra con el detalle fino, ¿por qué no trabajas con los grabados mientras yo me ocupo de la empuñadura? —dijo Thor tras observar con los ojos iluminados, emocionado por la belleza de su obra.

—Por supuesto —dijo Iris con los ojos brillantes y siguió a Feren hasta la mesa.

—Espero que sea una buena elección —dijo Feren inseguro, mientras sacaba de debajo de su chaleco un pergamino doblado en cuatro partes simétricas con precisión. Tras abrir el papel, cinco símbolos uno debajo del otro, se mostraron ante ellos. Aina no pudo evitar acercar el dedo y reseguir una parte de la primera de ellas, absorta por la belleza de las líneas.

—Son preciosas —dijo Iris mirando las runas. —Necesito que me enseñes como has trazado cada una de ellas para reproducirlas luego sobre la piedra. Las tallaremos sobre el metal, para asegurarnos que el tiempo no pueda hacer estragos sobre ellas. Los relieves en un arma pueden desaparecer por el uso del filo.

—¿Qué significan? —preguntó James con curiosidad.

—La primera es el símbolo de la verdad —dijo Feren mientras en otro pergamino empezaba a dibujarla de nuevo, para que Iris pudiera ver el orden en el que se sucedían las líneas hasta completar el dibujo. —Aunque también la conocen como el símbolo que evita la mentira o la descubre. La segunda es la balanza, el símbolo de la justicia y del equilibrio, algo que siempre debería estar presente en el juicio de un buen Rey.

—La tercera es la fuerza —dijo James con orgullo. —Es uno de los símbolos de las corazas de los guardias, aunque hubiera jurado que esta parte de aquí era un poco diferente.

—Es cierto —dijo Feren con un gesto afirmativo, orgulloso de que James se hubiera dado cuenta de las diferencias. —Esta es una runa más antigua, no solo habla de la fuerza física, también habla de la valentía y la perseverancia. De alguna forma evoca la fuerza física y la fortaleza para mantenerse firme en las situaciones difíciles.

—Es una runa muy poderosa —dijo Iris mientras intentaba reproducirla sobre uno de los pergaminos viejos de Feren. —Casi puedo sentir como se me eriza el vello mientras intento plasmarla sobre el papel.

—A mí me pasó algo parecido cuando la encontré, casi como si me llamara a gritos para formar parte de la espada —dijo Feren con una sonrisa confidente. —Esta de aquí es su runa complementaria, la de la sabiduría y el pensamiento.

—¿Y esta última? —preguntó Dexter participando por primera vez y Feren pareció dudar durante un momento antes de contestarle.

—Bueno, es una runa poco conocida, es la runa del amor —dijo él notando como se sonrojaba un poco. —Puede parecer poco apropiada, pero un rey debe amar a su pueblo.

—Se parece mucho a la runa que dibujó Aina —dijo Dexter mirando a Feren que parecía incómodo de nuevo.

—Bueno, lo cierto es que es la runa de Aina —dijo Feren y sacando un papel muy arrugado de uno de sus bolsillos y desdoblándolo con cuidado, Aina vio la vieja hoja en la que estuvo haciendo prácticas con Feren el día de la presentación de los gremios. Miró sorprendida el papel y observó la concordancia exacta con la que Feren había dibujado para la espada. Feren miró a Aina, como si quisiera pedirle disculpas por no habérselo explicado antes. —La encontré esta tarde en los tomos más antiguos de la biblioteca. Su poder no es fuerte, pero hay algo en ella que

es importante. Creo que es una runa casi olvidada, supongo que desde lo de la Transición el concepto de amor ha ido desapareciendo poco a poco. Nos debemos a nuestros gremios y a nuestros reyes, pero los matrimonios han desaparecido y con ellos los hermanos y las familias. La amistad existe, pero muchas veces viene condicionada por nuestras responsabilidades y nuestro lugar en la sociedad, no de una forma espontánea y casual, como el amor que este símbolo representa.

—Amor —dijo Iris. —Parece extraño que una espada tenga gravado ese símbolo.

—El amor es lo único por lo que vale la pena luchar y morir —dijo Dexter con voz grave pero en apenas un susurro y añadió al ver las caras sorprendidas y el silencio que había aparecido a su alrededor. —Mi padre era bastante anciano cuando yo nací, pero viví con él hasta los doce años, cuando murió. A veces decía cosas sin sentido, que con el tiempo se vuelven cada vez más y más coherentes. Creo que a él le encantaría tu elección.

Feren se sonrojó levemente y Aina sintió como si algo importante hubiera pasado justo en ese momento. Como si una vibración, casi imperceptible los hubiera rodeado a todos ellos, creando pequeñas hebras imaginarias que los unía.

—Feren, creo que sería mejor que pintaras las runas con carboncillo sobre el filo y yo las tallaré después —dijo Iris tras analizar sus trazados, mucho menos precisos que los de Feren.

Empezaron a trabajar en una mesa alta y James, Dexter y Aina, quedaron a solas en la mesa repleta de jarras vacías, observando como Thor trabajaba la empuñadura bajo la supervisión del barrigudo feliz mientras Iris y Feren trabajaban de forma conjunta sobre los grabados del filo de la aguja.

—No creo que sea casualidad que Feren no haya elegido ninguna runa que haga referencia a la Diosa —dijo James un rato más tarde.

—¿Qué quieres decir? —dijo Aina.

—Nada, realmente —dijo James con la mirada perdida, sumido en unos pensamientos que por lo visto no tenía intención de compartir.

—¿Dónde habías visto esa runa? —le preguntó Dexter a Aina.

—Supongo que en el Oráculo —dijo Aina encogiéndose de hombros. —Feren me explicó que hay muchas personas que tienen memoria visual y son capaces de reproducir casi cualquier cosa que hayan visto.

—Recuerdo la expresión de tu cara cuando la dibujaste —dijo Dexter, acercando su cuerpo hacia ella, hablándole prácticamente en susurros, pese a que James, sentado al otro lado de Aina, los escuchaba con atención. —No estabas recordando, Aina, estabas sintiendo. De la misma forma que Feren dejó que las runas llegaran a él para localizar las piedras.

—Eso es imposible —dijo Aina frunciendo el entrecejo. —Yo no puedo conectar con la Fuente. La escritura guiada, necesita un guía.

—Si eso es cierto, sigo preguntándome cómo dibujaste justamente esta runa olvidada —dijo Dexter con una mirada interrogante. —O qué fue tu guía.

Aina abrió los ojos como platos y sintió como su corazón empezaba a desbocarse. ¿Tendría razón Dexter? ¿Habría guiado alguien su mano mientras dibujaba la runa? ¿O había sido tan solo una coincidencia? ¿Existían realmente las coincidencias? James salió a su rescate.

—Si de magia va el tema, lo más posible es que fuera la Mano. —su voz era seria, casi preocupada.

—¿La Mano? —preguntó Dexter sorprendido mirando a James de forma interrogante.

—Es una larga historia —dijo James poniendo los ojos en blanco, como si hablar de aquello

fuera la cosa más pesada del mundo, pero el interés de Dexter no desapareció.

—No tengo nada mejor que hacer que escuchar —le contestó recostándose sobre el respaldo de la silla, como si se pusiera lo más cómodo posible.

—Ya sabes que la Mano me dio el libro. —James alzó una ceja sorprendido de que Aina le hubiera explicado aquello también a Dexter y ella se encogió de hombros mientras continuaba. —Creo que hasta sentía curiosidad por mí, pese a lo de estar maldita. Por lo visto puede escuchar lo que está pensando la gente, pero mi mente está bloqueada para él y eso supongo que puede parecerle casi un reto.

—¿Por qué no puede leer tus pensamientos? —le preguntó Dexter y James lo miró con asombro, interrumpiendo a Aina antes de que ella le contestara.

—¿Sabías que puede leer la mente? —le dijo James sorprendido y Dexter le sonrió con ese aspecto petulante que parecía reservar para James.

—Por supuesto —dijo Dexter sin darle importancia. —La mayor parte de magos poderosos tienen esa capacidad y solo hace faltar ver como mira de forma directa a todas las personas que lo rodean para darse cuenta.

—¿Qué pensabas esta mañana? —le preguntó Aina entonces. —No parecías especialmente amistoso.

Dexter la miró sorprendido, quizás por su observación o quizás por el hecho de haber sido observado con tanto detalle. Suspiró antes de contentar.

—Estaba pensando en todas las cosas que tenía ganas de comentarle, como supuesto explorador de la región. Tener una audiencia con él es complicado, así que es más sencillo de esta forma. —admitió.

—¿Cómo qué? —preguntó James.

—La presencia de salvajes dentro de las murallas y en los alrededores, o el abuso de algunos participantes fuertes sobre otros más débiles —dijo Dexter encogiéndose de hombros, restándole importancia y evitando mirar a Aina.

—¿Solo eso? —le preguntó Aina mirándole con intensidad, completamente segura de que le ocultaba algo.

—Quizás también le pregunté algo sobre porque tenías uno de sus libros, tal vez —le contestó él, sin entrar en detalles y antes de que Aina pudiera recriminarle algo, Thor los empezó a llamar a gritos para que observaran la acabada empuñadura de la aguja. Iris no tardó mucho más en acabar los grabados y finalmente enlazaron las dos partes con maestría. Dexter fue el primero en tomar la aguja, completamente acabada, en su mano zurda y cortó el aire en varios movimientos diestros antes de tenderla a James para que la probara, mientras decía con voz suave. —Esta espada, es realmente digna de un Rey.

James y Aina la sostuvieron también un rato, alabando su equilibrio y su belleza, mientras los herreros sonreían cansados, pero orgullosos. El Maestro Herrero despertó a todos los que habían ayudado a fundir el material para observar la obra y todos y cada uno de ellos felicitaron a los dos jóvenes herreros por su obra. Iris y Thor fueron a lavarse a sus aposentos poco después, con los primeros rayos del Gran Sol, orgullosos por su obra y por las muestras de aprecio y admiración de sus compañeros de gremio y de sus amigos. A ninguno de los dos les importaba realmente si ganaban la aprobación o no de la Mano. Ellos ya habían ganado la aprobación de las personas que realmente les importaban.

La voluntad del pueblo.

La plaza del registro había sido transformada en un escenario público. La calle principal se abría paso hasta la plaza, en cuyos laterales se habían dispuesto varias filas ascendentes de gradas mediante viejas tablas, como si se tratara de un anfiteatro. En el extremo opuesto a la entrada el registro, con sus esbeltas columnas doradas, regía el complejo con majestuosidad. Un pequeño escenario se había colocado debajo del balcón del primer piso, donde tras una mesa regia de madera oscura, había varias sillas forradas de terciopelo dorado, ocupadas por los dos miembros del Consejo y algunas otras personas a las que Aina no conocía. Los participantes se habían amontonado en la zona de entrada a la plaza y observaban nerviosos como las gradas se llenaban con más y más gente. Dos guardias y un erudito acompañaban a los participantes en la zona de entrada, pero no fue hasta que la Mano hizo resonar su voz por todo el recinto, usando algún tipo de magia para que el sonido llegara de forma clara hasta todos y cada uno de los rincones, cuando el erudito empezó a llamarlos por sus nombres, para que entraran en la zona de exhibición mientras revisaba las listas de participantes con mirada calculadora. El primero en entrar, con pasos vacilantes, pero intentando mantener la cabeza alta, era un miembro de los comerciantes, que caminó directamente hasta la mesa del consejo. Aina escuchó como uno de los hombres a los que no conocía le preguntaba que habilidad o qué prueba de sus habilidades traía consigo y el chico mostró un largo pergamino enrollado que había llevado con sumo cuidado dentro de un carcaj a su espalda. La Mano descendió desde el balcón, levitando en el aire con su magia, para la sorpresa y admiración de todos. Cuando llegó junto al chico, con mirada alegre, le dio una pequeña figura y al sostenerla la voz del comerciante empezó a escucharse por toda la plaza con claridad. El chico les explicó con voz nerviosa, que se trataba de un mapa de los pueblos Dorados, hecho por él mismo en sus viajes como comerciante y en el que había añadido rutas no usadas habitualmente y que eran desconocidas en la mayor parte de los mapas del Reino. La Mano le felicitó por su obra, y a continuación el pueblo de Do-Urh empezó a aplaudirle y alabarlo. Un guardia le indicó al joven comerciante que se sentara en una pequeña zona de las gradas, al lado del registro, que había sido reservada para los participantes.

Uno a uno, los participantes salieron a la plaza con sus muestras o mostrando sus habilidades. Un cazador disparó varias flechas a una diana situada en el otro extremo de la plaza, impactando en el centro ante la atenta mirada y el júbilo de los espectadores. Otro entró haciendo acrobacias a lomos de un blanco corcel. Una costurera hizo desfilar a tres hermosas mestizas vestidas con vestidos de ensoñación, expuestas como frágiles modelos a su alrededor. Cuando el primer guardia del grupo de Vladimir fue llamado, salió el grupo al completo, con espadas en mano, compartiendo juntos estocadas y golpes, demostrando la fuerza y compenetración del grupo de forma magistral. Los silbidos y los chillidos alentadores surgieron de las gradas ante ellos. Una sanadora aportó varios frascos de ungüentos especiales, algunas recetas inventadas por ella misma. Aina estaba sumida en el ir y venir de participantes, en la voz del hombre que narraba siempre con emoción y sentimiento las habilidades y los objetos que entregaban los participantes antes de que estos se acercaran y la Mano los felicitara por su demostración con palabras alentadoras. Salió de la ensoñación cuando Iris le golpeó en el costado y en un susurro le dijo:

—Nos toca. Deséanos suerte. —su expresión mostraba el estado de nerviosismo que había dentro de ella.

—No la necesitáis —le contestó Aina con una sonrisa, consciente de que su obra era sin lugar a duda, perfecta.

James empezó a caminar con la aguja en su mano derecha hacia el centro de la plaza, seguido por Iris y Thor, con Feren situado en medio de ellos, mientras el escribano nombraba a cada uno de los participantes que habían entrado en el registro y entre el público algunos gritos animaban al peculiar grupo. Cuando James llegó al centro de la plaza, asegurándose de tener espacio suficiente, empezó a moverse con la espada en la mano derecha, haciendo estocadas y finos movimientos con el arma. Tras varias fintas y vueltas, lanzó al aire la espada y la cazó al vuelo con la mano izquierda, continuando sus movimientos con el arma con esa mano, como si se tratara casi de una danza. Para acabar la presentación de la aguja, la levantó recostando el filo sobre las palmas de sus manos, por encima de su cabeza, de forma que la luz del Gran Sol resplandeciera sobre su filo. Aina pudo ver en la distancia una lágrima surcar la mejilla de Iris, emocionada por la presentación y por la belleza del arma. James bajó la espada y sin volver a tomarla de la empuñadura, dejando que reposara sobre sus palmas empezó a caminar seguido de sus amigos hacia la mesa mientras los aplausos corrían por las gradas. El hombre escuchó las explicaciones de Iris y luego explicó a la multitud la historia de su presente.

—Estos jóvenes participantes, del gremio de herreros, escribanos y de la guardia, presentan de forma conjunta una espada forjada con el más fino acero y mithrill, sobre la que antiguas y poderosas runas han sido talladas con esmero, como obsequio para el futuro nuevo Rey, con intención de que le acompañe en su futuro y largo reinado sobre Do-Urh. —cuando su mensaje llegó a su fin, las gradas se convirtieron en una alocada mezcla de aplausos y chillidos. Todos y cada uno de los presentes se habían emocionado al pensar en que los jóvenes hubieran diseñado y preparado un arma tan hermosa para su futuro nuevo Rey.

—Esta espada es una muestra de la grandiosidad de nuestro pueblo, en que cada uno de nosotros aporta una parte imprescindible para asegurar un resultado final que roza la perfección. Es un honor como Mano guardar esta espada hasta que el nuevo Rey la tome como propia —les dijo la Mano mientras con un gesto solemne tomaba la espada que le ofrecía James y les autorizaba a marcharse con un movimiento de cabeza. Aina no podía ver la cara de James y se preguntaba en qué estaría pensando en esos momentos, estando delante de la Mano. Nuevos participantes siguieron entrando en la plaza y la animación continuó. Aina no pudo evitar sentir que su piel se erizaba de forma instintiva cuando escuchó como el erudito pronunciaba su nombre. Se caló la capucha sobre los hombros y empezó a caminar por la plaza, escondida bajo sus ropas, sintiendo los rostros de miles de hijos de Aurum sobre sus espaldas. Su idea de no hacer nada, vistas las exhibiciones de la mañana, no parecía tan buena idea, después de todo. ¿Podrían acusarla de no esforzarse en la prueba y degradarla aún más? Su piel era dorada y sus ojos del color correcto, pero tenía más cosas en común con los mestizos que con los propios hijos de la Diosa. Bloqueó los pensamientos que empezaban a tomar una dirección peligrosa hacia los salvajes, hacia Greg y sus secretos, temerosa de que la Mano hubiera descubierto la forma de entrar en su mente y pudiera de alguna forma, delatarlos. Quieta en medio de la plaza, se planteó que opciones tenía. La gente la miraba con curiosidad. La hija maldita. Podía sacar las espadas y hacer una demostración similar a la que había realizado James o la propia Guardia, pero eso implicaría demostrar que era capaz de usar las armas como algo más que objetos decorativos y no estaba segura de si eso le interesaba. Invisible. Ese era su mayor logro. Pero no podía volverse invisible allí en medio, mientras miles de ojos permanecían fijos sobre ella. Sintió algo cálido y levantó la cabeza para encontrarse con los ojos de la Mano, que la miraban en la distancia con una

expresión calmada y tranquila. Aina se bajó la capucha, mostrando su rostro ante las miradas curiosas y sin apartar la mirada de la de la Mano, se acercó a la mesa. Al llegar allí miró a la Mano y con expresión cauta le dijo:

—Soy Aina, la hija Maldita del Desierto. No poseo talento alguno, pues la Diosa me maldijo, pero es para mí un honor estar aquí hoy y poder ver a todos estos hermanos con sus habilidades y talentos.

Lady Arcada parecía sonreír ante su confesión. ¿Podrían castigarla por no hacer algo, por pequeño que fuera? Parecía que estuviera a punto de tomar la palabra, cuando la Mano empezó a hablar con voz solemne y expresión firme. Su expresión alegre había desaparecido, pero Aina sentía que estaba dispuesto a protegerla.

—Aina, hija Maldita del Desierto, tu humildad al aceptar tu ausencia de habilidades o talentos al estar maldita por la Diosa debe servirnos a todos para recordarnos el honor que la Diosa posó sobre el resto de nosotros al bendecirnos. Se necesita un hijo Maldito, carente de dones, para que cada uno de nosotros recuerde que nuestras habilidades y talentos no son más que regalos de la Diosa. Acepto tu humildad como regalo y espero que nos aporte a cada hijo de Aurum una mayor conciencia.

El silencio se llenó de aplausos mientras Aina hacía una reverencia y los miembros del Consejo se miraban sorprendidos por la actitud de la Mano. El público había quedado prendido de la joven maldita, sin habilidades ni dones, que había sido capaz de mostrarse de forma humilde ante el pueblo mientras todos agradecían de corazón, no estar en su piel. Lady Arcada volvió a relajarse en su silla, si en algún momento tenía alguna maniobra pensada para castigar a Aina, había quedado anulada tras las palabras de la Mano y la respuesta del Pueblo. Aquella alteración del orden normal de la exposición fue restaurada poco después, cuando nuevos participantes salieron a la plaza con nuevos talentos que mostrar. Aina los observaba, sentada entre Iris y James, que le habían mostrado su apoyo al llegar junto a ella, con abrazos y palmadas sobre los hombros, asombrando la solidaridad que existía entre ellos al resto de participantes. No fue hasta que el nombre de Dexter sonó en el aire, cuando un silencio absoluto volvió a aparecer en la plaza. Todos deseaban ver al explorador en acción, especialmente después de su sorprendente debut en el que consiguió presentar una piedra. Aunque el erudito lo había nombrado, nadie aparecía en la plaza y la tensión empezaba a aparecer en las gradas. Aina escuchó la primera nota como si se tratara de un susurro que había traído el viento, solo para ella. Esperó hasta escuchar la siguiente nota, más aguda y penetrante que la primera, buscó con mirada felina entre las gradas, buscando el origen de esos sonidos. La música empezó a sonar. Notas lentas, cargadas de sentimiento, suaves y sugerentes, empezaron a envolver la plaza. Todas las cabezas empezaron a girarse en dirección a la música y siguieron la mirada de Aina, fija sobre un hombre completamente cubierto por una capa negra que le cubría hasta las rodillas. Aina no tenía duda alguna de quién había bajo esa ropa, mientras la música de un violín perfectamente afinado resonaba entre las gradas donde se encontraba. Una pausa en su música hizo que toda la atención se focalizara en él, justo en el momento en que con la mano del arco del violín bajaba su capucha, mostrando su piel dorada y su pelo corto a los espectadores a su alrededor. La música volvió a sonar, pero esta vez la intensidad empezó a aumentar mientras Dexter empezaba a moverse por las gradas, repleta de público, sin dejar de tocar su música, moviéndose con agilidad como si la propia música impulsara cada uno de sus movimientos. Caminaba sobre las barandillas y saltaba sin dificultad de una altura a otra, haciendo pequeñas acrobacias en las pausas de la misma melodía, ahora frenética, que imponía la velocidad de sus movimientos y forzaba su equilibrio

pese a la precisión milimétrica de cada una de las notas. Se dejó caer a la plaza haciendo varias volteretas en el aire y continuándolas en el suelo, protegiendo su violín de cualquier golpe para acabar de pie con el violín de nuevo apoyado sobre el hombro y la cabeza inclinada mientras las notas resurgían del instrumento, mientras él se movía dando vueltas y pasos largos por la plaza hasta llegar al centro de esta. La música llegó al punto más álgido y de repente, empezó a hacerse más suave y profunda, con notas más largas. Empezó a doblarse sobre su espalda mientras doblaba las rodillas para quedar suspendido a pocos centímetros del suelo sin dejar de tocar hasta que en un aumento de velocidad de la música, volvió a recuperar la posición vertical y siguió acercándose hasta el registro siguiendo su propia melodía. Tres notas lentas y profundas dieron por concluida la canción y tras su actuación, un silencio profundo quedó presente en el aire durante unos minutos. Ni siquiera el portavoz de la mesa fue capaz de romperlo hasta que la multitud empezó a chillar el nombre de Dexter entre las gradas, nuevos admiradores y antiguos, gritando al unísono por la extrema muestra de agilidad y la habilidad musical del explorador. Aina sonrió, emocionada como el resto, ante la actuación de Dexter. Desde luego, había conseguido sorprenderlos. La Mano le obsequió con un cumplido por su sorprendente actuación en la que había combinado la agilidad de un cazador con la habilidad de los más expertos músicos o trovadores. Los últimos diez participantes que siguieron a Dexter fueron felicitados también, pero la actuación de Dexter los había dejado en una complicada posición si tenían intención de destacar. El portavoz explicó a continuación que todos aquellos habitantes de Do-Urh que desearan votar, podían acercarse al centro de la plaza, donde unos mestizos estaban instalando una gran jaula dorada con una única apertura en la que podrían introducir sus votos. En las gradas empezó a haber mucho movimiento, la mayoría de la gente presente eran visitantes de todas las zonas del reino, pero todos y cada uno de los habitantes de Do-Urh, tenían interés en participar en la votación de su próximo Rey y la posibilidad de que la Mano les ofreciera esa distinción, no era más que otro signo del aprecio de la Mano por su pueblo. Aina estaba sorprendida pero orgullosa por una decisión como aquella. Los participantes miraban como varias filas de hijos de Aurum se acercaban a la jaula. Los mestizos les entregaban unas pequeñas placas de madera sobre la que los habitantes escribían el nombre de su favorito con tinta negra y depositaban la ficha dentro de la urna. Varios escribanos revisaban sus nombres en las listas, asegurando que solo tuvieran acceso a la votación los habitantes de Do-Urh y que solo pudieran acceder una vez a su derecho de voto. Tardaron un par de horas en hacerse las votaciones y que la gente volviera a sus sitios. Tras cerrar la jaula, los mestizos la llevaron hasta la mesa del registro, bajo la estricta mirada de los hombres y mujeres que la ocupaban.

—Antes de revisar la votación del pueblo. —empezó la Mano levantándose del sofá y hablando a la plaza al completo. —Desearía proclamar mis tres favoritos en la prueba de hoy. No es una elección fácil, puesto que muchos de vosotros merecéis mi favor por vuestras actuaciones, pero un Reino necesita un Rey y no un centenar de ellos, así que es necesario seleccionar de entre todos vosotros, talentosos participantes, un único elegido.

Todos los participantes estaban en completo silencio y algunos, pudo notar Aina, contenían la respiración. Todas las gradas estaban atentas a las votaciones de la Mano.

—Mi primer voto es para el hijo del gremio de Exploradores de la Ciudad de Oro, por su poco habitual muestra de precisión y agilidad usando un sencillo instrumento como el violín que, en el día de hoy, se ha convertido en algo capaz de cautivarnos como si la misma magia brotara de sus notas.

Un erudito hizo señales a Dexter para que se levantara de su asiento y él lo hizo sin prisas.

Miró a la Mano e inclinó levemente el cuerpo, haciendo una formal reverencia. Aina no pudo evitar pensar si habría algún tipo de mensaje oculto en las palabras del mago, porqué sentía que había algo realmente cautivador en la música de Dexter. Tal vez fuera magia, realmente. La Mano dejó que la gente aplaudiera a Dexter y una vez se sentó, continuó hablando.

—Mi segundo voto es para el joven comerciante Ricardo hijo de la ciudad de Petra, por el mapa del reino con los caminos secretos y los caminos prohibidos, una revisión detallada y precisa de rutas de las que probablemente ni el mismo Consejo es consciente aunque recorren nuestras tierras. Por su sabiduría y su generosidad al compartir con los futuros líderes de Do-Urh, ese conocimiento.

La plaza aplaudió al joven mientras éste hacia una reverencia, mientras todo su cuerpo parecía palpitar ante el ritmo desbocado de su corazón y la sonrisa, en parte de sorpresa y en parte de felicidad, que mostraba el joven. Aina sonrió ante su contagiosa felicidad.

—Mi último voto es quizás el más difícil de los que hoy tengo el placer de otorgar. —la plaza se sumió en el silencio y Aina miró a la Mano, intentando descubrir cuales serían sus siguientes palabras. —No tengo duda alguna de entregar este voto a los creadores de la hermosa espada que el futuro Rey podrá lucir una vez coronado, por su sencillez de líneas, por su deseo de que pueda llevarla con justicia, sabiduría y fortaleza. Sin embargo, cuatro son los autores y solo puedo otorgar un voto.

Los rumores en las gradas aparecieron, muchos consideraban que James, su portador, debía ser el elegido. Empezaba a ser uno de los favoritos del pueblo, al fin y al cabo. Pese a sus extrañas muestras de afecto por la chica maldita, y el hecho de relacionarse con gremios hasta cierto punto inferiores. Para los gremios más humildes, era un ejemplo y para los más poderosos, bueno, en esos gremios ya había sus propios favoritos. La Mano volvió a tomar la palabra.

—Levantaros jóvenes creadores de la Aguja —dijo la Mano y los cuatro amigos, sentados alrededor de Aina, se levantaron. Aina sonrió orgullosa de ellos. —Decidme, ¿A quién debería la Mano otorgar el honor de puntuar por la creación de esta hermosa obra?

Ante la sorpresa del resto, no fue James quien habló en nombre del grupo, sino Thor, que haciendo un esfuerzo y alzándose en toda su altura, contestó al mago.

—Nuestra es la obra, pero la idea fue de la joven Maldita, quizás sea ella la merecedora de tal honor. —su voz sonó fuerte y profunda y los murmullos siguieron sus palabras por todas las gradas como si una bomba hubiera explotado. Iris y James miraron a Thor con una sonrisa en los labios y la sorpresa en la cara, pero Feren parecía que supiera que algo así podía pasar, por la tranquilidad que mostraba.

—Estoy orgulloso de la humildad que mostráis al sugerir algo así, humildad que la propia hija maldita ha mostrado al admitir su carencia de dones. Creo que debe sentirse honrada por vuestro apoyo, pero no ha sido ella quien la ha diseñado, forjado o expuesto su perfecto equilibrio —dijo la Mano con voz tranquila y una sonrisa, mirando a los cuatro chicos, Aina podía intuir que había podido leer que alguno de ellos diría algo así, no parecía especialmente sorprendido, a diferencia del resto del público que estaban parcialmente en estado de shock por el extraño comportamiento del singular grupo que se había formado entre aquellos participantes.

—Es vuestro trabajo, mi aportación es mínima —dijo Feren y con un gesto afirmativo, James y él se sentaron, dejando a Iris y Thor, los dos herreros, de pie. Ambos se miraron, de forma insegura.

—Tú mereces el honor —dijo Iris. —Me protegiste en la primera prueba y es hora de que recibas la recompensa que mereces.

—No —le dijo Thor tomándola de la mano y evitando que se sentara. —No creí en la Aguja hasta que todo estaba organizado y preparado, a diferencia de ti. Creíste en ella y fue tu energía la que la llevó a convertirse en una realidad. Si uno de los dos tuviera que ser Rey, la fe con la que eres capaz de creer en los proyectos que empiezas hace que se conviertan en posibles. Soy un buen brazo ejecutor, pero eso no me haría un buen Rey. Por favor, acepta recibir tú la puntuación de la Mano.

Iris miró a Thor con indecisión pero su mirada era seria y calmada. No había duda en sus palabras y su mirada era una clara expresión de su alma. Thor, que siempre parecía sobresalir al lado de Feren, renunciaba a un reconocimiento público. Hizo un leve gesto afirmativo y Thor sonrió al sentarse en su silla, dejando a Iris únicamente de pie entre los participantes. La Mano hizo un gesto afirmativo, y nombró a Iris como su tercera candidata. Las gradas empezaron a aplaudir como locas, tras la extraña forma en la que se había decidido quien recibiría el tercer voto de la mano. En la mesa presidencial, empezaron a leerse los votos del pueblo que se sacaban, uno a uno, de la jaula. Aina se sorprendió al escuchar su nombre dos veces entre los votos que salían de la extraña urna. ¿Quién habría apostado por ella? Eso parecía una auténtica locura. Aunque no debía preocuparse demasiado puesto que la mayoría de los votos, excepto algunos aislados que votaban a otros participantes menos conocidos, se centraban en Fred y Roger del gremio de los cazadores, James y Vladimir del gremio de los guardias y Dexter el explorador, por lo que las puntuaciones de éstos cinco fueron obvias ya a mitad de la lectura de los votos. La nuevas listas quedaron expuestas y Aina sintió un extraño temor al ver el nombre de Dexter en la parte superior. Eso lo convertía en el participante favorito, y eso no necesariamente era bueno. Aina empezaba a pensar en recorrer las tierras doradas junto a Dexter, buscando respuestas. Pero eso nunca sería posible si él se convertía en Rey, o en Mano. No podía negar que aquel segundo reto no había sido tan intenso ni estresante como el primero, aunque si tenía que ser sincera, ella había disfrutado mucho corriendo libre por el bosque, sin sentirse observada por la ciudad entera, junto a su grupo de amigos. Junto a Dexter. Tenía que estar feliz, solo quedaban dos pruebas para que ella pudiera liberarse, si todo seguía así, de su obligación con los Juegos. Podría marchar de allí, volver al templo o seguir su camino en busca de su padre. Aunque teniendo en cuenta que la mayoría de sus amigos pasarían a la fase Eliminatoria, quizás debería quedarse para acompañarlos en ese proceso. Sintió un nudo en la barriga, pero no supo asegurar, de todas las cosas que en ese momento le preocupaban, cuál era la que más le inquietaba.

El reflejo del alma.

Tras un agradable día de calma después de la exhibición pública, apareció en el Registro una nueva convocatoria para dar a los participantes la información sobre el tercer reto. Aina se sorprendió al leer que a una participante del gremio de los escribas se le permitía retirarse de los Juegos por su reciente embarazo, ¿era posible que alguien hubiera sido capaz de embarazarse en tan poco tiempo? El rumor había empezado a circular, pero ella no se lo había creído hasta leerlo en una notificación oficial. Durante aquel día, habían pasado bastantes horas paseando por las calles de Do-Urh, mientras la gente los paraba para hablar con ellos, como si fueran conocidos. Dexter y James eran los que solían estar más solicitados, pero tanto Feren como los dos herreros habían llamado también la atención de muchos. Cuando se acercaban a ellos, algunos la miraban con curiosidad, como si ansiaran preguntarle cuál era su maldición, pero el apoyo de sus compañeros parecía frenar las preguntas comprometedoras o humillantes. James había dormido con ella como era ya su costumbre y aquella mañana Dexter apareció en la posada a primera hora, para acompañarlos hasta el registro. Entraron todos juntos, siendo objeto de diversos murmullos por toda la sala. Se sentaron en un lateral, mientras la sala iba llenándose con el resto de los participantes, poco a poco.

—Mis queridos participantes —les dijo la Mano después del insistente mensaje de Lady Arcada sobre la seguridad y en el que no pudo obviar resaltar el reciente embarazo como algo digno de mención incluso en plena convocatoria. —Es mi deseo que este tercer reto pueda permitirnos demostrar vuestra fortaleza interior. A lo largo de los próximos tres días, se os convocará de forma individual para exponeros a una de las salas de la Casa de la Magia, la Sala de los Espejos a la que los jóvenes magos eran expuestos durante su proceso de formación, para ayudarles a neutralizar sus miedos. Vuestras ilusiones, debilidades, vuestra capacidad de aceptar las responsabilidades, de mirar más allá de vuestras ambiciones y de afrontar vuestros miedos. Algo que puede ser especialmente importante para un Rey. Durante la prueba, yo estaré junto al candidato, pudiendo ver lo mismo que él vea. En caso de que algún participante lo necesite, bloquearé el poder del Espejo. Solo aquellos que sean capaces de enfrentarse a los cinco espejos, puntuarán en la prueba.

—Durante este reto, se instalará un centro de sanación en la Casa de la Magia —dijo Lady Arcada cuando la Mano le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. —La presencia de la Mano durante el reto garantiza que nadie sufra un daño irreversible durante la prueba, pero toda precaución es poca.

El descontento general recorrió la sala. Durante la cena, aquella noche, cada uno de sus amigos hablaba largo y tendido sobre las historias que habían oído de la sala de los espejos, y todas y cada una de ellas eran escalofriantes. Iris les había explicado que hacía años que la sala de Do-Urh tenía todos los espejos tapados porque un mestizo que entró a limpiarla se volvió loco ante lo que vio en ellos y Feren les explicó que había leído en escritos antiguos que algunos Magos podían fallecer por su propia magia durante la exposición a los Espejos, durante su entrenamiento, por lo que en los últimos siglos siempre se realizaba bajo la supervisión de un Maestro. Las luces de las velas de los candelabros sobre la mesa del hostel daban un punto misterioso a la estancia, y ante tantas historias de desventuras el ambiente se estaba volviendo un poco angustioso. Aina apenas durmió, en parte por el miedo que de repente sentía por tener que afrontar lo que podía encontrar en los espejos, y en parte por los profundos ronquidos de James, acostado en el suelo al

lado de su cama. Varias veces estuvo tentada de tirarle un cojín, un cubo lleno de agua o simplemente estrangularlo con sus propias manos, mientras daba vueltas y vueltas sobre su cama, escondiendo su cabeza bajo la almohada, intentando disminuir la intensidad del ruido de sus ronquidos. Bien entrada la noche, se dio por vencida y se acercó a la ventana. La noche era hermosa y sobre el cielo, estrellado, parecía habitar una paz y una calma que no había en su propia alma. Antes de ser consciente si quiera, se encontró en el terrado del hostel, tendida sobre las tejas, observando las estrellas y encontrando un poco de tranquilidad en ese frenético ritmo de vida al que había sido empujada. Tras estar varios minutos así, quieta y acompañada únicamente por el murmullo del viento, sintió algo cálido en el pecho. Se sentó y con curiosidad, sacó de debajo de su ropa la negra brújula de los salvajes. Parecía que el negro metal latía en la oscuridad y Aina sintió que algo poderoso en el material parecía haber despertado. Magia. La Magia olvidada, perdida, de los salvajes. Tan antigua que ni tan solo las leyendas hablaban de ella. Miró la aguja metálica y sintió como vibraba de forma casi imperceptible mientras apuntaba hacia el norte. Recordaba cada una de las palabras que había en la nota de Greg, y miró la brújula con atención. No pudo evitar la tentación y le susurró a la brújula sintiéndose estúpida al hacerlo, pero sin poder evitarlo, invadida por un extraño presentimiento.

—Márcame el camino al Oráculo del Desierto. —las palabras fueron suaves, pero sintió como la aguja empezaba a vibrar y variaba su dirección. Aina miró con curiosidad hacia donde apuntaba y calculó, sorprendida, que en esa dirección realmente debía encontrarse su antigua casa. ¿Sería capaz de localizar cualquier cosa que le pidiera? Greg no se la habría entregado para que volviera al Oráculo, de eso estaba segura. Su casa. La casa que le habían ofrecido los salvajes. No pudo resistir a la tentación y le susurró a la brújula. —Muéstrame el camino hacia el pueblo salvaje de Greg.

La aguja volvió a vibrar y se movió de nuevo, marcando una nueva dirección. Aina miró sorprendida la aguja y no pudo evitar mirar a su alrededor, temerosa de que alguien pudiera encontrar esa dirección y llegar hasta los salvajes.

—Muéstrame el norte —le susurró de nuevo y la aguja volvió a su posición inicial. Suspiró. Esa brújula podía ser increíblemente valiosa y sintió que Greg le había hecho mucho más que un mero regalo. Le había dado algo con lo que llegar en cualquier momento hasta él. Su confianza en ella era absoluta y eso la asombró. Eso o era increíblemente estúpido, una de las dos cosas. Guardó la brújula bajo su ropa y volvió a su habitación sin dificultad. James seguía roncando, pero sus ronquidos esta vez le molestaron menos y consiguió dormir, más o menos.

La mañana pasó sin sobresaltos. Desayunaron junto a Feren y Thor, y luego pasaron unas cuantas horas jugando al ajedrez en la planta baja. De tanto en tanto, un guardia o un mestizo acudía al hostel intentando localizar a un participante para que le acompañara hacia la antigua Casa de la Magia, pero excepto por esos momentos de tensión, la mañana fue más o menos tranquila. El nerviosismo, sin embargo, podía sentirse en las miradas de los jóvenes, en su posición alerta y en sus músculos tensos. Con la comida, empezaron los rumores. Ninguno de los participantes que habían realizado el reto aquella mañana, había vuelto. Y varios sanadores habían sido reclamados, supuestamente para atenderlos en el pequeño hospital provisional que se había instalado en la Casa de Magia. Aunque solo la mitad de las cosas que se decían fueran ciertas, se le ponían a uno los pelos de punta con todo aquello. No había ningún participante mago, nadie que pudiera darles información de todo aquello, al menos para saber qué era real y que no. Aina quiso desaparecer de ese sin vivir de sentimientos que la rodeaban y James la acompañó a

su habitación, donde pasaron la tarde. Aina se sentó en el suelo con el libro de la Mano, mientras James se estiraba en la cama con un viejo libro de lectura sobre antiguas leyendas del reino, para pasar el tiempo. Faltaban pocas horas para el atardecer cuando unos golpes ansiosos en la puerta interrumpieron la paz que de repente había en su pequeño refugio. Aina ocultó el libro bajo unas sábanas y se acercó deprisa hacia la puerta, mientras los golpes se hacían más exigentes y rápidos. Abrió la puerta para encontrarse a Dexter al otro lado. Era Dexter y sin embargo, algo en sus ojos y en su mirada le hicieron dudar durante unos segundos de que fuera realmente él. No tuvo tiempo en reaccionar. Dexter la apartó de la puerta con un movimiento ágil, entrando en la habitación y cerrando la puerta en apenas una fracción de segundo, justo antes de empujarla contra la misma puerta y apretarla con su cuerpo contra ella. Aina se quedó allí, sin ser capaz de reaccionar mientras las pupilas dilatadas de Dexter se fijaban en las de ella, mientras sus cuerpos se mantenían apretados el uno contra el otro y Dexter la mantenía prisionera entre la puerta y él. La besó. Con ansias y urgencia, y Aina sintió que había una gran cantidad de sentimientos enterrados en ese beso. Desesperación. Pasión. Miedo. Aina abrazó a Dexter, dejando que las emociones de él se calmaran mientras él la seguía besando con pasión y poco a poco, algo dentro de él parecía empezar a calmarse. Se separó de ella levemente, lo justo para poder respirar de forma entrecortada y con dificultad. Aina vio su expresión dolorida y las ojeras que habían aparecido debajo de sus ojos, de un tono grisáceo. Dexter suspiró, agotado. Aina fue consciente de que su mirada volvía a estar cargada de vida, aunque parecía extrañamente vulnerable, casi como si estuviera perdido.

—Aina, te quiero. —las palabras fueron pronunciadas en apenas un susurro pero el corazón de Aina se paralizó mientras sus pulmones dejaban de ser capaces de inhalar de nuevo. Su sangre parecía empezar a hervir por sus venas y sintió que algo dentro de ella estaba a punto de pasar. Dexter cerró los ojos y apoyó su frente sobre la de ella mientras con dificultad, empezaba a respirar con más calma, como si se hubiera desprendido de un gran peso que le estaba ahogando hasta ese momento. No fue hasta ese momento, al oír un suave carraspeo, que no recordó que no estaban solos en la habitación.

—Chicos, si os parece os dejo un rato solos, me vendría bien dar una vuelta —dijo James tras conseguir su atención, si bien Dexter no se movió inicialmente al escucharle, como si estuviera decidido a ignorarle o como si se avergonzara de lo que acababa de presenciar.

—Tenemos que hablar —dijo Dexter finalmente, aún sin abrir los ojos o separar su frente de la de Aina, que parecía volver a ser capaz de respirar, como si lo que acababa de pasar dentro de ella hubiera sido aplacado por el momento. —Los Espejos, aún no os han llamado.

Dexter besó con suavidad los labios de Aina, como si con ese beso quisiera compensarla por la agresividad con la que la había tomado, sin autorización alguna, como si fuera un salvaje. Se separó de ella, liberándola de su falsa prisión y se acercó a la cama, dejándose caer al suelo, pero manteniendo la espalda apoyada sobre un lateral de la cama. James miró a Aina y esta le devolvió una mirada preocupada. Aina se sentó junto a Dexter y de forma tentativa, le tomó de la mano derecha. El abrió los ojos, que había cerrado al sentarse en el suelo y la miró con una expresión confundida. James bajó de la cama y se sentó junto a ellos, a la izquierda de Dexter.

—Has estado en la Sala —dijo James ligando cabos.

—Así es. En total son cinco espejos, ya sabéis que la Mano va a poder ver todo lo que vosotros vais a ver en ellos. Él es quien los activa y se supone que tiene el poder de bloquearlos si no podéis soportarlo —dijo Dexter tras inspirar profundamente, con voz calmada, pero Aina no pudo evitar sentir que su piel, normalmente cálida, estaba más fría de lo habitual.

—Por tu aspecto no creo que sea algo como para pasar el rato —dijo James en un susurro, claramente preocupado.

—El primer espejo busca en tu interior aquello que ansias, las cosas que deseas con mayor intensidad y que quizás ni tan siquiera sabes. Busca tus momentos felices del pasado y recrea tu futuro, como si pudieras ver lo mejor de tu vida y un futuro ideal, un retrato casi perfecto de tus ilusiones hecho realidad —dijo Dexter. —Creo que le sirve a la Mano para saber de qué pie calza cada participante, básicamente. Las verdaderas pruebas son los otros cuatro, aunque puede que ellos se basen en todo lo que han podido sacar de ti, en ese primer espejo. Intentad dar la mínima información posible, es demasiado fácil dejarse llevar, al ver todo aquello que deseas, como si fuera real. Cuanta menos información consigan de vosotros, más posible será que los otros espejos puedan torturaros menos.

—¿Que se muestra en los otros espejos? —le preguntó Aina con voz preocupada.

—En el segundo espejo aparecen tus debilidades, como el mago nos advirtió. Los momentos más vergonzosos de tu vida, como la otra cara de la moneda de tu existencia. Son imágenes más o menos duras, pero su intensidad parece multiplicada allí, siendo un mero espectador. Van sucediéndose aleatoriamente y nunca sabes qué será lo siguiente que te asaltarán, pero no dejan de ser experiencias vividas pasadas. Centraros en eso.

—De acuerdo —dijo James haciendo un gesto afirmativo mientras inconscientemente buscaba en sus recuerdos algunos de los momentos de su vida en los que se había sentido humillado. No eran pocos. Como todo el mundo.

—El tercer espejo que activará la Mano es el de la responsabilidad. Cuando empieza, recuerda el futuro ideal que os mostró el primer espejo, pero poco a poco se va volviendo gris y se distorsiona. Aquello que parecía hacerte feliz en realidad se convierte en algo que te ata y ahoga. Culpabilidad. Rechazo. Muerte. No sé cómo explicarlo. Si soñasteis en ser reyes, veréis como vuestras decisiones os convierten en la mano ejecutora de miles de vida, si soñasteis con ser el mejor de vuestro gremio encontrareis en vuestro liderazgo la soledad y la hipocresía a vuestro alrededor.

—¿Cómo se supera eso? —preguntó Aina en un susurro, mientras sentía que Dexter le acariciaba suavemente los dedos de la mano que tenían entrelazada.

—Aceptándolo —dijo Dexter. —Ninguna decisión que se toma, a lo largo de la vida, es carente de sus consecuencias. Por duras que puedan ser. El cuarto espejo es como un remanso de paz tras los dos últimos. Desconfiad de él. El espejo os mostrará un nuevo futuro, tal vez incluso desvelará cosas que deseáis y ni siquiera sois del todo conscientes, pero que al verlas os abrirá una realidad nueva, a vuestro alcance. Pero aceptarla significa renunciar a parte de vuestra propia forma de ser o a vuestra persona. Si os negáis a tomar ese futuro, el mago os mostrará el último espejo. En él descubriréis vuestro mayor miedo, algo que posiblemente ni siquiera sois conscientes de que existe dentro de vosotros. —Dexter miró a Aina y cerró los ojos, dejando que sus manos enlazadas compartieran el calor de sus pieles antes de continuar. —Debéis pensar en todo momento que aquello que estáis viendo no es real, es una mera ilusión.

—¿Qué has visto? —le preguntó James con voz solemne, angustiado.

—He visto cómo los salvajes invadían la ciudad y mataban a hombres y mujeres sin distinción. Feren, Iris y Thor eran de los primeros en caer. Tu y yo luchábamos codo con codo, pero no llegábamos a tiempo. Tarde, siempre segundos demasiado tarde. Te alcanzaban también, pero al menos tu muerte era rápida y limpia. Creo que la visión de toda esa cantidad de cadáveres me acosará durante las noches frías de invierno, durante varios años. —Dexter se interrumpió y cerró

los ojos, arrastrando la mano de Aina hasta su frente. —Después llegaban a ti, Aina, pero llegaba otra vez demasiado tarde. Podía sentir tu cuerpo entre mis brazos, mientras tu sangre se escapaba de tu cuerpo y tu vida se fugaba sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Era como si una parte de mí muriera en ese mismo momento y no tuviera sentido alguno mantener lo poco que quedaba con tan solo media vida. Jamás hubiera pensado que algo pudiera conmocionarme de esta forma, pero si no hubiera sido capaz de recordar que se trataba de una ilusión justo a tiempo, creo que me hubiera intentado quitar la vida allí mismo. No por casualidad os obligaran a desarmaros por completo, antes de entrar en la Sala.

Aina sintió que unas lágrimas cálidas se deslizaban por sus mejillas y caían al suelo ante las palabras de Dexter. Vivir sin vivir. Sentir sin sentir. Había algo real en todo aquello. Pero no sabía cómo poder hacer frente a algo así, con su maldición. Dexter la amaba. Podía negarse a sí misma sus sentimientos, pero estaban dentro de ella, latiendo voraces, reclamando poder surgir para llegar hasta él. Pero estaba maldita. Una maldición que la marcaba a perder si amaba. James permaneció en silencio, conmocionado también por la experiencia que acababa de sufrir su amigo, así como por la profundidad de los sentimientos de él. ¿Cómo podía alguien amar a una persona por encima de su propia vida, de su propia seguridad? Siempre había sentido que el instinto de supervivencia era la más fuerte de las emociones que cualquier ser racional podía sentir, pero vivir sin vivir, vivir una vida vacía, entendía lo que Dexter quería decir, pero era algo tan intenso, tan profundo, que dudaba que pudiera llegar a sentir jamás algo así. Quería a Aina. ¿Estaría dispuesto a entregar su vida por ella? Él había recibido la formación de la guardia y sabía que su vida tenía su utilidad en ayudar al resto y si era necesario en sacrificarse por los civiles. Formaba parte de sus enseñanzas y sin embargo, ¿podía estar seguro de que actuaría con honor si la situación lo impusiera? Sintió como si un calambrazo le recorriera el cuerpo al darse cuenta de que no sería capaz de dejar a Aina o a Dexter solos, a la merced de la muerte, si pudiera evitarlo. Y si no pudiera, preferiría morir con ellos que vivir sabiendo que no había estado a su lado hasta el último momento, que no había sido capaz de luchar protegiéndoles. Sin embargo, las emociones que recorrían a Dexter eran más intensas, más profundas y nacían de unos sentimientos que para su raza, empezaban a ser desconocidos. Amistad y amor. Las palabras eran fáciles de decir y sin embargo era difícil llegar a entender la profundidad y las complicaciones que implicaban. Aina no había contestado a la declaración de Dexter, y había cerrado sus ojos mientras sus lágrimas seguían deslizándose por sus mejillas bajo la mirada de Dexter, que le acariciaba la húmeda mejilla conmocionado por sus lágrimas, como si verlas fuera algo casi mágico.

—Pasaste la prueba —dijo James en un susurro y Dexter se lo confirmó con un movimiento de cabeza, sin dejar de mirar a Aina. —Creo que los dos necesitáis descansar un poco, vendré a primera hora.

James se levantó y salió de la habitación intentando hacer el mínimo ruido posible y deseando que pasara lo que pasara entre sus amigos, no acabara mal. Por primera vez era consciente que los sentimientos eran un arma de doble filo, te convertían en la persona más fuerte y sabia del mundo o en la más triste y perdida alma del universo.

Aina escuchó como la puerta crujía al ser cerrada y la habitación de repente le pareció pequeña al estar allí con Dexter a solas. Su cuerpo a su lado parecía débil, expuesto, tras confesar sus sentimientos y abrirle su corazón. Aina le amaba. No podría negarlo ni a la luz ni a la oscuridad de la noche. Era un amor intenso, sin fronteras. Sintió como sus respiraciones se habían coordinado y como los latidos de sus corazones parecían comunicarse en un lenguaje secreto. ¿Qué se suponía que debía decir o hacer en una situación así? La rugosa piel de su mano le rozó

de nuevo el trayecto de una lágrima sobre la mejilla.

—Aina, no llores —le dijo Dexter finalmente, acercando su frente a la de ella, inspirando para llenar sus pulmones de su olor.

—Hay tantas cosas que desearía explicarte y no puedo —le contestó Aina. —Desearía ser una persona normal.

—Quizás si fueras normal no me hubiera enamorado de ti —le dijo Dexter justo antes de besarla suavemente en los labios. —Te necesito Aina, y eso me asusta.

—Dexter, estoy maldita —dijo ella con un susurro mientras las lágrimas volvían a caer por sus mejillas.

—No me importa. Te quiero. Sé que no es justo, pero necesito saber qué sientes tú. Se que nunca has estado con James, se lo que pasó con los salvajes. Aina, lo sé todo. No va a pasar nada que los dos no deseemos y no necesito nada que no seas capaz de darme. No sé cómo explicarlo y te mentiría si dijera que no te deseo, pero hay algo tan intenso dentro de mí que el sexo parece insignificante a su lado. Te ofrezco mi vida y te prometo que jamás te pediré nada que no estés preparada a darme. Pero necesito saber la verdad. Sin excusas del pasado o de tu maldición —le dijo él abriendo los ojos y clavando su mirada dorada en la de ella.

—No puedo aceptar tu vida cuando ni siquiera la mía me pertenece —dijo Aina. —Dexter yo también te quiero. Jamás he sentido algo así y me da miedo. Cuando estoy a tu lado, siento que he encontrado mi lugar en este mundo, pero no puedo entregarme a ti, ni puedo aceptar que te entregues a mí. Hay más sobre mí y sobre mi maldición de lo que el mundo sabe.

—Aina si me amas, como yo te amo, desafiaremos al mundo y a la misma Diosa si es necesario, para estar juntos —le dijo él con una mirada llena de intensidad y fuerza.

—La noche de mi nacimiento, la Diosa no solo obvió marcarme, sino que me maldijo. No se registró la profecía, pero una Visionaria que estaba presente me la recitó, para advertirme. *“Te maldigo como a tu padre, a perder cuando ames. La muerte encontrará a tu ser amado, entre tus brazos, cuando en ti engendre. Si amas de verdad, su vida no arriesgarás. Si no amas de verdad, jamás engendrarás. Nunca de tu pueblo la tierra será.”* —recitó Aina con voz suave, cerrando los ojos deseando que la Maestra Maira pudiera entender que rompía su promesa, revelando parte de lo que pasó aquella noche, por un motivo que lo justificaba. Dexter y ella. Había algo en el aire, a su alrededor. Podía sentirlo. Nada que ver con la magia de la Diosa. Amor. Algo tan primitivo, tan vulgar, tan genuino y con un poder capaz de hacer enojar a una Diosa. Celos, envidia. Aina podía sentirlo. Había magia alrededor de ellos. Una magia olvidada en el tiempo. Amor. Dexter la miró con firmeza y la besó de nuevo, con delicadeza. Muchas cosas dentro de él parecían confusas. Los espejos, la confesión de Aina y esa extraña profecía como telón de fondo. Quería protegerla. Por qué la Diosa había querido castigarla a perder si amaba, era un misterio, pero no era el momento para intentar resolverlo. Le amaba. Eso era lo único que le importaba en ese momento, del resto ya se preocuparía más adelante. Se levantó del suelo y la ayudó a levantarse, guiándola hasta su cama, donde se estiraron. Aina apoyó su cabeza sobre su pecho, mientras Dexter rodeaba parte de su cuerpo con el brazo. Sus piernas se enredaron, de forma automática, sin que ellos fueran apenas conscientes. Perdidos en ese abrazo, Dexter le susurró al oído:

—Mi vida es tuya, Aina Hija Maldita del Desierto. Encontraremos la forma de estar juntos o nos adaptaremos a esto. Sea lo que sea, lo haremos juntos.

—Mi vida maldita es tuya, Dexter Hijo de los Exploradores de la Ciudad de Oro, aunque no sé si eso en un gran regalo —le dijo ella con media sonrisa mientras sentía un agradable calor

recorriéndole el cuerpo y un pequeño escozor sobre la clavícula izquierda, mientras un sueño suave y dulce se apoderaba de ella.

La forma de golpear la puerta no era la que usaba James habitualmente. Aina fue consciente de que el Gran Sol ya estaba parcialmente alzado y ni tan siquiera había sido capaz de apreciarlo, dormida profundamente entre los brazos de Dexter. Se levantó, mientras Dexter intentaba retenerla un rato más en la cama, sin hacerle demasiado caso. Supuso, dada la hora que era, que James había sido reclamado por la Mano a primera hora. Lo que significaba que lo más probable es que el hombre que estaba fuera, viniera a reclamarla a ella. Había abierto la puerta con esa certeza, y no se había equivocado. Se encontró caminando entre las calles, acompañada por el guardia, con un humor de perros. La que quizás había sido la mejor noche de su vida, dormida entre los brazos de Dexter, tenía que haber empezado con un guardia atosigándola y mirando con mucha curiosidad, mucha más de la que sería correcta, al chico que había en su cama. Dexter obviamente había puesto una de sus miradas desafiantes, para nada intimidado con la forma en que el guardia lo miraba. Justo lo que necesitaba antes de afrontar los espejos, se dijo. Para colmo, la Casa de la Magia daba miedo ya desde fuera. Las ventanas estaban tapadas con tablones de madera mal puestos, y dentro la luz se basaba en las pocas velas que iluminaban las escaleras y el pasillo hasta la habitación. Nada de luz natural, nada de decoración, se notaba que esa casa hacía mucho tiempo que estaba completamente muerta, excepto por las telarañas que se habían instalado en las esquinas, reclamando su propio hogar. La Sala de los Espejos era grande. Los cinco espejos de pie estaban cubiertos por sábanas blancas y la Mano estaba cómodamente sentado en un sofá de cuero oscuro, con una mesita al lado en la que había una botella transparente con un licor de color ambarino y una copa medio vacía. Aina sonrió al acercarse a él, cualquier otro día, hubiera visto la copa medio llena, pero no ese. La Mano despidió al guardia con un movimiento de la mano y las puertas se cerraron tras su salida, dejándolos solos. ¿Ese no sería un buen momento para preguntarle a la Mano sobre los otros magos de la lista? Total, puestos a salir de allí convertida en una especie de zombi, al menos intentaría llevarse algo de información útil. Se mordió el labio inferior, meditando una pregunta inteligente, cuando la Mano hizo aparecer un sofá parecido al suyo de la nada y con una sonrisa, le indicó que se sentara junto a él. Aina no dudó en hacerlo, pese a ser la primera vez que veía hacer magia como aquella.

—Te alegrará saber que tu pareja ha pasado la prueba —le dijo la Mano mientras tras un chasquido hacía aparecer un segundo vaso y tras llenarlo con un poco del licor, se lo tendió. Aina lo olfateó y probó su cálido y dulce gusto, tan solo un sorbo. James le había prevenido de beber cualquier cosa que le tendiera un hombre, pero supuso que, con la Mano, bien podría hacer una excepción. —Aunque sospecho que con un poco de ayuda.

—¿Ayuda? —preguntó Aina sorprendida y se arrepintió al momento al ver como la Mano soltaba unas pequeñas carcajadas y la miraba como si no tuviera sentido que le intentara ocultar algo. —Bueno, es cierto que Dexter nos explicó parte de lo que vio cuando hizo el reto, pero no es como si James no la hubiera pasado por sí mismo.

—Eso es cierto —dijo la Mano con un gesto afirmativo mientras olía su copa con satisfacción. —Lo que me lleva a preguntarme porqué el joven explorador acudió a vosotros a hablaros sobre los espejos en el estado en el que acabó. Se negó a recibir atención de los sanadores.

—A Dexter no le gusta recibir ayuda de nadie —dijo Aina con media sonrisa, imaginando la situación.

—Me recuerda mucho a su padre —dijo la Mano con una sonrisa nostálgica y añadió ante la

mirada sorprendida de Aina. —Sí, lo conocí, un buen hombre y un gran mago.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Aina sintiendo acidez en el estómago ¿Querría el destino ser tan cruel como para que fueran hermanastros? Si sus cálculos eran correctos, el padre de Dexter había muerto antes de que ella naciera. Ya tenía bastantes problemas como para añadir ese a la lista.

—Lucas —dijo él y Aina recordó ese nombre en la lista de su tía Maura, maldición.

—Ya no quedan demasiados grandes magos —dijo Aina. —¿Mantenéis contacto con alguno vos?

—Lo cierto es que no —le contestó él. —Demasiadas responsabilidades, supongo. ¿Has encontrado interesante el libro que te regalé?

—Mucho. —admitió Aina con una sonrisa. —No he podido leerlo con toda la tranquilidad que deseo, por los Juegos, pero me está ayudando a entender cosas. Gracias.

—¿Quieres que empecemos con el primer espejo? Siento mucha curiosidad en ver que nos va a mostrar —le dijo la Mano tras hacer un pequeño gesto afirmativo.

—Para eso estoy aquí, al fin y al cabo, ¿no? —dijo Aina mientras tras apurar un segundo trago del licor, se ponía de pie. La Mano se acercó a uno de los espejos y tras un movimiento de su mano, la sábana cayó al suelo mágicamente. Aina miró en el espejo y vio su propio reflejo, sin ninguna alteración en él. Dexter les había dicho que no dejaran que sus ilusiones se filtraran allí para que los siguientes espejos no fueran tan duros. Esperó paciente y nada cambió. ¿Quizás ella no tenía ilusiones, al fin y al cabo? Apareció finalmente una imagen de ella misma cabalgando sobre un caballo y otra bajando de noche por el torreón del oráculo. Nada demasiado espectacular. La música del arpa. Casi pudo identificar las siluetas de la tía Maura y Sir Anthony a lo lejos, mientras corría entre los animales siendo una niña. Eran recuerdos de una vida tranquila y sin complicaciones. Una vida llena de inocencia. El espejo se volvió negro y Aina pudo sentir como la Mano empezaba a respirar con más dificultad. Tardó tiempo en darse cuenta de que en el espejo era de noche, podía ver estrellas luciendo por todos lados y sintió como se acercaban personas hacia ella. Eran apenas sombras, pero por su forma de moverse identificó a Greg y a su hermano, al viejo mestizo que le había hablado de los bosques de Do-Urh, a James y a Dexter, uno al lado del otro. Casi podía definir a Feren, a Thor y a Iris en un extremo, algo más alejado. Podía sentir la presencia de otras personas, pero no era capaz de reconocerlas. No se trataba de un enfrentamiento. Algo era algo. Una explosión de luz blanquecina y un sentimiento de felicidad, de equilibrio. Cuando la luz desapareció, en el espejo solo había su reflejo. Aina miró a la Mano.

—Ha sido una visión extraña —dijo la Mano intentando analizar aquella visión. —Nada de riqueza o poder. Ansías la noche, el vacío del mundo y, sin embargo, hay paz en tu visión, alegría, felicidad. ¿Has podido reconocer las sombras que te rodeaban?

—Algunas de ellas —dijo Aina encogiéndose de hombros, nunca había sentido ese vacío del que la Mano hablaba. Siguió a la Mano hasta el segundo espejo y esperó a ver el reflejo de sus debilidades. Saber a lo que te enfrentabas, era realmente un lujo. Las imágenes no tardaron en aparecer al destaparlo. Pequeños destellos de su vida en el templo. Momentos de dolor, de tristeza. Palabras hirientes. Susurros captados en el aire. Su propia decepción. Su propia tristeza por estar maldita. Recuerdos dilatados. Que estaban en su pasado. El espejo empezó a cambiar de intensidad. Una nueva imagen, más fuerte, más definida. Caminaba en medio de la plaza, igual que cuando hizo la exhibición, con el cuello destapado y todos y cada uno de los presentes la miraban con ojos horrorizados y cargados de miedo. La hija Maldita. ¿Qué se esperaban, sino? Aina dejó

que las miradas de desprecio la rodearon sin importarle demasiado. Vio a Thor, a Iris, a Feren y a James, mirándola del mismo modo y sintió como si acabaran de lanzarle un jarrón de agua fría. Dexter apareció en el centro junto a ellos, con una mirada cargada de desprecio. Pudo sentir como su piel se erizaba, el calor de las yemas de sus dedos acariciando su piel, sus dedos. Recordó cuando le mostró su maldición, la ausencia de marca y como él la besó apasionadamente pese a saber su secreto. La imagen se desdibujó antes de que fuera consciente de que se trataba de nada más que eso, una ilusión. Esperó pacientemente a que nuevas imágenes surgieran, pero el espejo parecía haberse quedado vacío.

—La humildad hace que aceptemos nuestras debilidades con mayor facilidad. Has tenido toda la vida para aceptar que estás maldita, pero ahora son tus compañeros de camino, los que han de aceptarlo —dijo él con una sonrisa. —La imagen ha desaparecido cuando el joven Dexter te miraba, negándote.

—Dexter sabe que no estoy marcada, hace tiempo —le contestó Aina. —Igual que James. No es un secreto. Aunque no es algo de lo que me enorgullezca, precisamente.

La Mano hizo un gesto afirmativo y se acercaron al tercer espejo. Aina tomó aire y la Mano dejó caer la sábana que lo cubría. Responsabilidad. ¿Qué deseaba en la vida? Y lo que era más importante, ¿qué responsabilidades conllevaría? Una vez más, el espejo estaba oscuro. Tardó en poder sentir las pequeñas estrellas, casi ocultas en la distancia. Un sonido. Localizó una imagen con dificultad. Tejados. Casi estaba segura de que era Nain. Se sonrojó. En un tejado había una pareja, besándose apasionadamente. Un movimiento y la mujer empezaba a correr entre los tejados, con demasiada facilidad, mientras el varón, tras cargar algo a su espalda, empezaba a perseguirla. Parecía confiado, furioso, pero demasiado seguro de sí mismo. Nunca había dudado que la alcanzaría. Pero ella era más rápida, más ágil. La misma imagen, pero en otro lugar. La misma pareja, besándose apasionadamente, con ansiedad y urgencia. Había algo en verse a sí misma, con Dexter, que hacía que se le cortara la respiración. Un movimiento, la mujer volvía a escapar. Pero esta vez, la persecución empezaba a distorsionarse, como si los tejados se convirtieran en calles, y luego en un bosque, en un desierto, atravesando el cauce de un río. Aquello no había pasado, no era real. Sintió un súbito reconocimiento. Su mayor deseo era estar con Dexter. Y su responsabilidad era no dejarse llevar por la pasión que compartían. Su maldición. Su responsabilidad. La imagen empezó a desvanecerse. Cerró los ojos y empezó a respirar pausadamente, aceptando lo que aquello significaba. Amaba a Dexter. Y sabía cuál era su obligación. Prefería perderlo a que pudiera correr peligro, entre sus brazos. Abrió los ojos, bajo la atenta mirada de la Mano.

—Desearía poder leerte la mente, joven Maldita —le dijo finalmente, tras unos segundos en silencio. Aina le sonrió, con gesto cansado. —Hace años que no trabajaba con los Espejos, pero después de todos los participantes que pasaron ayer, ya casi me siento de nuevo en armonía con ellos. Sin embargo, tus lecturas son extrañas. Aunque su significado, solo tú puedes conocerlo en su totalidad.

—Yo también desearía muchas cosas —le dijo Aina con expresión triste. —Pero la realidad no va a cambiar por ello.

—Quizás ha llegado el momento de que veamos esas cosas que tanto deseas —le dijo la Mano con voz suave. —Aunque si no te sientes preparada, podemos para aquí.

—No. —respondió Aina, sorprendida por su propia determinación. —Por extraño que sea, creo que me está ayudando a encontrar el norte, en el caos que es mi vida.

—Así sea —dijo la mano y el cuarto espejo quedó descubierto. Había mucha gente. Mestizos,

salvajes. Caras conocidas y muchas que no era capaz de recordar. Dexter. Pudo verle entre todos ellos y su imagen empezó a volverse más nítida, mientras el resto empezaba a volverse borroso. Ruidos. Podía oír algo. La risa de unos niños. La menor de ellas, apenas de unos cuatro años, trepaba por facilidad por la espalda de Dexter, entre risas, hasta alzarse victoriosa, sobre sus hombros, agarrada con dos pequeñas manitas a su cabeza. Su piel dorada era delicada, pero Aina pudo ver que no tenía la marca de la Diosa. Igual que los otros cuatro niños que rodeaban a Dexter, entre risas y frenéticas persecuciones los unos a los otros, como si estuvieran todos ellos habituados a jugar así. Una familia. Aina sintió un escalofrío. Eso era imposible. La Diosa jamás le permitiría un futuro así. Dexter moriría si engendraba un hijo en ella, pero la visión era hermosa. Perfecta. Aina no podía evitar sentir la tristeza al observar un futuro del que sabía jamás podría disfrutar, y sintió que sus piernas se volvían débiles y que la sostenían con dificultad. Jamás había soñado con una familia. Con ser madre. Pero ver la imagen en el espejo había despertado algo en ella que latía con la intensidad de la luz. *Y los hijos de tus hijos heredaran la tierra.* Ese era su destino. *La muerte encontrará a tu ser amado, entre tus brazos, cuando en ti engendre.* Esa era su maldición. Era un futuro con el que soñaría, guardaría esa imagen para el resto de su vida, como una de las posesiones más preciadas entre sus recuerdos, pero sabía que tenía que renunciar a ella. No le pertenecía. La visión empezó a nublarse y el espejo volvió a reflejar su propia imagen.

La Mano no dijo nada, mientras Aina se acercaba al sillón y se sentaba, bebiendo un largo trago del licor. Se sentó en el otro sillón y bebió él también un trago del licor de su vaso, tras olerlo con dos inspiraciones profundas.

—Es extraño como los pensamientos y las emociones de ambos, se mezclan y fusionan de esta manera —dijo el mago tras acabarse el resto de licor de su vaso. —Nunca había visto algo así.

—No tengo claro si eso es un halago —le dijo Aina finalmente, con una sonrisa triste. —Vamos a ver lo que nos queda.

Aina se levantó y el mago la acompañó hasta el último espejo. La sábana se deslizó hasta el suelo, por una corriente mágica, y empezó a mostrar un tenue brillo en su interior. Esperó pacientemente, preparándose para ver imágenes de desesperación y sufrimiento, pero el espejo parecía indeciso, como si no supiera qué debía de mostrarle exactamente. Aina respiró profundamente, calmando su corazón ansioso y cerró los ojos. Una sensación de calma la invadió. Cuando abrió los ojos, encontró el reflejo de un hombre en el espejo. Apenas era capaz de ver el detalle de sus rasgos, oculto en parte por las sombras. No le reconoció, pero había algo en él que era casi familiar. Los ojos del hombre se abrieron y Aina no pudo evitar dar un paso hacia atrás. Unas pupilas negras repletas de pequeñas pero brillantes luces blanquecinas, le miraban desde el otro lado del espejo. Aina supo al instante que era el reflejo de su padre. *En él descubriréis vuestro mayor miedo, algo que posiblemente ni siquiera sois conscientes de que existe dentro de vosotros.* Las palabras de Dexter llegaron a su cabeza de forma natural, como si él estuviera en ese momento a su lado. Su padre, el que había sido capaz de violar a su madre y enojar a la Diosa hasta el punto de que maldijera a su hija. ¿Realmente estaba segura de que quería conocerlo? Las dudas acudieron a ella cuando sintió una punzada de frío en la espalda y la luz de la habitación desapareció. Aina miró desconcertada a su alrededor y observó a la Mano quieta, mirando hacia el espejo, observando al hombre que había aparecido en él. Algo no estaba bien. Las velas en el candelabro estaban encendidas, pero la luz parecía extinguirse en la oscuridad y la Mano no parecía darse cuenta de ello. La Mano. Su mirada vidriosa la alertó y su fino oído detectó el silencio de la habitación. Solo su corazón palpitaba. La Mano estaba congelada, o tal vez muerta.

Miró al quinto espejo con miedo. El hombre empezó a caminar hacia ella, poco a poco, como si quisiera darle tiempo para prepararse para el encuentro. Aina miraba el espejo desde la distancia y sintió como la piel se le erizaba cuando el hombre traspasó su superficie y con paso firme, entró en la habitación.

—No tengo mucho tiempo —dijo él con voz profunda, mientras las estrellas brillaban en sus ojos negros. —He congelado el tiempo, nadie será consciente de lo que pase durante estos breves minutos que tenemos a nuestra disposición, ni siquiera el mago, pero Aurum no tardará en bloquear mi magia.

—¿Quién eres tú? —preguntó Aina con un hilo de voz, pero intentando mostrarse valiente.

—Creo que a estas alturas ya lo sabes, mi pequeña —dijo él con ternura, pero sin acercarse a ella, como si supiera que Aina estaba al límite. —Sigo cada uno de tus pasos cada noche. Confía en tu corazón, él es tu mayor aliado.

—¿Mi aliado para qué? —dijo Aina.

—Para cumplir tu destino. Las diosas que conoces intentaron hacer desaparecer el amor y arrojaron a la oscuridad a todo un pueblo, por sus celos y su envidia. Sin saberlo, condenaron también a su propio pueblo a perder algo tan básico y esencial para la vida como es el amor. Ellas son la causa de su propia maldición, aunque intenten negarlo. Pero nunca olvides hija mía, que incluso en la noche más oscura, las estrellas brillan en el firmamento y ellas te protegerán, a lo largo del camino. No importan las razas, sino los corazones, mi pequeña. Tu hermano te encontrará, sé que te está buscando. —Aina sintió como la luz de las velas empezaba a aumentar y la mirada de su padre se volvía más fiera, la oscuridad más negra y las luces de sus pupilas más brillantes. —Se acerca Aurum, ella no debe saber que hemos hablado. Búscame en el viejo templo de Crótalos. Allí estaremos protegidos.

El hombre desapareció de delante de ella y apareció dentro del espejo, en el lugar donde había estado anteriormente. Poco a poco las luces de las velas volvieron a iluminar la estancia y la respiración del mago volvió a resonar en la habitación. Aina miró hacia el espejo, como si nada hubiera pasado. Su padre la miraba desafiante, como si no hubieran compartido esos segundos de intimidad y confidencias. Apareció Dexter al poco tiempo en la imagen y se acercó a su padre, tomándole la mano pudo escuchar la voz serena de Dexter, hablando con él dentro del espejo.

—¿Padre, estáis bien? —Aina sintió que la piel se le erizaba. ¿Eran entonces hermanastros? Quizás por eso podía sentirle como le sentía y los sentimientos de ambos eran tan intensos. Se negó a sí misma aquello. Dexter tenía por lo menos cincuenta años y su padre había muerto cuando tenía doce años. Era imposible que fuera *su* padre. O al menos poco probable, a estas alturas, ya no se atrevía a rechazar cualquier opción, por extravagante que fuera. Crótalos. El templo de Crótalos. Ese era el lugar donde debía ir si quería respuestas. Fueran las que fueran. Aina suspiró y la imagen desapareció casi al instante. La Mano esperó, pero el espejo había vaciado su poder. O tal vez su padre había tenido la amabilidad de anular parte de su magia para que no tuviera que sufrir viendo muerte y sufrimiento como si de una tortura se tratara. Aunque pensar en Dexter como su hermano, era algo antinatural. No podía negar que le producía cierto estrés la idea.

—¿Necesitas que avise a un sanador? —le preguntó la Mano mirándola con curiosidad, mientras se sentaba en un sofá y le ofrecía el otro a Aina, que se sentó en él sintiéndose cansada y débil.

—No, creo que no —dijo Aina y añadió con una sonrisa. —Pero aceptaría un poco de ese licor dulce.

La Mano movió las manos y la botella vertió un poco de líquido en el antiguo vaso de Aina y

se desplazó levitando hasta ella, que lo tomó con cuidado, sin acabar de acostumbrarse a eso de que la magia actuara a su alrededor con tanta naturalidad.

—Crees ser hija de un mago y tu mayor miedo es ser la hermana de Dexter —dijo la Mano, como si intentara entender toda la situación y la mirara desde diferentes perspectivas con curiosidad y sorpresa, aunque no parecía del todo descontento con aquello. —Vuestra fortaleza y vuestra debilidad. Debéis tener cuidado. Muchos no están preparados para aceptar algo así, especialmente estando tú maldita y siendo Dexter uno de los favoritos. Aunque supongo que, si tu relación con el guardia no ha despertado de momento el interés oficial del consejo, de momento no hay peligro. James te aprecia de verdad. Y también siente un vínculo especial con Dexter. Pero me cuesta entender la totalidad de la compleja relación en la que os habéis visto envueltos. Nunca me ha interesado mucho las relaciones personales, si he de serte sincero. Pero es importante para Dexter. Y estoy casi seguro, que será el próximo Rey. No deseo que sea infeliz. ¿Deseas puntuar?

—¿Si deseo puntuar? —preguntó Aina, sin entender su pregunta.

—Has sido capaz de enfrentarte a tus ilusiones, a tus debilidades, a las responsabilidades que pueden llegarte a lo largo de tu camino, has aceptado que tu máxima ambición tal vez no deba cumplirse asumiendo tu propia carga y has plantado cara a tus miedos. Sin embargo, nadie excepto tú y yo, sabe lo que realmente ha pasado aquí.

—Ser invisible —dijo Aina con una sonrisa, como si de repente las palabras del mago hubieran sido pronunciadas por la Maestra Maira. Y no pudo evitar preguntarse si la Mano y ella se conocían de alguna forma. Aunque la única que realmente sabía *todo* lo que había pasado allí era ella. Y el hombre del espejo. Sonrió. —Es normal que en el tercer espejo fracasara, supongo.

—Completamente —le contestó la Mano y con un movimiento de mano, la gran puerta de la sala se abrió, dejando a la vista dos guardias que la miraron durante unos segundos, sin saber si acudir hasta ella para cargarla hasta un sanador o si sería capaz de salir por su propio pie. —Ha sido un placer, Hija Maldita del Desierto. Una pena que no seas capaz de afrontar tus propias responsabilidades, pero has hecho un esfuerzo digno de considerar.

—Gracias —dijo Aina mientras se levantaba del pequeño sofá y empezaba a caminar, sintiendo las piernas débiles y todo su cuerpo un poco mareado.

—Por cierto, Lucas no se parecía en nada al hombre del espejo —dijo finalmente la Mano, cuando ella ya estaba de espaldas a él, y Aina sintió el corazón latirle alegremente. No sólo acababa de confirmar que Dexter no era su hermano, sino que además le mostraba que no deseaba tampoco su infelicidad. Quizás la Mano no había vivido nunca algo como lo que ellos estaban viviendo. Pero lo respetaba. Sabía que, si lo necesitaban, tendrían un aliado en él. Por extraño que fuera pensar algo así de un mago, que había sido durante siglos la Mano Izquierda de un Pueblo Dorado.

Un sanador acudió hasta ella y le dio un brebaje amargo que Aina tomó sin protestar. Pasó un par de horas con el sanador, estirada en una cama con sábanas blancas, sintiendo como el calor de las piedras sobre su piel parecía relajar su estado de nerviosismo, como si aplacara parte de las emociones que había vivido allí dentro. Cuando consideró que Aina estaba en condiciones de marchar, el mismo guardia que la había sacado de su cama tras aporrear la puerta de su habitación, le acompañó de nuevo hasta allí sin decir apenas palabra. El Gran Sol había ascendido a una posición que obligó a Aina a preguntarse cuanto tiempo habría estado realmente en la sala de los Espejos. Sabía, por el libro, que la magia podía distorsionar entre otras cosas el tiempo y el espacio. Aunque no había leído nada de congelarlo, hasta el punto de crear tiempo dentro del mismo. ¿Cómo podría definir lo que había pasado? Una realidad paralela, un espacio

dilatado entre dos segundos diferentes. Desde luego, no era algo habitual ni para un mago. No podía negar esa realidad, aunque sentía que hacerlo era peligroso. Su padre, si ese era él realmente, había pasado en algún momento las fronteras de la magia que describía el libro. En silencio y meditando, entró acompañada por el guardia en el comedor de la posada, para ir a buscar las escaleras de acceso a las plantas superiores donde estaban las habitaciones, pero sus amigos la interceptaron por el camino. El guardia miró a Dexter y luego a James, con una sonrisa petulante en su cara y con un gesto formal, se despidió de ellos. Sus amigos la miraban con expresión cansada y preocupada. Solo faltaba Feren y Aina supo que Iris y Thor también habían pasado por todo aquello esa mañana. Ninguno de ellos la tocó, como si esperaran su permiso y temieran que entrara de repente en una espiral de cólera o depresión. Ni siquiera James, que en esos momentos tenía los pómulos marcados y un tono grisáceo en la piel bajo sus dorados ojos. Aina supo que la habían estado esperando en vez de descansar, como seguro les había aconsejado el sanador. Aina sintió la mirada de curiosidad de varios participantes a su alrededor, viendo como James y Dexter se habían colocado cada uno a uno de sus lados, mientras los dos herreros estaban frente a ella, pero nadie se atrevía a decir nada. Cerró los ojos y bloqueó los sonidos. Cuando abrió los ojos, la expresión preocupada de sus amigos le devolvió a la realidad.

—¿Y Feren? —les preguntó.

—Lo pasaron a buscar hace media hora —dijo Thor. —¿Cómo te ha ido?

—Siempre podría ser peor. ¿Vosotros? —dijo Aina, mientras los dos herreros negaban con la cabeza, dando a entender que no habían pasado el reto. —Creo que voy a subir a la habitación a descansar, ¿me avisareis cuando llegue?

—Por supuesto —dijo Iris con una sonrisa tranquila y bondadosa. —Chicos, no tiene sentido que esperemos todos aquí, ¿porque no descansáis un rato y cuando llegue os pasamos a buscar?

James hizo un gesto afirmativo con la cabeza, agradeciendo a Iris su intervención. Dexter y él subieron junto a Aina a los pisos superiores, mientras Iris y Thor se quedaban sentados en la mesa. Aina pudo escuchar la voz de Thor en la distancia, mientras subían los escalones.

—¿Así que los rumores son ciertos y los dos están con ella? —preguntó con cierta incredulidad. —No es asunto mío y ya se apañarán, pero no me gustaría que esto acabara mal.

—Te has encariñado con ella —le contestó Iris con una sonrisa.

—Sí, pero lo peor es que también con ellos —dijo él con una mueca. —No quiero que ninguno de ellos sufra y James siempre se ha mostrado tan posesivo y protector con ella que no estoy seguro de que lleve bien lo de compartirla con Dexter. Pese a que siempre están enfrentándose, en el fondo hay algo entre ellos, se complementan.

—Dexter siempre ha estado pendiente de ella —dijo Iris. —Los hombres no os dais cuenta de estas cosas, pero puedo asegurarte de que, si está en el grupo, es por ella. Quizás con el tiempo ha ido tomándonos aprecio al resto, no te digo que no, pero ella siempre ha sido su objetivo. Estoy casi segura de que James era consciente de ello. Si le ha dejado participar con nosotros significa que estaba dispuesto a aceptar esta situación. Puede que en el fondo sea lo mejor, quizás así los tres estén más unidos que nunca.

—Ojalá tengas razón. —contestó Thor sin estar del todo convencido, escuchó Aina momentos antes de entrar en su habitación junto a sus dos amigos y cerrar la puerta. Intentó bloquear las conversaciones del exterior, así como la mirada sorprendida de un participante que se cruzó con ellos.

—La Mano sabía que nos habías hablado de los espejos —dijo Aina sentándose en la cama mientras James y Dexter se sentaban en el suelo, delante de ella, tras lo que añadió con una

sonrisa mirando a James —Creo que he de felicitarte por pasar el reto, por lo que me han dicho.

—Las noticias vuelan —dijo él con una sonrisa cansada y añadió —No hubiera podido sin la información de Dexter. Me hubiera quedado en el cuarto espejo, como guardia del Oráculo del Desierto mientras vosotros dos os dabais el lote en las cuadras, a la mínima que me despistaba.

—¿Qué viste en el quinto espejo? —le preguntó Aina con curiosidad.

—Muerte y más muerte, no era muy diferente a la visión que nos explicó Dexter, supongo que por eso pude afrontarla relativamente bien y aunque me impresionó, siempre fui consciente de que no era real, eso marca la diferencia, créeme —le contestó él.

—La Mano conocía a tu padre —dijo tras un silencio prolongado Aina mirando a Dexter, que la miró alzando una ceja, con actitud relajada pero sorprendida.

—Todos los magos se conocen —dijo Dexter finalmente. —Son pocos, al fin y al cabo.

—¿Pero de que casta estás hecho? —le dijo James con una sonrisa ladeada, por lo visto desconocía el gremio del padre de Dexter. Éste se encogió de hombros, sin darle más importancia.

—La Mano cree que vas a ser el siguiente Rey. —la mirada de Dexter se volvió algo más fría, calculadora, mientras Aina empezaba a sonrojarse mientras continuaba hablando. —Me dijo que nuestras ilusiones, pero también nuestras debilidades y nuestros miedos, se entrelazaban.

—Pasaste los cinco espejos —dijo Dexter en un susurro, mirándola a los ojos con intensidad y cierta inseguridad.

—Pero no puntuaré —dijo ella finalmente, tras una pausa. —La Mano me ha ofrecido decidir puntuar o seguir en el anonimato, al final de la lista. Y he optado por no destacar, al menos no más de lo que últimamente lo estoy haciendo como pareja de uno de los favoritos.

—Está hablando de mí, por si no te has enterado —le dijo James con una sonrisa torcida a Dexter para provocarle, y él puso los ojos en blanco casi sonriendo. Después de la noche anterior, le traía sin cuidado lo que la gente dijera. Ella le amaba. Se levantó para sentarse al lado de Aina, sobre la cama, y le pasó el brazo por la cintura, ella suspiró y se dejó caer para apoyar su cabeza en el hombro del explorador. —Voy a descansar un rato a mi habitación. Es tarde, hablaré con los chicos que vayan a descansar. Lo más posible es que lleven a Feren directo a su gremio. Mañana iremos a verlo.

Dexter hizo un gesto afirmativo, mientras James se despedía de ellos. Se quedaron un rato así, abrazados, sin decir nada, hasta que finalmente, Dexter rompió el silencio.

—¿Qué has visto en los espejos?

—En el espejo de las ilusiones, estabais todos conmigo, junto a algunos amigos del Oráculo cuando de repente una luz de magia pura, lo iluminaba todo. En las debilidades, todos me dabais la espalda por estar maldita. En el espejo de la responsabilidad, básicamente me he visto huyendo de ti y de tus cálidos besos.

—¿En serio? —dijo Dexter con una sonrisa divertida.

—No es fácil saber que deseas estar conmigo. Desear estar contigo. Pero saber que no puede ser.

—La maldición de tu nacimiento —dijo Dexter frunciendo el ceño. —Realmente piensas que, si estuviéramos juntos, mi vida correría peligro. Tu responsabilidad.

—Exacto —le dijo Aina con una mirada cansada, triste. —Te quiero. Y no voy a dejar que mi maldición pueda hacerte daño.

—¿Y en los últimos espejos? —le preguntó Dexter tras hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿De verdad quieres saberlo? —le dijo Aina sintiéndose cohibida al recordar a Dexter,

rodeados por sus supuestos hijos malditos y la preciosa imagen de todos ellos.

—Si estás preparada para decírmelo, sí —dijo él finalmente, mirando con curiosidad sus mejillas sonrojadas.

—En el cuarto espejo te vi a ti, con varios niños y niñas doradas, malditos como yo —le dijo y pudo ver el impacto de aquellas palabras en Dexter, cuyas pupilas se dilataron durante unos segundos, antes de inspirar una bocanada de aire y besarla con fiereza. Su máxima ambición era él. Niños. Hijos. Dexter jamás se había planteado algo así. Pero esa fugaz imagen, le había golpeado hasta casi aturdirlo. Juntos. Sus hijos. Una familia. No le importaba lo más mínimo que los niños fueran malditos. Era una ambición hermosa. Tras estirarse en la cama y besarse durante un rato, se separaron con las miradas vidriosas. Aina cerró los ojos, poniendo su cabeza sobre el pecho de Dexter, mientras éste la abrazaba.

—Sería perfecto —dijo finalmente Dexter.

—Pero no puede ser —dijo Aina con un susurro. —Es a lo que juega el espejo. Jamás podremos tenerlo, jamás hubiera pensado que algo así me importara. Pero habiéndolo visto, duele.

—Te quiero —le dijo Dexter besándole con suavidad la cabeza. —La Mano debe haber pasado un rato de lo más entretenido. Dudo que sea el tipo de cosas que suele ver alguien en su sala.

—Si solo fuera eso —dijo Aina en un suspiro, recordando todo lo que había pasado en el último espejo.

—¿Qué has visto en el quinto espejo? —dijo Dexter finalmente, con voz suave y pausada.

—No es qué. Sino a quién. Mi padre —dijo ella finalmente y sintió como crecía en Dexter la curiosidad. —Pero creo que aún no estoy preparada para hablar de eso. Créeme que ha sido la experiencia más rara que he tenido en toda mi vida. Y aún no estoy segura de que haya pasado en realidad.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Dexter finalmente. —Ahora intenta descansar un poco, mañana ya verás que todo lo verás con otra perspectiva. Es el efecto de la exposición a tanta magia sin estar habituado a ella.

Aina se relajó con facilidad, mientras Dexter le acariciaba la espalda con suavidad. Sentirse allí, en sus brazos, era reconfortante. Recuperó el recuerdo de su padre, saliendo del espejo y congelando el tiempo a su alrededor. Sus palabras volvieron a llegar hasta ella, con su voz suave pero penetrante, con claridad. Empezaba a ser consciente de los detalles que hasta ahora no había detectado. No estaba segura, pero casi podría jurar que la piel del hombre no era dorada, sino del color rosado, casi blanquecino, de los salvajes. La idea era absurda. Un mago entre salvajes era imposible. Un salvaje engendrando un hijo de Aurum puro y no a un mestizo, era otra locura. Y, sin embargo, había algo allí, que no encajaba por ningún lado. Decidió que su imaginación le estaba jugando una mala pasada y consiguió dormir, finalmente.

Marcados

Una excitación creciente recorría las calles de Do-Urh. La lista de los Juegos de Honor, la búsqueda de un nuevo Rey tenía dos nuevos favoritos. Entre todos aquellos participantes, encabezando la lista destacaban los nombres de Dexter y James, los únicos que habían sido capaces de superar las pruebas de la Sala de los Espejos. Tras desayunar todos juntos, James y Dexter marcharon juntos a entrenar, como empezaba a ser su costumbre, bajo la atenta mirada de otros participantes. Aina sospechaba que habrían ido a la antigua casa de las afueras, donde ella había entrenado con James antes de que él entregara la Aguja. Casi había deseado ir con ellos. Poder ejercitarse un poco, desentumecer sus músculos, calmar su corazón y su mente. Pero había decidido que hablaría con Feren. Si alguien podía localizar el templo de Crótalos o conseguir alguna referencia, era él. Pero para cuando había tomado esa decisión, ya había desaparecido a encerrarse entre sus libros, junto con el resto de su gremio. Había tenido que posponer su propia búsqueda, para satisfacer la de Iris. Caminaron por las calles de Do-Urh, y aunque algunos parecían reconocerlas, no se escuchaban demasiados susurros a su paso. Algo que Aina agradecía. Empezaba a estar acostumbrada a que la ciudad al completo estuviera pendiente de James, y eso hacía que muchos miraran a la joven Maldita, a la que el guardia mostraba de forma pública y abierta un interés que casi divertía a los ancianos y empezaba a crear envidia entre algunos de sus rivales. Vladimir en concreto. Si su idea era pasar desapercibida, invisible, desde luego el reciente éxito del joven guardia, no la ayudaban en lo más mínimo a conseguirlo. Llegaron al área entre las murallas, acompañadas por el Maestro de Iris. Iris le había hablado de los artesanos plateados que habían visto días atrás y ambos parecían interesados en conocer al joven herrero plateado. Caminaban entre los múltiples comercios y Aina sentía que el ambiente era alegre, casi festivo. Localizaron sin dificultad el pequeño puesto de los plateados, con sus finas piezas y joyas expuestas con exquisita delicadeza. El plateado que los recibió la última vez estaba allí, detrás del mostrador, y sonrió a Iris, como si la reconociera y encontrara en ella alguien con sus mismos intereses.

—La joven dorada viene hoy bien acompañada —le dijo con una sonrisa familiar. —Estoy seguro de que será capaz de reconocer las nuevas piezas en la colección. Nuestro artesano llegó esta madrugada, lleno de nuevas obras que estoy seguro sabrá apreciar.

Iris se acercó allí con una sonrisa y presentó a su mentor. Empezaron a hablar animadamente y Aina se colocó junto a ellos, escuchando su conversación, pero sin acabar de entender algunos de los detalles de ésta. Pudo sentir un movimiento, antes incluso de verlo. De forma intuitiva, ladeó un poco la cabeza, para localizar una sombra que se movía sin demasiada dificultad, a través de la multitud. La sombra se quedó quieta, en una esquina en la distancia y alzó levemente la cabeza. Aina pudo ver su piel plateada pese a la oscuridad de la capucha. Sus ojos azules parecían brillar entre las sombras y había una mirada dura, casi fría en él. Pese a la distancia, supo que él la miraba con la misma curiosidad que ella, como si de alguna forma hubiera sido capaz de saber que su presencia había llamado la atención de Aina. Se quedó quieto durante unos segundos, o tal vez fueran unos minutos, hasta que empezó a caminar en su dirección, con aspecto huraño, tras bajar la mirada y volverse a esconder entre las sombras de su capucha.

—Ethan —le dijo el plateado al joven cuando este pasaba por el lado de Aina, ignorándola a su paso. —Ésta es la joven dorada del Gremio de los Herreros de la que te hablé y su Maestro. Participante de los Juegos de Honor, forjó una espada para el nuevo Rey, digna de servirle y digna

de ser admirada.

—Un placer supongo —dijo Ethan elevando levemente la cabeza y mirando a Iris sin demasiado interés.

—Estamos muy interesados en su trabajo —le dijo el Maestro de Iris con una sonrisa generosa, para nada preocupado por el tono algo desdeñoso que había usado el plateado.

—Gracias —dijo Ethan mientras lo miraba y fruncía levemente el ceño, un poco incómodo.

—Nos gustaría hablar sobre la forma en la que trabajas el acero —dijo Iris con una sonrisa con su tono familiar habitual. —Bajo tus manos, parece que se vuelva maleable como el propio oro.

—No suelo trabajar con oro —dijo él mientras se sacaba la capucha y su piel plateada brillaba bajo la luz del sol, y su cabello, con finas trenzas de blanquecino cabello, caían sobre sus hombros de forma armónica pero desordenada. Había algo en su mirada, y en la forma en que había pronunciado aquellas palabras, que Aina sintió como si la hubieran insultado, aunque nadie más parecía haberse dado por aludido. Miró al plateado y sus miradas se quedaron fijas, Aina tenía la sensación de que la estaba probando de alguna manera. Quizás su compañero le había explicado la forma casi estúpida con la que se quedó mirándolo la última vez que estuvieron allí, y ahora él quería pagarle con la misma moneda. Estaba claro que no estaba contento con tenerla allí.

—Voy a mirar los caballos —les dijo a Iris y a su Maestro, señalando con la cabeza unas pequeñas caballerizas donde se exponían varios animales a la venta a poca distancia. —Os vengo a buscar aquí.

Iris y su Maestro hicieron un gesto afirmativo y Aina se alejó de allí, sintiendo la mirada del plateado sobre ella. Se entretuvo con los caballos hasta que finalmente Iris y su Maestro fueron a buscarla. Para pasar el tiempo había estado un buen rato peinando un joven semental de color chocolate, algo temperamental, pero que había sucumbido a los mimos con bastante facilidad. Dos mestizos ayudaban con los caballos y aunque Aina intentó hablar con ellos, como estaba acostumbrada a hacer con los mestizos del Oráculo, le habían contestado con monosílabos, mirando al suelo con timidez, casi sonrojándose ante su interés. De tanto en tanto había podido sentir al plateado mirándola desde la distancia. Curiosidad, tal vez. Había algo en él ligeramente diferente, podía sentirlo, pero no sabía definirlo con claridad. Tal vez ella también se sentía curiosa respecto a ellos, no podía negarlo. Pero no acostumbraba a ir mirando a la gente irritada, como si todos a su alrededor le molestaran.

Ya dentro de la seguridad de las murallas internas de Do-Urh, Aina se alejó de los herreros para ir a buscar a Feren. Sin embargo, Dexter había pasado hacía un rato y había desaparecido llevándose con él al escriba. Mala suerte. Se dirigió a su posada, cuando las tripas empezaron a sonar, de forma insistente. Comería y leería un rato el libro de la Mano, incluso descansaría sin el sonido estridente de los ronquidos de James, a su lado. No era un mal plan, después de todo.

Aunque James la esperaba en el hostel, dispuesto a comer juntos y sin aspecto de tener prisa de levantarse de la mesa. Tras un par de partidas de cartas, Aina le convenció de ir a buscar a Feren. Pasear con James por Do-Urh era ser el centro de miradas y susurros, y eso empezaba a sacarle de quicio. Con Iris ya se sentía sutilmente observada, por aquellos que la reconocían, pero James parecía llevar una diana en pleno pecho, que anunciara su posible candidatura a ser Rey. Ella se mantenía en silencio a su lado, mirando al suelo dócilmente, cuando alguien le paraba a preguntar algo y él les contestaba con su buena forma de hacer habitual. Aina sospechaba que, en el fondo, James tampoco ansiaba ser Rey. Le recordaba a Sir Anthony, o como ella se lo imaginaba a su

edad. Desafortunadamente, nadie sabía nada de Feren en su gremio, desde aquella mañana.

—Es extraño que no aparezca en todo el día —le dijo Aina a James, camino a la posada, tras su apacible paseo, dispuesta a encerrarse en algún lugar menos concurrido.

—Algo ha pasado esta mañana —le dijo James finalmente, sin estar seguro de qué revelar exactamente, bajo la atenta mirada de Aina. —Hemos estado entrenando con Dexter en la antigua casa a la que fuimos aquel día. Queríamos venir a comer con vosotros, pero cuando Dexter ha aparecido después de darse una ducha, estaba inquieto. Me ha dicho que tenía que ir a hablar con Feren y que vendría tan pronto como pudiera.

—Pues pronto, lo que se dice pronto, no ha venido —le contestó Aina haciendo una mueca.

Iris y Thor se unieron a ellos a cenar, pero Dexter y Feren no aparecieron. Jugaron a las cartas tras la cena y Thor resultó increíblemente hábil haciendo cálculos mentales y prediciendo las jugadas, algo poco habitual en un herrero que usaba habitualmente la fuerza del martillo y no el arte del cálculo. Aunque Thor aseguró que era Feren el que le había enseñado a jugar y que, si estuviera allí, habría sido el vencedor por excelencia. Todo parecía recordarle a Aina ese día perdido sin buscar el templo de Crótalos, el que seguramente sería su destino una vez los Juegos concluyeran. Si decidía ir a buscar a su padre. A buscar respuestas. ¿Por qué Dexter había tenido esa urgencia de localizar a Feren? Sentía bastante curiosidad con todo aquello. Además, sabía que si no fuera importante no habría perdido la oportunidad de ir a dormir con ella. Quizás era un pensamiento un poco egoísta, hasta narcisista, pero sabía que era una realidad. Miró a James, estirado en el suelo de su habitación. Sintió el deseo, casi incontrolable, de salir a la oscuridad de la noche y contemplar la luz de las estrellas, para sentir la calma que de ellas nacía. Su padre le había dicho que ellas le protegerían en su camino. ¿De qué camino estaría hablando? ¿Podía realmente fiarse del hombre del espejo? Hubiera deseado que fuera una mera ilusión, pero la forma en la que se había materializado saliendo de él, parando el tiempo a su alrededor como si aquello fuera algo sencillo para él, desafiando a las Diosas, como si todo fuera posible para ese hombre. Y allí estaba ella, confundida y sintiéndose extrañamente sola, estirada en la cama, con James roncando una vez más a pocos metros, sin poder entender ni sin saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar para encontrar las respuestas. Abrió la ventana con cuidado y salió a la oscuridad, trepando hasta llegar al tejado de la posada. Pequeñas antorchas se movían en la distancia por las calles de Do-Urh, pero el cielo estrellado brillaba con fuerza propia. Cerró los ojos y se relajó, por primera vez en todo el día. Pasó un rato cuando sintió una presencia. Silencio. Podía sentirla, pero no era capaz de oírla. Dejó su mente vagar y finalmente localizó un corazón palpitando en la distancia. Calma. ¿Otra vez los salvajes? Estaba solo. Greg no sería tan estúpido, ¿no? Esperó, pero no se movió de su posición, como si estuviera esperando algo. O a alguien. Un ruido. Pudo sentir como su corazón se aceleraba. Abrió los ojos para ver a Dexter acercándose a ella, con paso firme y una mirada inteligente, cargada de secretos y promesas que le hizo estremecer. ¿Qué había pasado esta vez? Sin dejar de mirarla, se acercó a ella y la abrazó con suavidad, antes de besarla con una ternura infinita.

—¿Me has encontrado a faltar? —le preguntó cuando se separó de ella, con una sonrisa llena de confianza.

—Tal vez —le contestó ella.

—Vamos abajo, tenemos algo que contarte, pero creo que será mejor que sea Feren el que te lo explique —le dijo Dexter mientras la tomaba de la mano y descendían para entrar por la ventana en su habitación. Dexter sonrió al ver a James estirado en el suelo. Aina no pudo evitar sonreír cuando Dexter palmeó a James para despertarlo y éste intentó esconderse debajo del cojín,

amenazándolo con una muerte lenta y dolorosa si no le dejaba dormir en paz. Cuando aceptó que Dexter no parecía para nada intimidado con sus amenazas, se sentó en el suelo y empezó a despezarse, murmurando amenazas por lo bajo a las que Dexter no hacía el más mínimo caso. Dexter se acercó a la puerta de la habitación y la abrió. Feren estaba al otro lado, con aspecto de sentirse un poco incómodo por estar allí a esas horas. Se le veía cansado, pero no pudo evitar que pequeñas chispas de diversión asomaran a su rostro cuando vio a James de pie mirándolos como si clamara al cielo para tener infinita paciencia.

-Cuéntame cual es el motivo para acosarme de nuevo en plena madrugada —dijo James mientras con algo de agua se frotaba la cara y viendo que Feren parecía algo intimidado por su tono malhumorado, añadió —No te apures, Feren, sé que todo esto no es culpa tuya.

-Bueno, a quien queríamos ver era a Aina, pero como siempre estás por en medio —le contestó Dexter con expresión divertida.

—Te recuerdo que es mi pareja —le dijo James bostezando de forma poco amenazante. —Lo normal es que esté en medio, ¿recuerdas?

—A estas alturas creo que Feren sospecha que algo no cuadra en todo esto, así que no hace falta que finjas —le contestó Dexter encogiéndose de hombros, mientras se sentaba en la cama de Aina, como si todo aquello le divirtiera especialmente. Aina cruzo los brazos sobre su pecho y se apoyó sobre la pared, observándolos a todos. ¿De qué iba todo aquello?

—Creo que no estoy entendiendo nada de lo que estás diciendo, ¿efectos secundarios de los espejos? —le dijo James inclinando la cabeza y mirando a Dexter con curiosidad y aspecto algo más serio.

—Creo que es más fácil si os lo muestro —dijo Dexter divertido, mientras miraba a Aina con una sonrisa que escondía secretos. Dexter se empezó a desabrochar lentamente los botones de la parte superior de su camisa negra sin dejar de mirarla y Aina sintió que se le secaba la boca. Cuando tenía expuesto hasta la mitad del pecho, cubierto de un fino vello dorado y unos hermosos pectorales, Dexter desplazó la camisa hacia el lateral, para poder exponer su hombro izquierdo. Dexter parecía divertido, como si pudiera sentir sus emociones, y la incomodidad de Aina en ver parte de su cuerpo desnudo. Algo sonrojada, empezó a mirar a Dexter, sin estar segura de que debía de buscar sobre ese musculoso cuerpo, hasta que encontró una extraña cicatriz justo sobre la terminación de su clavícula, casi sobre el hombro. Se acercó para observarlo con curiosidad. No se trataba de una runa propiamente, puesto que las marcas de la Diosa parecían esculpidas con tinta negra sobre su dorada piel. Sin embargo, allí había una cicatriz, en la que los trazos suaves y ligeros se cruzaban entre sí formando algo parecido a una runa. Una runa marcada en carne viva. Dexter la miró con una extraña calma y con un gesto de la cabeza, le señaló su hombro izquierdo. Aina sintió la mirada de Feren sobre su cuello, desnudo, y como su mirada se detenía en la ausencia de la marca de la Diosa. Sorpresa. Ahora ya había alguien más que podía llegar a entender la magnitud de su maldición. Tanto daba. Feren al menos estaba manteniendo la calma, no podía negarle el mérito. Dexter le hizo un gesto con la barbilla, en dirección a su hombro izquierdo, de nuevo. Aina le miró indecisa, sin entender de que iba todo aquello, pero se soltó el nudo del cuello de la camisola y dejó que la piel dorada de su izquierda se expusiera a su vista. Los ojos de Dexter estaban vidriosos y Aina pudo sentir el deseo arder en él cuando su clavícula y su hombro fueron expuestos. Aina no pudo evitar un pequeño grito de sorpresa al encontrar una cicatriz gemela a la de Dexter, sobre su piel. Miró a Dexter con sorpresa y la mirada de él, iluminada por intensos y profundos sentimientos, la dejaron casi tan sorprendida como la propia cicatriz. Dexter se quedó en silencio, controlando sus propias emociones. James miraba las

cicatrices de uno y otro con curiosidad, pero estaba claro que no tenía ni idea de que iba esto. Solo quedaba una persona en la habitación al que podía pedirle algún tipo de respuesta.

—Feren, ¿qué significa esto? —dijo Aina con un hilo de voz. Feren se acercó a ella con una sonrisa en la cara, no podía ser nada malo si el bueno y tranquilo de Feren encontraba la situación divertida. Miró la cicatriz de Aina y sacó de debajo de su peto de cuero un papel y un carbonillo y empezó a copiar la runa con sus habilidosas manos.

—Vuestras runas comparten el mismo eje, el núcleo —dijo Feren con una sonrisa tímida, como si no supiera como darle a Aina la noticia, que Dexter conocía de antemano. —Es una runa antigua, nos ha costado bastante localizarla.

—¡Feren! —dijo Aina para que fuera al grano, no quería saber todo lo que les había costado encontrarla, quería saber qué era eso que había marcado su piel por primera vez.

—Bueno, supongo que debo felicitaros —dijo Feren haciendo una mueca, mirando de reojo a James, como si no estuviera seguro de cómo se tomaría la noticia. —Por lo visto, ¡estáis casados!

—¡Casados! —la voz de Aina casi sonó en un susurro agudo de sorpresa, mientras Dexter sonreía de punta a punta, como un gallo de corral que acababa de marcar a su gallina favorita. Testosterona por cada poro de su piel, lo que le faltaba justamente a él. Aina miró su runa y luego a Dexter y a Feren, una y otra vez, hasta dejarse caer sobre la cama y empezar a frotarse la cabeza. —No, no, no. Esto no puede ser.

—Mi amor —dijo Dexter con una sonrisa que en esos momentos era casi irritante, mientras añadía con expresión burlesca. —Muchas mujeres pagarían por cazar a un buen partido como yo.

—Pues haberte casado con una de ellas —le contestó Aina poniendo una mueca, haciendo que James explotara en carcajadas. Feren se relajó al ver la tranquilizada con la que James se tomaba todo aquello. Cuando había descubierto el significado de la runa de Dexter y se lo había explicado, él había susurrado el nombre de Aina y había cerrado los ojos con una sonrisa feliz, divertida. Amor. Había podido sentirlo. Era extraño. Tras el impacto inicial de la noticia, no había podido evitar pensar en James. Él siempre había sido noble con todos ellos, y aquello era extraño. De alguna forma Dexter se había dado cuenta de su preocupación y con una mirada tranquila, le había dicho que no se preocupara por James. Había algo en sus palabras que era poderoso y de alguna forma, sabía que le decía la verdad. James se había mostrado cariñoso con Aina, pero había aceptado a Dexter y todos habían sido consciente del interés del explorador en Aina, desde el inicio. Había chispas surcando el aire entre ellos. No la compartían. Aina y Dexter se habían comprometido. Casados. Sin que nadie pudiera entender cómo había sucedido eso. Aina no era de James, por mucho que él siempre estuviera posando a su lado. Solo esperaba que él fuera consciente de eso.

—¿Es eso posible? —dijo James cuando consiguió controlar la risa, viendo que Dexter se había puesto de pie junto a Aina, sin atreverse a tocarla al ver la expresión acorralada de ella. —Había oído que para que una pareja se casara, la Diosa tenía que dar su bendición, aunque lo cierto es que no conozco a ningún matrimonio. O no conocía.

—Muy gracioso —le dijo Aina haciendo una mueca.

—Eso parece —dijo Feren. —Lo he revisado más de cinco veces y no hay duda de que la runa central es la del matrimonio. Lo normal sería que fuera una runa como tal, tintada sobre vuestra piel, pero dado que Aina no tiene la marca de la Diosa, quizás sea una versión adaptada a las circunstancias.

—La Diosa jamás permitiría que me casara —dijo Aina de repente, sonando extremadamente fría y hasta dura. Dexter pasó su brazo por su espalda, como si quisiera de esta forma transmitirle

su calor. Feren los miró y sintió una extraña calidez. Lo que compartían, era hermoso. Esta vez Dexter no bromeó a costa suya, algo en su tono de voz le había advertido que aquello era importante.

—De alguna forma ha pasado. Quizás la Diosa no ha bendecido este matrimonio, pero de alguna forma ha sucedido. Las runas son el testimonio —dijo él con voz suave, intentando tranquilizarla.

—Feren, ¿estás completamente seguro? —insistió ella.

—Lo estoy —dijo él con una expresión solemne aunque una media sonrisa escapaba por su boca. —Pero la runa está acompañada de varios símbolos más que aún no he identificado completamente. Por lo que hemos descubierto, junto a la runa central del matrimonio debería haber información sobre la pareja, he estado revisando las figuras de Dexter, pero no estoy seguro de la traducción exacta.

—¿Qué has conseguido traducir? —preguntó Aina y Feren por primera vez parecía incómodo. Dexter contestó por él.

—Hay un símbolo que no hemos conseguido encontrar aún —dijo Dexter. —Los otros no hacen referencia ni a tu maldición ni al oráculo del desierto, por eso Feren tenía sus dudas de que fueras tú la afortunada.

—¡No es eso! —se defendió Feren y se justificó —Te llaman Hija de la Luz de la Noche y Madre del pueblo vivo o del pueblo despierto, es difícil de traducir con exactitud.

—Suena mejor que Hija Maldita del Desierto —dijo Aina con una sonrisa triste, al escuchar la palabra Madre. Hija de la Luz de la Noche. Aquella parte le gustaba más. Era un nombre bonito.

—Es bueno ser optimista —dijo James finalmente y añadió burlesco. —¿Y esa es la parte que sí que habéis descifrado?

—¿Que pone en mi marca? —preguntó Aina y Feren miró la copia que había hecho sobre el viejo pergamino. Miró sorprendido la hoja, como si lo mirara por primera vez.

—Esta runa no la conozco, pero estas dos son sencillas. Esta habla del solitario explorador perdido y encontrado, tampoco suena muy normal, después de todo —dijo Feren haciendo una mueca. —Y esta, bueno, es un título. Rey de Do-Urh. Para ser exactos.

Dexter empezó a toser y James le golpeó la espalda un par de veces, mientras empezaba a reír de nuevo.

—Es imposible que ponga eso —dijo Dexter.

—Más te vale conseguir ser Rey o te quitan la esposa —le contestó James con ironía.

—No quiero ser Rey —dijo Dexter de repente, con voz cansada y esta vez Aina se acercó a él.

—Yo tampoco quería estar casada —le susurró Aina al oído. —Pero supongo que los dos nos tendremos que ir mentalizando.

Dexter la miró a los ojos y Aina supo que sus palabras, aunque no fueran especialmente optimistas, habían llegado hasta él. Era la primera vez que aceptaba su nueva situación, algo que por lo visto había convertido a Dexter en el hombre más feliz del mundo, capaz de olvidar durante un momento que según las runas que marcaban a Aina, iba a ser Rey. Le sonrió, una sonrisa tímida, pero satisfecha. Le gustaba pensar que Aina era suya. Su mujer. Su esposa.

—Dexter, tampoco es para tanto —dijo James. —Piensa en el lado bueno de las cosas. Si uno de nosotros fuera Rey, tendría poder suficiente para mantener a Aina a salvo de personas como Vladimir y mantener al Consejo lejos de ella.

—Quizás sería mejor que el Consejo no supiera esto, la forma en que está grabada vuestra piel es extraña y desde luego, no creo que aprobaran que la gente pueda casarse sin su autorización ni

la de la Diosa —dijo Feren y todos le miraron sorprendidos, no parecía la persona que animaría al resto a ocultar información al Consejo porque eso podía ser considerado traición. —Trabajaré en las dos runas sin que nadie sepa de lo que se trata.

—Nadie tiene porqué saberlo excepto nosotros. Seguir exactamente igual que hasta ahora. O más o menos, ya me entendéis —dijo finalmente James, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Realmente vosotros no estáis juntos? —preguntó Feren mirando a James con curiosidad.

—No —dijo él con una sonrisa. —Pero un caballero siempre intenta proteger a una dama en apuros. La idea fue de un amigo común, una joven Maldita en medio de tanta gente podía convertirse en un blanco perfecto. Pero con el respaldo de alguien con un gremio fuerte detrás, podía intimidar a la mayoría.

—Cuanto más te conozco, más te admiro —dijo Feren con una mirada solemne y James se encogió de hombros, agradeciendo sus palabras en silencio.

—Feren —dijo Aina mordiendo el labio inferior. —La Mano puede leer los pensamientos de la gente. Tienes que evitar pensar en todo esto cuando estés cerca de él.

—¿Puede leer la mente? —preguntó él sorprendido, Dexter y James confirmaron las palabras de Aina con un sutil movimiento de cabeza. Eso, desde luego, no se lo esperaba. —De acuerdo, cuanta con ello.

—Y hay otra cosa —dijo ella finalmente. —Necesito que busques algo. El templo de Crótalos.

—No me suena el nombre —dijo Feren tras pensar durante unos segundos. —Pero será alguno de los templos que quedaron en desuso, supongo. Algunos se ocultaron pero buscaré a ver que encuentre.

—Gracias, Feren —dijo Aina con una sonrisa. —Eres una gran persona. Y un gran amigo.

—Feren se ha ganado dormir y yo me he ganado dormir en una cama como la Diosa manda —dijo James despidiéndose de ellos, dando por zanjada aquella cuestión. —Mañana os paso a buscar para el desayuno.

Salieron de la habitación dejando a Aina y a Dexter solos. Aina no parecía dispuesta a empezar a hablar, pero Dexter no tenía intención de dejar cabos sueltos.

—Aina, nada ha cambiado. —empezó él. —Las condiciones siguen siendo las mismas. Quiero estar a tu lado, durante el día y la noche. Que tu rostro sea la primera imagen que vea por la mañana y la última al acostarme. Quiero protegerte del mundo, del Consejo y si es necesario de la misma Diosa. No me importa que estés maldita, no sé cuántas veces tendré que repetírtelo.

—Unas cuantas más —le contestó ella con una pequeña sonrisa mientras él la abrazaba con más fuerza. —¿Vamos arriba? La noche es hermosa y tengo la sensación de que estas paredes son casi las de una celda.

Dexter no discutió y la acompañó hasta la ventana. No se sorprendió al ver la agilidad con la que Aina escalaba hasta el tejado y la siguió con una sonrisa orgullosa, muy masculina. Se estiraron en el tejado del hostel mirando las estrellas en el firmamento. Buscó en la distancia, pero la presencia que había estado oculta tiempo atrás, había desaparecido. Se relajó mirando las estrellas. Tras las palabras de su padre, no podía evitar mirarlas con nuevos ojos. Preguntas. Esperanza. ¿Existía alguna forma de revertir su maldición? Poder estar con Dexter. Amarse. Sin preocupaciones ni amenazas detrás de todo aquello. Pensó en las palabras de Feren, en la runa que marcaba a Dexter como su esposo y dejó que su mente vagara, mientras Dexter le acariciaba suavemente la mano.

—¿Crees que la luz de la noche pueden ser las estrellas? —le preguntó Aina tras unos minutos

de silencio, en los que se había empapado de la tranquilidad de la noche.

—Hija de las Estrellas —dijo Dexter meditando. —Podría ser, desde luego. No sé si tiene mucho sentido, pero cuando Feren leyó esa runa, supe que era una buena descripción tuya. No es habitual que un dorado busque la oscuridad de la noche y menos que se mueva de la forma en que tú te mueves en ella, como si fuera algo natural.

—Nací durante el eclipse —dijo Aina, recordando las palabras de la tía Maura. —Quizás las estrellas eran las únicas que iluminaron mi alumbramiento y a ello se debe ese nombre.

—Puede ser —dijo Dexter. —Pero hay niños que nacen entrada la noche, sin el Gran Sol en lo alto, y no son diferentes al resto.

—Quieres decir que no están malditos —le corrigió Aina.

—Eres especial. Hija de la Luz de la Noche, Hija de las Estrellas, mi amada esposa —le contestó Dexter con voz suave, tierna, un tono de orgullo en ella. Aina sonrió. Se sentía bien aquello. Casi podía empezar a acostumbrarse. Se quedaron allí hasta que los primeros rayos de sol amenazaron con iluminar la ciudad. Bajaron a la habitación y se tendieron en la cama, abrazados, esperando que en unas escasas horas James les pasara a buscar. James actuó con normalidad, rodeando a Aina con su brazo durante el desayuno y hablando como si la presencia de Dexter en la mesa no le preocupara lo más mínimo. Los rumores habían corrido como la pólvora y Aina no podía evitar escuchar los susurros de la gente sobre el posible triángulo amoroso que se había formado. El guardia que había encontrado a Dexter en su habitación había exagerado mucho lo que había encontrado allí y los rumores se habían ido distorsionando poco a poco, hasta alejarse por completo de la realidad. Intentó ignorarlos, como hacían sin dificultad James y Dexter, pero apenas fue capaz de probar bocado. Iris y Thor hablaban animadamente sobre algo que uno de sus Maestros les había enseñado esa mañana, ajenos a la tensión que les rodeaba. La entrada de un mestizo con un pergamino enrollado no pasó desapercibida. Se puso de pie sobre un banco vacío y empezó a leer la misiva.

—Por orden de La Mano. —empezó él captando la atención de todos los participantes casi al instante. —Se convocan a todos los Participantes para la siguiente prueba en tres horas. El lugar de reunión será la plaza del Registro, donde la Mano les informará adecuadamente. Se aconseja que los participantes tomen armas y ropa de abrigo, puesto que se espera que no duerman en la ciudad durante las próximas noches.

El mestizo bajó del banco y enrolló el pergamino mientras las voces de descontento, de miedo y de protesta empezaban aquí y allí. Un joven participante del gremio de los cazadores que se alojaba allí se acercó al chico con cara de pocos amigos mientras con un empujón, le arrebató el pergamino y empezaba a desplegarlo para leerlo él personalmente. Aina no fue consciente de haberse levantado y de colocarse delante del mestizo hasta encontrarse allí, mirando los ojos dorados del cazador que le miraban con recelo y una sonrisa desafiante en los labios. Aina sintió que algo dentro de ella crecía, que ansiaba salir.

—No tienes derecho de tomar un pergamino de la Mano —le dijo ella con voz serena pero firme. —Devuélveselo al chico.

—¿O qué? —le preguntó el cazador mientras enrollaba el pergamino y se lo sujetaba en uno de sus cinturones sin dejar de mirarla con rostro desafiante. Aina sintió la calidez de dos cuerpos junto a ella, cubriendo sus dos laterales. No necesitó mirar para saber que se trataba de James y de Dexter, se había acostumbrado a su calor y a su olor por lo que podría ser capaz de identificarlos con los ojos vendados.

—No creo que desees saberlo —dijo Dexter manteniendo una posición relajada, mirando al

cazador con una ceja alzada.

—No, desde luego. —contestó James inclinando la cabeza de lado a lado, como si se estuviera preparando para un entrenamiento.

—La niña Maldita y sus perros —dijo el cazador con una sonrisa llena de malicia y sacó el pergamino de donde lo había afirmado y lo dejó caer al suelo mientras añadía con voz zalamera.

—Tu misma, solo tienes que arrodillarte, algo a lo que ya estás más que acostumbrada.

Aina sintió la energía de Dexter creciendo a su lado y el aumento de frecuencia cardiaca de James. Antes de que ninguno de los dos pudiera contestar al cazador, se agachó en un ágil movimiento, cogiendo el pergamino con la mano derecha mientras apoyándose en la mano izquierda realizaba un giro completo de su cuerpo con la pierna extendida, golpeando lateralmente las piernas del cazador que perdió el equilibrio y cayó al suelo mientras Aina recuperaba la posición vertical sin ningún tipo de dificultad. Sintió la energía fluir por su cuerpo de forma viva antes de ser consciente del silencio que había invadido el comedor y como todos miraban sorprendidos al cazador en el suelo. James y Dexter parecían sorprendidos también, pero sus rostros no dejaron que su sorpresa traspasara sus máscaras.

—Muchas gracias —dijo Aina haciendo una pequeña inclinación de cabeza al cazador tendido en el suelo, que la miraba con los ojos abiertos, demasiado sorprendido como para responder. El movimiento de Aina había sido tan rápido que a duras penas había sido capaz de *verlo*. La única prueba real era que estaba tendido allí, en el suelo. Aina se giró hacia el mestizo y le entregó el pergamino. El mestizo lo tomó con cuidado y le sonrió agradecido, antes de alejarse sin pronunciar palabra alguna, mientras todos los presentes miraban a Aina con recelo. Aina se giró y volvió a la mesa con sus amigos herreros. James y Dexter la siguieron y poco a poco todos volvieron la atención hacia sus propias preocupaciones. Tres horas no era demasiado tiempo para prepararse para la siguiente prueba. Varias noches fuera. Eso no prometía nada bueno. Ya decían los ancianos que después de la calma, viene la tormenta.

James organizó a su grupo y cada uno siguió sus instrucciones. Llegaron a la plaza pocos minutos antes de que las campanas anunciaran la llegada de la Mano, aunque nadie pareció advertirlo, sumido cada participante en sus propios miedos y angustias. Aina, codeada con James y Dexter, esperó en silencio mientras la Mano asomaba al balcón del edificio del Registro. El silencio poco a poco se extendió por la sala y la tensión de los participantes parecía ser tan densa que hasta podría tocarse, mientras a su alrededor muchos habitantes de Do-Urh se habían acercado para escuchar la presentación pública del que sería el último reto de Selección. La Mano hizo unos extraños gestos con los brazos y la luz en la plaza empezó a disminuir ante la mirada y los gritos asustadizos de muchos de los participantes y visitantes que se habían acumulado en la plaza. Quedó solo un mínimo residuo de luz, lo suficiente como para que pudieran verse los unos y los otros entornando un poco los ojos, dentro de una cúpula mágica que había acogido en su seno a la plaza al completo. La Mano empezó a hablar, con voz suave y profunda mientras su magia hacía que su voz resonara por todo el lugar con extraordinaria claridad. Mientras hablaba, dentro de la cúpula, sobre sus cabezas, unas diminutas luces empezaron a aparecer y poco a poco se desplazaron por la cúpula uniéndose y creando una imagen en tres dimensiones de un edificio con finas y esbeltas columnas que rodeaban la estructura principal, de líneas rectas y sencillas.

—Queridos participantes —dijo la Mano. —Vivimos en tiempos de paz, pero un Rey ha de saber luchar, y sobrevivir. A tres noches de viaje a pie de las grandes montañas, existe en el límite entre nuestras tierras y las de los Hijos de Argentum una Casa Franca, protegida por la magia de nuestra Diosa Aurum. Un lugar de refugio para tiempos de guerra, casi olvidado en el tiempo. Es

mi deseo que el Futuro Rey la conozca, aunque desearía que nunca llegara a necesitar de su protección y que la paz siga reinando en nuestro reino. En cinco noches, acudiré a ella mediante mi magia.

Las luces que dibujaban la Casa Franca con sus esbeltas columnas y las esfinges de unas leonas a sus pies que parecían velar por ella, explotaron en una cascada de luz y el Gran Sol volvió a iluminar la plaza por completo. Aina suspiró con una extraña sensación de ansiedad en el estómago. Lady Arcada tomó el relevo y con su megáfono de metal empezó a hablar cuando la Mano ya había desaparecido dentro del Registro.

—A todos los participantes os debo advertir de que se trata de un reto peligroso, por lo que os pido que os agrupéis para no viajar solos y evitéis las tierras de los plateados en la medida de lo posible. Varias patrullas de cazadores de Do-Urh recorrerán el bosque para intentar asegurar que el reto se realice en la máxima seguridad posible. —Aina sabía que ya eran tres las participantes que habían conseguido escaparse del resto de pruebas al quedarse embarazadas. La política del Consejo, después de todo, había dado sus frutos. Lady Arcada continuó dando información del uso de destellos de luz para marcar una posición en caso de que alguien presentara una situación de riesgo para su vida, aunque les recordó que era su deber y su obligación, participar en el reto. Aina dejó que la multitud la arrastrara hacia las murallas, sumida en sus propios pensamientos, cuando escuchó la voz de Sir Anthony entre la multitud. Lo buscó y lo encontró hablando junto a otro guardia, algo más joven que él. Se disculpó un segundo de Iris y Feren, que caminaban a su lado y se acercó a ellos casi trotando, esquivando a la gente a su alrededor que acompañaba a los participantes hacia la salida de la ciudad como muestra de apoyo y de ánimo mientras las apuestas se podían oír susurradas en las esquinas y a voces de grito en los puestos de compra. La excitación por las calles era intensa, te arrastraba sin darte cuenta. Sir Anthony la vio poco antes de llegar hasta ellos y una sonrisa tierna apareció en sus ojos, aunque evitó que su sonrisa se extendiera hasta su boca. Aina sintió un escalofrío, algo no iba bien. El otro hombre se giró hacia ella y pudo ver su cara, parcialmente desfigurada por lo que debería haber sido el filo de una espada, que le había roto la nariz y cortado toda la mejilla arrancándole parte del lóbulo de la oreja izquierda. El ojo estaba en su sitio y pese a su aspecto, Aina sintió que el hombre había tenido suerte. No fue su cicatriz lo que realmente le alarmó de él, sino el hielo que pudo sentir a su alrededor y en sus ojos. Se obligó a frenar el paso y llegar con la máxima dignidad posible hasta ellos, intentando bloquear sus sentimientos y sus pensamientos. Antes de poder decir nada, el desconocido se dirigió a ella con la voz cargada de desdén.

—Así que esta es tu protegida viejo Anthony. —empezó —Tengo que confesar que pese a estar maldita, no tiene un mal cuerpo, puedo entender tu interés en ella, al fin y al cabo. Supongo que en ese Oráculo en el que te han tenido encerrado durante tanto tiempo, con todas esas locas Visionarias más frías que el hielo, tampoco había mucho más que elegir.

—Querido Thomas —dijo Sir Anthony con voz fría, intentando suavizar su tono cargado con una sutil amenaza. —Esta es Aina y dado que como habéis comentado es mi protegida, más os valdría evitar según qué tipo de comentarios en su presencia, si no queréis que me sienta obligado a retaros por ellos.

—No te pongas melodramático hermano —le contestó el guardia haciendo un gesto con la mano como quitando importancia a la amenaza de Sir Anthony. —La chica está con varios participantes y por lo que he oído incluso algunos de mis chicos le tienen puesto un ojo. No creo que la inocencia sea algo que tenga que perder a estas alturas. Nos vemos a la noche.

Aina se quedó quieta, prácticamente helada, mientras el hombre se alejaba de ellos sin

dirigirle ni una sola palabra, como si ignorarla de aquella forma fuera la cosa más normal del mundo. Sir Anthony esperó a que se hubiera alejado un poco y luego se acercó hasta ella y la tomó de la cintura, acercándola hacia él y dejando que Aina pusiera la cabeza sobre su pecho, como hacía cuando era pequeña y estaba ansiosa, para calmarla.

—Es un buen guardia. —empezó él en apenas un susurro. —Pero eso no significa que sea una buena persona. Mi amigo De Pietro, el antiguo Rey, lo tenía bastante bien marcado, pero desde su muerte se ha convertido en el máximo responsable de la guardia, ha creado sus propias conexiones. No es inteligente tenerlo en contra, aunque no puedo negarte que cada vez le detesto más.

—¿Sus chicos? —susurró Aina, calmada con la proximidad de Sir Anthony.

—Vladimir es su máxima esperanza para conseguir el poder de la ciudad por completo —dijo Sir Anthony. —Aquí el Consejo rara vez viene y con Vladimir en el trono, él movería la mayor parte de los hilos. Espero que James le destrone.

—Mejor que no te oiga —le dijo Aina con una sonrisa mientras Sir Anthony soltaba una carcajada, relajando el ceño fruncido que había mantenido hasta el momento.

—Ves con mucho cuidado, pequeña —le dijo Sir Anthony. —Veo que tus amigos te esperan, no quiero entretenerte. Creo que es un grupo bastante curioso, el que habéis formado. No acabo de entender la amistad de James y el explorador, pero si confía en él, debemos aceptar su criterio. ¿Tú estás bien con eso, verdad?

—¿Yo? —preguntó Aina sorprendida y miró a sus amigos en el otro extremo del recinto entre las murallas. Feren discutía alegremente con Iris, ambos emocionados y con la mirada vidriosa mientras los otros tres chicos estaban hablando serios, con aspecto algo preocupado. Aina no pudo evitar dejar que su curiosidad pudiera con ella y dejó que las palabras de ellos llegaran nítidas y claras hasta ella.

—Lo primero es acercarnos el máximo posible hasta las cumbres. —decía James. —Alejarnos de guardias y cazadores, tengo la sensación de que no les importaría dificultarnos el camino en la medida de lo posible.

—Los cazadores ya nos han sacado ventaja, casi seguro —dijo Dexter negando con la cabeza. —Es imposible que pasemos a través de ellos como si nada.

—Podemos pasar la noche en el límite del bosque. —añadió Thor. —Si son ambiciosos empezaran el ascenso y no esperaran los cinco días a que nosotros demos el primer paso. Muchos de ellos podrían pasar a las Eliminatorias si puntúan este reto, sino se quedarán fuera.

Así que ya empezaban con el pie izquierdo, por lo visto. Sir Anthony le dio unos golpecitos en la espalda y Aina le miró con una sonrisa.

—Hora de caminar —le dijo separándose un poco de ella mientras con una mano le colocaba un mechón rebelde detrás de la oreja. —Ves con cuidado, ¿de acuerdo?

—Así lo haré, Sir Anthony —le dijo ella con una sonrisa antes de alejarse de él y acercarse a sus amigos. Dexter se colocó a su lado. Caminaron hasta el exterior de la ciudad sin hablar, dispuestos a ver que sorpresas les esperarían en el exterior. No eran los últimos participantes en salir, pero sin lugar a duda tampoco los primeros. Los visitantes y habitantes de Do-Urh coreaban sus nombres mientras se alejaban de la ciudad, dándoles las últimas muestras de apoyo y ánimos. Bueno, al menos coreaban y vitoreaban los nombres de James y de Dexter, aunque el resto del grupo se sintió empujado por esos mismos gritos alegres como si los nombres fueran los suyos propios. Caminaron entre los campos mientras varios mestizos los miraban con curiosidad. Los dos gremios favoritos, cazadores y guardias, habían desaparecido ya dentro del bosque pero

algunos participantes caminaban con paso lento hacia él, como si sintieran que al hacerlo estaban alejándose de la seguridad de su hogar pese a que eran conscientes que su obligación los guiaba hacia el bosque en dirección a unas tierras hostiles y gélidas que contrastaban con la seguridad y el calor al que los hijos de Aurum estaban acostumbrados. Aina caminaba con la capucha sobre la cabeza, mirando por el rabillo del ojo todos y cada uno de los movimientos a su alrededor, esperando casi que una amenaza aún invisible se acercara hasta ellos, pero no pasó nada en absoluto. Entraron dentro del bosque guiados por los pasos silenciosos y seguros de Dexter. Sin embargo, cualquier oído entrenado los podría detectar sin demasiada dificultad. La mayor parte de ellos no estaban habituados a hacer algo así. Aina esperaba que ni los cazadores ni los guardias tuvieran en mente jugársela. Sabía que desde que habían entrado en el bosque habían estado siguiéndoles tres personas y por su forma ligera y sigilosa de caminar estaba convencida que se trataban de cazadores, pero habían mantenido siempre una distancia constante. No parecía que quisieran acercarse a ellos, al menos por el momento. Los guardias no eran capaces de caminar con ese sigilo y los salvajes, bueno, ellos podían ser completamente sigilosos al caminar, pero sus cuerpos robustos no tenían ese suave caminar y esa ligereza propia de su raza. Dexter se desperezó y con un bostezo ruidoso se acercó a ellos. Habían caminado poco más de tres horas por el bosque cuando Dexter paró al grupo.

—Tenemos tres espías que creo no se van a separar de nosotros todo el camino —dijo en un tono neutro, pero sin bajar la voz y Aina supo por la forma en que se agitó la respiración de uno de sus seguidores, que había sido capaz de oírlo. —No sé si quieren unirse a nuestro grupo, si quieren seguirnos por la remota posibilidad de que nosotros encontremos la casa o si están esperando a que caiga la noche para atacarnos.

—Las dos primeras opciones no tienen tan mala pinta, después de todo —dijo James con una sonrisa, sacando su espada del cinto y apoyando la punta en el suelo, dejándola a la vista de los posibles ojos que los estuvieran observando en esos momentos.

—¿Y la tercera? —preguntó Iris con sarcasmo.

—Bueno, primero tendrían que desarmarnos —dijo Dexter con una sonrisa prepotente. —Si nosotros no dormimos, ellos tampoco. Y al fin y al cabo son solo tres, y nosotros somos seis.

—Solo dos sabéis usar las armas —dijo Feren y tras un carraspeo de Aina, que le miró con una sonrisa pícaro, se corrigió. —Bueno, tres.

—Ellos pueden contar con el supuesto factor sorpresa —dijo Thor con un gesto afirmativo, entendiendo lo que Dexter y James tramaban. —Pero sin él, nosotros tenemos más posibilidades que ellos.

—Mucha sorpresa no será si ya sabemos que están por aquí rondando —dijo Feren inocentemente mientras miraba alrededor con el gesto fruncido.

—Exactamente —dijo Dexter con una sonrisa y empezó a caminar de nuevo. Aina sonrió. Dexter ya les había dejado claro a los cazadores que no solo sabía que estaban siguiéndolos, sino que les había advertido que si intentaban hacerles alguna jugarreta, les estarían esperando. Los cazadores no eran los más diestros en el combate cuerpo a cuerpo, al fin y al cabo, su trabajo era cazar y sobresalían en el uso de armas de distancia, pero en un enfrentamiento directo, James sería seguramente mejor que ellos y Dexter, quien sabe qué podía sacarse de debajo de la manga el misterioso explorador. Aunque a ella no la tomaran como un rival serio, los otros dos podían impresionar lo suficiente como para retrasar una posible ofensiva. Caminaron a buen ritmo, pero sin forzar demasiado a Feren, que seguía sin quejas la marcha pese a que su respiración agitada mostraba el agotamiento que sus músculos poco ejercitados sentían. Se sentaron a comer horas

más tarde en un pequeño claro en el que varias rocas bañadas por el Gran Sol resplandecían. Iris y Thor se ocuparon de prender algunas ramas secas para hacer un pequeño fuego mientras Dexter desaparecía por el bosque buscando alguna cosa para comer. Feren se sentó y Aina vio cómo se desabrochaba con cuidado una de las botas, mostrando un pie con dos enormes heridas por el roce de los zapatos. Se acercó a él mientras se desabrochaba el cinturón con las bolsitas de hierbas para buscar algo con lo que asegurar que las heridas no se infectaran.

—Eso tiene que doler mucho —dijo Aina sentándose a su lado mientras empezaba a mezclar hierbas sobre una gran hoja verde en forma de corazón que arrancó de un arbusto cercano. —Tendrías que habernos avisado, no se habrían hecho tan profundas.

—No quiero entorpecer el paso —dijo él haciendo una mueca de dolor mientras ella empezaba a aplicar las mezclas acabadas de triturar sobre las heridas. James se acercó a ellos y miró las heridas con ojo crítico.

—Feren, no tiene sentido que aguantes sin decir palabra —le reprendió. —No había necesidad de que llegaras así. Piensa que ahora te costará más seguir el ritmo que si nos hubiéramos detenido hace unas horas para evitar que esto acabara así. Cinco días pueden ser muy largos, créeme.

—Lo siento —dijo él con el rostro compungido. —Solo quería...

—No pasa nada —le interrumpió James, viendo que sus palabras habían sido algo secas y que su amigo, más sensible que las personas con las que estaba acostumbrado a tratar, se había sentido herido por ellas. —Pero recuerda que no se trata de llegar corriendo, sino de llegar. Y si puede ser enteros y de una pieza, mejor que mejor.

James le guiñó un ojo y se alejó de ellos mientras Feren sonreía con timidez a Aina y le susurraba cuando James ya estaba a cierta distancia.

—¿Crees que se ha enfadado? —le preguntó

—¿James? —le contestó Aina. —Dudo que sea capaz de enfadarse ni queriendo, así que quédate tranquilo. Creo que con ese pie así hoy tendremos que tomárnoslo con un poco de calma o en un par de días no podrás ni tan solo ponerlo en el suelo.

—No es tan malo, de verdad —le dijo Feren. —Ya no duele tanto.

—¿Creéis que los exploradores nos están vigilando aún? —les preguntó Iris tras sentarse junto a ellos, mientras Thor se ocupaba de hacer crecer el pequeño fuego.

—Es posible —dijo Aina sabiendo que James se mantenía alerta por si decidían atacarles en ese momento, al estar Dexter lejos del grupo. Dejó que los ruidos llegaran a ella y pudo sentir la presencia de los tres cazadores rodeando su pequeño e improvisado campamento a una buena distancia. —Pero no creo que se acerquen.

—Solo estaba pensando —dijo Iris casi como si hablara para sí misma. —Si son los mismos que nos atacaron a Thor y a mí, ya sabes.

—No lo sé —dijo Aina. —Todo es posible.

Dexter apareció con un ciervo sobre los hombros al poco rato. Llevaba su peso con bastante facilidad y aunque era un macho joven, el tamaño de su cuerpo era impresionante. Aina separó con cuidado la piel del animal y la tendió sobre una rama con cuidado; si tenían que pasar la noche al raso, podría ser cálida y aislante, no la desaprovecharían. La carne tierna cocida al fuego de leña supo hacer crecer los ánimos del grupo con facilidad y la comida acabó siendo un auténtico banquete. Ni Dexter ni James parecían tener prisa y tras comer, todos compartieron alegres anécdotas de infancia mientras los minutos se sucedían uno tras otro. Dexter pulía la corteza de un largo palo acabado en una pequeña bifurcación con una de sus dagas, de forma pausada. Apagaron

el fuego con cuidado, asegurando humedecer las últimas brasas cuando todos consideraron que sus estómagos no podían tolerar ni un trozo más de la tierna carne, tras descansar un rato.

—¿No deberíamos ponernos en marcha? —preguntó Thor tras un largo silencio en el que Iris empezaba a cabecear a su lado, somnolienta tras la comilona.

—Eso depende —dijo Dexter con una sonrisa torcida mientras James, sentado al lado de Thor, le ponía una mano en el hombro y miraba alrededor de ellos como recordándole que estaban siendo vigilados. —También podríamos descansar un poco, incluso intentar dormir unas horitas. El pie de Feren agradecerá el descanso.

Dexter se puso de pie y puso la vara de madera debajo de su axila, de forma que la bifurcación de la rama encajara a la perfección. Había mantenido una ramificación transversal a mitad de la longitud de la muleta, en la que Feren podría afirmar la mano para ayudarlo a mover el curioso instrumento. Dexter empezó a caminar con la improvisada muleta y todos aplaudieron sorprendidos con la utilidad de la misma.

—Es sorprendente —dijo Feren mirando como Dexter se movía alrededor de ellos sin poner el pie en el suelo con asombrosa facilidad.

—Al principio requiere un poco de práctica —le contestó él. —Pero nada imposible, caminarás mejor y el pie descansará hasta que las heridas cierren. Es imposible que llegues hasta arriba de otra forma. No descarto que tengamos que escalar algún tramo cuando lleguemos a las montañas. Mejor llegar en unas condiciones mínimamente dignas.

—En cualquier caso —dijo James tras aplaudir la demostración de Dexter jovialmente. —Descansaremos hasta el anochecer y para entonces continuaremos. No será la primera vez que caminemos de noche y al menos les ponemos un poco de dificultad a nuestros amigos.

—¿No es más peligroso? —preguntó Iris que no podía evitar sentir cierto recelo a la noche y a la oscuridad, algo que era propio de su raza.

—Si, supongo —dijo Dexter encogiéndose de hombros. —Pero tampoco hemos encontrado una buena cueva donde pasar la noche bien protegidos, así que, si nos hemos de encontrar con algún animal, mejor despiertos que dormidos.

—¿Eso es de tu cosecha propia o es un consejo de tu gremio? —le preguntó Thor con una sonrisa mientras alzaba las cejas en parte con curiosidad y en parte con el sarcasmo propio de alguien que sabe que va a tener que hacer algo que no le apetece en absoluto.

—Mitad y mitad, supongo —dijo Dexter con una sonrisa franca, enseñando sus blancos dientes.

Nadie discutió su decisión, aunque estaba claro que la idea de caminar por medio del bosque con el Gran Sol oculto no le hacía la más mínima gracia a la mayoría de los presentes. Iris y Feren no tardaron en caer dormidos sobre sus capas tendidas. Thor se ofreció a hacer un turno de guardia y James se lo agradeció con un gesto afirmativo. Dexter y James se estiraron alrededor de los restos de la hoguera para descansar unas horas, mientras Aina y Thor montaban guardia, sentados uno junto al otro, observando su alrededor y hablando en susurros. Aina sospechaba que pese a la respiración regular y pausada de Dexter, no dormía realmente. Los cazadores se mantuvieron en sus posiciones durante toda la guardia, sin alejarse ni acercarse a ellos. Aina suponía que Thor no era consciente de ello, pero tenía que decir en favor del joven herrero que observaba con detalle su alrededor de forma constante, buscando cualquier movimiento o ruido que pudiera convertirse en una posible amenaza. Pese a que por sentido común un herrero no era la persona adecuada para realizar una guardia, Thor demostró que los gremios no lo eran todo. Aina se preguntó mientras lo observaba, si Thor no hubiera sido herrero, que gremio hubiera dado

con él. ¿Cómo habría sabido que deseaba ser herrero y no cazador o guardia, por ejemplo? ¿O tal vez había deseado serlo pero no lo habían aceptado en aquellos gremios? Para Aina, que no había vivido el proceso de selección, aquello era un misterio. Su turno de guardia acabó con la misma tranquilidad con la que había empezado. Aina se obligó a dormir mientras la luz aún les rodeaba. Era extraño sentir el calor del Gran Sol sobre la piel, la luz sobre los párpados y obligarse pese a esa claridad a caer inconsciente, sin embargo, el cansancio o quizás la voluntad consiguieron sumirla en un superficial pero placentero sueño. Despertó un par de horas más tarde, con el corazón acelerado y una sensación de alarma en el cuerpo. Antes de recuperar el control de su propio cuerpo, aún dormido, su mente vagó escuchando a su alrededor, recorriendo los troncos y las ramas de los árboles, las hojas mecidas por el viento, el respirar y el corazón pulsátil de los animales, como si su mente fuera un rayo que recorría su entorno. Llegó hasta los casi indetectables pasos, firmes pero silenciosos, de cinco hombres acercándose hacia ellos. Su mente había chocado de frente con Greg y cuatro de sus hombres que se acercaban a hurtadillas. ¿Había soñado con ellos? Cerró los ojos y dejó que su fino oído vagara a su alrededor, ahora de forma consciente. James y Dexter vigilaban de forma relajada a pocos metros de ellos. Los tres cazadores seguían en sus posiciones. Uno de ellos parecía dormido, por su respiración pausada y sus latidos más lentos y profundos. Sí. Allí, algo más alejado, podía oírse el caminar de los cinco salvajes. Se acercaban a uno de los cazadores y Aina deseó advertirles de su presencia, aunque era imposible hacerlo. Recordó cómo se habían infiltrado en Do-Urh y la alocada persecución por los tejados. Ya eran mayorcitos como para ocuparse de sus propios problemas. Y desde luego, lo que Aina no tenía ninguna duda era que Greg y sus hombres disfrutaban metiéndose de forma temeraria, en el centro de ellos. Incapaz de volver a conciliar el sueño, se desperezó y se acercó a los dos chicos que montaban guardia.

—En una horita levantaremos el campamento —dijo James mientras ella se sentaba entre ambos, mirando el cielo y calculando el tiempo que quedaría para que empezara la puesta de sol. —Nuestros amigos han estado bastante tranquilos, quizás no deberíamos dar demasiada importancia al hecho de que nos sigan.

—Quizás —dijo Dexter, pero en su mirada no había ningún tipo de duda de que él no tenía intención de dejar de controlar su presencia, mientras en un tono más suave le preguntaba a Aina. —¿Has descansado un poco?

—Más que tú, seguro —le contestó ella con una sonrisa angelical mientras en su mirada podía verse un tono de burla y Dexter le sonrió sospechando que ella sabía que no había pegado ojo durante la tarde. Aina tenía una sensibilidad extraña para algunas cosas.

—¿Has estado alguna vez en una Casa Franca de esas? —preguntó James, que parecía concentrado en sus propios pensamientos.

—No —dijo Dexter. —Aunque sé que las Casas Francas eran lugares mágicos en que las Diosas daban auxilio a sus guerreros durante los combates entre las Razas. Con los siglos, supongo que quedaron en el olvido y deben de ser algo así como posadas seguras en los caminos y poco más.

—¿Lugares mágicos? —preguntó James alzando un ceja.

—Son lugares en los que la Diosa ha creado barreras mágicas para garantizar la seguridad de las personas que hay dentro. En la época de las guerras eran muy usadas y creo que cada Diosa tiene varias Casas Francas en las zonas fronterizas —dijo Dexter finalmente. —He de confesar que siento bastante curiosidad en encontrarla. No sabía que hubiera una en esta zona. De hecho, sus localizaciones no están documentadas, algo de su magia las protege para que nadie pueda

delatar su posición, creo.

—Hay algo que me da mala espina —les dijo Aina. —No es que sea supersticiosa, pero es como si tuviera un mal presentimiento desde que la Mano nos la mostró.

—Bueno —dijo Dexter poniendo su mano sobre la de ella y acariciándole con suavidad las yemas de los dedos que sobresalían de sus guantes de cuero negro. —Nadie dice que los secretos que nos muestren vayan a ser agradables. Hemos vivido siglos de paz pero antes las guerrillas eran lo habitual y estas Casas no dejan de basarse en ese pasado oscuro de nuestra raza.

—¿Creéis que Feren podrá detectar su rastro, como hizo con las piedras? —preguntó James tras unos segundos de silencio.

—Seguro —dijo Aina con orgullo y confianza. —Tiene una sensibilidad a la magia notable y esa cosa debería desprender mucha más magia que la de las piedras. Esto será pan comido para él.

—Quizás deberíamos hacer un pensamiento —dijo Dexter con el ceño fruncido, con una expresión más seria y menos relajada que la que había llevado hasta ese momento. —Aina, ¿puedes despertar al grupo?

Aina lo miró sorprendida, notando como su cuerpo estaba más rígido. Su posición de alarma hizo que no se resistiera. Se levantó en silencio tras hacer un gesto afirmativo y empezó a despertar intentando no hacer demasiado ruido al resto del grupo. Dexter desapareció mientras James mantenía la atención en su alrededor. Tenían todo prácticamente recogido cuando Dexter volvió a aparecer a los pocos minutos. La mirada que cruzó con James tenía un punto de alarma y Aina no pudo evitar escuchar su conversación en la distancia, mientras guardaba la piel del ciervo en una pequeña mochila que Iris cargaba a la espalda.

—No son cazadores. —decía Dexter con voz suave y tono neutro a James. —Creo que cuatro o cinco hombres, salvajes. Han rodeado a uno de los cazadores que nos acosaba y le han hecho una advertencia con unas cuantas flechas ligeramente desviadas de su puesto de vigilancia, seguramente a modo de burla. El cazador no ha esperado una segunda amenaza y ha desaparecido. Sus dos compañeros se han agrupado, de momento siguen cerca pero no creo que con los salvajes por aquí decidan seguirnos mucho más tiempo si ellos hacen lo mismo.

—Malditos —dijo James con los dientes apretados y el puño cerrado —¿No le han herido?

—No, creo que su objetivo no era él —dijo Dexter con un sonoro suspiro mientras Aina sentía que su mirada se dirigía hacia ella, de espaldas a los dos chicos, sintiendo que se sonrojaba ligeramente. —No tiene sentido, pero creo que están obsesionados con ella.

—Tenemos que llegar a la Casa Franca, si es cierto lo de la magia de la Diosa, allí estaremos a salvo —dijo James mientras las arrugas en su frente reflejaban la preocupación.

—Nos atrapan antes de llegar si así lo desean —dijo Dexter. —Se mueven de noche mucho más rápido que nosotros. No nos conviene un enfrentamiento directo, somos más que ellos, pero los he visto moverse y no son las criaturas débiles y vacías de las que hablan en las posadas, pueden no tener magia, pero son fuertes y ágiles. De día podríamos hacerles frente, pero de noche seguramente tendrían ellos más posibilidades que nosotros, por no hablar de que podrían tomar un rehén y dejarnos en una situación complicada.

—De acuerdo, no me animes más —dijo James dándole un golpe en el hombro mientras negaba con la cabeza. —Mejor cambia esa cara de manzanas agrias hasta el último momento, no creo que ganemos nada alarmando al resto. Mañana con luz las cosas se verán con una perspectiva más positiva.

—Me parece bien. Y, por cierto, esta es mi cara —le contestó Dexter devolviéndole el

empujón en el hombro con una sonrisa torcida y una mirada profunda. —Ya sería hora de que te fueras acostumbrando a ella.

—A mí no me mires —dijo James con un tono más alegre y relajado. —Mientras Aina se acostumbre a ella y pueda mirarte sin que le produzcas arcadas, ya puedes darte por contento.

Caminaron entre empujones haciéndose bromas el uno al otro con una asombrosa confianza y Aina no pudo evitar sonreír por su complicidad y por su instinto de proteger al grupo, hasta el último momento. Deseaba decirles que no tenían de que preocuparse. Greg y sus hombres eran inofensivos. Sabía que si habían asustado al cazador no era más que para alejarlos de ellos, una forma poco ortodoxa pero efectiva de protegerles. Dexter se colocó a la cabeza de la marcha, seguido por Thor. Feren caminaba al lado de Iris, que le ayudaba con la improvisada muleta mientras Aina y James cerraban la marcha. Las primeras horas caminaron acompañados de los últimos rayos del Gran Sol pero poco a poco el bosque se cubrió de sombras y la oscuridad los envolvió sin piedad. El paso se volvió más lento, pero siguieron avanzando poco a poco, sin demora. Paso a paso. Feren caminaba con su muleta con bastante comodidad mientras Iris le ayudaba en los pasos más dificultosos. Aina podía sentir a los cazadores tras sus pasos y a los salvajes tras los de ellos, sin evitar encontrar cómica su situación. Si alguna de las Diosas los observara desde lo alto, podía estar pasando un rato divertido, desde luego. La temperatura poco a poco empezó a disminuir. Los primeros rayos de sol empezaron a asomar perezosos entre el follaje de los árboles y los ánimos del grupo crecieron junto a ellos. Pararon cuando el Sol ya había asomado prácticamente por completo. Dexter los felicitó mientras agotados, todos se sentaban felices. Aina revisó con cuidado el pie de Feren, que curaba a buen ritmo, mientras Iris comía feliz un trozo de pescado salado, sentada junto a ellos.

—¿Cuál es el plan exactamente? —preguntó Thor junto a ellos mientras Dexter se sentaba junto al resto del grupo.

—Desde aquí tardaremos un par de días hasta llegar a las tierras de hielo de Argentum. Descansaremos toda la mañana y empezaremos el camino cuando el Gran Sol esté en lo alto.

—¿Nos siguen aún los cazadores? —preguntó Iris tras dar un generoso mordisco al pescado y pasárselo a Feren, sentado a su lado. Dexter miró a James y éste le hizo un sutil gesto afirmativo. ¿Habían vuelto a estar hablando entre ellos en secreto? Menudo par.

—No, los cazadores ya no nos siguen —dijo Dexter con una sonrisa tras la silenciosa autorización de James de contestarle. —Pero por desgracia no es porque nosotros les hayamos dado esquinazo.

—¿Entonces? —preguntó Thor sorprendido.

—Salvajes —dijo James con un suspiro fatigado. —Hay varios grupos por esta zona, por lo visto.

—¿Nos siguen? —preguntó Feren con aspecto sorprendido pero sin mostrar signos de miedo.

—Podría ser —dijo Dexter mirando de reojo a Aina, como si temiera que la noticia pudiera desestabilizarla. —Aunque puede que simplemente estemos siguiendo un camino paralelo. De momento no se han acercado demasiado.

—Podemos seguir caminando —dijo Feren. —Puedo aguantar unas horas más y nos alejaremos un poco más.

—Feren tiene razón, no es seguro que paremos si hay salvajes cerca —le apoyó Iris con convicción.

—Lo sé —dijo Dexter con un suspiro cansado. —Pero si estamos en el límite de nuestras fuerzas seremos un blanco demasiado fácil. Es mejor que descansemos lo suficiente como para

estar en condiciones de plantarles cara si llega el caso.

—Es imposible que duerma sabiendo que hay salvajes cerca. —murmuro Iris descontenta.

—No tenemos muchas más opciones —le contestó James con una sonrisa. —La situación es la que es. Cuando llegemos a la Casa Franca estaremos a salvo.

—O eso creemos. —añadió Dexter y James le dio un empujón por su pesimista comentario. —Thor, ¿te ves capaz de montar guardia unas horas más conmigo? Aina y James haréis el segundo turno, ahora intentad descansar.

Aunque el ambiente no era relajado, las horas de camino hicieron su efecto en ellos y todos se rindieron al sueño. Aina, que no sentía el miedo a los salvajes de la misma forma que el resto, durmió plácidamente y no sintió nada alarmante que la desvelara esa vez. Cuando Dexter la despertó con delicadeza, con suaves caricias sobre su cabeza y sobre su mejilla, dejó los ojos cerrados fingiéndose dormida para disfrutar de su suavidad. No era habitual que el explorador se mostrara dulce y no pudo evitar querer quedarse allí durante el máximo tiempo posible, disfrutándolo. Abrió finalmente los ojos, observando a Dexter junto a ella y sus miradas se quedaron presas la una en la otra. Dexter se acercó a ella y le besó la frente primero, y a continuación los labios con suavidad, ignorando por completo si alguno de sus compañeros los miraba en esos momentos. Aina no pudo evitar sentir que no le importaba lo más mínimo si alguien miraba o no. En ese momento solo estaban ellos dos. Dexter se separó de ella con una sonrisa tímida y con voz suave le dijo:

—Hora de hacer guardia, bella durmiente.

—Con la condición de que no finjas y duermas un poco —le contestó ella mientras se incorporaba un poco, quedando sentada, con Dexter arrodillado a su lado.

—Alguna vez tendrás que explicarme alguno de tus trucos —le contestó él con una sonrisa, sin confirmarle si tenía intención o no de dormir.

Aina se levantó y se despezó en silencio mientras Dexter se acomodaba sobre la manta en la que había dormido Aina, sintiendo el calor de su cuerpo y su olor, aún presente en ella. Aina se acercó a James, al que Thor había despertado, y se sentó junto a él dispuesta a hacer la guardia, aunque sin el estrés que James cargaba sobre sus hombros. Greg y sus hombres se mantuvieron a distancia, en silencio. Cosa extraña en ellos. ¿Sabían que estaban alertados de su presencia? Tal vez. Teóricamente ni su visión ni su oído eran tan finos como los de los hijos de las Diosas, pero al haber visto el extraño catalejo de Dexter y como era capaz de ampliar una imagen, empezaba a pensar que no todo debía de medirse según lo que le habían enseñado. Despertaron al grupo a la hora acordada y empezaron de nuevo el camino. Los árboles empezaron a disminuir en su follaje a medida que ascendían por la ladera de la montaña y la vegetación, cada vez menos densa, empezaba a convertirlos en un objetivo fácil, pero también dificultaba a sus seguidores mantenerse a cubierto. Aina sabía que estaban allí, habían dejado una mayor distancia, pero les seguían sin pausa, adaptando sus descansos a los suyos propios y caminando durante la noche al igual que ellos. Al amanecer del tercer día llegaron a la tierra de Argentum, cubierta por nieve y hielo por toda su extensión. El frío era denso y debían de frotarse los dedos continuamente, temiendo perder la sensibilidad de sus finos dedos dorados, que no toleraban esas temperaturas con facilidad. Eran hijos de la Diosa Aurum, madre del Gran Sol y del Calor. El frío polar de las cumbres era algo así como antinatural para ellos, de la misma forma que los hijos de Argentum se sentirían desfallecer en el calor del desierto.

—Nunca había visto la nieve —dijo Iris tocándola con sus dedos, sorprendida por su textura y su humedad.

—No viviría aquí aunque fuera el único lugar a salvo en la tierra —dijo Thor frotándose los brazos ocultos bajo varias capas de ropa.

—Feren, ¿puedes intentar localizar el templo como hiciste con las piedras? —le preguntó James mirando la inmensidad a su alrededor cubierta por completo de blanco. Feren expulsó la nieve sobre la superficie de una roca y se sentó sobre ella. Sacó de debajo de su chaleco un pergamino y un trozo de carboncillo tras sacarse los guantes y guardarlos con sumo cuidado en los bolsillos de los pantalones. Cerró los ojos, intentando relajarse. Tardó tiempo. Se sentía demasiado ansioso y nervioso. Agotado. Temeroso. Pero Aina no se equivocaba. La mente de Feren se abrió a la magia de la Diosa y empezó a dibujar sobre el pergamino símbolos sin sentido hasta que con mano decidida el carboncillo garabateó algo y se paró de forma automática. Feren abrió los ojos poco tiempo después, suspirando cansado. Todos estaban a su alrededor, mirando la runa que había dibujado sin conocer su significado.

—¿Chimenea? —dijo Feren sorprendido. —No lo entiendo. Bajo la chimenea. No tiene sentido.

Todos se miraron entre ellos y dejaron su vista vagar a su alrededor. Fue Dexter el que señaló el afilado pico en forma de aguja que quedaba hacia el norte. Todos lo miraron, en parte con dudas y en parte con esperanza.

—Podría ser —dijo James finalmente. —Es una formación rocosa curiosa, bien podría llamarse Chimenea. Tampoco tenemos otra opción mejor. No queda demasiado lejos de aquí. ¿Podéis caminar unas horas más hasta que llegemos o al menos encontremos un lugar un poco más protegido para descansar?

Nadie puso ninguna objeción y siguieron caminando, arrastrando los pies húmedos por la nieve, con dificultad. Sus corazones latieron desbocados cuando, tras cruzar un recodo montañoso, escondido en medio de dos formaciones rocosas, el pequeño templo de la Diosa Aurum se alzaba con brillo propio en medio de esa gélida tierra. Iris no pudo evitar emocionarse ante la visión y las lágrimas corrieron por sus mejillas, mientras con un esfuerzo sobrehumano el grupo avanzaba ya los últimos metros hasta su refugio. Dexter y Aina ayudaban a Feren, que manejaba con dificultad la muleta en aquella movediza superficie. El resto del grupo había subido la gran escalinata que llegaba hasta las columnas con las leonas de la Diosa bajo ellas y esperaban a sus compañeros con expresión emocionada. Dexter y Feren empezaron a subir las escaleras con cuidado, peldaño a peldaño, mientras Aina los observaba con una sonrisa. Trabajo en equipo y una vez más, lo habían logrado. Sintió un escalofrío que la desestabilizó durante un segundo al empezar a ascender por la escalera y se quedó quieta, inmóvil. Algo iba mal. Miró a su alrededor. James y los herreros en la cumbre de las escaleras. Dexter y Feren ya habían conseguido llegar hasta algo más de su mitad. Pero había algo. En algún lugar. Dejó que sus ojos vagaron entre sus amigos, por las paredes doradas del templo, por las esbeltas columnas que coronaban la escalera y por las leonas de piedra que reposaban de forma decorativa entre algunas de ellas. Su mirada se quedó prendada en una de las figuras; pudo ver como los ojos de la figura se volvían brillantes y la magia la convertía en una esfinge viva. Supo que saltaría sobre ella por puro instinto y se lanzó por las escaleras, rodando por ellas hasta encontrarse en el suelo, cubierto por una gruesa capa de nieve, solo unas milésimas de segundo antes de que el animal de cuatro patas y esbelto cuerpo felino cuyo tamaño era el doble que el suyo, aterrizara con un rugido donde ella había estado hacía apenas un segundo. Mostró unos incisivos que prometían no ser compasivos mientras unas garras que parecían cuchillos aparecían en sus cuatro extremidades como por arte de magia. Tendida en el suelo, tuvo el tiempo necesario de apoyar las manos en el suelo y alzar la cabeza

para observar como el mágico animal se giraba hacia ella, preparándose para el siguiente paso. Feren y Dexter estaban a pocos metros de la criatura, pero la atención de la bestia estaba centrada en ella. No pudo pensar y se limitó a correr de forma frenética, alejándose del templo y alejando con ella a la fiera del resto de sus amigos. Bloqueó todos los ruidos, los chillidos de Dexter y de James a su espalda, el grito agónico de Iris. Jamás había corrido de verdad hasta ese momento. Corría para vivir. Para sobrevivir. Podía sentir el aliento del animal próximo a ella, el ruido de sus garras clavándose en el suelo, al galope, detrás de sus pasos que luchaban por llegar a algún lugar donde pudiera estar a salvo o donde pudiera tener al menos alguna posibilidad de enfrentarse a eso. Sus piernas se hundían en la nieve, pero se negó a rendirse. Una zona rocosa se abrió ante ella y no dudó en dirigirse hacia ella. Pudo sentir como el cuerpo del felino se tensaba detrás de ella y se tiró al suelo, dando una voltereta para cambiar su trayectoria, justo a tiempo de evitar que la atrapara en un salto. Sin ser consciente de que volvía a estar corriendo en otra dirección, volvió a sentir la proximidad de la bestia. El tiempo había dejado de existir para Aina y para la criatura, sumidas cazadora y presa en una dimensión paralela. Aina supo que una pared de piedra se elevaba frente a ella antes de llegar incluso hasta allí. Si hubiera tenido tan solo un par de minutos hubiera podido intentar trepar, pero no disponía de ese tiempo. Se plantó y se giró bruscamente para encarar a la bestia, desenfundando sus dos espadas mientras giraba. La bestia disminuyó la velocidad y se paró a pocos metros de ella, observándola, como si estuviera decidiendo cual sería el movimiento más adecuado en ese momento. Aina pudo sentir el movimiento de algo en el aire, el susurro de la brisa al romperse cuando un filo lo cruza con determinación. La bestia no lo había detectado y rugió ferozmente cuando alguien aterrizó sobre su lomo, clavando dos dagas a la altura de sus escápulas y aferrándose a ellas mientras la criatura mágica se movía intentando liberarse de su captor con rugidos y escupiendo un extraño fuego dorado por la garganta. Supo que el jinete no sería capaz de aguantar demasiado tiempo sobre la bestia y antes de tomar una decisión de qué hacer, apareció Dexter a su lado y chillando, empezó a arrastrarla en contra su voluntad. ¿Dexter? Empezó a correr junto a él cuando la fiera se deshizo finalmente en un brusco movimiento de su opresor. Se giró hacia él, pero la huida de Aina consiguió llamar su atención y finalmente se lanzó en su persecución contra ella, dejando el cuerpo rebozado de nieve en el lugar donde había caído tras dar varias vueltas en el aire y voltear sobre sí mismo una vez aterrizó en el suelo. Greg. Corrió junto a Dexter, sabiendo que los alcanzaría. Sabiendo que la criatura llegaría hasta ellos. Dexter la empujó con fuerza hacia uno de los laterales cuando la fiera saltó contra ellos mientras con su mano libre alzaba su espada cimitarra en el aire y se dejaba alcanzar por el animal. Aina gritó. Como si todo se sucediera a cámara lenta, pudo ver como Dexter se agachaba lo suficiente como para no ser alcanzado por las garras de la criatura y como dejaba que el propio peso y el movimiento de la criatura hicieran que su espada se clavara con fuerza en su pecho, entrando la mitad del filo del arma en sus carnes, mientras Dexter se apartaba rodando sobre su cuerpo. La criatura rugió dolorida y de la herida empezó a brotar un líquido dorado que al contacto con el suelo desaparecía. Descargó una garra contra el cuerpo de Dexter haciendo que volara en el aire y golpeará contra una pared de piedra a varios metros de distancia sin que el explorador fuera capaz de evitarlo, pero Dexter volvió a levantarse en la distancia, mientras la leona se alzaba de nuevo mirando a Dexter con aspecto furioso. Aina supo que esta vez no tendría piedad. Se levantó y sintió la sangre de un labio roto en su boca. No dudó en lanzarse contra la criatura y sacando de nuevo sus dos espadas, le realizó dos cortes profundos sobre una de sus patas traseras, esquivando con maestría las zarpas de la fiera cuando fueron contra ella con movimientos calculados y precisos. No hubiera podido resistir su

embestida directa, si dos hachas de mano no se hubieran clavado en ese momento sobre uno de los flancos de la criatura. Aina supo lo que debía hacer instintivamente y empezó a correr de nuevo, con la atención de la fiera de nuevo en ella y en la nueva amenaza que aún no había sido capaz de localizar. Seguida por el animal, que perdía esa extraña substancia dorada por cada una de las heridas recibidas, Aina corría por su vida, por la de Dexter y también por la de Greg. Dos salvajes salieron a su encuentro a los pocos segundos y con sus mandobles alzados golpearon con fuerza las garras alzadas de la criatura. Perdieron las armas pero la criatura no llegó a alcanzarles y Aina ganó tiempo en su carrera. La leona la seguía, pero sus movimientos eran más lentos y menos precisos, más pesados. Aina pudo sentir su debilidad. Sintió como finalmente sucumbía y se dejaba caer al suelo, mientras su dorada piel se volvía menos brillante. Aina se dejó caer en el suelo a pocos metros de ella, agotada por la persecución, al límite de sus posibilidades. Los ojos de la leona se fijaron en los suyos, mientras sus párpados se cerraban y el brillo de su piel desaparecía. Dexter llegó junto a Aina cuando la apariencia sólida de la criatura empezaba a desdibujarse y poco a poco su cuerpo se volvía menos sólido, menos real. Se convirtió en humo dorado que desapareció, dejando únicamente las marcas de su cuerpo sobre la nieve de la montaña. Sin sangre, sin cuerpo, sin existencia. El silencio envolvió ese momento y Dexter, de pie junto a Aina de forma protectora pese a la sangre que cubría su pecho, sintió que su corazón se volvía a acelerar cuando los pasos de cinco hombres acercándose a ellos le advirtió que aquello aún no había acabado.

—Gatita, te tengo dicho que no te metas con los que son más grandes que tu. —la voz de Greg obligó a Aina a levantar la cabeza. Caminaba sin ayuda, pero se sujetaba el hombro izquierdo con la mano derecha y por el ángulo, casi podría asegurar que el hueso había salido del lugar natural en el que debería estar. A su lado, cuatro salvajes se acercaban con expresión alegre y sonoras carcajadas. Dexter se alzó desafiante a su lado, y en sus manos aparecieron una daga y una pequeña espada de la longitud de su antebrazo, sin que Aina fuera capaz de ver donde la había llevado oculta hasta ese momento.

—No os acerquéis a ella —dijo Dexter con voz fría y serena. No parecía que, pese a las heridas del pecho y la clara desventaja frente a los salvajes, tuviera intención de rendirse fácilmente. Aina se levantó con dificultad detrás de él, sintiendo un extraño mareo en la cabeza al hacerlo.

—No van a hacernos daño —dijo ella intentando no perder el equilibrio mientras se mantenía en pie pero con la sensación de que la tierra se movía bajo sus pies.

—Gatita, ¿quién es el valiente niño dorado? —seguía provocando Greg mientras se acercaba a ellos, seguido por sus muchachos que reían sus palabras, ignorando por completo las palabras de Dexter o el filo de las armas que les mostraba de forma amenazadora.

—Greg, Dexter te dobla en edad así que, ¿por qué no dejas estar ya las bromitas y las provocaciones? No creo que sea el mejor momento para tu agudo sentido del humor, precisamente —le dijo ella poniendo los ojos en blanco mientras daba un paso hacia él y Dexter se interponía en la trayectoria de su avance, sin ni siquiera mirarla, pero asegurándose que entre el salvaje y Aina no hubiera ninguna trayectoria libre. Había una extraña tensión en Dexter, no le gustaba la familiaridad del salvaje ni la forma en que Aina parecía seguirle el juego.

—No me gusta que llamen gatita a mi mujer —dijo Dexter con voz fría y seca, captando la atención de los salvajes —Quizás es el momento de que pasemos cuentas por eso y por todo lo demás.

Dexter miró fijamente a Greg a modo de advertencia un segundo antes de lanzarse hacia él,

acortando el espacio que había entre ellos en una fracción de segundo, aunque Greg tuvo tiempo suficiente como para alzar su espada y evitar así que la pequeña espada de Dexter le diera de lleno en el corazón. Pese a sus palabras desafiantes, ambos estaban agotados y heridos, pero la sangre bombeaba frenéticamente dentro de sus furiosos corazones. Dexter había esperado una pelea desigual pero el resto de los salvajes únicamente les rodearon y empezaron a vitorear al que claramente era su líder, sin entrometerse en su desafío. Tras dos estocadas, Aina se plantó con sus dos finas espadas en medio de ambos, empuñando cada una de ellas en la dirección de uno de ellos. Greg empezó a reír a carcajadas cuando Aina bloqueó un par de estocadas sin demasiada dificultad. No tenía intención de pelear con ella, pero deseaba que se apartara de su camino, tenía ganas de probar al dorado, aunque por lo visto su intención de intimidar a Aina con un par de golpes, no había sido para nada efectiva. Dexter sentía su corazón desbocado latiendo frenético mientras se sentía atrapado por la espada de Aina y por su mirada, que le suplicaba paciencia. Algo que no tenía en esos momentos. Deseaba matarlos uno a uno, poco a poco, y tenía intención de disfrutarlo. Sin embargo, un nuevo y extraño sentimiento empezaba a nacer dentro de él. Una mezcla entre miedo y desesperación. Celos. ¿Por qué intentaba Aina proteger al salvaje después de lo que le habían hecho? ¿Sentiría ella algo por ese hombre? Su mirada suplicante le exigía que bajara su arma, que confiara en ella. Pero no podía pedirle que confiara en *ellos*.

—Por favor —dijo Aina finalmente con voz cansada. —Dexter, confía en mí. Es cierto que me raptaron una noche en nuestro viaje hacia Do-Urh, pero no me hicieron daño ni abusaron de mí. Querían darme la posibilidad de evitar los Juegos de Honor, y todo lo que podía sufrir en ellos siendo una hija Maldita.

Dexter apretaba con fuerza la mandíbula, mostrando parte de la tensión que se estaba acumulando en él. Aina jamás le mentiría y, sin embargo, parecía tan surrealista que un grupo de salvajes hubiera raptado a una joven dorada solo para hablar con ella. ¿Evitar los Juegos de Honor? ¿De qué estaba hablando Aina?

—No olvides la oferta de darte un hogar cálido, en todos los aspectos —dijo Greg con malicia, para provocar a Dexter.

—¿Greg en serio quieres que hable con tu hermano sobre tu comportamiento? —amenazó Aina a Greg alzando una ceja y el resto de los salvajes empezaron a reír por lo bajo, mientras Greg le contestaba tras una carcajada.

—Tocado. Está bien doradito, tenemos una amiga en común. Quizás podríamos dejar esto para otro momento, realmente —dijo Greg con una sonrisa, mientras guardaba su espada, sujetándose después el hombro dislocado con la mano libre. —Solo quería divertirme un rato.

Aina ignoró el comentario de Greg y miró a Dexter con expresión interrogante. Él la miró con expresión profunda y un leve brillo dorado apareció en sus pupilas mientras suspiraba y finalmente guardaba las armas. Aina suspiró cansada y guardó las espadas en sus fundas, con dignidad. Se acercó un paso hacia Dexter cuando la cabeza empezó a latirle dolorosamente y sintió como perdía el conocimiento, aunque Dexter llegó justo a tiempo de sostenerla para que no callera al suelo. Dexter esperaba que Aina no se equivocara con ellos. Miró al líder, intentando analizar su comportamiento. Le miró con una expresión neutra, casi divertida, mientras sostenía a Aina con infinito cuidado.

—No sé por qué las mujeres siempre deciden perder el conocimiento en las situaciones más inapropiadas —le dijo Greg divertido. —No tienes aspecto de ser un guardia. Eres rápido.

—Soy explorador —dijo Dexter mirándole de forma desafiante. —Fuisteis vosotros quienes nos persiguieron por los tejados de Do-Urh.

—¿Así que eras tú? —dijo Greg con aspecto parcialmente sorprendido y algo descontento. — Tenía entendido que su pareja era un guardia.

—Y yo tenía entendido que los salvajes raptaban a las mujeres para violarlas, básicamente — le contestó él con la mirada dura, para nada intimidada.

—Bueno, supongo que los rumores no siempre son ciertos. —sentenció Greg encogiendo el hombro bueno, mientras se sentaba en el suelo y uno de sus hombres se acercaba a él para colocarle el hombro luxado en su sitio con un movimiento seco. El salvaje aguantó estoicamente el proceso, como si aquella no fuera la primera vez que se le desencajaba.

—Ha luchado dignamente —dijo Greg sin acercarse a Dexter, que mantenía a Aina contra su cuerpo mirándolos con recelo, pero sin tener aún claro cómo salir de la situación en la que estaba. —Se te ve un poco posesivo respecto a ella, no me imaginaba a un dorado comportándose así.

—Me alegro de sorprenderte —dijo Dexter sin inmutarse por su tono.

—Me gustará saber qué opina ella de todo esto. La última vez que hablamos del tema, no parecía muy dispuesta a unirse a un hombre —dijo Greg con tono provocador, alzando una ceja, mientras empezaba a movilizar el hombro recolocado con cuidado, y finalmente añadió. —Es una mujer fascinante y tiene un buen corazón, con muchos menos prejuicios que la mayoría de nosotros.

—Soy consciente de su valor —le contestó él de forma seca, la sugerencia de que aquel hombre hubiera hablado con Aina sobre unirse a un hombre que no fuera él, había estado a punto de hacerle perder la paciencia. ¿Por qué habría hablado ella de algo así con alguien como él? Había entendido y hasta aceptado que estuviera con James, al fin y al cabo, él la había encontrado antes y pese a los celos y la rabia que esa visión le había hecho sentir hasta saber la verdad de su relación, había podido entenderlo. O al menos lo había intentado.

—¿Sabes entonces que está maldita, cierto? —le preguntó Greg levantándose de la nieve y acercándose lentamente hacia él, que se mantenía en un cierto estado de tensión.

—Por supuesto —dijo Dexter sintiendo más cerca que nunca el calor de la piel de Aina, entre sus brazos, mientras mantenía su mirada firme en la de Greg.

—Entonces, explícame a quien se le ha ocurrido dejarla entrar en un lugar protegido por la Diosa —le contestó él, alzando las cejas de forma desafiante con una sonrisa provocativa en la boca. —¿Qué esperabais? ¿Lucesitas de colores y una fiesta privada?

—Es una hija de Aurum —le contestó Dexter con voz seca.

—Una hija maldita, a la que por lo visto no está dispuesta a dar refugio, por si no te has dado cuenta —le contestó Greg manteniendo una mirada severa sobre la de él, como si estuviera dando una lección a un niño pequeño. Dexter tardó unos segundos en procesar esa información. Deseaba negar la afirmación del salvaje, pero la realidad apoyaba cada una de sus palabras. La leona había atacado a Aina, se había dirigido contra ella desde un principio. ¿Tendría razón? ¿Pese a su ascendencia, la Diosa la rechazaba como hija hasta el punto de que su magia la repudiaba y no la reconocía como miembro de su propia raza? Eso no era estar maldita. Era ser maldita.

—¿Qué sabes de Aina? —le contestó él, manteniendo sus pensamientos bloqueados en su interior —¿Por qué la sigues?

—Tenemos amigos comunes y su piel es dorada, pero sin marca, casi se parece más a un salvaje que a uno de vosotros —le contestó Greg de forma ambigua, mientras las pupilas de Dexter se abrían ante la sugerencia de que Aina fuera una salvaje. —Y a tu segunda pregunta, creo que ha quedado bastante claro que la seguimos para protegerla. No nos fiamos de tu pueblo, ni de los truchitos de tu Diosa, y por lo visto es bastante sensato por nuestra parte.

—¿Por qué quieres protegerla? —le preguntó de nuevo Dexter, sin conseguir entender por qué ese grupo de salvajes habían jugado sus vidas por una hija maldita de una Diosa a la que despreciaban completamente.

—Está maldita —le contestó Greg encogiéndose de hombros. —Nosotros también. Lo que te ha dicho es cierto, compartimos algunos de nuestros secretos con ellas. Le ofrecimos la seguridad de nuestras casas y la protección de nuestras espadas. No todos los salvajes somos, ya sabes, salvajes del todo. Además, ya tengo edad de tomar esposa.

—Olvídate de ella —le dijo Dexter con voz mirada asesina mientras Greg reía por lo bajo ante la actitud de Dexter.

—Se acercan dos dorados y nubes de tormenta —dijo uno de los hombres de Greg.

—Ven con nosotros —dijo Greg abriendo los brazos a los lados, como muestra de cordialidad y buena voluntad. —Conocemos las grutas y para un dorado una tormenta de hielo puede ser fácilmente mortal.

—No confío en vosotros —dijo Dexter con el mentón alzado.

—Ni nosotros en ti —le contestó Greg con una sonrisa divertida. —Pero tenemos amigos comunes y eso nos convierte hasta cierto punto en aliados. Ella no puede refugiarse en el templo, nosotros no dejaremos que ella muera en medio de una tormenta y no creo que tú tengas intención de separarte de ella, por lo que veo. ¿Adivinas cuál es la solución lógica al problema?

—De acuerdo —dijo Dexter tras permanecer en silencio unos segundos mientras el cielo se volvía más gris y tapado. —Vendremos con vosotros, pero nadie va a hacer daño a los otros dorados.

—Nunca ha sido esa nuestra intención —dijo Greg con una sonrisa amistosa.

Caminaron por la nieve alejándose del templo de la Diosa y aproximándose hacia una cordillera rocosa en la que ya desde la distancia se podía ver la entrada a numerosas grutas, tal y como habían dicho los salvajes. Se sorprendió por la facilidad con la que los salvajes caminaban por la nieve, cubiertos por pieles de animales y sencillas botas de cuero. El cuerpo de aquellos hombres era más robusto y musculoso que el de los dorados, y pese a ser más jóvenes que él, parecían más adultos y maduros. Algunas cicatrices les salpicaban los brazos y el cuello, signo de que habían participado en varias juergas o guerrillas, lo más posible. Se sorprendía por la camaradería que había entre ellos, por la facilidad en que se entendían muchas veces sin palabras, y no pudo evitar recordar la forma en que James y él podían trabajar en equipo como si fuera algo natural. Algo que no era frecuente que sucediera entre dorados. Había vínculos invisibles entre los salvajes, y eso le sorprendía. Tres veces se había tenido que enfrentar a salvajes a lo largo de su camino. Guerreros fieros que usaban su fuerza, pero no su cabeza. Luchadores, pero sin un entrenamiento reglado. No habían sido grandes rivales, pese a que los había tenido que enfrentar solo. Sin embargo, aquellos salvajes de su pasado no tenían nada que ver con el grupo que había defendido a Aina. Había inteligencia en Greg, valor en la forma en que había enfrentado a la criatura y no podía negar por la forma que trabajaban que eran un equipo cuyo trabajo hablaba de confianza entre sus miembros. Aina se había relacionado con ellos, de una forma que aún no alcanzaba a entender, y ellos la consideraban uno más de ellos, de alguna forma. Habían arriesgado su vida por ella. Habían luchado por ella. No estaba seguro de qué habría pasado si no hubieran intervenido. En un mundo regido por la jerarquía de los gremios esa complicidad no era frecuente de ver, y menos expuesta abiertamente, puesto que se podría considerar una debilidad. Aina. Tras el ataque de la criatura, Dexter era más consciente que nunca de que lo daría todo por ella, su vida, su Diosa, su pueblo, todo. Jamás había esperado encontrar algo así, sentir ese tipo

de emociones, por primera vez en toda su vida, se sentía vivo de verdad. No podía evitar recordar a su anciano padre en sus años de vida y las sensaciones de bienestar y protección que había experimentado a su lado. Sabía que él le había amado. Algo quizás extraño para su gente, pero no tanto para alguien que había vivido muchos más años de los que se suponía debería, en gran parte por la magia que sustentaba su vida durante los últimos siglos. Su máxima ambición había sido engendrar un hijo y no había dejado que la Diosa se lo llevara hasta ver su meta conseguida. Fueron pocos los años a su lado, pero los suficientes como para saber que existía otra forma de vivir el mundo. Algo por lo que merecía la pena vivir, y morir. Un mundo de amor y de vínculos. Pero hasta ese momento nadie había podido entrar dentro de él, cruzar sus defensas y sus barreras. Su entrenamiento le había hecho fortalecerse tanto física como mentalmente. Hasta que Aina arrasó todas las murallas que había construido, con una simple mirada y una tímida sonrisa. Ahora ya no había vida, si no era con ella. Ni destino que no fuera estar a su lado. Rey. Eso decía la marca de Aina y en esos momentos lo único que deseaba era alejarse de todos ellos y escapar, como un forajido, junto a Aina. Sería capaz incluso de unirse a esos salvajes si hacía falta, con tal de que ella estuviera protegida de su Diosa y de su gente. Una Diosa cuyas criaturas mágicas habían intentado acabar con su vida. Si no ganaba los juegos acabaría convirtiéndose en un proscrito, eso estaba claro. Jamás podría llevar una vida como explorador acatando las órdenes del Consejo, y proteger a Aina al mismo tiempo. Si el Consejo llegaba a saber lo que había sucedido en la Casa Franca de la Diosa, decretarían su muerte o en el mejor de los casos, la obligarían a exiliarse. Una enemiga de la Diosa no podía vagar por tierras doradas, de forma libre. Era incompatible. Y sus prioridades claras.

La tormenta de nieve empezó a caer poco antes de llegar a la cueva que los salvajes habían elegido para protegerse. La nieve caía sin piedad sobre su piel y Dexter intentaba mantener el cuerpo de Aina lo más arropado y protegido posible, mientras el frío calaba en sus huesos y sentía como la piel de su cara y de sus manos se agrietaba a medida que bajaba la temperatura. Dejó que su magia le rodeara, transmitiendo calor a su propio cuerpo y al cuerpo de Aina, arropada entre sus brazos. No era la primera vez que se sometía a esas temperaturas, tan poco habituales y tan temidas por su raza, sin embargo, la experiencia no evitaba que la situación fuera desagradable. Esperaba que James y Thor encontraran un refugio seguro. Sabía que eran ellos los que habían seguido sus pasos, intentando ayudarles, aunque todo había sucedido tan rápido, que ni tan solo habían llegado a tiempo de saber que ya no corrían peligro. ¿Habían visto cómo habían participado los salvajes en la pelea? Lo dudaba. En cuanto Aina estuviera recuperada, debería buscar la forma de avisarles de que estaban bien. Asegurarse de que se quedaban en la Casa Franca, seguros, y que nadie excepto ellos, supiera lo que había pasado en las escaleras del recinto. Nadie debía advertir al Consejo de aquello. O la vida de Aina correría de nuevo peligro. Suspiró aliviado al protegerse dentro de la cueva y agradeció las pieles tendidas en el suelo con las que abrigó a Aina con cuidado. Los salvajes prendieron fuego a unas ramas viejas y más tarde lo avivaron con unos troncos viejos. No era la primera vez que acampaban allí, de eso no había duda. Dejaron que colocara a Aina al lado del fuego y se sentó junto a ella, con la espalda protegida por una pared, con los salvajes sentados frente a ellos. Entre ellos hablaban una lengua extraña, desconocida para Dexter en su mayoría, aunque podía entender fragmentos sueltos porque había cierta similitud con la lengua antigua de los dorados, cada vez más abandonada desde el uso de la lengua común entre los reinos pero que él había aprendido de su padre.

—Los dorados que nos estaban buscando son amigos —dijo Dexter finalmente. —Es importante que les avisemos de que estamos bien, porque volverán. El Consejo no debe saber

nunca lo que ha pasado, debemos advertirles de que guarden silencio si llegan otros participantes.

—¿Confías en ellos? —le preguntó Greg con mirada interrogante.

—Sí —dijo Dexter tras un segundo, hasta cierto punto sorprendido por su propia respuesta.

—De acuerdo —dijo Greg. —Aunque no creo que confíen en nosotros, deberás ir a advertirles tú cuando la tormenta afloje. Si no se ha despertado, nosotros cuidaremos de ella hasta que regreses. Toma, más vale que no mueras desangrado, ya que estamos.

Greg le tendió un trozo de tela y un recipiente con un extraño unguento negro en él. Dexter lo tomó y abrió el frasco, usando su olfato para intentar reconocer las plantas usadas. Lavanda y tomillo, aunque había otras que no era capaz de reconocer. Decidió confiar en él. Las heridas de su pecho eran profundas y aunque la hemorragia ya había parado prácticamente y cicatrizaría a buen ritmo, mucha de su energía mágica estaba siendo usada para curarse. Se sacó con cuidado el chaleco de cuero negro rasgado, aflojando las cinchas con las que lo sujetaba a los costados, y la camisa negra que vestía debajo permaneció adherida a su torso pese a liberarla de su presión, a causa de la sangre parcialmente seca. Se sacó la camisa de manga larga, dejando relucir los cortes profundos de la garra de la leona sobre su piel. Sus antebrazos, cubiertos por unas piezas de mithrill teñidas en negro, en las que escondía habitualmente dos pequeñas dagas para emergencias como las de esa tarde, era la única pieza de su armadura ligera que había resistido al ataque de la bestia. Aunque posiblemente si su peto de cuero endurecido no hubiera sido tratado con finas hebras de metal, para aumentar su consistencia sin convertirlo en algo que limitara su movimiento, la garra del animal podría haber llegado a dañar algún órgano vital. No podía negar que había tenido suerte. Se limpió la herida con agua hervida que un compañero de Greg le tendió, antes de empezar a ponerse el unguento. Las llamas del fuego se reflejaban en su torso desnudo y se sentía como una caricia. Era una criatura del Gran Sol, del calor del fuego, y parecía que su propia piel respondiera a la proximidad de éste. Tras aplicar el unguento en las tres heridas verticales que le cruzaban el torso, empezó a vendarse con pericia, con la tela que Greg le había tendido. No se ofrecieron a ayudarlo, pero él tampoco habría aceptado su ayuda. Empezaban a entenderse después de todo. Dexter sintió la mirada de uno de los salvajes clavarse sobre su piel. Le miró desafiante y pudo observar que, pese a que no parecía intimidado, había algo en él que parecía mirarle impresionado, casi con respeto. Ignoró su mirada y continuó presionando las heridas con las vendas, consciente de que algo estaba pasando a su alrededor a medida que podía sentir que poco a poco todos empezaban a guardar silencio y le miraban con expresión tensa, casi preocupada. Tenía los dos puñales de los antebrazos y el puñal de la pierna dispuestos a ser usados si era necesario. Sabía con exactitud cuánto tiempo necesitaba para acceder a ellos, podía usar uno para eliminar a uno de los salvajes de forma rápida y silenciosa y aún tendría dos armas dispuestas para defenderse del resto. No significaba que fuera a ser fácil, pero no era imposible. Mientras no usaran a Aina en su contra. Acabó de anudar la venda sin prisas, ignorando sus miradas, y finalmente elevó el mentón y los miró desafiante. Estaba más que dispuesto a acabar la tregua si así lo deseaban. Los cinco hombres lo miraban con incertidumbre, mirándose entre ellos, como si no acabaran de decidirse sobre algo. Aunque no parecía que fueran a atacarlo. Parecían confusos. Se agachó para coger la camisa, intentando no mirarlos, pero con todos los sentidos puestos por si alguno de ellos hacía algún movimiento.

—Pensaba que los dorados rara vez teníais cicatrices, excepto que los cortes fuera muy profundos —dijo Greg mirándole con una expresión inteligente, como si muchas cosas estuvieran pasando por su mente. Dexter sabía que no se refería a las heridas de la garra, precisamente. La cicatriz de Aina. Su marca. ¿Qué sabían los salvajes de todo aquello? Estaba claro que estaban

profundamente sorprendidos.

—Estás bien informado —le contestó él, empezando a abrocharse los botones de la camisa y colocándola lo mejor posible sobre su torso pese a los desgarros que había en ella, ignorando sus preguntas no pronunciadas. Primero tendrían que explicarle ellos porqué sentían esa curiosidad por su marca, y con un poco de suerte, conseguiría algo de información nueva. Todos los salvajes estaban a tensión, esperando que él continuara, pero los ignoró con una leve sonrisa en los labios, llena de suficiencia.

—¿Puedo verla? —preguntó finalmente Greg, tras un suspiro tenso. No era una persona acostumbrada a pedir permiso, de eso no había duda. Dexter lo miró durante unos segundos. ¿Podía saber algo de la runa del matrimonio un salvaje? Era poco probable. Pero no podía negar la tensión que había aparecido entre ellos y la forma en que de repente se comportaban con él, como si no entendieran nada de lo que estaba pasando. Estaban estudiándolo. No perdía nada.

—No sabía que os interesaran las runas, a los no marcados —dijo Dexter con una sonrisa suficiente, mientras volvía a desabrocharse la camisa y desnudaba su lado izquierdo para mostrar la cicatriz, cuyas líneas finas entre blanquecinas y doradas contrastaban con el negro oscuro del tatuaje que la Diosa le había realizado sobre el cuello y parte del hombro derecho. Greg se acercó hasta él, rodeando la hoguera, y miró con atención la cicatriz. Se quedó quieto, como si intentara leer las runas que habían sido marcadas en su piel.

—No es una cicatriz convencional —dijo Greg finalmente como si admitir aquello fuera un duro golpe.

—No del todo —dijo Dexter, que parecía levemente divertido por su confusión.

—Una runa, aunque parece una cicatriz con finos trazos —dijo Greg mientras hacía un gesto afirmativo con la cabeza. —¿Cómo te la hiciste? ¿Cómo conseguiste que la herida no cerrara sin más?

—No me la hice, simplemente apareció —dijo Dexter mientras miraba fugazmente a Aina, aún estirada en el suelo de la gruta, inconsciente. Su respiración era tranquila.

—¿Desde cuándo? —le preguntó Greg con un hilo de voz mientras el resto de los salvajes parecían estar conteniendo la respiración.

—Hace unos días —dijo Dexter y como no parecía que Greg estuviera dispuesto a dar información sin nada a cambio, decidió jugar fuerte. —Ya te he dicho antes que no me gusta que llamen gatita a mi mujer.

Las palabras parecían colisionar con los salvajes, que empezaron a acercarse a él con curiosidad, sus pupilas dilatadas y sus corazones palpitantes. No necesitó que se lo confirmaran. Sabían lo que significaba esa runa. Greg había mirado a Aina durante unos segundos después de que él volviera a reclamarla como suya, con una mezcla de tristeza y sorpresa. No tenía sentido. Los salvajes no recibían runas. Dudaba si quiera que fueran capaces de leer o escribir. Y, sin embargo, la realidad en su mirada era clara. ¿Cómo podían conocer las runas? Especialmente una como aquella, olvidada incluso para los escribas como Feren. Greg miró a uno de sus hombres y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. El hombre, un enorme armario de casi dos metros con generosos músculos y una barba de casi un palmo que enmarcaba una cuadrada cabeza en la que varias cicatrices posaban de forma aleatoria, empezó a desabrocharse sus pieles y dejó visible parte de su pecho. Dexter intentó no parecer sorprendido al ver una marca similar a la suya, sobre su piel. Cicatrices finas, enlazadas unas con otras con una runa central que recordaba demasiado a la suya.

—Mis felicitaciones —dijo Dexter intentando no mostrar su sorpresa. Salvajes casados.

Salvajes con marcas. ¿Qué más sorpresas le depararía el día?

—Nuestro pueblo tiene la costumbre de marcar sobre su piel la historia de su pareja cuando deciden compartir con ella el resto de su vida —dijo Greg sentándose en el suelo, junto a la hoguera, y animando a Dexter a que se sentara a su lado, dejando una distancia suficiente como para que pudiera sentarse entre Aina y él. —Es una tradición antigua. Siempre pensé que dado que las Diosas marcaban la unión de dos personas con runas, nuestro pueblo se limitó a imitarlo. Supongo que Aina ha sido marcada de la misma forma.

—Si —dijo Dexter intentando descifrar si el hecho de que Aina hubiera sido marcada significaba que dejaba de tener su protección y se convertían en enemigos o seguirían protegiéndola como hasta ese momento. Pese a estar a la defensiva, no podía negar que el salvaje parecía extrañamente confidente, cansado, hasta preocupado. Pero para nada parecía mostrar una actitud conflictiva. Incluso por primera vez su tono había perdido ese matiz de arrogancia. Se sentó junto a él, mientras tras avivar el fuego, los salvajes se sentaban alrededor de la hoguera en silencio, como si todos ellos meditaran por algo que había sucedido y cuyo significado él aun no era plenamente consciente.

—Tienes la protección de nuestro pueblo, y nuestra lealtad —dijo finalmente con solemnidad Greg, mirando a Dexter a los ojos. —No entiendo cómo ha pasado, y tampoco tengo claro si quiero saberlo, pero si ella te ha elegido, nosotros te aceptaremos. Aunque debo advertirte de que, si en algún momento la traicionas, nos aseguraremos de que sufras las consecuencias.

—Muy amable por vuestra parte —dijo Dexter sin especificar si se refería a su lealtad y protección o a su amenaza. —Aunque os tomáis muchas molestias por una hija de Aurum, maldita o no.

—Ella no es hija de Aurum —dijo Greg mirándole a los ojos con determinación y había una extraña emoción en sus palabras. —Es Hija de la Luz de la Noche, tu marca así lo dice.

—Las Estrellas —le contestó él, recordando cómo había estado con Aina contemplando la belleza que había en ellas. Estaba sorprendido de que el salvaje pudiera conocer las runas de su piel solo con darle un vistazo, mientras ellos habían estado horas encerrados en la biblioteca.

—Madre del Pueblo que ha de Despertar —dijo uno de los salvajes con un hilo de voz, mirando a Aina con infinito respeto.

—El Nuevo Inicio. —concluyó Greg con voz suave, respetuosa, mirando a sus compañeros que empezaron a hacer un gesto afirmativo con las cabezas, mientras todos miraban a la chica dormida con una expresión de respeto que Dexter jamás pensó que pudiera habitar en su raza. El Nuevo Inicio. ¿Sería ese el significado de la tercera runa marcada en su piel? ¿La historia que narraba la vida de Aina? Un silencio solemne envolvió la gruta durante unos minutos, mientras Dexter miraba a Aina con infinito amor, preguntándose hasta qué punto ella era especial ya no solo para él, sino para otras personas.

Aina despertó una hora después, cuando la tormenta de nieve había empezado a aflojar. Dexter sintió como su respiración se agitaba levemente y empezó a acariciar su cara con ternura, hasta que ella abrió los ojos y miró a su alrededor entre sorprendida y preocupada. Tres salvajes dormían en el suelo, cerca del fuego, de forma despreocupada, mientras Greg hablaba en susurros con otro de ellos. Dexter le sonrió al ver su mirada recorrer las caras de aquellos hombres.

—Tienes amigos extraños —le dijo Dexter con una pequeña sonrisa mientras alzaba interrogante una de sus pobladas y rubias cejas.

—Supongo que toda yo soy extraña —le contestó ella con un hilo de voz mientras empezaba a incorporarse y se sentaba con la ayuda de Dexter. Sentía la cabeza pesada.

—¿Comida? —le ofreció Greg acercándose a ella y tendiéndole un trozo de pan con queso.

—No estaría mal —le contestó ella cogiendo la comida y mordiéndola con apetito. El ambiente estaba bastante relajado y Dexter parecía casi tranquilo entre ellos. —Me duele mucho la cabeza. Es la primera vez que me pasa algo así. ¿Cuántas horas han pasado?

—No tienes porqué disculparte —le dijo Dexter con voz suave, tierna, sorprendiendo a Greg que elevó una ceja al ver al dorado de hielo mostrar por primera vez una emoción que no fuera la rabia y ese sentimiento dominante en lo referente a Aina. —Habrán pasado un par de horas como máximo.

—Tenemos que avisar al resto de que estamos bien —dijo Aina mientras poco a poco sentía que su cuerpo y su consciencia empezaban a encontrar su sitio dentro de ella.

—Estaba esperando que despertaras. Ha habido una tormenta de nieve, pero está empezando a calmar. Cuando acabes de comer algo iré al templo a asegurarme de que el resto estén bien —dijo Dexter mientras negaba con la cabeza. —No creo que sea prudente que te acerques al templo. Tus amigos tienen la extraña teoría de que las defensas del templo se activaron con tu presencia, por lo de la maldición.

—No se me había ocurrido. Podrían haberos matado por mi culpa —dijo Aina mientras un pequeño gemido de comprensión salía de su boca. —No se me había ocurrido.

—De algo tenemos que morir —les interrumpió Greg con una sonrisa, mientras se sentaba al lado de Aina que quedaba libre ante la mirada amenazadora de Dexter. Desde luego, el chico no llevaba muy bien lo de compartir. —Aunque por precaución y muy a mi pesar, me mostraré de acuerdo con tu marido en que lo más correcto es que permanezcas lejos de ese sitio.

Aina hizo un gesto afirmativo con la cabeza. No expondría a nadie a otra criatura de esas. ¿Realmente había sido ella la que había provocado que aquello tomara vida? Su cerebro aún estaba un poco lento de reflejos, cuando el matiz en la palabra de marido, pronunciada por Greg, le llamó la atención.

—No creo que haya llegado nadie a la Casa Franca justo con la tormenta, y me gustaría que lo que ha pasado quedara entre nosotros —dijo Dexter.

—La gente reaccionaría mal si supiera que la Diosa me niega la entrada a una de sus Casas Francas —dijo Aina con un suspiro cansado.

—Quizás lo mejor sería que la gente pensara que habéis muerto en el incidente —dijo Greg mientras se frotaba la barbilla, pensativo. —Podemos sacaros de aquí y llevaros a un lugar seguro.

—No podemos convertirnos en desertores —dijo Dexter finalmente, como si Greg ya le hubiera hecho esa propuesta y hubiera tenido tiempo para pensar en la respuesta. —Si existe el destino, nuestro destino de momento nos ata a este lugar y a estos juegos.

Aina lo miró a los ojos y le tomó la mano, consciente de que acababa de aceptar su destino, la marca que nombraba a su esposo Rey de Do-Urh. Hizo un sutil gesto afirmativo con la cabeza, acompañándole en su decisión. No deseaba que él fuera Rey. ¿Qué sería entonces de ella? Jamás la aceptarían. Greg los miraba con curiosidad, como si fuera consciente que existían palabras pronunciadas en silencio entre ellos. Greg miró a Dexter y éste hizo un sutil gesto afirmativo, antes de que Greg contestara.

—De acuerdo —les contestó Greg. Dexter besó con suavidad los labios de Aina, antes de levantarse y mirar a Greg con una mirada de advertencia. Confiaba en ellos, hasta cierto punto, pero dejar a Aina allí con ellos, no era para nada fácil. Dejar que otros participantes o el Consejo supiera lo que había pasado, era una opción todavía más peligrosa. Salió a enfrentarse a la

tormenta de nieve, agradeciendo que su cuerpo hubiera recuperado algo de fortaleza con la comida de los salvajes. Esperaba que James hubiera sido suficientemente sensato como para mantenerse a cubierto durante la tormenta. Tardó una hora en encontrar dos sombras que se movían cerca de donde Aina había encarado por primera vez a la criatura. Donde Greg había saltado a lomos de la esfinge de la Diosa, se dijo recordando la escena con una sonrisa. Mientras él sacaba a Aina de allí, alejándola del peligro durante apenas unos minutos. Antes de clavar su cimitarra en su vientre y hierirla de muerte. Aunque hubiera sido una muerte lenta, había ido perdiendo su magia poco a poco, hasta desvanecerse. James lo reconoció al poco tiempo y empezaron a correr hacia él. Dexter les esperó, intentando no agotar el resto de magia que quedaba en él.

—¿Y Aina? —dijo Thor mientras James simplemente le miraba, para saber por su expresión la ansiada respuesta. Dexter sonrió, sin poder evitar que su cansancio se mostrara en su rostro.

—Está en una gruta algo más al norte —dijo él con gesto afirmativo. —Perdió el conocimiento cuando acabó todo esto, y busqué un refugio lo más cerca posible.

—Cuando empezó la tormenta. —añadió James con un gesto afirmativo, complementando las palabras de Dexter sin dificultad —Perdimos vuestro rastro una vez desaparecisteis hacia las rocas. Apenas vimos lo que sucedió. No tuvimos más opción que regresar al templo. Este clima es absurdo.

—No es tiempo para un dorado —le dijo Dexter con un gesto afirmativo.

—No, desde luego —dijo Thor con un escalofrío, mientras se frotaba los brazos para aliviarse del frío que se calaba entre su ropa.

—¿Ha llegado alguien más al templo? —preguntó Dexter, con preocupación.

—No durante la tormenta —dijo James encogiéndose de hombros, como si diera por sentado que ningún loco habría seguido avanzando en medio aquel caos de nieve y hielo.

—Tenemos una teoría —dijo Dexter en voz suave, casi en un susurro, captando la atención de sus dos amigos. —Quizás es algo descabellada, pero no deja de ser posible.

—¿A qué te refieres? —preguntó James mirándole con el ceño fruncido.

—La leona —dijo Dexter mientras se frotaba sin ser consciente la herida que de ella había recibido y los dos dorados miraban las rasgaduras sobre su peto con cierta preocupación. —Creemos que la maldición de Aina la despertó.

—¿Cómo si fuera una intrusa? —preguntó Thor con los ojos abiertos, sorprendido.

—No dejan de ser templos defensivos en tierras inhóspitas —dijo Dexter para reforzar la idea que Greg había sembrado en su cabeza. —No vamos a acercarnos allí, no nos exponemos a *eso* por segunda vez.

—Es demasiado fuerte para ser creíble —dijo James mientras ponía su mano sobre el hombro de Dexter, intentando reconfortarle por la posibilidad de que la Diosa no reconociera a Aina como miembro de su pueblo, al margen de tener o no su marca.

—Pero no podemos arriesgarnos. —añadió Dexter haciendo un gesto afirmativo, ante la muestra de soporte de su amigo. —En cualquier caso, no creo que sea buena idea que la gente lo sepa. Quizás ha sido una casualidad, pero si el consejo o incluso el pueblo de Do-Urh pensaran que la Diosa ha enviado a una de sus guardianas contra Aina, no creo que eso la dejara en una posición muy ventajosa.

—No deben saberlo —dijo Thor haciendo un gesto afirmativo con la cabeza, con una determinación y una lealtad para Aina que hizo que Dexter se sintiera orgulloso de él. De todos ellos.

—Hay veces que no decir algo, no significa que no se acabe sabiendo —dijo James mirando a

Dexter a los ojos. Las palabras no pronunciadas en voz alta llegaron a él sin dificultad. La Mano. Él podía leer sus mentes y descubrir todo lo que había pasado antes de que fueran conscientes de ello.

—Explícale al resto lo de la Mano, él solo puede leer lo que pensamos, mientras tengamos cuidado con la dirección de nuestros pensamientos cuando esté cerca, no tiene porqué saberlo. Y aunque lo supiera, no tengo claro si hablaría con el Consejo. Los Magos a veces tienen sus propias líneas de pensamiento —dijo Dexter tras unos segundos, mientras Thor parecía claramente sorprendido con sus palabras. —Es tarde y en el templo el resto estarán preocupados. Id con ellos, explicadles que estamos bien y nuestros miedos. Si nadie lo sabe, Aina estará a salvo, de momento.

—De acuerdo —dijo James mientras le tendía el brazo y se tomaban por el antebrazo, más como hermanos que no como amigos. —Cuida de ella.

—No lo dudes, hermano —le dijo Dexter con una mirada cargada de intensidad. James le hizo un gesto afirmativo. Thor y Dexter cruzaron también sus antebrazos, mirándose con confianza, con expresión de comprensión en la mirada de ambos. Sin más, empezaron a caminar en direcciones opuestas.

Dexter llegó a la cueva cuando la noche empezaba a asomar perezosa por el horizonte. Aina estaba sentada, cubierta de pieles, cerca del fuego. Greg y otro salvaje estaban junto a ella, hablando animadamente. Se acercó hasta ella y se sentó a su lado, mientras Greg se desplazaba ligeramente, para dejarle un espacio. Aina pudo sentir que había un acuerdo silencioso entre ellos. Nada de provocaciones. De amenazas. No sabía que había pasado durante las horas que había estado dormida, pero Dexter lo había sabido manejar perfectamente. Se sentía orgullosa de él. Sentado entre salvajes. Casi parecía cómodo. Descansaron lo que quedaba de noche y gran parte de la mañana en la oscuridad y calma que les ofrecía su casa de piedra. Ya no había prisa. La última prueba, para ellos, ya había acabado.

Los Favoritos

Una gran fiesta se estaba gestando en Do-Urh. Las calles estaban vestidas con pequeños filamentos dorados colgados que con los rayos del sol creaban pequeñas chispas de luz por cada rincón. Caminar por las calles vestidas para aquella ocasión era algo hermoso, casi una experiencia mística, pero más si lo hacías de la mano de la persona a la que amabas. Habían llegado al anochecer del sexto día y Dexter se había infiltrado en su habitación sin preguntar siquiera. Esos días junto a los salvajes, con un Dexter extremadamente silencioso y observador, les había hecho, de alguna forma, más cercanos. Pasaron la noche abrazados en la cama y la luz del nuevo día los despertó en la misma posición en la que se habían acostado. Desayunaron juntos, bajo las miradas sorprendidas de otros participantes que también habían ido llegando al largo de las horas. Que Dexter y Aina no hubieran puntuado, y el resto de su grupo habitual sí, se había convertido en un rumor y muchos sonreían con malicia sobre lo que aquella joven pareja debía de haber estado haciendo durante aquellos días, alejados del resto del grupo. De James, el guardia que la había reclamado como su pareja en el inicio de los Juegos. Muchos se preguntaban cómo se desarrollaría aquel trío amoroso, especialmente después de observar como James mostraba su afecto públicamente, de una forma poco habitual y que ya de entrada había llamado la atención. Y ahora estaba el misterioso explorador, caminando con la mano enlazada en la de la joven maldita por las calles de Do-Urh, ignorando al resto del mundo. Dos de los grandes favoritos, compartiendo una participante. No es que fuera inaudito, pero no dejaba de ser uno de los rumores más jugosos que circulaba por las calles. El sonido de las campanas de la llegada a la ciudad de la Mano junto a los participantes que habían puntuado en esa última etapa empezó a resonar por las calles. Aina y Dexter se acercaron a las puertas de entrada de la muralla interna, donde una congregación de personas se había reunido para vitorear a su Mano y a los participantes que tal vez, se convertirían en su futuro Rey. Tras la nominación pública oficial de los ocho participantes que habían llegado al templo antes de finalizar el tiempo impuesto por la mano, la multitud empezó a desvanecerse y pudieron llegar hasta sus amigos. Todos abrazaron a Aina con cariño, contentos de verla sana y salva. Algunos dorados los miraron con curiosidad, pero nadie les molestó. En el camino hacia la posada, las miradas se posaban sobre Dexter y James que caminaban uno junto al otro con una complicidad que para nada era lo que la gente esperaba. Aina caminaba junto a Feren, que le explicaba cómo era la Casa Franca por dentro y le hablaba de los libros que había en ella, mientras Iris y Thor caminaban juntos, algo acaramelados, se dijo Aina con una sonrisa divertida sospechando lo que debían haber compartido aquellos dos durante esos últimos días. James le explicaba a Dexter con todo el detalle que era capaz todo lo que había podido retener sobre el templo, así como las leyendas que les había obsequiado la Mano estando allí, sobre la historia del antiguo edificio. Dexter escuchaba con interés, haciendo preguntas sueltas que James intentaba contestar lo mejor posible. No era difícil ver que existía una buena relación entre ellos. Aina sabía que eso facilitaría las cosas. Los rumores de que dos de los favoritos compartieran a una misma reproductora eran jugosos, pero no tanto como lo sería si entre ellos existiera una rivalidad o un enfrentamiento abierto. Ella sería entonces algo como un instrumento para sobresalir uno por encima del otro en su lucha por el poder.

Feren y los herreros se separaron a mitad del camino para ir hasta sus gremios, donde les esperaban para celebrar con ellos su actuación, una vez más. Eran pequeños héroes para los suyos. En el aire se respiraba la euforia que llenaba las calles y los corazones del pueblo dorado.

Sin embargo, a media tarde los ánimos cambiaron considerablemente. Varios mestizos recorrieron la ciudad advirtiendo que se posponía el festival como medida de duelo por dos jóvenes participantes que habían sido encontrados finalmente, fallecidos. La noticia había chocado con el ambiente festivo aunque ya era demasiado tarde como para poder evitar tan triste acontecimiento. El gremio de comerciantes, que había perdido a una de sus jóvenes reproductoras, mostró su tristeza vistiendo sus ventanas y puertas con telas negras, mientras que el gremio de los cazadores, que también habían perdido a uno de los suyos, parecía mostrarse menos afectado dado que un grupo de cuatro cazadores habían conseguido llegar a la Casa Franca y aumentar el número de cazadores entre los que lucharían por el trono. Lady Arcada y su acompañante del consejo habían estado por todas partes de Do-Urh, hablando con los gremios afectados. Aina sabía que seguramente ellos habían desaconsejado esa prueba por el riesgo de que los participantes pudieran sufrir algún daño, pero la Mano tenía un poder sobre los Juegos que ellos no eran capaces de negarle. Aunque lo deseaban, Aina estaba segura de ello.

Los días de duelo fueron en parte un descanso para el resto de los jóvenes participantes. La lista de favoritos, dieciséis en total, quedó expuesta en el registro, aunque todos los ciudadanos parecían ser capaces de recitarla de memoria. Aina sentía que la gente miraba a su grupo de amigos con respeto y admiración. Casi hubiera sido capaz de acostumbrarse a ello, si no hubiera sido por la oscura presencia de Vladimir y sus secuaces cerca, siempre demasiado cerca. Podía sentir sus miradas, escuchar a veces en sus susurros palabras mordaces e insultos. Aunque no había hecho mucho caso a todo aquello hasta que una mañana pudo sentir su presencia observándola. Dexter y James habían ido a entrenar y ella tenía intención de pasar la mañana con Iris, que estaba probando una nueva técnica para trabajar el metal que le había explicado el herrero de los plateados. Ethan. Se alejó al poco de verlos, entrando en una calle más pequeña y poco transitada, para intentar poner distancia. Algo en su instinto le avisó y le animó a escapar, como si de alguna forma supiera que debía ponerse a salvo. Le hizo caso. Corrió entre la gente con facilidad intentando no parecer una loca y llamar así la atención de todo el mundo. Giró de nuevo en otra calle y se encontró en un pequeño callejón algo oscuro, en el que las telas de las ventanas indicaban que posiblemente pertenecía a algún comerciante solidarizado con la pérdida de su gremio.

Escuchó las pisadas fuertes que se acercaban hacia ella entre los ruidos de los transeúntes y las palabras que el viento le traía y supo con certeza que Vladimir y su secuaz la estaban persiguiendo. Se volvió invisible mientras trepaba por el lateral de la casa y entró en completo silencio por la ventana abierta del segundo piso, amortiguando sus pasos y el ruido de su respiración al hacerlo. La habitación estaba vacía, la suerte parecía sonreírle. Se quedó allí escondida mientras los jóvenes guardias llegaban hasta el callejón y empezaban a buscarla detrás de los barriles y bajo las escaleras, entre bromas y sutiles amenazas. Tardaron casi una hora en darse por vencidos y aceptar que en algún momento, la maldita les había dado esquinazo. Aina se quedó allí, quieta, durante más tiempo del que seguramente era necesario antes de volver a salir al exterior. Se negó sin embargo a volver al callejón y trepó en silencio, aún algo asustada, hasta el tejado. Caminando sobre los tejados a plena luz del día, escondiéndose entre la piedra de las chimeneas y los reflejos de luz sobre el oro de puertas y ventanas, avanzó sigilosamente hasta llegar a la herrería. Se dejó caer en silencio en una área poco transitada, escondida tras su capucha, y empezó a caminar entre la gente, que no parecía ser consciente de que había aparecido de la nada. Iris la esperaba dentro con una sonrisa generosa. Se quedó allí toda la tarde, dentro de la seguridad de las paredes de la herrería junto a su amiga. No todas las envidias eran sanas, eso

estaba claro.

En la fiesta de los Favoritos, los participantes que tenían opción de convertirse en Rey eran presentados al pueblo, por lo que era un acontecimiento para toda la región de Do-Urh. Muchos habitantes de la región, que vivían fuera de la protección de las murallas, acudieron a la ciudad para conocer a su futuro Rey. Durante la celebración, los Favoritos eran vestidos con una túnica dorada con gravados tradicionales para que la gente pudiera reconocerlos y acudir a ellos para conocerlos. James parecía cómodo con el vestido, pero Dexter no paraba de quejarse de que era incómodo caminar con la túnica y Aina no podía evitar burlarse de él. Sospechaba, por la forma en que la túnica se movía sobre él, que bajo la túnica su ropa negra y su daga afilada sobre su muslo, reposaban tranquilamente, como si aquello no fuera con él. De hecho, Aina estaba segura de que nunca había visto que se desprendiera de sus armas por completo, incluso dormido solía llevar su daga anclada al muslo y alguno de sus pequeños cuchillos ocultos en las protecciones de sus antebrazos. Porque lo cierto era que desde lo de los salvajes, él se había presentado en su habitación cada noche y había ocupado el espacio vacío a su lado. Nada de besos apasionados que pudieran ponerla en una situación complicada entre el miedo, el deseo y la pasión. Simplemente se acostaba junto a ella, le besaba tras mirarla fijamente a los ojos, como si en esa mirada todas las palabras contenidas en su interior se volcaran en ella, y la abrazaba con ternura y determinación, dejando que su cabeza reposara sobre su pecho mientras ambos acababan presos de sueños tranquilos y felices. Y aunque ambos ansiaban más, mucho más, aquello era suficiente.

La fiesta estaba teñida de un ambiente alegre. Aina veía como sus amigos, con sus doradas túnicas, eran abordados por cientos de personas que deseaban hablar con ellos y conocer sus opiniones sobre cosas banales o problemas que tenían en sus casas o en sus tierras. Era habitual que un Rey accediera a las peticiones de su pueblo para ayudar a resolver sus problemas y de alguna forma, los propios habitantes estaban testando a los favoritos para saber qué tipo de Rey serían. Se alejó levemente de la multitud, que bebía y comía de las mesas distribuidas por la plaza del Registro y que permitían a cualquier persona probar manjares succulentos y extraños brebajes, mientras observaba a sus amigos hablar con unos y otros. Era feliz por ellos, por la ilusión en que la gente les preguntaba y por la forma ceremonial en que los trataban. Uno de ellos sería Rey.

—Es una agradable velada —dijo una voz suave a su lado y Aina se giró con una sonrisa, para encontrarse con Sir Anthony Jobs apoyado junto a la pared, a su lado. Era raro que no hubiera sido consciente de que él se acercaba, solía reconocerlo por su forma de caminar.

—Lo es —dijo ella con una sonrisa, poniendo su espalda junto la pared, cerca de él, mientras con la mirada observaba a Dexter que la miraba por encima del hombro de una mujer que hablaba con él y parecía tranquilo al encontrarla acompañada por el viejo guardia.

—James me ha dicho que el explorador realmente es atento contigo —dijo Sir Anthony tras observar en silencio el intercambio de miradas de los dos jóvenes. —Hay algo en él un poco oscuro. Pero no me hagas caso, supongo que ya soy solo un viejo gruñón que desconfía de todos cuanto le rodean.

—No temo a la oscuridad —dijo Aina con una sonrisa tímida, se le hacía extraño hablar de eso con alguien y no sabía qué le había explicado exactamente James sobre Dexter, aunque tenía que haber sido tonta en pensar que los rumores no llegarían al viejo guardia y éste se aseguraría de saber en base a qué habían aparecido. —Supongo que es diferente a lo que estamos acostumbrados, posiblemente todos los exploradores son un poco oscuros, pero no solemos interactuar con ese gremio.

—Es posible —dijo Sir Anthony con un gesto afirmativo. —Suele ser raro que se encuentre la

combinación adecuada para crear un explorador.

—¿Como los magos? —dijo Aina entendiendo que a veces se requerían unas habilidades naturales que, en caso de no poseerse, imposibilitaban el desarrollo de una profesión.

—Algo así —dijo Sir Anthony. —A partir de mañana serás libre de nuevo. Has conocido a gente nueva, visto lugares nuevos. La Maestra Maura me dijo que era probable que desearas ver algo de mundo después de esto, aunque al principio no descartábamos que desearas volver corriendo a la seguridad del templo.

—Libre —dijo Aina con un hilo de voz ¿Era realmente libre? La marca en su piel le recordaba que ahora estaba unida a Dexter, quizás no por la Diosa, pero sí por algún tipo de antigua magia o lo que fuera. Y su corazón le pertenecía. ¿Podía irse sin más, olvidar todo lo que había pasado, a todos los que había conocido, como si nada de aquello hubiera sido real? La respuesta era obvia. No. Jamás. Nunca. Dexter sería Rey. Pero ella no tenía claro cuál sería su papel en todo aquello. La amante maldita del Rey. La esposa del Rey. Era imposible que aquello funcionara. Si no fuera por la marca en su piel, por el amor que sentía por Dexter, y que sabía que él sentía por ella, su siguiente paso sería Crótalos. El hombre del espejo de alguna manera le esperaría allí, estaba segura. Si conseguía respuestas, si conseguía romper la maldición, tal vez podría entonces quedarse en Do-Urh, al lado del Rey, o donde fuera que Dexter estuviera. No tenía sentido pensar en despedirse de él, aunque fuera solo una pequeña separación temporal, hasta encontrar la localización del templo. Entonces debería hablar con él, explicarle lo que había pasado en la Sala de los Espejos. Hablarle de su padre. Y marchar de Do-Urh para conseguir un futuro real para ambos.

—¿Sabes que harás? —le preguntó tras unos segundos Sir Anthony, como si pudiera sentir su debate interior.

—Tal vez recorra los pueblos dorados, como me aconsejaste en el establo cuando aún estábamos en el templo. Pero creo que me quedaré aquí hasta que los Juegos acaben, no sea que alguno de ellos acabe siendo Rey y me pierda la coronación.

—Tienes bastantes números de que algo así suceda —le contestó Sir Anthony con una mueca alegre. —Todo el mundo comenta como vuestro extraño grupo de trabajo ha obtenido unos resultados nunca vistos antes. James y el joven explorador tienen sin lugar a duda muchas posibilidades de salir líderes. No tengo nada contra el resto de vuestro grupo, pero el erudito jamás impondría su voluntad como rey y la mujer, aunque ha demostrado su valía, tendría serios problemas también para hacerse respetar en un pueblo acostumbrado a ser gobernado por un hombre. Hace siglos que no se escucha de una mujer Reina, aunque antiguamente era bastante habitual por lo que sé. ¿Qué hay del herrero? ¿Sería un buen Rey?

—¿Thor? —Aina se quedó durante unos segundos pensativa, desde la última prueba, en la que había llegado al templo, había sido incorporado a la lista de candidatos. —Sí, estoy segura de que sería un buen Rey. Es una persona noble y justa.

—Eso está bien —dijo Sir Anthony con un gesto afirmativo. —El gremio de herreros sería sin lugar a duda muy feliz, si algo así sucediera.

—Pasada la celebración, ¿Qué pruebas deberán superar? —le preguntó Aina que había oído que era una tradición que los Favoritos se enfrentaran unos a otros en un campeonato de extrañas gestas hasta que quedara solo uno de ellos.

—Los retos en la Eliminatoria dependen de la Mano, una vez más, pero suelen hacerse la selección de las pruebas y el apareamiento entre participantes por azar —dijo Sir Anthony cerrando los ojos, como si recordara la época en la que él estaba entre esos Favoritos, junto a su

difunto amigo y la Mano. —El hecho de que únicamente quede vivo el mago, hace que las pruebas puedan ser completamente disparatadas, como lo de los Espejos de la Casa de la Magia. Jamás se había hecho algo así en unos Juegos de Honor y la mayoría de los participantes requirieron de las sanadoras, y aunque no pasara nada grave, desde luego es un reto poco común.

—Ahora, sin embargo, los participantes compiten entre ellos —dijo Aina mientras buscaba en la multitud las túnicas doradas de sus amigos y los observaba hablando y riendo con gente a su alrededor. Ese era su día.

—Exactamente —dijo Sir Anthony con un gesto afirmativo. —Cuando acabe la celebración, se procederá al primer sorteo. En él se aparejarán dos favoritos y un reto. Los retos son sorteados también, así que pueden salir combinaciones extravagantes. Recuerdo que cuando tenía que competir contra un compañero de la guardia, nuestro reto fueron unos complejos rompecabezas llenos de números y ninguno de nosotros fue capaz de resolverlos.

—¿En serio? —preguntó Aina con una carcajada y la mirada de Sir Anthony se volvió alegre.

—Sí, aunque por lo visto mi rival se acercó más y se decidió darle a él la victoria, aunque lo cierto es que los dos hicimos un pésimo papel. —no pudo evitar una mirada nostálgica. —Lo cierto es que, si hubiera sido un reto con las armas o un combate cuerpo a cuerpo, le hubiera ganado sin dificultad y me habría tenido que enfrentar en la final a Gregory, así que fue un alivio.

—Lo se —dijo Aina con una sonrisa mientras el ruido de varias campanas sobre el registro reclamaba a los Favoritos para el sorteo. Aina sonrió a Dexter mientras se acercaba hacia el estrado junto a Feren. Allí, todos los Favoritos fueron nombrados y presentados en público por Lady Arcada. Un pasillo empezó a aparecer en el centro de la plaza del registro mientras dos urnas doradas, más pequeñas que las que se habían usado para recoger los votos del pueblo en la exhibición de talentos, eran transportadas por un grupo de mestizos hasta el centro de la plaza. La Mano bajó levitando desde su ya habitual terraza hasta llegar al escenario sobre el que lady Arcada y los Favoritos aguardaban. Les tendió la mano uno a uno a todos los Favoritos, bajo los gritos emocionados del pueblo, que gritaba sus nombres. Los mestizos acercaron las dos jaulas doradas hasta el escenario y la Mano se acercó finalmente hasta ellos. El silencio invadió la plaza, que parecía contener la respiración mientras la Mano elegía el primer pergamino.

—Ricardo hijo del gremio de los Comerciantes. —dijo en voz alta la Mano tras mostrar a la multitud el pergamino y entregarlo a un erudito que registraba cada uno de los nombres para enlazarlos con sus rivales y con el reto. —Joseph hijo del gremio de la Guardia.

Ambos chicos se acercaron a la Mano con paso solemne. Aina no pudo evitar sentir el aura de satisfacción de Joseph al mirar al joven comerciantes, delgado y desgarbado, con el que había sido emparejado mientras la Mano se acercaba a la jaula de los retos.

—Equilibrio —dijo en voz alta entregándole al erudito el pergamino, mientras éste empezaba a recitar en voz alta el nombre de los dos participantes y el reto que les había sido designado.

—¿Equilibrio? —susurró Aina a Sir Anthony.

—Las pruebas las tienen registrados los Eruditos, pero cada una de ellas valora una habilidad. Sea lo que sea lo que les toque hacer, tendrá relación con el equilibrio. Como se desarrollarán a lo largo de día de mañana, los favoritos pueden prepararse hasta que les llegue su momento.

—Mia hija del gremio de los Sanadores. —seguía la Mano a lo lejos. —Feren hijo de los Eruditos. Justicia.

—Esa es buena para el chico —dijo Sir Anthony con un gesto serio. —Suele tratarse de problemas no resueltos y ambos han de tomar una decisión al respecto, justificando mediante nuestras leyes su decisión.

—¿Y si ambos coinciden en la misma decisión? —preguntó Aina.

—En tal caso la persona que exponga de forma más clara la justificación sería el que seguiría en los Juegos.

—¿Quién lo decide? —preguntó Aina

—La Mano, por supuesto —dijo Sir Anthony interrumpido por los chillidos de la gente justo después de que la Mano pronunciara en voz alta el nombre de James.

—Roger hijo de los cazadores. Combate. —los chillidos obligaron a la Mano a parar durante unos minutos. Los retos de combate eran los más espectaculares para presenciar y disfrutar de uno de ellos entre un guardia y un cazador prometía una interesante jornada. El favorito seguía siendo James, la guardia recibía entreno específico en el combate, a diferencia de los cazadores que recibían formación para defenderse para afrontar a los salvajes si se cruzaban en su camino, pero no como una de sus principales habilidades.

—De momento ninguno de tus amigos ha coincidido en la primera ronda —dijo Sir Anthony. —Estaba cruzando los dedos para que el explorador y James no se cruzaran tan pronto.

—Douglas del gremio de los Cazadores. Thor hijo herrero. Fuerza. —continuaba la Mano bajo los aplausos de unos y otros en la plaza. —Dexter hijo Explorador. Fred del gremio Cazador. Puntería.

La plaza se volvió loca y Aina tardó unos segundos en entender lo que había pasado. Pese a las extravagancias de Dexter y no tener ningún representante de su gremio en la ciudad, muchos grupos pequeños, que no disponían de favoritos propios, habían decidido apoyar al joven pero talentoso muchacho. Las apuestas a su favor estaban en multitud de tabernas y muchos habían dejado pequeñas fortunas en ellas. Todos ellos estaban enojados con la prueba a la que se sometería su Favorito. Sin embargo, el gremio de cazadores parecía a punto de colapsarse en una ola de felicidad y euforia. Dexter era sin lugar a duda uno de los favoritos más peligroso y cruzarse con él en la primera prueba no era para nada deseable, excepto que fuera precisamente en el ámbito en el que su favorito, el joven Fred, sobresalía entre todos los cazadores. Su capacidad en el tiro con arco era tal que había canciones sobre él que habían empezado a cantarse en algunas tabernas tras su exhibición en la plaza en la segunda prueba. Competir con él en una prueba de puntería dejaba a Dexter en una situación complicada, por mucho que Aina sospechaba que el explorador sabía usar un arco con pericia. Había una enorme diferencia de allí a la perfección. Y Fred, con el arco, rozaba la perfección.

—Mala suerte —dijo Sir Anthony con un gesto serio, parecía que lamentaba que Dexter se encontrara en un aprieto, pero luego con una sonrisa añadió guiñándole un ojo. —O buena suerte, nunca se sabe.

Aina no pudo evitar mirar fijamente a Dexter en la distancia, con su rostro sereno y frío. Su máscara de indiferencia lucía a la perfección, pero Aina no podía evitar pensar en cómo debía sentirse por dentro. Especialmente ahora que empezaba a mentalizarse con la idea de ser Rey. ¿Qué pasaría con la marca cuando Dexter no pasara el primer reto? ¿Desaparecería el símbolo de Rey de Do-Urh sobre su piel o tal vez quedaría grabado pese a las circunstancias? Las siguientes asignaciones quedaron en la mente de Aina en un segundo plano. Sabía que el nombre de Vladimir había sido pronunciado después de la asignación de Dexter y que se enfrentaría en un reto de resistencia a Serena la sanadora, y que Iris había sido la última en ser nombrada junto con el nombre de un cazador que encontró una piedra en el primer reto. Su reto era algo relacionado con la concentración y se alegró de que ella no hubiera sido la rival de Vladimir en la prueba de resistencia, fuera lo que fuera, no tenía buen aspecto. Finalizado el sorteo, los participantes

volvieron a la plaza. Algunos desaparecieron rápidamente junto a Maestros de sus Gremios, para prepararse para el siguiente acontecimiento mientras que otros, entre ellos Vladimir y Joseph se pavoneaban a su alrededor sobre sus débiles oponentes. Dexter llegó hasta ella antes de que Sir Anthony se retirara, y entre ellos hubo una mirada intensa, como si ambos se negaran a aceptarse públicamente, pero se toleraran por su relación con Aina.

—Un reto complicado —dijo finalmente Sir Anthony mientras se separaba poco a poco de la pared y movía los músculos entumecidos, mientras añadía. —Nunca sabes dónde encontrarás la felicidad.

—Algunos sí lo sabemos —le contestó Dexter alzando una ceja, mientras se colocaba al lado de Aina, como si esa proximidad a ella, que Sir Anthony claramente no aprobaba, significara realmente algo para él.

—Aina, nos vemos mañana —dijo Sir Anthony ignorando el comentario, y la presencia del explorador. —Voy a felicitar a James y me iré a descansar, mañana será un día largo.

Aina se despidió con una sonrisa y el viejo empezó a alejarse en dirección a James. Aina intentó escuchar su conversación, pero unos suaves mordiscos en el lóbulo de la oreja, cortesía de su bien amado marido, la distrajeron. Completamente sonrojada, le golpeó levemente las costillas en un formal aviso de que la dejara en paz, mientras miraba alrededor de la plaza para asegurarse de que nadie estuviera observándolos. Quizás él estuviera acostumbrado a hacer según qué actos en público, pero ella, desde luego, no quería ser la comidilla del pueblo por algo así. Ya tenía bastante con los rumores de que la compartían. Y con lo de estar maldita, casi se le olvidaba. Una vez más.

—Estate quieto —le dijo ella mientras él volvía al ataque.

—Necesito salir de aquí —le contestó él con una sonrisa inocente. —Y no me estabas prestando atención.

—Ahora resulta que solo puedo estar pendiente de ti, por lo visto —le dijo ella con una mirada reprobatoria.

—Eso es lo que he leído que hacían las, ya sabes —le dijo él de forma ambigua mientras una sonrisa asomaba en sus ojos, como si hablar allí en medio de lo de su matrimonio y provocarla con ello fuera lo más divertido del mundo. Le encantaba disfrutar de su incomodidad y de su inocencia.

—Pensaba que estarías nervioso con lo de la prueba —le contestó ella mientras empezaba a caminar a su lado, alejándose de la plaza, cogidos de la mano.

—Siempre podría ser peor —dijo Dexter encogiéndose de hombros. —Además, cuento con algo que nadie espera.

—Estoy segura de que eres un excelente tirador, pero he visto a ese chico entrenándose, su habilidad con el arco es difícil de superar —le dijo ella, mientras él le miraba con una sonrisa y la estiraba de la mano, apretándola contra él en un abrazo que la pilló completamente desprevenida, igual que sus labios, que se anclaron sobre los de ella y empezaron a besarla con pasión. Aina no pudo evitar responder a su contacto, a sus besos, y sin ser consciente de lo que pasaba a su alrededor, se encontró apretada contra él, besándolo apasionadamente mientras todo su cuerpo se estremecía de placer y anticipación. Su beso se interrumpió de repente y el calor que había entre ambos se volvió hielo en el momento que las palabras de Vladimir les alcanzaron. No le había oído llegar. Sus sentidos nublados, por la proximidad de Dexter. Por su necesidad de él.

—Es bueno tener una fuente de consuelo ante tan próxima derrota. —la voz firme de Vladimir con un tono desdeñoso, mientras se había acercado por la espalda a Dexter, con una sonrisa

triumfal y algo malvada. Dexter se había girado velozmente ante la primera palabra del joven, manteniendo a Aina a su espalda, parcialmente protegida. Las miradas de los dos favoritos se cruzaron durante una fracción de segundo, antes de que Vladimir continuara hablando. —Aunque también es posible que el joven James reclame de tu consuelo bien pronto, así que tal vez tengas problemas para tirártelos a los dos, aunque estoy convencido de que conseguirás mantener a este par de perdedores calentitos y contentos.

—Vete de aquí —le contestó Dexter con voz seca y fría, amenazadora. Aina posó su mano sobre la espalda de Dexter, en un intento de calmar el frenético palpitar del corazón de éste, que contrarrestaba con la frialdad con la que le había contestado. Dexter ardía por dentro, ardía por los insultos y las palabras vejatorias de Vladimir sobre ella. Y eso no era bueno.

—Por supuesto —dijo Vladimir con una sonrisa, haciendo una ridícula reverencia que pretendía aumentar la ofensa, y finalmente añadió mirando a los ojos de Aina —Cuando te canses de ellos, ven a verme. Por curiosidad, quizás te pruebe y todo.

Aina cerró la mano apoyada sobre la espalda de Dexter cuando sintió un sutil cambio de la musculatura de él. Estaba a punto de lanzarse contra el guardia y dejar fluir su ira, pero la forma en como había agarrado su ropa a su espalda le ayudó a controlarse, mientras las palabras de Aina sonaban detrás de él con fuerza y poder propio.

—Gracias por la oferta, pero debo decirte que en caso de que tú y yo fuéramos los últimos miembros de nuestra raza, ésta se extinguiría. Lamento decirte que antes que acostarme contigo, sería capaz de quitarme la vida.

—No es que tu vida valga mucho, después de todo —le contestó Vladimir tras frenar una ira que había llegado a su expresión y a sus ojos segundos antes, cuando ella le había rechazado de tal brutal manera, intentando camuflarla en un gesto prepotente, mientras se alejaba de allí con paso firme.

—Creo que voy a matarlo —dijo Dexter en un susurro, mientras miraba como se alejaba de allí. Aina pensaba que hablaba en broma, pero había algo en su mirada y en su expresión que hicieron que dudara.

—Matar a un hijo dorado está castigado con la muerte —dijo Aina con voz suave, como haciéndole volver al mundo real, del que él parecía haberse evadido durante unos segundos.

—En tal caso lo mataré cuando sea Rey —le contestó él con una pequeña sonrisa, mirándola finalmente, y alejándose de allí junto a ella, tras apoderarse de nuevo de su mano.

—Y claro, por ser Rey el Consejo no se meterá de por medio —le dijo ella burlándose de él.

—Soy más inteligente que eso, mi amor —le contestó él mientras besaba sus nudillos desnudos con una sonrisa traviesa —le pediría a la guardia que lo enviara en una misión suicida contra gigantes o incluso negociaría con tus amigos para que pasaran por su puesto de vigilancia. Aunque sería mucho más placentero acabar con él en persona.

—Primero deberías ser Rey —le dijo Aina sorprendida por los diabólicos planes que había sido capaz de hacer en apenas unos segundos para hacer desaparecer al guardia sin tener que sufrir las consecuencias.

—Ah, eso me recuerda mi arma secreta —dijo él de forma misteriosa.

—¿Tu arma secreta? —le preguntó Aina en un susurro mientras subían las escaleras de la posada hacia su habitación.

—Si —dijo él mientras entraba en la habitación de ella y cerraba la puerta a sus espaldas, empezando a besarle suavemente por la mejilla y los labios, sin prisa, mientras ella se estremecía junto a él. —Si alguien o algo es capaz de convertirnos en marido y mujer, de la forma que tengo

la certeza que somos, algo se le ocurrirá para que mañana salga invicto de la prueba.

—¿Esa es tu arma secreta? ¿Poderes del más allá? —le dijo Aina entre risas, sin poder acabar de creerse que lo dijera en serio.

—¿No suena contundente? —le contestó él mientras le mordisqueaba la mandíbula y apretaba su cintura contra su cuerpo, claramente excitado. Se besaron con urgencia entre risas, olvidando por completo el fugaz encuentro con el guardia. Acabaron sobre la cama, besándose sin pausa hasta que Dexter se colocó sobre Aina y sus besos se volvieron más profundos. Las risas fueron substituidas por suaves y gozosos gemidos, mientras ambos se perdían en el calor del cuerpo del otro. Aina sentía a Dexter contra ella, la forma como se movía sobre su cuerpo y la calidez que había bajo su ropa. La túnica de favorito había volado al poco de entrar en la habitación, descubriendo sus pantalones de cuero negro habituales, con su daga incluida en el pack, como Aina había sospechado. Aina no podía evitar dejarse llevar por las sensaciones y las emociones que la recorrían. La alarma soltó sobre su cabeza cuando sintió como Dexter estiraba de su vestido hacia arriba, con intención de quitar ese incordio que separaba sus pieles.

—Dexter no —dijo Aina frenando con sus manos sus brazos, con la cara enrojecida por el deseo pero el miedo en sus ojos. Dexter la miró a los ojos, turbios de deseo.

—Aina, mírame —le dijo él, aún sobre ella mientras ella intentaba ocultar su mirada en parte por el miedo y en parte por la vergüenza. —He estado pensando en tu maldición. *La muerte encontrará a tu ser amado, entre tus brazos, cuando en ti engendre.* Igual que cuando estabas en los espejos, siempre sientes que es tu responsabilidad. Pero estamos juntos en esto. Puedes confiar en mí. —luego le sonrió mientras le depositaba un casto beso sobre los labios mientras con una sonrisa añadía. —Es más, debes confiar en mí, dado que soy tu marido.

—Además de un fanfarrón —le contestó ella haciendo un puchero mientras él se colocaba junto a ella, de lado y ella se inclinaba hacia él, de forma que ambos quedaran mirándose.

—¿No has estado nunca con un hombre, no es así? —le preguntó él con mirada calmada, había llegado a esa conclusión después de saber la verdad sobre los salvajes y escuchar su maldición, pero no estaba totalmente seguro. La Diosa solo castigaría a la persona que ella amaba, matándolo si engendraba en ella un hijo. Había un pequeño resquicio en ella, la posibilidad de que ella hubiera compartido el lecho con alguien por el que no sintiera ese tipo de afecto.

—No ha estado nunca en el orden del día del Oráculo —le contestó Aina haciendo una mueca, sonrojada. Dexter la besó con ternura y pasión. La palabra mía parecía supurar por cada uno de sus poros, feliz ante la noticia de que no solo sería el único hombre a su lado en el futuro, sino también en su pasado. Él no tenía ninguna experiencia con vírgenes, solían ser iniciadas por personas seleccionadas, con la intención de que disfrutaran de la situación y no fueran condicionadas de forma negativa por alguien que no tuviera la paciencia o la delicadeza adecuada. Sonrió.

—Existen formas para no concebir —dijo finalmente Dexter. —La hermana de mi madre es sanadora en la Ciudad de Oro, y alguna vez escuché alguna conversación sobre una mujer que no deseaba concebir y tomaba a diario unos brebajes que ella le preparaba. Incluso si no quieres que nos arriesguemos a seguir ese tipo de brebajes, o no crees en ellos, quiero que sepas que existen muchas formas de amarnos sin necesidad de que la fusión se realice y tengo intención de enseñártelas todas, una a una.

Aina sintió un extraño calor creciendo dentro de ella, por todo su cuerpo, mientras Dexter tras darle un casto beso de buenas noches, cerraba los ojos con una sonrisa claramente divertida, y hacía ver que había quedado preso de un profundo sueño.

La Eliminatoria

Cuando el nuevo día despertó sobre la ciudad de Do-Urh, iluminando el Gran Sol las guirnaldas que aún colgaban de paredes y ventanas, una multitud se había reunido en la plaza del registro. Las listas con las horas y la localización donde se realizaría cada una de las pruebas estaba dispuesta en los enormes tablonces de madera añeja. James se acercó hasta las listas a primera hora para memorizar las diferentes pruebas y horarios, y luego volvió a la posada, donde habían quedado todos para desayunar juntos.

—He ido al registro. Los duelos van a seguir el mismo orden que la elección de ayer. — empezó él cuando se sentó junto al resto. —Feren vas a ser el primero en competir de nosotros.

—Solo me alegro de que no me haya tocado una prueba de combate —dijo Feren con aspecto de no haber dormido mucho durante esa noche. —Si la sanadora me venciera en algo así, mi ego masculino caería en picado.

—Tienes a todas las reproductoras de tu gremio dando vueltas a tu alrededor, no exageres —le dijo Thor dándole unos golpes amistosos en el hombro, mientras Feren se sonrojaba.

—La prueba de equilibrio se va a realizar fuera de las murallas, ¿queréis que nos acerquemos? —añadió James. —La de la justicia de Feren se realizará en la sala del registro, creo que será un juicio abierto.

—Es muy probable. —confirmó Dexter con un gesto afirmativo mientras añadía, animando a Feren. —Tienes muchas posibilidades, los eruditos copiáis las leyes, aunque no te dediques a ellas, algo habrás almacenado en tu cabeza, ya lo verás.

—No lo tengo tan claro —le contestó él que parecía claramente nervioso.

—Creo que la ansiedad me va a destrozar por dentro —dijo Iris mientras se frotaba los brazos. —Seré la última en competir y voy a pasarme el día entero histérica.

Salieron de la posada para ir a la zona donde se celebraría la prueba de equilibrio. Ya había un buen grupo de visitantes que habían decidido acercarse a allí lo suficientemente temprano como para conseguir un buen asiento. Sobre uno de los campos, se habían clavado troncos de unos cinco metros de altura, cuyo tallo era de un palmo de diámetro aproximadamente. La altura de los cortes era un poco irregular, de forma que algunos troncos sobresalían por encima de otros y entre ellos había distancias aleatorias entre uno y dos metros.

—Esta prueba se hizo hace años —dijo Feren mirando los troncos con respeto, mientras un escalofrío le recorría el cuerpo y viendo la mirada sorprendida de sus amigos añadió —Leí los registros de los últimos duelos celebrados en Do-Urh, cuando la Mano participó.

—¿En qué consiste la prueba? —preguntó Aina mirando los troncos.

—Aquella vez los participantes tenían que llegar hasta el centro del campo de estacas saltando sobre ellas, sin usar ninguna habilidad mágica.

Un par de horas más tarde, salieron de dudas. Uno de los eruditos explicó en qué consistía la prueba y cómo se puntuaría los resultados y Feren había acertado, una vez más. La caída de más de cinco metros de altura hizo que los espectadores rugieran emocionados. Pese a la Transición y al Consejo, unos Juegos sin algo de riesgo no serían igual de atractivos. Aunque ya se hubieran cobrado dos vidas. Aina vio a un par de sanadores a los pies del circuito, preparados por si se daba algún accidente que requiriera su atención.

La Mano saludó al pueblo poco antes de usar su magia sobre los troncos. Una extraña vibración llegó hasta ellos y Aina supo de forma instintiva que se trataba de algún conjuro de

bloqueo. ¿Era eso posible? Dexter se removió incómodo junto a ella, estaba acostumbrado a acceder a su magia y sentir que le bloqueaban era molesto. Una de las estacas de madera situada en el centro del campo empezó a brillar con una luz dorada intermitente, marcando el destino de los dos favoritos y la prueba comenzó bajo la luz del Gran Sol. Los dos jóvenes participantes se dejaron elevar por la Mano hasta las estacas que habían elegido para empezar el camino y empezaron a saltar de una a otra con determinación. Ambos llevaban ropas cómodas y ligeras, pero ninguno de ambos parecía cómodo saltando entre los troncos y los desniveles de éstos. Ricardo fue el primero en resbalar, pero se aferró con las manos al extremo de la madera y consiguió evitar la caída. Se alzó con esfuerzo y consiguió volver a incorporarse sobre el tronco, mientras la gente le vitoreaba y animaba a seguir adelante. Joseph, el amigo de Vladimir, estaba llegando al centro cuando un salto no calculado a la perfección le hizo perder el equilibrio, aunque al igual que el comerciante, consiguió que una de sus manos se aferrara a un tronco cercano algo más bajo. Trepó hasta elevarse sobre él y el odio apareció en sus ojos cuando observó que Ricardo había recuperado parte del terreno que le había ganado. Continuaron avanzando hasta el tronco brillante y Joseph consiguió alzarse sobre él cuando el comerciante estaba a tan solo dos estacas de distancia. Joseph rugió y el pueblo de Do-Urh le vitoreó. Los chillidos poco a poco fueron desapareciendo y la multitud empezó a disolverse, aunque la mayoría caminaban animados hacia el registro, donde la siguiente prueba les esperaba.

Feren se sentó incómodo y nervioso en unos de los extremos del escenario, tras una pequeña mesa que le hacía de escudo frente a la multitud que se había adentrado en la sala. Recordó las palabras de la Mano, en que la sala había estado repleta de participantes cuando él había sido uno de ellos y sintió que esa multitud, que le observaba minuciosamente, tal vez habían estado también allí, años atrás y habían sido participantes igual que él. Quizás, alguno de ellos hubiera incluso estado sobre el escenario, parcialmente escondido tras una mesa antes de ser sometido a una prueba. Mia estaba en el otro extremo de la mesa y una sonrisa reconfortante salió de sus ojos, cuando ambos se miraron intimidados por la situación. No se sentía mucho mejor que él, de eso estaba seguro. Un erudito les explicó las normas de la prueba de justicia, que eran bastante sencillas. Nada de saltar sobre troncos a gran altura, se alegró Feren. No podía negar que había tenido suerte. Lady Arcada explicó que un habitante expresaría un problema actual del reino y cada uno de ellos debería decidir la forma de solucionarlo y justificar su decisión. La Mano entonces decidiría con la Ley a su lado, quien había tomado la decisión correcta o la había justificado de forma más justa. Feren tenía ventaja respecto a Mia. Dado que él tenía dos puntos, tendría derecho a un segundo juicio si perdía el primero. Para que Mia ganara, debería solucionar dos juicios seguidos. No era justo, pero así eran las leyes.

—Mi Señor. —empezó el hombre hablando a la Mano. —Mi hogar se encuentra a poco más de una hora de las murallas de la ciudad. Los campos son fértiles y los animales crecen en libertad produciendo gran cantidad de productos de los que se beneficia la ciudad. Sin embargo, el trabajo es duro y no es apto para un viejo dorado comerciante como yo. Reclamo la indulgencia de la Mano para que me facilite uno o dos mestizos para ayudarme con las tareas de mi hogar.

Feren se sorprendió por la petición del hombre. Era cierto que los mestizos solían hacer los trabajos más duros y pesados como limpiar, alimentar animales o cultivar los campos, sin embargo la mayoría de las veces se trataba de los propios hijos bastardos de los propietarios de esos lugares o de mestizos abandonados que reclamaban protección a cambio de su trabajo. Un pacto entre el mestizo y el dorado, aunque el dorado siempre acababa ejerciendo el control sobre el mestizo, como era normal. Sin embargo había allí, en las palabras de ese hombre, algo que no

acababa a comprender. ¿Por qué no había hablado directamente con algún mestizo y pactado con él su protección a cambio de su trabajo? ¿Era normal que pidiera a la Mano que intercediera por él en algo así? La Mano se dirigió a Mia y le preguntó su opinión. Ella pareció dudar un poco y finalmente empezó a hablar. Su voz parecía débil e insegura en las primeras frases pero poco a poco fue ganando confianza.

—Creo que pondría un aviso en las puertas del registro, informando de la petición del caballero, para que aquellos mestizos que desearan un trabajo pudieran ponerse en contacto con él —dijo ella finalmente.

—Una sabia decisión, muy ingeniosa, ciertamente —dijo La Mano con una sonrisa y luego se giró hacia Feren para animarle a hablar.

—¿Hace cuánto que vive allí? —preguntó Feren al hombre con inseguridad y éste le contestó con voz melosa, pero con un tono agrídulce.

—Algo más de veinte años.

—¿Y ha vivido solo durante estos veinte años? —preguntó Feren sorprendido, los comerciantes eran sin lugar a dudas, los más sociables del grupo dorado y era extraño, una vez más, que uno de ellos viviera aislado lejos de la protección de las murallas.

—Una mestiza vivía conmigo hasta hace poco más de un año —dijo el hombre con voz ronca, algo en su mirada había cambiado y Feren era consciente de que había tocado un punto delicado, sin desearlo. Sentía que la tensión crecía a su alrededor y un sutil movimiento en el ceño de la Mano le alarmó. Si era cierto que era capaz de leer el pensamiento de la gente, lo que el hombre estaba pensando en ese momento, no era de su agrado. Decidió arriesgarse.

—¿Qué le pasó a la mestiza? —preguntó Feren intentando parecer casual.

—Se fue —dijo el hombre con voz seca y fría, y Feren sintió la rabia y el odio en su mirada. Algo no iba bien.

—No sé qué pasó —dijo Feren con voz suave, intentando ser conciliador. —Pero es raro que una mestiza abandone a su protector. Quizás el trabajo era demasiado duro y no era capaz de afrontarlo, no lo sé, pero tal vez deberíamos saber por qué se fue antes de decidir si necesita uno o varios mestizos, y ponerle en contacto con alguno que busque un trabajo con esas condiciones.

—No veo porqué debemos preocuparnos por esa perra —dijo el hombre con voz fría, irritada.

—Yo creo que sí —dijo la Mano alzando su voz por encima de la de la Sala, como si el retumbar de los tambores enmarcaran el sonido de sus cuerdas vocales. —Especialmente teniendo en cuenta que la mató al golpearla con fuerza una de las múltiples veces que ella intentaba resistirse a sus violaciones. Eso es un delito.

La sala se volvió silenciosa mientras el hombre empezaba a respirar con dificultad y sus ojos se dilataban. La Mano estaba usando su magia de alguna forma en él y el aire entraba con más dificultad en el hombre. Lady Arcada se interpuso a la mirada aireada de la Mano y éste paró su ataque sobre el comerciante. Tras asegurarse que la Mano no continuaría con su ataque, lady Arcada se giró para encarar al comerciante. Nadie duda por principios de la palabra de una Mano, pero si esta además resulta ser un mago, las posibilidades de que su afirmación fuera errónea, era extremadamente baja.

—Se le acusa de violación y muerte de una mestiza. Si se declara inocente y el consejo descubre que eso es falso, se considerará traición y por tanto el castigo será la muerte. Si se declara culpable, el castigo le degradará de rango y pasará a ser Ayudante en la Ciudad de Oro. Si se declara inocente y el consejo no encuentra ninguna prueba contra su persona, recibirá una compensación por las acusaciones hoy aquí recibidas. ¿Cómo se declara?

El hombre miró a la mujer cómo si no acabara de ser consciente de su sentencia, mientras un silencio absoluto llenaba la sala, todos los rostros fijos en el del anciano comerciante. Pasaron los segundos en los que con el ceño fruncido el anciano no parecía decidirse a contestar, y la Mano con un suspiro forzado rompió el silencio diciendo en voz alta.

—El cuerpo de la mestiza está enterrado en un arroyo cercano a la granja, no creo que unos perros tarden mucho en encontrarlo. —las palabras de la Mano, susurradas a nadie en concreto, hicieron que el hombre diera un pequeño salto en su sitio. Miraba con horror y odio a la Mano, mientras un tono pálido empezaba a cubrir su rostro y su piel empezaba a cubrirse de una fina capa de sudor.

—¿Hemos de alérgalo más? —insistió la Mano mirando al hombre con las cejas alzadas mientras este finalmente confesaba.

—Ella me provocaba siempre que podía —dijo él justificándose. —No es que yo la buscara. Era *ella*. Su muerte fue un accidente.

Lady Arcada no le dio tiempo a continuar, un leve gesto de su cabeza había hecho que tres fornidos guardias alcanzaran al hombre y se lo llevaran a rastras mientras él seguía justificándose, entre gritos. Los murmullos de la sala tardaron en ser callados y finalmente la Mano se dirigió a los jóvenes participantes con respeto.

—La joven ha demostrado un ingenio digno de una buena sanadora, pero su decisión, viendo los sucesos, podrían haber acabado en la muerte de otro mestizo. Joven Feren, ¿por qué dudaste de la palabra del hombre?

—No dudé —dijo Feren con timidez, mientras sentía que la raíz del cuero cabelludo se sonrojaba —Pero había algo que no tenía sentido en todo ello. Mis preguntas no se basaban en la desconfianza.

—Eso está bien —dijo la Mano. —Se necesita un Rey que confíe en su pueblo, pero que sepa hacer las preguntas adecuadas, en el momento adecuado, para descubrir verdades ocultas. El joven Feren es el ganador de la prueba de Justicia.

El público saltó en aplausos y vítores mientras el sonrojo de Feren finalmente se hacía visible. Sus amigos no tardaron en llegar hasta él y felicitarlo mientras comentaban entre ellos la astucia que había mostrado. Caminaron juntos hasta una pequeña plaza al norte de la ciudad en la que se habían instalado unas gradas a su alrededor en la que las siguientes dos pruebas que se realizarían durante la mañana se llevarían a cabo. James y Thor estaban más callados que habitualmente, pero era normal. Los nervios estaban a flor de piel. Aina y Dexter se sentaron en un extremo junto a Iris y Feren, mientras Thor había sido capturado por los Maestros de su gremio, que querían darle algunos últimos consejos antes de su prueba. James se situó en el centro de la plaza junto al cazador. Se miraron con cierta hostilidad mientras las gradas chillaban a favor de uno u otro. La Mano se colocó junto a ellos.

—Bienvenidos, pueblo de Do-Urh a esta prueba de combate. Tenemos aquí a un representante de la guardia y a un cazador, por lo que espero todos podamos disfrutar del que será sin lugar a duda un combate de gran belleza. El joven James de la Guardia presenta una mayor puntuación que el joven cazador, por lo que es su derecho elegir las armas con el que se llevará a cabo el combate. ¿Cuál es tu elección?

—Escudo y espada —dijo James sin dudarlo, eran las armas en las que estaba más cómodo y sabía que los cazadores con los escudos no solían trabajar, otro punto a su favor.

—Así sea —dijo la Mano y dos mestizos se acercaron con dos espadas y dos escudos, entregándoselos a los dos participantes. —Se considerará perdedor aquel que pierda el

conocimiento, resulte herido de gravedad o se declare derrotado. Que empiece el combate.

La Mano levitó unos pocos metros y se acercó hacia su lugar en las gradas, al lado de los dos miembros del Consejo que observaban la multitud enfurecida que animaba a los dos jóvenes a atacar a su oponente. Ambos, sin embargo, se miraban de forma prudente, mientras se movían uno delante del otro en círculo, como si se tratara de una danza coreografiada. James fue el primero en lanzar un ataque, una suave estocada lateral que el cazador esquivó con su propia espada sin mucho problema. No tardó en contestar a su ataque, lanzándose contra el guardia, que quebró su ataque con su escudo mientras lanzaba un golpe con su propia espada contra el muslo del cazador que pudo esquivarla por un ágil movimiento, aunque su escudo en ningún momento se movió.

—No sabe usar el escudo —dijo Dexter a Aina en un hilo de voz. —Aunque lo compensa con su agilidad, no me extrañaría que James haya pedido el escudo únicamente para mantenerlo distraído y que no sepa qué hacer con él.

—¿Quieres decir? —preguntó Aina en un susurro, pero entendió lo que Dexter quería decir cuando a medida que se cruzaban las espadas de los dos chicos, quedaba en evidencia que el cazador siempre paraba las estocadas con su propia espada y que en ningún momento usaba su brazo izquierdo, cubierto con el escudo, para bloquear el ataque y contratacar a su oponente con su propia espada. El combate era emocionante, pero Aina sospechaba que James no se estaba esforzando al máximo. Ella había luchado contra él y sabía que podía ser más rápido, más preciso, aunque los golpes resonaban por la plaza con el palpar del acero contra acero. Finalmente James apretó el ritmo. Usando el escudo para bloquear, consiguió alcanzar el costado del cazador por dos veces haciéndole dos heridas no demasiado profundas y el cazador se volvió extremadamente prudente. Siempre alejándose de James y sus ataques. Un paso atrás. Otro paso atrás. El ruido de las espadas chocando de forma violenta, cada vez a un ritmo más frenético, hasta que James bloqueó un ataque del cazador dirigido hacia su cabeza con el escudo y cogiendo impulso se volteó sobre sí mismo, lanzando su espada furiosa contra el cuello de su adversario, ladeando levemente el filo en el último momento de forma que la parte plana chocara contra él de forma violenta y haciendo que el cazador perdiera el equilibrio, pero sin realizar un corte sobre su piel dorada. El cazador no llegó a caer al suelo, pero soltó la espada de forma intuitiva, mientras se palpaba su cuello, en el que un gran moratón púrpura ya había hecho aparición. Dos sanadores llegaron al poco tiempo hasta allí para atenderle, mientras la Mano felicitaba al joven guardia por su maniobra. El público había enloquecido. James no tardó en llegar hasta Aina y Dexter y sentarse junto a ellos.

—Si le hubieras cortado la cabeza, te habrías convertido en el favorito —dijo Dexter con una sonrisa traviesa mientras le golpeaba amistosamente el hombro.

—Quizás del pueblo, pero lady Arcada te habría puesto en su lista negra —le dijo Aina, intentando tomarse a broma el comentario de Dexter.

—Quizás si hubiera sido otro participante, no habría tenido tiempo suficiente de girar el filo —dijo James con una sonrisa mientras Aina no podía evitar mirar en dirección a un sector de las gradas donde Vladimir los miraba con cara de pocos amigos.

—Mirad, Thor ya está en el centro de la plaza —dijo Dexter con voz alegre. —No he conseguido entender todo lo que decía la Mano, pero creo que van a tener que estirar de una cuerda, quien consiga que el otro cruce esa línea será el ganador.

—¿Así, sin más? —preguntó James que parecía que tras el combate segregaba adrenalina por cada uno de sus poros. —Poco sanguinario para nuestro mago, saltar entre palos a más de cinco metros sin poder levitar, el juicio de un asesino, un combate con armas perfectamente afiladas, ¿y

ahora se contenta con hacerles estirar una cuerdecita de nada?

—No pensabas realmente que el combate sería con armas de entrenamiento, ¿no? —preguntó Dexter mirándole con una sonrisa y empezó a reír al ver como James se encogía de hombros. — Realmente, te lo habías planteado. Iluso.

—Silencio, va a empezar —dijo Aina golpeándoles para que prestaran atención a la plaza, donde Thor y el cazador al que se enfrentaban estaban tomando sus posiciones, agarrando la cuerda. Un ruido ensordecedor indicaba el inicio de la prueba y ambos empezaron a estirar con fuerza, las piernas clavadas en el suelo, intentando no dejarse arrastrar por la fuerza y la tensión. Thor ganó un par de palmos a su adversario, pero las fuerzas parecían bastante equilibradas. Ambos participantes tenían el rostro enrojecido y algún pequeño grito salía de sus gargantas en el esfuerzo. Thor perdía esos valiosos palmos. La línea quedaba a poco más dos metros de ambos, en aquellos momentos. El cazador empezó a retroceder lentamente, arrastrando a Thor hacia él. Un grito desesperado conseguía frenar a Thor, pero había perdido casi un metro y empezaba a estar peligrosamente cerca de la línea. Iris empezó a gritar el nombre de su amigo y Aina se unió a ella. Las gradas gritaban desde todos los extremos. Un palmo más cerca de la línea. El cazador sudaba, pero seguía estirando sin piedad, alejándose de la línea mientras Thor seguía cada vez más cerca. Un grito de impotencia se escapó de su boca cuando finalmente, su cuerpo arrastrado por la cuerda cruzó la línea. El cazador alzó los brazos al público, mientras éste gritaba su nombre. Thor había quedado fuera.

Habían acabado de comer cuando Thor llegó junto a ellos, con el rostro algo triste, después de que su gremio se lo hubiera llevado al acabar, como si fuera un vencedor para ellos. Le hicieron un hueco en la mesa de la posada, y le llenaron un vaso de hidromiel. Nadie dijo nada hasta que él bebió un largo trago.

—Le tenía verdaderas ganas a ese —dijo finalmente. —Fue uno de los que me dio la paliza.

—Yo también lo había reconocido —dijo Iris con un gesto afirmativo.

—Pero tendrías que haber visto sus manos al acabar la prueba —dijo Thor con una sonrisa prepotente en la cara mientras les enseñaba las palmas de sus manos, endurecidas por el trabajo en la forja. —Su fina piel de cazador sangraba por todos lados. Estará con ungüentos toda la semana.

—Eso es bueno saberlo —dijo Dexter. —Creo que se llama Douglas, no nos vamos a olvidar de él.

—De hecho —dijo Aina jugueteando con la comida en su plato. —Sir Anthony me comentó que alguien había dado una paliza a varios cazadores poco después de lo de las piedras.

—¿En serio? —preguntó Dexter con una mirada inocente mientras todos sus compañeros lo miraban con cierto recelo, hasta que James empezó a reír a carcajadas y el resto poco a poco se unió a él.

—Supongo que podrás elegir el arma en la prueba de puntería —dijo James con voz alegre.

—Me encanta el arco —dijo Dexter con una sonrisa, mientras todos le miraban con los ojos abiertos.

—¿Estás loco? —le dijo Iris de forma impulsiva —Ese chico nació con un arco en las manos. Ni se te ocurra. ¿No sabes usar una ballesta? ¿O una honda?

—Tienes más posibilidades usando una daga o un hacha arrojadiza —dijo Thor con gesto serio.

—Las dagas también me gustan —dijo Dexter con una sonrisa mientras sacaba de su funda la daga de su muslo y la hacía rodar sobre su punta sobre la mesa.

—Dagas entonces —dijo James con un gesto afirmativo. —También las sabrá usar, pero tal vez tengas alguna oportunidad.

—Si puede elegir el arma. —añadió Feren.

—No os preocupéis tanto por mí, chicos —dijo Dexter con una sonrisa llena de confianza, mientras volvía a guardar la daga. —Aunque estaría bien que fuéramos al exterior de las murallas, no sea que empiece la prueba y me eliminen por no presentarme.

Caminaron hasta el espacio entre ambas murallas, incorporándose a la gente que también se dirigía hacia allí. Por el camino, varias caras conocidas los paraban para saludarlos o felicitarlos, mirando con curiosidad a Dexter, que no parecía demasiado ansioso, a diferencia de Iris que cada vez estaba más y más nerviosa. Dexter se separó de ellos al llegar a las cuerdas que limitaban el paso a los no participantes. Las paradas de comerciantes habían desaparecido en ese tramo. Al fondo del rectángulo, había tres enormes dianas con vistosos colores, que parecían ansiosas en formar parte de todo el alboroto que las rodeaba. Esperaron un buen rato hasta que la Mano llegó. Fred había llegado poco después de él y usa sonrisa se escapaba por sus labios cada vez que miraba las dianas. Su arco, un fino ejemplar con la cuerda perfectamente tensada, descansaba sobre su espalda. Dexter dudaba que pudieran usar sus propias armas, él ni siquiera se había planteado en traer su propio arco. Aunque mientras el arma estuviera bien calibrada, no tenía especial vinculación con un arma en concreto. La multitud a su alrededor le impresionaba un poco. El pueblo de Do-Urh, su futuro pueblo. Nunca se había sentido cómodo entre las multitudes, acostumbrado a la soledad y al silencio, más característico de su gremio, y sin embargo allí estaba, luchando por convertirse en algo en lo que jamás hubiera pensado que pudiera encontrar la felicidad. Rey. Y para ello tenía que vencer al joven cazador cuya habilidad con el arco era francamente sorprendente. Buscó los ojos de Aina entre la multitud y los encontró sin demasiada dificultad. Brillaban con luz propia para él, como si fueran sus únicos puntos de referencia en este mundo. Su esposa. Su vida había dado un giro completo y no podía negar que estaba feliz con los cambios que había habido. La Mano empezó a hablar finalmente, tras conseguir el silencio de la multitud que les rodeaba.

—Estimados hermanos dorados, ha llegado con seguridad otras de las pruebas más esperadas del día de hoy. Nuestros dos favoritos se enfrentarán en tres dianas para mostrarnos cuál de ellos goza de una mayor puntería. Dado que el joven explorador posee mayor puntuación que el cazador, él elegirá dos de las armas a lanzar y la distancia en la que se colocará la diana, mientras que el cazador únicamente podrá elegir una. El que más se aproxime al centro de la diana será vencedor para esa arma y el que más dianas consiga, será el ganador definitivo de la prueba. ¿Joven Dexter, cuál es tu primera elección?

—La honda —dijo Dexter mirando a la Mano, con el mentón elevado mientras éste hacía un gesto afirmativo. —Esta distancia me parece correcta.

—Joven Fred, ¿Qué arma usaran para la segunda diana?

—El arco —dijo él con una sonrisa mientras los cazadores del perímetro empezaban a vitorearlo, casi haciendo que sus siguientes palabras se fundieran entre los gritos. —Esta distancia también me parece correcta.

—Así sea —dijo la Mano mientras varios mestizos empezaban a colocar en una pequeña mesa las armas que estaban eligiendo los participantes. —Así pues, joven explorador, ¿cuál será la última arma del reto?

—La daga —dijo Dexter encogiéndose de hombros, como si no se le hubiera ocurrido nada mejor, pese a la multitud de ballestas, dardos, lanzas, hachas y otros múltiples objetos que podían

verse en el mostrador que les habían acercado los mestizos mientras añadía en voz suave, casi en un susurro. —Esta distancia es tan buena como cualquier otra.

El pueblo enloqueció en murmullos. Era imposible que un lanzamiento de una daga pudiera ser realizado a tal distancia. Nadie estaba seguro de si habían escuchado correctamente, lanzar una daga a esa distancia era imposible, y si ninguno de los dos impactaba en la diana, ¿quién sería considerado ganador? La Mano parecía mirar con intensidad a Dexter, que no había cambiado su posición relajada, mientras su ceño fruncido intentaba, Aina estaba segura, leer sus pensamientos. El silencio y los murmullos se aplacaron cuando el joven Dexter se colocó con una pequeña honda en la línea de disparo, frente a la primera diana. En un silencio que hacía que el vello de la piel se elevara, miró con determinación al centro de la diana y cerró los ojos mientras empezaba a hacer rodar la honda cargada con una pequeña bala de oro. Dejó que el movimiento circular susurrara al cortar el viento y abrió los ojos cuando encontró la sensación de paz y equilibrio que necesitaba, justo segundos antes de dejar que la bala saliera disparada contra la diana.

—Diana. —gritó el mestizo oculto detrás tras el impacto de la bala con la madera, se acercó a las marcas pintadas y buscó la marca del impacto de la bala, encontrándola clavada en el centro de la diana de forma que no había duda posible cuando alzó la voz gritando. —¡Golpeó en el centro!

Chillidos de ovación por todas las gradas y algún insulto en la región de los cazadores surgieron tras la declaración del joven. Dexter no pudo evitar un suspiro de satisfacción. Fred no dudó en darle un pequeño empujón con el hombro al acercarse al punto de disparo con su honda. La mayoría parecían no ser conscientes del pequeño enfrentamiento, pero la Mano los miraba con expresión dura, nada se le escapaba al anciano mago. Fred empezó a balancear la honda con habilidad. No era un arma para nada extraña a los cazadores, aunque su habilidad con el arco había hecho que no se ejercitara tanto como quizás hubiera debido, con esa arma en concreto. No tardó mucho en soltar la bala dorada que se dirigió, surcando el aire, al centro de la diana.

—Diana. —gritó el mestizo y se acercó a la placa de madera para localizar finalmente el impacto de la bala. No se había clavado, pero se podía observar una muesca que era sin lugar a duda, el lugar donde había realizado el impacto, en el segundo círculo interno. —¡Segundo círculo!

La multitud empezó a vitorear el nombre de Dexter, que acababa de ganar en el primero de los tres lanzamientos. Fred empezaba a mostrar signos de tensión, pero cuando tomó el arco entre sus manos, volvió a relajarse. Se colocó frente a la segunda diana y tensó un par de veces el arco antes de coger una de las flechas del carcaj que le tendía el mestizo y calibrarla en el arco. A penas en un suspiro la flecha fue a impactar en el centro de la segunda diana con maestría.

—Diana. ¡Centro! —chilló el mestizo en la distancia y los aplausos en el público animaron al cazador que volvía a tener la sonrisa en los labios.

Dexter se acercó al lugar de tiro y se frotó las manos en los pantalones negros antes de tomar el arco y una flecha. Miró a su objetivo durante unos segundos antes de tensar la flecha en el arco y tras unos escasos segundos en los que nadie parecía respirar, soltó la cuerda dejando que la flecha surcara el aire con violencia para impactar sobre la flecha que Fred había lanzado anteriormente, quedando partida por la mitad al ser perforada por esta segunda. Nadie esperó a que el mestizo diera el veredicto, todo el mundo era capaz de ver como la flecha había impactado en la del cazador de forma casi violenta, tal y como el mismo Fred había hecho durante la celebración de las habilidades. Tras unos minutos de gritos la Mano alzó su voz sobre la de la multitud.

—Ambos participantes han dado en el centro de la diana, así que consideraremos un empate en

este tiro —dijo él finalmente. —Es el momento de realizar la tercera diana.

Dexter se situó frente a la última diana. Llegar a impactar allí con una daga era algo complicado, sin disponer de la fuerza rotatoria de una honda o de la tensión de la cuerda de un arco. Difícil pero no imposible. Tomó la daga que le ofrecían y movió la cabeza hacia ambos lados, intentando eliminar la tensión que empezaba a acumularse en su cuerpo. Volteó en el aire la daga para tomarla por el filo con destreza y miró fijamente a su objetivo. Se desplazó un par de pasos a la izquierda y volvió a observar la trayectoria, levemente oblicua. Tomó aire y empezó a girar sobre sí mismo. Una vuelta, dos vueltas, tres vueltas, cada vez su giro era más rápido, más violento, si bien sus pies apenas se habían desplazado unos milímetros de la posición inicial. Finalmente, al volver del cuarto giro, lanzó la daga acompañando su propio movimiento, y ésta surcó el aire de forma violenta. Dexter había quedado de espaldas a la diana por la inercia, pero la voz del mestizo le confirmó sus sospechas.

—Diana. ¡Centro!

Chillidos por todos lados y gente de pie chocándose los unos contra los otros. Empujones, gritos, una mezcla de locura e histeria colectiva. Era imposible. O al menos lo había sido hasta el momento que el joven explorador lo había convertido en algo real. La daga se mantenía sobre la madera, clavada una tercera parte de su filo, vibrando por la energía acumulada en el trayecto. Los ojos del cazador miraron al explorador con una mezcla de respeto y de odio. Dexter se alejó del punto de tiro sin poder evitar buscar entre la multitud los ojos de Aina que lo miraban con una sonrisa franca y una ceja alzada a modo interrogativo. Quizás debería haberle explicado que las dagas eran la arma por excelencia de un explorador. Un pequeño filo, por pequeño que fuera, era mortal en sus manos, por eso los puñales ocultos en sus brazales o la daga de su pierna. Un explorador no necesitaba una espada o un arco para ser preciso y mortal. Así eran las cosas.

Fred se acercó a la línea de tiro. Miró al explorador y ciertamente su humor no era demasiado bueno. Era consciente que lanzando la daga de la forma en que él había aprendido, un golpe seco de muñeca tras un pequeño movimiento de brazo era improbable, por no decir imposible, que llegara a tal distancia. Intentar reproducir lo del explorador era una posibilidad, pero temía que la daga se desviara y pudiera alcanzar a alguien del público y ser el hazmerreír de los juegos. Lo desestimó. Colocó las piernas ligeramente flexionadas y lanzó con un grito la daga hacia adelante. Perdió potencia antes de llegar a su destino.

—No impacta —dijo el mestizo desde el otro extremo.

—El joven explorador Dexter es el ganador de la prueba de puntería. —sentenciaba finalmente la Mano mientras en varios puntos las monedas cambiaban de manos, muchas eran las apuestas que se habían hecho sobre este encuentro en concreto, igual que con la competición de combate en la que James había participado durante la mañana. Dexter habló durante unos minutos con la Mano antes de acercarse a sus amigos, que le abrazaron y felicitaron con efusión.

—¿Nos tomamos un descanso? —les preguntó Thor con una sonrisa. —Iris no participa hasta última hora y creo que le iría bien despejarse un poco, está de los nervios.

Iris le golpeó el brazo mientras fruncía el ceño, evidenciando que había dado en el clavo.

—Personalmente, no tengo interés en ver a Vladimir, aunque lamentaría perderme su participación en caso de que Serena lo superara —dijo James con una sonrisa.

—Vamos —dijo Aina estirando de la mano a Iris y alejándose de la multitud que se dirigía hacia la plaza del registro, donde se realizaría la siguiente prueba. Se sentaron en una terraza agradable y empezaron a hablar sobre las diferentes pruebas que habían presenciado a lo largo del día. Iris no llegó a relajarse, pero la compañía de sus amigos era agradable.

—No te preocupes —le dijo Thor en un susurro. —No vas a ser la primera del grupo a la que eliminan y créeme, solo se necesita un Rey y te deseo de todo corazón que no seas tú, ya me entiendes.

—Sí, no entiendo por qué estoy tan nerviosa, como si hubiera de demostrar a alguien algo —dijo Iris. —Lo cierto es que nadie en el gremio hubiera dado nada ni por ti ni por mí, y aquí nos encontramos, dos herreros participando en la Eliminatoria de los juegos. Dudo que esto haya sucedido muchas veces. Dos herreros como favoritos.

—Lo mismo pienso —le dijo Thor con una generosa sonrisa cómplice, mientras volvían a incorporarse en la conversación de la mesa. Algo sobre un loco girando sobre sí mismo, antes de tirar una daga.

Iris se sentó frente a su oponente en una mesa alzada, en medio de una pequeña plaza en la que nunca había estado antes. La gente había rodeado la tarima de madera, pero no se sorprendió que apenas quedaban la mitad de los curiosos respecto a las primeras pruebas de la mañana. Aunque todo el gremio de herreros estaba allí, para darle su soporte. Un duelo de concentración no era ni mucho menos una de las actividades más emocionantes del día. No había habido sorpresas en los dos duelos previos al suyo. Vladimir había vencido a Serena en una prueba de tolerancia al fuego y al hielo que la Mano había recreado con su Magia y un cazador había vencido en la prueba de sigilo a otro de los amigos de Vladimir de la guardia. La mayoría de las apuestas habían caducado y dado que el siguiente sorteo no se produciría hasta la mañana siguiente, muchos habían decidido dar por acabadas las pruebas del día. Algo que tanto su oponente como ella, agradecían. La Mano se acercó a ellos y colocó frente cada uno de los muchachos un huevo dorado. Iris desconocía de que animal sería o si tan solo lo habían cubierto con una fina capa de oro, pero la belleza de este era indiscutible. La prueba era simple, debían mantener el huevo sobre una fina tablilla que aguantarían con una sola mano, mientras varios mestizos harían ruido y usarían unas finas plumas alrededor de su cara, sus orejas y su cuello, para desconcentrarlos. Parecía una broma. Iris aguantó estoica durante casi treinta minutos, treinta minutos en los que muchos de los asistentes habían decidido marcharse en procesión ante el aburrimiento de la prueba, hasta que simplemente el huevo cayó. Iris se alejó de la mesa y del huevo, jurándose a sí misma que no volvería a comer en un mes de tanto que lo había aborrecido. Llegó hasta sus amigos, que habían aguantado estoicamente.

—Era un aburrimiento —dijo Iris al llegar hasta ellos, que no pudieron evitar reír al ver su mueca de disgusto.

Un Rey para un Pueblo

Los ocho favoritos que habían pasado la primera ronda de duelos estaban sentados en la mesa presidencial junto a lady Arcada y la Mano, aunque la atención de la mayoría de los espectadores se centraba en una urna de cristal que había sobre la mesa, dentro de la que había varias placas doradas que contenían la siguiente prueba a la que se deberían enfrentar. Tras un breve discurso de lady Arcada sobre los valores de un Rey y la importancia del Consejo en la unión de los pueblos, la Mano tomó la palabra para dirigir el segundo sorteo. Joseph fue el primero en acercarse al recipiente de cristal y mirando hacia sus camaradas de la guardia, metió la mano hasta que sus dedos se cerraron sobre una de las placas. La sacó del recipiente y bufó sobre la superficie de la placa haciendo que las letras, hasta ese momento ocultas, salieran a la superficie con el calor del aire del dorado. Un detalle más de la magia de la Mano de Do-Urh.

—Combate. —recitó el secuaz de Vladimir con una voz cargada de orgullo, mientras el erudito confirmaba su placa y anotaba su nombre en un recuadro.

—Velocidad —dijo Feren poniendo una mueca al recitarlo en voz alta, cosa que no pasó desapercibida entre el público y se pudo escuchar alguna carcajada en la distancia, haciendo que Feren se sonrojara levemente.

—Agilidad —dijo James con voz firme, mirando al público que chillaba emocionado ante uno de sus favoritos.

—Agilidad. —repitió el cazador que había derrotado en la prueba de fuerza a Thor desafiando a James con la mirada mientras este sonreía. Al menos tendría una opción de ponerlo en su sitio después de lo que le había hecho a Thor en el primer reto.

—Velocidad —dijo Dexter sin alzar demasiado la voz, aunque nadie se perdió su reto, atento como estaba el público a su suerte.

—Orientación. —nombró Vladimir con gesto petulante mientras miraba con arrogancia a los cazadores que aún no habían sacado su placa, consciente que uno de ellos sería su rival. Lo cierto era que un cazador podía darle dolores de cabeza en una prueba de orientación, pero sabía intimidar, a su manera.

—Combate —dijo George, uno de los favoritos de los cazadores, tras leer su placa con suma atención.

—Orientación —dijo en un susurro Rohan, otro de los favoritos de los cazadores.

—Así sea —dijo la mano con una sonrisa, mientras miraba a todos los participantes con creciente interés. Bajaron de la tarima y varios mestizos empezaron a abrir espacio en el centro de la plaza del registro, donde se había hecho el sorteo y se realizarían varias de los duelos de aquel día. Las gradas a los laterales de la plaza seguían instaladas desde el día anterior y los más precavidos habían reservado sitio ya allí, quedando más lejos de la tarima en la que se había celebrado el sorteo, pero asegurándose un buen lugar para presenciar una posible prueba. La suerte les había sonreído. Aina, Iris y Thor no habían tenido tanta suerte, y solo consiguieron un pequeño espacio en una grada bastante alejada. El resto de los favoritos se quedó en la tarima, en una magnífica primera fila para disfrutar del espectáculo. Un gran cartel mostraba las cuatro pruebas que se realizarían durante el día, con el nombre de los participantes que iban a enfrentarse. Apenas pasó media hora y Joseph y George fueron llamados al recinto. Les hicieron sacar las protecciones de pecho, brazos y rodillas, quedando vestidos con tan solo la fina tela de

su camisa y sus pantalones. Nada de armas, nada de protecciones. Combate cuerpo a cuerpo. Las condiciones para vencer eran muy similares a las que había tenido James, aunque esta vez era un combate más propio de los salvajes que no de los hijos de Aurum, pero algo en la mirada de Joseph parecía que no estaba completamente a disgusto con ello. Cuando la Mano dio la autorización, empezaron a cruzar los primeros golpes. Ambos favoritos estaban tanteándose el uno al otro. Joseph tenía una gran fortaleza en los brazos y cuando uno de sus puñetazos impactaba contra su objetivo, el joven cazador no se quedaba indiferente. Eran golpes fuertes, duros y bien dirigidos. No era la primera vez que el guardia entraba en una pelea de este tipo, sin embargo, el cazador era más rápido por lo que podía evitar la mayoría de los golpes. Sus brazos no tenían la fuerza de los del guardia, pero su rápido movimiento de piernas y sus rápidas ráfagas con los puños, conseguían mantener a Joseph ocupado. Pronto ambos jóvenes tenían la nariz ensangrentada y restos de sangre en la boca y en la ropa. Si bien la mayoría de los golpes los dirigían hacia la cabeza, varias magulladuras marcaban sus brazos y sus pechos. Aina sintió un cambio en las corrientes y no pudo evitar mirar con sorpresa al cazador cuando esquivó un gancho de Joseph y con un ágil movimiento, le clavaba una certera patada en pleno abdomen. Hasta ese momento todo se había basado en golpes de puño y Joseph parecía que sería el ganador, pero por lo visto no estaba acostumbrado a ese tipo de golpes. Su rigidez no le permitía usar las piernas con la facilidad que George las había incorporado en el combate. Ese detalle no le pasó desapercibido al cazador, que parecía que empezaba a ceder ante la dureza de los golpes de su adversario hasta ese momento. Una patada a mitad del fémur del guardia hizo que se desestabilizara y el cazador no perdió la ocasión para abalanzarse sobre él con puños y patadas, de forma casi salvaje. Tras varios golpes se separó de él con la respiración agitada. Joseph estaba tendido en el suelo, encogido sobre sí mismo y pese a estar consciente, parecía como si no acabara de entender que había pasado. La Mano terminó en ese momento el combate. El cazador fue declarado vencedor, poco antes de que sus piernas cedieran y se dejara caer al suelo. Segundos más tarde, una buena parte del gremio de cazadores estaba junto a él atendiendo a sus heridas y felicitándole por su actuación. Aina suspiró mirando a los dos jóvenes y se preguntó quién era realmente la raza de salvaje en aquellas tierras.

Pudieron acercarse a Feren y a Dexter antes de llegar al espacio entre las dos murallas, donde se realizaría su prueba de velocidad.

—Al menos es una prueba en la que no nos hemos de enfrentar directamente. —animaba Dexter a Feren, que parecía hundido en sus propios pensamientos. —Imagínate que nos hubiera tocado lo de combate cuerpo a cuerpo, eso sí que hubiera sido desagradable.

—Desagradable para mí, eso es seguro —le dijo Feren mirándolo con cariño y también con algo de tristeza. —No es que pensara en ganar los juegos ni nada de eso, seamos realistas, pero preferiría que no tuvierais que vencerme uno de vosotros. No quiero que te sientas mal por eliminarme.

—Me sentiría mal si para pasar la prueba tuviera que dañarte de algún modo —dijo Dexter con voz más seria mientras miraba a su amigo. —Pero ya sabes que voy a ser Rey, no hay otra opción.

—Lo sé —dijo Feren mirando a Aina de reojo, que hablaba con James alegremente, mientras éste caminaba a su lado con su brazo pasado alrededor de su espalda de forma protectora. Dexter era su marido, pero exento de gremio no tenía demasiado respaldo con el que protegerla así que habían seguido con la historia de que eran pareja y los dos herreros parecían haber aceptado la situación viendo que los tres afectados convivían de forma fácil con *eso*.

Cuando llegaron al extremo de la puerta externa, les esperaban dos hermosos caballos negros con las crines trenzadas. Feren observó a los animales con cierto reparo y no pudo evitar que su cara tomara un cierto tono grisáceo al observarlos. Que la prueba de velocidad se tratara de una carrera a caballo por todo el perímetro entre las murallas, no mejoró su estado anímico. Aina y los herreros se separaron del resto de participantes, que estarían junto a los miembros del Consejo durante la prueba. Una forma, sospechaba Aina, de empezar a contactar de forma directa con el futuro Rey. James se había acercado a Feren y a su futura montura, intentando calmar los ánimos de ambos. Mientras Dexter fregaba el cuello de su animal, Feren seguía a una distancia prudencial de él, mientras el caballo consciente de su miedo relinchaba de forma poco amigable y lanzaba pequeños relinchos que no mejoraban para nada la tensión del ambiente. Con ayuda de James, Feren subió sobre el animal y se colocó junto a Dexter, montado sobre su caballo.

—Desde luego, son dos preciosas monturas —le dijo Dexter mientras la Mano explicaba la carrera que se presenciaba a continuación y los mestizos recorrían el perímetro para asegurar que el público no se colocara en la zona central por donde los caballos pasarían a toda velocidad.

—Más que un caballo esto es un demonio —dijo Feren por lo bajo, mientras intentaba mostrarse firme con su montura, que tiraba de las riendas que él sujetaba como si quisiera desafiarle.

—No tenses tanto las riendas, a estos bichos no es bueno estresarlos —le dijo con una sonrisa cómplice, mientras Feren hacía lo que le decía y el animal parecía relajarse un poco. —Marca bien las órdenes, pero intenta no transmitirle tu estrés, órdenes claras y separadas, que entienda lo que quieres de él en cada momento.

—No transmitirle mi estrés —dijo Feren y añadió con una mueca, tras sobresaltarse por un movimiento brusco del cuello del animal hacia la derecha. —Perfecto.

Dexter no pudo evitar reír por lo bajo al ver a su amigo. Desde luego aquel no era su lugar. A penas fue consciente del sonido que marcaba el inicio de la cursa cuando espoleó a su caballo y se lanzó al galope. Feren no llegó a ordenarle al caballo que saliera de su posición, pero su montura decidió por él y se lanzó contra ellos. Dexter se aseguró en una mirada furtiva que Feren estuviera bien aferrado a su silla mientras su caballo, mitad animal y mitad diablo, corría detrás de él intentando alcanzarle. Esos caballos no estaban hechos para segundas plazas. Eran líderes innatos, guerreros infatigables y terribles adversarios. Hacía tiempo que no disfrutaba de una buena galopada, y lo disfrutó sinceramente. Feren en ningún momento tubo opción de ganar, la falta de coordinación entre jinete y caballo les perjudicaba claramente, mientras él y su joven semental parecían haberse entendido a la perfección desde el primer momento. Cruzó la línea y dejó que las voces de felicitación acudieran a él. Hasta ese momento todo, la ciudad, el público y hasta los propios juegos habían desaparecido de su mente, perdida en la propia emoción de la carrera y en la velocidad. Desmontó sin esfuerzo mientras James y un par de mestizos calmaban al caballo de Feren para que él pudiera desmontar, no sin dificultad. Tras anunciar públicamente la victoria de Dexter, la Mano se acercó a Dexter mientras éste tendía las riendas de su caballo a un mestizo, tras felicitar a su montura por la carrera.

—Un hermoso caballo —dijo Dexter mientras observaba su majestuoso porte, siguiendo al mestizo.

—Has tenido el honor de montar a la Furia Negra y tu compañero a su hermano Terciopelo Negro —le dijo la Mano mientras miraba como Feren se alejaba del caballo negro y James seguía intentando apaciguarlo. —Ambos son bastante tercos, aunque generalmente Furia suele ser el más temperamental de los dos. Ambos caballos han sido criados para el futuro Rey.

—¿Me estás intentando comprar? —le dijo Dexter con una sonrisa torcida, mirando a la Mano con las cejas alzadas de forma significativa. Quizás él no había estado en contacto con ese hombre antes de los Juegos, pero sabía mucho más de él de lo que desearía admitir. No en vano había sido uno de los mejores amigos de su padre... y uno de sus mejores discípulos incluso después de ser elegido Mano de Do-Urh.

—Jamás se me ocurriría tal cosa, joven Dexter —le contestó él con una sonrisa. —Solo estaba comentando un hecho. *Aunque lo cierto es que tenía cierta curiosidad...*

Dexter miró a la Mano y alzó una ceja de modo significativo. Pocas personas sabían que algunos magos eran capaces de hablar mediante telepatía, una extensión de su poder mágico a nivel mental. Aunque solo aquellos con niveles altos de magia eran capaces de traducir esa energía mágica en auténticas palabras. El hecho que la Mano le hubiera enviado un mensaje telepático le había cogido un poco desprevenido, hacía muchos años desde que sintió por última vez esa vibración dentro de su cabeza. La voz en el silencio. No pudo evitar evocar la voz de su padre. Un recuerdo fugaz de un pasado ya lejano. Él solía usar su telepatía con él cuando quería hablarle de cosas que no todos estarían dispuestos a escuchar. Secretos. Emociones. Pensamientos. La Mano debía saber que sus niveles de magia sobresalían por ser un explorador. O tal vez sabía que era capaz de usar esa forma de comunicación porque directamente su padre se lo habría explicado, cuando él aún ansiaba que fuera un mago, pese a que él aspiraba a ser un explorador. Un solitario buscador en la noche. Se giró y empezó a caminar alejándose de la Mano, que seguía con la mirada el paso firme de los dos caballos.

—*Curiosidad.* —le susurró Dexter a la mente del mago, mientras se alejaba de él. No era capaz de enviar grandes discursos, pero había podido enviarle una palabra sin demasiada dificultad.

—*Curiosidad de porqué desde hace algunos días, tu mente está cerrada como la de la joven maldita. Es realmente curioso.*

—*Si que lo es.* -le contestó él desde la distancia y lo cierto es que estaba realmente sorprendido de lo que la Mano acababa de explicarle. ¿Podía su vínculo con Aina protegerle de la magia del propio mago? Aunque no estaba seguro exactamente de lo que significaba, reforzaba su convicción de que su vínculo era algo realmente poderoso. Más poderoso tal vez que la magia clásica de los dorados. Solo esperaba que algún día fuera lo suficientemente poderoso para romper la extraña maldición de Aina.

James y Douglas se situaron frente a la terraza del registro. Durante el rato que había durado la carrera, habían aparecido cuerdas por todos los rincones de la plaza, a gran altura del suelo, entrelazadas de forma anárquica y aleatoria, creando una poco regular tela de araña. Los chicos tendrían que llegar hasta el otro extremo de la plaza del registro, a través de las cuerdas tendidas sobre el recinto.

—James es demasiado corpulento —dijo Iris sentada al lado de Aina.

—Sí, pero recuerda lo que dijo Thor, si el cazador tiene las manos heridas o agrietadas aún por las cuerdas de la prueba de fuerza, posiblemente eso pueda ayudar a James a superarle —le contestó Aina con un gesto afirmativo.

—Es cierto, pero no deja de ser un cazador —dijo Thor haciéndose espacio y sentándose en medio de ellas. —Y esta prueba va a favor, sin lugar a duda, de un cazador.

—Y la de combate para un guardia, pero bien que ganó un cazador. —contraatacó Aina sacándole la lengua.

—Touché —dijo Thor con una sonrisa.

Cuando empezó la prueba James saltó con agilidad sobre una de las cuerdas cogiéndola con ambas manos y empezó a desplazarse sobre ella dejando su cuerpo sobre el vacío. Douglas, el cazador que había golpeado a Thor y que le había descalificado en la prueba de fuerza, había esperado unos segundos para ver el movimiento de las cuerdas con el peso del guardia y finalmente, con una sonrisa, había empezado a caminar sobre otra de las cuerdas, como si caminara sobre una superficie plana. En apenas un par de minutos, había doblado la distancia que James había recorrido. Aina gritaba a pleno pulmón animando a James, que seguía avanzando sin pausa pero quedando a una distancia poco favorecedora.

—Mira allí —le dijo Thor señalando la cuerda por la que seguía avanzando, haciendo equilibrista, el cazador.

—Aún le queda la mitad del trayecto, James puede acortarle la distancia —dijo ella testaruda.

—A eso me refiero —dijo Thor con una sonrisa. —Su cuerda desciende, si quiere llegar hasta el otro extremo, tendrá que subir por aquel tramo de allí y para hacerlo habrá de usar las manos. Me he fijado y llevaba vendajes, pero para la prueba les han obligado a sacarse tanto las botas como las vendas.

Aina suspiró animada por los detalles que Thor acababa de darle. Lo cierto es que el cazador no tardó demasiado tiempo en llegar a la bifurcación y verse obligado a enroscar las piernas alrededor de la cuerda que ascendía oblicuamente y empezar a trepar con las manos. Nada en su rostro, desde la distancia, parecía confirmar que las manos siguieran heridas y que el hacerlo estuviera suponiéndole un problema, pero lo que era seguro es que la velocidad del ascenso se volvió lenta, pausada.

—James va a tener una oportunidad, después de todo —dijo Thor con una sonrisa, mientras golpeaba con los codos a las dos chicas que lo flanqueaban para que miraran como James, algo más alejado de la meta, seguía avanzando entre las cuerdas sin variar su ritmo, usando básicamente los brazos y ayudándose solo de las piernas en las bifurcaciones o cuando tenía que ascender un tramo.

El cazador había conseguido llegar de nuevo a una nueva cuerda horizontal y tras un breve descanso, volvió a incorporarse sobre la cuerda y empezó a avanzar caminando sobre ella, como si se tratara de un malabarista. James había conseguido acortar un poco la distancia, pero la ventaja del cazador seguía siendo clara, aunque eso no parecía desanimar al joven guardia que seguía avanzando sin pausa por una ruta trazada mentalmente en su cabeza que le llevaría hasta su destino. Aina no vio lo que había pasado pero el grito del público de angustia hizo que su atención, fija sobre James, volviera hacia el joven cazador. Se sorprendió al encontrarlo agarrado únicamente por una mano sobre la cuerda, con expresión de pánico. No había cuerdas suficientemente cerca como para que las usara para alzarse y parecía no ser capaz de alzarse de nuevo. Iris fue la que les explicó a sus amigos lo que había pasado, ella sí que lo había visto.

—Estaba caminando sobre la cuerda y algo le ha pasado a la mano izquierda. —empezó hablando en un murmullo, como estaba sucediendo por toda la grada. —La ha acercado de forma brusca contra el pecho, en un acto reflejo para intentar protegerla, pero el movimiento le ha desequilibrado. Creo que las carnes se le han abierto hasta el punto de que no es capaz de usarla en condiciones.

Lo cierto es que el joven cazador estaba quieto, colgado sobre su mano derecha como si el tiempo y el vacío le hubieran rodeado. Los intentos frenéticos de volverse a alzar sobre la cuerda estaban desapareciendo y algo en su expresión hacía pensar en que estaba planteándose la derrota.

Aina no pudo evitar sentir un escalofrío al mirar la altura a la que estaba. Una caída desde ese nivel podía romperle varios huesos en el mejor de los casos. El cazador estaba en un aprieto. Varios sanadores empezaron a acercarse a la zona de las cuerdas, pendientes de la complicada situación del cazador. Nadie parecía advertir como James seguía avanzando, acortando la distancia hacia la meta y pese a la duda que enturbió su mente durante unos segundos, tomó una bifurcación que le alejaba de ella y le acercaba hacia el cazador herido. Llegó junto a él al poco tiempo, y todo el público observaba como los dos hombres que colgaban de la cuerda hablaban durante unos segundos, aunque solo Aina fue capaz de oírlos.

—Tienes las manos hechas una mierda —le dijo James con un tono algo duro, tras observar como la cuerda estaba teñida de sangre y la mano que caía latente sobre el costado del chico goteaba del mismo líquido, sin pausa. —Aunque teniendo en cuenta la paliza que le diste a mi amigo en el bosque, debería sentirme feliz de verte aplastado contra el suelo.

—Si querías regocijarte no hacía falta que vinieras hasta aquí —le contestó él orgulloso.

—Si quieres matarte, tú mismo —le dijo James con la mirada fija, dura pero transparente. —Estoy dispuesto a llevarte hasta la bifurcación, pero la prueba se ha acabado para ti.

—Y tengo que dejarte ganar por tu bondadoso acto —dijo el cazador escupiendo las palabras.

—Bueno, eso o me voy a mi ritmo hasta la meta, y con un poco de suerte aguantarás lo suficiente como para no caerte antes. Tú eliges.

—Tu ganas —dijo el cazador con la mirada teñida de dolor. —Puedo ser orgulloso, pero no tanto como para arriesgar mi vida.

James se acercó a él y giró sobre las cuerdas, acercando su espalda a la del chico, un acto de confianza que no muchos serían capaces de hacer en una competición como aquella. El cazador no jugó sucio, esta vez. Amarrado a la cuerda por su mano derecha, alzó las piernas para anclarlas con fuerza y precisión sobre la cintura del guardia y con el brazo izquierdo se agarró al tórax del chico, dejando que los brazos sobre los que colgaba pudieran moverse libremente. Una vez anclado sobre él, se soltó de la cuerda y rodeó en un fuerte abrazo al guardia, quedando fijo sobre su espalda como si de una mochila de setenta kilos se tratara. James empezó a avanzar lentamente sobre sus manos, soportando el peso de ambos sin quejarse. Las gradas eran un murmullo, mezcla de emoción y de sorpresa, pero él no era consciente de ello. Llegaron a la bifurcación y el cazador usando brazos y piernas se fijó con seguridad a las cuerdas, evitando usar las manos en el proceso. James pudo ver una fugaz visión de sus palmas y sintió una fugaz arcada al ver los músculos en carne viva, como si hubiera sufrido una gran quemadura. Con un gesto con la cabeza, el cazador le transmitió que estaría bien y James no volvió a mirar atrás. Localizó la meta y empezó a avanzar hacia ella. Sentía los brazos algo entumecidos por el esfuerzo realizado a lo largo de la prueba, pero no tanto como para que se colapsaran y pudieran jugarle una mala pasada. Llegó junto a la Mano y su nombre resonó sobre las gradas. En medio de los chillidos del público, sintió como la Mano apoyaba su mano en su hombro y le preguntaba:

—¿Por qué ir a buscarlo? —James se giró para observar una mirada aguda, interrogante, fija sobre él. Se sorprendió de su pregunta, porque era consciente de que la Mano simplemente podía mirar en sus pensamientos y encontrar la respuesta. Alejó ese pensamiento lo más rápido que pudo, consciente de que la Mano quizás hubiera escuchado ese pensamiento y descubriera que sabía de su extraño don.

—Me han educado como un guardia —dijo James finalmente y fue consciente de que la Mano quería precisamente eso, que él fuera consciente de porqué había acudido a ayudar a un oponente que había abusado de uno de sus amigos. —Y por tanto, es mi obligación proteger a los dorados,

aunque algunos no sean tan dignos como otros de merecer esta protección.

—Eso, mi joven amigo, es una sabia afirmación —dijo la Mano como una sonrisa antes de alejarse de él, y James no pudo evitar dudar si se refería a su obligación de proteger a los dorados (uno de los primeros estamentos del juramento de los guardias) o de su propia aportación en la que había hecho referencia a que no todos los dorados eran igual de dignos (cosa que según quien, habría criticado duramente).

La prueba de orientación se realizó en el exterior del pueblo, pero ninguno de ellos fue para observar como Vladimir competía con el cazador. Jugaron a cartas en una de las mesas de la posada con bastante tranquilidad. Muchos participantes habían vuelto a sus gremios y a sus ciudades de origen y la posada empezaba a ser un lugar más tranquilo de lo que estaban acostumbrados, aunque en la calle la excitación estaba en su punto más álgido. Las noticias de que Vladimir había pasado la prueba llegaron junto a los platos de la cena y ninguno pareció demasiado sorprendido por ello, aunque habían mantenido la esperanza de que el cazador le pasara por delante.

—Supongo que sería mucho pedir que, quedando solo cuatro favoritos, no os tocara competir entre vosotros —dijo Iris con una mueca.

—Bueno, en el peor de los casos George ha vencido ya a un guardia, tal vez podría hacer lo mismo con Vladimir —dijo James con un tono de desprecio.

—¿Han empeorado las cosas? —preguntó Aina tocándole el brazo, se había acostumbrado a su contacto después de tanto tiempo de que él se acercara a ella para su coartada como pareja que ya casi le era natural buscar ese contacto físico con él.

—Algo. —confesó él, encogiéndose de hombros. —Muchos en la guardia le apoyan a él y digamos que no están tan orgullosos de mi candidatura. Sir Thomas, que es el líder del grupo de Do-Urh, incluso me ha sugerido que en caso de que me tocara competir con Vladimir debería dejarle vencer, por el bien de la guardia.

—Eso sería ilegal —dijo Feren atragantándose.

—Sí, pero no seré yo quien lo delate —dijo James con un suspiro.

—Creo que sé quién es —dijo Aina buscando en su memoria el nombre del guardia que había estado con Sir Anthony y que le había causado malas vibraciones. —Tiene la cara desfigurada.

—Sí, ese es. Uno de los peores peces gordos de la ciudad —dijo James con sorpresa, desconocía que Aina hubiera tenido contacto con semejante perla. —Adora a Vladimir, es su protegido y si no fuera porqué sé que no es cierto, casi diría que es su amante.

Las risas corrieron por la mesa ante la broma, pero el hecho de que al guardia lo apoyara de forma directa uno de los guardias más importantes de Do-Urh, no era para nada tranquilizador. Compartieron la cena en un ambiente alegre, casi relajado y nadie se sorprendió ya cuando Dexter subió con Aina para pasar la noche en su habitación.

Durmieron abrazados, como ya se había convertido en una costumbre, hasta bien entrada la noche. Dexter se despertó, guiado por un instinto innato que le alertaba si estaba próximo un peligro. Escuchó a su alrededor, buscando una respiración no deseada en la habitación, tensando sus dedos por si requería acceder a la daga amarrada en su pierna. No había nadie con ellos. Aina gritó entre susurros, perdida dentro de sus propios sueños. Su piel estaba sudada y sus músculos tensos, como si algo la estuviera acechando en su interior. Dexter dejó que su magia la rodeara, intentando alejar cualquier posible ataque mágico sobre ella. No había nada. Ningún fino hilo mágico que estuviera actuando sobre ella ni rastros de magia que él pudiera encontrar.

—Padre, por favor. No puedes aparecerte y congelar el tiempo a tu antojo, sin darme ninguna respuesta. Le quiero. No soportaría perderlo —dijo Aina entre susurros, con la respiración agitada. Las sombras ocupaban su mente. Una pesadilla, se dijo Dexter con un suspiro más calmado, asumiendo que no había un peligro real en lo que estaba pasando. La abrazó con cuidado y le besó la frente con ternura, cerrando los ojos. Intentó transmitirle sensaciones de paz y de calma, como hacía su padre con él cuando era pequeño. Su respiración poco a poco se normalizó y sus músculos dejaron de estar agarrotados. Solo cuando Aina empezó a dormir de forma tranquila, empezó a pensar en las palabras que Aina había susurrado.

No hubo suerte con el sorteo. George y Vladimir habían sido emparejados en una prueba de destreza y James y Dexter en una de concentración. Pese a las malas noticias, Thor no podía evitar burlarse de ellos de forma continua durante toda la mañana, comentando lo bien que sostendrían huevos en medio de una aclamada plaza. El duelo del año. James no parecía muy preocupado por el duelo. Por aberrante que fuera, sabía que Dexter tenía que ser Rey. Además, sabía que eso sería una protección inquebrantable que permitiría que Aina viviera entre ellos con normalidad. Bueno, con toda la normalidad que podía tener una hija Maldita a quien la propia Diosa había atacado al intentar entrar en uno de sus recintos. Un escalofrío le recorrió la piel. Hubiera muerto luchando contra aquella esfinge dorada para proteger a Aina. La realidad le golpeó con fuerza y sintió como si su corazón se fragmentara durante un breve periodo de tiempo. ¿Significaba eso que sería un traidor? Luchar contra una de las criaturas de la Diosa no era, para nada, algo a tomar a broma. Pensó en Dexter, que había luchado solo contra la criatura y había conseguido derrotarla. Jamás había oído una hazaña así. Cientos de plateados o cobrizos habrían muerto contra las defensas de esas casas francas y él, sin embargo, había sobrevivido. Quizás la esfinge no había pensado que él pudiera ser una amenaza, al fin y al cabo, era un dorado. Aunque las heridas de su pecho no daban la impresión de que la leona no le hubiera tenido en cuenta. Había intentado hablar con Dexter sobre aquello pero él le había susurrado con una sonrisa tranquila que jamás le creería si le explicaba cómo había sucedido en realidad y James supo que en aquellas palabras había más de un secreto, pero que no era ni el momento ni el lugar para hablar de él. Quizás Dexter en el fondo, intentaba protegerle de una realidad a la que él, dedicado toda su vida a la Diosa y a su pueblo, no quería conocer. Pero entre las bromas de sus amigos y las miradas fugaces que Dexter y Aina compartían, cargadas de amor y ternura, supo que su corazón estaba allí, con ellos. Algo había cambiado durante esas semanas en él y el entendimiento de aquello parecía haberle golpeado de forma dura en el pecho. Sintió un leve escozor y se frotó la zona de la clavícula sin ser casi consciente de ello.

La prueba de destreza resultó ser un auténtico espectáculo. La Mano había creado un terreno irregular de piedra con salientes y algunas construcciones rocosas que permitirían a un hombre ocultarse detrás estando de pie. Ambos participantes disponían de un látigo de cuero y el objetivo de la prueba era conseguir desarmar al oponente. La dificultad añadida, por algo se trataba de la semifinal de los grandes Juegos de Honor, era que dentro del terreno un leopardo del desierto camparía a sus anchas. De esta manera podría decirse que el objetivo principal era sobrevivir, y en segundo lugar desarmar al oponente, si no se lo comía la bestia antes, todo fuera dicho.

—Suerte que ambos están entrenados —dijo Feren sentado junto a Thor. —No quiero ni pensar en estar allí en medio con esa bestia a mi alrededor.

—Se me ponen los pelos de punta solo en pensarlo —dijo Iris sentada al otro lado de Thor que había oído el comentario el erudito.

—A mí no me importaría que se comieran al guardia —dijo Thor con una sonrisa pícaro, aunque sus amigos dudaban que sus palabras fueran completamente sinceras. Vladimir no le gustaba a ninguno de ellos, pero de aquí a desear su muerte, había una gran diferencia.

El leopardo del desierto localizó sin dificultad el olor de George y se dirigió hacia él con gracia felina. George era un cazador y sabía cómo se comportaban ese tipo de depredadores, aunque jamás se había enfrentado a ellos con un látigo como única arma y sin el apoyo del resto de la partida de caza. Un par de veces se había enfrentado a un animal como aquel, y aunque no había necesitado el grupo de soporte, tener la seguridad de que si las cosas se ponían feas desviarían la atención de la fiera hacia otros objetivos, dándole así el tiempo de escapar de su presa y conservar la vida, era una garantía que ahora no tenía. Supo cuando iba a saltar sobre él con la certeza de quien se ha encontrado en esa situación otras veces y lanzó el látigo contra el aire mientras se alejaba de la trayectoria del salto con agilidad. El extremo del látigo impactó en el vientre de la pantera y las pequeñas púas que había en su punta desgarraron el vientre del animal en una línea ondulante. El leopardo mostró los dientes y gruñó, en parte enojado y en parte sorprendido por lo que acababa de pasar. George sabía que no volvería a saltar sobre él de momento, no era tan tonto como para repetir una maniobra que había resultado ser poco efectiva y con consecuencias no esperadas. Caminó hacia él, con las zarpas expuestas y los dientes blancos reluciendo amenazadoramente en su rostro. Ambos se observaban con precaución, como si estuvieran evaluándose. Vladimir sabía que los leopardos eran las criaturas más rápidas del desierto, pero ahora, no estaban en medio del desierto. Moviéndose entre las piedras, se acercó por la espalda al cazador, alejándose del animal y protegiéndose de la trayectoria de éste por el propio cuerpo del cazador. Tenía que usar esa ventaja. El animal estaba concentrado en su rival y su rival, en el animal. Eso le daba una fabulosa oportunidad. Y no estaba dispuesto a perderla. El golpe impactó en el lateral del cazador y en su espalda, desgarrando la ropa y marcando con sangre el contorno de la herida. Solo fueron unas décimas de segundo, pero la atención del cazador se perdió durante aquel tiempo y el leopardo supo lo que tenía que hacer de forma instintiva, lanzándose sobre su enemigo. Vladimir sonrió mientras el cazador sostenía con las manos el cuello del animal, alejando las firmes mandíbulas que querían hundirse en su cuello mientras las garras del animal le desgarraban el pecho y el costado. Vladimir lanzó el látigo con agilidad, para tomar el látigo tendido en el suelo del cazador. Una luz de color dorado inundó el área y el leopardo desapareció del recinto. Varios cazadores y sanadores del pueblo corrieron a atender al cazador tendido en el suelo, en un charco de sangre, que respiraba con dificultad, pero luchaba por mantenerse con vida. Vladimir sonrió por su maniobra de distracción. La fiera había hecho el trabajo sucio.

Dos horas más tarde, James y Dexter se encontraban codo con codo frente al pueblo de Do-Urh, en la plaza del registro. La piedra había desaparecido y excepto por las gradas que envolvían el centro de la plaza, no parecía el mismo sitio en el que habían luchado George y Vladimir. Unos juegos de Honor sin un mago serían mucho más aburridos, eso estaba claro. Pese a que se tratara de un duelo de concentración, la plaza estaba llena. No en vano, eran dos de los favoritos y su historia, era la más seguida en Do-Urh.

En el centro de la plaza se habían dispuesto múltiples cristales blancos, formando un círculo casi perfecto de unos treinta metros de diámetro. La gente miraba aquello sin acabar de comprender que era exactamente lo que el mago tenía intención de hacer para ese reto. Cuando el mago llegó junto a James y Dexter, en la plaza se hizo un silencio casi violento. La Mano se colocó en el centro del círculo y empezó a mover los brazos a su alrededor, suaves movimientos

oscilatorios, mientras poco a poco los cristales empezaban a brillar, como si despertaran de un mágico trance. El aire empezaba a vibrar, pudo sentir Aina, bajo la magia de la Mano. Una magia poderosa, antigua. Aina gritó sorprendida, como la mayor parte de los espectadores, cuando alrededor de la Mano empezó a aparecer un torbellino de aire cuya forma empezó a transformarse y volverse corpórea, hasta convertirse en un auténtico remolino de agua, contenido por los cristales mágicos. El mago se elevó en medio del agua, mientras el remolino empezó a aplacar su fuerza, creando una columna de agua de unos veinte metros de altura, contenida por la magia de las piedras. Levitando, la Mano llegó hasta James y Dexter, acompañados por los miembros del Consejo, que miraban con expresión siniestra al mago y al poder que acababa de demostrar, ante todo su pueblo. Aina miró al mago con respeto. Sus ropas ondulaban por su magia y pudo sentir que había un pulso dentro de él, que mantenía aquello vivo. Un lago aparecido de la nada, sostenido por la propia magia. O una ilusión. Con un poco de suerte.

—Éste es un estanque de magia pura —dijo finalmente, su voz resonando por todos los rincones del recinto. —Solo la determinación y la fortaleza mental pueden conseguir que la mente no se nuble con su belleza y su poder. Dentro de él hay dos piedras blancas, iguales que las que lo rodean. Dos fuentes de magia, de poder, que permitirán al participante que las toque crear un camino hasta el exterior. Esa es la única vía de salida desde su interior. El primer participante en salir será el ganador.

Silencio en la plaza, mientras varios sanadores rodeaban el recinto, mirándolo con respeto. Dexter se acercó a James, mientras observaban la gran superficie de agua que se alzaba frente a ellos, con aspecto imponente.

—Si hay magia en ella, puede que no podamos retornar a la superficie una vez dentro. Intenta hacer una única inmersión.

—Fabuloso —dijo James mientras empezaba a sacarse las piezas pesadas de su armadura y Dexter hacía lo mismo, sacándose su coraza de cuero y los múltiples cinturones que solía llevar con utensilios varios.

—Si sientes una corriente que te arrastra, no luches contra ella, pero puedes intentar usar su propia inercia para alejarte de ella. —continuó Dexter mientras se sacaba las protecciones de sus antebrazos y las armas allí ocultas.

—¿Has estado en algo así antes? —le preguntó James alzando una ceja, a modo interrogatorio, mientras acababa de sacarse las protecciones de las piernas y el cinturón con su espada.

—No —le contestó Dexter. —Pero he oído hablar de ello. Era una antigua tradición para los magos, enfrentarse a la magia de los cuatro elementos. Es una práctica en desuso dada la escasez de magos y el peligro que hacerlo conlleva para ellos, pero mi padre enfrentó de joven la magia de los cuatro elementos. Y creo que lo que ha creado la Mano es un recordatorio de la esencia del agua, a pequeña escala.

—No somos magos —dijo James mirando con algo de escepticismo la gran superficie acuática frente a él. Sabía nadar. Podía bucear más o menos dignamente. Pero era una criatura terrestre y nunca había sentido especial interés en ese medio. Tras sacarse las botas, Dexter empezó a desabrocharse la camisa, quedando con el torso desnudo.

—No, pero más nos vale llegar a la piedra blanca o no saldremos de aquí con vida —le dijo Dexter con mirada firme, un aviso silencioso de que aquello no era un juego. James podía ser inocente en algunas ocasiones. Como cuando pensó que en su prueba de combate podrían usar armas de entrenamiento y no un filo perfectamente afilado. —Recuerda lo que el mago ha dicho. No dejes que su poder o su belleza te nuble la mente. Concéntrate en tu objetivo y no pares hasta

llegar a él.

—De acuerdo —dijo James tras suspirar como si se sintiera agotado, antes de empezar la prueba, mientras acababa de desvestirse bajo la atenta mirada del público. Cuando ambos dieron su consentimiento para empezar la prueba, los colocaron en extremos opuestos de la circunferencia. Una vez cada uno estuvo en su posición, la Mano alzó los dos brazos, haciendo levitar a los dos jóvenes hasta la parte más elevada.

—Concentraros en llegar a la piedra, y salid con vida —dijo la Mano haciendo un gesto a ambos. Dexter miró a James y le sonrió desde la distancia. Tras saltar al vacío, arqueó su cuerpo hacia adelante, abriendo el camino con los brazos al entrar en el agua, como si fuera un proyectil atacando aquella superficie acuática. James sabía que no tenía opción de ganar aquella prueba, se contentaría consiguiendo *sobrevivir* a ella. Con un poco suerte. No le importó esos segundos que había perdido, mientras Dexter se zambullía sin miedo en aquel infierno acuático. Un infierno mágico. Se lanzó al agua con determinación, intentando llenar sus pulmones con todo el aire posible, una sola oportunidad. Ojalá, Dexter estuviera equivocado en aquello. Pero esperaba no tener que comprobarlo.

Dexter había conseguido avanzar hacia el fondo del lago mágico gracias al impulso del salto, pero enseguida empezó a tener la sensación de que algo se enroscaba a sus piernas y perdía la capacidad de moverlas. Intentó que el estrés no le nublara la mente. Tenía que llegar a la piedra. Y seguía teniendo los brazos libres para ayudarle en su empresa. Siguió braceando, intentando llegar un poco más profundo, aunque fuera lentamente. Una corriente empezó a moverle hacia la periferia, como si entrara en un remolino invisible como el que había creado el mago cuando había hecho aparecer aquella superficie de agua mágica. Se dejó arrastrar durante unos segundos, mientras analizaba como salir de allí. La piedra. No importaba que el camino hasta ella no fuera en línea recta. Pero tenía que encontrar el camino. Sintió que las piernas empezaban a responderle y empezó a moverlas con fuerza, haciendo que su movimiento fuera cada vez más rápido, como si el propio remolino respondiera a su necesidad de avanzar. Poco a poco, mientras su remolino mágico le hacía voltear alrededor de la superficie acuática, empezaba a ganar profundidad y un destello de luz, al fondo del remolino, parecía esperarle. Braceó y pataleó con fuerza, mientras sentía que empezaba a faltarle el aire. Podía llevar allí dentro varios minutos, el tiempo era algo relativo en una situación como aquella. Sintió que el suelo se aproximaba, a demasiada velocidad. Dejó de bucear, para abrir todo su cuerpo, intentando frenar la velocidad que había conseguido, pero lo logró solo parcialmente. El golpe fue duro y sintió que estaba a punto de salir despedido de nuevo hacia la superficie. Como si su cuerpo respondiera antes de que su propia mente fuera consciente, alcanzó la daga que siempre le acompañaba anclada a su pierna y la clavó con fuerza contra el suelo, consiguiendo frenar el impulso que quería empujarlo de vuelta a la superficie. Lejos de la piedra. Tardó un par de segundos en recuperar el control de su cuerpo y ver a pocos metros una piedra blanca brillando, esperándole. Llegó a ella tras impulsarse con fuerza, usando como punto firme su propia daga y abandonándola allí. Sintió la calidez de la magia rodearle al tocar la piedra y como a su alrededor aparecía un espacio vacío de agua. Inspiró profundamente y empezó a toser ligeramente, de rodillas en el suelo. El cristal empezó a crear un pasillo hacia el exterior, rodeado de agua. Dexter se levantó y empezó a caminar hasta salir de esa superficie mágica repleta de agua y todo Do-Urh empezó a aclamar su nombre. Levantó los brazos, mostrando la piedra al pueblo, mientras los chillidos aumentaban. Luego se giró para mirar la enorme superficie de agua detrás de él, mientras varios sanadores se acercaron a él, pero los ignoró. James aún estaba dentro. Dexter cerró los ojos y se abrió a la magia, como hacía años que

no hacía. Pudo sentir la magia de la Mano, y supo que no había segundas oportunidades, como había sospechado. La magia la abarcaba por completo, pero no había espacio en su superficie para volver a salir. Para respirar de nuevo. Miró a la Mano con ira. Él podía romper aquello, tenía que poder. Lanzó su magia contra la cárcel mágica repleta de agua en la que su amigo estaba prisionero, sintió que las piedras vibraban levemente, pero el poder de la Mano era con creces mayor que el suyo.

-Si rompes el sello, la magia se dispersará y él no podrá soportar algo así. La plaza al completo podría resultar herida con la explosión.

-Para esto —le contestó Dexter con fuerza y la Mano sintió como una magia antigua y poderosa empezaba a crecer a su alrededor.

James no supo la profundidad a la que estaba, pero desde luego, las cosas no pintaban bien. Había conseguido seguir avanzando usando solo sus brazos cuando las piernas habían quedado inertes, como si fuera un mero lastre que arrastrar hacia su destino. Se dejó guiar por el remolino, sin luchar contra él, como Dexter le había advertido, pese a que ganaba profundidad muy lentamente y sentía que la cabeza empezaba a palparle y su mente empezaba a enturbiarse. Necesitaba respirar. La piedra. Tenía que pensar en ella. Luego respiraría. Tenía que llegar hasta ella. Sentía como cada vez su cuerpo pesaba menos, era más ligero, mientras la corriente le arrastraba. Paz. Como cuando una madre mece a un niño. Silencio. Una luz. La piedra. Se obligó a pensar en ella. Un dolor sordo por todo su cuerpo le golpeó cuando chocó violentamente contra el suelo. Intentó gritar, y su boca y sus pulmones se llenaron de agua. ¿Dónde estaba? ¿Dónde iba? Dolor. Silencio. Soledad. Su cuerpo se quedó quieto, inerte, mientras poco a poco cerraba los ojos. Estaba cansado.

Aina sintió algo que la estiraba con violencia en dirección al centro de la plaza. Dexter había salido. Estaba a salvo. Pero James llevaba dentro demasiado tiempo. Sintió un extraño hormigueo por todo su cuerpo y como el vello se le erizaba, como si estuviera dispuesta a enfrentar a un enemigo imaginario. Cerró los ojos, intentando escuchar algo y cuando los volvió a abrir, sintió que veía por primera vez. La magia brillaba en el mago, en toda la superficie acuática y en Dexter. Pudo sentir los intentos de Dexter de romper el sello, de liberar a James. Pudo escuchar las palabras del mago, como si tuviera acceso a la mente de Dexter, o tal vez a la del mago. Nada importaba. James. Pudo sentir como su vida se escapaba lentamente de él, dentro de aquella superficie mágica. Sintió la magia. Sintió una punzada en el pecho y un dolor agudo que ansiaba salir, mientras las voces de Iris y Feren empezaban a alzarse, pero no alcanzaba a entender lo que decían, parecían lejanas, borrosas. James. Un destello de luz blanca en el centro de la fuente. Energía en estado puro. Aina no podía ver. Pero podía sentir. James. Junto a ella. Sintió como su mano tocaba su pecho y como su energía fluía dentro de él. La magia del agua les rodeó, como si de alguna forma, les reconociera. Empujó el cuerpo inerte del explorador hacia el exterior. Los gritos rodearon a Aina cuando sintió que volvía a su propio cuerpo, como si su mente hubiera sido capaz de duplicarse durante unos segundos.

El cuerpo de James apareció atravesando la pared mágica que sostenía el agua, guiado por un haz de luz blanca, cuya intensidad hacía parecer insignificante la magia de las piedras de la Mano. Dexter tardó menos de una fracción de segundo en llegar hasta él y tumbarlo boca arriba, ignorando la extraña luz. James no respiraba y su corazón había dejado de latir, pero lejos de darse por vencido, Dexter empezó a presionar sobre su esternón desnudo con el peso de su cuerpo, intentando hacer que su corazón volviera a latir y posando su boca sobre la del joven, instilando dentro de su cuerpo aire, mientras los sanadores se acercaban corriendo hacia él

herido. Aina podía sentir la energía y la magia de Dexter desde la distancia, luchando por la vida de su amigo, con determinación. James empezó a toser y a escupir agua con dificultad, mientras Dexter caía al suelo a su lado, exhausto. Los sanadores empezaron a golpear a James en la espalda, mientras seguía escupiendo agua y finalmente se sentaba. Ambos chicos se miraron en silencio, y finalmente Dexter sonrió cuando vio que su amigo empezaba a recuperarse mientras los sanadores le rodeaban.

—Es muy ruin por tu parte hacer ver que te mueres para que tenga que besarte —le dijo Dexter con una sonrisa torcida.

—Viviría más feliz sin saber ese detalle —dijo James escupiendo a su lado y frotándose sus labios con fuerza, como el hecho de pensar que Dexter había tenido que respirar por él durante un tiempo fuera repugnante, mientras Dexter empezaba a reír y James al poco tiempo se unía a él.

Aina los miró desde la distancia, con un sentimiento de tranquilidad infinita. Mientras a su alrededor todos estaban de pie gritando, en un estado de máxima excitación, ella se quedó sentada, ligeramente mareada. Había algo dentro de ella que se sentía bien. Feren le dijo algo, pero ella no llegó a entender sus palabras, como si esa no fuera su propia lengua. Le sonrió y él se quedó quieto, mirándola en estado de shock. Su expresión hizo que Aina intentara concentrarse en lo que le rodeaba, que su mente se centrara de nuevo y no se perdiera a su alrededor.

—Hemos de salir de aquí. Toma mi capa y tápate con la capucha —le dijo Feren con gesto preocupado, mientras hablaba con Iris y Thor, aunque Aina no estaba segura de que les había dicho. Confiaba en él. Se dejó guiar entre la multitud. Sabiendo que Dexter y James estaban a salvo. En algún momento, perdió el conocimiento. Algo que últimamente, parecía que empezaba a ser relativamente frecuente.

Los sanadores se llevaron a James al centro sanitario, a vigilarlo durante aquella primera noche. Dexter supo que algo había pasado cuando no localizó a Aina ni a ninguno de sus amigos al acabar la prueba, aunque de alguna forma, sabía que Aina estaba bien. La Mano lo miró desde la distancia y Dexter alzó el mentón, a modo interrogatorio.

-Sabes que no podía interferir. No poseo la magia suficiente como para controlar algo así.

—Lo sé —le contestó Dexter sin acabar de comprender lo que había pasado dentro del lago mágico cuando él ya había salido. Y por lo visto, la Mano tampoco lo tenía muy claro.

—Nadie parece realmente consciente de que lo que ha pasado rompe las leyes de la propia magia. De alguna manera la energía en su estado puro ha tomado conciencia y ha decidido salvar a tu amigo. Está destinado a hacer grandes cosas. La Diosa le protege.

—*Esta no es la magia de la Diosa* —le contestó Dexter, sabiendo que aunque la Mano hubiera usado la Fuente para crear aquel reto, no era magia dorada la que lo habían mantenido vivo. Las piedras y la energía del propio elemento acuático habían creado un pequeño núcleo de magia pura. Magia antigua. Viva. No tenía nada que ver con su propia magia o la magia de los dorados. Por eso la Mano no podía controlarla a su merced. Por eso sabía que realmente, no había podido interferir. Y por eso los magos ya no usaban ese tipo de invocaciones para retar a los elementos. Por qué no era magia de la Diosa. Y era mucho más peligrosa.

Dexter se alejó de allí, ocultándose parcialmente de la gente. Sus pasos le llevaron a la posada de Aina y supo que ella estaba allí, de forma instintiva. Subió las escaleras de dos en dos, bajo la mirada atenta de varios participantes y picó a la puerta de Aina, sintiendo que el corazón le palpitaba un punto demasiado rápido. Había conseguido que su corazón latiera lentamente durante la prueba, para consumir el mínimo posible de aire y, sin embargo, no saber por qué Aina se había

ido a esconder allí, le provocaba cierta ansiedad. Pudo escuchar unos pasos pesados acercarse a la puerta y se tensó. Frunció el ceño y se preparó para cualquier sorpresa desagradable. Thor abrió la puerta tan solo dos dedos y al verle allí, una expresión de felicidad y ansiedad cruzó en su rostro. No esperó. Empujó la puerta, arrastrando con ello a Thor, y entró en la habitación. Aina estaba estirada en su cama y parecía dormida. Thor cerró la puerta a su espalda y si estaba molesto por su forma de entrar, obvió cualquier comentario. Iris tenía la mano de Aina cogida y estaba sentada a su lado. Su expresión era de preocupación. Feren estaba en el escritorio, mirando en su dirección, con expresión asustada. Dexter los miró uno a uno y se acercó lentamente a la cama. Iris se levantó para dejarle un espacio y él tomó la mano de Aina. Su pulso era rítmico y su respiración tranquila. Los tres amigos le miraban con aspecto inquieto. Esperó, pero ninguno de ellos parecía dispuesto a hablar.

—Voy a perder la paciencia —les dijo finalmente, alzando una ceja de forma significativa.

—No sé cómo decir esto —le dijo Feren levantándose de la silla y acercándose a él. — Cuando estábamos en la plaza, Aina no era del todo ella.

—Desde luego, tendrás que buscar una forma de explicarte mejor —le dijo Dexter con media sonrisa. Feren empezó a frotarse las manos.

—Sus ojos —dijo Iris en un suspiro.

—Sus ojos no eran dorados —dijo Feren finalmente. —Se han convertido en dos grandes pupilas negras, repletas de miles de pequeñas luces, como estrellas iluminando la negra noche.

—Había magia en ellos —dijo Thor finalmente, mientras apoyaba su espalda en la pared, como si decir aquello en voz alta le pareciese una locura, pero, sin embargo, no podía negar la realidad.

—Entiendo. —dijo Dexter mirando a Feren, el nombre de Hija de la Luz de la Noche empezaba a tener un nuevo significado, tal vez. —¿Alguien lo ha notado?

—Creo que no —dijo Thor.

—Todo el mundo estaba como loco viendo a James volver a la vida, después de salir de allí. Ya todos pensábamos lo peor —dijo Iris recordando el estrés y la sensación de euforia que habían vivido hacía apenas unos minutos.

—La hemos cubierto con la capa y la capucha de Feren, la mayor parte del camino —dijo Iris.

—Y el resto la hemos traído en este estado catatónico. —contestó Feren mirando a Aina con cierto miedo.

—Está bien, no os preocupéis —les dijo Dexter. —Necesita descansar. Será mejor que nadie lo sepa.

—No la hemos llevado con los sanadores —dijo Thor mirando a Dexter con expresión inteligente.

—Gracias —les dijo Dexter finalmente, tras acariciar suavemente el rostro de Aina. —James está bien, hoy pasará la noche con los sanadores, pero supongo que mañana vendrá a primera hora. Yo me quedaré con Aina.

Los tres hicieron un gesto afirmativo y salieron de la habitación de Aina, con aspecto preocupado. Podía entenderles. Él había visto esos ojos tan diferentes a los de un dorado, cuando habían ido a buscar la piedra de la Mano en aquel precioso campo de amapolas. Magia en estado puro. Dexter frunció el ceño, mientras se desvestía. Tendió los pantalones mojados en un colgador y sonrió al verse completamente desnudo por primera vez en la habitación de Aina. Había dejado alguna muda en el armario de Aina, ahora que acostumbraba a quedarse a dormir allí, y decidió ponerse únicamente unos pantalones cómodos de entrenamiento. Fijó una daga en su pernera y se

estiró a su lado, mirándola con curiosidad.

—Magia en estado puro. —le susurró al oído y Aina se inclinó hacia él, buscando su voz, incluso dormida. —Hija de la Luz de la Noche. Mi amada esposa. Es imposible y, sin embargo, empiezo a sospechar que de alguna manera, tú lo has hecho posible.

Cerró los ojos, abrazándola con infinito amor. Era imposible que Aina hubiera sido capaz de penetrar dentro de la magia de la Mano. Pero también era imposible que James hubiera salido guiado por una luz blanca, que no era en ningún caso la luz de la piedra mágica. Había magia en Aina. Una magia diferente a la que él conocía. Diferente a la Fuente de los dorados. Ella sospechaba que su padre había sido un mago. Recordó que Aina había dicho que había visto a su padre en la Sala de los Espejos. Congelar el tiempo. Susurros pronunciados entre pesadillas. *Perderás al amar, como tu padre.* Su maldición. ¿Quién era el padre de Aina? Se durmió plácidamente a su lado, sintiendo que sus corazones latían en sintonía, pero con la sensación de que esa pregunta, sin respuesta, era importante, de alguna manera.

Aina se despertó sintiendo la calidez de Dexter a su lado. Le miró, mientras seguía relajado, durmiendo a su lado. No pudo evitar acariciar su pecho desnudo, con curiosidad. Dexter abrió los ojos y la miró, con una sonrisa traviesa en la cara mientras Aina se sonrojaba un poco.

—Te quiero —le dijo Dexter con una sonrisa, cerrando los ojos para que ella no se sintiera observada y Aina volvió a empezar a acariciarlo. Tras unos minutos, Dexter abrió los ojos y con una sonrisa traviesa, se volteó para quedar encima de ella y empezó a besarla con suavidad y ternura. Aina podía sentir la piel de su espalda en sus manos, mientras le abrazaba. Tres golpes en la puerta. Aina intentó mover a Dexter de encima suyo, pero él hizo un pequeño gruñido y volvió a apoderarse de su boca. Tres golpes, insistentes. Dexter se levantó de un salto de la cama y se acercó a la puerta. La abrió con cara de pocos amigos y vio a James al otro lado.

—Vuelve más tarde —le dijo dando un portazo y dejándolo fuera, sin miramientos.

—¡Dexter! —le reprendió Aina desde la cama, mientras James volvía a picar a la puerta. Dexter la miró con una expresión cargada de pasión y suspiró, poniendo los ojos en blanco. Aina pudo sentir como bloqueaba sus emociones y haciendo una mueca, volvía a la puerta para abrirla y dejar a James pasar dentro de la habitación. James entró con una sonrisa divertida, mirando el pecho desnudo de Dexter y como Aina estaba parcialmente sonrojada, aún en la cama.

—La próxima vez me lo pensaré dos veces antes de salvarte la vida —le dijo Dexter haciendo una mueca mientras se sentaba al lado de Aina en la cama y James se sentaba en la silla del escritorio, mirando a la pareja con una sonrisa.

—Siempre tan amable —le dijo James con una sonrisa torcida, ignorando sus palabras. —¿Qué es lo que pasó exactamente?

—No lo tengo claro —dijo Dexter finalmente, tras mirar durante un momento a Aina. —Creo que perdiste el conocimiento cuando estabas ya a punto de llegar a la piedra.

—Dicen los sanadores que un haz de luz mágica me sacó de allí más muerto que vivo —dijo James como si varias cosas estuvieran a la vez en su cabeza. —¿Fue la Mano?

—No. —dijo Dexter haciendo un gesto negativo con la cabeza. —Era magia elemental, un dorado puede enfrentarse a ella, pero no dominarla. No es magia de la Diosa, que podamos modificar a nuestro antojo.

—Os va a parecer una locura —dijo James haciendo una mueca, como si no estuviera seguro de decir aquello. —Pero tengo pequeños flashes, aunque son borrosos.

—¿Qué recuerdas? —le preguntó Dexter mirándolo con expresión seria.

—Recuerdo que estaba cansado. Y sentí esa energía entrar dentro de mí. Empujarme —dijo James en un susurro. —Lo siguiente que recuerdo es estar ya fuera, contigo.

—Has tenido mucha suerte —le dijo Aina sintiendo una extraña opresión en el pecho.

—No creo que fuera suerte —dijo James mirándola con una sonrisa insegura. —No sé cómo explicarlo, pero sé que fuiste tú. Gracias.

—¿Yo? —Aina lo miró abriendo los ojos, completamente sorprendida. Había sentido que estaba allí, con James. Había sentido que lo empujaba, alejándolo de aquella tumba acuática que le estaba arrebatando la vida. Pero aquello no era posible. Ella había estado con el resto, en las gradas, una espectadora más.

—Aina perdió el conocimiento al poco tiempo de que salieras de allí y recuperaras el conocimiento —dijo Dexter mirando a James, una mirada cargada de significado que James supo interpretar a la perfección.

—Y hay otra cosa —dijo James mirándolos a ambos. —En la enfermería les ha llamado mucho la atención esto.

Dexter frunció el ceño, no parecía para nada contento de que James empezara a desabrocharse la camisa, enseñando un trazo ondulado que seguía el trazo de su clavícula. No era una marca compleja como la que tenían ellos, pero el aspecto de la línea era idéntico al suyo. Aina miró la cicatriz, encogiéndose de hombros, sin entender nada de todo aquello.

—¿Has hablado con Feren? —le preguntó Dexter.

—Todavía no, quería pasar primero por aquí —le dijo James.

—Habla con él. Dile que te explique todo lo que pasó ayer y a ver si él puede descubrir que significa eso —le dijo Dexter con una sonrisa cómplice. Aina no necesitaba que le recordaran justo ahora, todo lo que había pasado. Pero si tenía alguna duda, cada vez era más pequeña. De alguna manera Aina había conseguido pasar todas las barreras mágicas de la Mano y usar la propia magia elemental, para sacar a James de allí. Sin ser casi consciente de ello. Magia instintiva. Solo se podía ver en grandes magos. Y, aun así, lo que ella había hecho, superaba las barreras de la magia que conocía, a través de su padre.

Tres días. Antes de que se diera a cabo el duelo final. El último reto. Y Do-Urh tendría un nuevo Rey. Vladimir estaba encerrado en las casernas de Do-Urh, entrenándose bajo la mirada atenta de su Maestro, Sir Thomas, y sus fieles secuaces. James y Dexter solían entrenar durante la mañana, mientras Aina ayudaba a Feren a buscar en viejos pergaminos información sobre el templo de Crótalos. A la tarde, solían pasar un rato juntos, bajo la mirada curiosa de muchos de los habitantes de Do-Urh. El vínculo que habían creado entre ellos no se había roto pese a que los juegos estaban a punto de finalizar. A las tardes Dexter solía desaparecer, sin que nadie supiera del todo por dónde andaba, pero siempre aparecía a tiempo de cenar con ellos, dispuesto después a acompañar a Aina a su habitación. Tres días que habían pasado demasiado rápido, pensó James, mientras miraba a la pareja alejarse. Sabía que Dexter sería proclamado Rey al día siguiente. Su vida y la de Aina cambiarían, inevitablemente, pero quizás sería la forma para asegurar su protección. Su falsa trama de ser su pareja ya no sería necesaria. Los encontraría a faltar. A los dos. Incluso añoraría las largas partidas de ajedrez con Thor, la alegría que siempre desprendía Iris o la silenciosa inteligencia de Feren. Había descubierto mucho de todos ellos a lo largo de aquellas jornadas. Había evitado acercarse a la guardia. Sir Thomas estaba bastante imposible. Esperaba que su mente contaminada no hubiera llegado a Nain, jamás podría trabajar como guardia bajo alguien como él. Marcharía después de la coronación de Dexter, a casa. Thor y Feren

viajarían con él. De alguna manera, sabía que su amistad seguiría en su ciudad. Ahora que se habían encontrado.

—Lo llevas muy bien —dijo Thor con expresión preocupada, viendo como James miraba a la pareja alejarse. James desvió la atención hacia Thor y sonrió con calma.

—No es tan raro compartir a una reproductora —dijo sin mirarle a los ojos, mientras apuraba los restos de cerveza de su taza. No le gustaba mentir, y menos a uno de ellos. —Estaba pensando que los encontraré a faltar.

—Si no existiera ese vínculo entre tú y Dexter, estoy casi segura de que no aceptarías compartirla —le dijo Iris con una mirada sabia.

—Tienes razón —le dijo James finalmente, y viendo que estaban solos en el local, añadió en un susurro. —Aunque la verdad es que Dexter jamás aceptaría compartir a Aina.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Thor. —Hace tiempo que tengo la sensación de que algo se me escapa, pero tampoco quiero meterme en vuestros asuntos. Si vosotros estáis bien de esta forma, así sea.

—Aina jamás ha sido mía —dijo James con una sonrisa traviesa, mientras Thor y Iris abrían los ojos de forma desproporcionada ante su confesión. —Sir Anthony, su protector, me pidió que velara por ella durante los juegos, por lo de su maldición. Una joven maldita hermosa entre tanta testosterona podría haberla dejado demasiado expuesta, pero con un guardia como pareja estable, muchos se lo pensarían dos veces antes de molestarla.

—Nadie se arriesgaría a actuar de forma impropia con ella, por el temor de que el guardia o su gremio consideraran eso un agravio hacia ellos —dijo Iris con una sonrisa mientras en su cabeza las cosas empezaban a encajar.

—Eres un buen actor —dijo Thor con una sonrisa, mirándolo con admiración.

—Aina es fácil de querer, y es divertido hacerla sonrojar —dijo James encogiéndose de hombros con una sonrisa divertida. —Jamás ha pasado nada entre nosotros, y nunca ha habido esa chispa ni nada parecido.

—Dexter te mataría si la desearas de esa forma —dijo Iris de repente, con una sonrisa en la cara. —Sabe el tipo de afecto que sientes por ella y por eso acepta que la abrace o la toque en público, pero hay algo en él que es casi más animal y primitivo que los propios salvajes, cuando se trata de ella.

—No os podéis imaginar la cara que puso cuando le dije que podíamos compartirla, si ella le aceptaba —dijo James con una sonrisa en la mirada, recordando aquel momento, en la fiesta. —Creo que quería matarme, y a la vez lo único que podía pensar era en llegar a ella y hacerla suya.

—Sí —dijo Thor con una sonrisa. —Me alegro por ellos. Aina necesita a alguien que la proteja ante los que la menosprecien por estar maldita. Tengo la extraña corazonada de que corre peligro, y aunque me digo a mí mismo que eso es una tontería, no puedo dejar de sentirlo.

—Dexter daría su vida por ella —dijo James mirando a sus tres amigos, y finalmente añadió. —Y yo también.

La plaza del registro estaba abarrotada. Cuando el Gran Sol estaba en lo alto, la música de las campanas se elevó mientras los dos finalistas entraban en la plaza, bajo los gritos del pueblo. La Mano los recibió. Los miembros del Consejo les tendieron la mano y los saludaron con honores. Alzando su voz, la Mano habló al pueblo. El último reto. Un duelo, digno de un Rey. Combate. La plaza explotó en gritos. Un explorador que había demostrado su habilidad en las armas a distancia y un guardia entrenado en el combate. Era un duelo digno de presenciar.

—Podréis elegir el arma con la que lucharéis —les dijo la Mano. —Elegid sabiamente. Vladimir, hijo de la Guardia de Do-Urh, ¿Qué arma usarás?

—Mandoble —dijo Vladimir y un sector de las gradas enloqueció al ver a su favorito con su arma habitual, signo de la fuerza de su campeón. La Mano hizo que unos mestizos se acercaran con varios mandobles y tras levantarlos y moverlos a su alrededor, Vladimir eligió el que más se adaptaba a su gusto.

—Joven Dexter, hijo del gremio de los Exploradores de la Ciudad de Oro. ¿Qué arma usarás? —le preguntó la Mano, mirándolo con curiosidad. Dexter sonrió, sabía que la Mano detestaba no poder leerle la mente.

—Una cimitarra y una espada corta —dijo Dexter y tras un segundo añadió. —Si fuera posible, me gustaría poder usar la Aguja que crearon los herreros para que la usara el futuro Rey.

—Esa espada fue forjada para el Rey —dijo la Mano meditando la solicitud de Dexter con curiosidad y tras mover las manos, la Aguja apareció levitando frente a ellos. — Vladimir, ¿aceptas que el joven explorador use esa arma?

—¿Eso? —dijo Vladimir mirando la fina espada que apenas cubría la mitad de distancia que su mandoble y añadió con tono divertido, menospreciando a Dexter y a la propia arma. —Sin problemas.

La Mano se alejó de ellos y los dos finalistas se separaron, colocándose en el centro de la plaza, a pocos metros de distancia, enfrentados uno delante del otro, mientras la tensión empezaba a hacerse patente a su alrededor. El primero que desarmara a su adversario sería el ganador, pero tras los primeros golpes quedó claro que Vladimir tenía intención de llegar mucho más lejos que eso. Había ira y furia en sus golpes. Dexter se movía con agilidad y sus espadas se cruzaban de forma audaz con la de Vladimir, bloqueando sus duras descargas, pero sus armas, más cortas, no podían alcanzar el cuerpo del guardia. Una pequeña desventaja que Dexter no parecía haber tenido en cuenta, o cuya existencia no parecía preocuparle demasiado. Vladimir lanzaba duros golpes, pero Dexter los desviaba con una u otra arma. Los filos temblaban en el aire por la potencia de las estocadas, pero la Aguja cuyo fino filo parecía que debería fracturarse por la fuerza y la potencia del arma de su oponente, demostraba su entereza golpe tras golpe. Pasaron unos diez minutos cuando el ritmo del combate empezó a cambiar. Hasta aquel momento, había sido Vladimir el que parecía dominar el combate, esperando que en algún momento una de las armas de Dexter se quebrara o que no fuera capaz de contrarrestar la fuerza del guardia. Pero Dexter había estado midiendo de forma cauta la velocidad y la fuerza de su oponente, valorando sus movimientos con precisión y sabía cuáles eran sus puntos débiles para entonces. Era el momento de empezar a jugar de verdad. Sabía que debía de tener la paciencia adecuada. Y finalmente el momento llegó. Bloqueó con su cimitarra el mandoble de Vladimir a escasa distancia de su cabeza. Usando como punto de equilibrio la propia presión que había entre las espadas, rotó sobre sí mismo y se lanzó en un movimiento directo hacia su adversario. Dejó que la Aguja abriera la piel de la mejilla del guardia, sin que el corte fuera demasiado profundo y luego la posó junto al cuello del joven, en un movimiento casi suave y delicado. Su mirada se posó en los ojos del guardia, llenos de odio y miedo. Su mandoble seguía intentando pasar la barrera creada por su propia cimitarra, pero la fuerza de Dexter, combinada con la magia que su cuerpo era capaz de usar para ayudarse, la mantenía firme en su posición.

—Jaque mate —le dijo él con voz fría, pero el guardia no aflojó la presión de su mandoble. Dexter en apenas un susurro movió la aguja, abriendo la piel de la otra mejilla y poniendo de nuevo la espada junto al cuello del chico. Apretó un poco más, lo justo para que la fina punta

empezara a atravesar la piel, acercándose hacia la tráquea del guardia hasta que éste finalmente soltó su arma, aceptando su derrota. Dexter hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y bajó las armas. Le dio la espalda con una seguridad que hizo que las pupilas de Vladimir se dilataran en un odio como jamás había sentido, mientras Dexter le ignoraba y se acercaba a la Mano, que estaba proclamando en medio de los gritos de un extasiado público, que el pueblo de Do-Urh ya tenía Rey, mientras elevaba el brazo derecho de Dexter, donde finas líneas, una runa de la Diosa Aurum, empezaba a aparecer bajo su ropa. Marcándolo.

Tras las felicitaciones, la Mano arrastró a Dexter al interior del registro y fueron en silencio hasta la biblioteca del mago, el lugar en el que se sentía más cómodo de todo el edificio. Dexter debería elegir a sus Manos antes de realizar la celebración de la coronación. Esta decisión en algunos casos había tardado horas en tomarse y en otros casos varios días. Sin embargo, en la calle las celebraciones ya habían empezado con música y bebida en cantidad. Dexter pudo sentir como el ruido de las campanas y el jolgorio que se estaba viviendo fuera quedaba anulado en aquella habitación donde el único sonido era el crepitar del fuego en la chimenea y sospechó que la Mano había encantado el lugar, de alguna manera. Se acercó a la mesa de la Mano y un sofá se desplazó junto a él, animándolo a sentarse.

—Es un honor convertirse en Rey —dijo la Mano. —Poder y conocimiento, pero también responsabilidad y sacrificios.

—Nunca he deseado el poder o el honor —le contestó Dexter mirándolo con firmeza. Ahora que él no era capaz de leerle los pensamientos, la Mano debería usar otros medios para conseguir la información que deseara. Una fugaz sonrisa cruzó su rostro, cuando la Mano hacía una pequeña mueca.

—Se me hace extraño —le dijo tras servirse una generosa copa de coñac. —No poder leerte. Aunque creo que te he observado lo suficiente hasta el momento en que creaste tus escudos, como para conocerte lo suficiente. Para saber la clase de hombre que eres.

—No es de buena educación espiar la mente de otras personas —le dijo Dexter sin inmutarse y aunque deseaba ser crítico, sabía que era una habilidad que a veces no eran capaces de controlar y que surgía de forma espontánea con los años.

—La maldita no puede convertirse en una de tus Manos —dijo finalmente la Mano, tras meditar durante un tiempo mientras saboreaba el licor. Sintió la tensión de Dexter cerca de él y decidió exponer sus razones, no podía manipular sus pensamientos ni encontrar sus dudas para potenciarlas e influir así en sus decisiones, pero tenía la certeza de que ella debía de quedarse al margen, aunque no tenía claro porqué. A su edad, había aprendido a respetar sus presentimientos. —Sé lo que sientes por ella y sé lo que ella siente por ti. Puedes protegerla como Rey, convertirla en tu pareja para toda la vida, si lo deseas. Pero el Consejo jamás aceptará que ella consiga un poder político. Si quieres protegerla, debes evitar que la atención caiga sobre ella.

—Lo sé —le contestó Dexter, que la Mano conociera los sentimientos que él sentía por Aina no le sorprendía, pero que James y Feren hubieran sido capaces de ocultarle lo de su matrimonio y sus marcas, era algo sorprendente. Quizás la Mano debería haber prestado más atención a los pensamientos de ellos y no tanto a la novedad del silencio de su mente. Porque estaba seguro de que la magia que le había marcado como esposo de Aina le protegía de la magia del mago. La magia de Aina. Había estado dando vueltas a todo aquello durante las últimas noches, mientras Aina dormía profundamente entre sus brazos. —Aunque no alcanzo a comprender por qué a ti te puede interesar su supervivencia. O porqué le diste un libro para los que se inician en la magia de

la Diosa.

—Yo también me lo pregunto —dijo finalmente la Mano, tras un silencio prolongado. —Hay algo en ella, tal vez hubiera sido maga si no hubiera estado maldita. Supongo que siento debilidad por alguien así. Tampoco alcanzo a entender por qué la Diosa la maldijo, dejándola sin marcar. Quién hubiera podido llegar a ser, será un misterio. Hay algo en ella, y es bueno. Puedo sentirlo. Supongo que tú también. Además, sabes que deseo que seas feliz. Tu padre fue alguien importante para mí. Tu felicidad era importante para él. Y ella te hace feliz. Hace que tu vida tenga un sentido. No deseas honor. Ni poder. Pero la deseas a ella. Protegerla. Amarla. Un hombre necesita algo por lo que vivir. Un Rey también.

Dexter asintió. Sabía que los magos sentían que su gremio estaba desapareciendo. Su padre pensaba de la misma forma y ansiaba a que él entrara a formar parte del gremio de los Magos. No tenía un potencial deslumbrante, pero cubría los requisitos, sin embargo, el gremio de los exploradores había mostrado interés en él y había empezado a conocer sus secretos, alejándose de los magos y acercándose a ese mundo de oscuridad en el que la soledad le permitía encontrar paz. Su magia le permitía ver donde otros ojos no podían, escuchar lo que otros no serían capaces y usar su propia magia para aumentar su destreza, su fuerza o su resistencia, si era necesario. Todos los miembros de los exploradores tenían niveles altos de magia, quizás por ese motivo fuera raro que alguien entrara a formar parte de ese gremio, especialmente en los últimos siglos. La gloria de un mago nada tenía que ver con la vida de sombras y silencio de un explorador y, sin embargo, esa había sido al fin su decisión.

—James será mi Mano Derecha —dijo Dexter con un gesto afirmativo de la cabeza, siempre había tenido eso claro. Mientras sus pensamientos se cruzaban los unos con los otros, le preguntó a la Mano. —¿Te dice algo el concepto un Nuevo Inicio?

—¿Inicio? —preguntó el mago con curiosidad. —¿En qué sentido?

—No lo sé. —admitió Dexter con un suspiro y la Mano lo miró con expresión tierna.

—No podría decirte —dijo finalmente. —Pero si recuerdo algo que pudiera ser digno de mencionar, te lo haría saber.

—Feren será mi Mano Izquierda —dijo Dexter finalmente, y bebió del licor que le había ofrecido la Mano. Era dulce y suave.

—Así sea —dijo la Mano con una sonrisa mientras las luces de la biblioteca empezaban a parpadear y Dexter sintió que ahora que había llegado donde sabía que tenía que llegar, tenía que conseguir descubrir cómo había Aina conseguido sacar a James de las zarpas de la magia elemental, rompiendo las leyes naturales de la magia de los dorados. Y para hacerlo, tendría que hablar con ella de su padre. Se despidió de la Mano y dos guardas del registro lo acompañaron al que sería su nuevo aposento, una gran estancia decorada en oro puro. No se fijó en los detalles. La noche había caído sobre Do-Urh. Se dirigió hacia la ventana, para ir a buscar a Aina. No pensaba pasar la primera noche como Rey, solo.

La Fuga.

Aina y Feren se habían escapado a la tranquilidad de una vieja biblioteca de Do-Urh, poco después de que Dexter desapareciera dentro del registro. Hubieran deseado acercarse a él para felicitarlo, pero eso no estaba permitido. Aunque Dexter los había mirado desde la distancia con gesto confiado, ahora era el Rey de Do-Urh. Nadie podía acercarse al Rey sin pedir una audiencia, y éstas serían negadas hasta que hubiera elegido a sus Manos. Rebuscando en antiguos documentos, Aina y Feren buscaban información sobre los antiguos templos. Habían conseguido localizar dos nombres, con sus localizaciones en la tierra dorada, pero el templo de Crótalos seguía siendo un misterio. Un secreto. Llevaban algo más de dos horas allí, cuando Feren sintió una quemazón en el brazo. Empezó a frotarse de forma inconsciente, y Aina pudo ver como las oscuras líneas se enlazaban de forma mágica sobre el antebrazo de su amigo y lo miró con preocupación.

—¿Estas bien? ¿Qué está pasando? —le preguntó alarmada, mientras Feren miraba la marca con aspecto claramente sorprendido, sin acabar de creerse lo que estaba pasando. Miró a Aina, con clara sorpresa en su rostro, como si aquello no pudiera ser real.

—Dexter —dijo Feren en un susurro. —Él me ha elegido. No puedo creérmelo.

—La Marca de la Mano Izquierda —dijo Aina observando la Runa, cuyos trazos ya se habían completado, con respeto.

—Jamás estaré a la altura del mago, pero te juro que me esforzaré —dijo él finalmente, acariciando su brazo. —Desde que sé lo de Dexter, siempre he pensado que James sería su mano Derecha, pero jamás se me ocurrió pensar que pensara en mí de este modo.

—Vales mucho —le dijo Aina con una sonrisa. —Solo que tú aún no te has dado cuenta.

—¿Vamos a buscar a James? —le dijo Feren con los ojos llenos de alegría. —El nombramiento no se hará hasta mañana, el sol ya se ha puesto, pero estoy seguro de que ha de ser él. Supongo que debería ir al registro, a presentarme ante Dexter y el mago.

—Vamos a buscar primero a James, luego os acompaño hasta el registro —le dijo Aina con una sonrisa, feliz de la emoción que embargaba a su amigo.

—Ojalá puedas verle. —le dijo Feren con una sonrisa cómplice, sabía que Aina no se sentía demasiado cómoda desde su nombramiento. La proximidad que había disfrutado la pareja los dos últimos días quedaba ahora como algo lejano, una vez Dexter había alcanzado su destino. Rey. ¿Cómo podría Aina encajar en todo aquello?

—Estaría bien. —dijo Aina intentando que sus miedos no salieran, esa mañana se había despertado en sus brazos, con sus suaves besos sobre su piel. Y ahora ni siquiera sabía cuándo podría verle, hablar con él. Sin darse cuenta, esa incertidumbre, le ahogaba.

Salieron de la biblioteca y caminaron por la oscuridad de las calles, iluminados por dos pequeñas antorchas. Aina sentía la alegría de Feren en su pecho y tal y como él había afirmado, estaba convencida de que James habría sido elegido también para pasar la vida al lado de su amigo, como su Mano Derecha. Estaba emocionada con todo aquello, por sus amigos. Con las emociones a flor de piel, no fue consciente de las sombras que los habían rodeado hasta que uno de ellos se colocó delante de ellos. Aina sintió como el vello se le erizaba, mientras observaba la forma frente a ella y su fino oído analizó su entorno, encontrando la agitada respiración de dos hombres más, detrás de ellos. La calle no era amplia y sería difícil sortear al guardia que se alzaba frente a ellos. Cogió a Feren por la túnica para frenar su avance. Él la miró con el ceño

fruncido cuando la forma de una persona enfrente de ellos le alarmó, consciente de que no estaban solos. Aina valoró sus posibilidades. Podía escapar por los tejados, pero no con Feren. No tenía arma alguna exceptuando la antorcha y Feren tampoco tenía nada con lo que defenderse. Aunque Feren no tenía muchas posibilidades de defenderse de un guardia. No tenía ningún tipo de entrenamiento en el combate. Intentó frenar su imaginación. Quizás estaba exagerando con su reacción, se dijo Aina mientras intentaba calmar su desbocado corazón.

—Así que ahora también con el erudito —dijo la voz profunda de Vladimir frente a ellos, mientras sus dos secuaces, Joseph y Albus, se acercaban a su espalda en silencio. —Creo que, para ser una hija maldita, tienes muchas pretensiones.

—Déjanos en paz —dijo Feren con voz seca y fría, muy poco habitual en él, mientras daba un paso hacia él, como si estuviera desafiándolo.

—No tengo nada en contra tuya —dijo Vladimir alzando las manos de forma inocente. —Puedes irte, pero ella se queda con nosotros, tenemos algunas cosas pendientes de las que hablar, a solas.

Unas pequeñas carcajadas a sus espaldas advirtieron a Feren de la presencia de los dos hombres detrás de ellos. Aina sabía que estaban en una situación complicada. Ellos estaban armados. Eran tres. Y Feren pese a estar demostrando un valor digno a elogiar, le estorbaba más que otra cosa, si quería intentar huir de ellos.

—Feren, ves a buscar a James. Confía en mí —le dijo Aina en un susurro, podía sentir la rabia y la envidia en aquellos hombres, el odio. Sabía que querían hacerle daño, de todas las formas que fueran posibles, posiblemente maltratarla o incluso violarla, para hacer daño a Dexter, que les había humillado. Pero Feren estaba mostrando, una vez más, que pese a su escasa fortaleza física, tenía el alma de un luchador y no tenía intención de dejar sola a su amiga, a merced de aquellos hombres y sus para nada buenas intenciones, aunque al hacerlo todo se estuviera complicando más aún. Él no lo sabía.

—Soy la Mano Izquierda de Do-Urh —dijo Feren mientras alzaba su camisa, mostrando la marca estampada en su antebrazo. —Dejadnos en paz ahora mismo o me aseguraré de que el Rey tome represalias por vuestra conducta.

Vladimir empezó a reír con carcajadas oscuras, cargadas de odio. Hizo un gesto sutil con la cabeza y sus dos secuaces se acercaron a ellos, por detrás suyo, aunque no parecían tan convencidos del plan de Vladimir tras las palabras de Feren. Quizás era solo un erudito, pero ahora tenía un poder político que no podía ser despreciado. Aina cerró un segundo los ojos, escuchando a su alrededor, sintiendo las palpitaciones excitadas de sus tres enemigos. No tubo necesidad de girarse para saber que ambos tenían las armas desenfundadas, y no se sobresaltó al notar el filo de la espada marcarse contra su espalda. Aguantó un suspiro traicionero, mientras aceptaba esa nueva situación y su cabeza empezaba a dar vueltas de forma alocada buscando una vía de escape. Un movimiento brusco a su lado captó toda su atención. Feren se había girado bruscamente al sentirse amenazado por el arma y con una patada poco convencional, pero si efectiva, había golpeado con violencia la espada que le amenazaba, alejándola de su cuerpo. Sorprendido por el movimiento del erudito, Albus soltó un gruñido y cargó contra él con su cuerpo, empujándolo contra la pared lateral del callejón. Aina pudo escuchar el ruido de los huesos quebrándose. Ignorando la espada de Joseph, salió corriendo en dirección a Albus, que volvía a levantar su espada en dirección a Feren, que había vuelto a ponerse de pie, parcialmente apoyado sobre la pared, con dificultad. Saltó sobre la espalda del guardia y le arañó con fuerza la cara, Albus soltó la espada en un acto reflejo, intentando agarrar sus manos de forma desesperada,

pero no fue hasta que Joseph llegó hasta ella y la arrancó de la espalda de su compañero, bloqueando sus brazos, que no consiguió liberarse de ella. Feren resbaló por la pared, quedándose sentado sobre el suelo, respirando con dificultad, mientras sus costillas rotas emitían destellos de dolor por cada milímetro de su cuerpo. Albus se giró contra Aina y le golpeó en el vientre con un puñetazo cargado de odio, antes de escupir en el suelo mientras Vladimir reía su violencia. Vladimir se acercó a Aina, firmemente sujeta por Joseph, desenvainando la espada con lentitud, casi teatralmente. Elevó el arma y posó su filo sobre su mejilla, haciéndole una herida muy parecida a la que Dexter le había hecho a él ese mismo día. Aina le miró desafiante, sin soltar ningún gemido mientras él disfrutaba cortando su carne. No le daría ese placer. Vladimir la miró con una sonrisa pretenciosa, llena de una pasión oscura como Aina jamás había pensado ver. Sintió como su mirada bajaba hacia su cuerpo y empezó a rasgar su ropa, entre las burlas sucias de los tres guardias.

—Dejadla —dijo Feren intentando levantarse, sin conseguirlo, mientras empezaba a escupir sangre por la boca al toser. Ni tan solo le miraron. Albus cogió las antorchas y las apagó con cuidado, dejando la zona en una protectora oscuridad, mientras Aina sentía que una furia ciega crecía en ella, mientras sentía como la camisa rasgada se abría, descubriendo su cuerpo a la oscuridad que había empezado a rodearlos. Feren luchaba por mantener la conciencia, incapaz de poder ayudarla, mientras Aina luchaba por mantener la cordura en aquella pesadilla.

—¿Un regalo de alguno de tus amantes? —le dijo Vladimir alzando la brújula que siempre llevaba con ella y rasgando la cinta, de forma que cayó al suelo, ante la mirada impotente de Aina. Intentó forcejear, pero Joseph era más fuerte que ella. Sintió que una lágrima resbalaba sobre su mejilla, cuando un movimiento cerca de Vladimir llamó la atención de su mente, justo unos segundos antes de que Vladimir tropezara hacia adelante. Una joven mestiza, armada con una pala, había golpeado con decisión y precisión la espalda del guardia.

—Eres mestiza muerta —dijo Vladimir girando lentamente y fijando su atención en ella, mientras alzaba su espada en su contra y empezaba a sonreír de forma malévolamente.

—Tal vez —dijo ella alzando el mentón de forma desafiante. Albus se acercó para ponerse al lado de Vladimir y sonrió al ver a la joven, de constitución delgada, pero bien proporcionada.

—Esta es mía —dijo Albus con un ronroneo para nada agradable, mientras alzaba su espada hacia ella. La mestiza empezó a retroceder, sin dejar de mirarlo y Albus la siguió. Cayendo en su trampa. Tras alejarse del grupo mientras sus amigos le vitoreaban y animaban a que la cazara, dos mestizos más salieron de las sombras, armados con espadas y arremetieron contra él. Albus era un guardia. Había estado entrenado para competir con armas y dos mestizos no deberían haberle supuesto un gran reto. Pero los mestizos sabían usar las armas de una forma que jamás hubiera imaginado y su error fue menospreciar su habilidad. Cruzaron varias veces las espadas, hasta que uno de los mestizos encontró un espacio libre para poder deslizar su arma y alcanzar el corazón del dorado. Sus ojos se dilataron y en los breves segundos que aún le restaba de vida, miró el arma clavada sobre su pecho, antes de caer al suelo muerto con expresión de sorpresa. Un grito de odio y rabia surgió de Joseph al ver la muerte de su amigo. Lanzó a Aina contra el suelo y tomando su arma de nuevo, se lanzó junto a Vladimir contra ellos. Aina respiró con dificultad. Feren miraba con ojos vidriosos lo que estaba pasando mientras seguía respirando, aunque con dificultad. La joven mestiza la miró con ojos asustados, mientras sus dos compañeros luchaban contra los guardias. Aina supo que los mestizos no podrían con ellos. La mestiza se había acercado al cadáver de Albus y tras mirar a Aina, le lanzó su espada. El arma golpeó el suelo, haciendo un sonoro ruido entre el metal y la piedra. Aina miró el arma durante una fracción de

segundo antes de tomarla entre sus manos. Se lanzó en dirección al combate, pero en ese tiempo uno de los mestizos yacía ya en el suelo muerto. Aina gritó, insultando a los guardias, intentando captar su atención, pero los guardias acabaron su cometido en apenas unos segundos. El mestizo, de aspecto anciano, apenas pudo contener las primeras estocadas que cruzaron los dos guardias de forma conjunta, antes de caer al suelo, muerto. Vladimir centró su atención en Aina, sonriendo al verla empuñando un arma, pero Joseph no estaba dispuesto a olvidarse de la mestiza y la tomó por el pescuezo, golpeando con los puños su cabeza hasta que la sangre empezó a surgir de su nariz y de su boca, y la consciencia desapareció de su cuerpo. Solo entonces, la dejó caer al suelo, como si se tratara de un trapo sucio y se añadió a Vladimir en su lucha contra Aina. Aina había podido controlar los golpes directos de Vladimir, cegados por una furia que rallaba la locura. Golpe tras golpe, frenaba su fuerza usando la propia inercia de su cuerpo para contrarrestar la potencia de los músculos del guardia. Sentía su mano izquierda muerta y de forma intuitiva sabía que, si dispusiera de una segunda espada, tendría una oportunidad contra él. Igual que había hecho Dexter durante su enfrentamiento. Joseph se acercó hacia ella y supo que no sería capaz de frenarlos a ambos. Con una sola arma. Era imposible. Ellos estaban acostumbrados a trabajar juntos, a luchar juntos. En un movimiento arriesgado, pero sin otra opción posible si quería conservar su vida, se deslizó por debajo de la espada de Vladimir tras parar su golpe y se lanzó en una carrera salvaje para llegar a los cuerpos muertos de los dos mestizos. Se lanzó al suelo, justo unos segundos antes de que Joseph la alcanzara y tomó una de las espadas mientras rodaba por el suelo y se alzaba finalmente, con una espada en cada mano, dispuesta a enfrentarse a los dos guardias. Ellos llevaban entrenando toda su vida, pero era de noche. Y no tenía intención de ponérselo fácil. Los golpes empezaron a cruzarse y Aina sintió que su corazón latía descontrolado. Jamás había combatido contra dos personas de forma simultánea y jamás había luchado para mantener su vida. Era una sensación extraña, casi mística. Sentía que sus espadas vibraban al chocar con las de sus adversarios y parecía que ellas respondieran a sus golpes como si tuvieran vida propia, apenas era consciente de lo que estaba haciendo y dejó que su instinto la guiara. Consiguió controlar a los dos guardias durante unos minutos, pero sus golpes eran cada vez más furiosos y potentes, y Aina no tenía la fortaleza física de ellos. Sentía que empezaba a debilitarse, cuando una voz fría, claramente enojada, se coló entre ellos.

—No me parece un combate justo. —Aina sintió algo que se abrió dentro de ella, como si lo reconociera, pero sin llegar a ser consciente de quien era el extraño. Su voz era profunda y seca, con un punto ronco claramente masculino, pero tenía una musicalidad que la hacía hermosa, suave. Había escuchado aquella voz antes. Pero ahora lo más importante es que la figura, oculta tras ropa oscura, tenía dos espadas desenvainadas en posición amenazadora. Aina pudo ver entre los destellos del filo de sus armas, que se trataba de un hombre alto, cubierto por una capa negra corta que le cubría la cabeza y el cuerpo, convirtiéndolo en una sombra. Joseph lo enfrentó y Aina sintió que su segunda espada quedaba libre de la presión constante del guardia. Con ambas espadas y un solo adversario, pudo enfrentarse a Vladimir con mayor confianza. Empezó a atacar por primera vez, después de limitarse a contener los ataques de los guardias, y el cambio en los papeles no le gustó nada a Vladimir, cuyo rostro empezaba a enrojecer colérico. Aina empezó a combinar sus dos espadas mientras Vladimir conseguía evitar sus ataques y fintas con dificultad, empezando a retroceder ante la velocidad de los ataques de Aina. Aina sintió la presencia del hombre próximo a ella, los golpes que cruzaban, como si se tratara de una danza, muy parecida a la suya propia. Joseph fue el primero en caer, pero casi en el mismo instante Aina consiguió encontrar un punto muerto en las defensas de Vladimir. Introdujo su espada con determinación y Vladimir cayó al

suelo, muerto. Se quedó quieta, con los ojos dilatados, durante unos segundos, y finalmente dejó caer las espadas al suelo de forma brusca. Estaban manchadas de sangre.

—Feren —dijo de repente, como si la realidad volviera a su mente de forma brusca, después de aquella lucha por su supervivencia. Se acercó corriendo a Feren, que seguía consciente, pero respirando con dificultad.

—Está gravemente herido —le dijo el hombre que había acudido a ayudarla en el último momento, mientras se sacaba la capa y se la tendía, haciendo a Aina consciente de nuevo de su desnudez. Aina se tapó con la capa que le tendía, mientras el hombre se arrodillaba al lado de Feren. Aina pudo ver su perfil y el suave reflejo plateado en su piel.

—¿Ethan? —dijo Aina en un susurro, sin comprender como el joven artesano estaba en medio de Do-Urh, en plena noche, combatiendo como un luchador experimentado. Él no le contestó, tenía los ojos cerrados, como si meditara o escuchara con atención a su alrededor. Cuando abrió los ojos, Aina sintió que el mundo entero caía a sus pies. En la oscuridad de la noche, pudo ver mil pequeñas estrellas brillando en sus pupilas. Aina dejó de respirar durante unos segundos. Ethan ignoró su sorpresa y empezó a mover las manos, como si creara una esfera invisible entre sus manos. Luz blanca. Un pequeño destello que poco a poco empezó a cobrar fuerza, bajo la atenta mirada de Aina y de Feren. Con un suspiro, Ethan dirigió la luz hacia Feren y su cuerpo se iluminó sutilmente, mientras una calidez extraña le invadía y el dolor se hacía menos intenso.

—Sobrevivirá —dijo tras hacer aquello y luego miró a Aina como si la mirara por vez primera desde que había llegado. Su expresión era extraña, como si no estuviera seguro de cuál era el siguiente paso que debía de dar. Finalmente, mirándola con una expresión dura, empezó a hablar. —Hemos de irnos, se acercan más guardias y no van a hacer preguntas. Ya sabes cuál es la sentencia para el que mata a un dorado.

Aina sintió que su cuerpo se tensaba al oír las palabras del joven. Su vida estaba junto a Dexter y, sin embargo, sabía que se había convertido en una proscrita. Había matado a un dorado. Nadie podría salvarla. Ni siquiera él.

—Aina —dijo Feren con dificultad. —Dexter se ocupará de todo, tiene el poder para hacerlo.

—No puede —dijo Aina mientras las lágrimas empezaban a surcar su mejilla, su corazón parecía partirse en dos, pero sabía que solo había una solución posible. —El Consejo jamás perdonaría la vida de una maldita que ha matado a uno de los suyos.

—No te vayas. Él te necesita —le dijo Feren en un último susurro antes de caer inconsciente, mientras la extraña magia del plateado empezaba a curarle. Aina podía sentirlo. Miró a Ethan, con mil preguntas en la cabeza, pero sin saber por dónde empezar.

—Tenemos unos cinco minutos antes de que sea realmente difícil salir de la ciudad sin ser vistos. —Ethan la miró con aspecto inseguro, pero le tendió la mano y Aina se la tomó, sintiendo una extraña corriente con el tacto de su piel. La mano de él era fría, a diferencia de la piel de los dorados, pero sintió una calidez que nada tenía que ver con la temperatura de él. Sus miradas se cruzaron y Aina sintió dentro de ella una paz y una calma que hacía mucho tiempo que no encontraba. Le siguió a través de las sombras de los callejones, sin preguntarle siquiera hacia donde se dirigían, sintiendo que se había convertido en un autómatas, que se limitaba a seguir un camino, sin pensar donde sus pasos la estaban llevando. Ethan se paró cerca de la muralla y le ayudó a alzarse sobre los tejados. Aina lo siguió sin dificultad, pero tenía la sensación de que el corazón se le partía en pequeños pedacitos cada paso que daba alejándose de allí. Dexter. Las lágrimas empezaron a caer sin pausa, rodando por las mejillas que Vladimir le había cortado, desfigurando parte de su rostro. Fue un llanto silencioso, mientras escapaban del lugar. Pudo

escuchar como encontraban a Feren y chillidos de alarma al ver los cadáveres de los mestizos y los dorados a su lado. Pudo sentir a Dexter cerca, de alguna forma. Escuchó su voz llamarla en un único y doloroso grito. Dexter había sentido que ella corría peligro, aunque había llegado demasiado tarde. Huir de allí, escuchando su grito lleno de dolor, le desgarró el alma. Pero no tenía otra opción. Había matado a un dorado. Se convirtió en una sombra siguiendo los pasos del plateado. Su mente se había quedado en blanco, una defensa invisible del dolor que anidaba en su interior. Debería de haberse sorprendido de la facilidad con la que el plateado salteaba los desniveles de los terrados, como la ayudó a descender la muralla y lo rápido y seguro que fue salir de la que se suponía, era una de las ciudades más seguras del Reino. Sin embargo, su cabeza estaba embotada y su corazón sangrando. La voz de Dexter resonaba en su cabeza a cada paso, y en varias ocasiones estuvo tentada de dar media vuelta y volver a su lado. Pero su extraño acompañante la seguía instando a caminar, a seguir, a luchar por mantener su vida. Volver era morir. No fue consciente, sumida en una especie de trance en el que su cuerpo actuaba sin que su mente fuera apenas capaz de participar en todo lo que sucedía, en qué momento apareció una majestuosa yegua de gruesas patas, ni cómo se encontró montada sobre su lomo, con Ethan a su espalda, corriendo a la velocidad del viento, alejándose de Do-Urh. Sintió como el frío envolvía su piel y advirtió, finalmente, que habían entrado en territorio de los hijos de Argentum. La nieve empapaba todo el paisaje, aunque no habían ascendido por las montañas, al menos que ella recordara. Sus recuerdos eran vagos, como si los últimos minutos, o quizás fueran las últimas horas, fueran borrosos. El caballo caminaba tranquilo, después de la frenética carrera. El sol estaba ya lo suficientemente alto como para que hubiera pasado el mediodía, pero no sentía hambre. Su estómago se había convertido en una piedra. La capa que la cubría era cálida, pero su cuerpo no estaba acostumbrada a aquellas temperaturas. Ethan sintió cuando empezaba a temblar levemente y la acercó un poco más contra su cuerpo, de forma que Aina apoyara su espalda sobre su pecho y pudiera gozar de un poco más de calor. Aunque el cuerpo del hombre era frío, un recordatorio silencioso de que había grandes diferencias entre ellos. Cuando el cuerpo de Aina empezó a temblar ya sin reparos, el joven empezó a frotarle los brazos. Aina vio el humo de una chimenea a lo lejos y sus esperanzas aumentaron, cuando observó una vieja cabaña con unas pequeñas cuadras. El plateado se acercó a las cuadras y entró en ellas como solo hace una persona que conoce el lugar y está acostumbrado a hacer eso. Se sacudió la cabeza y las trenzas vibraron con el movimiento, dejando caer pequeños copos de nieve que se habían posado sobre ellas de forma perezosa, al no llevar capucha alguna. Ayudó a Aina a bajar, depositándola en el suelo con sumo cuidado, como si considerara que era una cosa frágil y temiera que pudiera lastimarse con el más mínimo golpe. Ridículo, teniendo en cuenta que la había visto matar a un hombre tras enfrentarse a él con la pericia de una guerrera y no la de una mujer indefensa. Aunque ahora Aina no se sentía capaz siquiera de levantar una espada. Aina observó las cuadras. Había tres caballos más, pero ninguno de ellos tenía la belleza o era comparable a la hermosa montura con la que habían llegado. Sus huesos eran firmes y su porte magnífico. El plateado la observó durante unos segundos, con mirada aprobatoria, antes de volver a empezar a hablar.

—Ésta es Estrella —dijo finalmente Ethan mientras le frotaba el lomo al caballo y con una esponja mojada limpiaba su piel, tras sacarle la montura mientras Aina seguía quieta, en el mismo lugar en el que la había colocado tras bajarla del caballo. —Tardaran en aceptar que hemos salido de la ciudad. Eso nos da un par de días de margen como mínimo, aunque ningún dorado se adentraría en nuestras tierras, ni siquiera para imponer la Ley.

—¿Que voy a hacer? —dijo Aina mientras se dejaba caer finalmente sobre un montón de heno

que había cerca, sumida en sus propios pensamientos.

—De momento vamos a intentar conseguirte algo de ropa de abrigo, antes de que te mueras de hipotermia. Estrella necesita descansar y tú seguramente te encontrarás mejor con algo de comida caliente —dijo él mientras se giraba para mirarle a los ojos con aspecto serio, pero decidido. — Partiremos cuando el Sol empiece a ponerse para alejarnos al máximo de la frontera.

—¿De noche? —preguntó Aina sorprendida.

—¿No me dirás que tienes miedo a la oscuridad? —le preguntó con una sonrisa divertida, pero mirada sorprendida mientras alzaba ambas cejas de forma interrogativa.

—No —dijo ella al fin. —Pero es poco habitual, al menos entre los dorados.

—Los plateados tampoco son muy fanáticos de la noche, la oscuridad y todo eso. —admitió él finalmente.

—Gracias —dijo Aina finalmente, mientras una pequeña sonrisa asomaba a sus labios, aunque sus ojos seguían entelados por la tristeza. —Por ayudarme con los guardias y sacarme de allí antes de que me ejecutaran.

—Tantas veces como haga falta —le dijo él con una sonrisa alegre, mientras sus ojos se clavaban en los de ella y Aina no podía evitar sentir como una pequeña chispa nacía en el vacío que había anidado en su corazón.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó Aina mientras dejaba que el aire llenara sus pulmones, repleto de un olor dulce y fresco que recordaba a las cumbres.

—Nunca me han caído demasiado bien los dorados —dijo él finalmente. —Creen que su cultura es la única válida y menosprecian al resto de razas. Una de sus vidas no tiene el mismo valor para mí que para ti.

—Mi vida tampoco tiene valor para ti entonces —dijo Aina y añadió —Pero participaste en la lucha y te expusiste a ser apresado por ayudarme. Incluso ahora, si decidieran perseguirme, llegarían a ti si te mantienes a mi lado. Un plateado en su tierra es un objetivo difícil de localizar, pero una dorada en medio de la nieve es un blanco fácil.

—Suena casi como una buena broma —le dijo Ethan con mirada divertida. —Hace años que me dejo llevar por los impulsos. No soy un plateado estándar, podría decirse. Igual que tú no eres una dorada cualquiera —le contestó con una silenciosa inteligencia en su mirada, con secretos ocultos en sus palabras. —Iremos a mi casa, perdida en medio de la nada. Allí podemos instalarnos el tiempo que sea necesario sin temer por las miradas indiscretas de plateados o dorados. Cuando todo lo que ha pasado se convierta en un mero recuerdo, veremos cuál será el siguiente paso. Supongo que puede ser difícil para una dorada confiar en un plateado, pero no es como si tuvieras muchas más opciones.

—La amabilidad no es uno de tus puntos fuertes —le dijo Aina mirándole con firmeza.

—Nunca he necesitado ser amable, supongo que no tengo la costumbre —dijo tras unos segundos de meditar sus palabras. —Supongo que quería decir que puedes estar tranquila, quiero que estés bien. No estoy acostumbrado a estar acompañado, pero voy a protegerte. Nadie va a hacerte daño. Te lo prometo.

—Confío en ti —dijo Aina tras escuchar la extraña confesión del plateado, sin poder evitar que su corazón sintiera una suave calidez mientras la tristeza de la ausencia de Dexter acechaba de nuevo en lo más profundo de su ser. Pensó en el joven plateado que había matado a un dorado, asegurándose una muerte lenta y dolorosa en caso de que dieran con él, simplemente por un instinto que le había instado a protegerla. A veces los sentimientos y las sensaciones no tenían por qué ser coherentes, pero el corazón encuentra sus propias respuestas, antes incluso de conocer las

mismísimas preguntas. —Aunque no entiendo por qué.

—El tiempo trae las respuestas —le dijo Ethan con voz suave, melodiosa. No parecía para nada el hábil luchador que había estado a su lado, unas horas antes. —Pero se debe de tener la fortaleza adecuada para poder aceptarlas.

La cólera de un Rey

Dexter pudo sentir que Aina estaba en peligro, como si sintiera la ansiedad de ella, sus miedos. Corrió por los tejados de Do-Urh, su ciudad, sin tener muy claro a donde debía ir. Buscó entre las sombras, escuchó los ruidos a su alrededor, hasta que escuchó un chillido de alarma, cerca de una de las bibliotecas de Do-Urh que Feren y Aina solían frecuentar. Cuando llegó, las primeras antorchas iluminaban el que parecía el escenario de un feroz combate. Había cinco personas alrededor de múltiples cuerpos y sintió una ansiedad creciente mientras se deslizaba en el centro de aquella carnicería, donde la sangre salpicaba los adoquines por doquier. Reconoció el rostro de Vladimir y sus dos fieles secuaces, sintiendo un odio feroz que ardía dentro de él. Varios guardias intentaban hablar con él, pero Dexter no era capaz de fijar sus palabras. Tres cuerpos más. Dos varones mestizos. Y una mujer, se acercó a ella, sintiendo el miedo correr por sus venas, mientras la guardia de la ciudad empezaba a rodear la zona, limitando el acceso a otros habitantes. Era una mestiza. Pudo sentir que aún vivía, aunque nadie le prestaba atención. Tenía la cara completamente deformada, con varios huesos rotos y la sangre teñía sus ropas.

—¡Un sanador! —rugió Dexter y apareció a su lado al momento dos sanadores que lo miraron con expresión miedosa. —Ocuparos de ella, la quiero en el registro, vigilada, pero sana y salva.

—Si Milord. —dijeron los dos mientras se arrodillaban al lado de la mestiza y empezaban a valorar los daños que había sufrido.

Se acercó a Feren, atendido por varios sanadores que le indicaron que estaba inconsciente, pero parecía fuera de peligro.

—Llevadlo al registro, atendedlos a los dos allí —dijo finalmente, sintiendo que el mundo giraba alrededor suyo, mientras miraba en dirección a los tejados, esperando que Aina estuviera en ellos, en algún sitio. Lanzó un único grito, sin importarle lo que la gente a su alrededor pudiera pensar. —¡Aina!

Esperó durante unos segundos, mirando a su alrededor, esperando notar un movimiento, por pequeño que fuera. Tendría que buscarla. Esperaba que no estuviera herida. Solo de pensarlo sentía un nudo en el estómago, un miedo atroz como jamás había sentido. Empezó a caminar en dirección a la oscuridad, pero sintió una mano familiar apoyarse sobre su hombro. James.

—Ha sabido defenderse —le dijo James con mirada firme y segura. —Dexter, ahora no puedes desaparecer detrás de ella. Tienes que aclarar lo que ha pasado aquí, limpiar su nombre ante Do-Urh y ante el Consejo. Una vez hecho, yo te cubriré la espalda y podrás ir a buscarla. La encontrarás. Lo sabes. Pero asegúrate primero de que pueda volver.

—¿Y si está herida? —le preguntó Dexter con mirada ansiosa, sintiéndose por primera vez perdido, en toda su vida.

—No lo está —dijo James tras unos segundos. —No habría podido desaparecer de aquí con tanta facilidad si no fuera así. Y no hay ningún rastro de sangre.

Dexter miró a su alrededor, dejando que su mente y su corazón vagara. Pudo sentir a Aina en la distancia, y no pudo negar que ese sentimiento de pánico que le había asaltado hacía unos minutos había desaparecido. Su mirada se quedó fija en un pequeño objeto, oculto entre las sombras. Se acercó a él, y lo tomó con cuidado. Había visto aquellas correas rodear el cuello de Aina, aunque nunca había tenido la curiosidad de saber que había prendido en él. Abrió la pequeña esfera plana y encontró una brújula antigua, bien calibrada. La miró con curiosidad y sintió el olor y el calor de

Aina en ella. Se lo anudó al cuello y se giró hacia James, con mirada dura.

—Haz que se lleven los cuerpos al registro y que cierren la ciudad. No quiero que nadie salga. Incluidos los miembros de más rango de la Guardia. Voy a intentar hablar con Feren antes de que el Consejo se meta en medio. Te espero en el registro, no tardes.

Dexter se fundió entre las sombras y James se quedó a cargo en el callejón. Tras mostrar su marca, que lo identificaba como la Mano Derecha de Do-Urh para el resto de su vida, nadie puso ninguna objeción a todas sus órdenes. Sus obligaciones habían empezado de la peor forma posible.

Dexter llegó al registro y fue directo a la biblioteca. Las puertas se abrieron al nuevo Rey, y la Mano lo miró con gesto sorprendido, mientras entraba con expresión dura y decidida.

—No te vayas en los próximos días —le dijo Dexter desde la puerta, sin ni siquiera entrar en el que había sido el recinto de paz del mago los últimos años. —Es posible que necesite de los servicios de un mago y no abundan precisamente en el reino.

Sin darle tiempo a contestar, le dio la espalda. Sabía que el mago no tendría más remedio que aceptar su orden. Era un hijo de Do-Urh y él ahora era su Rey. Tenía que actuar rápido, los miembros del Consejo presentes en el propio registro no tardarían en saber lo que había pasado. Y para cuando supieran que había habido una lucha entre dorados, mestizos y la hija maldita del desierto, tenía que estar todo perfectamente ligado para que Aina fuera exculpada. James tenía razón. Preguntó a uno de los Ayudantes del registro dónde habían instalado a Feren y se dirigió a allí sin demora. Al entrar, los sanadores le advirtieron que estaba sanando de forma prodigiosa, atribuyendo el milagro a la reciente marca con la que la Diosa le había marcado, como si ese hecho le hubiera protegido de una muerte sino probable, sí posible. Dexter tenía sus sospechas de que no era precisamente eso lo que hacía que su amigo se recuperara de esa forma, se dijo sonriendo por primera vez aquella noche. Aina. Casi podía sentir su magia, la misma luz blanca que había salvado a James, dentro de Feren.

—Feren, necesito hablar contigo —le dijo, poniendo su mano sobre su brazo derecho, sobre la runa que lo marcaba como su Mano Izquierda, dejó que su magia llegara a él. Feren abrió los ojos y miró a Dexter con curiosidad.

—¿Dexter? —le preguntó sintiendo que el dolor despertaba, al salir de aquel sueño reparador.

—¿Aina estaba herida? —fue la primera pregunta que Dexter le hizo, mirando a Feren a los ojos, no quería una respuesta piadosa o compasiva, necesitaba saber la verdad.

—Vladimir —dijo él finalmente —le hizo varias heridas, pero ninguna de ellas grave, creo. ¿Se ha ido?

—Sí —dijo Dexter en un susurro, pero sin dejar que sus miedos y su pena llegaran a su mirada. —Necesito que me cuentes con todo el detalle que puedas lo que ha pasado. Todo.

—Queríamos ir a buscar a James, estábamos seguros de que él sería la Mano Derecha. — Dexter hizo un gesto afirmativo con la cabeza, mientras Feren cogía aire con dificultad, pero sin quejarse del dolor que Dexter sabía que sentía por dentro. —Vladimir, Albus y Joseph nos rodearon. Querían a Aina. Intenté disuadirlos. Les mostré que ahora era la Mano Izquierda, intentando aplacar su rabia, intentando que nos dejaran tranquilos.

—¿Qué hicieron ellos cuando les mostraste tu runa? —le preguntó Dexter con mirada inteligente, mil ideas recorrían su mente al mismo tiempo.

—Albus marcó su espada en mi espalda, me giré de forma brusca y conseguí golpear su arma con el pie, no sé bien cómo, pero eso le hizo enfadar mucho. Cargó contra mí, empujándome a una pared.

—Te fracturó varias costillas, por lo menos —dijo Dexter con un gesto afirmativo. Había sido un arrollamiento parecido al de un ariete, incluso la pared había quedado marcada con la contusión del cuerpo de Feren, sin armadura alguna, contra ella.

—Albus había levantado la espada contra mí de nuevo, mientras intentaba levantarme. Aina saltó sobre su espalda y empezó a arañarle la cara. Joseph llegó a ella y la cogió por la espalda, bloqueándola. Vladimir reía. Jamás había visto tanto odio en alguien.

—¿Qué pasó a continuación? —le preguntó Dexter, sintiendo que su sangre hervía dentro de sus venas.

—Vladimir empezó a insultar a Aina. Le rajó la cara, en las dos mejillas.

—Cómo le hice yo en nuestro duelo —dijo Dexter sintiendo una ansiedad creciente dentro de él. Todo aquello era en parte culpa suya. Envidia. Odio. Vladimir no había sido tan estúpido como para ir a por él, pero no había tenido ningún problema en ir a por Feren y a por Aina. Jamás había sentido que su odio pudiera llegar hasta ese extremo. Casi deseaba que Vladimir estuviera vivo, para poder torturarlo a su antojo, disfrutando de ello. Bloqueó aquellas emociones y miró a Feren, sin expresar nada. —Continúa.

—Le rasgó la ropa con su espada —dijo Feren en un susurro mientras Dexter sentía un nudo debajo de su tórax, como si incluso respirar le costara. —No sé qué le habría hecho, pero apareció una mestiza. Golpeó a Vladimir en la espalda con algo. Albus fue a por ella, pero salieron de la nada dos hombres con espadas y creo que lo mataron.

—Continúa —le dijo Dexter, los mestizos habían dado su vida para ayudar a Aina. Y a Feren.

—Joseph dejó a Aina y él y Vladimir fueron a por los dos hombres. Creo que la mestiza le lanzó la espada de Albus a Aina. No estoy seguro, pero de repente los hombres estaban tendidos en el suelo y Aina enfrentaba a Vladimir mientras Joseph golpeaba a la mestiza con los puños, sin piedad. Hubo un momento que pensé que Aina intentaba huir, pero lo que hizo fue coger una de las espadas de los hombres que habían caído para enfrentarse a los dos guardias a la vez. No sé si hubiera podido aguantar aquello mucho tiempo, pero entonces apareció un hombre, como si se hubiera aparecido de la nada.

—¿Un mestizo? —le preguntó Dexter, podía sospechar que los mestizos trabajaban para alguien, y podía suponer quién era ese alguien. Era menos arriesgado preguntar por un mestizo que por un salvaje. De momento. Feren negó con la cabeza.

—Un plateado —dijo en un susurro, tras inspirar aire con dificultad y las pupilas de Dexter se dilataron. ¿Qué hacía un plateado dentro de las murallas internas de Do-Urh a esas horas de la noche? Aquello cada vez se complicaba más. —Se enfrentó a Joseph como si aquello no le supusiera ningún esfuerzo, mientras Aina luchaba con Vladimir. Los dos guardias cayeron casi al mismo momento.

—Aina mató a Vladimir y el plateado a Joseph —dijo Dexter con una voz suave, para nada crítica. Pero un plateado dentro de Do-Urh. Luchando en una lucha entre dorados. Matando a un dorado. No tenía ningún sentido. Aunque fuera una locura, era más posible que hubiera sido Greg. O algunos de sus hombres. A la noche, podía ser difícil diferenciar el color de la piel. —¿Estás seguro de que era un plateado?

—Cuando acabó el combate le tendió su capa a Aina, para que pudiera cubrirse —dijo Feren con un pequeño gesto afirmativo. —Y Aina, creo que le conocía.

—Aina tiene amigos de lo más extraños —dijo Dexter con una pequeña sonrisa, no sabía quién era aquél plateado ni que hacía vagando dentro de la ciudad de Do-Urh a esas horas. Pero había ayudado a Aina. El resto era secundario.

—Ethan —dijo Feren buscando en su memoria. —Pero hay algo más.

—Soy todo oídos —le dijo Dexter con una mirada tranquila, sabía que Feren estaba haciendo un gran esfuerzo.

—Creo que yo no estaba bien —le dijo Feren. —Cuando tosía, sangraba por la boca y el dolor era cada vez más insoportable. El plateado se acercó a mí y sus pupilas se volvieron negras como la propia noche, miles de pequeñas chispas blancas en ellas. En sus manos apareció una luz blanca, que guio hasta mi interior. Y el dolor empezó a disminuir. Solo entonces Aina aceptó huir, con él.

—No podías hacer nada, Feren —le dijo Dexter poniendo su mano sobre su hombro, con cuidado. —Mañana pediré que testifiques delante de los miembros del Consejo que tenemos aún como invitados y de la antigua Mano de Do-Urh. Di la verdad, tal y como me la has contado, de cómo se ha desarrollado el combate. Pero intenta no pensar en la magia del plateado, o en el hecho de que Aina lo conociera.

—Haré lo que pueda —dijo Feren desde la cama, con aspecto cansado.

—Descansa —le dijo a Feren mientras salía de la habitación, dejando que los sanadores volvieran a entrar a asistirle. Un plateado con la misma magia que Aina. Confirmaba que no era magia de Aurum, eso estaba claro. ¿Pero qué significaba todo aquello? ¿Quién era Ethan? ¿Y qué significaba ella para él? Había matado a un dorado. ¿Sabía que había en Aina la misma magia que él poseía? ¿Lo sabía ella de él? Sintió una presión en el pecho, al pensar en la cantidad de secretos que había alrededor de Aina y que, pese a su proximidad, él desconocía. Dolía. Cuando acabara todo aquello. Cuando fuera a buscarla. Le haría prometer que nunca más habría secretos entre ellos. Se tocó la cicatriz que le unía a ella. Su calidez le reconfortó. Tenía que ir a mirar los cuerpos de los muertos. No podía haber ninguna duda sobre lo que había pasado. Encontró a James, buscándole por uno de los pasillos.

—Eso es demasiado grande —le dijo haciendo una mueca.

—Será mejor que nos acostumbremos rápido —le dijo Dexter con expresión dura. —Necesitamos alguien de confianza para que revise los cuerpos. He podido hablar con Feren. Vladimir y los suyos les tendieron una emboscada. Los mestizos intentaron ayudarles.

—Fueron valientes, enfrentando a tres miembros de la Guardia —dijo James, sintiendo rabia al pensar que alguien de su gremio hubiera actuado de aquella manera. Era una deshonra para todos ellos.

—Vamos a hacer limpieza en la Guardia de Do-Urh, créeme —le dijo Dexter con mirada fría y calculadora. —Voy a ver a la mestiza. Ocúpate de que alguien revise los cuerpos, he ordenado traer las espadas que se encontraron, que revisen que heridas coinciden con cada arma. Hemos de atar todos los cabos sueltos.

Dexter entró en la zona de servicio del registro, mientras varios mestizos lo miraban con las pupilas dilatadas. Dos sanadores dorados estaban junto a la mestiza, que tenía la cara completamente desfigurada, aunque parecía joven. Posiblemente había sido hermosa. Antes de arriesgar su vida por Aina. Estaba en deuda con ella. Y con sus compañeros caídos. Una mestiza algo mayor estaba sentada a su lado, cogiéndole la mano. Dexter miró a los sanadores con expresión dura y les hizo un gesto para que le informaran del estado de la chica.

—Está estable —dijo uno de ellos, bajo la atenta mirada de Dexter, sus palabras parecían salir con dificultad. —Los órganos vitales no han sido dañados, aunque puede que de los golpes sufra sangrado en la cabeza en los próximos días. Si eso no pasa, vivirá.

—Quiero un sanador a su lado, día y noche, hasta que se recupere —dijo Dexter con mirada

firme. —Esta mestiza ha salvado la vida de mi Mano. Dadle el trato que se merece.

Los sanadores miraron a Dexter, haciendo un gesto afirmativo. Dexter sabía que harían todo lo posible por ella, para ganarse el favor del nuevo Rey. Solo el destino podría decidir el resto. Miró a la mujer mayor, que estaba al lado de la chica y como una lágrima caía por su mejilla. Aina sabría qué decirle. Qué palabra sería la adecuada para consolarla. Él se limitó a mirarla y hacer un pequeño gesto afirmativo en su dirección. La mujer inclinó la cabeza, en una pequeña reverencia, cargada de emoción. Dexter se alejó de allí, bajo la atenta mirada de los ayudantes del registro.

Salió a los tejados del registro, para respirar aire puro durante unos minutos. Su primera noche como Rey. Lejos de Aina. Las estrellas brillaban en el negro cielo, ajenas a su sufrimiento. Sintió en ellas cierto consuelo. ¿Estaría Aina mirándolas en aquel momento? ¿Pensando en él? Esperaba que el plateado supiera lo que se hacía. Si habían conseguido salir de la ciudad, de lo que estaba casi convencido, lo más probable es que se internaran en tierras plateadas. ¿Quién era él? No podía evitar sentir cierta ansiedad al pensar en aquello. Alguien como Aina. Con su misma magia. Sentía que el hecho de que ambos tuvieran esa conexión, le desagradaba. No le gustaba que Aina compartiera algo con otra persona. Sabía que era un pensamiento posesivo, irracional. Pero no podía evitarlo. La amaba. Y su corazón sangraba.

Se sentó en la sala del Trono, con James a su lado. Había hecho llamar al mago y a Lady Arcada, como representante del Consejo. Mejor que fueran ellos los que hicieran el primer movimiento. Lady Arcada entró en la sala, con gesto preocupado. Quizás los rumores ya habían llegado, quizás no esperaba que Dexter asumiera de forma tan rápida su autoridad como Rey. Aunque sospechaba de lo que era capaz, de eso estaba seguro.

—Es una suerte disponer de un miembro del Consejo en Do-Urh en una trágica noche como ésta —dijo Dexter con mirada dura, fría. —Esta noche tres guardias de Do-Urh han intentado asesinar a mi Mano Izquierda. Los tres han muerto, pero este acto de traición no va a quedar silenciado.

—¿Tres dorados muertos? —las pupilas de Lady Arcada se dilataron en estado de shock, Dexter la miró con expresión dura.

—Y más que serán juzgados. —añadió con voz dura. —No voy a permitir que en mi ciudad no se respete la autoridad de mis Manos. He hecho llamar a mi Mano y quiero que testifique delante del Consejo, porque este agravio no puede quedar impune. La antigua Mano de Do-Urh, aquí presente, ha aceptado hacer el interrogatorio, para que la verdad de las palabras de mi Mano jamás pueda ser cuestionada.

—Por supuesto —dijo Lady Arcada mientras tomaba asiento en uno de los laterales de la sala, mirando al mago con respeto. Lady Arcada era suficientemente mayor y había conocido a suficientes magos como para saber de su poder. Y sus habilidades mentales.

Dexter hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y un Ayudante abrió la puerta para que Feren pasara a la sala, sentado en una silla que dos ayudantes transportaban, acompañado de dos sanadores. Tenía mejor aspecto que hacía unas horas, pero aún respiraba con cierta dificultad.

—Vosotros estuvisteis presentes cuando encontraron a la Mano —dijo Dexter. — Quiero que expliquéis exactamente en qué estado estaba.

—Tenía varias costillas fracturadas —dijo uno de los sanadores, mirando a Lady Arcada y al mago. —Es posible que tuviera un pulmón perforado, tosía sangre. Su recuperación es un milagro de la Diosa.

El mago hizo un gesto afirmativo con la cabeza y miró a Feren con curiosidad. Dexter le hizo

un gesto afirmativo y Feren empezó a revivir el horror que había vivido hacía apenas unas horas, intentando centrar su mente en cada uno de los detalles de lo que iba recordando, pero sin dejar que su mente vagara desde la distancia. El mago le fue haciendo preguntas y Feren contestó con toda la sinceridad posible. Lady Arcada parecía hiperventilar mientras la historia iba formándose. Un favorito dorado retando a la Mano Izquierda, ignorando su autoridad, hiriéndole a conciencia. Cuando Feren acabó su historia, el mago parecía impresionado. Lady Arcada podía estar pensando en mil cosas en esos momentos. Tres dorados menos. Un plateado en medio de las calles de Do-Urh, en plena noche. Traición. La hija maldita huyendo de Do-Urh. Suficientes problemas como para no centrarse solo en uno de ellos. Dexter hizo pasar al sanador que había estado revisando los cuerpos y sus explicaciones parecían sobreponerse correctamente con lo que había explicado Feren. Más o menos. Pero lo suficiente como para apoyar su historia. Eso y la presencia del mago, capaz de leer en la mente de todos los citados, era una garantía de que la verdad, no la verdad que al Consejo podía interesarle, sino la real, ganaría aquella batalla.

—Lady Arcada. —la llamó Dexter. —Va a entrar en la sala Sir Thomas de Do-Urh, principal protector y líder actual de la Guardia de Do-Urh. Creo que es responsabilidad suya lo sucedido esta noche. Por potenciar este tipo de comportamiento o por no ser consciente del tipo de traidores que había bajo su tutela. Mi Mano podría haber muerto si no hubiera sido por el valor de unos mestizos, una dorada maldita y un plateado. La seguridad de mi Mano debería estar en la Guardia. Y no a la inversa. Es una aberración del orden natural de nuestro pueblo. Y lo acuso a él como máximo responsable de todo lo sucedido.

James miró a Dexter con admiración. Si el Consejo necesitaba alguien a quien culpar de todo aquello, se lo estaba sirviendo en bandeja. Dexter hizo un gesto afirmativo y Sir Thomas entró, escoltado por dos guardias. Miró al nuevo Rey con una expresión de odio, que suavizó levemente mientras entraba en la Sala. Feren se había sentado al lado Izquierdo de Dexter, con un sanador de pie a su lado.

—Milord —dijo Sir Thomas haciendo una pequeña reverencia.

—¿Lady Arcada? —dijo Dexter mirando a la veterana miembro del Consejo, que se levantó de su asiento, mirando al hombre.

—Se le acusa de conspiración en un acto de rebelión y traición —dijo ella lentamente, mientras el rostro de Sir Thomas empezaba a mostrar nerviosismo. —Tres jóvenes guardias muertos. Desafiaron a la Mano del Rey, le hirieron de gravedad, y solo la Diosa y el destino quiso que él sobreviviera. Como máximo responsable de la guardia, se le considera responsable del comportamiento de sus pupilos. Será degradado a guardia raso y pasará a servir en la Ciudad de Oro, bajo la supervisión de un Maestro.

—Finalmente sus ansias de poder le han hecho caer —dijo el mago, mirando a Sir Thomas, como si de alguna manera, hiciera tiempo que desconfiaba de él, de alguna manera. Lady Arcada hizo un gesto afirmativo, como si las palabras del mago la animaran en su decisión. Dos guardias acompañaron a Sir Thomas al exterior.

—Do-Urh necesita un guardia cuyo honor no sea discutible, que sanee una guardia cuyos valores y el respeto a la autoridad se han perdido y cuya eficacia es dudosa, si tenemos en cuenta que un plateado andaba libremente por nuestras calles entrada la noche —dijo Dexter a Lady Arcada y ésta hacía un gesto afirmativo. —Me he permitido la licencia de hacer llamar a alguien que creo podría asumir tal responsabilidad.

Lady Arcada lo miró con gesto curiosos. James hizo un gesto afirmativo a un Ayudante e hicieron pasar a Sir Anthony Jobs al interior de la sala. Miró a Dexter con desconfianza. Que

estuviera el mago y Lady Arcada, no tenía demasiada buena pinta.

—Sin Anthony Jobs ha servido honradamente en la Guardia, tiene contacto con otros Maestros de ciudades próximas y su currículum es intachable —dijo Dexter mirándolo con dureza, pese a sus alabanzas. —Lo reclamo como responsable de la Guardia de Do-Urh y quiero que mi mano Derecha supervise todo el proceso hasta que podamos confiar plenamente en nuestra guardia.

—Es una responsabilidad considerable —dijo Lady Arcada mirando a Sir Anthony. Era un guardia ya entrado en años pero no podía negar que cumplía todos los requisitos que el nuevo Rey de Do-Urh requería. —Parece ser que se ha ganado la confianza del Rey.

—Es un honor y una gran responsabilidad —dijo él finalmente, mirando a Dexter con mirada tranquila, cargada de una silenciosa sabiduría.

—Así sea —dijo Lady Arcada.

—Una última cosa —dijo Dexter mientras miraba a Lady Arcada. —La mestiza y la hija maldita del desierto recibirán una condecoración por su actuación esta noche. La vida de mi Mano bien lo merece.

—El Consejo no puede hacer eso —dijo Lady Arcada, mirando a Dexter.

—Entonces lo haré yo, si el Consejo me lo permite. —dijo Dexter tras unos segundos en los que ambos se sostuvieron la mirada. —Si vive, la mestiza vivirá en el registro y se le eximirá de sus obligaciones y a la maldita se le dará el nombre de Hija Maldita de Do-Urh, para el resto de su camino.

—De acuerdo —dijo Lady Arcada tras escuchar las palabras de Dexter, haciendo un gesto afirmativo y alejándose de allí. Una vez había salido, el mago se puso de pie para salir de la sala del trono. Antes de llegar se giró hacia ellos.

—Habrás tres días de luto antes de la coronación, por los tres dorados muertos —dijo mirando a Dexter. —Pese a su traición, eran hijos de Do-Urh y el pueblo también merece llorarlos.

—Con un solo día sería más que de sobra —le contestó Dexter con mirada sombría.

—Has demostrado que vas a ser un Rey fuerte. En apenas unas horas de ser Rey acabas de destronar al máximo representante de Do-Urh en la Guardia, conseguido que el Consejo perdone de cualquier culpa a la mestiza y a tu amiga, además de usar el Don de un viejo mago según tus necesidades —le contestó él con mirada paternal. —Creo que también debes mostrar tu piedad. Esos chicos crecieron en estas calles. Deja que su gente pueda llorarlos.

—Con una condición —dijo Dexter tras mirarlo atentamente, durante unos segundos. —Necesito dos espejos hermanos.

El mago miró a Dexter alzando una ceja, sorprendido por su petición y una pequeña sonrisa curvó sus labios. Sería un Rey justo. Un Rey fuerte. Aunque sus Manos iban a tener que llevar una parte no pequeña de su carga. Dexter era un explorador y ahora que había liberado a Aina de cualquier culpa, estaba seguro de que iría en su búsqueda.

—Veré lo que puedo hacer —le dijo finalmente, haciendo un gesto afirmativo, mientras salía de la sala. Dexter despidió al sanador de pie junto a Feren con un gesto de la cabeza y finalmente solos, Dexter, James y Feren se miraron, sentados en la presidencia de la gran Sala del Trono.

—Aquí estamos —dijo James con mirada calmada. —No se puede decir que imaginara que nuestro reinado empezaría exactamente así.

—Yo tampoco, créeme —dijo Dexter frotándose la cabeza, no había dormido en toda la noche y necesitaba recargar su energía. Tres días encerrado allí, sin poder ir a buscar. Aquello había sido como un castigo silencioso. Los rastros se perderían y encontrarla podría convertirse en algo arduo. Palpó la calidez de la brújula de Aina, bajo sus ropas. Necesitaba ayuda. Sacó la brújula

de debajo de su ropa, mirando su sencilla belleza. —Feren necesito que busques todos los mapas que dispongamos de las Tierras de Argentum.

—¿Crees que se habrá llevado a Aina allí? —le preguntó Feren haciendo un gesto afirmativo.

—Es lo más probable —dijo James haciendo un gesto afirmativo. —Hacia las cumbres, lejos de los poblados.

—Tengo que hablar con la mestiza —dijo Dexter levantándose. —James, ocúpate de ayudar a Sir Anthony con la guardia. No todos van a estar contentos con lo que ha sucedido esta noche. No quiero que cuando marche puedas encontrar problemas. Tienes tres días.

James hizo un gesto afirmativo con la cabeza, mientras Dexter se levantaba.

—Dexter —le llamó Feren antes de que saliera de la habitación. —Lo he estado pensando. Iris ha estado en contacto con varios plateados estos días, un grupo de mercaderes y herreros cuyo trabajo le impresionó bastante. No sé si es importante, pero creo que debías saberlo.

—Ocúpate de que venga con Thor y habla con ella —le dijo él haciendo un gesto afirmativo con la cabeza. ¿Un comerciante? ¿Un herrero? Enfrentándose a un guardia experimentado como Joseph. Era poco probable. Aunque Aina no tenía gremio alguno y había vencido al favorito de la guardia de Do-Urh, ella sola. Nada era imposible.

La mestiza había despertado a primera hora de la mañana. Los ungüentos de los sanadores y los brebajes que le estaban administrando parecía que calmaban parte del dolor, aunque Dexter no pudo evitar sentir repulsión por lo que los guardias habían hecho con ella. No quería pensar lo que podrían haberle llegado a hacer a Aina, si no hubiera sido capaz de defenderse. Si los mestizos no hubieran dado sus vidas o el plateado no hubiera aparecido. Extraños aliados. Dispuestos a dar su vida por ella. Tenía que conseguir algo de paz en su interior, pero sospechaba que no lo lograría hasta tener a Aina de nuevo entre sus brazos. En el sitio donde debía estar, el resto de su vida. Su esposa. Su vida. Hizo salir a los sanadores de la habitación donde reposaba la mujer, que lo miraba con aspecto sorprendido. Dexter dejó que la mujer mayor se quedara en la habitación. No quería que ella se sintiera acorralada.

—Has sido valiente —le dijo finalmente, intentando que su expresión dura se suavizara, aunque la ansiedad que sentía no ayudaba especialmente. —El pueblo de Do-Urh está en deuda contigo, por defender la vida de la Mano Izquierda. Y yo estoy en deuda contigo por defender a la Maldita. Los cuerpos de vuestros compañeros están abajo en el registro, podréis disponer de ellos, para enterrarlos y llorarlos como consideréis.

—Gracias —dijo en un hilo de voz la joven mestiza, su cara desconfigurada pero una mirada inteligente, madura, en sus ojos.

—Necesito hablar con Greg —dijo finalmente Dexter, las pupilas de ella parecieron dilatarse durante una milésima de segundo y pudo sentir la tensión de la mujer mayor, a su lado. —Sé que él sabrá encontrarme.

No esperó a que le contestaran, salió de la habitación. Hasta donde llegaba la influencia del salvaje, era un misterio. Pero no perdía nada en intentar usar esa red de espías y de secretos, a su favor. Salvajes. Mestizos. No tenía claro en qué momento se había creado esa sociedad, como una red secreta que controlaba los movimientos de los hijos de Aurum, desde el silencio, desde las sombras. Los dorados eran demasiado orgullosos como para ser conscientes de algo así. Era impresionante. Y casi aterrador.

La noche antes de la coronación, el Rey y sus Manos estaban acabando de revisar toda la información que habían conseguido reunir de las tierras de Argentum. Los mapas, dispersos sobre el escritorio, parecían corresponderse unos con otros, aunque había sutiles diferencias entre ellos.

Dexter levantó la cabeza, segundos antes de que entraran por la ventana tres hombres, corpulentos. James se tensó a su lado y Feren se levantó de su silla, mirando con los ojos desorbitados a los intrusos. Su piel, suavemente tostada por el sol, estaba enmarcada con pequeñas cicatrices. El que estaba en el centro miró a Dexter con una sonrisa prepotente, ignorando el movimiento sutil de James, desenfundado su espada.

—Los he visto más rápidos —dijo Dexter mirando a Greg, con expresión dura, ya casi sospechaba que los salvajes harían oídos sordos a su llamada. —Guarda la espada James, confía en mí.

—La supuesta pareja de la gatita —dijo Greg mirando a James claramente divertido ante la tensión latente que había en el guardia. Sin darse prisa, Greg se acercó a ellos, para nada intimidado, mientras sus dos hombres se quedaban al lado del marco de la ventana. Dexter reconoció a uno de ellos. —¿Mapas de tierras de Argentum? Sorpréndeme.

—Esperaba que fueras tú el que me sorprendiera —le dijo Dexter apoyándose sobre el respaldo de su silla, mostrándose tranquilo con todo aquello.

—Supongo que me excusaras de hacer una reverencia o algo así, ahora que eres Rey. No me van los formalismos —le dijo Greg mientras se sentaba en la silla vacía a su lado, rozando levemente su cuerpo al pasar al lado de James, disfrutando de la silenciosa provocación y la tensión creciente del guardia. —¿Por qué será que el primer instinto de la mayor parte de dorados a los que he conocido es clavarme una espada en el corazón?

—Porqué eres engreído y algo insoportable —le contestó Dexter con un suspiro cansado, Greg hizo una mueca mientras sus compañeros salvajes reían por lo bajo las palabras del dorado.

—Me he tomado un poco de tiempo para intentar tener algo útil que aportar, he supuesto que no era mi encantadora compañía precisamente, lo que querías —le dijo Greg con una sonrisa.

—Siempre tan listo —le contestó Dexter alzando una ceja. Casi se estaba divirtiendo. Y mirando a sus amigos, les mostró las dos sillas libres enfrente de Greg, de forma que él quedaba en la cabecera de la mesa, con Greg y los salvajes a un lado y sus dos fieles Mano al otro. —James, Feren, os presento a Greg. Lamento decir que es amigo de Aina. Muy a mi pesar.

—Creo que recuerdo al chico —dijo Greg. —Acompañaba al anciano y a Aina de camino a Do-Urh.

Dexter se movió rápido cuando James se levantó de la mesa, como movido por una inercia no controlada. James sintió una descarga de rabia, incontrolable, de forma instintiva. Ese salvaje era uno de los que había secuestrado a Aina. La mano de Dexter sobre su mano, a punto de desenvainar su espada. Miró a Dexter, sin conseguir comprender nada.

—James, mírame —le dijo Dexter, mientras la tensión crecía dentro de James. —¿Realmente crees que dejaría que viviera si le hubiera hecho daño a Aina?

—No —dijo James tras mirar a Dexter durante unos segundos, la tranquilidad plasmada en sus pupilas era real. James sabía que Dexter jamás mostraría esa tranquilidad si aquel salvaje realmente hubiera dañado a Aina. Sabía con certeza que Dexter no tendría piedad con alguien que le hubiera puesto la mano encima.

—De hecho, Greg y sus hombres nos ayudaron a controlar a la esfinge del templo, cuando atacó a Aina —dijo Dexter finalmente, volviéndose a sentar cuando sintió que James empezaba a relajarse.

—En esos momentos intentaste matarme —dijo Greg como si recordar aquello fuera especialmente divertido.

—No sueles poner mucho de tu parte para que la gente no desee separar tu cabeza del resto de

tu cuerpo, aunque sea solo por hacerte callar un rato —le contestó Dexter y Greg soltó un par de carcajadas.

—Aina marchó a lomos de una yegua blanca, con un plateado —dijo Greg finalmente.

—Dime algo que no sepa —le contestó Dexter.

—Pararon durante unas horas en una posada cerca de la frontera. —Greg empezó a mover los mapas y señaló un punto aislado en uno de ellos. —Allí el plateado compró pieles en abundancia y marcharon en dirección a las cumbres con provisiones para dos o tres días máximo.

Dexter hizo un gesto afirmativo a Feren y éste tras mirar a los salvajes de la ventana y centrar finalmente su mirada en Greg, empezó a hablar.

—El plateado se llama Ethan. Es un artesano de plata y metal, bastante conocido en esta zona. Sabemos que vive por las cumbres. Los comerciantes que suelen vender sus mercancías suelen contactar con él en este poblado —dijo él finalmente, marcando el pequeño dibujo del pueblo plateado algo más al este de las cumbres.

—Eso te deja un área de búsqueda para nada despreciable —dijo James mirando el mapa con ojo crítico. Había una amplia extensión de tierra, coronada por tres grandes picos montañosos, entre la posada y el poblado del este.

—Puedo enviar algunos grupos de mis hombres —dijo Greg mirando el mapa con renovado interés.

—¿Tus hombres? —la mirada de James parecía sorprendida y Greg lo miró con una sonrisa divertida.

—Tiene que aprender mucho el cachorrillo, todavía —le dijo a Dexter, mirando a James con una sonrisa divertida, mientras éste le devolvía una mirada cargada de odio.

—Posiblemente te triplica en edad. Es igual, no vale la pena discutir esto —dijo finalmente Dexter. —Supongo que ya lo sabrás, pero he destituido al Maestro de la Guardia. El ambiente parece que es tranquilo, pero me vendría bien tener algún oído cerca de los cuarteles estos primeros días. Si hay algo, James deberá saberlo en mi ausencia.

—Algo podré hacer al respecto, supongo —dijo Greg con un gesto afirmativo.

—Siento lo de tus hombres —le dijo Dexter con mirada firme, tras hacer un gesto afirmativo. —Posiblemente salvaron la vida a Aina. La mestiza se está recuperando bien.

—Lucharon con honor y murieron por alguien que valía la pena morir. Está bien así para nosotros —dijo Greg con una mirada más serena. —No cada día un Rey va a ver a una mestiza herida. Te has ganado el respeto de algunos de los míos.

—Y cuento con tu lealtad —le dijo Dexter con mirada firme.

—Por desgracia —dijo Greg con una sonrisa divertida. Vio la brújula de los antiguos, colgando del cuello de Dexter, sorprendido. Miró a Dexter y le tendió la mano. Dexter lo miró con expresión interrogante pero se sacó la cinta con la que sujetaba la pequeña brújula de Aina y se la tendió.

Greg sonrió al sentir su contacto y cerró los ojos, recordando momentos pasados a lo largo de su vida en que le había guiado por su camino. Aina y Dexter. Ahora tendría que guiarlos a ambos. Había sentido que le pertenecía a ella. Y no había dudado en regalársela. No podía negar que había deseado que ella fuera a buscarle. Hubiera deseado tenerla entre sus brazos. Aunque aquello ya era una historia, un sueño fugaz, de su pasado. Aina pertenecía a Dexter. Y Dexter pertenecía a Aina. Desconocía cómo o porqué Dexter tenía ahora en su poder aquel objeto. Pero sabía que no existían las casualidades. —Parece que fue ayer cuando le regalé esta brújula, esperando que huyera de los dorados y se uniera a nosotros. Parece que ha pasado una eternidad.

—¿Se la regalaste tú? —preguntó sorprendido Feren.

—Magia antigua. Magia salvaje. Ha pasado de generación en generación, pero Aina necesitaba encontrar su camino, más que nadie. Nunca pensé que fuera casándose con un dorado, pero supongo que nadie es perfecto —dijo Greg con una mirada cargada de recuerdos, de emociones encontradas, de ilusiones y de sueños, algunos rotos y otros que justo empezaban a crecer mientras James y Feren lo miraban con franca sorpresa por el conocimiento del vínculo que existía entre sus amigos. El Inicio. Estaba a punto de empezar. —Muéstrame el camino que lleva hasta Aina, la esposa del cabezota Rey de Do-Urh.

Greg abrió la brújula y la dejó sobre la mesa, la aguja marcaba el norte, pero empezó a oscilar, para cambiar de dirección tras una leve indecisión. Todos miraron con curiosidad la brújula y Dexter pudo sentir la magia que había en ella. No era magia dorada. Piedra negra, pequeños destellos en plata. Pero no era magia de los plateados. Magia antigua. Magia salvaje. ¿Existía realmente ese tipo de magia? Un escalofrío de reconocimiento. La esencia de la magia de Aina. Primitiva. Antigua. Aunque no podía ser salvaje. Los salvajes no tenían magia. Dexter cogió con cuidado la brújula, bajo la atenta mirada de Greg y de sus amigos.

—No creo que haga falta, después de todo, que envíe a mis hombres —dijo Greg con una sonrisa. —Solo pídelo y durante la noche te mostraré el camino. Estaremos cerca.

Greg se levantó de la silla y sin más, se dirigió hacia la ventana, por donde desapareció de la misma forma en la que había aparecido, seguido por sus dos hombres.

—Salvajes y plateados entrando y saliendo de Do-Urh a su antojo. Creo que vas a tener mucho trabajo —le dijo Feren con una sonrisa a James, que puso los ojos en blanco.

—¿Realmente podemos confiar en él? —dijo James mirando por la ventana vacía, a la negra noche.

—Sí, aunque no tengo claro porqué —dijo Dexter finalmente, mirando a James. —Siempre han pensado que nosotros éramos un peligro para Aina, y visto lo que podría haber sufrido a manos de Vladimir y sus hombres, empiezo a pensar que tal vez tenían razón.

—Saben lo de vuestro matrimonio —dijo Feren con la vista perdida en la ventana por la que habían desaparecido.

—Conocían las runas, ellos viven aún en familias y marcan su piel con la runa del matrimonio si encuentran una pareja con la que desean pasar el resto de su vida —dijo Dexter mientras sus amigos le miraban con las pupilas dilatadas. —Conocían el significado de las tres runas que marcan a Aina como mi esposa. Y aunque no tengo claro lo que significan, ellos sí. Y empiezo a pensar que tiene algo que ver con su pueblo.

—¿Con los salvajes? —dijo Feren con aspecto sorprendido.

—Algunos grupos de salvajes y de mestizos —dijo Dexter con un susurro. —No tengo claro hasta dónde abarcan sus influencias, pero no creo que tengan las mismas fronteras que nosotros. Pensamos que no son nada y cuánto más sé de ellos, mayor es la sorpresa. Han crecido en las sombras, se han infiltrado en nuestras ciudades, entre nosotros, para asegurar su propia supervivencia. No creo que exista una red de espías comparable en el mundo entero.

—Los mestizos que murieron —dijo Feren, recordando al chico y al anciano, Dexter hizo un gesto afirmativo.

—Siempre han tenido un ojo en Aina, para velar por ella. Al principio creo que Greg se encaprichó de ella —dijo Dexter con un tono de voz algo más duro, como si pensar en aquello no le gustase especialmente. —Hay algo en el hecho de que no esté marcada. Quizás una antigua leyenda, una profecía, no lo sé. Pero estoy seguro de que ellos saben mucho más.

—Supongo que, llegado el momento, compartirán su información —dijo James tras unos segundos, pensando en todo lo que había descubierto sobre una raza a la que siempre había considerado primitiva, salvaje. Y la realidad de sus principios parecía golpearle duramente. Honor, deber, valor. Algo que muchos guardias dorados parecían haber olvidado. Vladimir. Si no hubiera habido aquellos mestizos, si aquel salvaje irritante de aspecto confiado no se hubiera preocupado por ella, ni él ni Dexter hubieran llegado a tiempo. Necesitaría tiempo para abrir su mente a todo aquello. Dejar de lado los prejuicios. Salvajes. Mestizos. Plateados. Dorados. ¿Quién más estaría dispuesto a sacrificar su vida por Aina? Quizás ese era su destino, después de todo. Unir a los pueblos. Pero debía pensar en el aquí y en el ahora. Su deber era ser coronado como la Mano Derecha a la mañana siguiente, al lado del nuevo Rey de Do-Urh y su Mano Izquierda. Asumir el control de Do-Urh, junto a Feren, mientras Dexter buscaba a Aina por las tierras heladas del reino de plata. Aunque tenía un pequeño espejo, oculto entre sus ropas, con la magia de la Mano. Un espejo que le permitiría hablar con Dexter, pese a la distancia, en cualquier momento. Un espejo gemelo. Algo que jamás habría pensado que pudiera existir. Magia. Algo que estaba desapareciendo de su mundo, de su pueblo. Aina. Sabía que, de alguna manera, había algo en ella especial, diferente. Quizás la respuesta a alguna pregunta que, aunque aún no se había materializado, estaba allí, flotando a su alrededor. Solo que aún no eran conscientes de ella.

El latido del tiempo

Ethan resultó ser bastante reservado, pero su mirada atenta no perdía detalle de todo lo que sucedía a su alrededor. Aina se acostumbró a compartir la montura con él. Había en él algo suave, delicado, aunque su cuerpo era firme. Sus movimientos eran ágiles, incluso para un plateado, y existía un cierto misterio a su alrededor, en la forma en que la luz de las estrellas se reflejaba en su plateada piel durante la noche, mientras avanzaban a lomos de Estrella. De noche. Siempre de noche. Aina se había sorprendido al principio, pero lo cierto es que tanto Ethan como su yegua blanca estaban acostumbrados a viajar por la nieve, rodeados por la oscuridad. La yegua apenas se había distraído al oír el aullido puntual de algún lobo o coyote y parecía ser capaz de ver en la oscuridad con la misma facilidad que Aina. Al cuarto día, con el Gran Sol ya sobre sus cabezas, Aina sintió la excitación de Estrella al cruzar un pequeño arroyo. No tardaron en llegar a un frondoso bosque cubierto por blanca nieve, en cuyo extremo había una hermosa casa de madera antigua, majestuosamente edificada, que parecía darles la bienvenida. La yegua trotó alegremente hasta las cuadras que se habían edificado posteriormente, apoyadas sobre uno de los laterales de la cabaña.

—Bienvenida a casa —le dijo Ethan con una sonrisa, mientras le ayudaba a bajar de Estrella. Se acercó a la vieja puerta de madera y sacó el seguro que la había mantenido cerrada. Las cuadras eran pequeñas, apenas había sitio para dos caballos, pero todo estaba limpio y ordenado. Quizás demasiado y todo. Ethan liberó a Estrella de la silla y le puso agua fresca en un bebedero de piedra de aspecto antiguo. Había paja en un extremo y el animal no tardó en animarse a comer, sintiéndose en casa. Tras cerrar la puerta y asegurarla, guio a Aina hasta la entrada de la cabaña. Unos pocos peldaños la elevaban del suelo, dificultando a la humedad que se colara dentro. La planta baja era una habitación diáfana en la que un comedor repleto de libros y lo que parecía ser una pequeña chimenea con varias cazuelas colgadas a sus lados, ocupaban la mayor parte. Había una mesa de madera rústica con dos sillas en un rincón, y un pequeño escritorio, parecido a los talleres que había en el gremio de Iris, pero a pequeña escala. Una escalera rudimentaria subía al altillo, gobernado por dos amplias camas y un único armario. —Ésta era la cama de mi madre, siento que no tengas la intimidad de una habitación propia, pero es el sitio más seguro que podemos encontrar.

—¿Era la casa de tu madre? —le preguntó Aina mientras miraba con curiosidad los libros de las estanterías, en los que le pareció identificar algunos de los libros de botánica del templo.

—Sí —dijo él, mientras subía al piso de arriba por las escaleras verticales, hechas con varios tablones de madera sobre unas guías. —Era sanadora, pero se especializó en cultivar plantas raras y hacer ungüentos que vendía a otros sanadores.

—¿Viviste con ella aquí? —le preguntó Aina, mientras Ethan desaparecía en el altillo y Aina oía como las puertas del armario se abrían y al poco tiempo empezaba a caer la ropa que había llevado durante todo el viaje al suelo. Ropa limpia. Un impulso casi espontáneo. Ethan era ciertamente algo maniático con el orden y la limpieza, se dijo con una sonrisa divertida. Era un plateado de lo más curioso. Aunque no conocía otros plateados, para poder compararlo. Tal vez todos ellos eran así.

—Sí, hasta que ella murió, hace poco más de un siglo —dijo el plateado. —Estos últimos años he tenido que bajar a las ciudades a trabajar en algunas piezas en las fundiciones, lo suficiente como para sacar unos cuantos doblones, gastarlos en las cosas imprescindibles y volver aquí una

temporada lo más larga posible.

—¿Cómo era tu madre? —le preguntó Aina con curiosidad, mirándolo cuando llegó junto a ella, con una camisa blanca limpia y unos pantalones de color gris oscuro que remarcaban el color gris plata de su piel. Mil pequeñas trenzas caían como una cascada de plata fundida, con matices blanquecinos. Su cuello mostraba un trazado firme y regular con finas líneas negras, la marca de la Diosa Argentum.

—Maravillosa —dijo él con una pequeña sonrisa y finalmente añadió —le habrías gustado.

—¿Una dorada? —preguntó Aina sorprendida. Sabía que la Transición no había sido tan marcada en los plateados o los cobrizos y que aún había familias que seguían viviendo con las antiguas costumbres, pero imaginar a Ethan de pequeño, siendo un niño, viviendo allí junto a su madre... parecía surrealista en comparación con la infancia que ella había tenido.

—Mi madre era una superviviente y tenía una mente atípica. Abierta en muchos aspectos —dijo él finalmente encogiéndose de hombros, acercándose a la chimenea. Preparó unos troncos viejos y con cuidado, empezó a picar dos piedras para hacer saltar chispas y con paciencia, hizo aparecer un pequeño fuego. —No suelo tener el fuego abierto, para nosotros el frío no es un problema, pero me ocuparé de traer leña mañana para poderlo mantener encendido todo el día, para que la temperatura sea un poco más cálida. He puesto varias pieles sobre tu cama, supongo que con eso podrás estar más o menos confortable.

Aina se sentó cerca de la chimenea mientras él seguía bufando con suavidad sobre el fuego, haciendo que las llamas poco a poco empezasen a cubrir uno de los viejos troncos y no solo los restos de piñas y maleza que habían prendido inicialmente. Cuando el fuego parecía ya estable, se acercó a un mueble y sacó de uno de los cajones una gruesa manta de lana que tendió a Aina, sentándose luego junto a ella, en el suelo, mirando la luz de las llamas.

—¿Cuándo crees que será seguro volver? —dijo ella finalmente.

—¿Con los dorados? —le preguntó él alzando la vista y mirándola a los ojos con un punto de tristeza. —Nunca.

—Es extraño como la vida puede cambiar en una fracción de segundo —le dijo Aina mientras se palpaba la cicatriz que la unía a Dexter. Se sentía culpable por haberse ido. Y, sin embargo, era consciente de que no podía haberse quedado. A veces tenía la sensación de que él seguía junto a ella, de alguna manera. Era bonito cerrar los ojos y simplemente recordar. Su calidez. Su mirada. Sus besos. Su amor. Nunca. Era una palabra demasiado grande para asimilarla de una vez. Se limitaría a pensar día a día en el siguiente. Hasta decidir qué hacer. Volver a Do-Urh, aunque solo fuera para despedirse. O buscar un templo perdido, cuya localización nadie parecía conocer. Ninguna de las opciones era especialmente buena.

—Mañana podemos ir a cazar, si te apetece. ¿Sabes usar el arco? —le preguntó Ethan con mirada tranquila, sin juzgarla por las emociones que parecían recorrerla.

—Sí —dijo Aina pensando en el bonito arco y el carcaj que le había regalado Sir Anthony y que había quedado en su habitación en Do-Urh. Junto la mayor parte de sus pertenencias. El libro de la Mano. Sus espadas. Su vida.

—Perfecto —dijo él con una sonrisa. —Es más divertido cazar acompañado. Si hace mucho frío puedes quedarte en casa, por eso. No nos podemos arriesgar a que enfermes y tengamos que avisar a un sanador.

—Me abrigaré —dijo Aina contenta con la expectativa de cazar, de canalizar parte de esa ansiedad que le acechaba y que, de alguna forma, debía hacer salir si no quería volverse loca.

—Si te gusta leer puedes coger lo que quieras de la biblioteca. —añadió él después. —No hay

mucho más que hacer por aquí, nada de grandes recepciones y de una vida social activa, que digamos.

—Nunca he sido especialmente sociable —dijo Aina finalmente.

—¿Por qué? —le preguntó Ethan mientras añadía algunas cebollas y otras plantas secas dentro del agua que empezaba a hervir sobre el fuego de la chimenea.

—Crecí aislada en un templo, las Visionarias me despreciaban y las mestizas no podían evitar verme como a una dorada. Nunca acabé de pertenecer a ningún grupo.

—Me extrañó cuando escuché que había una hija maldita de Aurum en los Juegos —dijo él tras unos segundos en silencio y Aina se sobresaltó levemente de que conociera su secreto. Su collar ocultaba su cuello y la capa había protegido el resto de su piel. Más o menos.

—Lo sabías —dijo Aina entre sorprendida y acusadora.

—Nunca he negado que lo supiera —le contestó mirándola a los ojos, sorprendido por su tono. —Uno de los motivos para que fuera a Do-Urh era precisamente conocerte, no nace y vive en las tierras doradas una hija maldita cada día.

—No me siento demasiado alagada con tus palabras —le contestó Aina.

—Soy un plateado —le dijo Ethan. —Lo que piense o deje de pensar Aurum me trae sin cuidado, créeme. Cuando llegué los rumores sobre dos de los Favoritos y la Maldita eran bastante extravagantes. Te vi un par de veces después de conocerte en el Mercado. Con el explorador y con el guardia. Se te veía bien. No pretendo juzgarte. En cualquier caso, no esperaba encontrar eso, así que tenía intención de volver a casa, sin más.

—¿Qué esperabas encontrar? —le preguntó Aina, extrañada por lo que Ethan le estaba explicando. ¿Realmente había ido a Do-Urh por la curiosidad de conocer a la Maldita? Su fama cruzaba ya las fronteras, lo que le faltaba.

—Supongo que a alguien aislado y triste —dijo él finalmente, tras pensar sus palabras. —No es que deseara que fueras infeliz o algo así, pero jamás pensé que los dorados pudieran aceptarte.

—La mayoría no lo han hecho —dijo Aina finalmente, pensando en Vladimir y sus compañeros muertos. —Y muchos de los que aceptaron dejarme en paz fue en parte gracias al apoyo público de James.

—¿El guardia? —dijo Ethan, recordando el nombre de uno de los Favoritos con los que sabía que ella había mantenido cierta intimididad.

—Sí —dijo Aina. —Aunque la idea fue de un amigo de James. Si él manifestaba su afecto por mí, de forma pública, servía para alejar a otros posibles pretendientes. Especialmente aquellos que pudieran tener malas intenciones. James no dejaba de ser un miembro de la guardia. Durante el viaje hacia Do-Urh nos hicimos amigos, por eso acepté participar en el engaño. Aunque los rumores ya habían empezado cuando fui consciente de sus intenciones.

—¿Amigos? —dijo Ethan con sorpresa, no era una palabra que se usara demasiado tampoco en su raza. —Entiendo. Fue una maniobra inteligente. Nadie acababa de entender como vuestro grupo se había compuesto con ese popurrí tan extraño de profesiones, pero supongo que fue el destino en parte el que decidió por vosotros.

—Es posible —dijo Aina.

—El explorador ha de ser ahora Rey —dijo Ethan de repente, como si no hubiera pensado en ello hasta ese momento. Y añadió con una sonrisa cómplice —No llegué a verle durante los retos, pero casi parecía que hubiera sido creado bajo las manos de la propia Diosa, por cómo lo alababan por las tabernas.

—Será un buen Rey —dijo Aina mientras su corazón sufría y el frío calaba sobre él, haciendo

que su cuerpo se estremeciera mientras sus ojos se nublaban con unas gruesas lágrimas.

—Siento si he dicho algo que te ha herido —dijo Ethan mientras la observaba sin saber exactamente como actuar, al ver sus lágrimas caer por sus mejillas, aunque Aina se negaba a dejarse arrastrar por la tristeza que estaba envolviéndola. De nuevo.

—No has dicho nada malo —dijo Aina secándose las lágrimas con el dorso de la mano. — Supongo que me cuesta pensar que en tan poco tiempo todo haya cambiado tanto. Hay momentos en los que me parece que despertaré y que todo será solo una extraña pesadilla.

Ethan se acercó a ella y la empujó contra su pecho, para que descansara sobre él, mientras el escaso calor de su cuerpo intentaba reconfortarla. Acostumbrada al contacto de su cuerpo durante todas las horas de camino, aquello le pareció hasta natural. Ethan era diferente. Era un plateado. Pero su frialdad le ayudaba a calmar su ardiente corazón. Dexter. Esa herida no sanaría. Pero tendría que aprender a vivir con ella. Estaba maldita. Intentaba mentirse a sí misma, decirse que él estaría mejor sin ella, sin el riesgo de que su maldición le hiciera daño. Pero sabía que era una excusa. Algo a lo que agarrarse, cuando el dolor era incapacitante.

Aina empezó a hacer un lento proceso de duelo. Ethan le dejaba su espacio y respetaba su silencio. Su tristeza. Y los días se sucedieron y la rutina se convirtió en algo aceptable. Cazaban o pescaban, más para entretenerse que por necesidad real, cada día. Aina leía acompañada por el calor del fuego durante las tardes, mientras Ethan solía trabajar modelando. Habían normalizado sus horarios, durmiendo durante la noche y realizando tareas con la luz del Gran Sol, aunque muchas veces se encontraban despiertos a altas horas de la noche, hablando sobre su infancia. Con curiosidad. Conociéndose. Sin ser conscientes, habían empezado a adaptarse a la presencia del otro. Podían intuir lo que haría el otro cuando salían a cazar y en sus miradas había palabras silenciosas que, de forma instintiva, eran capaces de escuchar. Habían pasado cinco días allí, encerrados, escondidos en aquel manto de nieve y nada parecía ser diferente aquella mañana en la que, con sus arcos a la espalda, fueron a recorrer el bosque. Cada uno de ellos se adentró por un sector diferente, pero ambos sabían dónde estaba el otro con exactitud. De alguna forma, Aina podía sentir que había algo en él. Tal vez fuera la magia que había podido ver que él tenía, cuando había ayudado a Feren. Tal vez solo un sentimiento de consuelo. De proximidad. Un hombro en el que poder llorar. Aunque Ethan era hermético. Encerrado en sus propios pensamientos. Era difícil poder acceder a él. Y a sus secretos. El aire era frío, pero Aina empezaba a acostumbrarse a ese clima, cubierta con pieles hasta las orejas y con unas botas engrasadas que hacían que la humedad de la nieve apenas llegara hasta la piel de sus pies. Caminaba en silencio, por el bosque, con la mente en blanco. Sintió su corazón palpitar con fuerza, mientras alrededor de Ethan una fría brisa polar parecía rodearle. Algo estaba pasando en el bosque. Cerró sus ojos y centró toda su atención a los ruidos que le rodeaban. Encontró a Ethan en la distancia, su respiración era fina, casi un susurro, como si respirara con cuidado para que no pudieran advertir de su presencia. Localizó el corazón palpitante de varios animales a su alrededor, localizando sin dificultad varias aves, un ciervo y lo que podría ser un grupo de ardillas. Y finalmente lo encontró. El sonido rítmico de un corazón que latía con fuerza, desafiando al mundo entero. Un animal grande. Intentó escuchar los ruidos de sus pasos, el peso de su cuerpo sobre las hojas. Nada. Silencio. Un leve crujido, más sugerente de la pisada de un pájaro que no la de un animal de ochenta kilos. La realidad llegó a ella con violencia. No se trataba de un animal. Alguien se acercaba a ellos sin intención de ser descubierto. ¿Habrían sido capaz de detectarlo si hubieran estado en el interior de la cabaña y no en pleno bosque, de caza? Probablemente no. Quiso advertir a Ethan de la presencia en el que consideraba su propio bosque, pero supo que él ya conocía de su presencia

cuando sintió como la cuerda de su arco se tensaba, tentativa. Se acercó en silencio hacia el intruso, con cuidado de no hacer el más mínimo ruido. Invisible. Ethan no pareció contento con su aproximación y empezó a acercarse también, buscando una posición en la que pudiera quedar entre ella y el intruso, sin conseguirlo. Aina ignoró la silenciosa advertencia de Ethan, no deseaba exponerse frente al intruso, pero sus pasos le guiaban hacia él, sin poder evitar sentir una quemazón en la piel, mientras su corazón se desbocaba ante absurdas posibilidades. Dexter. No podía ser, él era Rey. Jamás podría alejarse de Do-Urh, de sus responsabilidades. Y jamás podría llegar hasta ella, escondida en medio de un paraje remoto en las tierras de los hijos de plata. Era imposible. Y sin embargo el intruso avanzaba en silencio, como si se tratara de un espectro, y Aina no podía evitar pensar en que la forma de moverse le resultaba extrañamente familiar. Un explorador. Cada vez la certeza aumentaba dentro de ella, pero temía encontrarse con uno que no fuera Dexter. Uno al que tal vez le hubieran pedido la cabeza de la asesina maldita en una bandeja.

Sintió un escalofrío cuando el aire se cortó en la distancia y supo que Ethan había decidido actuar finalmente ante la amenaza. Sintió un escalofrío, mientras la flecha surcaba el aire, dirigiéndose sin piedad hacia él. Sentía el corazón latiendo a mil por hora, pánico en sus venas ante la posibilidad de que ese no fuera un explorador cualquiera. Ethan podía parecer tranquilo, reservado, inofensivo. Pero Aina sabía que había una precisión letal en sus movimientos. Le había visto usar el arco. No dudaba que Ethan no fallaría. Si deseaba herirle, así sería. Si decidía matarlo, no sobreviviría. Sintió un olor familiar, un olor que le trajo el recuerdo de cálidas noches y dulces besos, mientras el tiempo a su alrededor parecía moverse a cámara lenta. Gritó desesperada intentando advertir al explorador del peligro al que se enfrentaba. Demasiado tarde. Bajo una capa negra, unos ojos dorados destellearon al cruzar su mirada con la de Aina, desde la distancia, mientras la flecha de Ethan cortaba el aire sin dificultad, acercándose a su objetivo. El tiempo pareció empezar a sucederse poco a poco, como si las hojas mecidas por el viento o la propia flecha perdieran intensidad y finalmente todo quedo inerte, sostenido en una especie de extraña vibración que se sentía, pese a no haber ruido. El explorador se había girado levemente, para que la flecha impactara en su brazo y no en su pecho, pero el impacto no llegó. Suspendida en el aire, a tan solo dos palmos de donde milésimas de segundo antes había estado su corazón, la flecha estaba quieta, perezosa, sostenida por una magia invisible que Dexter no era capaz de detectar. Todo brillaba a su alrededor. Aina supo que Ethan no tenía intención de darle el don de la palabra al intruso. Un dorado en medio de tierras de hielo, después de lo sucedido, era una promesa de una silenciosa ejecución. Dexter se quedó quieto durante una fracción de segundo, observando la flecha y con un movimiento ágil, la desvió hacia el suelo, mientras llegaba junto a Aina en apenas unos segundos, abrazándola con fuerza y aspirando su aroma como si en ello le fuera la vida, mientras las lágrimas caían por las mejillas de Aina, agotada, sorprendida y feliz. Dexter tenía unas ojeras grisáceas bajo los ojos y había perdido algunos kilos. Sus mejillas estaban cubiertas por una fina barba y las ropas oscuras estaban gastadas y sucias, como cuando se hace un largo camino sin realizar apenas pausas. Sin embargo, nada de aquello podía separar a Aina de él, que se abrazaba con fuerza, temerosa de que no fuera más que una ilusión de su enferma mente.

—Aléjate de ella —dijo una voz fría como el hielo, mientras se acercaba con paso firme hasta ellos.

—No se te ocurra dar un paso más —dijo Dexter con voz dura, mientras ocultaba a Aina a su espalda y enfrentaba al plateado. Tenía el arco sobre su espalda y supo que la misteriosa flecha había sido lanzada desde ese mismo arco. El plateado tenía un aura peligrosa, casi salvaje,

latiendo a su alrededor y en su mirada. Su pelo estaba recogido en finas trenzas anudadas por toda la cabeza y sus ojos plateados parecían esconder chispas blancas en su interior. Magia. Como la suave capa brillante que podía sentir que le rodeaba, aunque sus ojos dorados no fueran capaces de verla. El plateado que había ayudado a Aina. Y había salvado la vida de Feren, posiblemente. Sentía que estaba en deuda con él y a la vez, la necesidad de matarlo por alejar a Aina de él palpitaba con fuerza propia.

—Ethan, es Dexter, no va a hacerme daño —dijo Aina a su espalda y el plateado parecía en estado de shock al escuchar las palabras de ella. Se quedó quieto, como si no acabara de entender aquello. Su expresión seguía siendo desconfiada.

—Es imposible —dijo Ethan finalmente, con una voz suave que contrarrestaba con su ceño fruncido. —Un Rey dorado dentro del reino de plata, es una locura.

—No eres el primero que me dice eso —dijo Dexter con una sonrisa prepotente, divertida, pero sin dejar que Aina saliera de detrás de él, como si no acabara de confiar en el plateado que había estado a punto de matarle. Al menos no como para exponer a Aina a él, pese a que era consciente que durante aquellos días debían de haber estado juntos. Mal pensamiento. Muy mal pensamiento, se dijo Dexter mientras sentía que las venas del cuello se inflaban ante la ira de imaginar al plateado demasiado cerca de Aina. Era posible que estuviera muerto pronto. Celos. Ese no era uno de sus puntos fuertes, eso estaba claro.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —dijo de repente Aina.

—Pues me parece que es bastante obvio —dijo Dexter encogiéndose de hombros, sin perder al plateado de vista. —Venir a buscar a mi esposa.

—¿Es... qué? —dijo Ethan como si escupiera las palabras en un ataque de tos. Ninguno de los dorados le hicieron caso.

—Dexter, ahora eres Rey —dijo Aina levantando las manos al cielo como si pidiera paciencia a una Diosa en la que no creía. —Y yo soy una proscrita. Maté a Vladimir, a un dorado. Jamás podré volver.

—En primer lugar, pareces olvidar que ya eres mi esposa —dijo Dexter alzando una ceja mientras sentía el amor de Aina en su mirada, aunque buscara excusas para mantenerse lejos de él. El plateado empezaba a frotarse la frente, como si una severa migraña empezara a anidar dentro de él, mientras alzaba su voz, en un tono acusatorio.

—¿Aina?

—Es una historia muy larga —dijo ella finalmente, sin contestar a su pregunta y tras un suspiro, el plateado se dio por vencido y se dejó caer sobre la nieve claramente confundido ante la evidencia de ese matrimonio.

—Que podrías haberle explicado a tu amiguito plateado durante el tiempo que habéis estado juntos —dijo Dexter sin poder evitar que parte de sus celos y sus miedos se filtraran entre sus palabras, ahora que la habían encontrado sana y salva.

—Por supuesto, no sé cómo no se me ocurrió explicarle algo tan *habitual* —le contestó ella alzando el tono de voz, mientras ponía su dedo sobre el pecho de él y entre sus miradas nacía una chispa de anhelo y añoranza.

—Ya hablaremos de eso en casa —dijo Dexter sin alzar la voz, pero con una ligera pero sensual amenaza en ella.

—No puedo volver —dijo Aina. —¿Hola? ¿Qué parte de he matado a varios dorados no has entendido?

—Lo cierto es que mataste solo a uno —dijo Dexter tras dar un paso en su dirección, mientras

Aina daba un paso hacia atrás, sintiendo que Dexter estaba acorralándola y sabiendo que no sería capaz de resistirse a él, si estaba demasiado cerca. —Los mestizos y el plateado hicieron el resto. Feren nos lo explicó todo. Entiendo que huyerais, era la opción menos mala de todas. Supongo. Pero no he tardado tanto tiempo en venir hasta aquí a buscarte por capricho. Abrimos una investigación, con el Consejo representado por Lady Arcada y la antigua Mano Izquierda de Do-Urh. Se declaró a Vladimir, Joseph y Albus de alta traición, por atacar a la Mano. El hecho de que sobreviviera gracias a los mestizos, a la hija maldita y a un plateado, ha quedado en un segundo plano. Más o menos.

—¿Qué quieres decir más o menos? —le preguntó Aina sabiendo que las palabras de Dexter ocultaban información.

—Dada la rebelión entre miembros de la guardia y la clara ausencia de seguridad de la ciudad por la presencia de un plateado por nuestras calles a plena noche, conseguimos responsabilizar como culpable a Sir Thomas, el hombre de la guardia con la cara desfigurada. Va a ir a la Ciudad de Oro, para estar bajo la supervisión de otros Maestros. Y Sir Anthony Jobs, tu protector, será el nuevo Maestro responsable de la guardia de Do-Urh.

—¿Sir Anthony? —le dijo Aina abriendo los ojos con grata sorpresa.

—No le caigo bien —dijo Dexter con una sonrisa divertida. —Pero supuse que te gustaría que se quedara cerca de ti. Y es un hombre de honor. Se te ha absuelto de cualquier culpa, eres libre de volver a casa. De hecho, el Consejo ha aceptado en darte el apellido de Do-Urh, por haber salvado a Feren.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Aina sintiendo que un peso que había llevado durante los últimos días desaparecía con sus palabras.

—Completamente —dijo él con una sonrisa brillante mientras sus ojos resplandecían. —El único que vio al plateado fue Feren y la descripción que dio durante el juzgado fue bastante ambigua. Se avisó a varios diplomáticos plateados sobre el suceso, y obviamente las relaciones están un poco tensas, pero no va a correr más sangre.

—No puedo creérmelo —dijo Aina en un susurro mientras se fundía dentro del abrazo de Dexter, finalmente en paz consigo misma.

—¿Aina, podrías parar ya esto? —dijo Ethan mientras señalaba al aire a su alrededor. —Me duele bastante la cabeza.

—¿Parar el qué? —dijo Aina mirando a su alrededor. Tardó un poco de tiempo en darse cuenta de lo que hablaba Ethan. Primero sintió las hojas quietas y la ausencia de la brisa, que helaba los huesos, tan típica de esa zona. Luego vio un pájaro, suspendido en el aire, como si hubiera sido congelado en un bloque de hielo invisible. Los ruidos habían desaparecido y los corazones de los animales estaban petrificados. Un instinto latente dentro de ella latió desbocado y el miedo llegó a su piel, pero los brazos cálidos de Dexter seguían rodeándola, alejando el miedo de ella. Dexter miraba también a su alrededor, consciente de la magia que había a su alrededor, pero sin tener claro de sí aquello era realmente algo que había hecho Aina. O había sido el plateado. La voz de Ethan hizo que su mirada se centrara en él, sorprendido por sus palabras.

—Tienes que dejar que el tiempo vuelva a latir —le dijo mientras se levantaba del suelo y se sacudía los restos de nieve de la parte posterior de sus pantalones. —Intenta vaciar tu mente y volverla a tu alrededor. Coge aire profundamente y luego suéltalo de forma brusca, como si quisieras expulsar parte de ti en ese aire.

Aina se separó de los brazos de Dexter y miró a su alrededor. Dexter no estaba satisfecho de que ella se hubiera alejado de él, pero había algo en el vacío que los envolvía que era siniestro y

tal vez, solo tal vez, Aina podía ser la responsable de ello. Jamás había oído hablar de la capacidad de parar el tiempo, de congelarlo, pero no hacía falta ser un sabio para entender que algo así estaba pasado a su alrededor. Un fino brillo blanquecino rodeaba todo lo que había a su alrededor y no podía asegurar hasta donde llegaba su extensión. Un destello de comprensión llegó a Dexter, haciendo latir con más fuerza su corazón. La flecha había sido el detonante. Si Aina no hubiera parado el tiempo, habría encontrado su destino. Quizás habría podido girarse lo suficientemente rápido para interponer su brazo y que lo atravesara antes de llegar a su costado, quizás no. Por primera vez fue consciente de que Aina tal vez le había salvado la vida. Aunque para hacerlo, había tenido que hacer algo que era imposible. Algo que sabía que no existía en los libros de Magia. Algo que ni siquiera su padre, había hecho. Y eso era inquietante. Un poder así, en una persona. Miró a Ethan, que parecía extrañamente tranquilo pese a la situación, excepto por su ceño fruncido y el aspecto de estar cada vez más cansado. Él había usado una magia sanadora en Feren. Una magia que, por la forma de describirla, tampoco era plateada. Miles de estrellas en una noche infinita, en sus pupilas. Las palabras de Feren resonaban en su cabeza. Un poder con el mismo origen que el de Aina. Un poder que era capaz de cruzar las barreras entre las razas. Un poder que era capaz de desafiar todo lo que sabían de la magia. Era una gran responsabilidad. Y el mayor secreto que jamás debería descubrirse. Un poder así podía asustar a cualquier líder. Y convertir a Aina, y a todos los que fueran como ella, en objetivos políticos a los que eliminar. Eran una amenaza. Dexter miró a Aina, sabiendo que pasara lo que pasara, siempre estaría a su lado. La respiración de Aina se había vuelto regular. Cerró los ojos para intentar concentrarse.

—Hazlo —dijo Ethan con voz suave pero autoritaria y Aina aspiró aire con toda la fuerza de sus pulmones y luego la dejó ir, enviando parte de sus miedos y su alegría en esa expiración. El frío recorrió de nuevo su piel y sus cabellos ondulados empezaron a mecerse de nuevo con la brisa helada de las cumbres. Los pájaros siguieron su camino, ajenos a que algo extraño hubiera sucedido en aquel lugar y el bosque volvió a poblarse de la calidez de la vida, entre el frío del hielo y la nieve que les envolvía.

—Esto es increíble —dijo Dexter observando como las hojas oscilaban en las copas de los árboles y mirando a Ethan con sorpresa.

—No está mal —dijo Ethan con una sonrisa, elevando una ceja de forma prepotente ante el dorado y añadió mirando a Aina. —Y la próxima vez que congeles el tiempo, intenta no incluirme, es bastante irritante y me causa dolor de cabeza contrarrestarlo.

—Yo no sé cómo lo he hecho —dijo Aina mirando sus manos doradas, como si en su piel tuviera que haber una respuesta invisible. Dexter se acercó a ella y le colocó un brazo sobre la cintura de forma posesiva, pero dejó que el plateado se acercara a ellos sin ocultarla o mostrar signos de desconfianza.

—Es instintivo —dijo Ethan.

—¿Cómo sabes tanto de ello? —preguntó Dexter con el ceño fruncido, era consciente que el plateado sabía mucho más que ellos sobre todo aquello. Igual que los salvajes. Todos parecían saber más que ellos, para ser exactos. Y empezaba a ser un poco irritante.

—Es una larga historia —dijo él con una sonrisa mientras tomaba la flecha del suelo y la guardaba en su carcaj, a su espalda. —Pero primero me gustaría escuchar la vuestra. Un matrimonio entre dorados. Un Rey en medio de las gélidas tierras de los hijos de plata. Sorprendente.

—No más que alguien tenga la capacidad de parar el tiempo. O de contrarrestarlo —le contestó Dexter con mirada firme, usando sus propias palabras.

—Eso es cierto —le contestó Ethan.

—Creo que se dónde podríamos encontrar algunas respuestas. De todo esto —dijo Aina mirando a su alrededor, que ahora volvía a moverse con vida y normalidad. —Y de mi maldición.

—El templo de Crótalos —dijo Dexter en un susurro, mirando a Aina con amor infinito y añadió cuando ella la miraba expectante. —Feren no ha encontrado la localización, pero creo que se cómo podemos llegar allí.

—¿Estás seguro? —le preguntó Aina y Dexter hizo un gesto afirmativo con la cabeza, mientras sacaba de debajo de su coraza de cuero la brújula de piedra negra de los salvajes.

—Si me ha traído hasta ti, bien puede llevarnos a un templo antiguo —le dijo Dexter con una sonrisa confiada, mientras Aina miraba a la brújula, sin acabar de entender cómo había acabado en las manos de Dexter o como sabía usar su poder. Greg. De alguna forma supo que él había llegado hasta Dexter, para ayudarle en su camino. Crótalos. ¿Por qué no se le había ocurrido a ella usar la brújula para llegar hasta allí? Sintió la brisa fría a su alrededor, la mirada de Ethan, a pocos metros. Pequeñas chispas blanquecinas brillando en sus pupilas, mientras Aina miraba a Dexter con esperanza. Un futuro para ellos. Esperaba que su padre, de alguna forma, pudiera revertir la maldición de la Diosa. Aunque eso fuera imposible.

—Te quiero, Aina. Iremos primero a Do-Urh y dejaremos las cosas atadas, antes de que mis Manos intenten destronarme antes de hora. Mientras estemos juntos siempre va a haber un camino, esperanza. Encontraremos la forma de romper la maldición, va a haber un futuro para nosotros.

—Yo también te quiero —le dijo Aina encerrándose entre sus brazos, aspirando el aroma tan conocido y añorado de Dexter, sintiendo que todo estaba en el lugar adecuado.

—¿De qué maldición estamos hablando, exactamente? —preguntó Ethan con curiosidad.

—En estos momentos sobras, trencitas —le dijo Dexter con una voz dura, mientras miraba a Aina dejando que todas las emociones que había acumulado aquellos días, lejos de ella, empezaran a sanar mientras la tenía firmemente cogida entre sus brazos, y ella le miraba con esa expresión inocente, cargada de amor y de deseo. —¿No te esperan en algún lugar?

—Realmente no —dijo él con voz suave y aterciopelada, haciendo caso omiso del tono agrio de Dexter. —Esto es mucho más interesante.

—Ethan largo —dijo Aina entre risas.

—Está bien. —cedió finalmente él y empezó a alejarse de ellos. —Ya tendremos tiempo, supongo.

Aina y Dexter se quedaron quietos, abrazados, convirtiéndose en una única sombra mientras el plateado desaparecía en silencio. Se besaron con ternura, mientras se susurraban palabras al oído. Palabras de tristeza, de alegría, de amor y de esperanza. Sus miedos más profundos desaparecían mientras sus corazones se liberaban. Aina podía sentir el amor que los envolvía como si tuviera vida propia y los protegiera del exterior, dándoles la calidez de un refugio y de un hogar. Dexter no debería ir con ella en busca del templo de Crótalos, pero jamás sería de otra forma. Sus corazones se habían encontrado tras aquella primera separación y difícilmente aceptarían volver a separarse. Se necesitaban el uno al otro.

—Soy tuya —dijo Aina con voz suave, mientras reposaba su mejilla en el pecho de él — Siempre lo he sido.

—Eso ya me gusta más —dijo Dexter con voz cálida. —Te amo Hija de la Noche, con todas tus excepcionalidades, magia antigua y tus extraños amigos incluidos, sean salvajes, dorados, plateados o los que tengan que venir. Lo eres todo.

—Te amo, Hijo de las Sombras, mi compañero, mi complemento —le contestó ella mientras

dejaba que sus labios se posaran en los de él primero con suavidad y luego apasionadamente. Sus bocas entreabiertas se aferraban la una a la otra mientras sus lenguas se encontraron en un beso que se alargó durante una eternidad, mientras sus corazones sanaban sus heridas. Se separaron enredados, respirando de forma acelerada y con la vista nublada. Aina sintió una extraña punzada en el codo y el viento le trajo unas palabras susurradas desde la distancia. Sintió el suave relinchar de Estrella y la forma en que un cepillo la frotaba, con demasiada fuerza, mientras el plateado murmuraba para sí, claramente malhumorado.

—Lo mataré por besuquear así a mi hermana, es realmente asqueroso. Me pone de los nervios. ¿Un Rey? Lo que nos faltaba. ¿No podría haberse emparejado con alguien normalito, un trovador, por ejemplo?

Aina se quedó quieta, escuchando las palabras en la distancia. La voz de su padre, hablándole desde los espejos. Su hermano la estaba buscando. Cómo apareció de la nada, en medio de la noche, para enfrentar a sus enemigos, para protegerla. El brillo en los ojos de Ethan, la magia que usó para sanar a Feren. La forma en la que se movía por los tejados de Do-Urh, mientras escapaban. La comodidad con la que se movía de noche. La extraña complicidad que había entre ellos. La capacidad que tenían de anticiparse el uno al otro, como si de alguna forma, se conocieran de siempre. El conocimiento que tenía sobre como descongelar el tiempo, una habilidad que su padre ya había demostrado cuando se había aparecido en la sala de los espejos. Hermanos. La realidad le golpeó y supo que había verdad en sus palabras. Pese a que él era un plateado. Pese a que nada de todo aquello tenía sentido.

—¡¡¡Ethaaaaaan!!! —Aina chilló enfadada al viento, sabiendo que, pese a la distancia, él podría escucharla.

Dexter la miró con sorpresa, tanto por su grito como por su rostro enrojecido, colérico. Jamás había visto a Aina tan fuera de sí. La siguió con una sonrisa en la cara, deseando ver el desenlace de su rabieta y como el plateado intentaría capear la tormenta. Podía ser de lo más divertido. Ignorando la mirada divertida de su marido, Aina empezó a caminar en dirección a la cabaña, con paso firme. Cuando estaba a pocos metros, viendo que él la ignoraba, volvió a gritar a los cuatro vientos, mientras Dexter reía por lo bajo, feliz de haber encontrado a Aina y no ser el objetivo de su enfado.

Queridos lectores,

El mundo de los Pueblos Perdidos nació en una pequeña cafetería de Sant Andrés De la Barca, una de las pocas que ya a las siete de la mañana estaban abiertas. Entre somnolienta y aún parcialmente entre sueños, el mundo se fue creando y la historia cobró vida. Me encanta este mundo y espero poder centrarme en ellos este verano para sacar la segunda entrega este año, aunque quiero dedicarle todo el cariño y tiempo que se merece.

Podéis dejar vuestros comentarios en Amazon o buscarme en mi cuenta de Instagram @pujadascristina.

¡Mil gracias por acompañarme en esta nueva aventura!

Os dejo las referencias de otras sagas que encontraréis disponibles.

Un beso y feliz lectura.

Junio 2019

Sagas Romántica – Paranormal —Fantasía.

Saga Ángeles Caídos: La historia de los cinco hermanos mitad demonio y mitad ángeles que encuentran, a veces sin buscarlo, a su pareja. Libros independientes, aunque os aconsejo seguir el orden si queréis evitar spoilers. ****Libros cortos de 150-250 páginas****

Luz

Alec

Dan

Ricard

Sonia (pendiente de publicación).

Saga Lobos de Dóen: Secretos antiguos enterrados en el pueblo de Dóen, donde Amanda, una estudiante de veterinaria acude para realizar unas prácticas de verano. Libros independientes, aunque os aconsejo seguir el orden si queréis evitar spoilers. ****Libros cortos de 150-250 páginas****

La Chica Lobo

El Cazador Cazado

La Loba Solitaria (pendiente de publicación)

Saga Duales: Sophie ha sido una chica encerrada en sí misma porque desde pequeña escucha una voz. Tras marchar a estudiar a otro condado, para alejarse de todos aquellos que la miran mal por su supuesta enfermedad, descubrirá que a veces las cosas no son lo que parecen y que su voz no es para nada, una mera alucinación. Libros independientes, aunque os aconsejo seguir el orden si queréis evitar spoilers. ****Libros de más de 250 páginas****

La voz

El fénix (pendiente de publicación)

Saga Cazadores Oscuros: Ocultos de los humanos, los cazadores oscuros, guerreros de élite que en otra época fueron humanos, se enfrentan cada noche contra demonios que ansían hacerse con el control del mundo y crear el caos. Una lucha épica que no tienen aspiraciones de conseguir, desde que las místicas, mujeres con capacidades mágicas elementares fueron asesinadas. O eso pensaban. ****Libros de más de 250 páginas****

Elektrika

Luminika (pendiente de publicación)

Trilogía Pueblos Perdidos: En un mundo reinado por tres razas antiguas, protegidas por Diosas que les confieren magia respecto a los salvajes, conoceremos la extraña historia de Aina, la Hija Maldita del Desierto. Sin la marca de la Diosa de la raza dorada, ha sido parcialmente oculta en un viejo templo dorado pero el destino la obligará a marchar de allí y conocer a otros dorados, entre los que destacará Dexter, un joven y misterioso explorador del que se sentirá fuertemente atraída. Sin embargo, unas extrañas profecías fueron pronunciadas en su nacimiento condenándola a no poder amar ni a entregarse a un hombre, puesto que éste moriría entre sus brazos si en ella engendraba un hijo. Maldita para muchos y especial para otros, Aina ha de intentar encontrar su sitio en ese mundo que se dibuja frente a ella, muy diferente al que siempre había imaginado. Porque para poder ser libre, para poder amar y ser correspondida, primero tendrá que encontrar a su padre, romper su maldición, desafiar a una Diosa y encontrar su propio destino, junto a Dexter. Historia con continuidad, seguir el orden de la trilogía. ****Libros largos de más de 600 páginas****

La Hija Maldita

El Templo Perdido (pendiente de publicación)

La Diosa Olvidada (pendiente de publicación)

Saga Instintos: Atlantic ha sido una humana normal, en un mundo donde cambiantes y vampiros han salido del anonimato. Protegida por sus padres adoptivos, ha crecido entre humanos protegida de las otras razas hasta que una noche es atacada por vampiros salvajes. La atención del vampiro de la Guardia que los salva y de un joven lobo que acude al sitio del ataque, hará que su vida cambie por completo, mientras su pasado parece querer entrar a formar parte de su presente. Historia con continuidad, seguir el orden de la trilogía. ****Libros cortos de 150-250 páginas****

El Despertar del Lobo

El Ascenso del Vampiro

El Secreto de los Humanos. (pendiente de publicación).

Trilogía Al Otro Lado. Sombras y Dragones. Serie juvenil romántica fantástica. Gabriela es una chica reservada que durante las noches vive aterrada en un mundo de sombras y cenizas que es demasiado real para ser una mera pesadilla. Encerrada en su mundo, las sombras empiezan a materializarse en el mundo real al poco de conocer a Niloy un chico que igual que ella, ha estado entre sueños en el mundo de las sombras desde pequeño. Ante este choque frontal entre sus dos mundos, necesitarán toda la ayuda posible para hacerles frente, magia incluida. Historia con continuidad, seguir el orden de la trilogía. ****Libros de más de 250 páginas****

El Encuentro

Susurros

Runas (pendiente de publicación)